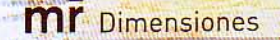


MICHAEL BAIGENT & RICHARD LEIGH

Masones y templarios

Sus vínculos ocultos



Michael Baigent
Richard Leigh

Masones y templarios

Sus vínculos ocultos

mr · ediciones

Índice

CUARTA PARTE
La masonería y la independencia de Estados Unidos

«Ven al jardín
adonde el conejo envejece
pasea su botella
para que uno sepa
sonreír en las nieves
de antaño siempre
sin incomodidad
pues el ojo de oro
de las flores rojas
allí revelará
el lugar donde se ocultan
la palabra olvidada
y la piedra perdida
y el retoño
de la acacia
que se manifiesta
en sus raíces
desarraigadas y crudas.»

JEHAN L'ASCUIZ

Agradecimientos

Como siempre, deseamos expresar nuestro agradecimiento a Ann Evans, por actuar de un modo que envidiarían las agencias más importantes, como la mano de la Providencia.

Por su ayuda y cortesía al permitirnos el acceso a un material que no suele estar disponible, desearíamos agradecer expresamente a Robert y Lindsay Brydon, Neville Barker Cryer, Jenny Hall, John Hamill, Roberta Hankamer y Steven Patrick. También deseamos expresar nuestro agradecimiento a Colin Bloy, Brie Burkeman, Marion Campbell, Tony Colwell, Judith y Andrew Fisken, Denis Graham, Joy Hancox, Chris Horspool, Julian Lea-Jones, Ben Lewis, Pat Lewis, Alison Mansbridge, Tom Maschler, Joy Muir, George Onslow, John Saul, Lucas Siorvanes, James Watts, Pamela Willis, Anthony Wolseley, Liliane Ziegel, al personal de la sala de lectura de la Biblioteca Británica, y, huelga decir, a nuestras esposas.

Introducción

En Gran Bretaña, durante los últimos años, la masonería se ha convertido tanto en un tema favorito de conversación como en el centro de acalorados debates. De hecho, el acoso a la masonería parece tener grandes probabilidades de tornarse en un deporte descarnado con todas las de la ley, a la manera de lo que sucede con el acoso a los sacerdotes en Irlanda. Con exuberancia apenas disimulada y un virtualmente audible grito de guerra, la prensa se lanza ávidamente sobre cada nuevo «escándalo entre los masones», cada nueva imputación de «corrupción en la masonería». Los sínodos de la iglesia reflexionan acerca de la compatibilidad de la masonería con el cristianismo. Los consejos locales, con el propósito de incitar a sus opositores políticos, presentan mociones que obligarían a los masones a revelar su identidad. En las reuniones sociales, el tema de la masonería surge con una frecuencia sólo superada, probablemente, por los servicios de inteligencia británicos y la CIA. La televisión también ha realizado su aporte a la campaña, organizando al menos un simposio tarde por la noche sobre el tema e ingeniándoselas para llevar sus cámaras a la mismísima guarida de la bestia, la gran logia. Pero no encontraron ningún dragón, y los comentaristas parecían sentirse más bien ofendidos y malhumorados en vez de aliviados, como si de alguna forma los hubiesen engañado. Mientras tanto, por supuesto, la masonería sigue ejerciendo su fascinación sobre el común de la gente. Simplemente pronunciar la palabra «masonería» en un bar, restaurante, recepción de un hotel u otro lugar público hace que las cabezas giren, que los rostros se vuelvan con actitud atenta, y que los oídos se agudicen para escuchar hasta el menor murmullo. Cada nueva *«exposé»* es presa del entusiasmo, incluso del regocijo popular, de una clase de voracidad normalmente reservada sólo a los chismorreos reales o a las obscenidades.

Este libro no es una revelación. No está destinado a describir el papel ni las actividades, reales o imaginarias, de la masonería en la sociedad contemporánea; no intenta investigar las acusaciones de conspiración ni de corrupción. Tampoco constituye, obviamente, una apología de la masonería. No somos masones, ni tenemos intereses personales en exculpar a la institución por los cargos que se le han imputado. Nuestra orientación ha sido completamente histórica. Nos dedicamos a investigar los antecedentes de la masonería, a establecer sus verdaderos orígenes, a seguir su evolución y su desarrollo, a evaluar su influencia en la cultura de Gran Bretaña y Estados Unidos durante sus años de formación, que culminaron en las postrimerías del siglo XVIII. Asimismo, hemos intentado abordar el tema de por qué la masonería, que en la actualidad suscita instintivamente desconfianza, desdén, ironía y condescendencia, alguna vez podría volver a gozar de la estima que una vez tuvo (y que de hecho conserva) a pesar de los esfuerzos de sus detractores.

En el proceso, no obstante, nos hemos visto forzados a afrontar la clase de preguntas que anidan en la mente del público actual, y que tan a menudo plantean los medios de difusión. ¿La masonería está corrupta? ¿Es, incluso en un sentido mucho más siniestro, una amplia conspiración internacional dedicada a algún oscuro fin inconfesable (como si el secreto fuese barómetro de la infamia)? ¿Es un conducto para «sobornos», favores, tráfico de influencias y poder en el corazón de instituciones como los municipios y la policía? Y quizás lo más importante de todo, ¿es realmente una organización hostil al cristianismo? Estas preguntas no guardan relación directa con las páginas que siguen, pero generan una inquietud general que no resulta difícil de entender. Por lo tanto, no será inoportuno si ofrecemos las respuestas que surgieron en el curso de nuestras investigaciones.

Podría decirse què uno ha logrado un cierto grado de sabiduría, cuando, en vez de decir: «*Et tu, Brute!*», uno asiente con arrepentimiento y musita: «Sí, eso parece». Dada la naturaleza humana, resultaría un hecho en verdad sorprendente si no existiera siquiera un cierto grado de corrupción en las instituciones públicas y privadas, y si parte de esta corrupción no implicara a la masonería. Sin embargo, podríamos argumentar que esa clase de corrupción dice menos acerca de la masonería en sí que acerca de las maneras en que la masonería, al igual que otras estructuras similares, puede ser objeto de abusos. La codicia, la exageración de los logros propios, el favoritismo y otros males por el estilo han sido endémicos en la sociedad humana desde el comienzo mismo de la civilización. Son fuerzas que se han valido y han operado a través de todo canal disponible, parentescos de sangre, un pasado común, lazos establecidos en los años de estudio o en las fuerzas armadas, intereses compartidos, simple amistad, y también, por supuesto, la raza, la religión y la filiación política. A la masonería se la acusa, por ejemplo, de conceder dispensas especiales por su cuen-

ta. En el occidente cristianizado, hasta hace muy poco tiempo, un hombre podía esperar de sus compañeros precisamente la misma dispensa especial en virtud tan sólo de su pertenencia a la «hermandad» del cristianismo, merced, en otras palabras, a no ser hindú, ni musulmán, ni budista, ni judío. La masonería es sólo uno de los muchos canales por los que puede fluir y prosperar el favoritismo; pero si la masonería no existiese, la corrupción y el favoritismo prosperarían de todos modos. Tanto la una como el otro aparecen en escuelas, regimientos, empresas, organismos gubernamentales, partidos políticos, sectas e iglesias y en un sinnúmero de organizaciones. Ninguno de estos ámbitos es censurable *per se*. Nadie pensaría en condenar a todo un partido político ni a todo un credo porque algunos de sus miembros son corruptos... o manifiestan una marcada disposición a favor de otros miembros y en detrimento de quienes no pertenecen a esa organización. Nadie condenaría a la familia como institución por su tendencia a favorecer el nepotismo.

En toda consideración moral del tema, es necesario mostrar una comprensión de psicología elemental y un mínimo de sentido común. Las instituciones son tan virtuosas, o tan culpables, como las personas que las componen. Si a una institución se la puede considerar corrupta en un sentido intrínseco, sólo es posible hacerlo en esos términos si se beneficia de algún modo con la corrupción de sus miembros. Esta clase de corrupción podría aplicarse, por ejemplo, a una dictadura militar, o a ciertos estados totalitarios o en países donde impera un único partido político, pero resulta muy difícil aplicarla a la masonería. Nadie ha sugerido jamás que la masonería se beneficiara alguna vez de las transgresiones de sus hermanos. Por el contrario, las transgresiones de un masón en particular son egoístas y sirven a propósitos personales. La masonería como institución se ve afectada por estas transgresiones, del mismo modo que el cristianismo se ve afectado por las de sus miembros. En el tema de la corrupción, por lo tanto, la masonería como tal no es la culpable, sino, al contrario, otra víctima de hombres sin escrúpulos, preparados para explotarla, como lo hacen con todo lo demás, para sus propios fines.

La compatibilidad o incompatibilidad entre la masonería y el cristianismo aparece como un tema más válido. En virtud de su propia naturaleza, esta inquietud, al menos, implica un intento de hacer frente a lo que la masonería *es* en verdad, más que a las maneras en las que se la puede explotar o difamar. En última instancia, no obstante, esta inquietud también es espuria. Como es bien sabido, la masonería no pretende ser una religión, sino adherirse a ciertos principios o «verdades», que en cierto sentido podrían considerarse «religiosos» o quizá «espirituales». Es posible que ofrezca una especie de metodología, pero no pretende ofrecer una teología. Esta distinción resultará más clara en las páginas que siguen. Por el momento, bastará con establecer dos puntos en conexión con la antipatía actual que la iglesia angli

cana manifiesta por la masonería. Estos puntos a menudo pasan inadvertidos en medio de la preocupación que los anglicanos sienten con respecto a los masones. Y son dos puntos fundamentales.

En primer lugar, la masonería y la iglesia anglicana han coexistido muy a gusto desde principios del siglo XVII. De hecho, el trato ha sido algo más que una mera coexistencia. Ha sido una relación de beneficio mutuo. Algunos de los más importantes eclesiásticos anglicanos de los últimos cuatro siglos han surgido de la logia; algunos de los masones más elocuentes e influyentes han salido del clero. Hasta hace diez o quince años, la iglesia jamás había arremetido contra la masonería, ni siquiera había percibido alguna incompatibilidad entre la masonería y sus propios principios teológicos. La masonería no ha cambiado. La iglesia probablemente afirmará que ella tampoco ha cambiado, al menos en sus principios fundamentales. ¿Por qué, entonces, si jamás se ha presentado un conflicto en el pasado, debería existir ahora? Nos parece que la respuesta a ese interrogante se relaciona menos con la masonería que con las actitudes y la mentalidad de algunos clérigos contemporáneos.

El segundo punto que merece la pena tener en cuenta es, incluso, más contundente. El monarca británico es la cabeza oficial de la iglesia anglicana. Desde el derrocamiento de Jacobo II en 1688, jamás se ha cuestionado la condición teológica del monarca ni tampoco sus «credenciales». Y, sin embargo, desde principios del siglo XVII, la monarquía británica también ha estado íntimamente vinculada con la masonería. Al menos seis reyes, así como también numerosos príncipes de la casa real o príncipes consortes, han sido masones. ¿Podría haber existido este estrecho vínculo si hubiese alguna incompatibilidad teológica entre la masonería y la iglesia? Sostener esta incompatibilidad, de hecho, equivaldría a impugnar la integridad religiosa de la monarquía.

En última instancia, sostenemos, la controversia actual que rodea la masonería es una tormenta en un vaso de agua, una serie de cuestiones que no son tales y de falsos temas inflados mucho más allá de lo que merecen por derecho propio. Resulta tentador adoptar un tono burlón y sugerir que la gente no tiene nada mejor que hacer que preparar terrenos tan endebles para generar controversias. Lamentablemente, la gente *sí* tiene mejores cosas que hacer. Por cierto, la iglesia anglicana, con un incipiente cisma entre sus filas y una congregación cuyo número disminuye a una velocidad alarmante, podría emplear su energía y recursos de un modo más constructivo que en orquestar cruzadas contra un supuesto enemigo, que, de hecho, no es tal en ningún sentido. Y si bien es a todas luces apropiado e incluso deseable que los medios estén a la caza de la corrupción, su servicio sería mucho mejor si se pidiera una rendición pública de cuentas a cada individuo corrupto en vez de inculpar a las instituciones de las que son miembros.

A la vez, debe reconocerse que la masonería en sí no ha hecho demasiado para mejorar su propia imagen frente al público. De hecho, su obsesión por lo secreto y su terca posición defensiva han contribuido a reforzar la convicción de que algo tiene que ocultar. Lo poco que en realidad tiene para ocultar se volverá evidente en el curso de este libro. En verdad, es mucho más lo que tiene para sentirse orgullosa que para esconder.

Prólogo

En la primavera de 1978, hace ya más de un cuarto de siglo, cuando realizábamos una investigación sobre los caballeros del Temple como parte de un proyecto para un documental de televisión, nos llamó la atención la historia de la orden en Escocia. Los documentos que sobrevivieron eran escasos; aun así, Escocia poseía una riqueza de leyendas y tradiciones acerca de los templarios superior a la mayoría de los demás lugares. Además, nos tropezamos con algunos misterios muy reales: enigmas sin explicación que, a falta de registros fiables, los historiadores ortodoxos ni siquiera habían intentado explicar. Si pudiésemos penetrar en esos misterios, si pudiéramos encontrar incluso un grano de verdad detrás de las leyendas y tradiciones, las repercusiones podrían ser enormes, no sólo para la historia de los templarios, sino mucho más allá.

Hacía poco que una mujer que conocíamos se había trasladado a vivir a Aberdeen en compañía de su esposo. Durante una visita que hicieron a Londres nos contaron una historia que, a su vez, les había referido un hombre que había trabajado durante algún tiempo en un hotel de una pequeña comunidad turística, un antiguo centro de baños termales en la época victoriana, situado sobre la costa occidental del *loch* Awe en las tierras altas de Argyll. El *loch* Awe es un gran lago interior que se encuentra a unos cuarenta kilómetros de Oban. Tiene una longitud de 45 kilómetros y un ancho que suele variar entre algo más de medio kilómetro y un kilómetro y medio. Está salpicado por una veintena de islas de diversos tamaños, algunas naturales y otras construidas por la mano del hombre, y que en otra época estaban conectadas a la costa a través de pasos elevados que actualmente se encuentran sumergidos bajo rocas y maderas. Al igual que el *loch* Ness, se supone que el *loch* Awe está habitado por un monstruo, el «Bea-

thach Mor».[1] descrito como una gran criatura con forma de serpiente, cabeza de caballo y doce patas cubiertas de escamas.

Según la historia que había escuchado nuestro informante, en una de las islas había una serie de tumbas de templarios, más de las que cabría esperar en el contexto de la historia oficial, porque no había mención aceptada acerca de que hubiese existido alguna actividad a cargo de la orden en las cercanías de Argyll ni en las Tierras Altas occidentales. Además, aparentemente, en la misma isla se hallaban las ruinas de una preceptoría templaria, que no figuraban en ninguna de nuestras listas de propiedades de la orden. El nombre de la isla sonaba algo así como «Innis Shield», aunque no podíamos estar seguros de que fuese correcto (ni muchos menos de cómo se escribía) dado que se trataba de una información que recibíamos de tercera mano.

Aun cuando estos fragmentos de información no estuviesen confirmados y su vaguedad fuese frustrante, ejercían sobre nosotros una innegable atracción. Al igual que muchos investigadores que nos habían precedido, estábamos enterados de las difusas versiones acerca de las bandas de templarios que habían sobrevivido a la persecución y disolución oficiales de la orden entre los años 1307 y 1314. Conocíamos las historias de que un enclave de caballeros, huyendo de sus torturadores en Europa e Inglaterra, se habían refugiado en Escocia y, al menos durante un tiempo, habían perpetuado algunas de sus instituciones originales. No obstante, también éramos conscientes de que la mayoría de esas tradiciones tenían su origen en los masones del siglo XVIII, quienes ansiaban establecer para sí mismos una genealogía que se remontara directamente a los caballeros del Temple que habían existido cuatrocientos años antes. Por lo tanto, alimentábamos un extremo escepticismo. Sabíamos que no existían pruebas aceptadas de supervivencia templaria en Escocia, e incluso de que la masonería contemporánea tendía, en general, a descartar cualquier pretensión contraria y calificarla de invención pura o simple expresión de un deseo.

Sin embargo, la isla del lago y su historia seguían ejerciendo su hechizo sobre nosotros. De todos modos, ya habíamos planeado realizar un viaje de investigación a Escocia durante ese verano, si bien el destino se encontraba mucho más hacia el este. Pero entonces tal vez tuviésemos ocasión de desviarnos un poco hacia el oeste, aunque sólo fuese para desmentir la historia que habíamos escuchado y completar de una vez por todas el exorcismo de nuestras mentes. En consecuencia, decidimos alargar nuestro viaje unos cuantos días y regresar pasando por Argyll.

[1] «La Gran Bestia», en gaélico en el original. *(N. del T.)*

A medida que descendíamos desde el norte hacia el *loch* Awe, situado en un extremo y semi oculto tras arracimados abetos, vimos de pronto el gran castillo de Kilchurn, construido en el siglo XV por el clan Campbell. Seguimos avanzando a lo largo de la orilla este del lago. Unos veinticuatro kilómetros más adelante, apareció una isla a la derecha de nuestra posición, quizás a unos 45 metros de la costa. En la isla estaban las ruinas del castillo de Innis Chonnell, del siglo XIII, que fue ocupado alrededor de 1308 por sir Neil Campbell, amigo íntimo, aliado y cuñado de Robert de Bruce, y que durante un siglo y medio constituyó la sede principal del clan Campbell. Luego, cuando se construyó un nuevo castillo en Inverary, en la cuenca alta del *loch* Fyne, Innis Chonnel se convirtió en una prisión para los enemigos de los Campbell, o sea, de los condes de Argyll, que es en lo que se habían convertido para entonces.

Un kilómetro y medio hacia el sur de Innis Chonnel había una isla más pequeña, apenas visible desde el camino a través de los árboles y los arbustos que bordeaban la costa. Cuando nos detuvimos, pudimos ver los restos de una especie de estructura, y un grupo de piedras que tenían el aspecto de tumbas. Del lado opuesto del camino se alzaba el caserío de Portinnisherrich. Según los mapas que consultamos, la isla era conocida por distintos nombres, como Innis Searraiche o Innis Sea-ramhach. De inmediato extrapolamos el nombre y llegamos a la conclusión de que ésta era la isla «Innis Shield» que habíamos estado buscando.

La isla era visible a unos 35 metros de la costa, donde había unos cuantos botes, la mayoría de los cuales era obvio que estaban en uso y se utilizaban con regularidad. Fuimos al almacén de ramos generales en Portinnisherrich con la esperanza de poder alquilar uno de esos botes y llegar en él hasta la isla. Sin embargo, en el almacén tuvimos una recepción de naturaleza más que evasiva. Los paisajes de la zona eran dignos de una postal, y es probable que la supervivencia, al menos hasta cierto punto, dependiera de la industria del turismo. No obstante, no nos hicieron sentir para nada bienvenidos. «¿Por qué —nos preguntaron con cautela— quieren alquilar un bote?». «Para explorar la isla», contestamos. Nos respondieron que no había botes disponibles para alquilar; las personas del lugar no alquilaban sus botes. Quizá entonces pudiéramos contratar a alguien, con su propio bote, para que nos llevase hasta la isla. No, eso tampoco era posible, fue la abrupta respuesta, sin ninguna otra explicación ni aclaración.

Frustrados, y cada vez más convencidos de que Innis Searraiche debía ocultar algo importante, caminábamos a lo largo de la costa. Desde la franja intermedia de agua, la isla parecía burlarse de nosotros, casi a tiro de piedra, aunque inaccesible. Comenzamos a considerar la posibilidad de cruzar a nado, y estábamos analizando cuál sería la temperatura del agua cuando, justo al norte del caserío, nos encontramos con una pareja mayor que había montado su tienda junto a una cara-

vana. Después de los saludos de rigor nos invitaron a compartir una taza de té con ellos. En el transcurso de la conversación, resultó que ellos también eran de Londres. Sin embargo, durante los últimos quince años aproximadamente habían venido a este lugar todos los veranos, para instalar su caravana cerca de la orilla y pescar en el *loch* Awe.

Una vez en el interior de la caravana, tuvimos que pasar con dificultad junto al extremo de una mesa para sentarnos en un largo banco de madera. A un lado había una mesa más pequeña, o una superficie plana de alguna clase, utilizada probablemente para preparar la comida. Sobre ella había un viejo libro abierto en una página con lo que parecía ser un grabado de una tumba masónica; advertimos algunos símbolos masónicos y una calavera con huesos cruzados por detrás. Después nos dimos cuenta de que lo que habíamos visto podría haber sido un «cuadro de logia»[1] masónico del tipo de los que se utilizaban en el siglo XVIII. De todas formas y como al pasar, preguntamos acerca de la preponderancia de la masonería en la zona, acto seguido el libro fue cerrado con rapidez y discreción y nuestra pregunta descartada con una sacudida de hombros.

Les preguntamos a nuestros anfitriones si nos podían contar algo acerca de la isla. Nos respondieron que no era mucho lo que sabían del lugar. Sí, era cierto que había unas ruinas allí. Y sí, también había algunas tumbas, aunque no muchas. Y no eran demasiado antiguas. De hecho, según nos explicó la pareja, la mayoría de las tumbas eran bastante recientes. Pero la isla, añadieron, parecía gozar de alguna importancia especial. No se atrevían a sugerir a qué se podía atribuir dicha importancia. Nos explicaron también que, en algunas ocasiones, se traían restos fúnebres desde muy lejos, incluso desde el otro lado del Atlántico, desde Estados Unidos, para que los enterraran en la isla.

Resultaba evidente que esto no guardaba ninguna relación con los templarios de los siglos XIII o XIV. De cualquier manera, despertaba nuestra intriga. Por supuesto, tal vez no implicara nada más que una tradición de las familias de la zona, cuyos descendientes, de acuerdo con algún ritual o costumbre establecidos, eran enterrados en suelo autóctono. Por otro lado, quizás existiera la posibilidad de que sí hubiese algo más, algo que quizá guardase alguna relación con la masonería, y que nuestros anfitriones evidentemente no deseaban compartir. Esta pareja tenía un bote que utilizaba para pescar en el lago. Les preguntamos si nos lo alquilarían o si podrían llevarnos hasta la isla. Al principio se mostraron un poco reticentes y no dejaban de repetir que allí no encontraríamos nada de interés; finalmente, sin embargo,

---

[1] Cuadro de Logia: (a) Síntesis simbólica y visual del Grado; (b) Nómina de los miembros de una logia. (*N. del T.*)

quizá contagiado por nuestra curiosidad, el hombre accedió a cruzarnos a la isla mientras su esposa preparaba otra ronda de té.

La isla resultó ser una absoluta decepción. Era muy pequeña, no tenía más de unos veinticinco metros de ancho. Todavía se encontraban allí las ruinas de una diminuta capilla; en realidad, las ruinas no eran más que restos de muros que se elevaban unos pocos centímetros del suelo. No había manera de determinar si los dilapidados restos cubiertos de musgo habían sido alguna vez una capilla templaria. De cualquier manera, eran demasiado pequeños para haber pertenecido a una preceptoría.

En cuanto a las tumbas, la mayoría eran, como nos habían anticipado, de fecha relativamente reciente. La más antigua databa de 1732, la más reciente de la década de 1960. Ciertos apellidos habían dejado allí su huella: Jameson, McAllum, Sinclair. En una de las rocas, una reliquia de la primera guerra mundial, había una escuadra y compases masónicos. Era evidente que la isla estaba relacionada con las familias del lugar, algunas de las cuales, probablemente por casualidad, eran miembros de la masonería. Pero no había nada que pudiera vincularse con los caballeros del Temple ni, de hecho, nada que apoyara el relato que habíamos escuchado acerca de la existencia de un cementerio templario. Si aquel lugar atesoraba algún misterio, parecía ser un misterio estrictamente local y sin mayor trascendencia.

Burlados y frustrados, decidimos buscar un albergue para pasar la noche, aclarar nuestros pensamientos y, si fuera posible, dilucidar el modo en que la información que habíamos recibido podría haberse distorsionado tanto. Seguimos nuestro camino a lo largo de la costa este del *loch* Awe, hacia la ruta que nos llevaría al *loch* Fyne y, desde allí, a Glasgow. A estas alturas ya era casi de noche. Nos detuvimos en un pueblo llamado Kilmartin, que encontramos al final del extremo sur del lago, y preguntamos dónde podríamos encontrar un lugar para alojarnos. Nos señalaron una gran casa restaurada a unos pocos kilómetros del pueblo, cerca de unos mojones de piedras celtas. Una vez que nos registramos allí, volvimos a Kilmartin para tomar unos tragos en el pub.

Aunque más grande que Portinnisherrich, Kilmartin era apenas algo más que un caserío: una gasolinera, un pub, un restaurante que se podía recomendar y unas dos docenas de casas, todas concentradas a un lado del camino. Sobre el lado opuesto se alzaba una gran iglesia parroquial con una torre. Toda la estructura había sido construida o restaurada casi por completo durante el siglo pasado.

No esperábamos encontrar nada importante en Kilmartin. Sólo la curiosidad nos indujo a entrar en el cementerio. Pero allí, y no en una isla en medio de un lago, sino en el predio de una parroquia, encontramos hileras y más hileras de lápidas estrictamente ordenadas con marcados signos de erosión. Había más de ochenta. Algunas estaban tan hundidas en la tierra que la hierba ya había crecido sobre ellas.

Otras todavía estaban intactas y se distinguían con claridad entre las tumbas más altas y modernas y las parcelas familiares. Muchas de las lápidas, en especial las de fechas más recientes y que se encontraban en mejor estado, estaban adornadas con intrincadas tallas, motivos de decoración, emblemas familiares o de clan, un mar de símbolos masónicos. Otras ya estaban totalmente desgastadas. Pero las que despertaron nuestra atención fueron las que no tenían más decoración que una simple y austera espada recta.

Las espadas variaban en tamaño y a veces, apenas, en diseño. De acuerdo con los usos de la época, la espada del hombre que había muerto se apoyaba en la lápida. Se grababa su contorno y luego se la cincelaba. La talla por lo tanto, reflejaba con precisión las dimensiones, la forma y el estilo del arma original. Esta desnuda espada anónima destacaba en las lápidas más antiguas, las más gastadas, las más atacadas por la acción de los elementos, las más erosionadas. En las lápidas de menor antigüedad, a la espada se le habían añadido el nombre y la fecha, además de motivos de decoración, emblemas de la familia y el clan y también símbolos masónicos. Incluso había algunas tumbas de mujeres. Al parecer habíamos encontrado el cementerio templario que estábamos buscando.

La mera existencia de las tumbas alineadas en Kilmartin seguramente debía haber suscitado preguntas de otros visitantes además de las nuestras. ¿Quiénes *fueron* los guerreros allí enterrados? ¿Por qué había tantos en un lugar tan remoto? ¿Qué explicaciones daban las autoridades locales y los anticuarios? La placa de la iglesia proporcionaba escasos datos sobre el tema. Todo lo que se leía era que las lápidas más antiguas correspondían aproximadamente al 1300, las más recientes a principios del siglo XVIII. «La mayoría», concluía la placa, «corresponde a un grupo de escultores establecidos alrededor del *loch* Awe a finales del siglo XIV y durante el siglo XV». ¿*Qué* grupo de escultores? Si se sabía que conformaban un «grupo» como una entidad formal u organizada de alguna forma, como claramente parecía ser el caso, seguramente debería saberse algo más acerca de ellos. ¿Y acaso no resultaba un tanto extraño que los escultores se congregaran en «grupos», a menos que tuviesen algún propósito específico o que fuese bajo algún auspicio concreto, como el de una corte real o aristocrática o el de alguna orden religiosa? En cualquier caso, si la placa apenas aportaba datos sobre quién había tallado esas lápidas, era incluso mucho más que imprecisa acerca de quiénes habían sido enterrados debajo de ellas. Simplemente no había ninguna inscripción.

A pesar de la impresión que ofrecen la literatura, las películas y la historia novelada, las espadas eran objetos fuera de lo común y muy costosos a principios del siglo XIV. De hecho, no todos los combatientes poseían una. Muchos eran demasiado pobres y debían conformar-

se con el empleo de hachas o lanzas para luchar contra sus enemigos. Además, en esa época no existía nada parecido a una industria armamentista en esa región de Escocia. En esos tiempos, la mayoría de las hojas en uso del país debían ser importadas, lo que incrementaba aún más su coste. Debido a estos hechos, las tumbas de Kilmartin no podían haber sido las sepulturas de tropas comunes, el equivalente del siglo XIV de la «carne de cañón». Por el contrario, los hombres que las lápidas conmemoraban debieron de haber gozado de cierta importancia social, ser personas acaudaladas, pequeños nobles ricos, si no pertenecieron a auténticos caballeros.

Pero ¿era posible que hombres de riqueza y posición social hubieran sido enterrados en el *anonimato*? Los personajes destacados del siglo XIV se vanagloriaban mucho más que en la actualidad de sus familias, sus ancestros, su linaje, su árbol genealógico; esta situación era especialmente cierta en Escocia, donde las filiaciones y relaciones entre los clanes gozaban de una especial trascendencia y donde la identidad y la descendencia sanguínea a veces adquirían un énfasis obsesivo. Relaciones de esta índole se destacaban con insistencia en la vida y se conmemoraban con el debido respeto en el momento de la muerte.

Por último, ¿por qué las tumbas más antiguas de Kilmartin —las anónimas, en las que sólo se destaca la espada recta— carecían de todo símbolo cristiano, incluso de un símbolo tan elemental como una cruz? En una época en que la hegemonía de la iglesia sobre Europa occidental no conocía rivales, sólo las tumbas con efigies no se adornaban con la iconografía cristiana; y esa clase de tumbas siempre estaban ubicadas en el interior de una capilla o de una iglesia. Sin embargo, las tumbas de Kilmartin descansaban a cielo abierto, no tenían efigies, pero también carecían de todo vestigio de ornamentación religiosa. ¿Se suponía acaso que la propia empuñadura de la espada representaba la cruz? ¿O quizá las tumbas de esos hombres anónimos se percibían, de un modo u otro, como tumbas no cristianas en un sentido estricto?

A partir de 1296, sir Neil Campbell (el amigo, aliado y más tarde cuñado de Bruce) había sido «alguacil» de Kilmartin y el *loch* Awe, y, dado que Kilmartin había sido una de sus sedes, parece razonable suponer que las tumbas más antiguas correspondieron a los hombres de sir Neil. No obstante, esto no justifica el anonimato, ni la ausencia de simbología cristiana. A menos, por supuesto, que los hombres que sirvieron bajo el estandarte de sir Neil no fueran oriundos de la zona, ni cristianos convencionales y que tuviesen alguna razón para mantener ocultas sus identidades, incluso en la muerte.

Durante el curso de nuestra investigación habíamos explorado la mayoría de las ruinas de las preceptorías templarias que aún quedaban en Inglaterra y muchas de las que se hallaban en Francia, España y Oriente Próximo. Conocíamos, casi hasta el hartazgo, la amplia

variedad de esculturas templarias, emblemas templarios, adornos templarios y, en las contadas ocasiones en que todavía se podían encontrar, tumbas templarias. Esas tumbas exhibían las mismas características que las de Kilmartin. Con impecable regularidad eran tumbas simples, austeras, desprovistas de adornos. A menudo, aunque no siempre, estaban marcadas por una simple espada recta. Siempre eran anónimas. De hecho, era precisamente el anonimato de las tumbas templarias lo que las distinguía de las de las intrincadas inscripciones, adornos, monumentos y sarcófagos de los demás nobles. Después de todo, los templarios eran una orden monástica, una sociedad de monjes guerreros, de soldados místicos. Aun cuando sólo lo hiciesen en teoría, los templarios supuestamente habían renunciado, al menos como individuos, al boato y las pretensiones del mundo material. Cuando se ingresaba en el Temple, se renunciaba de hecho a la propia identidad, se quedaba subsumido en la orden. La severa imagen carente de adornos de la espada recta supuestamente daba testimonio de la piedad abnegada y ascética que se alcanzaba dentro de las filas de la orden.

Los historiadores, en especial los historiadores de la masonería, habían buscado durante mucho tiempo una prueba definitiva, en un sentido o en otro, de la pretendida supervivencia de los templarios en Escocia después de que la orden hubiese sido oficialmente eliminada en todas partes. Pero estos historiadores habían buscado documentos e investigado en registros y no habían llevado a cabo una investigación de campo. No debe sorprender, por lo tanto, que no encontraran pruebas concluyentes de ninguna naturaleza, ya que la mayor parte de los documentos pertinentes se había perdido, fue destruida, eliminada, falsificada o deliberadamente desacreditada. Por otra parte, los historiadores de Argyll, que conocían la existencia de las tumbas de Kilmartin, no tenían ningún motivo para relacionarlas con los templarios, ya que se desconocía que la orden hubiese estado activa, o siquiera presente, en la región. En lo que respecta a sus sedes en Europa, los templarios eran fuertes en Francia, España, Alemania, Italia e Inglaterra. Las propiedades que poseían oficialmente en Escocia estaban situadas, al menos según los registros que se podían obtener con facilidad, en las cercanías de Edimburgo y Aberdeen. Aparentemente, no había evidencia alguna que permitiese suponer la existencia de un enclave de la orden en Argyll, a menos que se la estuviese buscando específicamente. En consecuencia, en nuestra opinión, las tumbas de Kilmartin habían preservado su secreto ante los historiadores de ambos campos: los cronistas de los templarios y de la masonería por una parte y, por la otra, los cronistas de la región vecina, quienes no tenían fundamento alguno para imaginar siquiera una conexión templaria.

Huelga decir que estábamos muy entusiasmados con nuestro descubrimiento. Y sentíamos que era aún más significativo porque parecía guardar relación no sólo con la existencia de los templarios. Parecía

existir un patrón congruente que relacionaba las tumbas más antiguas (las que suponíamos que eran tumbas templarias) con las más recientes de Kilmartin, aquellas que estaban adornadas con blasones familiares, emblemas de clanes y símbolos masónicos. Las tumbas más antiguas parecían escalonarse gradualmente hasta convertirse en las más recientes, o, mejor dicho, las más recientes parecían, mediante un proceso de asimilación y aditamento, haber evolucionado a partir de las más antiguas. Los motivos eran en esencia los mismos, sólo que sus adornos se tornaban más intrincados y complejos con el transcurrir de los años; la ornamentación más moderna no reemplazaba a la espada recta, sino que se incorporaba, se añadía a ella. Las tumbas de Kilmartin parecían ofrecer su propio testimonio mudo, pero elocuente, de una historia que se extendía siglo tras siglo, desde el comienzo del siglo XIV hasta principios del XVIII. Esa noche en el pub intentamos descifrar la crónica de las lápidas.

¿Era posible, acaso, que nos hubiésemos topado con un enclave de refugiados templarios que, con la disolución de su orden, habían encontrado un puerto seguro en lo que en aquel tiempo eran los salvajes páramos de Argyll? ¿Era posible que esas tierras hubiesen albergado incluso a más refugiados llegados de otros países? Argyll, si bien era una zona de difícil acceso por tierra a principios del siglo XIV, podía alcanzarse sin dificultad por mar, y los templarios poseían una importante flota que sus perseguidores jamás pudieron encontrar. ¿Era posible que las verdes colinas y cañadas pobladas de árboles alrededor de nosotros hubiesen alojado a una comunidad entera de caballeros de manto blanco, como si se tratase de una «tribu perdida» o una «ciudad perdida» en una historia de aventuras; y quizá la orden se había perpetuado a sí misma aquí, al igual que había perpetuado sus rituales y prácticas? Pero, si la orden habría de perpetuarse más allá de una sola generación, los caballeros deberían haberse secularizado o, al menos, deberían haber abjurado de sus votos de castidad y contraído matrimonio. ¿Habría sido esto tal vez parte del proceso que atestiguaban las lápidas, el matrimonio mixto gradual de templarios refugiados y de miembros del sistema de clanes? Y de esa alianza entre los templarios y los clanes de Argyll, ¿no podría haber surgido uno de los hilos de la madeja que conduciría a la posterior masonería? En las lápidas de Kilmartin quizás estuviésemos frente a frente con la respuesta concreta de uno de los temas más desconcertantes de la historia europea, los orígenes y la evolución de la masonería.

Decidimos no incluir nada de lo que habíamos descubierto en nuestra película, ya que en ese momento sólo contaba con un guión parcial. Además, se orientaba fundamentalmente a la presencia de los templarios en Tierra Santa y Francia. Y si podíamos probar que nuestros descubrimientos en Escocia eran válidos, estábamos convencidos de

que garantizarían una película exclusiva. Por el momento, sin embargo, todo lo que teníamos en las manos era una teoría plausible que, en ausencia de una documentación inmediatamente accesible, no estábamos en condiciones de confirmar.

Mientras tanto, otros proyectos, otros compromisos habían comenzado a ocupar el primer puesto de nuestra atención, y los descubrimientos de Escocia quedaron todavía más relegados en la lista de prioridades. No obstante, jamás los perdimos de vista. Seguían rondando nuestras mentes y ejerciendo su poder sobre nuestra imaginación. Durante los siguientes nueve años, continuamos reuniendo información adicional, aunque de un modo muy poco sistemático.

Consultamos los trabajos de Marion Campbell, probablemente la historiadora local de mayor renombre en la región, y comenzamos un intercambio de correspondencia personal con ella. Si bien nos aconsejó que fuésemos prudentes con las conclusiones prematuras, nuestra teoría la intrigó. En su opinión, el hecho de que no hubiese registros de propiedades templarias en Argyll indicaba con mayor probabilidad la ausencia de registros y no la ausencia de templarios. Y no descartaba la posibilidad de que la llegada de templarios a la región explicase la súbita aparición de espadas rectas anónimas entre los motivos de adornos celtas más tradicionales y conocidos.[1]

Además, consultamos otros trabajos publicados vinculados con las tumbas de Kilmartin, desde los elaborados por investigadores de anticuarios del siglo XIX hasta una obra más reciente, publicada en 1977, bajo los auspicios de la Royal Commission on the Ancient and Historical Monuments of Scotland[2] [Comisión Real sobre los Monumentos Antiguos e Históricos de Escocia]. Nos decepcionó que la mayor parte de ese material se centrara fundamentalmente en las lápidas más recientes, aquellas que exhibían adornos más elaborados. Las lápidas más antiguas, marcadas por la anónima espada recta, eran ignoradas en general, quizás simplemente porque no se sabía nada acerca de ellas y nadie tenía mucho que decir al respecto. De todos modos, encontramos algunos datos importantes. Por ejemplo, Marion Campbell nos informó de que las lápidas del cementerio de Kilmartin no habían estado ubicadas allí originalmente. Algunas habían estado en el interior de la iglesia, en realidad dentro de una iglesia mucho más antigua. Otras habían estado diseminadas por toda la campiña de los alrededores y sólo fueron reubicadas en una época posterior. También nos enteramos de que Kilmartin no era el único cementerio de estas características en la región. De hecho, existían al menos otros dieciséis cementerios. Pero Kilmartin parecía concentrar el mayor número de lápidas antiguas, marcadas por las anónimas espadas rectas.

De estos hechos, sólo podíamos extraer tres conclusiones en firme. La primera era que los antecedentes de las tallas, y en particular los de las tallas más antiguas, seguían siendo un misterio. La segunda, en la que prácticamente todos estábamos de acuerdo, era que esas

tallas más antiguas podían fecharse a comienzos del siglo XIV, la época de Robert Bruce en Escocia y de la eliminación de los caballeros templarios en el resto de Europa. La tercera conclusión era que las tumbas que incluían en ellas las anónimas espadas rectas representaban un estilo *nuevo*, un nuevo desarrollo en la región, que había aparecido súbita e inexplicablemente, aunque las propiedades templarias en otros lugares habían estado utilizando este diseño antes de su repentina aparición en Argyll. Nosotros ya lo habíamos visto, en un entorno cuya fecha era anterior a las tumbas más antiguas de Kilmartin, tan cerca de casa como lo está Temple Garway, en Herefordshire, un lugar que *era* con certeza templario.[3]

En *Incised Effigial Slabs in Latin Christendom* (1976), el difunto F. A. Greenhill publicó los resultados del trabajo de toda su vida dedicado a registrar las tumbas medievales de toda Europa, desde el Báltico hasta el Mediterráneo, de Riga a Chipre. Entre las 4.460 tumbas que él enumera y describe, encontró algunas carentes de inscripciones, pero sólo en contadas ocasiones. Menos frecuentes, incluso, eran las tumbas militares. En Inglaterra, por ejemplo, sólo había encontrado cuatro, sin incluir la hallada en Garway, de la que no tenía conocimiento. En Irlanda, había encontrado sólo una. En toda Escocia, *con la excepción de* Argyll, también había encontrado tan sólo una. En Argyll había descubierto sesenta lápidas militares anónimas. Por lo tanto, resultaba evidente que la concentración de lápidas en Kilmartin y en los lugares cercanos poseía un carácter genuino y único. Prácticamente así de única era la extraordinaria concentración de tumbas masónicas.

Otra importante fuente de pruebas para nosotros fue la Israeli Archaeological Survey Association [Asociación israelí de estudios arqueológicos], que había realizado excavaciones en el antiguo castillo templario de Athlit, en Tierra Santa.[4] Athlit había sido construido en 1218 y fue finalmente abandonado en 1291, junto con los demás restos del reino de Jerusalén de los cruzados. Cuando se llevaron a cabo las excavaciones del castillo, se descubrió un cementerio con más de cien lápidas. La mayoría, por supuesto, estaban muy castigadas por los elementos, y las incisiones de escasa profundidad, como las espadas rectas que habíamos encontrado en Escocia, no habían conseguido superar el paso del tiempo. Pero algunos diseños cuyas tallas eran más profundas sí habían logrado vencer el paso de los siglos, y tenían un interés muy especial. Uno se hallaba en la lápida de un comandante marítimo templario —quizá un almirante— y consistía en una gran ancla. Una, aunque muy desgastada, todavía mostraba la escuadra y la plomada masónicas. Otra, que se cree que era la de un «maestre de los masones templarios», ostentaba una cruz con adornos, la escuadra y el mazo masónicos. Con sólo dos excepciones, éstas constituyen la incidencia más antigua que se conoce de lápidas con emblemas masónicos. Una de las excepciones es Reims y se la puede fechar en

1263. La otra, con una antigüedad comparable, también se halla en Francia, en la antigua preceptoría templaria de Bure-les-Templiers en la Côte de Or. Aquí, por lo tanto, se encontraba cierta prueba convincente que podía respaldar la «crónica en piedra» que habíamos intentado descifrar en Kilmartin, una crónica que, si la habíamos descifrado correctamente, daba testimonio de una importante y antigua conexión entre los templarios y lo que posteriormente evolucionaría hasta constituirse en la masonería.

En nuestro entusiasmo por el descubrimiento, habíamos olvidado el propósito original de nuestro viaje a Argyll: la historia que hablaba de la existencia de un cementerio templario en una isla del *loch* Awe. Dimos por supuesto que la historia se había tergiversado y que en realidad se refería a Kilmartin. Lo que no sabíamos entonces era que habíamos visitado la isla equivocada.

En el otoño de 1987 regresamos a Argyll y al *loch* Awe. Para entonces ya nos habíamos enterado de que la isla que había motivado nuestra visita anterior no era Innis Searraiche sino Inishail, que se encontraba algunos kilómetros más hacia el norte. (De hecho, habíamos pasado por allí la primera vez que visitamos la región y no le habíamos prestado la menor atención).

Pero si Inishail era la isla «correcta», su descubrimiento resultó tan poco fructífero como el de la isla «equivocada» que habíamos visitado hacía nueve años, si bien en esta ocasión no tuvimos ningún problema para alquilar una embarcación. En la isla encontramos las ruinas de una iglesia que podía datar del período que nos interesaba, los comienzos del siglo XIV, pero resultaba evidente que su estructura no era templaria. Nos enteramos de que el último servicio regular que se realizó en la iglesia había sido en 1736 y de que a finales de ese siglo el lugar ya estaba abandonado y en ruinas. Cuando la vimos, el interior era una tupida maraña de hierbas, malezas y ortigas que cubrían un número indeterminado de lápidas irrecuperablemente gastadas y agrietadas que se hallaban esparcidas por la tierra. En el exterior de la iglesia había más lápidas, las más antiguas tan hundidas y cubiertas por hierbas que apenas si se las podía distinguir, aunque había otras, más recientes, que todavía se mantenían erguidas. Entre las tumbas más recientes se encontraban la del décimoprimer duque de Argyll, muerto en 1973, y la del brigadier Reginald Fellowes, CBE, MC y Bar, Légion d'Honneur,[1] quien había fallecido en 1982. El hombre que nos

[1] CBE: Commander of the Order of the British Empire: Comandante de la Orden del Imperio Británico; MC and Bar: condecorado dos veces con la Cruz Militar; Légion d'Honneur, en francés en el original, Legion de Honor. *(N. del T.)*

alquiló el bote nos dijo que cruzaba a Inishail a menudo y exploraba la isla. Nos habló de una lápida que había descubierto hacía poco y que todavía no había sido registrada por la Comisión Real. Ese dato nos hizo sospechar la existencia de otras lápidas y sondeamos el terreno con nuestras navajas y, de hecho, encontramos algunas, pero no pudimos recoger ningún dato de ellas. Si alguna vez alguien decide desbrozar y limpiar ese lugar, esas lápidas podrían tener muchos datos importantes que revelar. Nuestro reconocimiento aficionado y bastante poco prolijo, no obstante, no reveló ningún indicio que pudiese relacionar a esas lápidas con los templarios. Este hecho nos decepcionó, pero al menos ahora sabíamos la verdad acerca de la hasta entonces evasiva isla.

En otros puntos del *loch* Awe no encontramos nada que fuese más concluyente que lo que habíamos encontrado en Kilmartin: vestigios que muy posiblemente fuesen templarios, que incluso podíamos alegar de manera convincente que eran templarios, pero que probablemente no lo fueran. Sin embargo, en una colina que se alzaba hacia el sudeste del lago, en las ruinas pertenecientes a la iglesia de Kilneuair del siglo XIII, encontramos algo extraño. Entre la hierba había lápidas similares a las lápidas de fecha más reciente y provistas de intrincados adornos de Kilmartin. En una de ellas, el diseño estaba rematado por la inconfundible cruz templaria. Pero la cruz no formaba parte de la ornamentación original, que había sido cincelada con gran meticulosidad. La cruz había sido torpemente tallada sobre la piedra como si fuese una especie de *graffito* en una fecha posterior, quizás en el siglo XVII o incluso en el XVIII. Esto no podía tomarse como una prueba de la presencia templaria en la zona. No obstante, sí demostraba que alguien en los alrededores, en algún momento del pasado, había mantenido un cierto interés en los templarios.

Continuamos viaje hacia el sudoeste, más allá de la imponente fortaleza del castillo Sween, que domina el lago que lleva el mismo nombre. A principios del siglo XIV, el *loch* Sween había sido un puerto estratégico fundamental en la ruta marítima que unía el Ulster con las islas de Islay y Jura, y su castillo, sitiado y capturado por Bruce alrededor de 1308-1309, había sido el principal punto de resistencia de la región. El castillo en sí mismo, del que se dice que es el castillo de piedra más antiguo de la Escocia continental, era obviamente una ciudadela marítima, con su propio puerto para galeras. Unas piedras caídas, algunas labradas, indicaban los lugares donde se habían ubicado un rompeolas, un puerto interno y un espigón. Si, en la época de la eliminación de su orden, los templarios de Europa habían huido a Escocia por mar, este tal vez había sido el punto más probable de su desembarco en la zona.

El mar se extendía más allá del castillo, la isla de Jura se veía del otro lado del estrecho hacia el oeste, con sus colinas cubiertas por las nubes. Aquí, en la costa, se erguía la pequeña capilla de Kilmory, ya

en ruinas, que había atendido las necesidades de la otrora floreciente parroquia marina. En el interior y alrededor de la capilla había cerca de cuarenta lápidas pertenecientes al mismo período y del mismo estilo que habíamos aprendido a reconocer en Kilmartin. Pero hallamos otros dos elementos de mayor importancia y que aportaban unas pruebas que, si bien no eran tan numerosas como hubiésemos deseado, tenían la calidad suficiente como para confirmar nuestra teoría.

Las iglesias templarias exhibían invariablemente una cruz tallada sobre la entrada o erguida e independiente en el exterior. La cruz, ya fuese simple o adornada, poseía siempre un diseño muy característico: sus brazos eran iguales y el extremo de cada uno de ellos era siempre más ancho que su base. Dentro de la capilla de Kilmory encontramos una cruz de estas características, anterior al siglo XIV. Si esta cruz hubiese sido hallada en cualquier otro lugar de Europa, nadie habría dudado en reconocerla como templaria y en atribuir la capilla a la orden. Además, en el interior de la iglesia encontramos una lápida del siglo XIV con la talla de una galera, una figura armada y otra cruz templaria, con un diseño floreado.

Pero eso no era todo. En esa misma lápida del siglo XIV había un detalle que nos confirmó que lo que habíamos descifrado acerca de la «crónica en piedra» no sólo era defendible sino que, en líneas generales, era exacto. Sobre la cabeza de la figura armada con su cruz templaria se hallaba tallada una escuadra masónica.

A partir de ese momento podíamos afirmar que había habido presencia de los templarios en el *loch* Sween y que Kilmory había sido, casi con toda seguridad, una capilla templaria, si bien no construida expresamente para la orden, pero, de todas maneras, adoptada por los templarios. En función de estas pruebas, no era sólo posible, sino probable, que las tumbas de Kilmartin y de otros lugares de la región fuesen, de hecho, tumbas templarias.

Primera parte

Robert Bruce: heredero de la Escocia celta

1

Bruce y su lucha por el poder

El 18 de mayo de 1291, Acre, el último bastión de los cruzados occidentales en Tierra Santa cayó ante las fuerzas sarracenas y, en consecuencia, el reino latino de Jerusalén, nacido de la Primera Cruzada unos doscientos años antes, sucumbió de un modo rotundo e irrevocable. Ése fue el final del gran sueño europeo de un Oriente Próximo cristiano. Los sonoros y sagrados sitios de las Escrituras —desde Egipto, a través de Palestina y hasta el Líbano y Siria— quedaron en manos del islam, en la práctica fuera del alcance de los cristianos hasta la llegada de Napoleón alrededor de cinco siglos más tarde.

Para los templarios, la pérdida de Tierra Santa no sólo significó la pérdida de su principal esfera de operaciones militares, sino también la pérdida de su *raison de être* fundamental. En términos militares, al menos, ya no podían justificar su existencia. Las órdenes religioso-militares análogas tenían sedes en otros lugares, y otras cruzadas para combatir. Los caballeros hospitalarios de San Juan se establecieron primero en Rodas, luego en Malta, y pasaron los siguientes trescientos años disputando el control del Mediterráneo para una cristiandad cada vez más mercantilista. La orden de los caballeros teutones* ya había canalizado su vocación hacia el Báltico y se dedicó a exterminar a las tribus paganas que habitaban en esa región y a crear un principado cristiano que se extendía desde Prusia, a través de Letonia, Lituania y Estonia, hasta el golfo de Finlandia. Las órdenes españolas de Santiago, Calatrava y Alcántara todavía tenían que expulsar a los moros de la península Ibérica, mientras que los caba-

* Cuyo nombre completo es Orden Teutónica del Hospital de Santa María de Jerusalén. *(N. del T.)*

lleros portugueses de la Orden de Cristo se dedicaban cada vez más a la exploración marítima. Sólo los templarios —la orden más rica, más poderosa y de mayor prestigio entre todas las órdenes— se quedaron sin un objetivo y sin un hogar. Su ambición de establecer un principado propio en el Languedoc fue un intento frustrado que nunca llegó a prosperar.

La década y media que siguió a la caída de Acre fue un período de decadencia para el Temple. Luego, al amanecer del viernes 13 de octubre de 1307, Felipe IV de Francia ordenó el arresto de todos los templarios que hubiese en sus dominios. Durante los siete años siguientes, la Inquisición se encargó de acabar el trabajo que el rey francés había iniciado. En toda Europa, los templarios fueron apresados, juzgados, interrogados, torturados y ejecutados. En 1312 el papa disolvió oficialmente la Orden del Temple. En 1314, Jacques de Molay, el último gran maestre de la orden, fue quemado en la hoguera y, de hecho, el Temple dejó de existir.

La carrera de Robert Bruce se extiende precisamente durante este periodo crucial de la historia. Su primera aparición en un cargo de importancia data de 1292, un año después de la caída de Acre, cuando se convirtió en conde de Carrick. Su vida alcanzó su máximo esplendor con la batalla de Bannockburn en 1314, aproximadamente tres meses después de la muerte de Jacques de Molay. En 1306, un año antes de que comenzara la persecución del Temple, el mismo Bruce había sido excomulgado y su conflicto con el papado se prolongó durante los doce años siguientes. Debido a que el papa no lo reconocía, no era posible que Roma mantuviese relaciones con él o que intentase imponer su voluntad en sus dominios. De hecho, el mandato papal no tenía ninguna vigencia en Escocia, o, al menos, en aquellas partes de Escocia bajo el control de Bruce y que, por lo tanto, se extendían «fuera de los límites». En consecuencia, el decreto que abolió el Temple en otros lugares de Europa, según la interprètación literal y estricta de la ley, carecía de poder en aquellas partes de Escocia. Si los caballeros de la orden, huyendo de la persecución en el continente europeo, tenían la esperanza de encontrar refugio en alguna parte, ese lugar sería bajo la protección de Bruce.

Durante siglos, un torrente de leyendas y tradiciones antiquísimas ha vinculado a Bruce con los templarios, aun cuando este vínculo nunca quedó satisfactoriamente definido. Las tumbas de Argyll aportaban pruebas convincentes para estas leyendas y tradiciones: sus fechas se correspondían con el período pertinente, se encontraban ubicadas en una región donde hubiese sido natural que los templarios buscasen refugio. Además, cuanto más detalladamente se estudia a Bruce, más obvio resulta que él y los templarios tenían muchas cosas en común.

El reino celta de Escocia

A Robert Bruce se le considera generalmente como la figura central de la lucha de la Escocia medieval por su independencia. Sin embargo, Bruce tenía un propósito más amplio, un objetivo mucho más radical y ambicioso que simplemente librarse del dominio inglés. Bruce deseaba restaurar una monarquía celta pura, con instituciones específicamente celtas. Instituciones que incluso podrían haber incluido rituales de sacrificios humanos.

En el medioevo, tanto Irlanda como Gales, incluso allí donde los soberanos normandos de Inglaterra no habían establecido su dominio, carecían de una autoridad centralizada. Ambos países estaban desgarrados por guerras intestinas entre un sinfín de principillos locales o de jefes y sus clanes. Escocia era el «único reino celta con instituciones políticas bien constituidas e independientes a comienzos de la "Alta Edad Media"».[1]

En la época de la dominación romana, por supuesto, Escocia había estado bajo el dominio de los pictos, quienes siguieron ocupando un lugar destacado en la historia escocesa hasta mediados del siglo IX. Pero a finales del siglo V, los colonos celtas de Irlanda, en especial del Ulster, habían comenzado a poblar la región oeste del país y a establecer lo que ahora se conoce como el reino de Dalriada, uno de cuyos bastiones más antiguos fue Dunadd, situado a tan sólo cinco kilómetros de Kilmartin. Durante 350 años, el reino de Dalriada en el oeste y los pictos en el resto del país se disputaron el poder, cada grupo gozando de una supremacía transitoria durante un período para luego volver a perderla. La lucha no siempre era violenta. También era una lucha cultural y dinástica, y se llevaron a cabo matrimonios mixtos de personajes de alto rango entre los dos pueblos. No obstante, alrededor del año 843, el reino de Dalriada había triunfado sobre su rival. La derrota de los pictos fue un proceso de asimilación más que una capitulación militar. El idioma y la cultura de los pictos desapareció gradual y completamente y Escocia, bajo los auspicios del rey de Dalriada, Kenneth MacAlpin, se consolidó como reino celta unificado. Aproximadamente en el año 850, Kenneth se instaló en Scone como soberano de toda Escocia. Todavía habrían de producirse vicisitudes, intrigas y luchas internas similares a las que Shakespeare inmortalizara en *Macbeth*. Sin embargo, bajo el reinado de David I, descendiente de Kenneth MacAlpin, finalmente surgió el reino feudal de Escocia en 1124, un cuarto de siglo después de que los cruzados occidentales hubiesen establecido el reino latino de Jerusalén.

Si bien los normandos se habían aventurado por primera vez en Escocia bajo Guillermo Rufus, hijo de Guillermo el Conquistador, no fue hasta el reinado de David cuando se produjo una penetración masiva y exitosa de normandos. David provenía de un linaje celta puro, hijo del rey celta, Malcom III. No obstante, durante su

reinado, se permitió la entrada en el país de un gran número de normandos y también de flamencos. Además, se abrieron las puertas al monasticismo, en especial bajo los auspicios de los cistercienses.* De todos modos, Escocia continuó siendo un reino totalmente celta y se han encontrado pruebas de que gran parte del pensamiento celta, tanto pagano como cristiano, persistió en el país mucho después de haber desaparecido en Irlanda. Una de las instituciones más especiales que David creó fue el cargo, que luego sería hereditario, de «Senescal real» [Royal Steward] del reino, luego llamado «Senescal»,** cargo del que derivaría la dinastía Estuardo. El senescal era una especie de administrador hereditario de la Casa Real, o bien una suerte de canciller de la corte, muy similar al llamado «Intendente de Palacio» de la Francia merovingia de hacía tres siglos. De la misma forma en que los intendentes de Palacio con el tiempo suplantaron a los merovingios e implantaron la dinastía Carolingia, en Escocia los Estuardo (aunque de un modo mucho más pacífico) reemplazaron a la dinastía de David. El primer Estuardo, Walter Fitz Alan, tenía ascendencia celto bretona, hijo de un tal Alan Fitz Flaald. Es probable que Alan también haya sido un descendiente de un jefe de clan escocés, Banquo de Lochaber, cuya leyenda también encontró eco en la obra de Shakespeare.

En el séquito del rey David había un caballero normando, Robert de Brus. El monarca le concedió el valle de Annan, que protegía los accesos a Escocia a través de Carlisle. Brus era, además, amigo íntimo del rey Enrique I de Inglaterra y poseía vastos territorios en el condado de York. Se cree que la familia de Robert era originaria de Brus o Bruis, actualmente Brix, al sur de Cherbugo. En época más reciente, sin embargo, se ha sugerido que en realidad los Brus eran de origen flamenco, descendientes de Robert de Bruges [Brujas], el próspero castellano que había vivido en esa ciudad hacía unos setenta y cinco años.[7] Robert desapareció de Brujas en 1053, el año en que Matilde de Flandes se casó con Guillermo, duque de Normandía. Es muy probable que la hubiese acompañado a Francia y luego, trece años más tarde, que acompañara a su esposo durante la invasión de Inglaterra.

---

* Orden monástica católica fundada en 1098 en Citeaux (del latín Cistercium), Francia, por un grupo de monjes benedictinos de la abadía de Molesme bajo la dirección de san Roberto de Molesme. También llamados monjes blancos, por el hábito blanco o gris que usaban bajo sus escapularios negros. Los primeros cistercienses deseaban establecer una comunidad regida por la interpretación estricta de las reglas monásticas que san Benito de Nursia estableciera en 540 para sus monjes. Eran partidarios de un rígido ascetismo, del trabajo manual como parte de la vida monástica y contrarios a las regalías feudales. *(N. del T.)*

** Stewart en inglés, de pronunciación similar a Stuart (Estuardo). *(N. del T.)*

Aunque el Robert de Brus de la época del rey David era de ascendencia normanda (o posiblemente flamenca), su bisnieto se casó con la bisnieta de David, la sobrina de los reyes celtas Malcolm IV y Guillermo I. El Robert Bruce que después figuraría de manera tan destacada en la historia escocesa podía, por lo tanto, reivindicar su linaje a partir de la antigua casa real celta, e incluso retroceder hasta el Kenneth MacAlpin del reino de Dalriada. Además, al casarse la hija de Robert de Bruce con Walter el Senescal, o Estuardo, nació la dinastía que luego se conocería como la casa Estuardo.

El componente celta conservó su predominio en la sociedad escocesa hasta finales del siglo XIII. En consecuencia, por ejemplo, los nobles más influyentes del reino eran los trece condes, o *thanes*,* cuyo linaje y autoridad procedían directamente del antiguo reino de Dalriada. Entre estos condes, el más importante fue el conde de Fife, quien ejerció el derecho hereditario de sentar al nuevo rey en el trono durante la ceremonia de coronación. La coronación se celebraba tradicionalmente en Scone, a unos tres kilómetros aguas arriba del río Tay desde la ciudad de Perth, y el trono del reino se erguía en torno a la famosa Piedra de Scone,** que se dice que Kenneth MacAlpin había llevado a ese lugar en el año 850. El palacio Scone era considerado un lugar sagrado o semi sagrado desde la época pre celta de los pictos. Su punto central era la «Colina de la Creencia», actualmente llamada colina Moot. Aquí, en un ritual que se remonta a los tiempos anteriores a la historia escrita, un nuevo monarca se sentaba sobre una piedra y era investido con las vestiduras de su cargo, incluidos probablemente un cetro y un manto. De esta forma, el rey desposaba los territorios, al pueblo que regiría y a la misma diosa tierra, a quien

---

* Señor feudal escocés. *(N. del T.)*

** Conocida también como: Piedra del Destino, Piedra de la coronación, Almohada de Jacob, Pilar de Jacob o Piedra que Habla (Lia Fail en gaélico). Es la piedra sobre la que fueron coronados los reyes dalriados, escoceses, ingleses y finalmente británicos. Se cree que fue la piedra sobre la que descansó Jacob, conservada y venerada por el pueblo judío y que tras un largo peregrinaje llegó a Irlanda donde se la colocó sobre el monte sagrado de Tara y fue reverenciada por generaciones de celtas irlandeses. Hacia el 400 dC ya se la utilizaba en las ceremonias de coronación del reino de Dalriada. Según la tradición, los soberanos debían sentarse sobre la piedra para la coronación y si el rey elegido era el correcto, la piedra «cantaba». Cuando el rey dalriada, Kenneth I, estableció su capital en Scone, la piedra fue llevada a su palacio y de allí tomó su nombre moderno. En 1292, John Balliol fue el último rey de Escocia coronado sobre la piedra en el palacio de Scone, ya que el rey Eduardo I de Inglaterra se apropió de ella después de derrotar a William Wallace y a su ejército escoces. Tras setecientos años de reclamaciones, la piedra fue devuelta a Escocia y colocada en el castillo de Edimburgo en 1996. *(N. del T.)*

a menudo se representaba bajo la forma de un animal. En la versión irlandesa del rito, se sacrificaba una yegua y se hervía en aguas que luego se usarían para bañar al nuevo rey, mientras éste bebía el caldo e ingería la carne del animal. Se creía que de esta forma se aseguraba la fertilidad de la tierra y del pueblo. Hacia el siglo XII, después de las Cruzadas, este principio arcaico de responsabilidad real por la fertilidad de la tierra se amalgamaría con elementos de la tradición judeocristiana para generar el corpus de poemas que actualmente se conoce como los romances del Grial. Esta tradición, como veremos más adelante, tendrá una especial pertinencia para Escocia.

La coronación de Alejandro III en 1249 guardó todas las características típicas de los ritos celtas que Escocia preservó años después de que hubieran desaparecido de otras tierras. Cuando Alejandro se sentó en el trono de Scone, un anciano bardo de las Tierras Altas recitó formalmente en gaélico la genealogía del nuevo monarca pasando por el reino de Dalriada hasta llegar al «primer escocés». Todo soberano celta debía estar acompañado de un arpista y Alejandro no fue una excepción. Además, y también conforme a la tradición para un jefe celta, cuando viajaba iba precedido por siete mujeres que entonaban su gloria y su linaje, sin duda una práctica harto halagüeña al principio que rápidamente se transformaría en algo ruidoso y aburrido.

No debe sorprender, por tanto, que en semejante entorno la iglesia ejerciera tan sólo un tenue dominio. Durante el siglo IX, Escocia parece haber sido el refugio de grupos escindidos supervivientes de la iglesia celta en Irlanda. Bajo uno de estos grupos escindidos, los «*celi De*» o «*Culdees*», se estableció un sistema monástico que nunca llegó a tener la influencia que poseía del otro lado del mar de Irlanda. A pesar de la llegada de los cistercienses en el siglo XII, la iglesia romana había desaparecido. Por ejemplo, en Lothian, no se fundó ninguna diócesis después del año 950. Y tampoco se fundó ninguna comunidad religiosa en Strathclyde después de esa fecha.

Pero el reino celta de Escocia, que alcanzó su cumbre bajo Alejandro III, también conoció su fin con él. En marzo de 1286, durante una noche tormentosa y mientras regresaba de celebrar un consejo en Edimburgo, el rey quedó separado de su escolta y fue encontrado a la mañana siguiente con el cuello partido. Su muerte no sólo precipitó una importante crisis doméstica y una cruenta lucha por el trono, sino que le ofreció a Inglaterra una excusa para intervenir, en un grado sin precedentes, en los asuntos de Escocia.

El surgimiento de Bruce

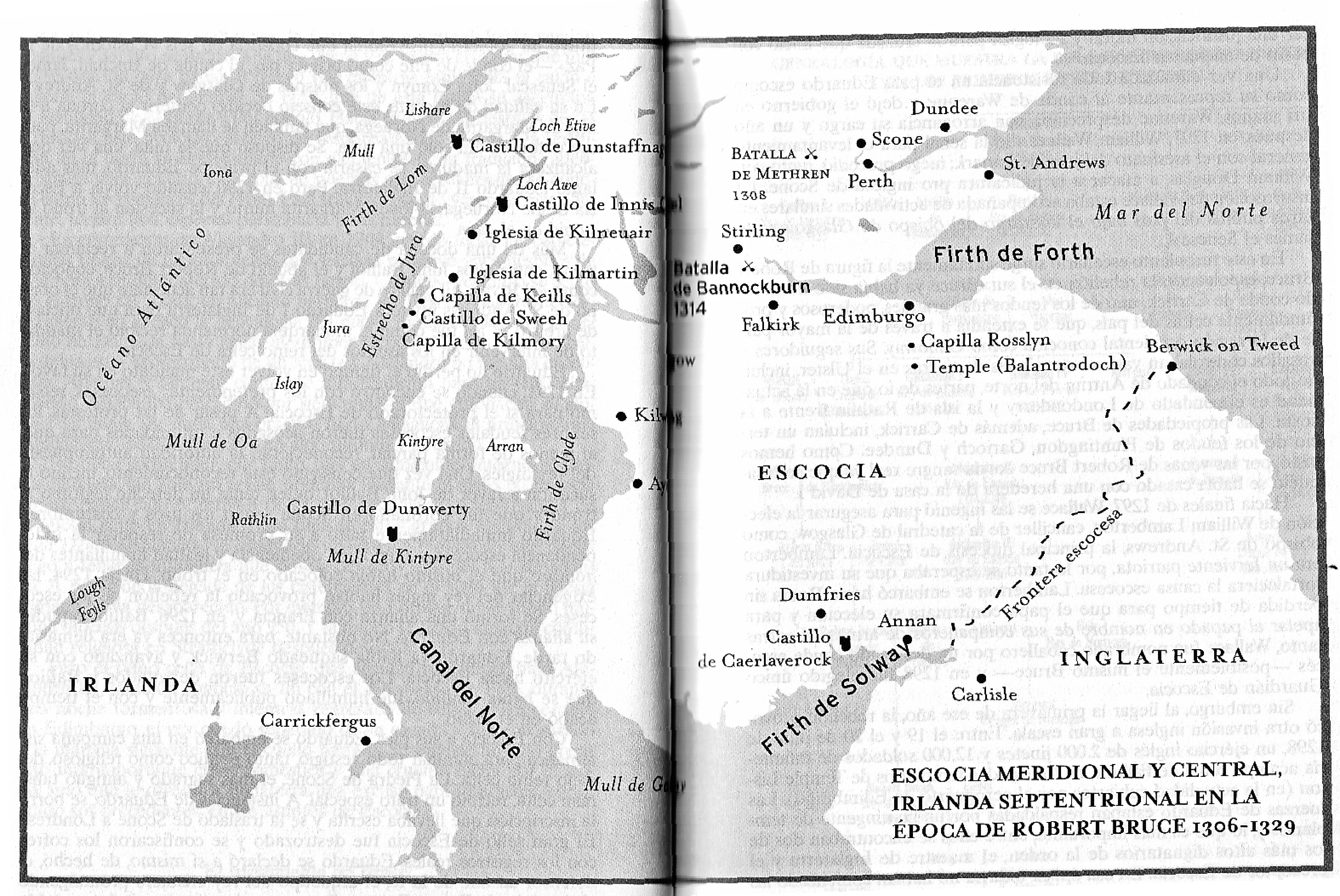
Alejandro murió sin descendencia masculina. Margarita, su única hija, se había casado con el rey de Noruega y Escocia rechazaba la idea de que un rey noruego se sentase en su trono. En consecuencia, se cons-

tituyó un gobierno provisional que consistía en seis «Custodios de la Paz» —el conde de Fife como primer par, el conde de Buchan, James el Senescal, John Comyn y los obispos de Glasgow y de St. Andrews. En su calidad de regente, este consejo decidió conferir la corona a la hija de Margarita de Noruega, que también se llamaba Margarita, para ese entonces tan sólo una niña. Se dispuso que la niña, una vez que alcanzara la madurez, se casaría con el príncipe Eduardo, más adelante Eduardo II de Inglaterra. Pero en 1290, cuando volvía a Escocia desde Noruega, la joven Margarita murió y la sucesión al trono se sumió en el caos.

Más de una docena de candidatos se presentaron a reclamar el trono, entre ellos John Balliol y el abuelo de Robert Bruce, conocido como «el Rival». El peligro de guerra civil era tan acuciante que el obispo de St. Andrews invitó a Eduardo I de Inglaterra para que oficiase de árbitro. Y así fue cómo la monarquía normanda recibió el mandato de intervenir en los asuntos del reino celta de Escocia.

Eduardo no perdió el tiempo en volver este mandato en su favor. En 1291, cuando se encontró con los pretendientes escoceses, reclamó para sí el protectorado de Escocia. A pesar de las protestas, los señores feudales escoceses fueron acosados e intimidados para que, al menos de forma parcial, reconocieran la autoridad autoimpuesta del rey inglés. Una vez que consiguió este reconocimiento, inclinó la sucesión a favor de John Balliol, quien tenía un derecho legítimo al trono y que fue coronado en Scone según los usos y costumbres. Eduardo inmediatamente faltó a su promesa de respetar la independencia escocesa y exigió una obediencia y lealtad humillantes del hombre que él mismo había colocado en el trono. Hacia 1294, las exigencias del rey inglés habían provocado la rebelión de los escoceses. Se formó una alianza con Francia y, en 1296, Balliol repudió su alianza con Eduardo. No obstante, para entonces ya era demasiado tarde. Eduardo ya había saqueado Berwick y avanzado con su ejército hacia Escocia. Los escoceses fueron derrotados y Balliol, que se había rendido, fue humillado públicamente y con el tiempo acabó en el exilio.

Con Escocia a sus pies, Eduardo se embarcó en una campaña sistemática para eliminar todo vestigio, tanto político como religioso, del viejo reino celta. La Piedra de Scone, el más sagrado y antiguo talismán celta, recibió un trato especial. A instancias de Eduardo, se borró la inscripción que llevaba escrita y se la trasladó de Scone a Londres.[3] El gran sello de Escocia fue destrozado y se confiscaron los cofres con los registros reales. Eduardo se declaró a sí mismo, de hecho, el defensor *ad hoc* de la fe, el arquetipo del rey cristiano promulgando el dominio de Roma. Para reafirmar esta imagen, resultaba rentable destacar los aspectos paganos del viejo reino celta, a los que se describió como heréticos, cuando no paganos y satánicos. A través de la difusión de rumores de hechicería y nigromancia, Eduardo pudo ofre-



ESCOCIA MERIDIONAL Y CENTRAL, IRLANDA SEPTENTRIONAL EN LA ÉPOCA DE ROBERT BRUCE 1306-1329

cer una justificación moral y teológica para la cruzada que inició con el fin de anexionar Escocia.[4]

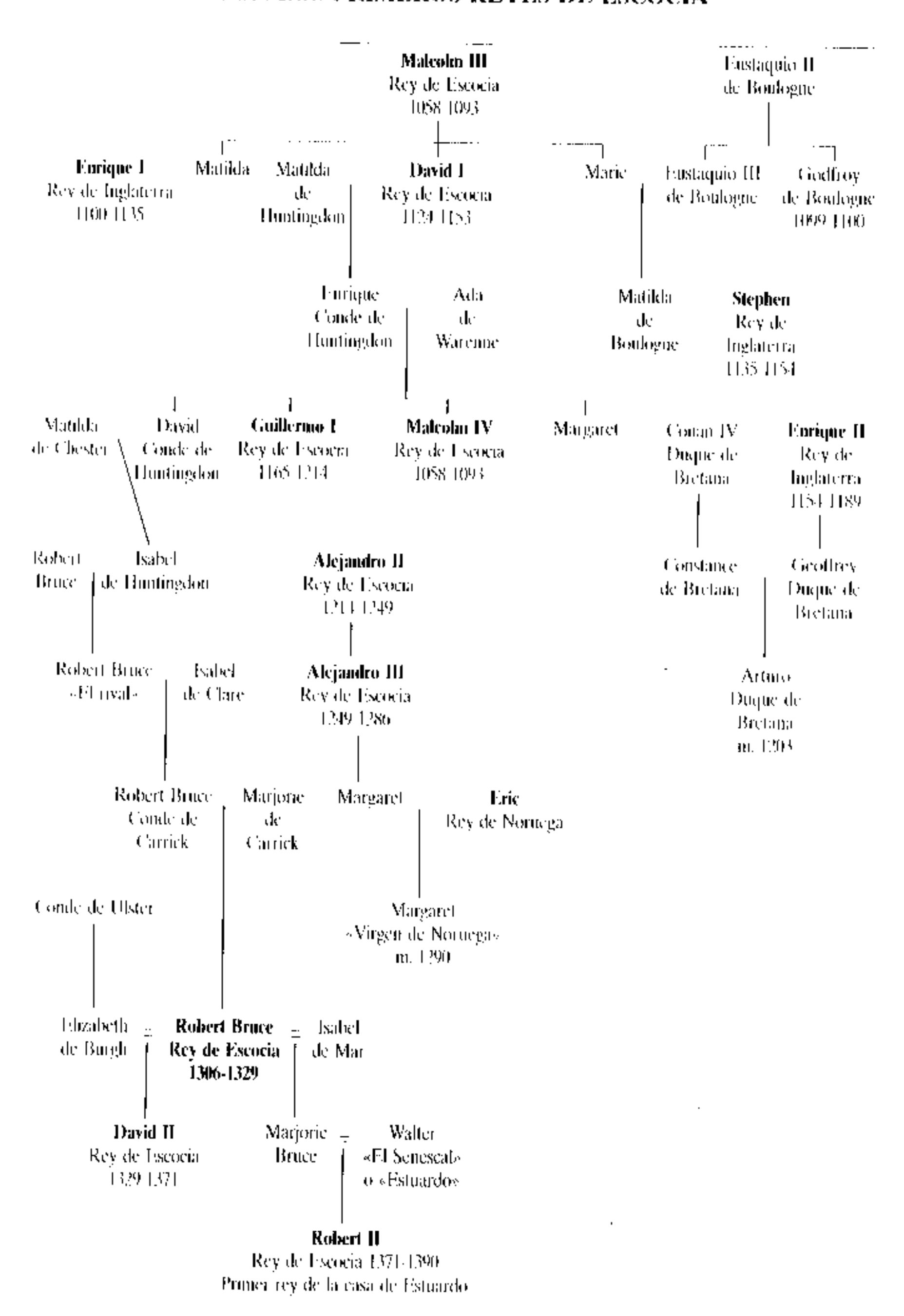
Una vez eliminada toda resistencia en el país, Eduardo escogió como su representante al conde de Warenne y dejó el gobierno en sus manos. Warenne despreciaba con arrogancia su cargo y un año después, en 1297, William Wallace dio la señal para el levantamiento general con el asesinato del juez de Lanark; luego procedió, junto con William Douglas, a atacar a la judicatura pro inglesa de Scone. La insurrección de Wallace estaba acompañada de actividades similares en otros puntos del país bajo el liderazgo del obispo de Glasgow y de James el Senescal.

En este turbulento escenario surge súbitamente la figura de Robert Bruce, espoleando la rebelión en el sur. Bruce ya había sido nombrado conde de Carrick, uno de los feudos más grandes, poderosos y profundamente celtas del país, que se extendía a través de la mayor parte de la región occidental conocida como Galloway. Sus seguidores y vasallos controlaban vastas extensiones de tierras en el Ulster, incluido todo el condado de Antrim del norte, partes de lo que en la actualidad es el condado de Londonderry y la isla de Rathlin frente a la costa. Las propiedades de Bruce, además de Carrick, incluían un tercio de los feudos de Huntingdon, Garioch y Dundee. Como hemos visto, por las venas de Robert Bruce corría sangre real ya que su bisabuelo se había casado con una heredera de la casa de David I.

Hacia finales de 1297, Wallace se las ingenió para asegurar la elección de William Lamberton, canciller de la catedral de Glasgow, como obispo de St. Andrews, la principal diócesis de Escocia. Lamberton era un ferviente patriota, por lo tanto se esperaba que su investidura fortaleciera la causa escocesa. Lamberton se embarcó hacia Roma sin pérdida de tiempo para que el papa confirmara su elección y para apelar al papado en nombre de sus compañeros de armas. Mientras tanto, Wallace fue nombrado caballero por un destacado conde escocés —posiblemente el mismo Bruce— y en 1298 fue elegido único Guardián de Escocia.

Sin embargo, al llegar la primavera de ese año, la rebelión provocó otra invasión inglesa a gran escala. Entre el 19 y el 20 de julio de 1298, un ejército inglés de 2.000 jinetes y 12.000 soldados de infantería acampó cerca de Falkirk, en los estados templarios de Temple Liston (en la actualidad cubiertos por el aeropuerto de Edimburgo). Las fuerzas de Eduardo estaban respaldadas por un contingente de templarios y, lo que es más importante, entre ellos se encontraban dos de los más altos dignatarios de la orden, el maestre de Inglaterra y el preceptor de Escocia. En esa época todavía no habían comenzado las persecuciones contra el Temple y, por lo tanto, los templarios no tenían ningún motivo para sentirse amenazados. Aun así, la alianza con el rey inglés era muy irregular, una anomalía que los historiadores no alcanzan a explicar con claridad. Los templarios tenían una prohibición

GENEALOGÍA QUE MUESTRA LA RELACIÓN DE ROBERT BRUCE CON LOS PRIMEROS REYES DE ESCOCIA



estricta acerca de participar en guerras seculares, en especial contra un monarca cristiano. Su única *raison de être* era tomar parte en conflictos de índole específica, las Cruzadas, cuya escrupulosa definición restringía las hostilidades a los infieles. No podía decirse que los escoceses fuesen infieles y, por otra parte, Escocia gozaba de la protección de Roma. De hecho, el nombramiento del obispo Lamberton había sido ratificado personalmente por el papa Bonifacio VIII. La única explicación de la participación templaria en el conflicto es que las prácticas paganas y/o las antiguas prácticas celtas estuviesen muy arraigadas y difundidas entre los rebeldes escoceses como para justificar una especie de «mini-cruzada».

En cualquier caso, en la batalla de Falkirk, librada el 22 de julio de 1298, los escoceses sufrieron pérdidas atroces. Los ingleses salieron prácticamente indemnes. De hecho, sólo se registraron dos bajas importantes del lado inglés: los dos altos dignatarios del Temple.

Después de la derrota de Falkirk, Wallace fue forzado a dimitir de su cargo de Guardián, pero esto no acabó con la revuelta. En otoño de 1298, los rebeldes designaron como guardianes a John Comyn y a Robert Bruce para que ejercieran un liderazgo conjunto y continuaran el levantamiento. No obstante, pronto comenzaron a tener desavenencias y las disputas entre ambos no sólo les desviaron de su propósito de presentar un frente unido contra los ingleses, sino que casi provocan la muerte de Bruce. Por lo tanto, en 1299, cuando el obispo Lamberton regresó de Roma, fue elegido tercer Guardián, para mediar entre sus compatriotas. En realidad, Lamberton tenía una marcada preferencia por Bruce y no pasó mucho tiempo antes de que quedase atrapado en luchas propias contra Comyn. Disgustado por tanta discordia, Bruce renunció a su cargo, dejó por el momento el control del país en manos de su rival y del obispo y se dedicó a consolidar su posición por otros medios. Esto implicó dos importantes alianzas dinásticas.

En los primeros años de la década de 1290, Bruce se había casado con Isabel, hija del conde de Mar, mientras que su hermana, Cristina, se había desposado con el hermano de Isabel, heredero del condado. Bruce tuvo una hija de este matrimonio, Marjorie, quien en 1315 se casaría con Walter, hijo de James el Senescal. Pero en 1302, después de la muerte de Isabel de Mar, Bruce se dedicó con notable rapidez a forjar una alianza transitoria con los ingleses. Contrajo matrimonio con Isabel de Burgh, hija del conde del Ulster, un fiel partidario del rey inglés. Desde los días del reino de Dalriada, el Ulster y el condado de Carrick, propiedad de Bruce, habían estado unidos por estrechos vínculos, tanto culturales como políticos. Esta conexión puede advertirse aún hoy en la frecuencia con la que «Carrick» figura como prefijo en el nombre de numerosos lugares en Irlanda del Norte. Al casarse con la hija del conde del Ulster, Bruce pudo reactivar las viejas alianzas entre su propio feudo en Escocia y las tierras irlan

desas propiedad de los antiguos señores de Carrick. En consecuencia, consiguió estar en posición de reunir el apoyo y las fuerzas que necesitaba en la otra orilla del mar de Irlanda. Y, con aliados en el Ulster, podía mantener abierta una ruta marítima fundamental para suministros y pertrechos.

Mientras tanto el levantamiento continuó sin él. En la batalla de Roslin, librada en 1303, Comyn consiguió derrotar a un pequeño contingente inglés. No obstante, esta victoria fue efímera ya que, en 1304, Eduardo volvió a invadir Escocia y forzó a Comyn a someterse y jurar lealtad a la corona inglesa. En 1305 la causa de la independencia escocesa sufrió otro duro golpe con la captura de Wallace. Los ingleses mostraron con el rebelde escocés una crueldad exagerada incluso para la Edad Media ya que literalmente «remataron» a Wallace. Le arrastraron con un caballo casi siete kilómetros desde Westminster a Smithfield, le castraron, le colgaron, le descuartizaron mientras aún estaba con vida, le destriparon y le cortaron la cabeza. El cadáver fue seccionado en cuatro partes que luego se exhibieron en distintos lugares.

El asesinato de John Comyn

Wallace había muerto y Comyn estaba aplastado bajo la bota del dominio inglés. Pero en marzo de 1304, un año antes de la captura de Wallace, el padre de Bruce había muerto, lo que dejaba a Bruce con un derecho directo al trono. Tres meses más tarde, en junio, ya había conseguido formalizar un acuerdo secreto con el obispo Lamberton. Los términos de este acuerdo nunca se expresaron en público ni explícitamente, pero, de acuerdo con las palabras de G. W. S. Barrow, uno de los biógrafos de Bruce, «hablaba de oscuros "rivales" y "peligros"».[5] Hoy está generalmente aceptado que el acuerdo implicaba planes para lograr una Escocia celta independiente, de la que Bruce, con el apoyo de Lamberton, sería la cabeza que ciñese la corona. Sin embargo, antes de que un proyecto de esa naturaleza se pudiera concretar había que hacer algo con respecto a John Comyn.

La familia Comyn, que incluía los condados de Buchan y Monteith, era muy antigua y podía equipararse a la de Bruce en cuanto a poder y prestigio. El propio John Comyn, el cabeza de la línea de más alto rango de la casa, poseía entre otros muchos títulos los de lord de Lochaber, Badenoch y Tynedale. Aunque había mantenido disputas con Bruce y Lamberton, su integridad como patriota escocés jamás había sido puesta antes en entredicho. Con su sumisión en 1304 al Eduardo de Inglaterra, sin embargo, se convirtió en caza no vedada y vulnerable.

Los acontecimientos que se desarrollaron a continuación fueron desconcertantes: muchos resultaron desconcertantes incluso en ese momento; muchos parecen haber sido eliminados de forma deliberada. Lo que se sabe a ciencia cierta es que el 10 de febrero de 1306, en

la iglesia de los Grey Friars en Dumfries, Bruce asesinó a su adversario con sus propias manos: le apuñaló con una daga frente al altar mayor y le dejó tendido desangrándose en el suelo de la iglesia. De acuerdo con varias versiones, Comyn no murió inmediatamente, sino que los frailes le llevaron a un lugar seguro e intentaron curar sus heridas. Bruce, al enterarse de esto, regresó a la iglesia, le buscó y *arrastró nuevamente hasta el altar* y allí le asesinó.[6] Cuando el tío de Comyn intentó intervenir, fue asesinado a su vez por Christopher Seton, cuñado de Bruce.

Resulta extraño que John Barbour, el único cronista importante de la época y el primer biógrafo de Bruce, no fuese muy preciso acerca del acontecimiento, aun cuando haya relatado los hechos sesenta y nueve años después de ocurridos; y resulta extraño porque Barbour suele ser muy meticuloso con los detalles y registra nombres, fechas y estadísticas con suma precisión. De hecho, Barbour describe el asesinato con cierto lujo de detalles, pero no menciona en ningún momento las causas que lo provocaron. Llega a sugerir, con cierta vacilación, que Bruce y Comyn habían celebrado un pacto contra los ingleses del que Comyn intentaba retractarse; Barbour sugiere, además, que ambos rivales se encontraron casi por casualidad en la iglesia y que el asesinato fue un acto espontáneo, resultado de un súbito arrebato de ira debido a acusaciones de traición. De todos modos, el autor reconoce que existían otras explicaciones, y a la vez se las ingenia para no incluirlas en su versión de los hechos.[7] Historiadores más recientes reconocen que el asunto guarda algún secreto más allá de lo que la historia cuenta, pero las explicaciones que han ofrecido distan mucho de ser fiables. Ciertos aspectos del asesinato de Comyn no pueden explicarse en su totalidad por la violación de un pacto, ni tampoco por la prolongada animadversión que existía entre él y Bruce.

En primer lugar, existen pruebas concluyentes de que el asesinato de Comyn no fue un acto espontáneo producto de la ira. Por el contrario, parece haberse tratado de un hecho cuidadosamente premeditado, incluso quizás ensayado. Aparentemente Comyn fue atraído deliberadamente a la iglesia. Además, es probable que haya asistido acompañado de un séquito de sus propios soldados, quienes, con la única excepción de su tío, se mantuvieron al margen y no intervinieron.

Tampoco es posible hacer caso omiso del lugar donde se produjo el asesinato de Comyn. Después de todo, las iglesias se consideraban suelo sagrado y bajo su techo regía el derecho de santuario. Estaba estrictamente prohibido derramar sangre en el interior de un templo y la mayoría de los hombres de la época sentía un respeto reverencial por este tabú. Incluso en esas infrecuentes oportunidades en las que se cometía un asesinato en las iglesias —como ocurrió con el asesinato de Tomás Becket— generalmente el hecho se perpetraba de manera tal que no se produjera derramamiento de sangre. Que Bru

se utilizara un arma tan chapucera como una daga, que arrastrara a Comyn una segunda vez hasta llevarle frente al altar después de que los frailes le rescataran y que no mostrara ningún indicio de remordimiento ni arrepentimiento después del hecho sugiere algo más que un mero arrebato de ira. Su conducta sugiere, además, un desafío explícito, incluso ostentoso, no sólo a la autoridad de Inglaterra a la que Comyn había jurado lealtad, sino también a Roma. Más que un repudio hacia Eduardo, el asesinato de Comyn parece estar indicando un repudio del papado. Y lo que es aún más grave, el hecho tiene la inconfundible marca de un asesinato ritual: un asesinato casi ceremonial de un candidato al trono a manos del otro, llevado a cabo en suelo consagrado, de acuerdo con la antigua tradición pagana. En aquellos tiempos nadie podría haber ignorado el poderoso simbolismo inherente al acto cometido por Bruce, un simbolismo tan poderoso, de hecho, que trascendía el acto en sí.

La reacción del sumo pontífice fue la única que podía esperarse de él: Bruce fue excomulgado sumariamente y esta situación se prolongó durante más de diez años. Y, sin embargo, resulta significativo que el hecho no parece haber causado ningún impacto en el seno del clero escocés. Lamberton ni siquiera alzó la voz para criticar a su amigo y aliado. Tampoco lo hizo el obispo Wishart de Glasgow, la segunda autoridad eclesiástica del país, en cuya diócesis se había cometido el asesinato. En realidad, todo parece indicar que ambos prelados habían respaldado la conducta de Bruce y que incluso la esperaban. Según G. W. S. Barrow, «no parece desatinado sospechar que Wishart ya tenía una idea aproximada de cuándo se llevaría a cabo el golpe».[8]

Una vez muerto Comyn, Bruce reclamó inmediatamente el trono. Lamberton le apoyó en su reclamación, al igual que Wishart. De hecho, una vez eliminado su rival, Bruce partió hacia Glasgow, donde fue recibido por Wishart y ambos mantuvieron conversaciones a alto nivel. Y cuando Bruce emprendió una nueva campaña contra los ingleses, tanto Lamberton como Wishart, en flagrante indiferencia hacia la autoridad de Roma, la saludaron como una legítima cruzada.

Con la bendición eclesiástica, Bruce procedió a tomar los castillos que controlaban el estuario de Clyde y, de esta forma, protegió la ruta de suministros hacia el Ulster y las islas occidentales. Como si hubiese estado esperando su entrada en escena, el obispo Wishart hizo aparecer como por arte de magia los antiguos mantos y vestiduras reales y un estandarte que portaba el escudo de la antigua casa real celta. Lamberton, entre tanto, que supuestamente presidía en Berwick el consejo inglés que había sido delegado para regir los destinos de Escocia, se escabulló. Volvió a aparecer en Scone, donde, seis semanas después de la muerte de Comyn, coronó formalmente rey a Bruce, celebró una misa para el nuevo monarca, le rindió homenaje y juró lealtad. Los historiadores están de acuerdo en que, independientemente de

las circunstancias que hayan rodeado el asesinato de Comyn, todos estos acontecimientos debían haber estado coordinados con antelación.

En realidad, se celebraron dos ceremonias de coronación separadas. La primera, de la que han llegado hasta nosotros escasos detalles, parece haber sido más o menos convencional y haberse celebrado el 25 de marzo de 1306 en la iglesia de la abadía de Scone. Lamberton presidió la ceremonia en la que estuvieron presentes Wishart, el obispo Murray de Moray, el abad de Scone y el de Inchaffray, los condes de Lennox, Monteith, Athol y probablemente de Mar.

La segunda coronación se llevó a cabo dos días después y Bruce fue colocado en el trono de Scone conforme a la antigua usanza celta. Según la tradición, Bruce debería haber sido escoltado al trono real por el primer par del reino, el conde de Fife, quien hacía siglos que cumplía esa función en la coronación de los reyes escoceses. En esa época, sin embargo, el conde de Fife apenas si había alcanzado la mayoría de edad y estaba bajo el poder absoluto de Eduardo de Inglaterra. En consecuencia, la función del chico fue delegada en su hermana Isabel, esposa del conde de Buchan, uno de los primos de Comyn, quien viajó hacia el norte desde sus propiedades en Inglaterra con el propósito específico de realizar la ceremonia.

En el pasado, los historiadores han tendido a considerar que la carrera de Bruce, y su campaña por la independencia escocesa, tenían un carácter esencialmente político más que cultural. Por lo tanto, el elemento celta ha sido largamente ignorado y Bruce fue descrito como el típico potentado normando de la época: «Ha sido desde hace relativamente poco tiempo que se ha apreciado el aporte de la Escocia "celta" a la lucha».[9] En la actualidad, de hecho, resulta evidente que la contribución del elemento celta fue fundamental. Como líder específicamente celta, abocado a restaurar un antiguo reino celta, la campaña de Bruce no sólo fue política, sino también cultural y étnica. Tanto es así que, por ejemplo, en 1307, cuando Eduardo yacía en su lecho de muerte, los propagandistas de Bruce esparcieron versiones de una presunta profecía de Merlín. Según esta profecía, los pueblos celtas, a la muerte de Eduardo, se unirían, lograrían la independencia, crearían su propio reino (que se extendería a través del mar de Irlanda) y vivirían juntos en paz.[10]

Sin embargo, estas profecías fueron a todas luces prematuras. Tanto Inglaterra como Roma reaccionaron con celeridad a la coronación de Bruce. Si Inglaterra veía la restauración de una monarquía celta como una amenaza política, Roma la consideraba un hecho incluso más peligroso: la posible resurrección en Escocia de la antigua y potencialmente hereje iglesia celta o, peor aún, un retorno a las prácticas paganas anteriores al cristianismo. La indiferencia general que la excomunión de Bruce suscitó en Escocia resultaba alarmante. Al igual que la descarada despreocupación con la que se recibían las posteriores diatribas papales.

Pero la reacción de Inglaterra no era tan fácil de eludir. Para entonces Bruce contaba ya con un numeroso respaldo. Entre sus seguidores se encontraban no sólo los más destacados condes escoceses, sino también familias de la importancia de los Fraser, los Hay, los Campbell, los Montgomery, los Lindsay, y los Seton, algunas de las cuales aparecerán más adelante en esta historia. Aun así, su respaldo no bastó para detener el avance del ejército inglés cuando sus soldados regresaron al campo de batalla. El 19 de junio de 1306, en la batalla de Methven, Eduardo sorprendió a los escoceses antes del amanecer y les infligió una aplastante derrota. El conde de Athol fue capturado y ejecutado, al igual que Simon Fraser, Neil Bruce, Christopher Seton y su hermano John. Ni siquiera las damas asociadas con la causa de Bruce escaparon a la ira de Inglaterra. Isabel, condesa de Buchan, que había participado en la coronación celta de Bruce, fue encerrada en una jaula que colgó de un muro exterior del castillo de Berwick durante cuatro años, hasta 1310. La hermana de Bruce, Mary, fue hecha prisionera en una jaula similar en una torre del castillo Roxburgh y retenida hasta 1314. Marjorie, la hija de doce años de Bruce, fue en principio sentenciada a confinamiento en una tercera jaula, esta vez en la Torre de Londres, pero el sentido común o las influencias prevalecieron y se la recluyó en un convento. Para numerosos historiadores, el «carácter maníaco de la venganza del rey Eduardo ha resultado siempre más sorprendente en el tratamiento dado a las mujeres prisioneras». Pero no se debe olvidar la extraordinaria condición de la que gozaban las mujeres en las sociedades celtas: sacerdotisas, profetisas, receptáculos y transmisoras del linaje real. Es probable que para Eduardo las mujeres del séquito de Bruce se parecieran más a las brujas de *Macbeth* que a simples dueñas y señoras de un castillo normandas.

Con su ejército destrozado, Bruce se vio obligado a huir y buscar refugio primero en las montañas del condado de Perth y luego en Argyll. De Argyll escapó a Kintyre y de allí por mar a la isla de Rathlin, situada a cierta distancia de la costa del Ulster. Se sabe que allí pasó el invierno de 1306-1307, pero se desconocen sus otros movimientos y actividades anteriores a febrero de 1307. No obstante, cabe suponer que pasó al menos parte de este tiempo en el Ulster, aprovechando la antigua alianza Ulster-Carrick y reuniendo el apoyo irlandés. Por cierto que ese apoyo no se hizo esperar, ya que cuando Bruce reapareció, lo acompañaba un buen número de nobles irlandeses y de sus seguidores.

Bruce regresó a Carrick en febrero de 1307 con una fuerza considerable y reanudó las operaciones contra la corona inglesa. A diferencia de lo que habían anunciado las profecías, la muerte de Eduardo en julio no puso fin a las hostilidades, que se prolongaron durante mucho tiempo. Los siguientes siete años — precisamente el periodo durante el que los templarios eran acosados en Europa e Inglaterra — la guerra en Escocia continuó con escasos intervalos de tregua. En

una sesión del parlamento de St. Andrews en 1309, Bruce fue oficialmente declarado «rey de los Escoceses». A partir de ese momento, fue el soberano de hecho de toda Escocia, con el reconocimiento de su pueblo, de otros jefes de estado, de todos excepto del papa que le había excomulgado y del nuevo rey de Inglaterra, Eduardo II. El flamante monarca mostró la misma determinación que su padre con respecto a sojuzgar a los escoceses y a anexar las indómitas tierras a sus propios dominios.

Durante el invierno de 1310-1311, Eduardo lanzó una nueva ofensiva. Después de su experiencia en Methven, Bruce había aprendido a no enfrentarse a su adversario en una batalla campal a la usanza tradicional. El número de soldados ingleses siempre era muy superior a las fuerzas que él podía reclutar. En especial, Bruce no tenía caballeros, es decir, unos soldados montados que, con la protección de sus armaduras y la fuerza de sus armas, pudieran lanzar un ataque masivo en el momento crítico y abrirse paso a través de la más tenaz oposición. En consecuencia, recurrió a las incursiones relámpago, llevadas a cabo por hombres protegidos por armaduras ligeras, que montaban caballos veloces y fáciles de controlar; de hecho, recurrió a las tácticas que los sarracenos habían empleado en Tierra Santa. Su estrategia dependía también en gran parte de la calidad y habilidad de sus arqueros.

Las fuerzas escocesas, al mismo tiempo, habían comenzado a exhibir una resistencia más firme, una disciplina cada vez más estricta y una pericia militar mucho más sofisticada. Además, hacia enero de 1310, recibían cargamentos nada despreciables de armas, equipos y pertrechos procedentes de Irlanda. Este tráfico había alcanzado proporciones tales que Eduardo se vio obligado a emitir una airada proclama:

> El rey ordena al canciller y tesorero de Irlanda a proclamar en todos los poblados, puertos... que se prohíba bajo las más severas sanciones toda exportación de provisiones, caballos, armaduras y otros pertrechos... a los escoceses insurgentes, que [el rey] se ha enterado que los mercaderes irlandeses están realizando[12].

Y, sin embargo, como ha señalado con razón una serie de perplejos historiadores, Irlanda, al igual que Escocia, carecía de una industria militar a gran escala. Toda arma o armadura que hubiera en Irlanda en aquel tiempo sólo podía tener su origen en Europa.

Es posible, naturalmente, que la competencia mejorada del ejército escocés fuese una consecuencia natural de los largos años de conflicto armado; es decir, que con el tiempo los hombres gradualmente ganaran en resistencia y experiencia en el combate. Pero también es posible que ciertos contingentes de fuerzas escocesas ya estuviesen recibiendo entrenamiento y ejercicios militares bajo la tutela de refugiados templarios quienes, después de todo, eran la tropa más disciplina-

da y profesional en la Europa de esa época, y que podían haber traído con ellos desde Tierra Santa la clase de tácticas sarracenas que Bruce había adoptado. En cuanto a las armas de Europa continental que llegaban a Irlanda y de allí a Escocia, es difícil imaginar que este tráfico hallara un conducto más seguro que el Temple, cuyas propiedades en Irlanda resultaron hallarse totalmente desprovistas de armas cuando fueron allanadas por las autoridades reales, como veremos más adelante.

Bannockburn y los templarios

La batalla de Bannockburn, el escenario donde finalmente se decidiría la independencia escocesa, no fue el resultado de hábiles maniobras estratégicas, sino de una cuestión de honor medieval bastante curiosa. Hacia finales de 1313, una pequeña guarnición inglesa soportaba el asedio de Edward Bruce, hermano de Robert, en el castillo de Stirling, que dominaba la entrada a las Tierras Altas y a Argyll. El sitio se prolongó más de lo esperado. Como no deseaba desperdiciar sus recursos indefinidamente, Edward Bruce aceptó los términos propuestos por los defensores: si, a mediados del verano del año siguiente, ningún ejército inglés había aparecido en un radio de cinco kilómetros del castillo, la guarnición se rendiría. Era la clase de desafío que el rey Eduardo de Inglaterra no podía rehusar sin manchar su honor. Y fue así como Edward Bruce implicó a su hermano en la clase de batalla cuidadosamente planeada que con tanta pericia éste había evitado desde Methven en 1306.

El objetivo manifiesto del soberano inglés era la liberación de Stirling. No obstante, sólo el tamaño de su ejército indicaba que sus verdaderos objetivos eran mucho más ambiciosos. Eduardo quería aniquilar a los escoceses, derrotar a Bruce de una vez por todas e imponer la ocupación militar de Escocia. Los cronistas contemporáneos hablan de un ejército inglés de más de 100.000 hombres. Obviamente, esta cifra es una exageración típica de la Edad Media. De todos modos, las listas de revista de la época indican que Eduardo logró reunir 21.460 soldados de a pie.[13] Es evidente que no todos llegarían a Escocia, después de las inevitables bajas producto de la deserción y de las enfermedades. Pero los que consiguieron llegar contaron con el apoyo de unos 3.000 caballeros montados, cada uno de los cuales aportó su propio séquito entrenado. Los historiadores modernos coinciden en que las fuerzas inglesas deben de haber reunido a cerca de 20.000 hombres. Esta cifra habría dado a los ingleses una superioridad numérica de tres a uno, que coincide con la relación que mencionan las crónicas de la época. Se cree que el ejército escocés rondaba los 7.000 a 10.000 hombres, quizás con 500 nobles a caballo o «caballeros», con armaduras mucho más ligeras y armas más escasas que sus adversarios.

Aún hoy se sigue debatiendo el lugar exacto donde se desarrolló la batalla de Bannockburn, pero se sabe que se libró a unos cuatro kilómetros del castillo de Stirling. El choque principal se produjo el 24 de junio de 1314. La fecha es interesante, ya que el 24 de junio es la festividad de san Juan, un día de especial importancia para los templarios.

Los detalles de lo que sucedió en Bannockburn son imprecisos. No se ha conservado ningún testimonio directo de la batalla, y los de segunda y tercera mano que sobrevivieron están distorsionados y son confusos. En general, se acepta que las escaramuzas comenzaron el día anterior y que Bruce, en un combate individual clásico, dio muerte al caballero inglés Henry de Bohun. La mayoría de los historiadores coincide en que el ejército escocés estaba compuesto casi en su totalidad por soldados de a pie armados con picas, lanzas y hachas. También concuerdan en que, en el bando escocés, sólo los hombres a caballo tenían espadas y que Bruce contaba con muy pocos de esos hombres; sin duda, no era una fuerza suficiente ni en número, peso de equipo y caballos que pudiese equipararse a los caballeros ingleses. Y, sin embargo, paradójicamente, el cronista del siglo XIV John Barbour dice que Bruce «... podía jactarse del gran ejército de hombres con armaduras provenientes de las Tierras Bajas».[14] De acuerdo con la información que ha sobrevivido acerca de la batalla, parece haberse producido, en algún momento, una carga contra los arqueros ingleses por soldados a caballo, que, hasta ese instante, habían permanecido en la reserva como parte de la división personal de Bruce. Pero lo que resulta más sorprendente en las crónicas es la decisiva intervención, cuando todas las unidades escocesas *ya estaban combatiendo* y la batalla no se definía, de lo que los ingleses consideraron una «nueva fuerza», que surgió de súbito desplegando sus estandartes desde la retaguardia escocesa.

Según algunas versiones, este nuevo contingente estaba compuesto de pequeños propietarios rurales, jóvenes, seguidores de las tropas y otro personal no combatiente que los ingleses tomaron por hombres de armas. Presuntamente, habrían escogido un capitán entre sus propias filas, creado estandartes con sábanas, se habrían armado con armas improvisadas y, como columna de voluntarios, se habrían lanzado a la lucha. Es una versión romántica y conmovedora que destaca el patriotismo escocés, pero no suena muy verídica. Si la intervención hubiera sido en realidad tan espontánea, tan improvisada y tan inesperada, habría tomado también a los escoceses, y no sólo a los ingleses, por sorpresa. Pero no hubo confusión en las filas escocesas, lo que hace suponer que se anticipaba la llegada de estos refuerzos. Tampoco es fácil imaginar a los pertrechados caballeros ingleses —incluso si hubiesen, aunque no fuese probable, confundido una horda de campesinos y acompañantes por soldados profesionales— huyendo de un ataque lanzado por tropas que combatían a pie. Todo sugiere que la decisiva intervención estuvo a cargo de una reserva de hom-

bres a caballo. ¿Quiénes pudieron haber sido estos desconocidos caballeros?

La repentina aparición de una fuerza de reserva, cualquiera que haya sido su identidad, después de un día de combate que había dejado agotados a los ejércitos inglés y escocés, definió el resultado de la batalla. El pánico cundió entre las filas inglesas. El rey Eduardo, junto con 500 de sus caballeros, se dio súbitamente a la fuga. Desmoralizados, los soldados ingleses de a pie también abandonaron el campo de batalla y, en poco tiempo, la retirada se convirtió en una huida a gran escala: todo el ejército inglés dejó atrás sus pertrechos, equipaje, dinero, oro y platería, armas, armaduras y equipos. Si bien algunas crónicas hablan de una terrible masacre, las bajas inglesas registradas no parecen haber sido demasiado numerosas. Sólo se informó de la muerte de un conde y de treinta y ocho barones y caballeros. El desmoronamiento del ejército inglés aparentemente no se debió a la ferocidad del asalto escocés, que todavía conseguían contener, sino al miedo.

Resulta difícil creer que un grupo de campesinos y partidarios de Bruce hubieran podido inspirar semejante pavor entre los ingleses. Por otra parte, es la clase de temor reverente que podría haber inspirado un contingente de templarios, incluso un pequeño número de ellos. Aunque no se conozca la identidad de los misteriosos intrusos, resulta evidente que fueron reconocidos de inmediato, como lo hubieran sido los templarios, con sus barbas, sus capas blancas o su estandarte blanco y negro conocido como el «Beauséant».[1] Si realmente fueron reconocidos, y si su identidad se divulgó entre las tropas inglesas, el resultado habría sido la clase de pánico que precisamente describen las crónicas.

Pero ¿por qué, si los templarios desempeñaron un papel tan fundamental en Bannockburn, no se les menciona en las crónicas? De hecho, habría habido un buen número de razones para ello. Desde el punto de vista inglés, lo que ocurrió fue demasiado ignominioso como para que siquiera se hablase de ello, y resulta previsible que las versiones inglesas no se explayaran demasiado acerca de la batalla. Por su parte, los escoceses estaban interesados en presentar a Bannockburn como un triunfo de su pueblo, su cultura, su nacionalismo; y esta victoria se hubiese visto empañada hasta cierto punto si se admitía una intervención extranjera. Además, Bruce tenía razones políticas muy concretas para ocultar la presencia de refugiados del Temple en sus dominios. Aunque todavía estaba excomulgado, hacia 1314 también estaba ansioso por lograr el respaldo de la iglesia y no podía arriesgarse a distanciarse aún más del papado. Y mucho menos podía arries-

[1] El Beauseant o pendón de guerra era mitad blanco para denotar la lealtad a los amigos y mitad negro para representar el terror de los enemigos *(N. del T.)*

garse a darle la oportunidad al papa de que predicara una cruzada a gran escala contra Escocia. Algo parecido había ocurrido en el Languedoc hacía un siglo y las depredaciones que siguieron y se prolongaron durante unos cuarenta años todavía estaban vívidas en los recuerdos de los habitantes de la zona. Asimismo, su principal simpatizante europeo era Felipe IV de Francia, precisamente el primero en instigar la persecución de los templarios.

Después de la batalla, se otorgó un reconocimiento especial a un vasallo en particular de Bruce, Angus Óg MacDonald:

> Se dice que el derecho tradicional de los MacDonald de luchar a la derecha del ejército real —un sitio de honor— fue concedido por Bruce a Angus Óg en reconocimiento a la actuación que tuvieron él y sus hombres en la victoria de Bannockburn.[15]

De las tierras que rodean Kilmartin, el *loch* Awe y el *loch* Sween, algunas eran propiedad de la corona bajo la administración del alguacil real, sir Neil Campbell, el cuñado de Bruce. El resto pertenecía a los MacDonald. Cualquier templario asentado en la región hubiera luchado, naturalmente, bajo el mando nominal de Angus Óg.

Bannockburn fue una de la media docena de batallas más decisivas de la Edad Media y es probable que haya sido la más importante que se librara en suelo británico. Puso fin a las intenciones inglesas en Escocia que durante los siguientes 289 años mantuvo la independencia de su corona. Cuando a comienzos del siglo XVII los dos reinos se unieron bajo un mismo soberano, lo hicieron a través de la herencia y no de la conquista.

No obstante, a pesar de Bannockburn, los siguientes quince años del reinado de Bruce aún habrían de ser turbulentos. Como no tenía herederos varones, resultaba muy difícil determinar quién le sucedería. En 1315, unos diez meses después de la batalla de Bannockburn, la sucesión se definió finalmente a favor de su hermano, Edward. Un mes después, Edward Bruce se embarcó hacia Irlanda, donde fue coronado rey del país en mayo del año siguiente en Dundalk. De esta forma y cumpliendo el antiguo sueño celta, hubiese estado en condiciones de unir Irlanda y Escocia. Sin embargo, murió en octubre de 1318, y la sucesión de ambos tronos volvió a quedar vacante. En diciembre se acordó que a la muerte de Bruce el trono escocés pasaría a su nieto, Robert, hijo de Marjorie Bruce y de Walter el Senescal.

El 6 de abril de 1320, se emitió un documento extraordinario: la llamada Declaración de Arbroath. El documento se redactó como una carta encargada y firmada por ocho condes y otros treinta y un nobles, entre ellos representantes de las familias Seton, Sinclair y Graham. Esta carta esbozaba la legendaria historia de los escoceses desde sus pre-

santos orígenes en Scythia y su conversión por St. Andrews. Describía a Robert Bruce como su libertador y le aclamaban (con comparaciones bíblicas tradicionalmente favoritas de los templarios) como un «segundo Macabeo o Josué». Sin embargo, más importante es su proclamación de la independencia de Escocia y la sorprendente modernidad y sofisticación de su definición de la relación del rey con su pueblo:

> La divina providencia, el derecho de sucesión por las leyes y costumbres del reino... y el consentimiento y la aprobación justificados y legítimos de todo el pueblo le hicieron nuestro rey y príncipe. A él estamos obligados y decididos a obedecerle en todo, tanto debido a su derecho como a su propio mérito, ya que es la persona que restauró la seguridad del pueblo en defensa de sus libertades. Pero, después de todo, si este príncipe se alejara de los principios que ha sostenido con tanta nobleza, y consintiera en que nosotros o nuestro reino se sometiera al rey o al pueblo de Inglaterra, inmediatamente intentaríamos por todos los medios expulsarlo como nuestro enemigo, y como saboteador de sus propios derechos y de los nuestros, y nombraríamos a otro rey que defienda nuestras libertades.[16]

En otras palabras, Bruce no era rey por «derecho divino». Conservaría su corona siempre que desempeñara los deberes inherentes a su cargo. En el contexto de la época, ésta era una definición inusualmente avanzada de la realeza.

En 1322, Eduardo II lanzó su última, poco entusiasta, expedición contra Escocia. El intento fue un rotundo fracaso y Bruce contraatacó con incursiones en el condado de York. En 1323, los dos países celebraron lo que se suponía sería una tregua de trece años, que en realidad duró sólo cuatro. Mientras tanto, Bruce se había enzarzado en una nueva disputa con el papado, en ese momento agonizante debido a su propio cisma, el llamado Cautiverio de Aviñón. Durante algún tiempo, Eduardo de Inglaterra había soñado con eliminar a los poderosos obispos nacionalistas (sacerdotes como Lamberton de St. Andrews, Wishart de Glasgow y William Sinclair de Dunkeld (hermano de sir Henry Sinclair de Rosslin, signatario de la Declaración de Arbroath) de la iglesia escocesa. Fue con este propósito con el que el rey inglés había insistido sin desmayo para que una serie de papas no consagraran a ningún nuevo obispo oriundo del país en la iglesia escocesa. Y Eduardo encontró un hombro donde respaldarse en el papa Juan XXII cautivo en Aviñón. Sin embargo, Bruce se alineó con sus propios obispos y desafiaron los deseos del pontífice, por lo cual en 1318 fue excomulgado otra vez, junto con James Douglas y el conde de Moray. Un año después, el papa exigió que los obispos de St. Andrews, Dunkeld, Aberdeen y Moray se presentasen ante él para rendir cuentas de sus acciones. Los obispos lo ignoraron y, en junio de

1320, también ellos fueron excomulgados. Durante todos estos años de conflicto el papa se había obstinado en no reconocer a Bruce como rey, y le mencionaba una y otra vez como el «gobernante del reino de Escocia». Fue sólo en 1324 cuando el papa Juan XXII cedió y finalmente reconoció a Bruce como monarca.

En 1329, Bruce murió y fue sucedido, de acuerdo con lo convenido, por su hijo David II. Antes de morir había expresado su deseo de que le extrajeran el corazón, lo pusieran en un cofre, lo llevasen a Jerusalén y lo enterrasen en la iglesia del Santo Sepulcro. En 1330, por lo tanto, sir James Douglas, sir William Sinclair, sir William Keith y al menos otros dos caballeros se embarcaron hacia Tierra Santa. Douglas llevaba el corazón de Bruce en un cofre de plata que pendía de su cuello. Su itinerario les llevó a través de España, donde conocieron al rey Alfonso XI de Castilla y León y le acompañaron en su campaña contra los moros de Granada. El 25 de marzo de 1330, en la batalla de Tebas de Ardales, los escoceses, cabalgando en primera línea, fueron rodeados. Según una crónica del siglo XIV, Douglas se quitó el cofre de plata que contenía el corazón de Bruce del cuello y lo lanzó hacia las hueste atacantes al grito de:

> Bravo corazón que siempre fuiste a la vanguardia
> ¡adelante! Como siempre lo deseaste. ¡Y yo
> te seguiré, o moriré en el intento![17]

Resulta poco verosímil que Douglas, en medio de tan encarnizada batalla, tuviese el tiempo y el humor para traducir sus pensamientos en un poema. No obstante, una vez que arrojó el corazón de Bruce al enemigo, él y sus compañeros escoceses cargaron con todas sus fuerzas contra sus adversarios. Todos murieron, excepto sir William Keith, que se había fracturado un brazo antes de la batalla y esta circunstancia le había impedido participar en el combate. La historia cuenta que Keith consiguió recuperar el corazón del campo de batalla, que había permanecido milagrosamente intacto en su cofre, y que lo llevó de regreso a Escocia. El corazón de Robert Bruce fue finalmente enterrado en la abadía de Melrose, debajo de la ventana este del coro y presbiterio.

A principios del siglo XIX, se abrió la tumba de Bruce en la abadía de Dunfermline. De acuerdo con la tradición popular predominante en la época de sir Walter Scott, se le encontró con los huesos de las piernas cuidadosamente cruzados justo debajo del cráneo. De hecho, no fue así; aparentemente no había nada extraño en el cadáver.[18] Pero las tradiciones siempre revelan algún indicio. Resulta evidente que alguien tenía un interés personal en vincular a Bruce con la calavera y los huesos cruzados característicos de la masonería.

2

Monjes militares: los caballeros templarios

Incluso antes de su disolución, un aura de extravagantes mitos y leyendas, oscuros rumores, sospechas y supersticiones rodeaba a los caballeros templarios. En los siglos posteriores a su supresión, la mística que les envolvía se intensificó y el misterio genuino se fue contaminando de una mistificación espuria. Durante los siglos XVIII y XIX, como veremos más adelante, ciertos ritos de la masonería buscaron asiduamente establecer un linaje que se remontara a los templarios. Al mismo tiempo, comenzaron a aparecer otras organizaciones neo-templarias, que también reclamaban una continuidad desde la orden original. En la actualidad, al menos cinco organizaciones vigentes alegan tener una descendencia directa de los monjes guerreros de manto blanco de la Edad Media. Y a pesar del cinismo y el escepticismo de nuestra era, persiste, incluso entre los legos, un algo fascinante, incluso romántico, acerca de los místicos soldados de hace setecientos años, con su estandarte blanco y negro y su distintiva cruz roja biselada. Los templarios ocupan un lugar destacado en el legado de nuestro folclore y tradición; su atractivo para el imaginario popular reside no sólo en su imagen de cruzados, sino más bien en la de un cuerpo más enigmático y evocador: una orden de intrigantes de alto nivel, de caballeros con la fuerza para derrotar poderes establecidos, de guardianes de tesoros fabulosos, de hechiceros e iniciados en los arcanos, de custodios de conocimientos secretos. El tiempo ha jugado a su favor más de lo que ellos en los días de sus últimas penurias pudieron haber anticipado jamás.

No obstante, el tiempo también ha oscurecido la identidad y el carácter de los seres humanos que había detrás del exótico velo de los cantares de gesta... los seres humanos y la verdadera naturaleza de la institución que crearon. Todavía se discute si las creencias de los templarios eran ortodoxas o herejes. Si en verdad fueron culpables de todos los cargos que se les imputaron. Asimismo se desconocen cuá

les fueron las actividades internas de la alta jerarquía de la orden, sus grandes objetivos secretos, su proyecto para la creación de un estado templario, su política de reconciliación del cristianismo, el judaísmo y el islam. Tampoco se sabe con exactitud cuáles fueron las influencias que dieron forma a la orden, si fue «contaminada» por las ideas cátaras y el impacto de antiguas formas de cristianismo ajenas al pensamiento paulista que los caballeros encontraron en Tierra Santa. Ni qué ocurrió con la riqueza acumulada por estos supuestos pobres «soldados de Cristo»... una riqueza que los reyes codiciaban y que desapareció sin dejar rastro. Los interrogantes sin respuesta también incluyen a los rituales templarios y al misterioso ídolo que presuntamente veneraban bajo el críptico nombre de Baphometus.* Al igual que el supuesto conocimiento secreto al que sólo accedían las altas jerarquías de la orden: ¿cuál era la naturaleza de este conocimiento? ¿Era un conocimiento en verdad «oculto» en el sentido que les imputaba la Inquisición, un conocimiento que incluía prácticas mágicas prohibidas y ritos obscenos y blasfemos? ¿Era un conocimiento político y cultural, relacionado, por ejemplo, con los orígenes del cristianismo, o era un conocimiento científico y técnico, que abarcaba aspectos como fármacos, venenos, medicina, arquitectura, cartografía, rutas de navegación y de comercio? Cuanto más se analiza a los templarios, las preguntas de esta naturaleza parecen multiplicarse en lugar de encontrar una respuesta adecuada.

Hemos señalado que la historia de los templarios es casi contemporánea a la del reino feudal celta de Escocia, desde el reinado de David I hasta el de Robert Bruce. En la superficie, podría parecer que hay poco más en común entre la monarquía escocesa y la orden religiosa y militar creada en Tierra Santa. Y, sin embargo, se han establecido una serie de conexiones entre ambas partes, algunas dictadas por la geopolítica del mundo medieval, otras por factores más evasivos y que nunca fueron registrados con propiedad. Hacia 1314, estas conexiones habrían hecho que fuese posible la presencia templaria en Bannockburn.

El ascenso de los templarios

La mayoría de las fuentes cita el año 1118 como la fecha de creación de la orden de los caballeros templarios —los Pobres Caballeros del Templo de Salomón—, aunque existen pruebas suficientes para sugerir que ya existían al menos cuatro años antes.[1] Su *raison de être* osten-

---

* Una teoría sostiene que se trataba de una cabeza barbuda que representaba al Dios eterno y creador al que llamaban Baphometus o Bafomet, palabra derivada de una expresión griega que significa «bautismo de sabiduría». *(N. del T.)*

able era la protección de los peregrinos en Tierra Santa. No obstante, la evidencia señala que este propósito manifiesto era una mera fachada, y que los caballeros estaban comprometidos con un designio geopolítico mucho más ambicioso y grandioso del que participaban la orden cisterciense, San Bernardo, y Hugues, conde de Champagne y uno de los primeros patrocinadores y patronos del Císter y el Temple. El conde se convirtió en templario en 1124, y Hugues de Payens, uno de sus vasallos, fue el primer gran maestre de la orden. El tío de san Bernardo, André de Montbard, también se contaba entre los miembros fundadores.

Hasta 1128 — cuatro años después de que David I recibiera la corona de Escocia — se decía que sólo nueve caballeros componían la fuerza templaria, aunque los registros de la época muestran un número mayor de reclutas. Además de Hugues de Champagne, se sabe que pertenecían a la orden Fulk, conde de Anjou, padre de Geoffrey Plantagenet y abuelo de Enrique II de Inglaterra. De todos modos, el número de caballeros en los comienzos del Temple era relativamente bajo. Luego, en el Concilio de Troyes, realizado bajo los auspicios de san Bernardo, se otorgó a los templarios un régimen monástico, el equivalente, por así decirlo, de una constitución, y la orden quedó así formalmente establecida. Los templarios representaban un nuevo fenómeno: «Por primera vez en la historia cristiana los soldados vivirían como monjes».[2]

A partir de 1128, la orden se expandió a una velocidad extraordinaria y recibió no sólo un flujo masivo de candidatos, sino también enormes donaciones tanto de dinero como de propiedades. En sólo un año, los templarios obtuvieron tierras en Francia, Inglaterra, Escocia, España y Portugal. En los diez años siguientes sus posesiones se extenderían a Italia, Austria, Alemania, Hungría y Constantinopla. En 1131, el rey de Aragón les cedió un tercio de sus dominios. A mediados del siglo XII, el Temple ya había comenzado a establecerse como la institución más rica y poderosa de la cristiandad, con la sola excepción del papado.

En los años inmediatamente posteriores al Concilio de Troyes, Hugues de Payens y otros miembros fundadores de la orden viajaron por toda Europa, promocionando la orden y las virtudes de los feudos de tiempo compartido en Palestina. Se sabe que Hugues y al menos uno de sus camaradas estuvieron tanto en Inglaterra como en Escocia. De acuerdo con *La crónica anglosajona*, cuando Hugues visitó a Enrique I:

> ... el rey le recibió con grandes honores, y le entregó ricos presentes de oro y plata. Y luego le envió a Inglaterra; y allí fue recibido por todos los hombres de buena voluntad, quienes le hicieron regalos, y en Escocia también: ... Y él invitó a todos a Jerusalén; y con él y tras él se fueron más hombres que nunca antes.[3]

En su primera visita, Philip de Harcourt concedió a la orden la preceptoría de Shipley en Essex. Se cree que la preceptoría de Dover (todavía pueden verse los restos de su iglesia) data de la misma época.

En su calidad de gran maestre, Hugues de Payens procedió a designar maestres regionales para cada una de las «provincias» templarias, como se llamaba a los enclaves propiedad del Temple en cada país. El primer maestre de Inglaterra, del que poco se conoce, fue un tal Hugh de Argentein. Su sucesor fue un joven caballero normando, Osto de St. Omer, quien presidió la orden hasta 1153-1154, y luego fue sucedido por Richard de Hastings. Bajo la dirección de estos dos maestres, los templarios de Inglaterra se embarcaron en una de sus aventuras más innovadoras, la traducción de parte del Viejo Testamento al idioma vernáculo. Esta versión del Libro de los Jueces adquirió la forma de un romance de caballería: Josué y sus Bravos Caballeros.[4]

Las relaciones entre los templarios y los soberanos de los reinos donde poseían tierras variaban de un país a otro. En Francia, por ejemplo, la relación siempre fue, incluso en su mejor momento, incómoda. En España, en cambio, la relación mantuvo siempre un carácter positivo. En Inglaterra, también, la orden disfrutó en términos generales de un trato cordial con la monarquía. Como ya hemos dicho, Enrique I de Inglaterra recibió a los primeros caballeros con los brazos abiertos, mientras que Stephen, quien asumió el poder en 1135, era hijo del conde de Blois, uno de los líderes de la Primera Cruzada y, por lo tanto, mostraba una especial simpatía por las actividades de los templarios en Tierra Santa. Bajo sus auspicios, la red de preceptorías comenzó a extenderse por toda Inglaterra. El conde de Derby donó Bisham; el conde de Warwick donó tierras para que se erigiera una preceptoría en el mismo Warwick; Roger de Builli ofreció el predio de Willoughton en el condado Lincoln. La propia esposa de Stephen, Mathilda, concedió vastos territorios en Essex y Oxford que luego se convirtieron en Temple Cressing y Temple Cowley respectivamente, dos de las preceptorías antiguas más importantes.

Durante el reinado de Stephen, además, los templarios erigieron su primera construcción central en Inglaterra: el «antiguo Temple» ubicado en Holborn. El conjunto constaba de los edificios de la preceptoría, una iglesia, un jardín, una huerta y un cementerio, todos circundados por un foso y, según se cree, también por un muro. Sus cimientos se encontraban en el sitio de lo que en la actualidad es la estación de metro de High Holborn. Sin embargo, este lugar no fue la sede de la orden en Londres durante mucho tiempo. Hacia 1161 los caballeros ya se habían establecido en el «nuevo Temple», cuyo lugar conserva su nombre aún hoy y contiene no sólo la iglesia circular original, sino también una serie de tumbas. «Barram Novi Templi», o Temple Bar, donde la Fleet Street se encuentra con el Strand, era el portal de ingreso a los recintos de la orden. En su época de

apogeo, el «nuevo Temple» se extendía desde Aldwych hasta el Strand y casi hasta la mitad de Fleet Street, y luego hasta el Támesis, donde tenía su propio muelle. Una vez al año, se convocaba un capítulo general en el recinto, al que asistía el maestre de Inglaterra y todos los funcionarios de la orden en Gran Bretaña, incluidos los priores de Escocia e Irlanda.

Enrique II continuó la estrecha asociación de la monarquía inglesa con los templarios, quienes realizaron grandes esfuerzos para intentar reconciliarlo con Tomás Becket. Pero fue durante el reinado del hijo de Enrique II, Ricardo Corazón de León, cuando esta relación se hizo más íntima. De hecho, Ricardo mantenía tan buenas relaciones con el Temple que a menudo se le considera una suerte de templario honorario. Mantenía un trato regular con los caballeros, viajaba en sus barcos y residía en sus preceptorías. Cuando suscitó el antagonismo de sus pares y fue obligado a huir de Tierra Santa, lo hizo vestido como templario y escoltado por un séquito de auténticos caballeros. Ricardo estuvo muy vinculado en las transacciones entre los templarios y sus equivalentes islámicos, los Hashishim o «asesinos». Además, vendió Chipre a la orden y la isla luego se convirtió durante algún tiempo en la sede oficial del Temple.

Al mismo tiempo, el Temple había crecido lo suficiente en influencia y poder como para suscitar respeto y lealtad de parte del hermano y archienemigo de Ricardo, el rey Juan. Al igual que Ricardo, Juan se alojaba regularmente en la preceptoría de Londres, incluso fue su residencia esporádica durante los últimos cuatro años de su reinado (1212-1216). El maestre de Inglaterra, Aymeric de St. Maur, fue el consejero más cercano de Juan, y fue fundamentalmente como resultado de la persuasión que ejerció sobre el monarca por lo que éste firmó la Carta Magna en 1215. Cuando Juan estampó su firma al pie del documento, Aymeric estaba a su lado y también firmó. Más adelante, Aymeric sería nombrado uno de los albaceas del testamento de Juan.

La esfera oficial de actividad del Temple era fundamentalmente el reino latino de Jerusalén. Se suponía que Europa era tan sólo una base de apoyo, una fuente de hombres y pertrechos y un canal para el tránsito hacia Tierra Santa. Y, desde luego, los templarios nunca dejaron que «*Outremer*», «las tierras del otro lado del mar», como llamaban a Oriente Próximo, se alejaran de su centro de atención. Sus actividades se extendieron desde Egipto, cuando no desde puntos situados más al oeste, sin solución de continuidad hasta Constantinopla. En los principados de los cruzados se tomaban pocas decisiones, y casi nada ocurría sin la participación de los templarios. Sin embargo, al mismo tiempo, como lo indica la firma de la Magna Carta, los caballeros pronto se vieron envueltos en los asuntos internos de la mayoría de los reinos europeos. En Inglaterra disfrutaron de privilegios y prerrogativas especiales. Por ejemplo, el maestre del Temple se sentaba en el Parlamento como primer barón del reino. Además, la orden

estaba, por supuesto, exenta del pago de impuestos, y sus casas y posesiones en las grandes poblaciones y ciudades de Inglaterra exhibían una cruz templaria de metal para mantener alejados a los recaudadores. Aún hoy pueden verse muestras de estas cruces, procedentes de la calle de los templarios en Leeds, en el museo de la Orden de San Juan, Clerkenwell. Dentro de estos enclaves, los caballeros se regían por la ley del Temple. Ofrecían derecho de santuario, como cualquier iglesia. Convocaban sus propios tribunales para tratar casos de delitos locales. Dirigían sus propios mercados y ferias. Estaba exentos del pago de peaje en los caminos, los puentes y los ríos.

Las propiedades templarias en Inglaterra eran muy extensas y estaban distribuidas por todo el país. Unas pocas de las antiguas propiedades de la orden todavía pueden reconocerse por el calificativo «Temple», como en el distrito londinense de Temple Fortune al norte de Golders Green. En las islas Británicas, en general, se acepta que allí donde aparece este calificativo antiguamente hubo alguna clase de propiedad o construcción templarias. En la actualidad, resultaría imposible compilar una lista definitiva de las propiedades de la orden, pero incluso los cálculos más conservadores muestran un mínimo de setenta y cuatro propiedades de importancia, incluidas treinta y cinco preceptorías completas[5] y literalmente cientos de propiedades más pequeñas, pueblos, aldeas, iglesias y granjas. En ocasiones, incluso establecían sus propias ciudades debido a sus actividades comerciales. Baldock, por ejemplo, cerca de Letchworth, en el condado Hertford, fue fundada por los templarios alrededor de 1148. Su nombre deriva de Bagdad.

Gran parte de la moderna ciudad de Bristol fue alguna vez propiedad templaria. De hecho, Bristol fue uno de los principales puertos de la orden, y los barcos traficaban con regularidad entre la ciudad y La Rochelle en Francia, la más importante sede de la orden sobre el Atlántico. Los Close Rolls de Enrique III mencionan los nombres de dos barcos templarios: *La Templere* y *Le Buscard*.[6] Uno de los privilegios más lucrativos de los caballeros fue el de exportar su propia lana. Este comercio, al igual que el transporte de peregrinos, aportó considerables beneficios a las arcas de la orden, al igual que las tierras que les pertenecían. Sólo en el condado de York, durante el año 1308, las propiedades del Temple rindieron beneficios de £1130.[7] (En esa época, se podía construir un castillo modesto por £500. Se podía emplear a un caballero y a su escudero durante un año por £55, a un ballestero por £7. Un caballo costaba £9, es decir, que resultaba más barato montar a un ballestero que a un caballo.)

En Irlanda, la red de propiedades templarias también estaba ampliamente distribuida aunque no tan bien documentada.[8] Había como mínimo seis preceptorías, una en Dublín y al menos tres en la costa sur, en los condados de Waterford y Wexford. Al igual que en Inglaterra, existieron numerosos feudos, granjas, iglesias y castillos. La

preceptoría de Kilsaren en el condado de Louth, por ejemplo, era propietaria de doce iglesias y recolectaba diezmos de otras ocho. Había como mínimo un feudo, Temple House, en Sligo, en la costa occidental. Como veremos más adelante, el tema de otras propiedades templarias en el oeste de Irlanda es de fundamental importancia.

En el caso de Escocia, los registros son muy incompletos y poco fiables, en parte debido al caos que imperaba en el reino a finales del siglo XIII, en parte a causa de lo que parece haber sido una ocultación deliberada de esos documentos. Existieron, como mínimo, dos importantes preceptorías.[9] Una, Maryculter, se encontraba en las proximidades de Aberdeen. La otra, Balantrodoch —gaélico para «lugar de los guerreros»— era la más grande y constituía la sede principal de la orden en Escocia. Ubicada cerca de Edimburgo, en la actualidad se la conoce como Temple. No obstante, la recopilación de las propiedades templarias en Escocia se basa en el testimonio de un caballero, William de Middleton, interrogado por la Inquisición. Middleton mencionó a Maryculter y Balantrodoch como los dos lugares en los que él había servido de forma personal. Es evidente que esta declaración no excluye la posibilidad, de hecho la probabilidad, de que existieran otras propiedades en las que él no hubiera servido; y Middleton tenía, de todos modos, razones más que sólidas para ser «frugal con la verdad». De hecho, las crónicas se refieren a las propiedades templarias en Berwick (que en ese tiempo formaba parte de Escocia) y en Liston, cerca de Falkirk. Además de Argyll, existen pruebas de propiedades templarias en al menos otras diez localidades en Escocia; pero no hay forma de saber si eran propiedades grandes o pequeñas, si fueron preceptorías, casas solariegas o simplemente granjas.

La influencia económica de los templarios

El Temple ejerció una enorme influencia política y militar en virtud de sus propiedades, sus recursos humanos, sus habilidades diplomáticas y su pericia militar. Pero la influencia económica que ejercieron los caballeros templarios no les iba a la zaga y contribuyó a generar profundos cambios en los cimientos económicos de la época. En general, los historiadores atribuyen la evolución y el desarrollo de las instituciones económicas de Europa occidental a los prestamistas judíos y a las grandes casas y consorcios de mercaderes italianos. Sin embargo, de hecho, el papel de los prestamistas judíos fue menor en comparación con el que desempeñara el Temple; y la orden no sólo fue anterior a las casas comerciales italianas, sino que estableció el sistema y los procedimientos que éstas emularían y adoptarían más tarde. En realidad, los orígenes de la banca moderna se pueden atribuir a la Orden del Temple. En la cumbre de su poder, los templarios manejaron gran parte, si no la totalidad, del capital disponible en Europa occidental. Fueron pioneros en el

concepto de facilidades de pago y también en la asignación de créditos para el desarrollo y la expansión comerciales. De hecho, llevaban a cabo todas las transacciones y realizaban todas las funciones propias de un banco mercantil del siglo XX.

En teoría, el derecho canónico prohibía a los cristianos la usura, es decir, recaudar intereses sobre los préstamos otorgados. Cabría esperar que esta prohibición se aplicara incluso con más rigor a una institución tan piadosa como manifestaba ser el Temple. No obstante, el Temple prestaba dinero y recaudaba intereses en una escala realmente abrumadora. En un caso probado, la tasa acordada de interés sobre una demora en el pago de la deuda fue del 60 por ciento anual, un 17 por ciento más de lo que se les permitía a los prestamistas judíos. Las restricciones del derecho canónico contra la usura se evadían mediante una intrincada semántica, llena de eufemismos y circunloquios.[10] Sólo se puede especular acerca de los términos que los mismos caballeros utilizarían para evitar hablar explícitamente de «interés», ya que son escasos los documentos que han conseguido llegar hasta nosotros; pero los «beneficiarios» de los préstamos templarios, en sus instrucciones de devolución del pago, no están limitados por reservas de esa índole. En su acuerdo de pago con el Temple, Eduardo I, por citar tan sólo uno de los muchos ejemplos posibles, habla del componente del capital y, específicamente, del «interés».[11]

De hecho, la corona inglesa mantuvo una deuda crónica con el Temple. El rey Juan solía pedir dinero a la orden con notable frecuencia. Al igual que Enrique III, quien entre 1260 y 1266, con su erario consumido por las expediciones militares, llegó a empeñar las joyas de la corona inglesa a los templarios. La misma reina Eleanor las llevó personalmente a la preceptoría de la orden en París. En los años que precedieron a la coronación de Enrique, los templarios también le prestaron dinero al futuro Eduardo I. Durante el primer año de su reinado, Eduardo pagó 2.000 marcos de un total de 28.189 libras esterlinas que la corona debía a la orden.[12]

Una de las actividades financieras más importantes del Temple consistía en disponer pagos a distancia sin una transferencia material de fondos. En una época en la que viajar era una actividad poco segura, cuando los caminos carecían de cualquier tipo de protección y los viajeros estaban en riesgo constante de ser asaltados, era comprensible que fuesen reacios a llevar objetos de valor en sus viajes. Las leyendas de Robin Hood constituyen un testimonio elocuente de la amenaza constante que se cernía sobre los mercaderes, los comerciantes e incluso los nobles de fortuna. Por lo tanto, los templarios inventaron las cartas de crédito. Una persona depositaba una suma específica en, por ejemplo, el Temple de Londres y recibía una especie de recibo. Luego podía viajar libremente por otras partes de Gran Bretaña, a la mayor parte de Europa e incluso a Tierra Santa. Al llegar a destino, la persona sólo tenía que presentar el recibo y se le otorgaba dinero

en metálico en la moneda que deseara. El robo de esta clase de cartas de crédito, al igual que su falsificación, se impedía mediante un complejo sistema de códigos sólo conocido por los templarios.

Además de prestar dinero y emitir cartas de crédito, los templarios suministraban lugares seguros de depósito mediante su red de preceptorías. En Francia, el Temple de París fue también el tesoro real más importante y albergaba la riqueza del estado además de la de la orden; más aún, el tesorero de los caballeros era también tesorero del rey. Todas las finanzas de la corona francesa estaban ligadas a las del Temple y dependían de ellas. En Inglaterra, la influencia de la orden no era tan grande. Sin embargo, como hemos observado, las joyas de la corona durante el reinado del rey Juan se guardaban en el Temple de Londres, el que durante los reinados de Enrique II, Juan, Enrique III y Eduardo I sirvió como uno de los cuatro tesoros reales. En Inglaterra, los templarios también se emplearon como recaudadores de impuestos. Recaudaban no sólo los impuestos, diezmos y donaciones, sino que también recaudaban impuestos y beneficios para la corona, y aparentemente eran más temidos y feroces en su calidad de funcionarios impositivos que el Ministerio de Hacienda actual. En 1294 organizaron la conversión de dinero antiguo a dinero nuevo. A menudo actuaban como fideicomisos de fondos o propiedades que se dejaban en su custodia, como agentes de bolsa y recolectores de deudas. Mediaban en conflictos que implicaban el pago de rescates, dotes, pensiones e innumerables transacciones.

En el apogeo de su poderío, los templarios fueron acusados de orgullo, arrogancia, falta de misericordia, y de conductas desaforadas y disolutas. «Beber como un templario» era una comparación de uso corriente en la Inglaterra medieval; y a pesar de sus votos de castidad, los caballeros parecen haber frecuentado la compañía de prostitutas con el mismo entusiasmo con el que bebían. Pero independientemente de su conducta en estos aspectos, su reputación por la precisión, honestidad e integridad en asuntos financieros permaneció sin mácula. Podían no gustar, pero se sabía que se podía confiar en ellos. Y eran especialmente duros con cualquier miembro de su propia orden que fuese indigno. En una ocasión, el prior del Temple en Irlanda fue declarado culpable de malversación de fondos. Fue encarcelado en la celda penitenciaria de la iglesia templaria en Londres, una habitación demasiado pequeña incluso para acostarse, que aún hoy puede verse, y le dejaron morir de hambre. La historia cuenta que tardó ocho semanas en morir.

Al igual que los actuales bancos suizos, el Temple mantuvo una serie de fondos en fideicomiso de personas fallecidas o destituidas. No resulta sorprendente que los monarcas y otros potentados intentaran de vez en cuando apoderarse de esos bienes. En consecuencia, por ejemplo, Enrique II exigió en cierta ocasión a los templarios el dinero que un noble en desgracia había depositado con ellos. Recibió por

respuesta que «el dinero confiado a ellos en fideicomiso no sería entregado a hombre alguno sin el permiso de quien lo había confiado para que fuese guardado en el Temple».[13]

El logro más duradero de los «Pobres Caballeros»... fue económico. Ninguna otra institución medieval hizo más por el «surgimiento del capitalismo».[14] Pero fue precisamente la riqueza que administraron con tanta eficacia lo que les convirtió en un atractivo irresistible para un soberano cuya audacia sólo estaba equiparada con su avaricia.

3

Arrestos y torturas

Hacia 1306, el Temple se había convertido en un foco de especial atención para el rey Felipe IV de Francia, conocido como Felipe el Hermoso. El monarca francés era un hombre de una ambición desmedida. Tenía planes grandiosos para su país y ningún reparo en aplastar cualquier cosa o a cualquiera que se interpusiera en su camino. Ya había tramado el secuestro y asesinato de un papa, Bonifacio VIII, y existe la creencia generalizada de que fue él quien organizó la muerte, probablemente por envenenamiento, de otro pontífice, Benedicto XI, que había sucedido a aquél en el trono de Pedro. En 1305 había instalado a su propia marioneta en Roma, Bertrand de Goth, antiguo arzobispo de Burdeos, quien se convertiría en el papa Clemente V. En 1309, Felipe decidió secuestrar al propio papado, alejándolo de su sede histórica en Roma para instalarlo en suelo francés, en Aviñón, donde se convirtió, de hecho, en un simple apéndice de la corona francesa. Este acontecimiento inauguró el llamado Cautiverio de Aviñón, un cisma que habría de producir papas rivales y dividir a la iglesia católica durante los sesenta años siguientes, hasta 1377. En consecuencia, con el pontificado en el bolsillo, Felipe dispuso de la libertad que necesitaba para iniciar su movimiento contra el Temple.

Felipe tenía numerosos motivos para hacerlo y también una animadversión personal contra los caballeros. Había solicitado que le aceptasen en la orden como templario honorario —la clase de condición que ya le había sido conferida a Ricardo I— y su petición había sido rechazada de un modo que consideró insultante. Luego, en junio de 1306, una muchedumbre enfurecida le había obligado a buscar refugio en el Temple de París, donde pudo comprobar sin intermediarios la asombrosa extensión de la riqueza y los recursos de la orden. Felipe necesitaba dinero desesperadamente y el tesoro de los templarios debió de hacerle la boca agua. De modo que, en la actitud del rey francés hacia los caballeros del Temple, la codicia estaba peligrosa-

mente compuesta de humillación y deseos de venganza. Por último, los templarios representaban —o aparentemente habrían representado a los ojos de Felipe— una auténtica amenaza para la estabilidad de su reino. En 1291, como ya hemos visto, Acre, el último bastión de los cruzados occidentales en Tierra Santa, había caído en manos de los sarracenos, y el reino latino de Jerusalén se había perdido ya de forma irremediable. Este hecho había dejado a los templarios —la fuerza militar mejor entrenada, mejor equipada y más profesional del mundo occidental— sin una *raison de être* y, más ominosamente para Felipe, sin un hogar.

Los templarios ya habían establecido una base provisional en Chipre, pero albergaban designios más ambiciosos. No debe sorprender que soñaran con un estado o un principado propios, similar al Ordenstadt creado por su orden afín, los caballeros teutónicos, en Prusia y el Báltico. Pero el Ordenstadt se hallaba en el límite extremo de la Europa cristiana, mucho más allá del alcance del pontificado y del poder de cualquier potentado secular. Además, el Ordenstadt podía ser racionalizado y justificado como otra forma de cruzada, una cruzada contra las tribus bárbaras del noreste de Europa, contra los prusianos y bálticos y lituanos paganos, contra las ciudades-estado ortodoxas (y, por lo tanto, herejes) del noroeste de Rusia, como Pskov y Novgorod. Los templarios, por su parte, quienes ya ejercían una enorme influencia en Francia, tenían la intención de crear su propio Ordenstadt en el corazón mismo de la cristiandad europea, en el Languedoc, que en el siglo anterior habían sido anexionado por la corona francesa. Para Felipe, la perspectiva de un principado del Temple en su puerta meridional —un principado que incluía un vasto territorio sobre él cual había presentado una reclamación— sólo podía alentar el resentimiento y la alarma.

Felipe planeó meticulosamente su estrategia. Se reunió un auténtico catálogo de cargos, confeccionado en parte por los espías del rey que se habían infiltrado en la orden, en parte por la confesión voluntaria de un caballero supuestamente renegado. Armado con estas acusaciones, Felipe se sintió libre para actuar; y cuando asestó su golpe, fue súbito, rápido y letal. En una operación digna de una incursión de la policía secreta moderna, el rey emitió órdenes selladas a sus senescales y alguaciles en todo el país. Estas órdenes debían ser abiertas simultáneamente en todas partes y puestas en práctica de inmediato. En el amanecer del viernes 13 de octubre de 1307, todos los templarios que se encontrasen en suelo francés debían ser detenidos y colocados bajo arresto por los hombres del rey, sus preceptorías puestas bajo embargo real y todos sus bienes confiscados. Pero, aunque el objetivo de la sorpresa buscado por Felipe parecía haberse conseguido, el premio más atractivo de todos —la legendaria riqueza de la orden— no cayó en sus manos. Nunca fue encontrada, y el destino del fabuloso tesoro de los templarios ha sido un misterio desde entonces.

De hecho, es discutible si realmente el golpe de sorpresa de Felipe fue tan inesperado como él, o historiadores posteriores, creían. Hay un cuerpo de pruebas suficiente para sugerir que los templarios recibieron alguna clase de alerta temprana. Poco antes del golpe de Felipe, por ejemplo, el gran maestre, Jacques de Molay, reunió muchos de los libros y reglas existentes de la orden y los hizo quemar. A un caballero que abandonó la orden aproximadamente en esa época, el tesorero del Temple le dijo que era «sensato» al hacerlo, como si fuese inminente alguna clase de crisis. Un edicto oficial circuló por todas las preceptorías, haciendo hincapié en que no debía suministrarse ninguna información relativa a los rituales o ceremonias de la orden.

En cualquier caso, ya fuera porque los templarios fueron advertidos con antelación o ya porque simplemente percibieron lo que había en el aire, no hay duda de que se tomaron algunas precauciones. En primer lugar, muchos caballeros huyeron, y aquellos que fueron capturados parecen haberse sometido sin luchar, como si tuviesen instrucciones de no hacerlo; en ninguna parte se ha encontrado testimonio alguno de que los templarios franceses se hayan resistido activamente a los senescales del rey. En segundo lugar, existen indicios de una huida organizada de un grupo particular de caballeros, prácticamente todos ellos relacionados de alguna manera con el tesorero de la orden.

Considerando estas evidentes manifestaciones de reacción rápida ante la amenaza que se cernía sobre ellos, no debe sorprender que el tesoro del Temple, junto con casi la totalidad de sus documentos y registros, haya desaparecido. Al ser interrogado por el Tribunal de la Inquisición, un caballero dijo que el tesoro había sido retirado de la preceptoría de París poco antes de que se iniciaran las detenciones. El mismo testigo declaró que el preceptor de Francia también abandonó la capital con cincuenta caballos y se hizo a la mar —no hay ningún dato que revele el punto desde donde lo hizo— con dieciocho galeras, ninguna de las cuales volvió a ser vista nunca más. Fuese o no cierto este extremo, toda la flota de los templarios parece haber conseguido escapar a las garras del rey. No hay ningún dato que revele que alguno de los barcos de la orden fuese apresado, no solo en aquel momento, sino nunca. Por el contrario, los barcos parecen haberse esfumado por completo, junto con cualquier carga que pudiesen llevar en sus bodegas.

En Francia, los templarios que habían sido arrestados fueron juzgados y muchos de ellos sometidos a horribles tormentos. Las acusaciones eran cada vez más extravagantes y de los detenidos se extraían extrañas confesiones. Por todo el país comenzaron a circular siniestros rumores. Los templarios, se decía, adoraban a un poder demoníaco llamado Baphomet. En sus ceremonias secretas, aparentemente, se prosternaban ante una cabeza masculina barbuda, que les hablaba y les investía de poderes mágicos. También se decía que los testigos no autorizados de estas ceremonias habían desaparecido. Y también

había otras acusaciones contra ellos, incluso más vagas. A los templarios se les acusó de infanticidio, de enseñar a las mujeres a abortar, de besos obscenos en la ceremonia de iniciación de los postulantes, de homosexualidad. Pero una de las acusaciones presentadas contra ellos se destaca como la más extraña y aparentemente improbable. Estos soldados de Cristo, que habían luchado y entregado sus vidas por centenares en nombre de la cristiandad, fueron acusados de negar ritualmente a Cristo, de repudiar, pisotear y escupir la cruz.

Éste no es el lugar más indicado para investigar la validez o no de esas acusaciones. Nosotros las hemos analizado con mayor detalle en otra obra.[4] Y también lo han hecho otros estudiosos de la materia. De hecho, se han escrito libros enteros acerca de los juicios a los templarios y la cuestión relativa a la culpa o inocencia del Temple. En el contexto presente, es suficiente simplemente con reconocer que los templarios estaban, casi con toda seguridad, «contaminados» por la heterodoxia religiosa, cuando no por la más completa herejía. La mayoría de las otras acusaciones contra ellos, sin embargo, eran probablemente inventadas, fabricadas o exageradas fuera de toda proporción. De todos los caballeros que fueron interrogados y sometidos a torturas, por ejemplo, sólo dos de ellos, según los registros de la Inquisición, se confesaron homosexuales. Si la homosexualidad existía realmente dentro de la orden, es muy poco probable que se haya manifestado a una escala mayor que en cualquier otra comunidad masculina cerrada, ya fuese militar o monástica.

Los juicios se iniciaron seis días después de producidos los primeros arrestos. Al principio, la acusación del Temple fue asumida por los funcionarios jurídicos del rey. Pero Felipe también tenía a un papa en el bolsillo y rápidamente intimidó a su marioneta para que le apoyase con todo el venerable peso de la autoridad pontificia. La persecución de los caballeros del Temple inaugurada por la corona francesa se extendió rápidamente más allá de las fronteras de Francia y fue secundada por la Inquisición. Habría de continuar durante siete años. Lo que hoy nos parece un fragmento menor, generalmente oscuro, de la historia medieval se convertiría en el tema individual más dominante de la época, eclipsando de manera dramática los acontecimientos que se estaban desarrollando en la lejana Escocia, galvanizando opiniones y reacciones a lo largo y a lo ancho del mundo cristiano y haciendo temblar a la cultura occidental. El Temple, no debe olvidarse, era, con la única excepción del papado, la institución más importante, más poderosa, más prestigiosa y aparentemente más firme de su tiempo. En el momento en que se produjo el ataque de Felipe, el Temple tenía más de doscientos años de antigüedad y estaba considerado como uno de los pilares fundamentales de la cristiandad occidental. Para la mayoría de sus contemporáneos, el Temple parecía tan inmutable, tan perdurable, tan permanente como la propia Iglesia. El hecho de que un edificio de esas características pudiese ser demolido de un modo tan

sumario sacudió profundamente los cimientos sobre los que descansaban los supuestos y creencias de la época. Así, por ejemplo, en *La divina comedia*, Dante expresa su conmoción y su simpatía por los «mantos blancos» perseguidos. De hecho, se cree que la superstición que mantiene al viernes 13 como un día de desgracia proviene de las primeras incursiones ordenadas por Felipe contra el Temple el viernes 13 de octubre de 1307.

La Orden del Temple fue disuelta oficialmente mediante un decreto papal el 22 de marzo de 1312, sin que jamás llegase a pronunciarse un veredicto definitivo de culpabilidad o inocencia de los acusados. En Francia, sin embargo, los caballeros serían perseguidos aún durante dos años. Finalmente, en marzo de 1314, Jacques de Molay, el gran maestre, y Geoffroi de Charnay, el preceptor de Normandía, fueron quemados hasta la muerte a fuego lento en la Île de la Cité en el Sena. Una placa en el lugar conmemora el acontecimiento.

La Inquisición

El celo con el que Felipe persiguió a los templarios es más que sospechoso. Uno puede entender que intentase extirpar a la orden de sus dominios, pero no hay duda de que resulta un tanto obsesivo que tratara de encontrar a todos los caballeros que hubiese en la cristiandad. ¿Temía acaso la venganza de la orden? Difícilmente podría haber estado motivado por el fervor moral. Tampoco es probable que un monarca que había maquinado la muerte de al menos un papa, y probablemente de un segundo, se mostrase escrupuloso en cuanto a la pureza de la fe. En lo que a la lealtad a la Iglesia se refiere, la Iglesia se había convertido en su propiedad. No tenía razón alguna para mostrarse leal a ella. Él podía definir su propia lealtad.

En cualquier caso, Felipe incordió a sus colegas monarcas para que se uniesen a él en su persecución del Temple. En este empeño se encontró con un éxito limitado. En Lorena, por ejemplo, que en aquella época formaba parte de Alemania, los templarios contaban con el apoyo del duque reinante. Un pequeño grupo de ellos fueron juzgados y rápidamente exonerados. La mayoría parece haber obedecido a su preceptor, quien se cree que les ordenó que se afeitasen la barba, vistiesen ropas de paisano y se mezclaran con la plebe, que, significativamente, no les traicionó.

En la Alemania propiamente dicha, los templarios desafiaron abiertamente a sus supuestos jueces, apareciendo ante el tribunal completamente armados y sin duda preparados para defenderse. Los jueces, intimidados, se apresuraron a declararles inocentes y, cuando la orden fue disuelta de manera oficial, muchos templarios alemanes fueron bienvenidos en la Orden de San Juan o en la orden de los caballeros teutónicos. En España, también, los templarios resistieron el acoso de sus

perseguidores y encontraron refugio en otras órdenes, especialmente en la de Calatrava. Y se creó una nueva orden, Montesa, con el propósito fundamental de dar refugio a los templarios fugitivos.

En Portugal, los templarios fueron exonerados de culpa y cargo después de una investigación y simplemente modificaron su nombre, pasando a ser los caballeros de Cristo. Los caballeros sobrevivieron bajo este título hasta bien entrado el siglo XVI y sus exploraciones marinas dejaron una marca indeleble en la historia. (Vasco da Gama era un caballero de Cristo; el príncipe Enrique el Navegante era un gran maestre de la orden. Los barcos de los caballeros de Cristo navegaban bajo la familiar cruz roja *patté* de los templarios. Y fue bajo esa misma cruz como las tres carabelas de Cristóbal Colón cruzaron el Atlántico en dirección al Nuevo Mundo. Colón estaba casado con la hija de un ex gran maestre de la orden y tuvo acceso a las cartas y diarios de su suegro).

Si Felipe encontró escaso apoyo para perseguir a los templarios en otras partes del continente europeo, tenía en cambio buenas razones para esperar una mayor cooperación de parte de Inglaterra. Después de todo, Eduardo II era su yerno. Pero, al principio, Eduardo se mostró reacio a ayudar a su suegro. De hecho, el monarca inglés dejó bien claro en sus cartas que no sólo encontraba increíbles los cargos contra los templarios, sino que también dudaba de la integridad de quienes les acusaban. Por lo tanto, el 4 de diciembre de 1307, menos de un mes y medio después de los primeros arrestos, Eduardo les escribió a los reyes de Portugal, Castilla, Aragón y Sicilia:

> Él [el enviado de Felipe] se atrevió a pregonar ante nosotros... algunas horribles y detestables enormidades repugnantes para la fe católica, en perjuicio de los hermanos antes mencionados, tratando de persuadirnos de que deberíamos encarcelar a toda la hermandad...[5]

Y concluía solicitando que el destinatario

> ... preste oídos sordos a las calumnias de hombres maliciosos, que están animados, como creemos, no con celo el de la rectitud, sino con un espíritu de envidia y codicia...[6]

Diez días más tarde, no obstante, Eduardo recibió del papa una bula oficial que aprobaba y justificaba provisionalmente los arrestos de los templarios. Este documento le obligaba a actuar, pero, aun así, lo hizo con evidente renuencia y una más que notable falta de fervor. El 20 de diciembre, tres semanas más tarde, envió una notificación a todos los alguaciles de Inglaterra dándoles instrucciones de que «tomasen diez o doce hombres de su confianza» y arrestasen a todos los hombres del Temple que hubiese en sus dominios. En presencia de al menos un testigo fiable debía hacerse un inventario de todas las posesiones

encontradas en todos los predios templarios. Y los templarios debían quedar detenidos, pero no «en dura y vil prisión».[7]

Los templarios ingleses fueron encerrados en la Torre de Londres, como así también en los castillos de York, Lincoln y Canterbury. La acción contra ellos se desarrolló de una manera decididamente dilatoria. Así, por ejemplo, el preceptor inglés, William de la More, fue arrestado el 9 de enero de 1308 y alojado en el castillo de Canterbury, junto con otros dos hermanos y suficientes posesiones como para asegurarle un considerable confort, cuando no lujo. El 27 de mayo fue puesto en libertad y, dos meses más tarde, se le aseguraron los ingresos de seis propiedades templarias para que pudiese mantenerse. En noviembre, como resultado de nuevas presiones, fue arrestado nuevamente y sometido a un tratamiento más duro. Para entonces, sin embargo, los templarios ingleses habían tenido amplias oportunidades para huir, ya fuese confundiéndose entre el resto del pueblo, encontrando refugio en otras órdenes o abandonando el país.

En septiembre de 1309, los inquisidores papales llegaron a Inglaterra, y los templarios que habían sido arrestados fueron trasladados a Londres, York o Lincoln para ser interrogados. Durante el mes siguiente, Eduardo, como si se lo hubiese pensado mejor, escribió a sus representantes en Irlanda y Escocia, ordenándoles que todos aquellos caballeros templarios *que todavía no hubiesen sido arrestados* debían ser detenidos y enviados a los castillos de Dublín y Edimburgo.[8] Por lo tanto resulta evidente que aún había muchos templarios en libertad y con el conocimiento del monarca inglés.

Entre el 20 de octubre y el 18 de noviembre de 1309 fueron interrogados cerca de cuarenta y siete templarios en Londres, en base a una lista de ochenta y siete cargos. No se obtuvo confesión alguna de estos interrogatorios aparte de la confirmación de que los funcionarios de la orden, como los sacerdotes, reclamaron el derecho a conceder la absolución de los pecados. Los inquisidores, frustrados, decidieron recurrir a la tortura. Como emisarios itinerantes del papa de Roma, estos hombres no disponían, por supuesto, de instrumentos o efectivos propios con los cuales aplicar tormentos a los detenidos, y tuvieron que realizar solicitudes formales a las autoridades civiles. Y así lo hicieron durante la segunda semana de octubre. Eduardo les concedió permiso sólo para la aplicación de una «tortura limitada», pero este recurso tampoco fue eficaz para conseguir que los detenidos confesaran delito alguno.

El 14 de diciembre de 1309 —más de dos años después de que se produjeran los primeros arrestos en Francia y un año después de la exigencia de que en Inglaterra se tomasen medidas más severas— Eduardo volvió a escribir a sus alguaciles. Había oído, les decía en su carta, que los templarios seguían «paseándose en ropas de paisano y cometiendo apostasía».[9] Nuevamente, sin embargo, ni él ni sus alguaciles dedicaron mayores esfuerzos a la empresa de detener a los templarios. El 12 de marzo de 1310, Eduardo escribió al alguacil de York:

«Como el rey entiende que él [el alguacil] permite que los templarios... se paseen despreciando la orden del rey,[10] deben ser mantenidos en el interior del castillo». Y aún el 4 de enero de 1311, Eduardo volvió a escribir al alguacil de York, haciéndole notar que, a pesar de todas las órdenes anteriores, a los templarios *todavía* se les permitía salir del castillo.[11] Entretanto, mientras se desarrollaban estas vagas disputas acerca de los templarios que ya estaban sufriendo cautiverio, nada se hacía en relación con los numerosos caballeros en Inglaterra que habían escapado al arresto. Un esfuerzo más decidido por parte de los inquisidores llevó al hallazgo y arresto de sólo nueve de esos caballeros fugitivos. El papa se quejó ante el arzobispo de Canterbury, y ante otros prominentes prelados en otras partes del país, de que numerosos templarios se habían integrado de tal modo en la población civil que incluso se habían casado, algo que nunca podrían haber conseguido sin al menos alguna cooperación de las autoridades inglesas.

Para entonces ya se estaban aplicando torturas a los miembros de la orden que estaban en cautiverio. En junio de 1310, sin embargo, la Inquisición presentó un documento en el que se detallaba su falta de éxito. Los inquisidores protestaban por el hecho de haber tenido dificultades para lograr que los tormentos se aplicasen de una manera correcta y eficaz. Estas actividades, se lamentaban, no parecían consustanciales a la justicia inglesa; y aunque el rey había consentido a regañadientes que se torturase a los detenidos, los carceleros sólo habían ofrecido una tibia cooperación. En el documento se incluían una serie de consejos para que los juicios fuesen más eficaces. Entre ellos había una recomendación de que los templarios arrestados fuesen trasladados a Francia, donde podrían ser «correctamente» torturados por hombres que poseían tanto el gusto como la pericia para llevar a cabo esos pasatiempos.

El 6 de agosto de 1310, el papa escribió una carta de protesta castigando al rey inglés por negarse a aplicar una tortura eficaz. Finalmente, Eduardo cedió a las presiones y dio instrucciones para que los templarios detenidos en la Torre de Londres fueran llevados ante los inquisidores para lo que eufemísticamente llamó «la aplicación de la ley eclesiástica». Pero incluso esta medida, sin embargo, parece haber sido menos que exitosa, ya que el rey tuvo que repetir por dos veces el decreto en octubre.

Por fin, en junio de 1311, la Inquisición en Inglaterra consiguió el avance que había estado buscando con tanto ahínco. Este avance, significativamente, no fue consecuencia de nuevas torturas aplicadas a los templarios que ya estaban en cautiverio, sino de un templario fugitivo que había sido detenido recientemente en Salisbury, un tal Stephen de Stapelbrugge. Stephen se convirtió en el primer templario en Inglaterra que confesó la existencia de prácticas heréticas dentro de la orden. Durante la ceremonia de iniciación, declaró, le fue mostrado un crucifijo y se le ordenó que negase que «Jesús era Dios y hombre

y que María era su madre».[12] Luego, continuó, le ordenaron que escupiera sobre la cruz. Stephen confesó también muchos de los otros cargos presentados contra la Orden del Temple. Los «errores» de la orden, declaró, se habían originado en la región de Agen en Francia.

Esta última afirmación confiere cierto grado de credibilidad al testimonio de Stephen. Durante los siglos XII y XIII, Agen había sido uno de los viveros de la herejía cátara o albigense, y los cátaros habían sobrevivido en sus alrededores al menos hasta 1250. Existen pruebas abrumadoras de que los templarios fueron «infectados», para utilizar la terminología clerical, con el pensamiento cátaro, y de que incluso proporcionaron refugio a los cátaros que huían de la Inquisición.[13] De hecho, unos de los grandes maestres más importantes e influyentes de la orden, Bertrand de Blanchefort, procedía de una familia cátara de larga data. Asimismo, Agen se encuentra en la provincia templaria de la Provenza. Entre 1248 y 1250, el maestre de Provenza fue un tal Roncelin de Fos. Posteriormente, entre 1251 y 1253, Roncelin fue maestre de Inglaterra. Hacia 1260 fue nuevamente maestre de Provenza y ejerció ese cargo hasta 1278. Por lo tanto, es muy posible que Roncelin llevase a Inglaterra aspectos del pensamiento herético cátaro desde su tierra natal en Francia. Esta sugerencia está apoyada por el testimonio prestado ante la Inquisición por Geoffroy de Gonneville, preceptor de Aquitania y Poitou. Según Geoffroy, unos individuos anónimos afirmaron que todo el mal y las reglas e innovaciones perversas en el Temple habían sido introducidos por un tal hermano Roncelin, antiguo maestre de la orden.[14] El hermano Roncelin en cuestión seguramente era Roncelin de Fos.

La confesión de Stephen de Stapelbrugge fue seguida, de un modo quizás demasiado oportuno, de otras dos que la confirmaron, a cargo de Thomas Tocci de Thoroldeby y John de Stoke. Según el testimonio de Thomas, un antiguo maestre de Inglaterra, Brian de Jay, había dicho que «Cristo no era el verdadero Dios, sino un simple hombre». El testimonio de John de Stoke fue especialmente importante ya que había sido tesorero del Temple en Londres. En su calidad de tesorero habría sido el funcionario no militar de mayor rango de la orden en Inglaterra; y como el Temple de Londres era también un depósito real, habría sido conocido personalmente tanto por Eduardo I como por Eduardo II. John de Stoke sería el templario más importante radicado en Inglaterra que confesaría ante la Inquisición.

En sus testimonios previos, John de Stoke había negado todas las acusaciones. Ahora, sin embargo, declaró que, en el curso de una visita a Temple Garway en Herefordshire, el gran maestre Jacques de Molay había afirmado que Jesús era «el hijo de cierta mujer, y puesto que dijo que era el Hijo de Dios, fue crucificado».[15] Según la declaración de John de Stoke, el gran maestre le había ordenado, sobre esa base, que negase a Jesús. Los inquisidores le preguntaron entonces en quién o qué se suponía que debía creer. El gran maestre le había orde

nado que creyese en «el gran Dios omnipotente, que creó el cielo y la tierra, y no en la Crucifixión».[16] Esto no es ni siquiera cátaro: para los cátaros el Dios creador era malvado. Podía ser analizado como un judaísmo o islamismo más o menos ortodoxo; y, de hecho, durante sus años de actividad en Tierra Santa, el Temple había incorporado una gran parte del pensamiento judío e islámico.

La Inquisición se apresuró a explotar las confesiones de Stephen de Stapelbrugge, Thomas de Thoroldeby y John de Stoke. En pocos meses, la mayoría de los templarios en cautiverio en Inglaterra habían hecho confesiones esencialmente similares. El 3 de julio de 1311, la mayoría de ellos se reconcilió con la Iglesia, ya sea mediante la confesión de determinados delitos específicos y abjurando de ellos, o bien reconociendo una fórmula general de culpa y accediendo a hacer penitencia. En este punto, el curso de acción era, en efecto, casi una especie de «súplica-negociación» o incluso un «acuerdo fuera del tribunal». A cambio de su cooperación, los templarios ingleses recibieron un castigo leve. No se produjeron ejecuciones masivas en la hoguera como sucedía en Francia. En cambio, los «penitentes» fueron enviados a distintos monasterios para que rehabilitaran sus almas. Para su mantenimiento se proveyeron fondos razonables.

Merece la pena señalar, sin embargo, que de las confesiones obtenidas en Inglaterra, la mayoría de ellas eran de caballeros mayores y enfermizos. Inglaterra, después de todo, no representaba una primera línea para la actividad militar y tampoco, en cuanto a la orden concernía, un importante centro político o comercial como lo era Francia. Inglaterra, por lo tanto, proporcionaba una especie de «casa de reposo». Los veteranos enfermos o ancianos que habían combatido en Tierra Santa eran, por decirlo de alguna manera, «jubilados» en preceptorías repartidas por Inglaterra a modo de prebendas.[17] En el momento en que fueron sometidos a juicio por la Inquisición, muchos de ellos se encontraban demasiado débiles como para alejarse demasiado desde los lugares donde habían sido encarcelados. «Eran tan mayores y enfermizos que no podían tenerse en pie»,[18] informa un notario que dejó constancia del proceso. Estos fueron los hombres a quienes arrestaron los oficiales de Eduardo cuando el rey, finalmente, cedió ante la presión del papa y del rey de Francia. Para entonces, como ya hemos señalado, los templarios más jóvenes y dinámicos habrían dispuesto de un tiempo más que suficiente para huir de Inglaterra. Y su número, como veremos más adelante, habría sido absorbido por los refugiados de otras partes de Europa.

Escapar de la persecución

El hombre medieval no compartía nuestra pasión por, o la precisión en, las estadísticas. Cuando los cronistas de la época hablan de ejérci-

tos, por ejemplo, los cálculos aproximados son intercambiados y exagerados con frecuencia con propósitos propagandísticos. Las cifras que señalan miles o incluso decenas de miles son invocadas de forma rutinaria y, a menudo, de manera poco probable, con un exasperante desprecio por la precisión e incluso la credibilidad. En consecuencia, no existe ninguna recopilación definitiva o fiable de la fuerza numérica de los templarios en ningún momento de su historia. Y tampoco, en cuanto a eso, ha conseguido sobrevivir ninguna lista completa (suponiendo que haya existido alguna vez fuera de los propios archivos de la orden) de las propiedades de los templarios en Gran Bretaña o en cualquier otra parte. Como ya hemos visto, los documentos y listas oficiales omiten con frecuencia una cantidad de instalaciones —preceptorías, feudos, fincas, casas, granjas y otras propiedades— que sabemos, por otras fuentes, que pertenecían a los templarios. Así, por ejemplo, las principales instalaciones de la orden en Bristol y Berwick, las cuales casi con toda seguridad incluían muelles e instalaciones portuarias, no aparecen en ninguna lista oficial.

Según las crónicas medievales, en la época de su supresión el Temple contaba con muchos miles de miembros en toda Europa. Algunos hablan de hasta veinte mil hombres, aunque de ellos es dudoso que más de un pequeño porcentaje fuesen auténticos caballeros montados. Al mismo tiempo, en la Edad Media era un procedimiento establecido que todo caballero debía ser atendido por un séquito, un escudero o palafrenero y, en batalla, al menos tres sargentos de a pie u hombres de armas; y los registros franceses indican que esta política estaba generalizada también entre los hombres del Temple. Gran parte de la fuerza de la orden, por lo tanto, habría consistido en combatientes que no eran caballeros.

Pero el Temple, como cabría esperar de una institución de esas características, también confiaba en un inmenso personal de apoyo —burócratas, administradores, empleados, un número considerable de capellanes, sirvientes, siervos de la gleba, artesanos, albañiles— y raramente se dispone de una fuente fiable acerca de cuántas de estas personas están incluidas como supervivientes en esos registros. Existen otras áreas, también, en las que no existe ninguna clase de documentación y en las que los cálculos aproximados resultan prácticamente imposibles. Se sabe, por ejemplo, que los templarios poseían una flota considerable —barcos mercantes y también navales— que operaban no solo en el Mediterráneo, sino también en el Atlántico. Los relatos medievales contienen numerosas referencias fugaces a puertos, barcos y recursos navales templarios. Existen incluso documentos que llevan las firmas y los sellos de los oficiales navales del Temple. Y, sin embargo, ninguna información detallada, de ninguna naturaleza, ha conseguido sobrevivir acerca de las actividades marítimas de los templarios. No existe registro en ninguna parte de la fuerza de la flota o sobre qué fue de *ella* después de la supresión de la orden. Asimismo,

un informe de finales del siglo XII en Inglaterra hace referencia a una mujer que fue recibida en el Temple como hermana, y parece implicar de un modo muy claro alguna especie de rama femenina subordinada a la orden. Pero nunca se ha encontrado una elaboración o aclaración de este asunto. Aun cuando esa información pudiera haber constado en los archivos oficiales de la Inquisición, hace ya mucho tiempo que desapareció o fue debidamente suprimida.

Una consideración exhaustiva de los documentos ingleses y de la Inquisición, un estudio detallado de la obra de otros historiadores, nos lleva a la conclusión de que, en 1307, la fuerza de los templarios en Inglaterra contaba con aproximadamente 265 hombres. De ellos, cerca de veintinueve habrían sido caballeros, veintisiete habrían sido sargentos y treinta y uno habrían sido capellanes. Si los capellanes y otro personal de apoyo son omitidos, el número de templarios combatientes alcanza al menos a treinta y dos y, posiblemente, hasta 106. Solamente diez de ellos fueron arrestados e incluidos en la lista confeccionada por la Inquisición, aunque otros tres templarios en cautiverio probablemente fuesen también militares. Esto deja alrededor de noventa y tres templarios militares en libertad, hombres que consiguieron escapar de las garras de la Inquisición y nunca pudieron ser encontrados.[19] Esa cifra no incluye a los combatientes de la orden que escaparon a la persecución ordenada contra ellos en Irlanda y Escocia.

La población de Europa en la Edad Media era sólo una fracción de la población actual, y aunque esas cifras, según los estándares modernos, pueden parecer pequeñas, en el contexto de la época debieron ser proporcionalmente elevadas. No debe olvidarse, además, que la eficacia de los ejércitos medievales, más incluso que en otras épocas, estaba determinada no tanto por la superioridad numérica como por el entrenamiento. En 1898, en Omdurman, Sudán, 23.000 soldados británicos y egipcios derrotaron a más de 50.000 derviches, infligiéndoles 15.000 bajas por 500 de ellos. En la acción dramatizada en la película *Zulú*, 139 soldados británicos mantuvieron a raya a cerca de 4.000 zulúes en Rorke's Drift, causando cuatrocientas bajas entre las filas nativas y sufriendo ellos sólo veinticinco. En el sitio de Malta en 1565, menos de un millar de caballeros de San Juan, junto con sus tropas auxiliares, repelieron a una fuerza turca de 30.000 hombres, infligiéndoles 20.000 bajas. La estadística pudo ser igualmente desproporcionada en la Edad Media, donde el peso de los caballos, el peso de las armaduras, el rigor de la disciplina y la sofisticación de las tácticas demostraron ser factores tan decisivos como lo sería más adelante la potencia de fuego. En Tierra Santa, durante las Cruzadas, una fuerza compuesta por una docena de caballeros montados y completamente armados, cargando a lomos de caballos pesados, funcionaría a la manera de los tanques del siglo XX, poniendo en fuga con facilidad a una fuerza de doscientos o trescientos sarracenos. Una carga masiva de

un centenar de caballeros montados podía aplastar a dos mil o tres mil enemigos.

En consecuencia, no debía descartarse la posibilidad de que en Inglaterra hubiese noventa y tres templarios entrenados y en libertad. Con su disciplina profesional, su armamento actualizado y su experiencia militar, estos caballeros deben haberse mostrado fácilmente como una fuerza decisiva contra los soldados aficionados y los campesinos reclutados que formaban parte de la mayoría de las campañas militares europeas.

Una de esas campañas se desarrollaba precisamente en ese momento en Escocia.

4

La desaparición de la flota templaria

Al principio, Eduardo II se mostró reacio a actuar contra todos los templarios que habitaban en sus dominios. Cuando las presiones externas —presiones ejercidas por Felipe de Francia, por la Inquisición y por el papa— finalmente le obligaron a actuar, el monarca inglés lo hizo de una manera indolente. La apatía relativa con la que los templarios eran perseguidos en Inglaterra también prevaleció en Irlanda y Escocia.

En Irlanda, los templarios poseían al menos dieciséis propiedades, de las que un mínimo de seis eran preceptorías completas. También es sabido que eran los propietarios de al menos cuatro castillos y probablemente de otros siete. Según nuestros cálculos, administrar y guarnecer semejantes propiedades hubiese necesitado como mínimo la presencia de al menos noventa hombres, de los que alrededor de treinta y seis habrían sido militares en activo.

El 3 de febrero de 1308 —casi cuatro meses después de que se produjesen los primeros arrestos de templarios en Francia y un mes y medio después de los primeros arrestos en Inglaterra— comenzaron las detenciones en Irlanda. En total, alrededor de treinta miembros de la orden fueron apresados y llevados a Dublín, aproximadamente un tercio de la fuerza total del Temple en Irlanda. En este país no parece haber existido ningún tratamiento brutal especial con los detenidos. De hecho, no se produjeron ejecuciones ni quemados en la hoguera. El maestre de Irlanda fue puesto en libertad bajo fianza y se cree que sus subordinados fueron tratados con similar indulgencia. No existen registros que indiquen que ningún templario irlandés fuese recluido en un monasterio para hacer penitencia. En Irlanda, entonces, hacia 1314 virtualmente todos los efectivos de la Orden del Temple habrían estado en libertad, algunos habiendo escapado a la ola de arrestos inicial, otros liberados después de los interrogatorios.

Considerando la prolongada demora producida antes de que se

ejercieran acciones contra ellos, los templarios irlandeses habrían tenido el tiempo y las oportunidades necesarios para tomar sus medidas. Y no parece haber ninguna duda de que así lo hicieron. Cuando sus tierras fueron confiscadas y se procedió a hacer un inventario de sus bienes, no se encontraron armas. Según un historiador, es «extremadamente sorprendente encontrar las residencias de una orden militar tan pobremente equipada de armas».[1] En la casa principal, en Clontarf, sólo se encontraron tres espadas. En Kilcloggan sólo había dos lanzas, un casco de hierro y un arco. Y a pesar de que Eduardo II se quejaba en esa época de que las armas irlandesas encontraban su camino hacia Escocia, en el país no había precisamente escasez de armas. Por lo tanto, parecería evidente que la mayoría de los templarios irlandeses no sólo escaparon al arresto, sino que lo hicieron llevándose con ellos el grueso de sus armas y sus equipos.

Refugiados templarios

El 6 de octubre de 1309 —dos años después de los arrestos en Francia— Eduardo ordenó a sus oficiales que «arrestasen a todos los templarios en Escocia que aún se encuentren en libertad y les mantuviesen a buen recaudo».[2] En realidad, sólo dos templarios fueron arrestados, aunque uno de ellos era el maestre de Escocia, Walter de Clifton. Pero hacia 1309, Eduardo no estaba en posición de hacer cumplir sus decretos en Escocia ya que, para entonces, la mayor parte del país estaba en manos de Robert Bruce. En marzo de aquel año, Bruce había sido declarado soberano «por derecho de sangre» y con el «consentimiento del antes mencionado pueblo fue elegido para ser rey». En el momento del decreto de Eduardo, Bruce estaba combatiendo en Argyll. A finales de ese año tendría dos terceras partes de Escocia bajo su control, y las guarniciones inglesas de Perth, Dundee y Banff sólo podrían ser abastecidas por mar.

Bruce difícilmente obedecería los edictos del rey inglés cuando se encontraba librando su propia guerra de guerrilla contra Eduardo. Y tampoco, al haber sido excomulgado por Roma, obedecería los edictos del papa, que de todos modos, como ya hemos visto, no hubiesen sido de aplicación en Escocia. En estas circunstancias, Bruce no hubiese hecho más que dar la bienvenida a un flujo de fugitivos que, además, eran soldados profesionales. Y éstos no habrían tardado en responder a este recibimiento alineándose con su causa.

No existe ningún documento donde conste cuál fue la suerte que corrieron los dos templarios arrestados en Escocia. Probablemente fueron dejados en libertad. Al ser interrogados, sin embargo, ambos declararon que varios de sus colegas, incluyendo al preceptor de Balantrodoch, «lanzaron sus hábitos» y huyeron «a través del mar».[3] Por otra parte, el juicio de los templarios en Escocia fue dirigido nada menos

que por el obispo Lamberton de St. Andrews. Lamberton, como hemos visto, estaba practicando hábilmente un complejo juego doble, pero su lealtad estaba con Bruce. Era un hombre perfectamente capaz de actuar como funcionario de reclutamiento para la persona a la que reconocía como el rey legítimo de su país. Los templarios fugitivos posiblemente hubiesen escapado por mar, pero también podrían haber variado su rumbo una vez en alta mar y navegado alrededor de Escocia para unirse al ejército de Bruce en Argyll. Y tampoco habrían tenido necesidad de huir por mar.

No sólo los templarios de Escocia pueden haber engrosado las filas del ejército de Bruce. Como ya hemos visto, también había un número considerable de caballeros templarios en libertad en Inglaterra que habían conseguido escapar al arresto. Estos caballeros tenían que ir a alguna parte. Parece bastante razonable suponer que, al menos algunos de ellos, se dirigieron a Escocia... y, asimismo, es razonable suponer que algunos de los hermanos irlandeses también siguieron ese camino. De hecho, un templario inglés declaró explícitamente durante el interrogatorio que sus colegas habían huido a Escocia. La cuestión, en realidad, no es si los templarios ingleses buscaron refugio en el norte, sino cuántos de ellos lo hicieron.

Cualquiera que haya sido el número de templarios que huyeron hacia el norte, que bien podría haber sido de noventa y tres, se vio probablemente aumentado por fugitivos procedentes de Francia y otros lugares del continente. Como ya hemos visto, los templarios en Francia advirtieron la inminencia del ataque con antelación suficiente como para tomar sus precauciones. De este modo desapareció el tesoro guardado en la preceptoría de París, como así también un grupo de altos dignatarios franceses de la orden, quienes supuestamente se habrían hecho a la mar en dieciocho navíos. El hecho de que el gran maestre y otros oficiales hayan permanecido en suelo francés no significa que no estuviesen preparados o que les hubiesen cogido desprevenidos. Este hecho no hace más que sugerir que, hasta el último momento, habían abrigado la esperanza de evitar la suerte que finalmente se abatió sobre ellos; la esperanza, es decir, de defender la orden contra las acusaciones presentadas contra ella y de recuperar la condición de la que había disfrutado hasta entonces.

No debe olvidarse que mientras que el ataque furioso inicial lanzado por Felipe contra los templarios en Francia fue rápido y súbito, el proceso que se desarrolló a continuación fue lento y prolongado. Habrían de transcurrir cinco años de disputas legales, negociaciones, intrigas, regateos y agitación general antes de que la orden quedase oficialmente disuelta, y siete años antes de que Jacques de Molay fuese ejecutado. Durante todo este tiempo, un gran número de templarios permaneció en libertad, vagando por Europa. Tuvieron muchas oportunidades de hacer planes, coordinar sus esfuerzos, organizar rutas de escape y encontrar un refugio seguro.

Según algunos documentos que llegaron hasta nosotros, en Francia había como mínimo 556 preceptorías completas, además de incontables propiedades más pequeñas. La fuerza numérica de la Orden del Temple en el país galo era de al menos 3.200 hombres, de los que alrededor de 350 eran caballeros y 930 sargentos, o sea, un total de 1.280 combatientes. Durante los procedimientos legales llevados a cabo en Francia, los documentos de la Inquisición revelan que fueron arrestados 620 templarios; si se aplican los mismos porcentajes, alrededor de 250 de ellos habrían sido combatientes. Esto deja un mínimo de 1.030 miembros militares activos de la orden aún en libertad, templarios que nunca fueron arrestados, nunca fueron capturados, nunca fueron encontrados.

Un número considerable de ellos, por supuesto, habría permanecido en Francia. Aunque la descripción es sin duda exagerada, se cuenta que las colinas que rodean Lyon ocultaron en un momento determinado a más de 1.500 refugiados templarios, una perspectiva realmente estimulante tanto para los inquisidores como para el monarca francés. Pero si muchos templarios permanecieron en Francia, un número importante de ellos buscó seguramente refugio en el extranjero. Es sabido, por ejemplo, que poco después de los primeros arrestos, Imbert Blanke, maestre de Auvergne, viajó a Inglaterra con el propósito aparente de aconsejar a la hermandad inglesa acerca de la forma en que debían comportarse durante los inminentes procesos legales. Finalmente, Imbert fue encarcelado en Inglaterra, pero bajo condiciones considerablemente menos duras de las que debían soportar sus colegas detenidos en Francia. En abril de 1313 fue enviado de la Torre de Londres al Arzobispado de Canterbury para que cumpliese la penitencia. Un mes más tarde, Eduardo II le concedió una pensión por su apoyo. Seguramente fueron muchos los templarios que, como Imbert, llegaron a Inglaterra, pero nunca fueron detenidos. Algunos de ellos debieron llegar atravesando el Canal de la Mancha. Otros, con toda probabilidad, debieron llegar a las costas inglesas a través de Flandes, que seguía mostrando simpatía por su causa y mantenía un tráfico marítimo permanente con las islas Británicas. Dado que durante los siete años siguientes Inglaterra se convertiría en un lugar cada vez menos seguro como refugio, los templarios que huían del continente, junto con sus hermanos ingleses e irlandeses, debieron dirigirse hacia el norte, donde, fuera del alcance tanto del papa como de la Inquisición, podían esperar encontrar inmunidad.

La flota templaria y sus rutas de escape

Cualquier éxodo masivo protagonizado por los templarios, especialmente si incluía también el tesoro de la orden, debió de contar casi con toda seguridad con la flota templaria, esa flota que desapareció de un modo tan misterioso y de la que tan poco se sabe. De hecho, la

flota templaria pudo haber contenido las respuestas a muchas de las preguntas que rodearon los últimos días de la orden. También puede apuntar a una posible presencia templaria en Argyll. Éste es un territorio virtualmente inexplorado.

Hacia mediados del siglo XIII, la flota del Temple se había convertido no sólo en una necesidad, sino en una posesión fundamental. Para los templarios, como para su orden afín, los caballeros de San Juan, resultaba mucho más barato transportar hombres, caballos y material a Tierra Santa en sus propios barcos que contratar navíos de comerciantes locales. Así mismo, la flota podía ser utilizada para transportar a otras personas y equipos, además de peregrinos, y ésta demostró ser una lucrativa fuente de ingresos. En un momento dado, los templarios transportaban a 6.000 peregrinos a Palestina desde sus puertos en España, Francia e Italia. En general, sus barcos eran preferidos a los demás porque viajaban acompañados de una escolta de galeras armadas. Entonces también «se podía confiar en que la orden no vendería a sus pasajeros como esclavos en los puertos musulmanes, como hacían algunos comerciantes».[4] Y, al estar exentos de los impuestos aduaneros, los barcos del Temple también traficaban extensamente en productos tales como tejidos, especias, tinturas, porcelana y cristales. Como ya hemos visto, los templarios contaban con una licencia para exportar su propia lana.

El comercio templario era tan activo que los armadores civiles de Marsella, ya en 1234, intentaron prohibir la presencia de la orden en sus puertos. Desde esta fecha en adelante, tanto los templarios como los hospitalarios vieron restringido el permiso para sus flotas a sólo un barco, que sólo podía realizar un viaje por año; podían transportar toda la carga que cupiese en sus bodegas, pero no más de 1.500 pasajeros. Esas medidas, sin embargo, no restringieron las actividades marítimas de ninguna de las dos órdenes. Ambas se trasladaron simplemente a otros puertos.

En general, la flota templaria estaba dedicada a operaciones en el Mediterráneo, manteniendo a Tierra Santa provista de hombres y equipos, e importando productos de Oriente Próximo a Europa. Al mismo tiempo, sin embargo, la flota operaba en el Atlántico. Los templarios realizaban un intenso tráfico con las islas Británicas y, muy probablemente, con las ciudades bálticas de la Liga Hanseática. De este modo, las preceptorías templarias en Europa, especialmente las que se encontraban en Inglaterra e Irlanda, estaban situadas por lo general en la costa o a orillas de ríos navegables. El principal puerto de mar para los templarios era La Rochelle, que también disponía de una buena comunicación por tierra con los puertos de la costa mediterránea. Las telas, por ejemplo, podían ser llevadas en los barcos templarios hasta La Rochelle, transportadas por tierra hasta un puerto del Mediterráneo como Collioure, luego cargadas nuevamente a bordo de barcos templarios y llevadas a Tierra Santa. A través de este

medio era posible evitar el siempre peligroso cruce del estrecho de Gibraltar, controlado habitualmente por los barcos sarracenos.

Es poco probable que el personal del Temple en París que consiguió escapar de las garras del rey lo hiciera por tierra, ya que los hombres de Felipe patrullaban con celo la región alrededor de la capital. (Dos templarios que trataron de huir hacia el norte fueron capturados en Chaumont, en el alto Marne, justo cuando estaban a punto de abandonar el territorio francés.) Un viaje por tierra hasta el puerto de La Rochelle habría sido muy difícil, cuando no imposible. Pero, aunque el principal puerto templario pueda haber sido La Rochelle, se sabe que la orden mantuvo una flota de barcos más pequeños en el Sena y, de hecho, había numerosas casas y preceptorías templarias a lo largo del río, desde París hasta la costa: al menos nueve de ellas, incluyendo una en Rouen y otra cerca de donde hoy se encuentra el puerto de Le Havre. Así mismo, los templarios estaban exentos de peaje y sus barcos no estaban sujetos a registro alguno. Por lo tanto, en los meses inmediatamente previos a los primeros arrestos, los templarios pueden haber transportado sin mayores problemas a hombres y tesoros por el Sena hasta la costa. Una vez allí, hombres y carga habrían sido transferidos a barcos más grandes que zarpaban desde La Rochelle o desde otros puertos atlánticos. Incluso después de que se iniciaran las persecuciones y los arrestos, las principales rutas de escape de los templarios debieron ser probablemente el río y el mar, y no la vía terrestre.

Pero ¿dónde pudo haber ido la flota templaria después de haberse hecho a la mar desde los puertos de la costa francesa en el océano Atlántico? Debe recordarse que no han sobrevivido registros de ninguna índole y ello resulta en sí mismo indicativo, constituyendo una pista importante por derecho propio. Si Felipe hubiese capturado o embargado los barcos templarios, sin duda en ellos se habría encontrado algún documento. Aun cuando los documentos oficiales hubieran sido censurados o destruidos, el conocimiento público se habría extendido por todas partes. Una acción de esa importancia no hubiese podido mantenerse en secreto.

Del mismo modo, un desembarco de caballeros del Temple en España y Portugal tampoco podía haber pasado inadvertido. Los templarios que zarpaban de los puertos franceses seguramente fueron bienvenidos por sus hermanos españoles y portugueses. Todos ellos pudieron haber esperado una cordial acogida en lugares como Mallorca, donde la orden era dueña del pueblo y el puerto de Pollensa, como así también de otras partes de la isla mediterránea, y donde el rey, Jaime II, les profesaba su amistad. Pero, en aquella época, los puertos de mar españoles y portugueses eran importantes centros urbanos y comerciales, con una pujante vida comercial y una extensa población civil. En medio de la sensación provocada por los primeros arrestos de templarios que se produjeron en Francia, no resulta verosímil que

los barcos templarios pudiesen haber llegado a una ciudad como, por ejemplo, Palma de Mallorca, y no haber dejado absolutamente ningún rastro en la crónica histórica. Y los propios templarios, naturalmente, no podían permitirse atraer semejante atención sobre ellos.

En efecto, la flota templaria sólo habría tenido tres destinos posibles. Uno, que ha sido sugerido en algunas ocasiones por los historiadores, habría estado en algún lugar del mundo islámico, ya sea en el Mediterráneo o en la costa atlántica de África del norte. Pero las circunstancias hacen que esta posibilidad sea poco verosímil. En primer lugar, en 1307 los templarios todavía tenían esperanzas de poder demostrar su inocencia de los cargos que se les imputaban. Buscar refugio entre los «infieles» hubiese sido equivalente a admitir las acusaciones de herejía y deslealtad. Además, si la flota templaria efectivamente hubiese buscado refugio bajo el islam, es nuevamente improbable que los cronistas musulmanes de la época no hubiesen dejado ningún registro de ese hecho. Después de todo, hubiera sido un gran golpe propagandístico. De hecho, cuando pequeños enclaves de los templarios en España y Egipto buscaron refugio en ese mundo y se convirtieron, al menos de manera nominal, al islam, los escritores musulmanes supieron capitalizar con creces ese acontecimiento. Es muy difícil que hubiesen permanecido en silencio si la flota templaria, como así también quizás el tesoro de la orden, hubieran pasado a su campo.

En ocasiones, se ha sugerido que la flota templaria podría haber buscado refugio en Escandinavia. Como ya hemos observado, los dos templarios que fueron interrogados en Escocia declararon que sus hermanos habían escapado por mar, y esto ha llevado a algunos historiadores a suponer que huyeron a Dinamarca, Suecia o, más probablemente, a Noruega. Dicha posibilidad no puede ser descartada del todo, aunque es altamente improbable. En aquella época, la población de Escandinavia era muy escasa, y hubiese sido muy difícil no ser descubierto en un área despoblada. Los templarios no tenían preceptorías en esos países, ninguna base desde la cual poder operar, ningún vínculo, comercial o político, con el pueblo o los gobernantes. Y después de que la orden quedase oficialmente disuelta en 1310, los templarios habrían estado tan expuestos a los arrestos y las persecuciones en Escandinavia como en cualquier otro lugar. Nuevamente, también, uno esperaría que allí hubiese quedado algún registro de su presencia.

No obstante, las características de los territorios deshabitados de Noruega —no peores, después de todo, que las regiones «colonizadas» por los caballeros teutónicos— les habrían proporcionado algo parecido a un refugio. Incluso pudo haberles parecido atractivo si no tenían otra alternativa. Pero había una alternativa. Estaba Escocia, un país con el que los templarios ya mantenían relaciones muy cordiales, un país cuyo rey reconocido había sido excomulgado por Roma, y lo

que es más, un país que necesitaba aliados con urgencia, especialmente hombres entrenados para el combate. Si los templarios buscaban crear o encontrar un refugio ideal propio, no podían haberlo hecho mejor que en Escocia.

La flota de Eduardo, que tenía sus bases en la costa oriental de Inglaterra, bloqueaba eficazmente la rutas comerciales establecidas entre Flandes y puertos escoceses como Aberdeen e Inverness. Los barcos templarios, que navegaban hacia el norte desde el puerto francés de La Rochelle o desde la desembocadura del Sena, no se habrían arriesgado a superar el Canal de la Mancha y el mar del Norte. Tampoco podrían haber procedido a través del mar de Irlanda, que también estaba sometido al eficaz bloqueo de los barcos ingleses con base en Ayr y Carrickfergus en la ría de Belfast. Pero quedaba abierta una ruta muy importante: desde la costa septentrional de Irlanda, incluyendo la desembocadura del Foyle en Londonderry, hasta los dominios de Bruce en Argyll, Kintyre y el estrecho de Jura. El íntimo amigo y aliado de Bruce, Angus Og MacDonald de Islay, protegía Islay, Jura y Colonsay, lo que aseguraba una ruta directa entre el noroeste del Ulster y el sudoeste de Escocia. Ésta era precisamente la ruta que, durante algún tiempo, había estado suministrando armas y equipo a Bruce.

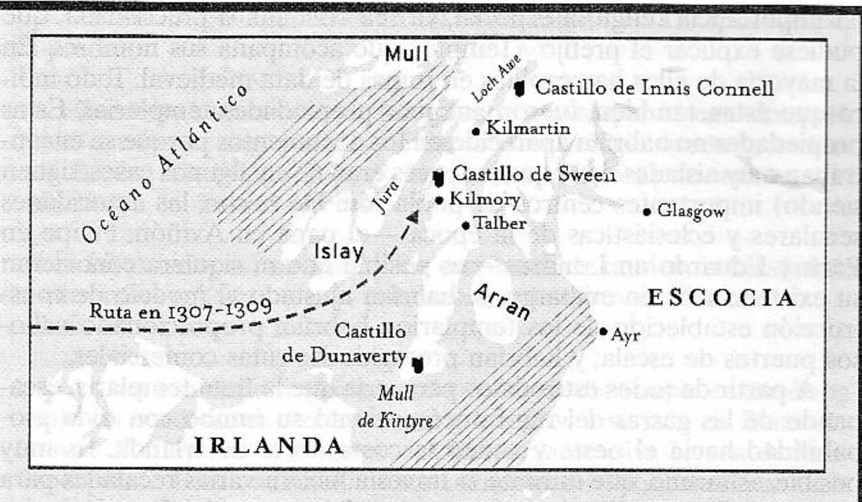
Si grandes contingentes de templarios procedentes del continente, y/o partes de la propia flota templaria, encontraron refugio en Escocia, sólo pueden haberlo conseguido siguiendo esta ruta: desde Donegal, desde Foyle, desde la costa noroccidental del Ulster hasta el estrecho de Jura y sus alrededores. Pero ¿cómo podía una flota templaria tener acceso a esta ruta sin aventurarse en el mar de Irlanda y arriesgarse a ser interceptada por los barcos ingleses?

Hoy tendemos a pensar en Irlanda como una de las islas Británicas, cuyo centro principal es Dublín y cuyos puertos principales, excepto uno o dos de ellos en el sur, se encuentran en la costa oriental, frente al mar de Irlanda y el «continente» británico. Éste, sin duda, ha sido el caso desde el siglo XVII, pero no era así en la Edad Media y antes de esa época. En los tiempos de Bruce, el principal comercio de Irlanda no era con Inglaterra, sino con el continente. En consecuencia, Dublín y otros puertos de la costa oriental de la isla eran insignificantes comparados con los grandes puertos meridionales de los condados de Wexford, Waterford y Cork. Y lo que es más importante aún, la parte occidental de Irlanda, considerada ahora como una región interior, remota, erosionada y despoblada, contaba en aquella época con al menos dos puertos de proporciones auténticamente importantes: Limerick y, el más crucial de todos, Galway. En la Edad Media, Limerick y Galway eran dos ciudades pujantes que mantenían un activo comercio no sólo con Francia, sino también con España y los países del norte de África. De hecho, algunos mapas antiguos describen a Irlanda como un país más próximo a España que a Inglaterra. Las rutas comerciales que llegaban a Galway desde España, y desde los

centros costeros franceses como Burdeos y La Rochelle, eran tan transitadas y estaban tan establecidas como cualesquiera otras de esa época. Desde Galway, la ruta proseguía hacia el norte, alrededor de la costa de Donegal, pasaba frente a la desembocadura del Foyle y lo que en la actualidad es la ciudad de Londonderry, y llegaba a la costa occidental de Escocia. Ésta, casi con toda seguridad, habría sido la ruta que hubiesen escogido cualesquiera barcos templarios que huyeran del continente. Era una ruta segura, conveniente y familiar, y la flota inglesa no tenía manera de bloquearla.

Como ya hemos visto, las ciudades modernas de las islas Británicas que llevan el prefijo «Temple» son reconocidas por los historiadores como posesiones templarias en la antigüedad. Como hemos visto también, los templarios, dada su considerable actividad comercial y marítima, tendían a construir sus principales instalaciones en la costa o a orillas de ríos navegables. De este modo, por ejemplo, Maryculter en Escocia estaba en el Dee, Balantrodoch y Temple Liston se encontraban en la ría de Forth. En Inglaterra, Temple Thornton estaba sobre el Tyne, Westerdale en el Esk, Faxfleet en el Humber, y había extensas instalaciones portuarias en Londres, Dover y Bristol. Los registros irlandeses son decididamente más sucintos y muchos de ellos fueron sin duda destruidos o bien se perdieron durante las revueltas que se produjeron en los siglos siguientes; y en la región occidental de Irlanda, donde gran parte de la población hablaba gaélico hasta el siglo XX, es probable que la clase de documentación encontrada en otras partes nunca llegase a ser compilada. Los documentos que sí sobrevivieron muestran para Irlanda un modelo similar al que predominaba en otras partes de las islas Británicas, con preceptorías e instalaciones templarias situadas en la costa o en ríos navegables. Pero estos documentos muestran que la concentración de propiedades templarias se hallaba en la costa oriental, desde Ulster hasta la base principal de Clontarf en Dublín, continuando a través de Kilcloggan y Templebryan y llegando a Cork. La principal excepción conocida es Limerick, donde la orden también poseía importantes propiedades.

¿Y qué hay del oeste? Nunca se dice nada de él porque aparentemente nadie sabe nada. Nosotros, sin embargo, descubrimos no menos de siete sitios adicionales en la costa noroccidental de Irlanda que no están mencionados en ninguna carta, pero que, basándonos en todas las pruebas disponibles, parecen haber sido posesiones templarias. En el Donegal actual hay un Templecrone cerca de la isla de Aran y un Templecavan en la península de Malin. Existe un Templemoyle en las proximidades de Greencastle en el Foyle. En el interior, muy cerca de la bahía de Donegal, están Templehouse, Templerushin y Templecarne. Aún más hacia el interior encontramos Templedouglas. Y es posible que haya existido una instalación de la Orden del Temple en Lifford, en lo que es actualmente el condado de Tyrone, justo al norte de Strabane. Ninguno de estos lugares parece haber tenido ningu-



ÁREAS PATRULLADAS
POR FUERZAS INGLESAS
Y PROINGLESAS

Mar del Norte

Océano Atlántico

Mar al norte de Jura
e Islay patrullado
por el proinglés
MacDougalls of Lorn

Islay

Berwick

Ayr

Flota inglesa
en Berwick
que controlaba
la ruta hacia Flandes

Ruta en 1307-1309

Flota inglesa
con base en Ayr
que controlaba
el mar de Irlanda

Mar de Irlanda

POSIBLE RUTA TEMPLARIA

Canal de la Mancha

na importancia religiosa especial, ya sea cristiana o precristiana, que pudiese explicar el prefijo «Temple» que acompaña sus nombres. En la mayoría de ellos hay capillas en ruinas de data medieval. Todo indica que éstas, también, fueron antiguas propiedades templarias. Estas propiedades no habrían aparecido en los documentos porque se encontraban muy aisladas de lo que entonces eran (y, en algunos casos, siguen siendo) importantes centros de población. De hecho, las autoridades seculares y eclesiásticas de la época —el papa en Aviñón, Felipe en París y Eduardo en Londres— es posible que ni siquiera conocieran su existencia. Y, sin embargo, se habrían ajustado al modelo de construcción establecido de los templarios; habrían proporcionado valiosos puertos de escala; y habrían protegido las rutas comerciales.

A partir de todos estos datos parecería que la flota templaria, escapando de las garras del rey francés, orientó su rumbo con toda probabilidad hacia el oeste y rodeó la costa norte de Irlanda. Es muy posible, asimismo, que durante la travesía hiciera varias recaladas para recoger armas, equipo y, tal vez, a otros hermanos del Temple fugitivos. Una vez alcanzadas las inmediaciones del Foyle, los refugiados habrían estado seguros en un territorio controlado por los aliados de Bruce. Y, desde el Foyle y la costa occidental del Ulster, habrían tenido una comunicación directa con la ruta establecida por la que se realizaba el contrabando de armas a Argyll bajo los auspicios y la protección de Angus Óg MacDonald. De este modo, los barcos templarios, el material y las armas templarias, los soldados templarios y, sólo posiblemente, el tesoro templario habrían encontrado su camino hacia Escocia, proporcionando refuerzos y recursos vitales para la causa de Bruce.

Leyendas de la supervivencia templaria

En un texto de mediados del siglo XIX, un historiador de los templarios afirma, tal vez de un modo algo más definitivo de lo que puede justificarse:

> Muchos [templarios], sin embargo, continuaban en libertad, habiendo conseguido huir de sus perseguidores eliminando por completo las marcas de su antigua profesión, y algunos de ellos habían escapado disfrazados hacia las zonas montañosas y yermas de Gales, Escocia e Irlanda.[5]

A finales de siglo, otro historiador escribe:

> Los templarios... encontraron quizá refugio en las filas del pequeño ejército del excomulgado rey Robert, cuyo temor a ofender al rey de Francia habría sido sin duda superado por su deseo de asegurar el concurso de unos cuantos hombres de armas capaces como reclutas.[6]

Y un historiador moderno, en un texto escrito en 1972, es incluso más preciso:

> Todos los hermanos escoceses consiguieron escapar excepto dos; políticos astutos, es muy posible que encontrasen refugio con las guerrillas de Bruce... de hecho, el rey Robert nunca ratificó de manera legal la disolución del Temple escocés.[7]

Los historiadores masones, y los escritores de tendencia masónica, son aún más explícitos, y más precisos en sus afirmaciones.

Así:

> ... nos han dicho... que habiendo desertado del Temple, se enrolaron bajo las banderas de Robert Bruce y lucharon a su lado en Bannockburn... La leyenda afirma que después de la decisiva batalla de Bannockburn... Bruce, a cambio de sus eminentes servicios, formó con estos templarios un nuevo cuerpo.[8]

Y nuevamente:

> En 1309, cuando se iniciaron las persecuciones, se llevó a cabo una investigación en Holyrood, solamente dos caballeros comparecieron, los otros estaban legítimamente ocupados en la lucha, habiéndose unido al ejército de Bruce, que estaba marchando a combatir contra los ingleses.[9]

No sabemos si afirmaciones como las dos últimas, procediendo como lo hacen de fuentes masónicas, están basadas en una información verificable o en la leyenda. En cualquier caso, no hay duda de que las leyendas de la supervivencia de los templarios en Escocia son ciertamente abundantes. De hecho, existen al menos dos cuerpos de leyendas diferentes.

Uno de ellos fue promulgado por primera vez, o al menos traído por vez primera a la superficie de la historia, a través de las actividades de una importante figura masónica del siglo XVIII, el barón Karl von Hund, y el rito masónico derivado de él, un rito conocido como la Estricta Observancia, que representaba un «restablecimiento» de la Orden del Temple. Según la Estricta Observancia, Pierre de Aumont, preceptor de Auvergne, junto con siete caballeros y otros dos preceptores, huyeron de Francia aproximadamente en 1310, escapando primero a Irlanda y luego, dos años más tarde, a Escocia, más concretamente, a la isla de Mull. La historia cuenta que en Mull unieron fuerzas con otros templarios, presumiblemente refugiados de Inglaterra y Escocia, dirigidos por un preceptor cuyo nombre es citado como George Harris, un ex oficial de la orden en Caburn y Hampton Court; y bajo los auspicios conjuntos de Harris y Pierre de Aumont se tomó la decisión de perpetuar la institución. Una lista de grandes maestres del Tem

ple confeccionada por el barón Von Hund muestra a Pierre de Aumont sucediendo a Jacques de Molay.[10]

En la Parte III de este libro examinaremos con todo detalle la verosimilitud de estas afirmaciones, como también el contexto histórico específico del que surgieron y en el cual deben colocarse. Nosotros evaluaremos la propia credibilidad de Hund y la de las fuentes de donde él afirma haber obtenido su información. Por el momento, será suficiente simplemente con comentar algunos de los detalles en la descripción de la Estricta Observancia.

En ciertos aspectos, en cualquier caso, los detalles no son sólo inciertos, sino demostrablemente inexactos. Por ejemplo, la Estricta Observancia afirma que Pierre de Aumont fue preceptor de Auvergne. De hecho, sin embargo, el preceptor de Auvergne no era Pierre de Aumont sino Imbert Blanke, quien, como ya hemos visto, huyó a Inglaterra en 1306 y fue arrestado. Asimismo, es muy improbable que los refugiados templarios pudieran haber encontrado un refugio en la isla de Mull. En aquella época, Mull era propiedad y estaba ocupada por Alexander McDougall de Lorn, uno de los aliados de Eduardo II y de los más fieros adversarios de Bruce. Después incluso de que Bruce le derrotase, McDougall habría tenido muchos simpatizantes en Mull, quienes no se hubiesen mostrado discretos acerca de las actividades clandestinas de los templarios en la isla.

Por otra parte, había *dos* lugares que eran propiedad de aliados de Bruce donde los templarios fugitivos podrían haber encontrado un refugio seguro, o, en cualquier caso, una estación de tránsito segura en sus viajes. Uno de estos lugares proporcionó un breve refugio al propio Bruce durante las fases adversas de sus campañas y contaba con un castillo fuertemente guarnecido que permanecía absolutamente fiel a él. Y ambos lugares se encontraban estratégicamente situados en la ruta marítima crucial entre el Ulster y las bases de suministros de Bruce en Argyll. Estos lugares eran el Mull de Kintyre y el Mull de Oa.

En consecuencia, es posible que el relato de la Estricta Observancia pueda estar equivocado en algunos de sus detalles, pero no resulta difícil comprobar cómo pudieron producirse esos conceptos erróneos. Según el propio Hund, él oyó esta historia de labios de informadores escoceses. Los detalles pudieron haber sido mutilados o bien seleccionados maliciosamente en el curso de cuatro siglos y medio. Y, sin duda, debieron ser desfigurados aún más a causa de la transmisión oral y las traducciones. Si un inglés de nuestros días puede confundir la isla de Mull con el Mull de Kintyre o el Mull de Oa, esa confusión resultaría mucho más comprensible viniendo de un noble alemán del siglo XVIII, que no sabía nada acerca de la geografía escocesa y se veía ante una confusión de datos que ni siquiera estaban en su propia lengua. Por lo tanto, si bien la Estricta Observancia puede estar equivocada en lo que atañe a los detalles, su tono general es

eminentemente plausible. Un detalle que resulta especialmente revelador es la afirmación de que los templarios fugitivos se dirigieron en primer lugar a Irlanda. Este hecho, como ya hemos visto, suena enfáticamente cierto; y no habría habido ninguna necesidad de incluirlo en el contexto de una historia inventada.

La segunda leyenda que hace referencia a la supervivencia templaria apareció en Francia alrededor de 1804, más de medio siglo después de Hund. Bajo el régimen napoleónico, un individuo llamado Bernard-Raymond Fabré-Palaprat dio a conocer una carta que supuestamente estaba fechada en 1324, diez años después de la ejecución de Jacques de Molay. Si debemos creer el contenido de esta carta, poco antes de su muerte Jacques dejó instrucciones precisas para la perpetuación de la orden. Para que le sucediera como gran maestre, él habría nombrado supuestamente a uno de los templarios que se habían quedado en Chipre, un cristiano que había nacido en Palestina llamado John Mark Larmenius. Tomando como base la llamada Carta de Larmenius, Fabré-Palaprat creó (o hizo pública) una institución neomasónica, neocaballeresca, la Antigua y Soberana Orden Militar del Templo de Jerusalén, que aún existe en nuestros días. Según declaraciones no confirmadas de sus actuales miembros, la Carta de Larmenius, aunque hecha pública por primera vez en 1804, ya estaba en circulación un siglo antes, en 1705, y se dice que la orden de Fabré-Palaprat data su reconstitución desde entonces.[11]

Nosotros no podemos confirmar ni refutar la veracidad de la Carta de Larmenius. Para nuestros propósitos, su interés reside fundamentalmente en una de las declaraciones que contiene: «Yo, por último... diré y ordenaré que los templarios escoceses desertores de la orden, sean maldecidos como un anatema».[12] Esta sola fulminación es interesante, de hecho provocativa, y quizás reveladora. Si la Carta de Larmenius es auténtica, y realmente se remonta al siglo XIV, la fulminación parecería confirmar la supervivencia de los fugitivos templarios en Escocia. El documento sugiere asimismo que estos fugitivos adoptaron una posición contraria a Larmenius y su séquito, quienes uno deduce, buscaban ser exonerados de todos los cargos y alguna clase de reconciliación con la Iglesia. Pero si, como parece más probable, la Carta de Larmenius data de una época posterior — de los siglos XVIII o XIX — sugiere una suerte de violenta antipatía a las afirmaciones promulgadas por Hund y la masonería de la Estricta Observancia. O a alguna otra institución templaria conocida que sobrevivía en Escocia en aquella época.

Cualquiera que sea la validez de las leyendas, no hay ninguna duda, como ya hemos visto, de que al menos *algunos* templarios encontraron una forma de llegar a Escocia, mientras que otros, que ya se encontraban en ese país, nunca fueron aprehendidos. La única pregunta real

es cuántos de ellos permanecieron en libertad. En última instancia, sin embargo, las cifras exactas no tienen mayor importancia. La cuestión es que los templarios, más allá de lo numeroso o escaso que pudo haber sido su número, eran soldados entrenados, los mejores guerreros de su tiempo, los maestros reconocidos de la guerra. Escocia era un reino que luchaba desesperadamente por conseguir su independencia, por la supervivencia de su identidad nacional y cultural. Además, se encontraba bajo interdicto papal y su rey estaba excomulgado. En esas circunstancias, Bruce hubiese recibido con los brazos abiertos cualquier ayuda que pudiese conseguir; y una ayuda como la que podían ofrecerle los templarios habría sido más que bien acogida. Como curtidos veteranos en la batalla, los templarios hubiesen sido muy valiosos entrenando a los soldados escoceses, inculcándoles disciplina, impartiendo un comportamiento profesional a unos hombres que se enfrentaban a un enemigo mejor equipado y que les superaba ampliamente en número. Su experiencia en estrategia y logística habría sido vital para Bruce. Si ellos realmente fueron la «fuerza de refresco» que tuvo una intervención tan decisiva en Bannockburn, probablemente nunca lo sabremos. Pero, de hecho, no necesariamente debieron constituir esa fuerza. Un puñado de hombres hubiera sido suficiente para dirigirla y aún así habría producido el efecto que tuvo sobre el ejército inglés.

5

La Escocia celta y las leyendas del Grial

Si, en los años posteriores a la batalla de Bannockburn, se estableció realmente un enclave de los templarios en Argyll y los caballeros se unieron a través del matrimonio con el sistema de clanes, la región debió constituir sin duda un hábitat natural para ellos, y uno muy conveniente. En ciertos aspectos, podría haber representado casi algo parecido a un regreso al hogar. Los templarios, por supuesto, eran «una leyenda en su propio tiempo». En Escocia, sin embargo, y especialmente en Argyll, había otros antecedentes legendarios con los cuales, a los ojos del pueblo, podría haberse identificado la orden. En efecto, Argyll ofrecía un contexto de leyenda dentro del que los templarios habrían sido incorporados sin esfuerzo.

Hacia finales del siglo XII apareció en Europa occidental el primero de los llamados romances del Grial. A comienzos del siglo XIV —es decir, en la época de Bruce y de la supresión de la Orden del Temple— los romances del Grial como género estaban mucho más de moda y se habían multiplicado hasta formar un inmenso cuerpo de literatura colateral. En ese tiempo, el concepto de caballería, como queda expuesto en esas obras, se estaba aproximando a su máximo esplendor. Los gobernantes cristianos aspiraban tímidamente a los excelsos modelos de Parsifal, Gawain, Lanzarote y Galahad o, al menos, buscaban proporcionar a su pueblo esas imágenes de ellos mismos. Así, por ejemplo, Eduardo I se esforzó por retratarse a sí mismo como un Arturo de su época, incluso llegó al extremo de celebrar torneos de la «Mesa Redonda». Por lo tanto, el día antes de Bannockburn, mientras los dos ejércitos se alineaban para librar la batalla, Bruce y el caballero inglés Henry de Bohun se enfrentaron en un combate individual, la clase de duelo a muerte personalizado que era tan celebrado en los romances de caballería.

Los romances del Grial, aunque condenados por las autoridades eclesiásticas en otras partes de Europa, disfrutaban en Escocia de una

aceptación particular. Bruce, no debemos olvidarlo, estaba buscando restablecer en Escocia un reino celta cuyas tradiciones se remontaban a través de David I hasta el reino de Dalriada. Y los romances del Grial contenían un importante elemento celta, un cuerpo de saber popular y leyenda celtas que no se encontraría en la literatura posterior producida por la Inglaterra normanda o el continente.

En la forma en que los conocemos hoy, los romances del Grial constituyen un género peculiarmente híbrido que refleja un complicado proceso de fertilización cruzada. Como hemos analizado en una obra anterior,[1] estas piezas literarias contienen un importante cuerpo de material judeocristiano oculto o disfrazado de una forma elaborada y dramática. Pero este material ha sido injertado en un cuerpo de leyenda y saga que es exclusivamente celta. Mucho antes de que el propio Grial apareciera en la literatura, con su significación específicamente cristiana, existían poemas y relatos celtas que describían la búsqueda caballeresca de un objeto misterioso y sagrado que estaba dotado de propiedades mágicas, un remoto castillo con un rey baldado o impotente, una tierra yerma que padecía la misma maldición que su amo. Por lo tanto, algunos eruditos recientes distinguen con cuidado entre el «Grial cristiano» de los romances posteriores y más conocidos y el «Grial pagano» de sus precursores. Y, de hecho, fue la confusión del caldero milagroso de los primeros trabajos con el más nebuloso «Grial» de los posteriores lo que llevó a la definición del Grial como copa, cuenco, cáliz o vaso, en lugar de *sang réal*, la sangre real, a la que en realidad se refería.

A los fundamentos de las primeras sagas celtas, entonces —las sagas del caldero y la tierra yerma y el peligroso castillo— se les añadió una superestructura judeocristiana para producir lo que hoy se denominan romances del Grial. Y esta superestructura judeocristiana, de un modo bastante significativo, está repetidamente asociada a los templarios. Así, por ejemplo, en *Parzival*, quizás la mejor y más importante de todas las historias del Grial, Wolfram von Eschenbach retrata a los templarios como «guardianes del Grial» y de la «familia del Grial». Wolfram también afirma haber oído la historia del Grial de un tal Kyot de Provenza, quien puede ser identificado como Guiot de Provins, un amanuense y propagandista templario.[2] Más revelador aún es el hecho de que el romance de Grial conocido como *The Perlesvaus*, segundo sólo detrás de la versión de Wolfram en cuanto a su importancia, contiene alusiones inconfundibles a la orden, no solamente en lo que concierne a sus descripciones de caballeros con mantos blancos adornados con brillantes cruces rojas protegiendo un secreto sagrado, sino también en cuanto al propio significado de sus pensamientos y valores. *The Perlesvaus* abunda en meticulosos detalles y en un preciso conocimiento de los combates y las características de las heridas. Se trata, obviamente, de la obra no de un trovador o un romancero, sino de un hombre de armas. Y la influencia de los templarios resulta tan penetrante que la creencia gene-

ralizada es que el autor fue un templario. En obras como el *Parzival* de Wolfram y *The Perlesvaus*, el lector se enfrenta con la yuxtaposición sincrética de dos tradiciones diferentes, una judeocristiana y la otra celta. Y el elemento aglutinador, por así decirlo, el marco metafórico que mantiene unidos a estos dos componentes, es implícitamente o explícitamente templario.

En los tiempos de Bruce, la tradición celta, la mística templaria y los valores de la Orden del Temple se habían fusionado en una amalgama única y, a menudo, desconcertante. Así, por ejemplo, tenemos el conocido «culto de la cabeza» celta, la antigua creencia celta de que la cabeza contenía el alma, y que las cabezas de los adversarios derrotados por ellos, por lo tanto, debían ser cortadas y conservadas. De hecho, la cabeza cortada es considerada en la actualidad como una de las señas de identidad de la cultura celta antigua. Este rasgo distintivo figura quizá de manera más notable en el mito de Bran el Bendito, cuya cabeza, según cuenta la tradición, fue enterrada como un talismán protector en las afueras de Londres y con el rostro vuelto hacia Francia. La cabeza no sólo protegía a la ciudad de los ataques enemigos, también aseguraba la feracidad de los campos cercanos y mantenía alejadas las plagas que pudieran afectar a Inglaterra. En otras palabras, la cabeza desarrollaba funciones llamativamente similares a aquellas que cumplía el Grial en los romances que aparecerían con posterioridad. Años más tarde, emerge como el llamado Hombre Verde, el dios de la vegetación y la deidad tutelar de la fertilidad.

Al mismo tiempo, los templarios poseían su propio «culto de la cabeza». Entre las acusaciones preferidas contra los templarios, y una de la que muchos caballeros se declararon culpables, era la que se refería a la adoración de una cabeza misteriosamente seccionada y a la que, en ocasiones, se la nombraba como Baphomet. Además, cuando los oficiales del monarca francés irrumpieron en el Temple de París, el 13 de octubre de 1307, encontraron un relicario de plata en forma de cabeza que contenía el cráneo de una mujer. La pieza llevaba una inscripción en la que se leía «Caput LVIIIm»-«Cabeza 58m».[3] Al principio esto parecería una simple y horripilante coincidencia. Pero en la lista de acusaciones preparada por la Inquisición contra los templarios el 12 de agosto de 1308, aparece lo siguiente:

> Ítem, que en cada provincia tenían ídolos, principalmente cabezas...
> Ítem, que adoraban a estos ídolos...
> Ítem, que decían que la cabeza podía salvarles.
> Ítem, que [podía] crear riquezas...
> Ítem, que hacía que los árboles florecieran.
> Ítem, que [hacía] que la tierra germinase...[4]

Estos atributos son precisamente tan precisamente que, por momentos, se repiten al pie de la letra los que los romances atribu-

yen al Grial, y los que la tradición celta atribuye a la cabeza cortada. Resulta a todas luces evidente, por lo tanto, que tanto los romances del Grial como los templarios, a pesar de su primitiva orientación cristiana, incorporaron a su cuerpo de creencias algunos residuos fundamentales de la tradición celta. Estos residuos, aunque hoy puedan parecernos horribles y desconcertantes, habrían pulsado una cuerda atávica familiar en el reino celta que Bruce estaba tratando de restablecer.

En consecuencia, si bien los prototipos celtas para los romances del Grial no presentan al propio Grial, al menos no bajo ese nombre, otros componentes de la historia posterior estaban sin duda presentes. El propio Grial hizo su debut en un extenso poema narrativo titulado *Le conte du Graal* debido a la pluma de Chrétien de Troyes, escrito en el último cuarto del siglo XII. El *Parzival* de Wolfram y el texto anónimo *The Perlesvaus*, fechados aproximadamente un cuarto de siglo más tarde, giran sobre un material y fuentes de información de los que Chrétien aparentemente no tenía conocimiento; pero, no obstante, en última instancia es de este poema de Chrétien de donde estas obras, y todos los demás romances del Grial, derivan en un grado u otro.

Es muy poco lo que se sabe acerca de Chrétien, y poco también lo que se puede recopilar excepto de las dedicatorias a su obra y de la evidencia textual interna de la misma. Lo que se obtiene es bastante escaso, pero parecería claro al menos que Chrétien desarrolló su trabajo bajo la tutela y el patrocinio de cortes aristocráticas, principalmente las cortes de Champagne y de Flandes. Estas cortes se hallaban estrechamente vinculadas entre ellas, y también estaban asociadas a actitudes religiosas heterodoxas, que incluían una maraña de pensamiento herético cátaro. Ambas cortes también mantenían una estrecha asociación con los templarios. De hecho, alrededor de tres cuartos de siglo antes del texto de Chrétien, el conde de Champagne había sido una figura clave en la creación de la orden. Hugues de Payens, primer gran maestre del Temple, fue un leal vasallo del conde de Champagne y todo parece indicar que actuaba siguiendo las instrucciones de su señor. Posteriormente, después de haber repudiado su matrimonio, el conde fue llevado a la orden, convirtiéndose de este modo (y por una curiosa paradoja) en el vasallo de su propio vasallo.

Gran parte de la obra temprana de Chrétien está dedicada a varios miembros de la corte de Champagne, y particularmente a la condesa, Marie. Pero su versión de la historia del Grial, compuesta entre 1184 y 1190, está dedicada a Philippe de Alsace, conde de Flandes. Chrétien afirma de manera explícita que la narración del Grial le fue referida originalmente por Philippe, quien entonces le dio instrucciones para que elaborase cualquier romance que pudiese en torno a esta historia.

Lamentablemente, Chrétien falleció antes de poder completar su obra. Pero en el material existente del poema se advierten una serie de puntos de interés. Por ejemplo, es en el texto de Chrétien donde

Camelot, la capital del reino de Arturo, se nombra por primera vez. Y Chrétien designa repetidamente a Perceval mediante una fórmula que más tarde será adoptada por Wolfram y otros romanceros y, finalmente, llegará a figurar de manera prominente en la posterior masonería: «el Hijo de la Viuda». Esta fórmula ocultaba un significado que aún era legible en la época de Chrétien, pero que más tarde se perdió.

Para el propósito de nuestra investigación, es sumamente importante hacer notar que Chrétien, en los elementos celtas incluidos en su poema, trabaja sobre cierto fondo de información diferente del que se encuentra en las fuentes inglesas y galesas. No se trata, naturalmente, de que Chrétien ignore estas fuentes. Por el contrario, es mucho lo que les debe a ellas. Chrétien se basa fundamentalmente en la obra de Geoffrey de Monmouth *Historia de los reyes de Gran Bretaña*, un texto casi legendario escrito alrededor de 1138 y que fue el primero que trajo a Arturo al conocimiento público. También se basa en historias arcaicas como «Peredur» y otras narraciones procedentes del *Mabinogion* galés.[4] Pero hay otros aspectos del poema de Chrétien que no son deudores en absoluto de esas fuentes tradicionales, aspectos que son específicamente y exclusivamente escoceses. De hecho, resulta evidente que Chrétien disponía de alguna fuente de información independiente relativa a Escocia; y los expertos concluyen que es de Escocia de donde Chrétien tomó determinados rasgos clave que aparecen en la geografía y la topografía de su poema.

Así, por ejemplo, podría suponerse que el héroe de Chrétien, «Perceval le Galois», llega al principio desde Gales. En realidad, sin embargo, el término «Gualeis» o «Galois» se aplicaba, en tiempos de Chrétien, a los nativos de Galloway en Escocia. Los caballeros del Grial, en el poema de Chrétien, defienden «*les pors de Galvoie*» —«las puertas de Galvoie»— siendo ésta la tierra en cuyas fronteras ellos operaban. Los estudiosos de los romances del Grial coinciden en que «Galvoie» debe de ser Galloway.[5]

En Geoffrey de Monmouth se encuentran referencias al «Castellum Puellarum» que, en algunos de los romances del Grial posteriores, pero no así en el poema de Chrétien, se convierte en el famoso «castillo peligroso». En 1338, el comentarista y traductor Robert de Brunne dice que «Castellum Puellarum» es, de hecho, el castillo real de Caerlaverock en Galloway. Como observa uno de los biógrafos modernos de Chrétien, Robert de Brunne «puede estar repitiendo una tradición reconocida, ya que en su juventud conoció en Cambridge al futuro rey Robert el Bruce».[6] En cualquier caso, Caerlave-

[4] El *Mabinogion* incluye historias galesas tomadas de dos libros muy antiguos, *El libro rojo de Hergest* y *El libro blanco de Rhydderch*, donde se habla de la vida de la gente en la época celta. Algunas de esas historias han sido fechadas en el 500 a.C. *(N. del T.)*

rock se encontraba a apenas quince kilómetros de Annan, el lugar de residencia de la familia Bruce, que habían sido nombrados señores de Annandale por el rey David I en 1124. A menudo se decía que los castillos de Annan y Caerlaverock han «protegido las puertas de Galloway». Aunque Chrétien no habla específicamente de «Castellum Puellarum» o «castillo peligroso», sí habla de un «Roche de Canguin» que, según al menos un estudioso, «deriva de un embellecimiento de Caerlaverock»[7]. En el poema de Chrétien, es este lugar, un dato que resulta bastante significativo, el que «*guarde les pors de Galvoie*».

En el poema de Chrétien, la segunda residencia de Arturo después de Camelot es llamada «Cardoeil». Hasta 1157, la capital de Escocia fue Carlisle, que, en los tiempos de *La crónica anglosajona*, era llamada «Cardeol» y luego evolucionó a «Carduil». Chrétien menciona asimismo un sitio religioso llamado «Mont Dolerous». Se cree que se trata de la abadía de Melrose en Roxburghshire, fundada en 1136 y conocida en la época de Chrétien como «Mons Dolorosus». Fue aquí donde, casi dos siglos más tarde, habría de ser enterrado el corazón de Bruce.

A partir de ésta y otro importante número de pruebas similares, resulta evidente que Chrétien, en cuya obra aparece por vez primera el Grial, está injertando su concepto específicamente cristiano del mismo en un cuerpo compuesto por un material mucho más antiguo, parte del cual se refiere con datos muy precisos a Escocia. Pero ¿por qué un romancero que trabajaba bajo la protección de las cortes de Champagne y Flandes habría de concentrarse de un modo tan obvio en lugares escoceses cuando la superestructura judeocristiana de su poema deriva de fuentes muy diferentes?

Chrétien afirmaba haber recibido los datos generales de la historia del Grial de Philippe de Alsace, conde de Flandes, quien le dijo que hiciera con ellos todo lo que pudiese. Y los contactos de Philippe con Escocia eran numerosos y estrechos. Como señor de Flandes mantenía extensos tratos con Escocia y poseía un considerable conocimiento del país, su gente y sus tradiciones. De hecho, en el siglo XII, entre Escocia y Flandes se habían forjado algunos lazos de forma deliberada. Durante los reinados de David I (1124-1153) y Malcolm IV (1153–1165), Flandes encontró allí una política sistemática de radicación de los inmigrantes flamencos que se marchaban a Escocia. Los recién llegados eran instalados en unos enclaves perfectamente organizados en el alto Lanarkshire, el alto Clydesdale, West Lothian y el norte de Moray. Según un cronista de la época, el «asentamiento flamenco parece un intento sistemático de implantar una nueva aristocracia en el alto Clydesdale y en Moray, a expensas de la iglesia y de la aristocracia local».[8] Como ya hemos visto, ahora se cree que la propia familia de Bruce pudo haber sido de ascendencia flamenca y no normanda. Un origen similar ha sido rastreado en el caso de otras prominentes familias escocesas como Balliol, Cameron, Campbell, Comyn, Douglas,

Graham, Hamilton, Lindsay, Montgomery, Seton y Stewart.[9] Algunas de estas familias ya han figurado en nuestra historia. Ellas, y otras también, tendrán luego una actuación incluso más destacada.

El propósito del asentamiento flamenco en tierras escocesas parece haber sido la construcción de centros urbanos en el país. Flandes ya se había convertido en una región urbanizada y comercializada, con importantes ciudades mercantiles como Brujas y Gante, que estaban situadas a horcajadas de las rutas mercantiles que se dirigían al Rin, el Sena y las islas Británicas. También incluía en su territorio a Boulogne y Calais. La monarquía escocesa, que necesitaba el producto devengado de las rentas urbanas, dirigió su mirada hacia Flandes como un modelo de desarrollo urbano. En consecuencia, los colonos flamencos fueron alentados activamente a venir al país para establecer centros metropolitanos siguiendo el modelo flamenco. También eran bienvenidos por su experiencia en la agricultura, los tejidos y el comercio de la lana.

La asociación de Escocia y Flandes se inició con David I y Malcolm IV, continuó durante el reinado del sucesor de Malcolm, William «el León». Cuando William invadió Inglaterra en 1173, sus fuerzas estaban reforzadas por un contingente flamenco que había sido enviado por Philippe de Alsace. Y, en cuestiones militares, como también en desarrollo urbano, los escoceses aprendieron de los flamencos. En 1302, los habitantes de la ciudad flamenca de Courtrai se sublevaron. Empleando la llamada formación *schilltrom* — hombres formados en un cuadro con largas picas afirmadas en tierra y apuntando hacia fuera — consiguieron derrotar a un poderoso ejército francés. Por primera vez en Europa occidental, Courtrai acabó con el hasta entonces invencible poder de los caballeros montados y provistos de armadura. Bruce tomó buena nota de esta batalla. Fue precisamente la formación *schilltrom* la que desplegó con notable éxito en la batalla de Bannockburn, hasta la aparición en escena de la misteriosa «fuerza de refresco» que cambiaría el curso de los acontecimientos.

Entre Escocia y Flandes hubo mucha influencia recíproca y fecundación cruzada. Como resultado del flujo de inmigrantes flamencos, las ciudades escocesas asumieron ciertos rasgos claramente flamencos, mientras que numerosos elementos del antiguo legado celta de Escocia encontraron su camino de regreso a Flandes, donde aparecieron en los romances del Grial (entre otras cosas). Una vez que comenzaron a evolucionar como un género literario, los romances del Grial fueron llevados nuevamente a Escocia, donde el componente celta original que había en ellos debió de haber sido debidamente reconocido y apreciado.

No es difícil imaginar cuán acogedora debieron encontrar Escocia los templarios exiliados, aportando el ambiente para las aventuras de los caballeros del Grial y los templarios novelados. Era, por decirlo de alguna manera, un país «hecho a su medida». Presentán

dose como «auténticos» caballeros del Grial, pudieron ayudar a Bruce en sus campañas y ser acogidos también como salvadores caballerescos. ¿En qué otro lugar podrían haber encontrado un clima tan hospitalario para los supervivientes de la orden que deseaban secularizarse, integrarse y perpetuarse, aislados seguramente de sus perseguidores en otras partes?

Que éste fue precisamente el caso lo sugiere sin duda el poema del siglo XIV, *Morte Arthure*, en las líneas 3531 a 3534: «Él (Mordred) coleccionaba legiones de extranjeros detestables... y muchos mercenarios, pictos y paganos y caballeros expertos de Irlanda y Argyll, hombres que estaban fuera de la ley».

Segunda parte

Escocia y una tradición oculta

6

La herencia templaria en Escocia

Una de las falacias más extendidas del saber convencional es la insistencia en establecer una distinción artificial y rigurosa entre «historia» y «mito». Según esa distinción, la «historia» es considerada sólo como un hecho documentado, datos que pueden ser sometidos a un escrutinio casi científico, algo que resistiría las pruebas más variadas y demostraría, en consecuencia, que algo «ocurrió realmente». «Historia», en este sentido, consiste en nombres, fechas, batallas, tratados, movimientos políticos, conferencias, revoluciones, cambios sociales y otros fenómenos «objetivamente discernibles» similares. El «mito», por otra parte, es descartado como algo irrelevante o incidental para la «historia». El «mito» es confinado en el reino de la fantasía, la poesía y la ficción. El «mito» es considerado como un embellecimiento espurio o una falsificación de los hechos, una distorsión de la «historia» y algo que, por lo tanto, debe ser extirpado sin contemplaciones. La «historia» y el «mito», se cree, deben ser evaluados por separado antes de que la verdad del pasado pueda ser revelada.

Y, sin embargo, para las personas que crearon originalmente aquello que épocas posteriores podrían denominar «mito», no existía tal distinción. En su propia época, y durante siglos, la *Odisea* de Homero, dedicada a las aventuras probablemente ficticias de un hombre, fue considerada como una obra no menos autorizada históricamente que la *Iliada*, dedicada a un acontecimiento presumiblemente «real», el sitio de Troya. Los hechos que se relatan en el Antiguo Testamento —la separación de las aguas del mar Rojo, por ejemplo, o Dios haciendo entrega a Moisés de las Tablas de la Ley— son considerados como «míticos» por muchas personas de nuestros días; pero también hay mucha gente, incluso hoy, que cree que esos mismos hechos ocurrieron realmente. En la tradición celta se creyó durante siglos que las sagas pertenecientes, por ejemplo, a Cuchulain y los «caballeros» de la Rama Roja, eran históricamente exactos. Para citar un ejemplo más

reciente, el «Salvaje Oeste» del siglo XIX en Estados Unidos, tal como fue descrito primero por las «novelas baratas» y más tarde por Hollywood, está generalmente reconocido hoy como «mítico». Y, sin embargo, Jesse James, Billy el Niño, Wild Bill Hickok, Doc Holliday y los hermanos Earp *existieron*. El legendario tiroteo en OK Corral *realmente* se produjo, si bien no exactamente en la forma en que habitualmente se sospecha. Hasta hace muy poco tiempo, los «mitos» tejidos alrededor de esas figuras y esos episodios eran prácticamente inseparables de la «historia». Por lo tanto, en la era de la Prohibición, hombres como Eliot Ness de una parte, y John Dillinger y «Legs» Diamond por la otra, se imaginaban a sí mismos representando un drama del Oeste históricamente fiel entre hombres de la ley valientes y denodados y pistoleros románticos. Y, en el proceso, crearon una nueva «historia» en torno a la cual habrían de generarse nuevos «mitos».

Según la medida en que inflamen la imaginación y permanezcan vivos en la vida imaginativa de la gente, los acontecimientos y personajes históricos se convierten de manera imperceptible en mitos. En casos como el del rey Arturo o Robin Hood, el mito ha incluido efectivamente cualquier «realidad» histórica que pudo haber existido alguna vez. En el caso de Juana de Arco, la «realidad» histórica, aunque no eclipsada por completo, ha retrocedido hacia el fondo, mientras que el primer plano está dominado por la exageración, el adorno y la pura invención. En casos más recientes —el Che Guevara, por ejemplo, John Kennedy o Marilyn Monroe, John Lennon o Elvis Presley— la «realidad» histórica puede ser discernida entre los elementos constitutivos del mito, pero no puede ser separada finalmente de ellos; y son precisamente los elementos del mito los que hacen que nos interesemos por la «realidad» histórica.

Puede argumentarse —y se ha argumentado— que *toda* la historia escrita o registrada es, esencialmente, una forma de mito. Cualquier relato histórico se orienta hacia las necesidades, las actitudes y los valores de la época en que ha sido compuesto, no a la época a la que se refiere. Cualquier relato histórico es necesariamente selectivo, incluyendo ciertos elementos y omitiendo otros. Cualquier relato histórico, aunque sólo sea en virtud de su selectividad, hace hincapié en ciertos factores al tiempo que descuida otros. En esa medida, es sesgado; y en la medida en que es sesgado, falsifica inevitablemente «lo que sucedió realmente». Si los medios de comunicación modernos son incapaces de ponerse de acuerdo en la interpretación de unos hechos que se produjeron ayer, el pasado está sujeto a una libertad de interpretación mucho mayor.

Por razones como éstas, los novelistas de la posguerra —desde Carlos Fuentes y Gabriel García Márquez en Latinoamérica hasta Graham Swift, Peter Ackroyd y Desmond Hogan en Inglaterra e Irlanda— han insistido en una nueva evaluación de aquello que queremos significar cuando hablamos de «historia». Para esos novelistas, la his-

toria consiste no sólo en datos externos y demostrables, sino también en un contexto mental en el que dichos datos se hallan fijados, y dentro del cual, en manos de las generaciones siguientes, estos datos son interpretados. Para esos novelistas, la única «historia» verdadera es la vida psíquica de un pueblo, una cultura, una civilización, y ello incluye no solamente los datos externos, sino también las exageraciones, los adornos y las interpretaciones imaginativas del mito. Ivo Andric, el novelista yugoslavo que obtuvo el premio Nobel en 1961, insiste en la necesidad que tiene el historiador de reconocer la subyacente «verdad de las mentiras». Las «mentiras» de un pueblo o una cultura, sostiene Andric —la hipérbole, la exageración y el adorno—, no son puramente gratuitas. Por el contrario, confirman las necesidades subyacentes, los deseos subyacentes, las carencias subyacentes, los sueños subyacentes y las sobrecompensaciones; y, en ese sentido son, en su propia falsedad, no sólo afirmaciones ciertas, sino también reveladoras e informativas que contienen pistas vitales para la comprensión. Y en la medida en que sirven para cristalizar una identidad o una autodefinición colectiva, crean una nueva verdad, o crean algo que se convierte en verdad.

Un ejemplo simple y patéticamente pertinente debería bastar para ilustrar el tipo de proceso que describe Andric, el proceso mediante el cual «verdad» y «mentiras», «historia» y «mito» se entrelazan para crear una nueva realidad histórica. En 1688, los ciudadanos protestantes de Londonderry, más como consecuencia del pánico que de una verdadera necesidad, cerraron y atrancaron las puertas de la ciudad a un contingente de tropas católicas enviadas por Jacobo II para guarnecer el lugar. Este acto de rebelión provocó una reacción previsible por parte del rey; y sin que ninguno de ambos bandos realmente lo hubiese deseado, Londonderry se encontró sitiada. En el panorama de la historia de Europa, el sitio de Londonderry fue un asunto sin importancia, trivial en comparación con las operaciones militares que, en aproximadamente una década, se llevarían a cabo en el continente europeo. También fue un episodio sin trascendencia, no resolvió nada y no decidió nada. No estuvo dictado por una necesidad militar, no creó nuevas necesidades militares y no fue, en ningún sentido estrictamente militar, decisivo. Conformó y creó actitudes, valores y orientaciones. Y esos valores, actitudes y orientaciones se tradujeron posteriormente en hechos.

Como reacción no a lo que «realmente sucedió» en Londonderry, sino a lo que se creyó que había sucedido en la ciudad, los patrones del pensamiento protestante y católico en Irlanda se petrificaron. Y fue en estricta concordancia con estos patrones de pensamiento con los que las dos comunidades procedieron a actuar. Estas acciones habrían de determinar el curso de los acontecimientos en Irlanda durante el siglo siguiente. Y cuando, en 1798, la Irlanda católica se alzó en una rebelión, la dirección y el curso de esa rebelión estuvieron condicionados

no por los acontecimientos del sitio producido hacía cien años, sino por los mitos que rodeaban a esos hechos. El mito, por lo tanto, generó una nueva historia. Y la historia —en este caso, la rebelión de 1798— generó nuevos mitos. Estos nuevos mitos, a su vez, precipitaron nuevos acontecimientos en la llamada historia, que, también a su vez, alentó mitos nuevos. La culminación del proceso es Irlanda del Norte hoy, donde el verdadero choque no es tanto un choque de religiones como un choque de mitos opuestos, de interpretaciones opuestas de la historia.

La batalla de Blenheim (librada en 1704, apenas quince años después del sitio de Londonderry) fue una batalla genuinamente importante. Y también fue decisiva. Alteró el equilibrio de poder en Europa y transformó de manera radical el curso de la historia europea. Pero Blenheim, hoy, pervive en las mentes de la gente fundamentalmente como una imponente residencia en Oxfordshire que también resultó ser el lugar de nacimiento de Winston Churchill. El sitio de Londonderry, por otra parte, y la rebelión de 1798, y todos los demás hitos medio míticos y medio históricos de la historia irlandesa, han sido despachados en masa al presente, donde son celebrados, conmemorados, representados y ritualizados regularmente, y donde, en consecuencia, siguen siendo capaces de conformar actitudes y valores, de determinar la identidad tribal y de polarizar las comunidades. Tal es el poder del mito. Y tal es el carácter inseparable del mito de aquello que llamamos historia.

La historia consiste no sólo en hechos y acontecimientos. También consiste en las relaciones que existen entre los hechos y los acontecimientos y la interpretación, con frecuencia imaginativa, que se hace de esas relaciones. En cualquiera de esos actos de interpretación entra en juego necesariamente un elemento mítico. Por lo tanto, el mito no es distinto de la historia. Por el contrario, es una parte inseparable de la historia.

La explotación del mito templario

Desde el principio, los templarios se envolvieron en el mito, se aprovecharon del mito y explotaron el mito. Los mismos misterio y oscuridad que rodeaban sus orígenes les permitieron rodearse a sí mismos de una mística igualmente poderosa. Esta mística se vio acentuada por el fiel patrocinio no sólo de nobles importantes, sino también de romanceros como Wolfram von Eschenbach y luminarias de la Iglesia como san Bernardo. Para los templarios resultó bastante fácil, en las mentes de sus contemporáneos, convertirse en «leyendas en su propio tiempo», y no hicieron nada para desalentar el proceso por el cual se convirtieron en esa leyenda. Al contrario, a menudo la alentaron activamente. Entre textos bíblicos, los templarios invocaban continuamente a Josué y los macabeos, presentándose a sí mismos como encar

naciones en su tiempo del ejército que derribó las murallas de Jericó, el ejército que casi derrotó a Roma en los años inmediatamente anteriores a la era cristiana. Ellos alimentaron la imagen popular de sí mismos como estando asociados de alguna manera con los romances del Grial, como «guardianes» de ese objeto o entidad misterioso conocido como el Santo Grial.

Entre la mística que rodea a la Orden del Temple, por lo tanto, se fusiona una serie de ecos e imágenes. El ejército de Josué, los macabeos, los caballeros del Grial se fundían con otros antecedentes históricos y/o legendarios: los compañeros de Carlomagno, los caballeros artúricos de la Tabla Redonda y, especialmente en las islas Británicas, la Rama Roja del Ulster. Tampoco era la valentía marcial la única virtud que les confería la mística que rodeaba al Temple. Los templarios aparecen en *The Perlesvaus* no sólo como militares, sino también como sumos iniciados místicos. Esto es indicativo, ya que los templarios estaban ansiosos por reforzar la imagen popular de ellos mismos como magos, como brujos o hechiceros, como nigromantes, como alquimistas, como sabios que tenían conocimiento de importantes secretos arcanos. Y, de hecho, fue precisamente esta imagen la que se volvió contra ellos y proporcionó a sus enemigos los medios de su destrucción.

Sin embargo, incluso en la defunción de la orden, el proceso de creación de mitos permaneció activo e inseparable de la realidad histórica. ¿Acaso Jacques de Molay, el último gran maestre de la orden, mientras era quemado vivo a fuego lento, *realmente* lanzó una maldición contra el papa y el rey francés, ordenándoles a ambos que se reunieran con él ante Dios en el curso de un año? Lo hiciera o no, lo cierto es que tanto el papa como el rey de Francia murieron dentro del año siguiente y ambos en extrañas circunstancias. Hoy resulta bastante fácil atribuir sus muertes a caballeros refugiados o simpatizantes que hicieron uso de la experiencia de la orden en la elaboración de venenos; pero la mente medieval se sentía más que feliz al ver en acción un poco más de poder oculto. La monarquía francesa empezó a considerarse maldecida, con la maldición de Jacques de Molay pendiendo sobre ellos como la espada de Damocles. Y esa maldición habría de permanecer asociada al trono de Francia independientemente de los cambios producidos en la dinastía. Así, en 1793, cuando Luis XVI murió en la guillotina, otro acontecimiento histórico se vio envuelto en el mito y la leyenda: un masón francés supuestamente subió al cadalso, empapó su mano con la sangre del rey, la agitó ante la multitud y gritó: «¡Jacques de Molay, has sido vengado!».

En su vida, por lo tanto, los templarios se envolvieron en el mito y la leyenda. En su ocaso, difundieron nuevas leyendas, nuevos mitos, que fueron transformados por otras personas en «hecho histórico». Como veremos más adelante, una transformación particularmente potente habría de ser la masonería. Pero también hubo otras manifestaciones más tempranas de este fenómeno, unas manifestaciones

en las que la propia masonería habría de incluirse y en las que echó raíces. De hecho, no se habían apagado aún los ecos de la destrucción de la Orden del Temple cuando volvió a surgir, como el Ave Fénix, de las llamas de su propia pira, para asumir una apariencia mítica.

Un cuarto de siglo después de la disolución del Temple comenzó a aparecer un gran número de órdenes neotemplarias, y este fenómeno continuaría en los siglos siguientes. Así, por ejemplo, en 1348, Eduardo III de Inglaterra creó la Orden de la Jarretera, representada por veintiséis caballeros divididos en dos grupos de trece cada uno. La Jarretera, por supuesto, continúa en nuestros días y es la principal orden de caballería del mundo. En 1352, en Francia, Jean II creó una institución casi idéntica, la Orden de la Estrella. No obstante, tuvo una vida más corta que la Jarretera, y todos sus miembros fueron aniquilados en 1536 en la batalla de Poitiers. En 1430, Felipe, duque de Borgoña, creó la Orden del Vellocino de Oro. En 1469, Luis XI de Francia creó la Orden de San Miguel. Entre sus miembros se contarían personajes tan conspicuos como Claude de Guise, Carlos de Borbón, Francisco de Lorena, Federico de Gonzaga y Louis de Nevers, además de comandantes y oficiales de una institución que pronto habrá de ocupar un lugar prominente en nuestra historia, la Guardia Escocesa.

Esas órdenes, por supuesto, eran mucho más pequeñas en número que los templarios, y mucho menos importantes. Nunca ejercieron ninguna influencia histórica digna de mención. No tenían tierras, preceptorías, carecían de propiedades de cualquier naturaleza y también de ingresos. No tenían autonomía y dependían de un potentado o soberano. Aunque inicialmente estaban compuestas de hombres de armas, no eran, en términos estrictos, militares. Por ejemplo, no proporcionaban entrenamiento militar; no estaban organizadas en torno a ninguna jerarquía militar; no actuaban como unidades o formaciones militares diferenciadas, ya fuese dentro o fuera del campo de batalla. Finalmente, representaban cuestiones de prestigio más que de poder real, vehículos de patrocinio real, el dominio de los cortesanos; y sus pertrechos y nomenclatura militares pronto se volvieron tan metafóricos como los del Ejército de Salvación. Pero en su origen, en sus ritos y rituales, en la mística que pretendían atribuirse a sí mismos, todos tenían como modelo al Temple.

Este legado particular del Temple era más heráldico que otra cosa, pero hubo otro legado que no sólo transformó el rostro del catolicismo europeo sino que lo proyectó a través del mar, llegando por el oeste hasta América y por el este hasta Japón. En 1540, un ex militar llamado Ignacio de Loyola, mortificado por el avance del protestantismo, resucitó el ideal original del monje-guerrero del Temple, el soldado de Cristo, y creó su propio ejército. A diferencia de los templarios, no obstante, los soldados de Loyola no emprenderían su cruzada con la espada (aunque perfectamente preparados para dejar que otros combatiesen en su nombre), sino con la palabra.

Así nació lo que Loyola llamó la Compañía de Jesús, hasta que el papa, disgustado por las connotaciones explícitamente militares del término «Compañía», insistió en que fuese cambiado por «Sociedad». En su estructura y organización marciales, en su vasta red de «provincias», en su rígida disciplina, los jesuitas estaban modelados, según reconocía el propio Loyola, por el ejemplo de los templarios. De hecho, los jesuitas a menudo actuaban como asesores militares y expertos en material de guerra, y también como embajadores y diplomáticos de alto nivel. Al igual que los templarios, los jesuitas estaban nominalmente sometidos sólo a la Iglesia, pero, al igual que los templarios, a menudo se convertían ellos mismos en la ley. En 1773, en circunstancias que recuerdan la supresión de la Orden del Temple 461 años antes, el papa Clemente XIV, «por motivos secretos», suprimió a los jesuitas. En 1814, naturalmente, resucitaron. Pero, incluso en la actualidad, los jesuitas son en muchos aspectos una institución independiente y, con frecuencia, enfrentada al pontificado al que supuestamente deben lealtad.

Las órdenes de caballería y los jesuitas eran, de maneras diferentes, herederos del Temple que finalmente olvidaron, o deliberadamente repudiaron, su origen. En Escocia, sin embargo, habría de sobrevivir una herencia más directa y tangible de los templarios, reconocida como tal y transmitida por los canales más concretos de la tierra y los linajes familiares. En primer lugar, la confabulación, el encubrimiento y los acuerdos aseguraron que las propiedades de la orden en Escocia se mantuviesen intactas, conservadas como una unidad separada y administradas, al menos durante algún tiempo, por los propios templarios «expulsados» y, posteriormente, por algunos de sus descendientes. La propiedad templaria en Escocia no se desmembraría ni fraccionaría como sucedió en otras partes. Al contrario, habría de conservarse en fideicomiso, como si aguardasen a ser restituidas a sus propietarios originales.

En Escocia también habría de surgir una red de familias relacionadas entre sí que proporcionarían tanto un depositario como un conducto. En la medida en que una auténtica tradición templaria consiguió sobrevivir en Escocia, pudo hacerlo gracias a los auspicios de estas familias y de la formación militar que ellas patrocinaban, la Guardia Escocesa, tal vez la institución neotemplaria más genuina de todas. A través de la Guardia Escocesa, además, y a través de las familias que nutrieron sus filas con sus hijos, una nueva energía fue importada a Escocia desde el continente. Esta energía —expresada originalmente a través de un espectro de disciplinas «esotéricas», como también a través de la arquitectura y la mampostería de piedra— se fusionaría con el residuo de la tradición templaria para insuflarle nueva vida. Y, en consecuencia, de las piras de la antigua orden religioso-militar, una chispa de tradición llegaría por el aire a la institución que cristalizó como la masonería moderna.

Las tierras de los templarios

En 1312, un mes después de la disolución oficial de la Orden del Temple ordenada por el papa, todas las tierras, preceptorías y otras instalaciones que eran propiedad de la orden fueron otorgadas a sus antiguos aliados y rivales, los caballeros hospitalarios de San Juan. En Tierra Santa, los hospitalarios habían sido tan corruptos como los templarios, igualmente propensos a la ruptura del poder, la intriga, las luchas sectarias y la consecución de sus propios intereses a expensas del bienestar del reino de los cruzados. Al igual que los templarios y, hacia mediados del siglo XIII, los caballeros teutónicos, los hospitalarios también estaban involucrados en actividades bancarias, en el comercio y en un amplio espectro de otras actividades que se extendían mucho más allá de su cometido original de monjes-guerreros. En Europa, sin embargo, y especialmente en sus relaciones con el pontificado, los hospitalarios mantuvieron sus narices escrupulosamente limpias. Se mantuvieron a prueba de cualquier «infección» de herejía, de cualquier transgresión que pudiera haberles convertido en blanco de persecuciones. Y tampoco representaron una amenaza para ningún monarca europeo.

Los caballeros hospitalarios, sin duda, eran tan arrogantes y autocráticos como los templarios y los caballeros teutónicos. Pero su trabajo en los hospitales y su inmutable lealtad a Roma eran más que suficientes para contrarrestar las impresiones adversas que podían provocar. En consecuencia, los hospitalarios disfrutaron de una respetabilidad tanto en la mente papal como pública que las órdenes rivales no tuvieron. De hecho, en los años previos a 1307, se habló incluso de «purificar» a los templarios fusionándoles con los hospitalarios en una sola orden unificada. Entre 1307 y 1314, mientras avanzaban los juicios a los templarios, los caballeros teutónicos fueron objeto de acusaciones similares y, temiendo una persecución similar a la sufrida por el Temple, trasladaron su cuartel general de Venecia a Marienburg, en lo que es hoy Polonia, fuera del alcance de la autoridad papal y secular. Los hospitalarios permanecieron cómodamente situados para beneficiarse de las desgracias de sus dos rivales.

Sin embargo, la adquisición por parte de los hospitalarios de las propiedades de los templarios no fue una operación tan sencilla o directa como podría pensarse. En algunos casos, por ejemplo, transcurrieron hasta treinta años antes de que pudieran tomar posesión efectiva de la propiedad que les había sido conferida; y, para entonces, naturalmente, la propiedad en cuestión se había deteriorado, estaba en ruinas y sólo se la podía rehabilitar mediante una cuantiosa inversión. En dos ocasiones —en 1324 y nuevamente en 1334— los priores de San Juan recurrieron al Parlamento inglés para confirmar su derecho a las tierras de los templarios.[1] A pesar de todo, no fue hasta 1340 cuando obtuvieron el título de propiedad del Temple de Londres. En nume

tosas ocasiones, también, los hospitalarios se encontraron en abierto conflicto con los señores seculares, hombres que, antes que ver cómo pasaban a manos de San Juan, trataron de reclamar las propiedades que habían sido conferidas al Temple por sus antepasados uno o dos siglos antes. En muchos casos, esos magnates seculares fueron, si no lo bastante poderosos como para ganar la discusión, sí al menos para prolongarla a través del litigio.

Ésa era la situación que imperaba en Inglaterra. En Escocia, las cuestiones eran incluso más confusas y, a menudo, también deliberadamente encubiertas. Quizá la señal más significativa de los acontecimientos que se desarrollaron en Escocia no se encuentra en lo que se dijo, sino en lo que quedó sin decir. Así, seis meses después de Bannockburn, Bruce envió una carta a los hospitalarios en la que confirmaba todas sus posesiones en el reino.[2] No se hacía mención alguna de ninguna tierra o propiedad de los templarios, aunque esas tierras y propiedades habían pasado a manos de los hospitalarios dos años antes. Los hospitalarios recibieron simplemente la confirmación de algo que ya poseían. Resulta interesante señalar aquí que ni los hospitalarios ni la corona ni los señores seculares intentaron reclamar la propiedad templaria. De hecho, y con una única excepción, no existe ningún documento donde conste que alguien obtuviese alguna propiedad templaria, o incluso que tratase de obtenerla. En vida de Bruce, esas propiedades podrían no haber existido nunca, tan completo era el silencio que rodeaba ese asunto.

En 1338, nueve años después de la muerte de Bruce, el gran maestre de los hospitalarios solicitó una lista de todas las propiedades de los templarios adquiridas por su orden en todo el mundo. Cada prior regional o nacional recibió instrucciones de enviar un inventario de las propiedades templarias en su esfera de autoridad particular. Durante el último siglo, un documento, citando la respuesta del prior inglés, fue encontrado en la biblioteca de la Orden de San Juan en La Valletta. Después de enumerar una importante cantidad de posesiones adquiridas por los hospitalarios en Inglaterra, el manuscrito dice:

> En cuanto a la tierra, edificios... iglesias y todas las otras posesiones que pertenecían al Temple en Escocia, la respuesta fue que no había nada de valor... todas habían sido destruidas, quemadas y reducidas a la nada debido a las guerras que se habían prolongado durante muchos años.[3]

En 1338, entonces, los hospitalarios aún no se habían hecho con las propiedades de los templarios en Escocia. Por otra parte, era evidente que se estaban produciendo irregularidades de alguna clase. Porque si las propiedades de los templarios no constan en ninguna de las transacciones de los hospitalarios, la corona escocesa o los señores seculares,

algunas de ellas *fueron* no obstante vendidas, sin que la operación quedase registrada en ningún documento oficial. En consecuencia, por ejemplo, se dice que en 1329 un oficial de la Orden de San Juan, un tal Rodulph Lindsay, dispuso de las tierras templarias de Temple Liston.[4] Sin embargo, la transacción no se menciona en ninguno de los archivos o documentos de la orden. ¿Con qué autoridad, entonces, actuaba Lindsay? ¿Para quién estaba actuando como agente?

La transacción efectuada por Lindsay es sólo una de las muchas que, para los historiadores posteriores, han empañado toda la cuestión de las tierras de los templarios en Escocia durante el período en cuestión. Como resultado de ello, no puede obtenerse un cuadro claro en ningún sentido:

> No se... conoce cómo fueron entregadas las propiedades de los templarios a los hospitalarios; parece haber sido un proceso gradual y desigual, y existen pruebas de que, bien entrado ya el siglo XIV, los hospitalarios aún tenían dificultades para tomar posesión de las antiguas propiedades templarias.[5]

El mismo escritor concluye: «En la historia de las órdenes militares en Escocia no existe un período más oscuro que el siglo XIV».

A pesar de esos períodos de tinieblas surge un determinado modelo: después de 1338, los hospitalarios comenzaron a adquirir propiedades templarias en Escocia, si bien de una manera decididamente ambigua; antes de 1338, sin embargo, ninguna propiedad templaria había pasado de manos y, con la excepción mencionada más arriba, no existe documento alguno en ninguna parte de que hubiese sucedido otra cosa con ello. Es más, cuando los hospitalarios recibieron finalmente las tierras templarias, éstas se mantuvieron separadas. No fueron divididas ni integradas a las otras propiedades de los hospitalarios y administradas en consecuencia. Al contrario, las tierras disfrutaron de un estatus especial y fueron administradas como una unidad independiente. No se las trató como si los hospitalarios de San Juan fuesen realmente sus propietarios, sino que se las conservó en fideicomiso y los hospitalarios actuaban simplemente como agentes o gerentes. Hacia finales del siglo XVI, no menos de 519 lugares en Escocia fueron incluidos en una lista como «Terrae Templariae» por los hospitalarios, es decir, ¡parte del patrimonio templario independiente y administrado de forma separada! [7]

De hecho, la disposición de la tierra templaria en Escocia implicaba algo realmente extraordinario, algo que ha sido negado casi por completo por los historiadores, y que permitió que el Temple mantuviese al menos cierto grado de existencia póstuma. Durante más de dos siglos en Escocia —desde comienzos del siglo XIV hasta mediados del XVI— los templarios, aparentemente, se *fusionaron* efectivamente con los hospitalarios. Por lo tanto, durante el período en cuestión, se encuentran

frecuentes referencias a una *única orden unida*, la «Orden de los Caballeros de San Juan *y* el Temple».[8]

Es una situación extraña y suscita algunas preguntas tentadoras. ¿Anticiparon los hospitalarios alguna futura resurrección del Temple y prometieron, quizás por algún acuerdo secreto, mantener la propiedad templaria en fideicomiso? ¿O pudo ser que la Orden de San Juan en Escocia hubiera incorporado en sus filas a suficientes fugitivos templarios como para que administrasen sus propias tierras?

Ambas respuestas son posibles y no resultan mutuamente excluyentes. Cualquiera que sea la verdad en esta materia, está claro que las tierras de los templarios disfrutaron de un estatus especial que no ha sido definido oficialmente en los registros históricos. Y así continuaron. En 1346, un maestre de los hospitalarios, Alexander de Seton, presidió la sesión legal regular en la antigua preceptoría templaria de Balantrodoch. Para entonces, esa sede había pasado finalmente a manos de los hospitalarios. No obstante, aún era administrada de forma separada y poseía un estatus propio como parte del patrimonio templario. Dos de las cartas que fueron firmadas por Alexander de Seton como testigo aún existen.[9] Estas cartas indican que, a pesar de la fecha, treinta y cuatro años después de la supresión de los templarios, aún eran los propietarios de «Temple Courts».

«Temple Courts» de la misma clase, conservando el mismo nombre, habrían de continuar asentados durante otros dos siglos. Una vez más, nos enfrentamos a la evidencia de que la Orden de San Juan, aunque había recibido autoridad sobre las propiedades templarias que se encontraban en Escocia, no estaba legalmente autorizada para asimilarlas por razones que nunca fueron establecidas de manera explícita. Una vez más, nos enfrentamos a la sugerencia de una presencia templaria invisible que acecha en un segundo plano, esperando una oportunidad de reafirmarse y reclamar legalmente su legado. Y toda Escocia —la monarquía, los ricos terratenientes y la propia Orden de San Juan— parece haberse confabulado en el velado designio.

El caballero esquivo: David Seton

A comienzos del siglo XIX, un famoso anticuario y abogado genealogista llamado James Maidment descubrió un cartulario —un registro de títulos de propiedad de la tierra— correspondiente a «Terrae Templariae» dentro de la Orden de San Juan entre 1581 y 1596. Además de las dos conocidas preceptorías en Balantrodoch y Maryculter, este documento incluía otras tres, situadas en Auldlisten, Denny y Thankerton.[10] También contenía una lista de más de otras quinientas propiedades templarias, desde pequeños terrenos rústicos y campos, molinos harineros y granjas, hasta castillos y cuatro municipios completos. Alentado por este hallazgo, Maidment continuó sus investigaciones.

Su tabulación final, transcrita en un manuscrito que hoy se encuentra en la Biblioteca Nacional de Escocia, indica y nombra específicamente no menos de 579 propiedades templarias.[11]

¿Qué había ocurrido con estas tierras? ¿Cómo se había dispuesto de ellas y por qué los documentos relacionados con ellas habían desaparecido de la crónica histórica? Al menos algunas respuestas a estos interrogantes pueden encontrarse en una familia que fue una de las más importantes e influyentes de Escocia en la época de Bruce. Su nombre era Seton.

Como hemos visto, sir Christopher Seton estaba casado con la hermana de Bruce. Estaba presente cuando Bruce asesinó a John Comyn y él mismo acabó con la vida de un tío de Comyn cuando trató de intervenir. También estuvo presente en la coronación de Bruce en Scone en 1306. Más tarde, en la batalla de Methven, fue capturado y ejecutado por orden de Eduardo I. La misma suerte corrió su hermano, sir John Seton. Ambos, de hecho, murieron junto al hermano de Bruce, Neil. En 1320, el hijo de Christopher Seton, Alexander, junto a representantes de otras notables familias escocesas como los Sinclair, firmó la llamada Declaración de Arbroath.

Durante otros cuatrocientos años, los Seton habrían de seguir ocupando un lugar prominente en los asuntos escoceses y en las actividades nacionalistas de Escocia. No es, por lo tanto, sorprendente, ni siquiera particularmente significativo, que otro Seton, George, decidiera en 1896 elaborar una crónica exhaustiva de sus antepasados. En este volumen monumental, *A History of the Family of Seton*, el autor presenta a varios de sus antepasados ostentando títulos que abarcaban desde los más intrascendentes hasta los más ilustres. También incluye a otros Seton que no figuran en la genealogías nobles más conocidas. Algunos de ellos son humildes artesanos y pequeños comerciantes. Entre este enmarañado bosque de árboles genealógicos, hay una entrada que resulta especialmente enigmática y pertinente:

> *c.*1560. Cuando los caballeros templarios fueron desposeídos de su interés patrimonial a través de su gran maestre sir James Sandilands, se retiraron en un cuerpo, con David Seton, gran prior de Escocia (¿sobrino de lord Seton?), al frente. Esta transacción es recogida en un curioso poema satírico de la época, titulado:
>
> La santa Iglesia y sus ladrones
>
> Vergüenza entonces para el traidor,
> quien nos ha traído esta desgracia,
> ¡más codicioso que el bellaco Judas!
> Vergüenza para el campesino que vendió
> tierra sagrada por el pesado oro,
> pero el temple no sintió la pérdida
> con la que la piedra de David mordió la cruz.

David Seton murió en el extranjero en 1581 y se dice que fue enterrado en la iglesia del convento escocés en Ratisbon [actualmente Regensburg, cerca de Nüremberg].[12]

Es un fragmento realmente sugerente que alude de manera explícita al Temple. Y se vuelve incluso más fascinante en virtud de su fecha. Dos siglos y medio después de que los templarios fuesen oficialmente suprimidos, sugiere el poema, aún eran totalmente operativos en Escocia y estaban sufriendo una nueva crisis. Pero ¿quién era, exactamente, David Seton? ¿Y quién, en cuanto a eso, era sir James Sandilands?

A este último, al menos, no resulta difícil seguirle la pista. James Sandilands, primer barón Torphichen, nació alrededor de 1510, segundo hijo de una familia de la nobleza provinciana de Midlothian. El padre de Sandilands era amigo de John Knox, quien, después de su regreso a Escocia desde Ginebra en 1555, residió en la finca familiar en Calder. A pesar de la asociación de su padre con un reformista protestante, el joven James Sandilands entró en la Orden de San Juan poco antes de 1537. En 1540 solicitó de Jacobo V un salvoconducto para viajar a Malta y obtener allí, del gran maestre, la confirmación oficial de su derecho a la sucesión de la preceptoría de Torphichen a la muerte de su entonces titular, Walter Lindsay. El derecho de Sandilands a suceder a Lindsay fue debidamente confirmado por el gran maestre de los hospitalarios, Juan de Omedes, en 1541. Al regresar de su viaje a Malta, el ambicioso joven se detuvo en Roma para que el papa ratificara su recientemente prometida sinecura.

Cinco años más tarde, en 1546, Walter Lindsay murió. En 1547, el maestre en Malta reconoció oficialmente a Sandilands como prior de Torphichen. En el Parlamento escocés llegó a ser conocido como lord St. John y ocupó un lugar en el Consejo Privado. Hacia 1577 regresó a Malta, se enzarzó en una prolongada y evidentemente absurda disputa con un pariente putativo, también miembro de la orden, sobre una cuestión de nobleza certificable. Para descrédito de ambos hombres, la discusión acabó en una pelea pública y el pariente putativo fue encarcelado.[13] En 1558, Sandilands regresó a Escocia. Allí, junto con su padre, apoyó la Reforma y se opuso activamente a la reina regente, Marie de Guise —hermana mayor de Francisco, duque de Guise, y Carlos, cardenal de Lorena—, quien, en 1538, se había casado con Jacobo V.

Al principio, debió resultar desconcertante cómo y por qué Sandilands podía apoyar la reforma protestante contra un gobernante católico, al tiempo que seguía siendo un miembro distinguido de una orden militar católica. Sandilands, no obstante, procuró acomodar estas conflictivas lealtades, y sus razones ulteriores no tardarían en quedar atrozmente claras. En 1560, por decreto del Parlamento escocés, quedó abolida en todo el país la autoridad papal, y los derechos de la Orden de San Juan a la «preceptoria de Torphepehn [*sic*] Fratibus Hospitalis Hie-

rosolimitani, Militibus Temple Salomonis» quedaron anulados.[14] En consecuencia, Sandilands, como prior de San Juan, fue obligado a devolver a la corona todas las propiedades que administraba para la orden. No puso ninguna objeción. En cambio, en 1564, se presentó a la nueva monarca, María reina de los Escoceses, como:

> ... presente poseedor del señorío y las preceptorías de Torphephen [*sic*] que nunca estuvo sujeto a ningún capítulo o convento, excepto sólo a los Caballeros de Jerusalén y el Templo de Salomón.[15]

Previo pago de una enorme suma de 10.000 coronas más una renta anual, Sandilands procedió a negociar por su cuenta un arriendo a perpetuidad de las propiedades que previamente había administrado para los hospitalarios. Como parte de la transacción también obtuvo el título hereditario de barón Torphichen.

De este modo, con un espíritu empresarial que envidiaría cualquier *yuppie* moderno, Sandilands estafó efectivamente a los hospitalarios, disponiendo de manera ilegal de sus tierras en su beneficio y aprovechándose generosamente del acuerdo. Casi con toda seguridad es a este asunto, o a algunos aspectos del mismo, al que se refiere el poema citado anteriormente, ya que las propiedades de las que dispuso Sandilands no eran sólo de los hospitalarios, sino que formaban parte asimismo del patrimonio de los templarios.

En 1567, Sandilands asistió a la coronación de Jacobo VI, posteriormente Jacobo I de Inglaterra. Sandilands murió en 1579. Su heredero era su sobrino nieto, nacido en 1574, también llamado James Sandilands, quien se convirtió en el segundo barón Torphichen. Pero el joven no tardó demasiado en encontrarse económicamente presionado y procedió a vender las tierras que había heredado. En 1604, las tierras habían pasado a manos de un tal Robert Williamson, quien, once años más tarde, las vendió a Thomas, lord Binning, posteriormente conde de Haddington. Las tierras pasaron luego por numerosas manos hasta que, finalmente, a comienzos del siglo XIX, las que aún quedaban fueron adquiridas por James Maidment.

Si sir James Sandilands es relativamente fácil de rastrear y documentar, David Seton resulta mucho más esquivo. No sólo existen numerosos interrogantes acerca de quién fue exactamente; existen dudas acerca de si realmente existió.[16] La única prueba de su existencia es el fragmento del poema citado anteriormente, que indujo a George Seton a asignarle una confusa nota a pie de página en el árbol genealógico de 1896. Y, sin embargo, los estudiosos han tomado este poema con suficiente seriedad para aceptarlo como testimonio de algo en cuya ocultación, aparentemente, han conspirado tanto la historia como las agencias humanas.

Como ya hemos visto, la familia Seton se encontraba entre las más distinguidas e influyentes de la historia de Escocia, y así habría de continuar a lo largo de otros tres siglos. Lo que no está claro es dónde encaja exactamente el misterioso David Seton en su árbol genealógico. El genealogista de 1896 sugiere, con bastante verosimilitud, que era el nieto de George, sexto lord Seton, quien obtuvo el título en 1513 y murió en 1549.[17]

Sandilands, como hemos explicado, era hostil a Marie de Guise y a su matrimonio con Jacobo V. Se oponía a una alianza dinástica que uniera a los Estuardo con la casa continental de Lorena y su rama menor, la casa de Guise. George Seton estaba en el campo opuesto. En 1527 se había casado con una tal Elizabeth Hay y tenido dos hijos con ella, el mayor de los cuales le sucedió en el título y se convirtió en el séptimo lord Seton, un amigo íntimo de María reina de los Escoceses. Pero en 1539, George Seton se casó por segunda vez. Su nueva esposa era Marie du Plessis, miembro del séquito que había llegado a Escocia acompañando a Marie de Guise; y la boda de Seton con ella, por lo tanto, le coloca en estrecha asociación con la corte real. Con Marie du Plessis, Seton tuvo tres hijos más, Robert, James y Mary. Mary Seton se convertiría en dama de honor de María reina de los Escoceses, y sería incorporada en baladas y leyendas como una de «las tres Marías» que acompañaron a la reina a Francia para su boda con el delfín, más tarde Francisco II, en 1558. Sin embargo, de Robert y James Seton es muy poco lo que se sabe, salvo que el último murió aproximadamente en 1562 y el primero aún estaba vivo un año después. Ambos habrían tenido tiempo de engendrar hijos y los genealogistas han llegado a la conclusión de que David Seton debió de ser hijo de uno de los dos. Por lo tanto, habría sido el nieto del sexto lord Seton y sobrino del séptimo lord.

Si David Seton es un personaje tan escurridizo, ¿de dónde obtuvo el cronista familiar en 1896 la escasa información que incluyó en su obra? Al principio sólo sabíamos de una fuente escrita anterior, el historiador del siglo XIX Whitworth Porter, quien tuvo acceso a los archivos de los caballeros hospitalarios que se conservan en la capital de Malta, La Valletta. En su obra, escrita en 1858, Porter concede sólo que «se dice que David Seton fue el último prior de Escocia y que se retiró con la mayor parte de su hermandad alrededor de 1572-1573».[18] Añade que Seton murió en 1591, diez años más tarde de la fecha señalada por el genealogista de 1896, y que fue enterrado en la iglesia de los benedictinos escoceses en Ratisbone. Porter cita también el poema «La santa Iglesia y sus ladrones», con una variante en su penúltimo verso. Este verso, en la versión de 1896, dice: «Pero el Temple no sintió la pérdida». Porter lo cita de la siguiente manera: «Pero la *orden* [la cursiva es nuestra] no sintió la pérdida».[19]

A partir de este dato resulta obvio que, incluso a finales del siglo XIX, continuaba siendo un tema sensible. El término «Temple» es

inequívoco. «Orden», sin embargo, podría denotar tanto a los hospitalarios como a los templarios y, dentro del contexto citado, parecería que es así. ¿Acaso el genealogista de 1896 había alterado deliberadamente el texto del poema? Y si efectivamente lo hizo, ¿por qué razón? Si realmente se produjo alguna clase de alteración, ello habría parecido más probable en la primera versión. Nada se hubiese ganado si se cambiaba «orden» por «Temple». Pero cambiar «Temple» por «orden» habría exonerado a los caballeros de San Juan de la sospecha de haber albergado a templarios entre sus filas.

La cuestión habría permanecido indefinida si no hubiese aparecido una versión anterior del poema, publicado en 1843, quince años antes de que el texto fuese citado por Whitworth Porter. Y su origen está en fuentes escocesas, no en La Valletta. Más adelante tendremos ocasión de examinar estas fuentes. Por el momento es suficiente con observar que este texto del poema —el más antiguo conocido— cita el verso precisamente como habría de hacerlo el genealogista de los Seton en 1896: «Pero el Temple no sintió la pérdida».[20]

7
La Guardia Escocesa

Quienquiera que haya sido George Seton, y cualquiera que haya sido el destino de los «templarios» que supuestamente se alzaron con él, en aquella época ya había otro depositario para los nobles escoceses que reclamaban la herencia templaria. Este depositario puede incluso haberse superpuesto al elusivo cuadro de Seton. Pero lo haya hecho o no, aún habría de conservar al menos algunas de la tradiciones templarias y, si bien de manera sesgada, incorporarlas a sucesos posteriores como la masonería. Aunque exclusivamente escocés, este depositario se encontraba en Francia. Por lo tanto, habría de allanar el camino para el refugio que los últimos Estuardo encontraron en tierras francesas, y para la clase de masonería jacobita —en concreto la masonería de orientación templaria— que se aglutinó en torno a ellos.

En los años inmediatamente posteriores a Bannockburn en 1314, Escocia y Francia, unidas por su hostilidad común hacia Inglaterra, desarrollaron relaciones militares aún más estrechas. En 1326, Bruce y Carlos IV de Francia firmaron un importante tratado por el que se renovaba la «antigua alianza». Esta alianza sería consolidada por la llamada guerra de los Cien Años. En el punto más bajo de su suerte, por ejemplo, el Delfín, posteriormente Carlos VII, planeó huir a Escocia y lo habría hecho casi con toda seguridad si no hubiese aparecido Juana de Arco para alterar el curso de los acontecimientos. Los soldados escoceses jugaron un papel fundamental en todas las campañas de Juana, incluido el famoso levantamiento del sitio de Orleans; y, de hecho, el obispo de Orleans en aquel tiempo era un escocés, John Kirkmichael. El «gran estandarte» de Juana —la famosa bandera blanca alrededor de la cual se congregaba su ejército— había sido pintado por un escocés, y sus comandantes en Orleans incluían a sir John Stewart y a dos hermanos Douglas.[1]

Francia, aunque triunfal después de la dramática serie de victorias conseguidas por Juana de Arco, estaba exhausta y en un estado de conmoción interna. El orden doméstico se vio más amenazado aún

por la actuación de bandas de mercenarios desmovilizados, soldados entrenados que se habían quedado sin una guerra que librar. Al carecer de cualquier otro medio de ganarse la vida, muchos de estos veteranos se convirtieron en bandoleros y asolaron las zonas rurales, amenazando con destruir el recién establecido y aún precario orden social. En consecuencia, el antiguo Delfín, ahora Carlos VII, decidió crear un ejército permanente. Para esa época, los hospitalarios habían transferido sus recursos a las operaciones marítimas realizadas en aguas del Mediterráneo. Por lo tanto, el ejército de Carlos VII se convirtió en el primer ejército permanente en Europa desde la época de los templarios, y el primero desde la Roma imperial en ser unido a un estado específico o, más precisamente, a un trono específico.

El nuevo ejército francés creado por Carlos VII en 1445 consistía en quince *compagnies de ordonnance* de seiscientos hombres cada una, con un total de 9.000 soldados. De ellas, la Compañía Escocesa —*la Compagnie des Gendarmes Ecossois*— disfrutaba del orgullo del rango. La Compañía Escocesa no tenía rival en cuanto a su condición de elite reconocida del ejército. Se le asignaba de manera explícita el rango máximo sobre todas las demás unidades y formaciones y, por ejemplo, marchaba en primer lugar en todos los desfiles. El comandante en jefe de la Compañía Escocesa también recibía el rango de «primer maestro de campo de la caballería francesa».[2] Este título era más que honorario. Le confería una autoridad e influencia enormes, en el campo de batalla, en la corte y en los asuntos de la política interior.

Pero, incluso antes de la creación del ejército permanente y de la Compañía Escocesa, se había establecido un cuadro de escoceses aún más elitista y exclusivo. En la cruenta batalla de Verneuil en 1424, los contingentes escoceses se habían batido con especial valentía y abnegación. De hecho, fueron prácticamente aniquilados junto con su comandante, John Stewart, conde de Buchan, y otros nobles como Alexander Lindsay, sir William Seton y los condes de Douglas, Murray y Mar. Un año más tarde, en reconocimiento de esta acción, se creó una unidad especial de escoceses para que sirviese como guardia personal permanente del rey francés. Al principio estaba integrada por trece hombres de armas y veinte arqueros, un total de treinta y tres. Un destacamento de este cuadro estaba permanentemente al servicio del monarca francés, incluso hasta el punto de dormir en su alcoba.[3]

Esta unidad de elite estaba dividida en dos subformaciones, la *Garde du Roi* y la *Garde du Corps du Roi*, la Guardia del Rey y la Guardia Personal del Rey. En 1445, cuando se creó el ejército permanente, el número de hombres en la Guardia Escocesa aumentó de manera considerable en múltiplos de trece. En 1474, se fijó definitivamente el número de sus integrantes: setenta y siete hombres más su comandante en la Guardia del Rey, y veinticinco hombres más su comandante en la Guardia Personal del Rey.[4] Con llamativa consistencia, los oficiales y comandantes de la Guardia Escocesa fueron nombrados miem-

bros de la Orden de San Miguel, una de cuyas ramas se establecería más tarde en Escocia.

La Guardia Escocesa era, en efecto, una institución neotemplaria, mucho más que otras órdenes puramente caballerescas como la Jarretera, la Estrella y el Vellocino de Oro. Al igual que los templarios, la guardia tenía una *raison de être* que era fundamentalmente militar, política y diplomática. Al igual que los templarios, la guardia ofrecía tanto formación militar como una jerarquía militar, a la vez que una oportunidad de «mancharse con sangre en la batalla», ganarse las espuelas y adquirir experiencia y pericia. Al igual que los templarios, la guardia funcionaba como una formación militar diferente, del mismo modo en que lo haría hoy un batallón de elite. Y aunque no poseía tierras y nunca pudo compararse a los templarios en cuanto al número de sus efectivos, la Guardia Escocesa era lo bastante numerosa como para jugar un papel decisivo en la clase de combate que prevalecía en Europa en aquella época. La Guardia Escocesa difería de los templarios principalmente en cuanto a la ausencia de cualquier orientación religiosa explícita, y a su fidelidad no al papa sino a la corona francesa. Pero las propias lealtades religiosas de los templarios siempre habían tenido un carácter heterodoxo y su obediencia al pontífice había sido poco más que nominal. Y la lealtad de la Guardia Escocesa a la corona francesa también era, como veremos más adelante, menos ferviente de lo que podría haber sido. Al igual que los templarios, la guardia habría de perseguir sus propias políticas, sus propios designios, en nombre de intereses muy diversos.

Durante la mayor parte de un siglo y medio, la Guardia Escocesa disfrutó de un estatus privilegiado en los asuntos de Francia. Los escoceses no desempeñaban sus funciones sólo en el campo de batalla, sino también en la escena política, actuando como cortesanos y asesores en asuntos internos, como emisarios y embajadores en las relaciones internacionales. Los comandantes de la guardia habitualmente cumplían el papel de chambelanes reales y, con frecuencia, ocupaban otros numerosos cargos, tanto honorarios como prácticos. No debe sorprender que ganasen salarios enormemente elevados para la época. En 1461, un capitán de la guardia Escocesa recibía alrededor de 167 *livres tournois* por mes, más de 2.000 libras por año.[5] Esta suma era equivalente a casi la mitad de los ingresos de la hacienda de un noble. Los oficiales de la guardia, por lo tanto, podían llevar un estilo de vida de considerable prestigio y opulencia.

Así como los templarios habían reclutado a sus miembros entre la aristocracia de su época, la Guardia Escocesa reclutaba a sus oficiales y comandantes de las familias más distinguidas y venerables de Escocia, cuyos nombres han figurado a través de la historia del país y aún resuenan en la actualidad: Cockburn, Cunningham, Hamilton, Hay, Montgomery, Seton, Sinclair y Stuart (o Stewart). Entre 1531 y 1542 hubo tres Stuart en la guardia, uno de ellos capitán de la unidad. Entre

1551 y 1553 hubo no menos de cinco miembros de la familia «Montgommery» [*sic*] en la guardia, uno de ellos su capitán, y cuatro Sinclair. En 1587, la época en que vivió el esquivo David Seton, hubo otros cuatro Seton, tres Hamilton, dos Douglas y un Sinclair. Es evidente que la Guardia Escocesa cumplía una función especial no sólo para la corona francesa, sino también para las familias que aportaban a sus reclutas. En efecto, el cuadro constituía una combinación de *rite de passage* y campo de entrenamiento para los jóvenes nobles escoceses, un vehículo especial a través del cual eran iniciados en habilidades marciales, política, asuntos de la corte, usos y costumbres extranjeros y, aparentemente, alguna especie de liturgia ritual también. En el curso de una entrevista personal, un miembro de la familia Montgomery actual nos habló del orgullo que él y sus parientes aún sentían por la asociación de sus antepasados con la Guardia Escocesa. También nos informó de que, en la familia, existía una especie de orden privada, semi masónica, semi caballeresca, a la que todos los varones de la línea Montgomery eran elegibles a través de admisión. Esta orden, dijo, que aparentemente se remontaba a la época de la Guardia Escocesa, se llamaba la Orden del Temple.[6]

En teoría, como hemos visto, la Guardia Escocesa debía su lealtad al trono francés o, más específicamente, a la dinastía de los Valois, que en aquellos tiempos ocupaba el trono de Francia. Pero en aquella época la legitimidad de los Valois también era desafiada por otros numerosos y poderosos intereses. El más importante de ellos estaba representado por la casa de Lorena y su rama menor, la casa de Guise. De hecho, gran parte de la historia francesa durante el siglo XVI se desarrolló en torno a la lucha encarnizada entre estas dos dinastías rivales. Las casas de Lorena y Guise estaban despiadadamente decididas a deponer a los Valois —por medios políticos si era posible, a través del asesinato si era necesario— e instalarse ellos en el trono de Francia. Hacia 1610, no menos de cinco monarcas franceses morirían a causa de medios violentos o bajo la sospecha de haber sido envenenados, y las facciones de Guise y Lorena verían reducido su número como consecuencia de asesinatos.

La Guardia Escocesa desempeñó un papel ambiguo en estas luchas destructivas. En realidad, se les había colocado en una posición incierta. Por una parte, su lealtad nominal era a los Valois, de cuya guardia personal formaban parte y representaban el núcleo de su ejército. Por otra parte, para ellos habría sido imposible no mantener algunos lazos con las casas de Guise y Lorena. En 1538, como ya hemos señalado, Marie de Guise se había casado con Jacobo V de Escocia, forjando así un vínculo dinástico crucial entre sus respectivas casas. Cuando la hija de Marie, María reina de los Escoceses, ascendió al trono, el monarca de Escocia era, por lo tanto, mitad Estuardo, mitad Guise-Lorena; y eso era algo ante lo cual los aristócratas de la Guardia Escocesa difícilmente hubiesen podido permanecer indiferentes. En 1547, Enri

que II, el Valois rey de Francia, incrementó el estatus y los privilegios de la guardia. A pesar de esta circunstancia, a menudo se mostraban activos —y no siempre de manera secreta— al servicio de los rivales Guise-Lorena de Enrique. En 1548, por ejemplo, la joven María Estuardo, que a la sazón contaba seis años, fue llevada a Francia escoltada por la Guardia Escocesa. Diez años más tarde, un destacamento de la guardia encabezó el ejército de Francisco, duque de Guise, cuando, en una acción que le convirtió en héroe nacional, arrebató de manos inglesas el largamente disputado puerto de Calais.

Entre las familias escocesas que nutrieron las filas de la Guardia Escocesa se encontraban, como ya hemos visto, los Montgomery. En 1549 había cinco miembros de la familia Montgomery sirviendo simultáneamente en la unidad. Entre 1543 y 1561, un período de casi veinte años, la guardia estuvo comandada primero por James de Montgomery, luego por Gabriel y posteriormente por James otra vez. En junio de 1559 se produjo uno de los hechos más famosos y dramáticos del siglo XVI, por el que Gabriel de Montgomery, su familia y la Guardia Escocesa ocuparían un lugar permanente en los libros de historia y, a sabiendas o no, asestarían un golpe mortal para las casas de Guise y Lorena.

Como parte de las festividades relacionadas con las bodas de dos de sus hijas, Enrique II de Francia había organizado un torneo al que asistirían nobles de toda Europa. El propio rey era famoso por su amor por estas justas y estaba ansioso por participar en el evento. El pueblo y los dignatarios reunidos en el lugar le vieron entrar en liza. Primero se enfrentó al duque de Savoya, luego a Francisco, duque de Guise. El tercer combate debió de parecerles a los espectadores particularmente seguro. El rey debía enfrentarse a su viejo amigo y fiel servidor, Gabriel de Montgomery, capitán de la Guardia Escocesa. Como ninguno de los dos adversarios fue descabalgado, Enrique consideró que el primer choque no había sido satisfactorio. A pesar de las protestas de su séquito, exigió un segundo combate, y Montgomery aceptó el reto. Los dos hombres volvieron a cargar y, esta vez, las lanzas se astillaron como se suponía que debía ocurrir. Pero Montgomery «descuidó arrojar la lanza rota», que golpeó el casco del rey, abrió la visera y clavó una astilla en la cabeza por encima del ojo derecho.[7]

La consternación, por supuesto, fue general. Media docena de criminales fueron decapitados de inmediato y sometidos a heridas similares, que los médicos se apresuraron a examinar en un intento por encontrar el mejor método de tratamiento. Pero todos estos esfuerzos fueron vanos y, después de once días de agonía, Enrique murió. Mucha gente mostró sus sospechas, pero la acción de Montgomery sólo pudo atribuirse a un accidente y no fue culpado oficialmente de la muerte del rey. El sentido de la discreción, sin embargo, le llevó a abandonar la capitanía de la Guardia Escocesa y se retiró a sus tierras en Normandía. Más tarde, ya en Inglaterra, se convirtió al protestantismo. Cuando regresó a Francia, fue uno de los jefes militares de la facción

protestante durante las guerras de religión. Hecho prisionero, fue ejecutado en París en 1574.

La muerte de Enrique II atrajo mayor atención y comentario de los que habría suscitado en otras circunstancias, fundamentalmente porque había sido pronosticada. De hecho, la muerte del rey francés había sido pronosticada en dos ocasiones; siete años antes por Luca Gaurico, un famoso astrólogo,[8] y cuatro años antes por Nostradamus, quien en 1555 había publicado la primera de sus célebres recopilaciones de profecías, llamada *Las centurias*, que contenía el ambiguo pero sugerente cuarteto:

> *Le lyon ieune le vieux surmontera;*
> *En champ bellique par singulier duelle:*
> *Dans cayge de or les yeux luy crevera,*
> *Deux classes une puis mourir mort cruelle.*[9]

> El león joven dominará al viejo
> en el campo marcial en combate singular;
> en una jaula de oro [casco] sus ojos estallarán con violencia,
> dos divisiones en una, luego una muerte cruel.

Estos versos habían resonado en las mentes de muchas personas y pendido sobre todo el torneo. La muerte de Enrique durante la justa parecía ser una prueba de la capacidad de Nostradamus para «prever el futuro» y le convirtió en el principal profeta de Europa, no sólo de su época, sino también a los ojos de la posteridad. Nosotros, sin embargo, junto con otros estudiosos recientes, hemos sostenido que la muerte del rey francés a manos de Gabriel de Montgomery no fue un accidente, sino que formaba parte de un plan que había sido minuciosamente trazado.[10] A la luz de las pruebas hoy disponibles, la «profecía» de Nostradamus parece no haber sido una profecía en absoluto, sino una especie de programa detallado de acción, quizás una suerte de instrucción o señal en clave. ¿Para o de quién? Para o de las casas de Guise y Lorena, en cuyo nombre parece haber estado actuando Nostradamus como un agente clandestino. Y si ello es así, Gabriel de Montgomery habría sido un cómplice de la conspiración o, en cualquier caso, el instrumento elegido por la facción Guise-Lorena para ejecutar su plan, de manera tal que no se pudiese acusar a nadie de intento criminal.

No hay duda de que la muerte de Enrique no pudo haber sido más oportuna para los intereses de Guise-Lorena. Sin embargo, a pesar de los crecientes y descarados esfuerzos por sacar provecho de ese incidente, la facción Guise-Lorena no consiguió capitalizarlo como deseaba. Durante la década siguiente prevaleció en Francia una anarquía virtual mientras las facciones en pugna —Valois y Guise-Lorena— conspiraban y engañaban para hacerse con el trono. En 1563 fue asesinado Francisco, duque de Guise. La Guardia Escocesa expresó de manera

cada vez más pública su apoyo a los intereses de los Estuardo, que coincidían con los intereses de Guise-Lorena; y, por lo tanto, se hicieron acreedores de una creciente desconfianza por parte de la monarquía Valois hasta que el hijo de Enrique II, Enrique III, se negó a proveer a su manutención. Aunque finalmente se reconstituyó como cuerpo, la Guardia Escocesa nunca llegó a alcanzar su estatus anterior.

En Escocia y Francia todos los acontecimientos se precipitarían en muy poco tiempo. En 1587, María reina de los Escoceses, fue ejecutada por orden de su pariente, Isabel I. En 1588, el año de la Armada Invencible, el hijo de Francisco de Guise, el nuevo duque de Guise, junto con su hermano, el cardenal de Guise, fueron asesinados en Blois por orden de Enrique III. Un año más tarde, Enrique fue asesinado a su vez por los partidarios de Guise-Lorena. Sólo bajo el reinado de Enrique IV, un monarca aceptado por todas las facciones, Francia pudo alcanzar algo parecido a una restauración del orden.

Para entonces, sin embargo, las casas de Guise y Lorena habían perdido a dos generaciones de hombres jóvenes, dinámicos y carismáticos, pero despiadados. La dinastía de los Valois había pagado un precio aún mayor: se había extinguido por completo y jamás volvería a ocupar el trono de Francia. Durante los dos siglos siguientes los destinos de Francia estarían regidos por los Borbones.

En cuanto a la Guardia Escocesa, a pesar de haber sido reconstituida, su número se fue reduciendo de forma gradual y, hacia 1610, había perdido casi todos sus privilegios, convirtiéndose simplemente en otro regimiento del ejército francés. Durante el siglo XVII, dos terceras partes de sus efectivos eran franceses, no escoceses. Sin embargo, aún poseían un vestigio de su pasado prestigio. En 1612, estuvieron al mando del duque de York, posteriormente Carlos I de Inglaterra. Como dato interesante, cabe señalar que, en 1624, en las filas de la guardia había tres Seton, uno de los cuales se llamaba David.[11] Hacia 1669 había alcanzado el grado de general de brigada. La guardia Escocesa prestó su último servicio en 1754 en la batalla de Lauffeld, durante la guerra de Sucesión austríaca.

La Guardia Escocesa, aunque tristemente reducida por los acontecimientos, constituyó, como hemos visto, algo parecido a una institución neotemplaria. Y también sirvió como un conducto de transmisión fundamental. Los nobles que formaban la guardia eran herederos de las tradiciones templarias originales. Ellos fueron el medio a través del cual estas tradiciones regresaron a Francia y fueron sembradas allí, para dar sus frutos algunos siglos más tarde. Al mismo tiempo, su contacto con las casas de Guise y Lorena les expuso en Francia a otro cuerpo de tradición «esotérica». Una parte de este cuerpo había encontrado su camino de regreso a Escocia a través de la boda de Marie de Guise con Jacobo V; pero otra parte del mismo habría de ser llevado por las familias que constituían la Guardia Escocesa. La amalgama resultante proporcionaría el verdadero núcleo de una orden posterior: los masones.

8

Rosslyn

A unos cinco kilómetros al sur de Edimburgo se encuentra el pequeño pueblo de Rosslyn. Consiste en una única calle con una procesión de casas y tiendas y, al cabo de la calle, dos pubs. El pueblo comienza en el borde de una profunda garganta boscosa, el valle de North Esk. A doce kilómetros de allí, cerca de donde el North Esk se une con el South Esk, se encuentra la antigua preceptoría templaria de Balantrodoch, hoy llamada simplemente Temple.

El valle del North Esk es un lugar misterioso, aparentemente habitado por fantasmas. Esculpida en una gran piedra cubierta de musgo, una salvaje cabeza pagana observa al caminante. Río abajo, en una cueva excavada detrás de una cascada, encontramos lo que parece ser otra enorme cabeza con ojos cavernosos, tal vez una escultura erosionada por el tiempo, quizás un producto natural de los elementos. El camino que atraviesa el valle pasa junto a numerosas construcciones de piedra en ruinas y a la pared de un risco con una ventana tallada en la piedra. Detrás de esta ventana hay una verdadera madriguera de túneles, suficientes para ocultar a un número considerable de hombres y accesibles sólo a través de una entrada secreta: uno debe ser bajado a un pozo. Según la leyenda, Bruce encontró refugio aquí durante una de las numerosas crisis que afectaron a sus campañas.

Posado en el mismo borde de la garganta hay un edificio espectral y extraño, la capilla de Rosslyn. La primera impresión que se tiene es que parece tratarse de una catedral en miniatura. No es que sea particularmente pequeña. Pero es tan recargada, tan chorreada de tallas góticas y adornos floridamente intrincados que, de alguna manera, parece ser la parte truncada de algo más grande, como si fuese un fragmento de la catedral de Chartres transplantado a la cima de una colina escocesa. La construcción transmite una sensación de opulencia amputada, como si los constructores, después de haber volcado pródigamente sobre la estructura sus habilidades más asombrosas y

los materiales más caros, simplemente hubiesen interrumpido la obra de forma abrupta.

De hecho, eso fue lo que hicieron. Se les acabó el dinero. La capilla de Rosslyn estaba destinada originalmente a formar parte de algo mucho más grande, la Capilla de la Virgen de una enorme colegiata, una catedral de tamaño natural a escala francesa. Al acabarse los fondos, el proyecto jamás se llevó a cabo. Desde el muro occidental existente se proyectan unos enorme bloques de piedra, esperando a otros que jamás llegaron.

El interior de la capilla es una febril alucinación en piedra, una explosión tumultuosa de imágenes talladas y configuraciones geométricas apiladas una encima de otra, fluyendo entre sí, superponiéndose unas sobre otras. Y abundan los motivos que anticipan aquellos que caracterizarían a la masonería. Uno se encuentra en lo que parece ser un compendio petrificado de «artículos esotéricos».

Como cabría esperar de un lugar así, la capilla de Rosslyn es un foco de secretos y leyendas. Las más famosas de ellos corresponden al extraordinario pilar situado en el extremo oriental de la estructura, llamado hoy el Pilar del Aprendiz. Un relato publicado en 1774 habla de

> ... una tradición que ha pasado en la familia de Roslin de padre a hijo, que cuenta que un modelo de este hermoso pilar había sido enviado desde Roma, o algún lugar extranjero; el maestro de albañilería, al verlo, no consintió en trabajar semejante pilar bajo ningún concepto, hasta que no fuese a Roma, o algún lugar extranjero, para inspeccionar el pilar del cual el modelo había sido tomado; que, en su ausencia, cualquiera que haya sido el motivo para ello, un aprendiz acabó de trabajar el pilar tal como se yergue hoy; y que el maestro, a su regreso, viendo el pilar tan exquisitamente acabado, hizo averiguaciones, preguntó quién lo había hecho, y, presa de la envidia, mató al aprendiz.[1]

Encima de la puerta occidental de la capilla se puede ver la cabeza tallada de un joven que presenta un corte en la frente. Se dice que es la cabeza del aprendiz asesinado. En el lado opuesto se puede ver la cabeza de un hombre con barba, el maestro que le mató. A su derecha, hay otra cabeza, la de una mujer, llamada «la Madre Viuda». Por lo tanto, resulta evidente que el anónimo y precoz joven era —para emplear una expresión familiar a todos los masones— un «Hijo de la Viuda». Como hemos señalado, la misma frase se utilizó para nombrar a Perceval o Parzival en los romances del Grial.

Las connotaciones masónicas presentes en la capilla y su simbolismo difícilmente pueden ser obra del azar, ya que Rosslyn fue construida por la familia que, quizás más que cualquier otra en Gran Bretaña, llegó a ser asociada con la masonería posterior: los Saint-Clair o, como se les conoce hoy, los Sinclair.

Como hemos visto, familias nobles como los Hamilton, los Montgomery, los Seton y los Stuart aportaron sucesivas generaciones de sus hijos para nutrir las filas de la Guardia Escocesa. Y eso también hicieron los Sinclair. A finales del siglo XV había tres Sinclair sirviendo en la guardia al mismo tiempo. A mediados del siglo XVI —el período de Gabriel de Montgomery— había no menos de cuatro Sinclair en la unidad. En total, entre 1473 y la muerte de María en 1587, los registros de la Guardia Escocesa dan fe del alistamiento de diez miembros de la familia procedentes de Escocia. Y, por supuesto, también estaba la rama francesa de la familia, los Norman Saint-Clair-sur-Epte, que se mostró particularmente activa en la política francesa de la época.

Mientras que algunos miembros de la familia Sinclair seguían carreras diplomáticas y militares en el continente, otros estaban igualmente ocupados en Escocia, como, de hecho, lo habían estado desde los tiempos de Bruce. En los primeros años del siglo XIV, William Sinclair había sido obispo de Dunkeld. Junto con los obispos Wishart de Glasgow, Lamberton de St. Andrews, Mark de las Islas y David de Moray, William Sinclair había sido uno de los cinco principales sacerdotes escoceses que apoyaron a Bruce y su causa. El sobrino del obispo, llamado también William, había sido uno de los amigos y partidarios más estrechos de Bruce. A la muerte de Bruce, en 1329, fue sir William Sinclair, junto a sir James Douglas, quien se embarcó con su corazón hacia Tierra Santa, para acabar muriendo en España.

A finales del siglo XIV, cien años antes de Colón, otro Sinclair se embarcó en una proeza aún más audaz. Aproximadamente en 1395, sir Henry Sinclair, conde (o «príncipe» como se le llama a veces) de Orkney, en compañía del explorador veneciano Antonio Zeno, intentó cruzar el Atlántico. No hay duda de que llegaron a Groenlandia, donde el hermano de Zeno, explorador también, afirmó haber descubierto un convento en 1391; estudios recientes sugieren que es probable incluso que hubiese llegado a lo que más tarde recibiría el nombre de Nuevo Mundo.[2] Según algunos relatos, existen ciertas pruebas fascinantes que indican que intentó dirigirse a México.[3] Si esto es verdad, explicaría por qué, cuando Hernán Cortés llegó en 1520, fue identificado por los aztecas no sólo con el dios Quetzalcoatl, sino también con un hombre blanco, rubio y de ojos azules que supuestamente le habría precedido en el pasado.

El nieto del «príncipe» Henry, sir William Sinclair, también se mostró muy activo en el mar. Esposo de la sobrina de sir James Douglas, y cuñado del propio sir James, había sido designado gran almirante de Escocia en 1436 y, posteriormente, también habría de convertirse en canciller. Pero su mayor renombre, que habría de relacionarle para siempre con la masonería y otras tradiciones esotéricas, se encuentra en el campo de la arquitectura. Fue bajo los auspicios de sir William

cuando, en 1446, se colocaron los cimientos de una gran colegiata en Rosslyn.[4] En 1450, la estructura fue formalmente dedicada a san Mateo y se iniciaron los trabajos. Mientras esto ocurría, otro William Sinclair —probablemente el sobrino del constructor de Rosslyn— se convirtió en el primer miembro de su familia que se alistaba en la Guardia Escocesa y que alcanzaba un lugar destacado en la unidad.

La construcción de la capilla de Rosslyn llevaría cuarenta años. Los trabajos acabaron en la década de 1480 bajo la dirección del hijo de sir William, Oliver Sinclair, un estrecho socio de lord George Seton, quien juró fidelidad de por vida a Oliver Sinclair en esta época. Oliver Sinclair nunca continuó la construcción del resto de la iglesia, probablemente porque para entonces las energías de Sinclair, al parecer, estaban orientadas hacia otros objetivos. El nieto de sir William, llamado también Oliver, fue un oficial militar, estrecho confidente de Jacobo V y jefe de la Casa Real. En 1542 dirigió al ejército escocés en Solway Moss, donde fue capturado. Fue puesto en libertad después de haber dado su palabra de ayudar a la causa inglesa, pero no parece haber respetado su juramento. En 1545 le ordenaron regresar a prisión en Inglaterra, momento en el que desaparece de la historia, presumiblemente ocultándose en las regiones remotas de Escocia o bien huyendo al extranjero.

El hermano de Oliver, Henry Sinclair, fue obispo de Ross. En 1541 fue nombrado abad de Kilwinning, un nombre que más tarde figuraría con caracteres especiales en la masonería. En 1561, fue designado para formar parte del Consejo Privado de María reina de los Escoceses. Henry, no resulta extraño, mantuvo estrechos contactos con las facciones Guise y Lorena en Francia, pasando la mayor parte de su tiempo en París. Su hijo y el hermano menor de Oliver, John, también se convirtieron en obispos. John, asimismo, fue consejero de María reina de los Escoceses y, en 1565, se encargó de su boda con Henry Stewart, lord Darnley, en Holyrood.

Por lo tanto, los Sinclair estaban en el corazón de los asuntos escoceses en los siglos XV y XVI. Se movían en los mismos círculos que familias como los Seton y los Montgomery, estaban muy próximos a la monarquía Estuardo, aportaron miembros de la familia a la Guardia Escocesa y mantuvieron vínculos íntimos con las facciones Guise y Lorena en Francia. De hecho, sus vínculos con las facciones Guise y Lorena probablemente habrían sido más estrechos en virtud de la rama francesa de la familia. Al mismo tiempo, y más incluso que las otras casas escocesas, los Sinclair ya se estaban asociando con lo que la posterior masonería llegaría a considerar como su ascendencia distinguida o linaje.

Como hemos observado, los cimientos de la capilla de Rosslyn se colocaron en 1446 y los trabajos de construcción se iniciaron cuatro años más tarde. Estos son los escasos datos definitivos y confirmados. Nuestra información con respecto a casi todo lo demás, aunque no

improbable y ciertamente no refutada, la debemos a la tradición posterior, en algunos casos remontándonos a un siglo y medio y, en otros, a tres siglos o más.

Según esta tradición, sir William Sinclair, durante los preparativos de la construcción de la capilla de Rosslyn, importó albañiles y otros artesanos del continente.[5] El propio pueblo de Roslin fue levantado supuestamente para albergar a los recién llegados. La tradición también refiere

> ... que en 1441 Jacobo II, rey de Escocia, nombró a St. Clair benefactor y protector de los albañiles escoceses; que el oficio era hereditario, que después de su muerte, *circa* 1480, sus descendientes celebraron reuniones anuales en Kilwinning... el nombramiento de los Artesanos del Oficio continuó siendo una prerrogativa de los reyes de Escocia; que fue abandonada por Jacobo VI cuando se convirtió en rey de Inglaterra...[6]

Es importante señalar que «albañilería»* en este contexto no implica «masonería» como la conocemos hoy. Al contrario, se refiere al gremio o gremios de trabajadores y constructores de la piedra profesionales. Como veremos, estos hombres no eran todos simples artesanos, trabajadores manuales analfabetos e ignorantes. Pero tampoco eran filósofos místicos que, entre un proyecto de construcción y otro, se reunían en cónclaves secretos, organizaban ritos de iniciación clandestinos con contraseñas y apretones de manos en clave, y analizaban los misterios del universo. En la terminología que habría de surgir más tarde, estos hombres practicaban la «albañilería operativa», es decir, la aplicación práctica de las matemáticas y la geometría al arte de la arquitectura.

El nombramiento de sir William Sinclair en 1441, por tanto, da fe simplemente de su participación en el arte de la construcción y, tal vez, en los principios matemáticos y geométricos asociados a la arquitectura. Pero esta circunstancia es en sí misma inusual. Habitualmente, un señor feudal, un monarca, un municipio o algún otro cliente encargaba un trabajo a todo un equipo de arquitectos y albañiles, quienes asumían toda la ejecución de las obras. El jefe de este equipo, llamado «el maestro de la obra», basaba su plan sobre un trazado geométrico particular, y toda la construcción posterior se llevaría a cabo de modo que armonizara con ese modelo básico. El «maestro» disponía que los patrones de madera fuesen cortados según su diseño y los albañiles y mamposteros procedían según estos patrones.

---

* En inglés *masonry*, el arte u oficio del albañil, de donde derivarían los términos masonería y masón. *(N. del T.)*

En Rosslyn, sin embargo, sir William Sinclair parece haber diseñado su propia capilla y actuado como «maestro de la obra». A comienzos del siglo XVIII, el hijastro de un Sinclair —que tuvo acceso a todos los archivos y cartas de la familia antes de que fuesen destruidos en un incendio en 1722— escribe que

> ... se le ocurrió [a sir William Sinclair] construir una casa para servir a Dios, de una obra muy curiosa, que pudiera hacerse con mayor gloria y esplendor, y para la cual mandó traer artesanos de otras regiones y reinos extranjeros... y al final la obra sería muy rara; primero hizo que los bosquejos fuesen dibujados sobre maderas traídas del este, e hizo que los carpinteros las tallaran según esos bosquejos, y luego los entregó como patrones a los albañiles, para que los cortaran de ese modo en la piedra.[7]

En consecuencia, sir William parece haber sido un hombre considerablemente más instruido y técnicamente experto que el típico noble de su tiempo; y su nombramiento como «defensor y protector de los albañiles escoceses» parece haber sido más que un simple título honorario. Y, así, como lo confirman algunas cartas posteriores, el nombramiento pudo haberle sido conferido por el rey, pero también por los albañiles o, en cualquier caso, ratificado por ellos. En una carta se afirma: «Los terratenientes de Roslin siempre han sido defensores y protectores de nosotros y de nuestros privilegios».[8] Y una carta que data de finales del siglo XVII declara:

> Los terratenientes de Roslin han sido grandes arquitectos y protectores de la construcción durante muchas generaciones. Están obligados a recibir la palabra del Albañil, que es una señal secreta que los albañiles tienen en todo el mundo para reconocerse entre ellos...[9]

En 1475, mientras la capilla de Rosslyn se hallaba aún en proceso de construcción, a los albañiles de Edimburgo se les concedió una carta de asociación como gremio y procedieron a establecer una regulación para su oficio. Tomando su nombre del lugar donde la carta fue ratificada, esta transacción medieval aparentemente rutinaria fue conocida más tarde como la Asociación de la Capilla de María.[10] Pero aunque fuese rutinaria, esta fórmula llegó a tener una considerable importancia para la masonería. Cuando esa masonería surgió en Escocia, giró inicialmente en torno a una logia conocida como Logia N.º 1, también conocida como «Capilla de María».

A ésta siguieron otras cartas de asociación, pero el siguiente documento pertinente no aparece hasta más de un siglo después. En 1583, William Schaw, un confidente de Jacobo VI (posteriormente Jacobo I de Inglaterra), recibió del rey el cargo de maestro de obra y «guardián general de los albañiles». Una copia de sus estatutos, que datan de 1598 y fueron redactados por su propia mano, sobrevive hoy en el

más antiguo libro de actas de la Logia N.º 1 Capilla de María en Edimburgo.[11] El nombramiento de Schaw, por supuesto, no implicaba ningún desafío al estatus de los Sinclair y tampoco una usurpación del mismo. Era sólo una cuestión interna entre los propios albañiles y ya se había convertido en uno de sus principios aceptados. El nombramiento de Schaw, por otra parte, era una cuestión completamente externa, estableciéndole como un funcionario en el aparato administrativo real, más que como un secretario permanente de nuestros días. Schaw habría actuado, de hecho, como una especie de enlace o mediador entre los albañiles y la corona.

El ejercicio del cargo de Schaw acabó en 1602. Poco antes o después de esa fecha se publicó otro documento importante, conocido como la Carta de Saint Clair. El texto lamenta que «... nuestro robusto gremio haya sido despojado de todo defensor y protector y supervisor, que ha producido muchas falsas corrupciones e imperfecciones».[12] De este texto se desprende, aparentemente, que los Sinclair, cualquiera que haya sido su estatus hereditario, habían sido débiles, negligentes o algo peor. Y, sin embargo, la carta procede a reafirmar la antigua lealtad reconociendo al William Sinclair de esa época, y a sus herederos, como supervisores, patrones y jueces del oficio y de sus miembros. La firmas que acompañan a esta declaración provienen de logias ya existentes en Edimburgo, Dunfermline, St. Andrews y Haddington.

En 1630 se redactó una segunda Carta de Saint Clair. En ella se repetían los principios de la carta anterior y se profundizaba en ellos. Las firmas que refrendaban el documento atestiguan la existencia de nuevas logias en Dundee, Glasgow, Ayr y Stirling.[13] En consecuencia, existen indicios palpables de una creciente expansión de las logias y, al mismo tiempo, de un proceso de creciente centralización de las mismas. Y también, por supuesto, hay un elemento significativo en la reafirmación del antigüo vínculo entre la masonería y los Sinclair, no importa cuál pudo haber sido la negligencia de la familia en el pasado. Uno sólo puede llegar a la conclusión de que la asociación de la familia con este oficio derivaba de lo que era entonces conocimiento general o bien de una tradición tan profundamente arraigada y establecida que no podía ser alterada. Uno también sólo puede llegar a la conclusión de que tanto la masonería como los Sinclair, a comienzos del siglo XVII, consideraron que era conveniente declarar su afiliación. Para entonces, la masonería había adquirido cierto prestigio que —como podría haber imaginado cualquier observador de la época— estaba destinado a incrementarse. La asociación con ella, por razones que muy pronto se harán evidentes, le confería incluso más prestigio. Y, sin embargo, nadie, ni siquiera las otras prominentes familias escocesas, presumieron jamás de haber desafiado la reclamación de los Sinclair o intentado arrogárselas para ellos. Los Seton, los Hamilton, los Montgomery y otras familias importantes, incluidos los Stuart, se

implicarían profundamente en lo que ya estaba emergiendo como francmasonería. De hecho, según el texto de un manuscrito que data de 1658, un tal John Mylne, «maestro de la logia de Scone, y por deseo de su Majestad, entró al servicio de Jacobo VI como "albañil, mampostero y compañero de oficio"». El lugar de honor, sin embargo, siguió correspondiendo a los Sinclair.

Rosslyn y los gitanos

Los Sinclair no eran sólo benefactores y protectores hereditarios del arte y oficio de la albañilería. Durante el siglo XVI también se convirtieron en defensores y protectores de los gitanos, quienes «disfrutaron del favor y la protección de la familia Roslin hasta el primer cuarto del siglo XVII».[15] Las leyes contra los gitanos siempre habían sido muy duras en Escocia, y durante la Reforma se endurecieron aún más. En 1574, el Parlamento escocés decretó que todos los gitanos detenidos debían ser azotados, marcados en la mejilla o la oreja o bien debía cortárseles la oreja derecha.[16] En 1616 se introdujo una legislación incluso más severa. Hacia finales del siglo XVII los gitanos eran deportados en masa a Virginia, Barbados y Jamaica.

En 1559, no obstante, sir William Sinclair era lord general de Justicia de Escocia bajo el reinado de la reina María. Aunque sus esfuerzos no parecen haber sido especialmente exitosos, se opuso no obstante a las medidas que entonces se aplicaban a los gitanos. Se dice que, valiéndose de su estatus judicial, Sinclair intervino en una ocasión crítica y salvó a un gitano del cadalso. A partir de aquel hecho, los gitanos se convirtieron en visitantes anuales de las tierras de los Sinclair, que les ofrecían un refugio seguro. Todos los meses de mayo y junio se congregaban en los campos que rodeaban el castillo de Rosslyn, donde representaban sus obras. Se cuenta incluso que sir William Sinclair habilitó dos torres de su castillo para que fuesen ocupadas por los gitanos mientras se encontrasen en el lugar. Estas torres llegaron a ser conocidas como «Robin Hood» y «Little John».[17] Estas designaciones son muy significativas, ya que *Robin Hood and Little John* era una de las obras preferidas representadas en mayo por los gitanos ingleses y escoceses de la época; y, al igual que había sucedido con los gitanos, habían sido prohibidas oficialmente, decretando el Parlamento escocés el 20 de junio de 1555 que «nadie debía actuar como Robin Hood, Little John, Abad de la Sinrazón o Reina de Mayo».[18]

A los gitanos, por supuesto, se les atribuía desde hacía mucho tiempo el don de la «segunda vista». A comienzos del siglo XVII esta facultad comenzó a atribuirse también a los masones. Una de las primeras y más famosas referencias a la masonería tal como la conocemos hoy aparece en un poema de 1638, escrito por Henry Adamson de Perth,

titulado *Las musas Threnodie*. Este poema contiene los a menudo citados versos siguientes:

> Porque somos la hermandad de la Rosie Crosse;
> tenemos la palabra del Albañil, y segunda vista,
> podemos adivinar las cosas que vendrán...[19]

Ésta es, de hecho, la primera sugerencia conocida de que los masones poseían «poderes ocultos». Los poderes en cuestión son inconfundiblemente gitanos; y el común denominador entre los gitanos y la masonería era sir William Sinclair.

Sin embargo, para el desarrollo y la evolución de la masonería es más importante el hecho de que los gitanos viajasen a Rosslyn para representar obras teatrales. De hecho, una importante autoridad en la materia ha afirmado que las compañías viajeras recibidas en Rosslyn en mayo y junio no eran gitanos, sino «en realidad una compañía ambulante de actores».[20] Ya fuese que se tratase o no de gitanos, el hecho es que ellos representaban regularmente en la casa del presidente del Tribunal de Justicia de Escocia una obra prohibida por la ley.

¿Por qué había sido prohibida la obra? En parte, naturalmente, porque el tema tratado —el respaldo a un legendario forajido— habría sido considerado subversivo. En parte porque el austero protestantismo calvinista promulgado entonces en Escocia por John Knox consideraba inmoral toda forma de representación teatral, igual que harían los puritanos de Cromwell en Inglaterra un siglo más tarde. Pero la razón fundamental se vuelve evidente en la propia fraseología del decreto por el cual se prohibió la obra. «Nadie debía actuar como Robin Hood, Little John, Abad de la Sinrazón o Reina de Mayo». El «Abad de la Sinrazón» es, naturalmente, el fraile Tuck de la leyenda; la «Reina de Mayo» es la figura más conocida generalmente como la doncella Marion. Pero ambas figuras eran originariamente muy diferentes de aquello en lo que las han convertido las tradiciones posteriores. De hecho, Robin Hood, durante toda la Edad Media en Escocia e Inglaterra, ocupó un lugar secundario como forajido de la historia posterior. Robin Hood era, sobre todo, una especie de duende tomado fundamentalmente del antiguo dios de la fertilidad o deidad de la vegetación celta y sajón, el llamado Hombre Verde, mientras que en el folclore popular, Robin Hood era una figura intercambiable con Robin Verde, Robin del Bosque, Robin Buen Amigo, el Puck de la obra de Shakespeare *El sueño de una noche de verano*, que, en el solsticio de verano, preside la fertilidad, la sexualidad y las nupcias.

La leyenda de Robin Hood proporcionó, en efecto, un disfraz conveniente por el que los ritos de la fertilidad del antiguo paganismo fueron introducidos nuevamente en las entrañas de una Gran Bretaña nominalmente cristiana. Cada primero de mayo se celebraba un

festival de origen descaradamente pagano. Los rituales tenían lugar alrededor del «Mayo»*, símbolo tradicional de la arcaica diosa de la sexualidad y la fertilidad. El día de san Juan, 24 de junio, las vírgenes de todas las aldeas se convertían, de forma metafórica, en Reina del Mayo. Muchas de ellas serían llevadas al «bosque» donde se iniciarían sexualmente de la mano de un joven que representaba el papel de Robin Hood o Robin Buen Amigo, mientras que el fraile Tuck, el Abad de la Sinrazón, oficiaría la ceremonia, «bendiciendo» a las parejas en una parodia de la bodas formales. A través de esa representación desaparecían efectivamente los límites que separaban el ritual de la fertilidad de la máscara dramática. El primero de mayo sería, en realidad, un día de orgía. Nueve meses después, produciría a través de las islas Británicas su cosecha anual de niños. Fue en estos «hijos de Robin» donde se originaron muchos apellidos familiares como Robinson y Robertson.

En el contexto de la época, por lo tanto, una obra titulada *Robin Hood and Little John* —una obra representada cada mayo y junio en Rosslyn, ya fuese por los gitanos o por una compañía ambulante de actores, que incluía a un orgiástico Abad de la Sinrazón y una Reina del Mayo parecida a Venus— no habría sido una pieza dramática convencional como la concebimos hoy. Al contrario, habría sido un rito de fertilidad pagano, o una dramatización de un rito de la fertilidad pagano, que los cristianos de toda laya —fuesen calvinistas o católicos romanos— habrían encontrado escandaloso y pecaminoso. Pero esto era lo que el «teatro» significaba o implicaba habitualmente para los pobladores rurales de aquella época. Por lo tanto, poco puede sorprender que los sombríos y santurrones legisladores puritanos de la Escocia del siglo XVI y la Inglaterra del siglo XVII mostrasen toda su mojigatería ante ese «teatro».

El aspecto que debe tenerse en cuenta es que los Sinclair no sólo aprobaban, sino que acogían y protegían estas prácticas. Y Rosslyn no sólo proporcionaba un medio ideal para ellas. Es posible que haya sido, en el fondo, diseñada específicamente para ellas. El tema dominante de la capilla, que sirve de fundamento a toda la elaborada cubierta cristiana, es descaradamente pagano y celta. La figura que más se repite es el Hombre Verde, una cabeza humana con enredaderas que brotan de su boca y, a veces, también de las orejas, para extenderse a continuación por las paredes. De hecho, el Hombre Verde se encuentra por todas partes en la capilla de Rosslyn, atisbando en cada rincón desde unos zarcillos en forma de lianas que él mismo engendra. Su cabeza —porque nunca hay un cuerpo unido a ella— es como las cabezas

* Poste pintado y adornado con flores que se coloca en el centro del lugar donde se celebran las fiestas del primero de mayo. *(N. del T.)*

que los templarios fueron acusados de adorar, o las cabezas cortadas de la antigua tradición celta, ambas talismanes de la fertilidad. Por lo tanto, Rosslyn invoca tanto a los templarios como al antiguo reino celta de Escocia que Bruce pretendía restaurar.

En la capilla de Rosslyn convergen una serie de elementos críticos, en algunos casos procedentes de fuentes muy diversas. Residuos y tradiciones profundamente arraigadas del pasado fueron unidos a acontecimientos actuales, en ocasiones precozmente innovadores. Por ejemplo, debió producirse una productiva relación recíproca entre los Sinclair, los albañiles «operativos» que construían la capilla bajo sus auspicios y los gitanos o actores ambulantes que representaban sus obras bajo su protección. La fusión de esos elementos fue un paso crucial en la coalescencia final de la masonería. Pero otros elementos —el viejo legado caballeresco de los templarios, por ejemplo— aún tenían que ser asimilados otra vez. Y aún quedaban por añadir algunos elementos nuevos y enormemente importantes.

Para la gente de las zonas rurales, como hemos visto, la idea de «teatro» estaba representada por obras como *Robin Hood and Little John*. En los centros urbanos de Gran Bretaña, sin embargo, había otra clase de teatro, más familiar para nosotros hoy y que recibió más rápidamente un lugar legítimo en la tradición cultural. Eran los misterios o autos sacramentales, que se iniciaron en siglo XII y alcanzaron su máximo esplendor durante los siglos XIV y XV. El auto sacramental, desgajado fundamentalmente de la misa y de fuentes litúrgicas, era una combinación de drama y espectáculo público. La mayoría de los autos sacramentales estaban contenidos en secuencias o ciclos, cuatro de los cuales han sobrevivido hasta hoy, los de York, Chester, Wakefield y otro adscrito a veces a Coventry. En los días de fiesta, estos ciclos, saliendo de los alrededores de las iglesias para instalarse en la plaza del mercado, buscaban que los habitantes del pueblo participaran en la recreación de material bíblico. Episodios de las Sagradas Escrituras —el asesinato de Abel, por ejemplo, Noé y su arca, la Natividad e incluso la Crucifixión— eran representados en una forma dramática simplificada y de fácil digestión. Dios y Jesús aparecían a menudo «en escena». El mal —generalmente caracterizado como un bufón o un diablo payasesco— recibía su correspondiente castigo. A veces se representaban algunos temas tópicos y se satirizaban algunas causas de aflicción de la época. Las obras se representaban en grandes carromatos, como las carrozas de carnaval modernas, instalados en diversos puntos del pueblo, y los espectadores se trasladaban de un punto al siguiente como si fuesen las estaciones de la cruz en la iglesia. Los actores eran miembros de los distintos gremios —curtidores, yeseros, carpinteros de navíos, encuadernadores, herreros, merceros, carniceros, palafreneros— y cada gremio era responsable de describir un episodio bíblico específico.

En un importante artículo publicado en 1974, el reverendo Neville Barker Cryer ha demostrado cómo los autos sacramentales fueron una fuente fundamental de los rituales que más tarde se encontrarían en la masonería, proporcionando un material que, de otro modo, habría resultado amorfo con una forma y una estructura dramáticas.[21] Los gremios de albañiles «operativos» se mostraban particularmente activos en la puesta en escena de estos autos sacramentales. Como gran parte de su trabajo habían consistido en la construcción de iglesias, abadías y otros edificios religiosos, ellos disfrutaban de una relación muy estrecha con la jerarquía eclesiástica. Esto hacía que estuviesen más familiarizados que otros gremios con las técnicas de dramatización litúrgicas, y también con ciertos cuerpos de material bíblico.[22] Y como la Reforma recortó el programa de construcciones religiosas, los gremios de albañiles tuvieron mayores oportunidades de desarrollar sus habilidades en los dramas rituales, desarrollando gradualmente sus propios ritos, cada vez más alejados del tabú impuesto por el catolicismo.

Como hemos visto, cada gremio de un pueblo era tradicionalmente responsable de la dramatización de cuerpos específicos de material bíblico, incidentes y episodios específicos extraídos de las Sagradas Escrituras. En algunos casos, la asignación de un determinado tema a un gremio en particular habría sido más o menos arbitraria. Por ejemplo, habría resultado difícil encontrar en las Sagradas Escrituras algo exclusivamente pertinente a, digamos, los fabricantes de guantes o, como se les llamaba, *Gaunters*. Por otra parte, *había* algunos relatos bíblicos que guardaban una relación única con los albañiles. Además, su proximidad a la jerarquía eclesiástica les habría permitido elegir, y finalmente monopolizar, los relatos bíblicos que deseaban representar. El reverendo Cryer sugiere que algo de esta índole debió darse en la representación de los autos sacramentales. Los gremios de albañiles se habrían arrogado gradualmente la prerrogativa de dramatizar material de una pertinencia especial con su trabajo altamente especializado, como la construcción del Templo de Salomón.[23] Y, de este modo, el drama mítico central de la masonería posterior —el asesinato de Hiram Abiff— habría sido representado primero por albañiles en un auto sacramental.[24]

9

Masonería: geometría sagrada

La propia masonería está profundamente insegura en cuanto a cuáles fueron sus orígenes. En los aproximadamente cuatro siglos de su existencia formal, se ha esforzado, a veces de un modo desesperado, en establecer una genealogía. Los escritores masónicos han llenado numerosos libros con sus esfuerzos por elaborar una crónica de la historia de su oficio. Algunos de estos esfuerzos han sido no sólo espurios, sino que, en alguna ocasión, también han sido absolutamente hilarantes en su extravagancia, ingenuidad y expresión de deseos. Otros han sido no sólo razonables, sino que han abierto importantes puertas a la investigación histórica. Al final, sin embargo, la mayor parte de esa investigación ha acabado en la incertidumbre; y, no en pocas ocasiones, ha suscitado más interrogantes de los que ha sido capaz de responder. Un problema es que los propios masones han buscado con excesiva frecuencia una única herencia coherente, una sola e inalterada madeja de tradiciones que se extienda desde los tiempos anteriores al cristianismo hasta la actualidad. De hecho, la masonería es como un ovillo de lana enredado por un gatito juguetón. Consiste en numerosas madejas que deben ser desenredadas antes de poder discernir sus diversos orígenes.

La leyenda masónica sostiene que la masonería, al menos en Inglaterra, desciende del rey sajón Athelstan. Se dice que el hijo de Athelstan se unió a una fraternidad de albañiles, se convirtió en un entusiasta albañil y, gracias a su condición real, obtuvo un «permiso legal» para su hermandad. Como consecuencia de este reconocimiento real, se supone que se realizó un cónclave de albañiles en York, donde se establecieron las reglas que formaron la base de la masonería inglesa.

Historiadores masónicos posteriores han investigado exhaustivamente este relato. El consenso es que existen pocas o ninguna prueba que puedan confirmarlo. Pero, aun cuando fuese cierto, dejaría sin responder a pesar de todo las preguntas más importantes. ¿De dónde

procedían los albañiles supuestamente protegidos por el rey Athelstan y su hijo? ¿Dónde aprendieron su oficio? ¿Qué tenía de especial? ¿Por qué habría de merecer del trono la protección de la que supuestamente disfrutaba?

Algunos escritores masónicos han tratado de responder a estas preguntas recurriendo a los llamados «masones Comacine». Según estos escritores, durante los últimos días del imperio romano existía un colegio de arquitectos iniciados en lo que más tarde se llamarían misterios masónicos. Cuando se produjo la caída de Roma, se dice que los miembros del colegio, establecido en el lago de Como, escaparon y perpetuaron silenciosamente sus enseñanzas a través de las sucesivas generaciones: durante la Edad Media sus adeptos habrían encontrado su camino hacia los diferentes centros de toda Europa, incluyendo la corte de Athelstan.

Ninguno de estos dos relatos es del todo inverosímil. Durante el reinado de Athelstan parece haberse iniciado alguna clase de programa de construcciones, del que York es una prueba. Fue, quizás, el programa de esta clase más ambicioso de Europa en su época, y es muy posible que haya incluido alguna nueva, o recientemente redescubierta, práctica tecnológica. Además, se han encontrado biblias primitivas, que datan de los tiempos de la Inglaterra sajona, que describen a Dios en el papel característicamente masón de arquitecto. Y de hecho hay algunas pruebas de que realmente existió una especie de colegio de arquitectos en una isla del lago de Como durante los últimos días del Imperio romano. Es perfectamente posible, por lo tanto, que algunas de las enseñanzas de este colegio se conservasen para luego extenderse a través de la Europa occidental.

Pero ni Athelstan ni su hijo, ni tampoco los masones Comacine, bastan para dar cuenta de uno de los aspectos más notables de la masonería posterior: el hecho de que incluya una importante madeja de tradición judía filtrada a través del islam. El cuerpo de leyendas que forma el núcleo de la masonería —incluyendo, por supuesto, la construcción del Templo de Salomón— se desprende en última instancia del material contenido en el Antiguo Testamento, tanto canónico como apócrifo, y también de los comentarios islámicos y judaicos sobre el mismo. Merece la pena examinar detalladamente la más importante de estas leyendas: el asesinato de Hiram Abiff.

La historia de Hiram está enraizada en el contexto del Antiguo Testamento. Figura en dos libros, I Reyes y II Crónicas. Según el libro I Reyes V, 1-6:

> Hiram, el rey de Tiro, envió una embajada a Salomón, habiéndose enterado de que le habían ungido rey en sucesión de su padre y porque Hiram siempre había sido amigo de David. Y Salomón le envió este mensaje a Hiram: «Yo, por lo tanto, planeo construir un templo... de modo que haz que corten cedros del Líbano para mí...».[1]

A continuación se incluye un detallado relato de la construcción lel templo a cargo de los constructores tanto de Salomón como de Hiram. Se dice que la leva de mano de obra para el proyecto estuvo a cargo de un tal Adoniram, una variante, aparentemente, del nombre del propio Hiram. Una vez que el templo está concluido, el monarca israelita desea adornarlo con dos grandes columnas de bronce y otros ornamentos. En consecuencia, en I Reyes VII, 13-15:

> El rey Salomón envió a buscar a Hiram a Tiro; él era hijo de una viuda de la tribu de Naftali, pero su padre había sido un tirio, un trabajador del bronce. Fue adonde el rey Salomón e hizo todo este trabajo para él: vació dos columnas de bronce...

En II Crónicas II, 3-14 encontramos un relato ligeramente diferente:

> Salomón envió entonces este mensaje al rey Hiram de Tiro: «Estoy construyendo una casa para el nombre de Yavé mi Dios... De modo que enviadme a un hombre versado en el uso de oro, plata, bronce, hierro, escarlata, carmesí, violeta, y también el arte del grabado; deberá trabajar con mis hombres más hábiles...». Hiram rey de Tiro contestó: «Os envío a un hábil artesano, Huramabi, el hijo de una mujer danita y padre tirio. Es experto en el uso de oro, plata, bronce, hierro, piedra, madera... en grabados de toda clase y en la ejecución de cualquier diseño...».

En su tratamiento del maestro constructor del templo, el Antiguo Testamento es bastante sucinto. Pero la masonería —bebiendo de otras fuentes y/o inventándose otras— elabora estos escasos detalles y los convierte en lo que, en el marco de una religión convencional organizada, constituiría una teología independiente y desarrollada. La historia, cuando aparece en su forma final, contiene pequeñas variaciones en sus pormenores, similares a las variaciones que podemos encontrar en los Evangelios; pero su contenido general mantiene su consistencia de logia en logia, de rito en rito y de época en época.

El protagonista de la leyenda es conocido habitualmente como Hiram Abiff o, probablemente de forma más precisa, Adoniram. «Adoniram» se deriva sin duda de «Adonai», la palabra hebrea para «señor», del mismo modo en que «káiser» y «zar» tienen su origen en «César». El maestro constructor, por lo tanto, habría sido el «Señor Hiram», si bien se ha sugerido también que Hiram no era en absoluto un nombre propio, sino un título, que quizá designase al rey o a alguien relacionado con la casa real. «Abiff» es una derivación de la palabra «padre». Abiff, por lo tanto, podría haber sido el propio rey, el padre simbólico de su pueblo, o podría haber sido también el padre del rey, el antiguo rey o monarca «retirado», que podría haber abdicado después de un número estipulado de años. En cualquier caso, la cuestión

es que parecería estar vinculado por sangre con la casa real de la Tiro fenicia, y se trata obviamente de un «maestro» versado en los secretos de la arquitectura: los secretos del número, la forma, la medida y su aplicación práctica a través de la geometría. Y las modernas investigaciones arqueológicas confirman que el Templo de Salomón, tal como se lo describe en el Antiguo Testamento, guarda un parecido inconfundible con los templos construidos por los fenicios. Es posible incluso ir un paso más allá. Los templos tirios eran erigidos en honor de Astarté, la diosa madre fenicia (quien, sometida a un forzoso cambio de sexo por los primeros Padres de la Iglesia, entró en la tradición cristiana como Astarot, el demonio masculino). En la antigua Tiro, Astarté era conocida por los apodos de Reina del Cielo y Estrella del Mar o Stella Maris, fórmulas que, por supuesto, fueron secuestradas por la cristiandad y asignadas a la Virgen. Astarté era adorada convencionalmente en «lugares elevados»; las cimas de colinas y montañas —el monte Hermon, por ejemplo— están salpicadas con sus santuarios. Y cualquiera que haya sido su lealtad nominal al dios de Israel, Salomón era uno de sus adoradores: así, en I Reyes III, 3:

> Salomón amaba a Yavé: seguía los preceptos de David, su padre, excepto que ofrecía sacrificios e incienso en los lugares elevados.

I Reyes XI, 4-5 es incluso más explícito:

> Cuando Salomón envejeció, sus esposas inclinaron su corazón hacia otros dioses; y su corazón no estaba totalmente con Yavé su Dios como lo había estado el de su padre David. Salomón se convirtió en un seguidor de Astarté, la diosa de los sidonianos...

De hecho, la famosa «Canción de Salomón» es un himno a Astarté, y una invocación de la diosa:

> Llega del Líbano, mi novia prometida,
> llega del Líbano, viene en tu camino.
> Baja la vista, desde las alturas de Amana,
> desde las cimas de Senir y Hermon.[2]

Todo lo cual suscita preguntas acerca del Templo de Salomón, construido por un maestro constructor fenicio. ¿Estaba realmente dedicado al dios de Israel o a Astarté?

En cualquier caso, Hiram, adepto a la arquitectura, es traído por Salomón desde Tiro para dirigir la construcción del templo, de modo que el Templo de Salomón es, en términos estrictos, el «Templo de Hiram». En realidad, por supuesto, la enorme mano de obra que participó en una empresa tan ambiciosa habría consistido principalmente, cuando no exclusivamente, en trabajo de esclavos. En el ritual y la

tradición masónicas, sin embargo, al menos algunos de los constructores son descritos como hombres libres, o albañiles libres, presumiblemente profesionales tirios a los que se les paga por su trabajo. Están organizados en tres clases o categorías: aprendices, pares y maestros. Como su número es tan grande, Hiram no puede conocerles a todos personalmente. En consecuencia, cada clase o categoría recibe su propia palabra. A los aprendices se les llama «Boaz», por uno de los dos inmensos pilares o columnas que soportan el porche del templo. A los pares se les llama «Jachin», por el segundo pilar o columna. Los maestros reciben, al menos inicialmente, el nombre «Jehová». Cada una de estas tres palabras está acompañada asimismo de un «signo» particular, o colocación de las manos, y un «asimiento» especial, o apretón de manos. Cuando se reparten los jornales, cada trabajador se presenta ante Hiram, pronuncia la palabra asignada, firma y estrecha la mano de acuerdo con su rango antes de recibir el pago adecuado.

Un día, cuando Hiram está rezando en las inmediaciones de su edificio casi terminado, es abordado por tres villanos —pares según algunos relatos, aprendices según otros— que esperan obtener los secretos de un grado superior que aún no les corresponde. Hiram, que ha entrado por la puerta occidental, encuentra cerrado el paso por los villanos, quienes le exigen que les revele la palabra, el signo y el apretón secretos propios de un maestro. Cuando Hiram se niega a divulgar la información que ellos desean, los tres hombres le atacan.

Los relatos varían en cuanto a qué golpe recibió en qué puerta, y también qué instrumento infligió qué herida. Para nuestros propósitos, es suficiente saber que Hiram recibió tres golpes. Es golpeado en la cabeza con un martillo o un mazo. Recibe un golpe con un nivel en una sien y con una plomada en la otra. Históricamente, estos relatos varían asimismo en lo que se refiere a la secuencia de estas heridas, sobre cuál inauguró el ataque y cuál significó el *coup de grâce*. Hiram recibe la primera herida en la puerta norte o sur. Dejando un reguero de sangre que traza un dibujo característico en el suelo, Hiram trastabilla de una salida a otra, recibiendo un nuevo golpe en cada una de ellas. En todos los relatos, Hiram muere en la puerta oriental. En la logia moderna es aquí donde se coloca el maestro para oficiar la ceremonia. Es también, por supuesto, donde siempre se coloca el altar de una iglesia.

Los tres villanos, mortificados por lo que acaban de hacer, proceden a esconder el cuerpo sin vida del maestro. Según la mayoría de los relatos, es ocultado en la ladera de un monte cercano, enterrado bajo tierra suelta. El retoño de una acacia —la planta sagrada de la masonería— es arrancado de un grupo próximo y arrojado dentro de la tumba para que parezca que la tierra no ha sido removida. Pero siete días más tarde, cuando nueve de los maestros subalternos de Hiram están buscándole, uno de ellos, que trepa por la ladera del monte y busca algún apoyo para impulsarse hacia arriba, agarra con fuer

za el retoño de acacia y lo arranca de la tierra. Esto, naturalmente, lleva al descubrimiento del cuerpo del hombre asesinado. Al comprender lo que ha sucedido, y temiendo que Hiram pudiera haber divulgado la palabra del maestro antes de morir, los nueve maestros deciden cambiarla. La nueva palabra, acuerdan, consistirá en cualquiera que ellos pronuncien al azar en el momento de desenterrar el cadáver. Cuando la mano de Hiram es agarrada por los dedos y la muñeca, la piel putrefacta se desprende como si se tratase de un guante. Uno de los maestros exclama entonces «¡Macbenac!» (o cualquiera de sus numerosas variantes) que, en alguna lengua no especificada, significa aparentemente «la carne que cae del hueso», o «el cadáver está putrefacto», o simplemente «la muerte de un constructor». Ésta se convierte en la nueva palabra del maestro. Posteriormente, los tres villanos son descubiertos y castigados. El cuerpo de Hiram, exhumado de la ladera del monte, es enterrado nuevamente en los alrededores del templo en el curso de una gran ceremonia, con todos los maestros luciendo mandiles y guantes de cuero blanco para mostrar que ninguno de ellos ha manchado sus manos con la sangre del hombre muerto.[3]

Como hemos dicho, durante los últimos 250 años las distintas versiones de la historia han variado ligeramente en la secuencia de los acontecimientos o en algunos de los detalles específicos. También existen variaciones en la supuesta conducta de Salomón en este asunto. En ocasiones, su papel está notablemente enfatizado; a veces, se le resta importancia. Pero en sus puntos esenciales, todas las versiones de la leyenda coinciden con el resumen presentado más arriba. Ahora bien, lo que se mueve furtivamente detrás del relato es otra cuestión, que se extiende más allá de los confines de este libro, perteneciendo más propiamente a estudios de antropología, mitología comparada y el origen de las religiones. Los comentarios han proliferado como resultado de la publicación de la obra pionera de sir James Frazer, *La rama dorada*. Algunos estudiosos, al igual que algunos escritores masónicos, han afirmado que toda la historia de Hiram —como muchos otros relatos en los mitos antiguos y, en cuanto a eso, en la Biblia también— fue una distorsión deliberada, un velo que pretendía ocultar uno de los rituales más arcaicos y extendidos, el del sacrificio humano. En el Oriente Próximo de los tiempos bíblicos, no era por cierto infrecuente consagrar un edificio con un cadáver sagrado, un niño, una virgen, un rey o algún otro personaje de sangre real, un sacerdote o una sacerdotisa, un constructor. A menudo, tumba y santuario eran la misma cosa. En épocas posteriores, la víctima ya estaba muerta, o sería reemplazada por un animal; pero, al principio, a menudo un ser humano era asesinado deliberadamente, sacrificado ritualmente, a fin de santificar un lugar con su sangre. La historia de Abraham e Isaac es sólo uno de los numerosos indicios de que los antiguos israelitas suscribían esas prácticas. Y, de hecho, algunos residuos de esa tradición persistieron en los

tiempos cristianos, con iglesias que se alzaban a menudo sobre las tumbas de los santos, o con santos enterrados, cuando no asesinados, con el objeto de santificar las iglesias. En su novela *Hawksmoor*, publicada en 1984, Peter Ackroyd describe una serie de iglesias de principios del siglo XVIII construidas en lugares donde se realizaban sacrificios humanos. Aquello que algunos lectores y críticos consideraron como la fantasía de una historia de terror reside de hecho en un principio de larga data. En la época en que Ackroyd está describiendo su obra, los masones tenían conocimiento de este principio casi con toda seguridad, aun cuando nunca lo pusieran en práctica.

En cualquier caso, y cualesquiera que sean los vestigios atávicos ocultos en ella, el núcleo de la historia de Hiram no es una fabricación de tiempos recientes, sino un relato que tiene cientos de años de antigüedad. Como ya hemos podido ver, hay muy pocos datos de esta historia en el Antiguo Testamento, pero existen elaboraciones y variaciones de la misma entre las primeras leyendas talmúdicas y los libros apócrifos de la tradición judaica. Por qué habría de volverse tan importante más tarde —por qué, de hecho, habría de asumir Hiram las proporciones de una figura realmente similar a la de Cristo—, es, por supuesto, otra cuestión. Pero, en la Edad Media, el arquitecto o constructor del Templo de Salomón ya era una figura importante para los gremios de albañiles «operativos». En 1410, un manuscrito relacionado con uno de esos gremios menciona al «hijo del rey de Tiro» y le asocia con una antigua ciencia que, según se dice, consiguió sobrevivir al Diluvio y fue transmitida por Pitágoras y Hermes.[4] Un segundo manuscrito que data de 1583 cita a Hiram y le describe como hijo del rey de Tiro y también como «maestro».[5] Estos documentos escritos dan testimonio de lo que seguramente debió haber sido una tradición mucho más antigua y extendida. Esa tradición puede explicar los paralelismos que se advierten entre el hijo del rey de Tiro y el de Athelstan, ambos príncipes reales, ambos reputados arquitectos, maestros constructores y protectores de los albañiles.

No está claro el momento preciso en que la historia de Hiram se convierte por primera vez en un elemento central de la masonería. Sin embargo, casi con toda seguridad, contribuyó en alguna medida a los orígenes de la institución. Al reflexionar sobre la capilla de Rosslyn de sir William Sinclair, y la cabeza del «aprendiz asesinado», es posible ver que su herida es idéntica a la que supuestamente se infligió a Hiram, mientras que la cabeza femenina en la capilla es conocida como «la Madre Viuda». Aquí, por lo tanto, hay motivos de la historia de Hiram que preceden en muchos años a la masonería moderna.

Según escritores masónicos posteriores, la calavera y los huesos cruzados era un símbolo asociado de antaño tanto a los templarios como al maestro asesinado. No obstante, aún se desconoce durante cuánto tiempo ha sido realmente así. Durante los siglos XVII y XVIII, la calavera y los huesos cruzados se emplearon como un artilugio para seña-

lar la tumba de Hiram y, por extensión, la tumba donde se hallaban los restos de cualquier maestro albañil. Como hemos visto, la leyenda dice que, al exhumar la tumba de Bruce, se descubrió que había sido enterrado con los huesos de las piernas cruzados detrás del cráneo. La calavera y los huesos cruzados eran también una parte importante de los adornos de la categoría masónica conocida como «caballero templario» y figura de manera prominente entre las tumbas de Kilmartin y otros lugares de Escocia, junto a otros emblemas específicamente masónicos.

En la masonería actual, la muerte de Hiram es representada de forma ritual por todos los aspirantes al llamado Tercer Grado, el grado de maestro masón. Pero hoy existe un añadido fundamental: el maestro es resucitado. «Aprobar el Tercer Grado» significa morir y renacer en términos rituales. Uno representa el papel de Hiram; uno se convierte en el maestro y experimenta su muerte; uno es entonces *elevado* a maestro masón, según la fraseología empleada en el ritual. Existe un eco interesante de este rito en un episodio correspondiente al profeta Elías en el libro I Reyes XVII, 17-24. En una visita a Sidón, cerca de la puerta de la ciudad, Elías encuentra a una viuda que está recogiendo leña y es invitado a su casa. Durante su estadía con ella, el hijo de la mujer —el «hijo de la viuda»— enferma y muere. Elías «se tendió tres veces sobre el cuerpo del niño», implorando la ayuda de Dios, después de lo cual «el alma del niño volvió a él otra vez y resucitó».

Existe una curiosa nota a pie de página a este estudio de la historia de Hiram. Hasta el siglo XVIII se mantuvo en riguroso secreto y parece haber formado parte del arcano saber popular revelada sólo a los miembros iniciados de la hermandad. Sin embargo, en Francia, alrededor de 1737, empezó a manifestarse la paranoia acerca de la masonería y sus secretos, una actitud que ha continuado hasta nuestros días. Se produjeron redadas policiales. Algunos individuos, aparentemente, se infiltraron en las logias para informar acerca de las actividades que desarrollaban. Unos pocos masones desertaron o filtraron información. Como consecuencia de esta situación, comenzó a aparecer la primera de una progresiva serie de «revelaciones», todas las cuales han demostrado ser notablemente frustrantes. No obstante, estas revelaciones pusieron al alcance del dominio público la leyenda de Hiram, haciendo que se volviese familiar a aquellos que no eran masones y despojándola así de gran parte de su portentosa carga mística.

En 1851, el poeta francés Gérard de Nerval, después de haber regresado de un viaje por lo que entonces era un exótico Oriente Próximo, publicó un libro de setecientas páginas titulado *Voyage en Orient*. En esta obra, Nerval no sólo relató sus propias experiencias (algunas de ellas teñidas por la ficción), sino que también incluyó narraciones del viaje, comentarios acerca de usos y costumbres, leyendas que había encontrado, relatos del folclore nativo e historias que había oído contar. Entre estas últimas se encuentra la versión más completa, detalla-

da y evocativa de la historia de Hiram que jamás haya aparecido impresa, ya sea antes o después. Nerval no sólo relató el texto básico como se ha referido más arriba. También divulgó —por primera vez, que nosotros sepamos— una serie de extrañas tradiciones místicas asociadas en la masonería a la genealogía y los antecedentes de Hiram.

Lo que resulta particularmente curioso es que Nerval no menciona en ningún momento a la masonería. Alegando que su narración es una especie de cuento folclórico regional, desconocido hasta entonces en Occidente, afirma que se lo oyó recitar a un cuentista persa en un café de Constantinopla.

En otro escritor, esa evidente ingenuidad habría resultado creíble, y no hubiese habido razón alguna para poner en duda sus afirmaciones. Pero Nerval formaba parte de un círculo literario que incluía a Charles Nodier, Charles Baudelaire, Théophile Gautier y al joven Victor Hugo, todos los cuales eran versados en los misterios y en los elementos esotéricos. No está claro si Nerval era masón. Puede que no lo haya sido. Es posible que, en el oscuro mundo subterráneo de los secretos ocultos y las sociedades secretas, tuviese otras lealtades. Pero no hay ninguna duda de que Nerval sabía perfectamente lo que estaba haciendo, que sabía que su relato (aun cuando *realmente* hubiese oído una versión del mismo en un café de Constantinopla) no era un simple cuento popular de Oriente Próximo, sino el mito fundamental de la masonería europea. Por qué Nerval decidió divulgarlo, y por qué lo divulgó de la manera en que lo hizo, sigue siendo un misterio, enraizado en la compleja política del «renacimiento esotérico» francés de mediados del siglo XIX. Pero su extraño, inquietante y evocador relato de la leyenda de Hiram constituye la versión más completa y detallada que tenemos o que probablemente tengamos nunca.

El arquitecto como mago

La leyenda de Hiram representa una hebra de la tradición judaica en la masonería. En algunas de sus versiones, sin embargo, incluida la de Gérard de Nerval, también incorpora elementos e influencias del mundo islámico; y, como hemos visto, Nerval afirmaba haber obtenido su versión de fuentes islámicas. ¿Cómo, entonces, encontró su camino hacia el corazón de la Europa cristiana medieval? Y ¿por qué debió ser tan importante para los constructores de los edificios religiosos cristianos? Comencemos por analizar la segunda de estas preguntas.

El judaísmo prohibía que se esculpiesen imágenes. El islam heredó y perpetuó ese tabú. Bajo el judaísmo y el islamismo se desarrolló un legado cultural que era enemigo del arte realista o figurativo, de cualquier descripción de las formas naturales, incluyendo, por supuesto, la del hombre. La clase de decoración que uno asocia a las catedrales cristianas no se encuentra en las sinagogas o en las mezquitas.

En parte, esta prohibición se desprende del hecho de que cualquier intento de describir el mundo natural, incluida la forma humana, estaba considerada como blasfemo, como un intento de competir con Dios como creador, incluso de usurpar y desplazar el papel de Dios como creador. Sólo Dios tenía la prerrogativa de crear formas de la nada, creando la vida de la arcilla. El hecho de que el hombre crease una réplica de esas formas, y una réplica de la vida utilizando para ello la madera, la piedra, el pigmento o cualquier otra sustancia o materia, era una violación de la prerrogativa divina y, por necesidad, una parodia o burla de la misma.

Pero también se advertía una justificación teológica más profunda detrás de este dogma en apariencia excesivamente literal, una justificación que se superponía —e incluso puede haber estado influido por él— al antiguo pensamiento pitagórico. Dios, tanto en el judaísmo como en el islam, era Uno. Dios era una unidad. Dios era todo. Las formas del mundo fenoménico, por otra parte, eran numerosas, variadas y diversas. Esas formas daban fe no de la unidad divina sino de la fragmentación del mundo temporal. Si Dios debía ser percibido en la creación, no era en la multiplicidad de las formas, sino en el principio unificador que las caracterizaba y las sustentaba. En otras palabras, Dios debía ser percibido en los principios de la forma —determinada finalmente por los grados en un ángulo— y el número. Era a través de la forma y el número, no por la representación de las diversas formas, como se manifestaba la gloria de Dios. Y era en los edificios basados en la forma y el número, más que en cualquier otro adorno figurativo, donde debía alojarse la presencia divina.

La síntesis de forma y número es, naturalmente, geometría. A través de la geometría, y de la repetición regular de los modelos geométricos, se actualiza la síntesis de forma y número. Por lo tanto, a traves del estudio de la geometría, ciertas leyes absolutas parecen volverse descifrables, leyes que dan testimonio de un orden implícito, un diseño implícito, una coherencia implícita. Este plan maestro era manifiestamente infalible, inmutable, omnipresente; y en virtud de esas mismas cualidades, podía ser construido, con bastante facilidad, como algo de origen divino, una manifestación visible del poder divino, la voluntad divina, la destreza divina. Y, de este modo, tanto en el judaísmo como en el islam, la geometría llega a asumir proporciones sagradas, llegando a investirse de un carácter de misterio trascendente e inmanente.

Hacia finales del siglo I a.C., el arquitecto romano Vitruvio había enunciado las que habrían de convertirse en las premisas más básicas para los constructores posteriores. Él había recomendado, por ejemplo, que los constructores se organizaran en sociedades o *collegia* mutuamente beneficiosas. Había insistido: «Dejad que los altares miren al este»,[7] como lo hacen en las iglesias cristianas. Y más importante aún, había establecido la posición del arquitecto como algo más que un

simple técnico. El arquitecto, decía Vitruvio, «debe ser... un avezado dibujante, un matemático, familiarizado con los estudios históricos, un aplicado estudiante de filosofía, conocedor de la música... familiarizado con la astrología...».[8] Para Vitruvio, en efecto, el arquitecto era una especie de mago, versado en la suma del conocimiento humano y que estaba en el secreto de las leyes fundamentales de la creación. En un lugar prominente de estas leyes figuraba la geometría, que el arquitecto estaba obligado a aplicar a fin de construir templos «con la ayuda de la proporción y la simetría...».[9]

En este sentido también, por lo tanto, el judaísmo y el islam habrían de coincidir con el pensamiento clásico. ¿Porque no era acaso la arquitectura la aplicación y actualización supremas de la geometría, una aplicación y actualización que iban más allá incluso que la pintura y convertían en tridimensional a la geometría? ¿No era acaso en la arquitectura donde la geometría se encarnaba efectivamente?

Era, por lo tanto, en estructuras basadas en la geometría, sin ningún adorno que distrajese o desviase la mente, donde la presencia de Dios debía ser colocada y adorada. La sinagoga y la mezquita, en consecuencia, estaban basadas no en la decoración sino en principios geométricos, en relaciones matemáticas abstractas. Y la única ornamentación que se permitía en ellas era de naturaleza geométrica abstracta: el laberinto, por ejemplo, el arabesco, el tablero de ajedrez, el arco, el pilar o columna y otras encarnaciones «puras» de la simetría, la regularidad, el equilibrio y la proporción.

Durante la Reforma, el tabú contra el arte figurativo fue adoptado por algunas de las formas más austeras del protestantismo. Ello se produjo sobre todo en Escocia. Pero la cristiandad medieval, bajo la hegemonía de la iglesia católica, no tenía esas inhibiciones o prohibiciones. Sin embargo, el cristianismo se apresuró a adoptar los principios de la geometría sagrada y a utilizarlos para incrementar sus propios intentos de encarnar y honrar lo divino. Desde el período de las catedrales góticas en adelante, la geometría sagrada en arquitectura y en la ornamentación arquitectónica marcharon de acuerdo con el arte figurativo como un componente integral de las iglesias cristianas.

En la catedral gótica, de hecho, la geometría era el factor más importante. Como ya hemos apuntado en la capilla de Rosslyn, la construcción de cualquiera de esos edificios se realizaba bajo la dirección del llamado «maestro de la obra». Cada uno de esos maestros elaboraba su propia geometría, con la que tenía que armonizar todo lo que se construyese después. Un estudio de la catedral de Chartres ha revelado que, durante su construcción, nueve maestros diferentes dejaron su impronta en ella.

La mayoría de estos maestros eran fundamentalmente dibujantes y artesanos expertos, cuyas habilidades eran completamente tecnológicas. Sin embargo, algunos de ellos — se cree que dos de los nueve

que intervinieron en la construcción de Chartres— eran obviamente hombres versados en algo más.[11] Su trabajo refleja un carácter metafísico, espiritual o, en el lenguaje de la masonería, «especulativo» que demuestra un alto grado de educación y sofisticación y da testimonio de hombres que, además de constructores, eran filósofos y pensadores. Como ya hemos visto, un manuscrito que data de 1410 habla de una «ciencia» cuyos secretos fueron recuperados por Pitágoras y Hermes después del Diluvio. A partir de referencias como ésta resulta evidente que algunos maestros, al menos, tuvieron acceso al pensamiento neoplatónico y hermético mucho antes de que ese pensamiento, durante el Renacimiento, se pusiera de moda en Europa occidental. Pero antes del Renacimiento, ese pensamiento —heterodoxo como era y procedente de fuentes no cristianas— habría sido extremadamente peligroso para sus partidarios, quienes se vieron obligados a guardarlo en secreto. En consecuencia, una tradición «esotérica» de maestros «iniciados» habría surgido dentro de los gremios o asociaciones de albañiles «operativos». Aquí, entonces, estaban las semillas de lo que más tarde se daría en llamar masonería «especulativa».

Dentro de esta tradición «esotérica» de maestros «iniciados», la geometría sagrada tenía una importancia capital ya que era, como hemos visto, una manifestación de lo divino. Para esos maestros, una catedral era algo más que una «casa de Dios». Era algo semejante a un instrumento musical, un instrumento afinado según un tono particular y exaltadamente espiritual, como un arpa. Si el instrumento estaba afinado de forma correcta, el propio Dios resonaría a través de él, y Su inmanencia sería sentida por todos los que entrasen en la iglesia. Pero ¿*cómo* se la afinaba correctamente? ¿Cómo y dónde especificaba Dios Sus exigencias de diseño? La geometría sagrada proporcionaba los principios generales, las leyes fundamentales. Pero había un único contexto en el Antiguo Testamento en el que, según se cree, Dios había instruido de manera precisa y específica a sus adoradores, había dibujado sus propios planos. Este contexto era la construcción del Templo de Salomón. Y, por lo tanto, la construcción de este templo llegó a asumir una enorme importancia para los albañiles de la Edad Media. Aquí Dios realmente había *enseñado* la aplicación práctica de la geometría sagrada a través de la arquitectura. Y Su principal pupilo, Hiram de Tiro, fue adoptado como el modelo al que debía aspirar todo verdadero maestro constructor.

El conocimiento oculto

Ésta es la razón por la que la historia de Hiram llegó a adquirir la importancia que tuvo. Pero aún está pendiente la cuestión de *cómo* esta historia y sus diversos adornos se abrieron paso hasta el corazón de

la Europa cristiana. ¿Cómo, en cuanto a eso, la geometría sagrada en su conjunto —compuesta del pensamiento pitagórico, vitruviano, hermético, neoplatónico, judaico e islámico— se abrió paso hacia Occidente? A fin de responder a estas preguntas, uno debe fijarse en los períodos históricos en los que esos cuerpos de enseñanzas podrían haber sido transmitidos y asimilados de un modo más influyente, períodos en los que la cristiandad estuvo más expuesta a las influencias «extranjeras» y, a veces deliberadamente, a veces a través de alguna forma de ósmosis, las absorbió.

El primero de esos períodos se produjo en los siglos VII y VIII, cuando el islam, impulsado por la energía militante característica de una nueva fe, atravesó Oriente Próximo, recorrió la costa del norte de África, cruzó el estrecho de Gibraltar, arrolló la península Ibérica y avanzó sobre Francia. El posterior dominio islámico en España alcanzó su momento apoteósico en el siglo X y, por lo tanto, coincide con el reinado de Athelstan en Inglaterra. Aunque no existe documentación alguna sobre la materia, es sin duda posible que algunos de los principios de la geometría y la arquitectura sagradas se filtrasen hacia el norte a través de España y Francia. Los ejércitos del islam pueden haber sido frenados por Carlos Martel en la batalla de Poitiers en 732, pero las ideas siempre resultan más difíciles de repeler que los ejércitos.

En 1469, Fernando de Aragón se casó con su prima, Isabel de Castilla. De esta unión nació la España moderna. En un acceso de fervor apostólico, Fernando e Isabel se embarcaron en un programa de «purificación», a través del cual sus dominios unidos habrían de ser purgados sistemáticamente de todos los elementos «extraños», es decir, judaicos e islámicos. Esta decisión inauguró la era de la Inquisición en España y de los llamados autos de fe. Como ha dicho Carlos Fuentes, en ese momento España desterró la sensualidad propia de los musulmanes y la inteligencia de los judíos y avanzó hacia la esterilidad.[12] Pero entre los siete siglos y medio transcurridos entre la batalla de Poitiers y el reinado de Fernando e Isabel, España fue un auténtico depositario de enseñanzas «esotéricas». De hecho, el primer «esotericista» de renombre en Occidente fue el mallorquín Raimon Llull, o Lull, cuya obra ejercería una enorme influencia en los posteriores acontecimientos europeos. Pero incluso aparte de Llull, estaba aceptado que las personas que buscaban una iniciación mística o «esotérica» debían efectuar un peregrinaje estatutario a España. En *Parzival*, Wolfram von Eschenbach afirma que su historia se había originado en fuentes españolas. Se dice que Nicolás Flamel, probablemente el más famoso de los primeros alquimistas, aprendió los secretos de la transmutación en un libro obtenido en España.

Por lo tanto, durante siete siglos y medio, España habría de ser una fuente de inspiración «esotérica». Desde España, este material continuó filtrándose hacia el resto de Europa, a veces en un goteo,

a veces en una inundación. Pero la influencia española, aunque importante, no tardaría en ser eclipsada por otros contactos más dramáticos entre el cristianismo y los cultos rivales. El primero de ellos fue, por supuesto, las Cruzadas, durante las cuales decenas de miles de europeos en Tierra Santa se empaparon de los mismos credos que habían ido a extirpar. Durante las Cruzadas, la corte siciliana del emperador Federico II Hohenstauffen se convirtió en un verdadero centro de distribución de las corrientes de pensamiento judaicas e islámicas. Los templarios fueron otro conducto fundamental —quizá *el* conducto principal— de dichas corrientes. Aunque nominalmente «caballeros de Cristo», en la práctica los templarios mantenían relaciones cordiales tanto con el islam como con el judaísmo, e incluso se afirma que albergaban ambiciosos planes para reconciliar a la cristiandad con ellos.

Los templarios fueron unos grandes constructores. Empleando a sus propios equipos de albañiles, construyeron sus propios castillos y preceptorías. La arquitectura templaria presentaba habitualmente características bizantinas, reflejando influencias que excedían la esfera de control de Roma. Como hemos visto, en Athlit, Israel, se encontraron dos tumbas de maestros albañiles templarios, probablemente las tumbas «masónicas» conocidas más antiguas del mundo.

Los templarios patrocinaban sus propios gremios de artesanos y albañiles y parece que, en alguna ocasión, ellos mismos se convirtieron en miembros de esos gremios.[13] De vez en cuando, también, algunos hábiles artesanos eran incorporados como «asociados» del Temple. Vivían en aldeas independientes y unidas a preceptorías y disfrutaban de muchos de los privilegios de la orden, que incluían la exención de impuestos y peajes. En Europa, asimismo, los templarios se habían designado a sí mismos guardianes de los caminos, asegurando el viaje de peregrinos, caminantes, comerciantes y constructores. Considerando este amplio espectro de actividades, no debe sorprender que los principios de la arquitectura y la geometría sagrada encontrasen el camino hacia Europa occidental bajo los auspicios de los templarios.

Pero si los templarios representaron un conducto para esos principios, sólo pudieron haberlo hecho durante un período limitado, durante no más (y probablemente menos) de los dos siglos de su existencia. Y tampoco, como hemos señalado en repetidas ocasiones, se debe considera a los templarios algo que no fueron. Algunos de los funcionarios de la orden pueden haber sido individuos tan bien educados como, por ejemplo, sus homólogos dentro de la jerarquía eclesiástica; algunos, de hecho, pueden haber sido personas versadas en los misterios de la arquitectura y la geometría secretas; pero la mayoría de los templarios eran soldados rudos, tan ignorantes y nada sofisticados como la mayoría de los nobles de su época. Es posible que esos hombres hayan aprendido de sus superiores que los gremios de

albañiles «operativos» poseían secretos tecnológicos que merecían respeto, pero no habrían sabido cuáles eran esos secretos, y mucho menos habrían sido capaces de comprenderlos. Además, con la disolución oficial de la orden, sin duda se perdió mucho más. En Escocia, en particular, los refugiados templarios, separados de sus antiguos superiores, se habrían quedado sólo con formas vacías que observar. Es posible que hayan contemplado el arte de la construcción con deferencia, pero su significado para ellos habría sido más simbólico y ritual que práctico: es muy poco probable que hayan entendido mucho del mismo. De hecho, cualesquiera templarios que hayan sobrevivido en Escocia habrían sido parecidos a algunas clases de masonería posterior, perpetuando de manera mecánica un cuerpo de tradiciones y prácticas sin apreciar realmente su significado.

Si existió realmente alguna conexión entre los templarios y los gremios de albañiles «operativos» en Escocia, se habría extinguido en cualquier caso hacia el siglo XV. Pero precisamente en ese punto se produciría una transfusión de fresca inspiración procedente de otra parte, que regeneró la aplicación de la geometría sagrada a la arquitectura e insufló un nuevo impulso a ambas. En 1453, Constantinopla y los últimos vestigios del antiguo Imperio bizantino cayeron ante los turcos. El resultado fue un éxodo masivo de refugiados hacia Europa occidental, junto con los tesoros, acumulados durante los mil años previos, de bibliotecas bizantinas, que incluían textos sobre hermetismo, neoplatonismo, gnosticismo, cábala, astrología, alquimia, geometría sagrada, todas las enseñanzas y tradiciones que se habían originado en Alejandría durante los siglos I, II y III y que habían sido aumentadas y actualizadas de forma constante. Y entonces, en 1492, como hemos visto, Fernando e Isabel de España iniciaron un período de despiadada extirpación del islamismo y el judaísmo de sus dominios. Esta acción, también, provocó un éxodo de refugiados que se dirigieron hacia el este y el norte, llevando con ellos el cuerpo completo de «esoterismo» ibérico, que se había estado filtrando gradualmente hacia el cristianismo desde los siglos VII y VIII.

El impacto de estos acontecimientos fue realmente arrollador. Transformó la civilización occidental. Historiadores y eruditos coinciden en que la afluencia de las ideas procedentes de Bizancio y España fue, probablemente, el factor más importante que contribuyó al fenómeno cultural que hoy conocemos como el Renacimiento.

El material bizantino encontró su camino inicialmente hacia Italia, donde hombres como Cosimo de Medici no tardaron en incorporarlo. Se crearon academias para estudiarlo y propagarlo. Se encargaron y diseminaron las traducciones, las primeras y más famosas bajo la pluma de Marsilio Ficino. También se escribieron exégesis —a cargo de Pico della Mirandola, por ejemplo— y también se difundieron del mismo modo. Desde Italia, durante el siglo siguiente, una oleada de «esoterismo» se extendió a través del resto de Europa. La geome-

tría sagrada, considerada ahora como una forma de «magia talismánica», no se aplicó ya sólo a la arquitectura, sino también a la pintura, como puede verse en los trabajos de Leonardo y Botticelli. Y pronto habría de impregnar a otras artes, incluyendo la poesía, la escultura, la música y, especialmente, el teatro.

No es que la arquitectura perdiese importancia como consecuencia de este fenómeno. Al contrario, adquirió un estatus incluso más elevado del que disfrutaba antes. La propagación del neoplatonismo —las enseñanzas místicas sincréticas que se habían conjugado en la Alejandría inmediatamente poscristiana— concedió una renovada importancia al antiguo pensamiento clásico del propio Platón. Y en Platón, los eruditos del Renacimiento, quienes buscaban ansiosamente conexiones pertinentes, encontraron un principio crucial para la cristalización posterior de la masonería. En el *Timeo* de Platón aparece la primera ecuación conocida del Creador con el «Arquitecto del Universo». El Creador, en el *Timeo*, es llamado *tekton*, que significa «artesano» o «constructor». «*Arche-tekton*», por lo tanto, significaba «maestro artesano» o «maestro constructor». Para Platón, el «*arche-tekton*» dibujó el cosmos por medio de la geometría.[15]

Como hemos visto, el cuerpo de material «esotérico» procedente de Constantinopla encontró inicialmente su camino de acceso a Europa a través de Italia. El material procedente de España cuarenta años más tarde también llegó en gran parte a Italia, pero una parte importante alcanzó los Países Bajos, los dominios españoles de Flandes y Holanda. Aquí generó el Renacimiento flamenco, que discurrió en paralelo al italiano. Y, hacia comienzos del siglo XVI, las hebras originadas en Italia y los Países Bajos habían convergido bajo el auspicio de las casas de Guise y Lorena. Así, por ejemplo, la primera edición de la obra originaria, *Corpus hermeticum*, publicada en 1549, estaba dedicada a Carlos de Guise, cardenal de Lorena, hermano de Marie de Guise, quien se casó con Jacobo V de Escocia y dio a luz a María reina de los Escoceses.

Las casas de Guise y Lorena ya estaban iniciadas en las prácticas esotéricas. De hecho, el interés de Cosimo de Medici en esta materia había debido mucho al estímulo de su docto colega, René de Anjou, duque de Lorena, a mediados del siglo XV, quien había pasado algún tiempo en Italia y promovido el transplante del pensamiento del Renacimiento italiano a sus propios dominios. La proximidad geográfica estableció que el material procedente de Flandes encontrase también el camino hacia esos dominios. Hacia comienzos del siglo XVI, por lo tanto, y a pesar de su ostensible catolicismo, las familias Guise y Lorena se habían convertido en asiduos patrocinadores de los trabajos del esoterismo europeo. Desde ellos —a través del casamiento de Marie de Guise con Jacobo V, de la Guardia Escocesa y de familias como los Estuardo, Seton, Hamilton, Montgomery y Sinclair— serían llevados de regreso a Escocia. Y allí —donde el anti

guo legado templario había preparado el terreno y los gremios de albañiles «operativos» estaban desarrollando sus propios misterios bajo el patrocinio de los Sinclair— encontrarían un suelo abonado para su desarrollo. Y aquí encontramos un escrito de Marie de Guise sobre sir William Sinclair que dice:

> ... nos unimos... al llamado sir William, y del mismo modo seremos leales y verdaderos maestros para él, y mantendremos en secreto el consejo y secreto que nos ha enseñado.[16]

El conocimiento oculto en Francia e Inglaterra

Las familias Guise y Lorena, como ya hemos visto, eran despiadadamente ambiciosas. No sólo estuvieron en un tris de alcanzar el trono de Francia. También tenían sus ojos puestos en el papado, y de hecho lo habrían conseguido si sus intrigas, y sus graves errores, en la política francesa no hubiesen comprometido su credibilidad y agotado sus recursos. A fin de facilitar sus intenciones sobre el trono de san Pedro, ambas casas decidieron presentarse como un baluarte de la Europa católica, «defensoras de la fe» contra la Reforma y la ascendente marea de protestantismo en Alemania, Suiza y los Países Bajos. En consecuencia, adoptaron y desarrollaron una política pública de ferviente catolicismo, a menudo fanático en su intensidad. Una manifestación de esta política fue la famosa Liga Santa, una alianza de príncipes y soberanos católicos dedicados a erradicar el protestantismo del continente. Para los extraños, la Liga Santa parecía un testimonio de la piedad de Guise y Lorena. Para las propias familias de Guise y Lorena, sin embargo, la Liga Santa fue simplemente una cuestión de oportunismo político, el plan para una estructura cuyo objetivo final era suplantar o subsumir al Sacro Imperio romano. Y, por supuesto, no tenía mucho sentido luchar por el control del papado si éste carecía de poder. A fin de que mereciera la pena hacerse con él, el papado tenía que ser fortalecido y, en la medida de lo posible, había que restaurar su antigua hegemonía medieval en Europa.

Lamentablemente para las familias Guise y Lorena, la política y la imagen pública que promovían sus designios en el continente eran contraproducentes en Gran Bretaña. Para entonces, tanto Inglaterra como Escocia se habían convertido en países protestantes. Para Inglaterra, en particular, la amenaza principal sería encarnada muy pronto por la católica España, cuyo rey, Felipe II, se casó con María Tudor cuatro años antes de que ella muriese en 1558. Cualquier cosa que fuese siquiera levemente «papista» era anatema en Inglaterra, y la Liga Santa era percibida como una amenaza, no sólo para el protestantismo en el continente, sino también en las islas Británicas. Debido a su fervoroso apoyo a la Iglesia, Francisco de Guise y su familia se convir-

tieron, a los ojos de los ingleses, en auténticos ogros, superados sólo en términos de amenaza por el monarca español.

El pensamiento «esotérico» fue adoptado con entusiasmo en Inglaterra. Fue abrazado por poetas como Sidney y Spencer, por ejemplo, y figura en obras como *Arcadia* y *The Faerie Queene*; también fue adoptado por Marlowe y Francis Bacon. Pero en la medida en que era asociado a las casas católicas en el continente, no se podía tratar de un modo público o explícito. A menudo se lo trataba de manera sesgada, alegórica. Su existencia era sobre todo subterránea, confinado a pequeñas facciones eruditas, círculos aristocráticos y lo que hoy podríamos denominar «sociedades secretas».[17] A menudo, estas organizaciones eran antipapistas militantes y se oponían activamente a las evidentes ambiciones políticas y dinásticas de las familias de Guise y Lorena en el continente. Pero, simultáneamente, estaban muy versadas en el cuerpo de material «esotérico» que se había filtrado de regreso a Escocia desde las familias de Guise y Lorena, encontrando allí un suelo muy fértil.

La carrera del filósofo escocés Alexander Dickson ejemplifica la forma en que fue transmitido ese material, en medio de las complicadas contracorrientes de ese período.[18] Nacido en 1558, Dickson se graduó en St. Andrews en 1577 y pasó los seis años siguientes en París. A su regreso publicó un libro dedicado al favorito de la reina Isabel, Robert Dudley, conde de Leicester. Este libro estaba inspirado fundamentalmente en los primeros trabajos del prominente «esotericista» Giordano Bruno, a quien su desafío a Roma le llevó a la hoguera en 1600 y quien, antes de morir, designó a Dickson como su sucesor.[19] Y en 1558, a pesar de su estrecha asociación con Bruno, a quien Roma consideraba un insigne hereje, y a pesar de que se movía en círculos muy próximos al trono de Isabel, Dickson estaba en París, proclamando a voz en grito su apoyo a María reina de los Escoceses y asociándose a personajes relacionados con la Liga Santa. Y aunque su amistad con Sidney parece haber sido bastante genuina, también era un espía, que suministraba documentos ingleses secretos al embajador francés, incluyendo algunos que habían sido redactados por Sidney. En 1590, Dickson estaba en Flandes llevando a cabo misiones clandestinas para soberanos católicos. En 1596, los rumores decían que estaba trabajando con James Beaton, embajador escocés en Francia, y con Carlos de Guise, duque de Mayenne, entonces cabeza de la Liga Santa. También relacionado con este grupo estaba lord George Seton, cuyo hijo Robert fue nombrado conde de Winton en 1600, y se casó con Margaret Montgomery, una alianza que llevaría, a través de una rama menor de la familia, al título de conde de Eglinton. Beaton, en otro tiempo arzobispo de Glasgow, había estado conspirando con las familias de Guise y Lorena desde al menos 1560. En 1582, mientras Dickson aún se encontraba en París, Beaton y Henri, duque de Guise, conspiraban para invadir Inglaterra con un ejército sumi

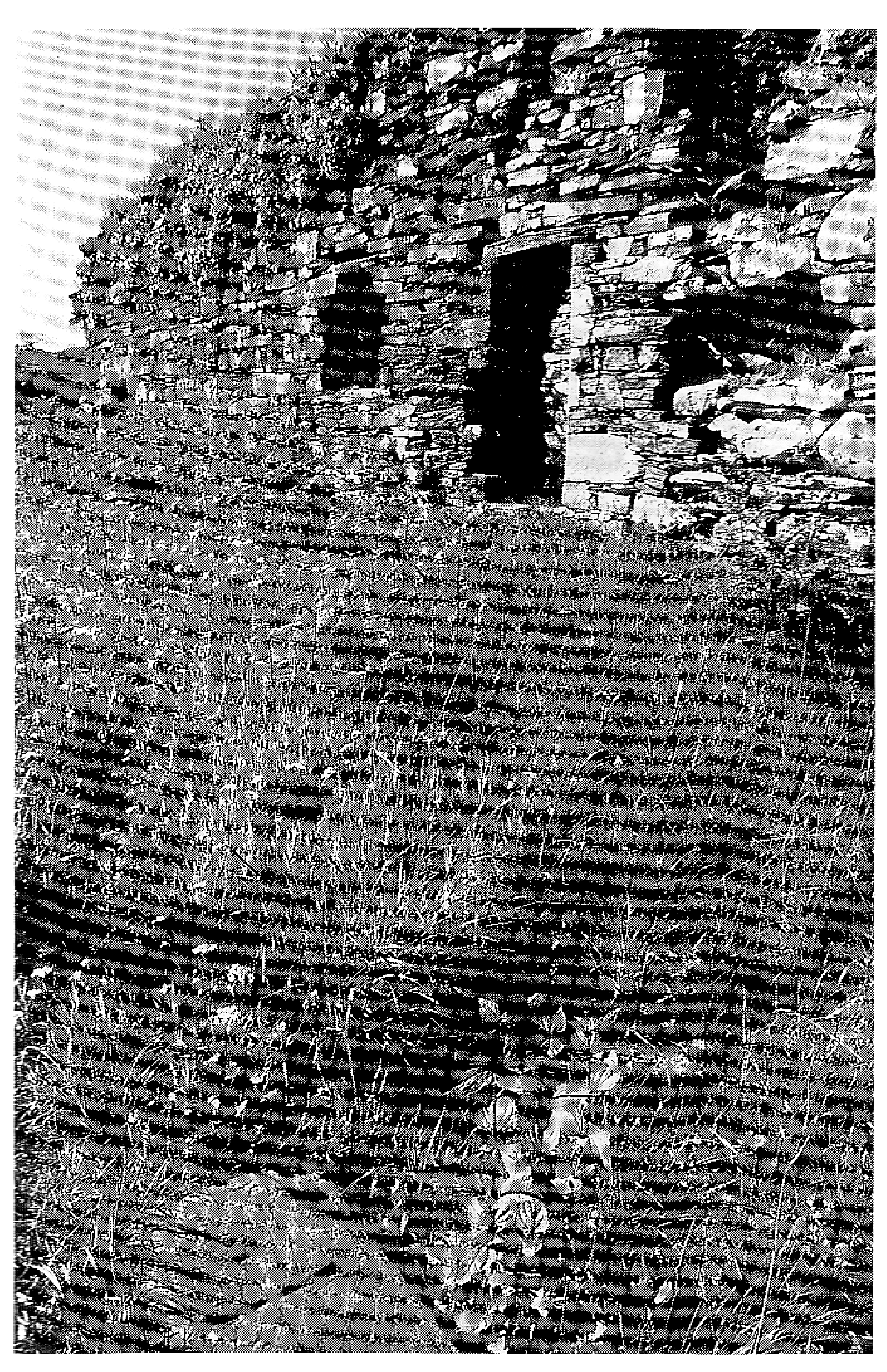
nistrado por España y el papado. En la noche anterior a su ejecución, en 1587, María reina de los Escoceses nombró a Beaton y Henri de Guise entre sus ejecutores.

Alexander Dickson tipifica la forma en que las alianzas políticas y «esotéricas» se habían enmarañado, a veces trabajando en tándem, a veces de una manera diametralmente opuesta. Dickson, sin embargo, era una figura relativamente menor comparado con el auténtico «mago» de la época en Inglaterra, el Dr. John Dee. Y sin embargo Dee, también, tuvo que abrirse un precario paso entre las facciones en conflicto, los intereses católicos y protestantes, la aspiración al conocimiento «esotérico» y las más inmediatamente apremiantes exigencias de estado. Y tampoco escapó tan indemne como Dickson. Aunque sus lealtades protestantes nunca fueron puestas en duda, como las de Dickson, fue puesto bajo sospecha en varias ocasiones, le metieron en prisión en una ocasión y fue hostigado sin cesar.

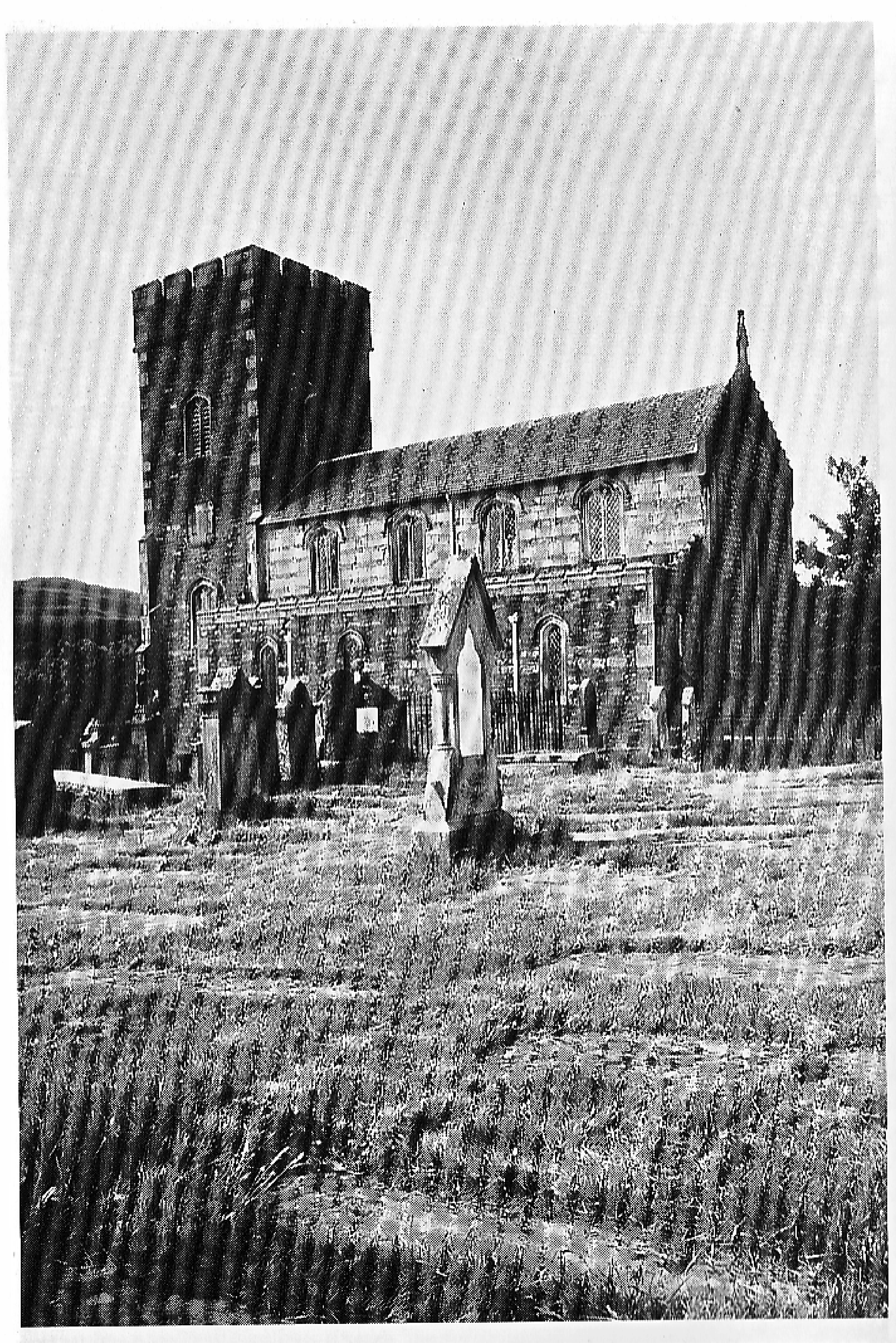
Nacido en Gales en 1527, médico, filósofo, científico, astrólogo, alquimista, cabalista, matemático, diplomático, emisario y espía, Dee fue uno de los hombres más brillantes de su época, la encarnación del llamado «hombre del Renacimiento». Es creencia extendida que proporcionó a Shakespeare el prototipo para Próspero en *La tempestad*, y su influencia fue enorme, tanto en vida como después de su muerte. Fue Dee quien reunió las distintas hebras de los elementos esotéricos y los sintetizó de una manera que preparó el camino para acontecimientos posteriores. Fue a través de Dee y su obra como, durante el siglo XVII, Inglaterra se convertiría en un importante centro de estudios «esotéricos». Y fue Dee quien, en efecto, preparó el escenario para la aparición de la masonería.

Cuando aún no había cumplido los treinta años, Dee ya estaba pronunciando conferencias en universidades continentales —Lovaina y París, por ejemplo— acerca de los principios de la geometría. Durante el período crítico de las conspiraciones y contra conspiraciones de los Guise y Lorena, se movía sin problemas por toda Europa, siendo aceptado en todas partes. En 1585-1586 estaba en Praga, una ciudad que, bajo el liberal, pacifista y supuestamente «excéntrico» emperador sacro romano Rodolfo II, se había convertido en el nuevo centro de los estudios «esotéricos». Dee disfrutó del mecenazgo del emperador y regresó con un material que permitiría que Inglaterra reemplazara a Praga en ese aspecto. Entre sus discípulos más importantes se encontrarían Inigo Jones y Robert Fludd, quien, siendo aún muy joven, trabajó como tutor en matemáticas y geometría del entonces duque de Guise y su hermano.

Dee fue fundamental para propagar los principios de geometría y arquitectura de Vitruvio. En 1570, además, quince años antes de su viaje a Praga, publicó un prefacio a una traducción inglesa de Euclides. En este prefacio, Dee exaltó la «supremacía de la arquitectura



Iglesia de Kilneuair, *loch* Awe, Argyll. Las ruinas datan del siglo XIII.
En primer plano se observa una lápida con la talla de una cruz estilo templario.



Iglesia de Kilmartin, Argyll. En primer plano hay un ejemplo de las tumbas de guerreros anónimos marcada sólo con una espada. Solamente en este lugar hay cerca de ochenta tumbas.

Kilmartin. Más ejemplos de las tumbas de los siglos XIV y XV de un estilo desconocido excepto en la Orden del Temple.



Detalle de una lápida, Kilmartin. Esta espada ha sido datada aproximadamente en el siglo XIV.

Capilla en ruinas del siglo XIII en Kilmory, *loch* Sween, Argyll, con la isla de Jura en el fondo. Este lugar marca el final de la única ruta marítima segura a Escocia durante los primeros años de Robert Bruce.

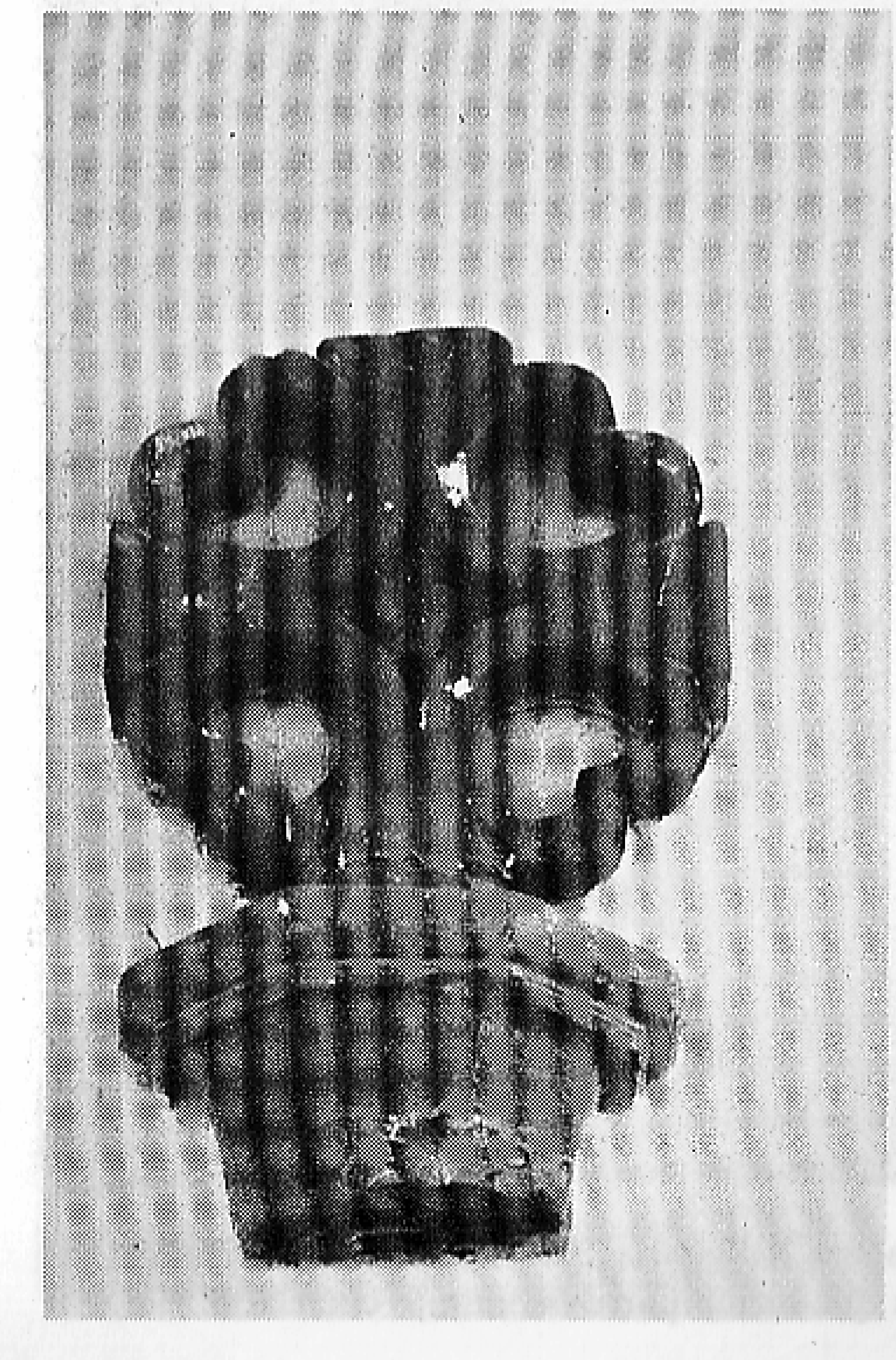


Cruz de piedra de estilo templario típico, alojada ahora dentro de la capilla de Kilmory. Su antigüedad aún no ha sido establecida con exactitud.



Kilmory, lápida sin fecha. Encima de la cabeza del guerrero se observa una escuadra masónica. Debajo hay una cruz templaria que forma parte del dibujo cincelado.

Los edificios de la torre, la iglesia y la preceptoría templarias de Garway, Herefordshire, cerca de la frontera con Gales. Este conjunto pasó a manos de la Orden de San Juan a comienzos del siglo XIV.

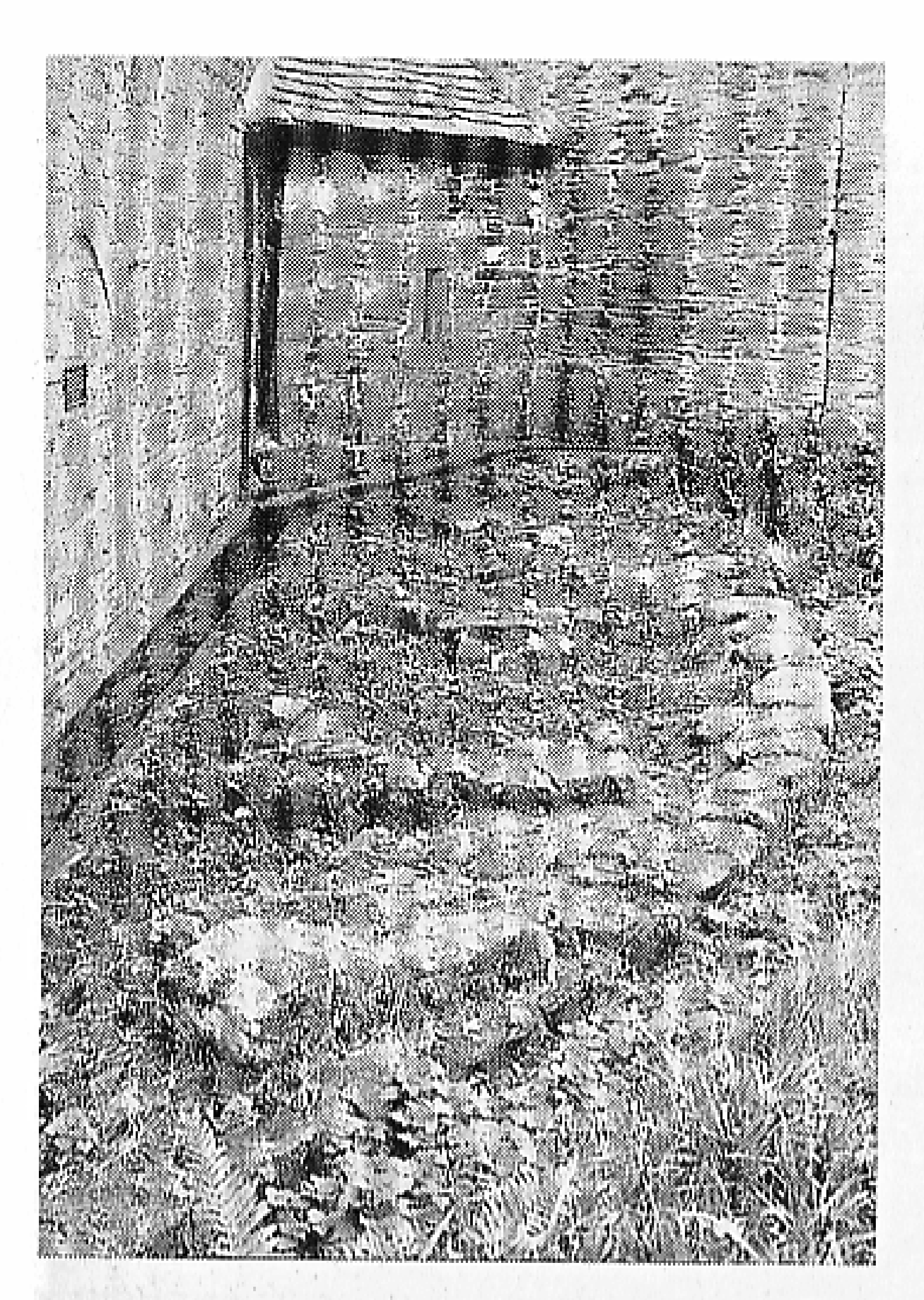


Cruz templaria, Garway. Originalmente se encontraba en un plinto fuera de la iglesia.



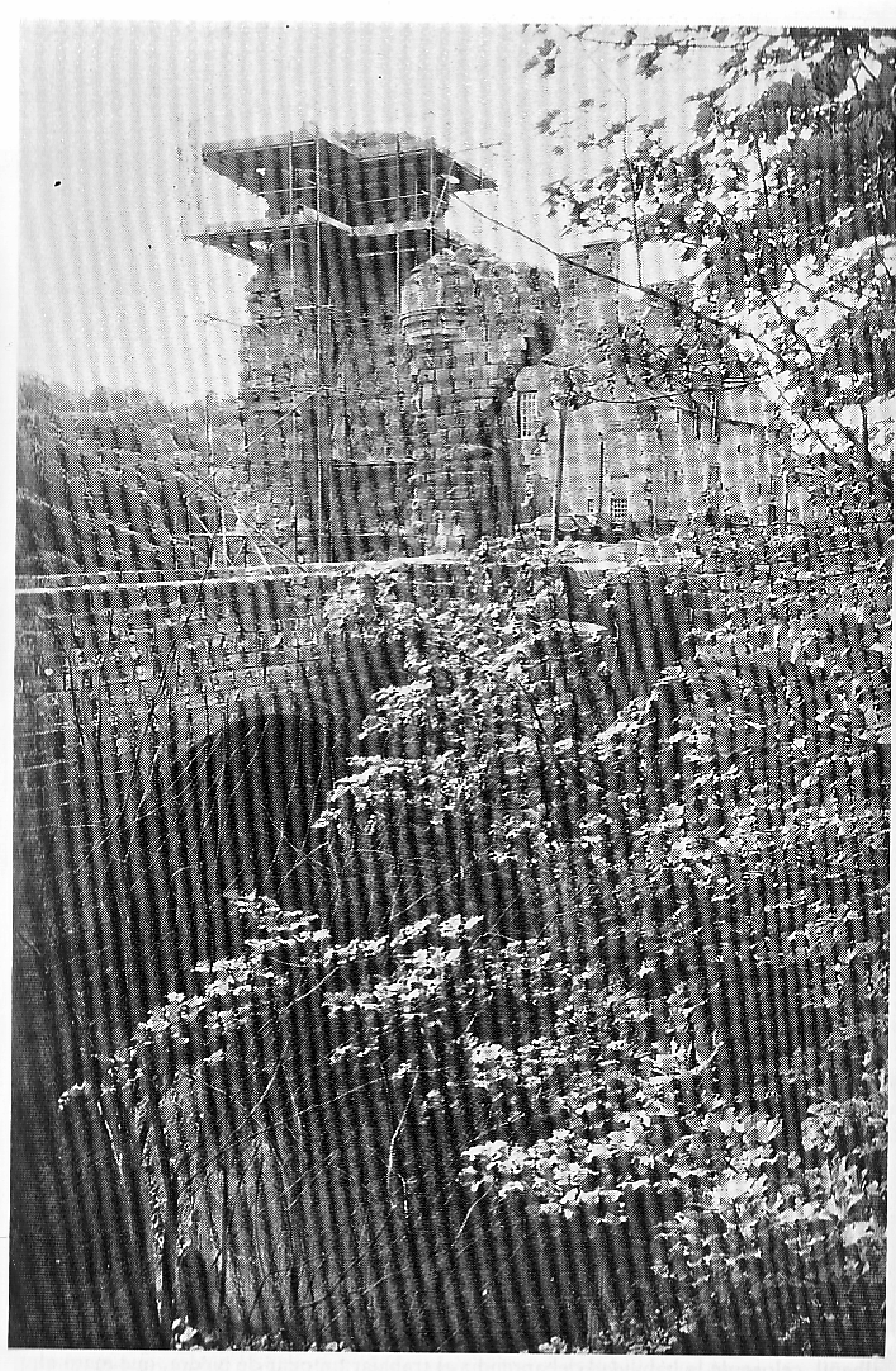
Lápida templaria anónima que exhibe una espada encontrada en Garway. Fue utilizada a modo de dintel durante la reconstrucción de la iglesia a comienzos del siglo XIV.

Garway, figura del dios de la vegetación celta, «El Hombre Verde», en el interior de la iglesia.

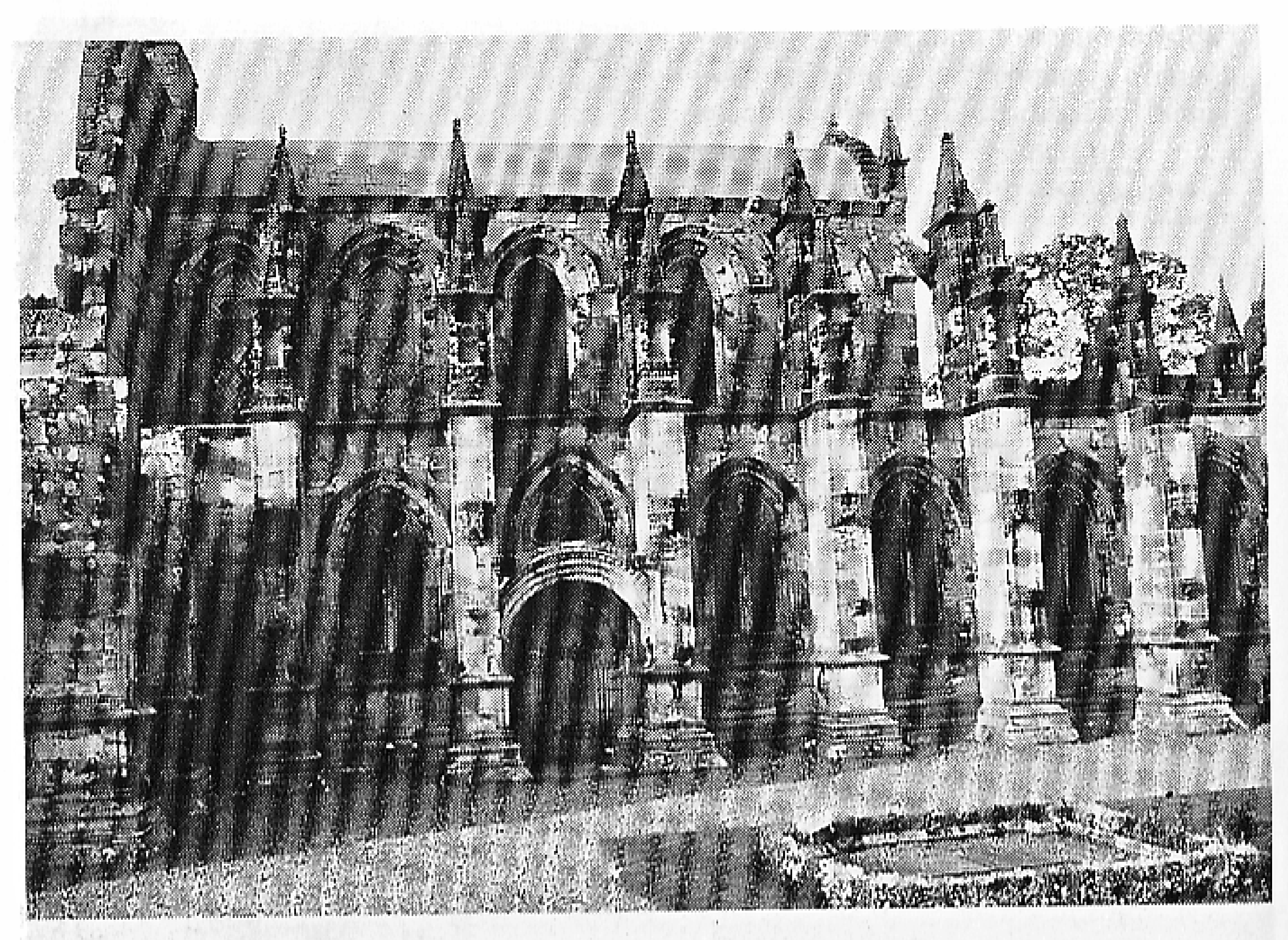


Garway, mostrando los cimientos de una iglesia circular templaria original demolida por la Orden de San Juan, que construyó en ese lugar una estructura rectangular convencional.

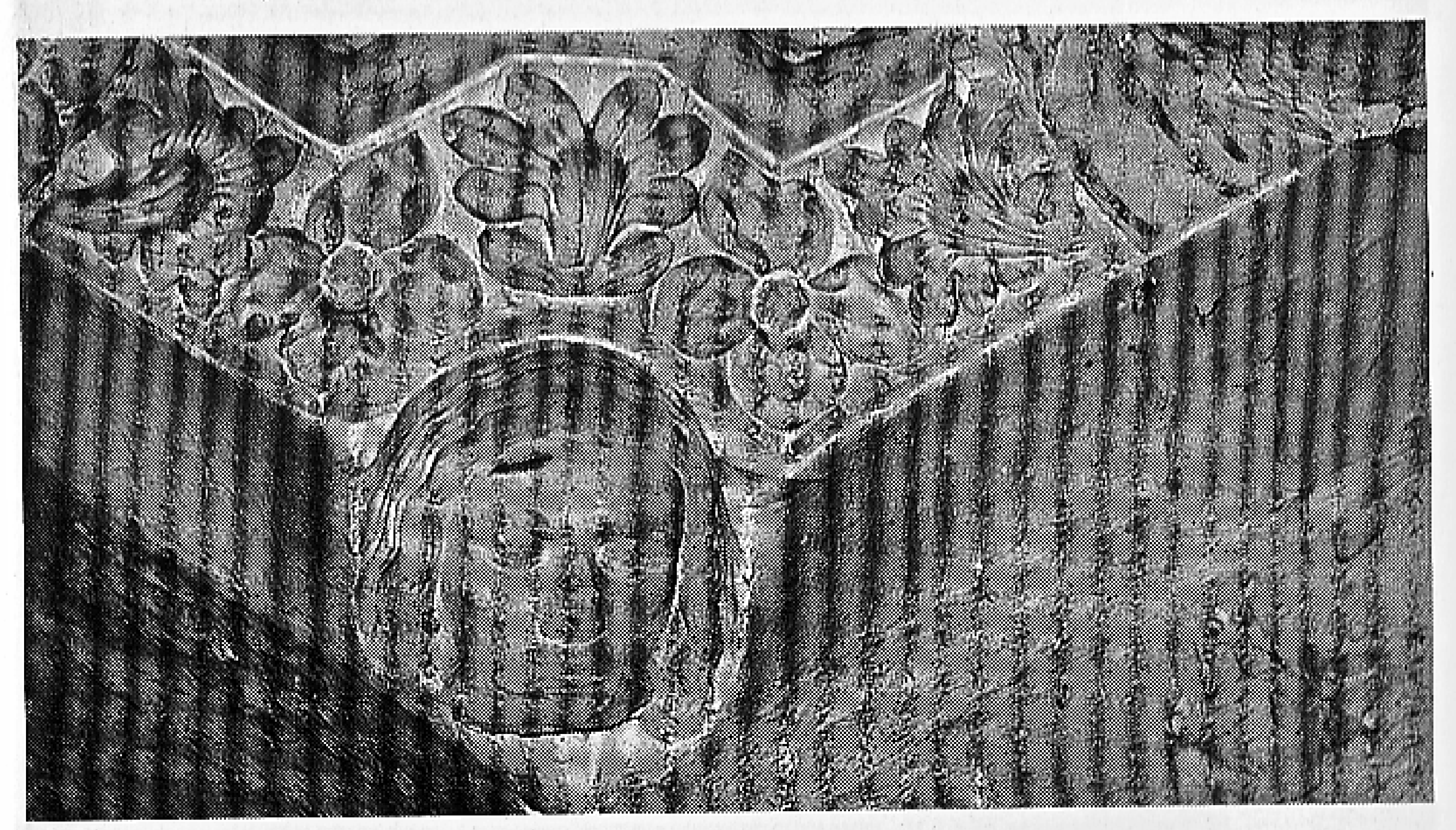
Bristol, iglesia del Temple, mostrando los cimientos de la iglesia circular de los Templarios que también fue demolida por la Orden de San Juan en el siglo XIV y reconstruida de un modo más convencional.



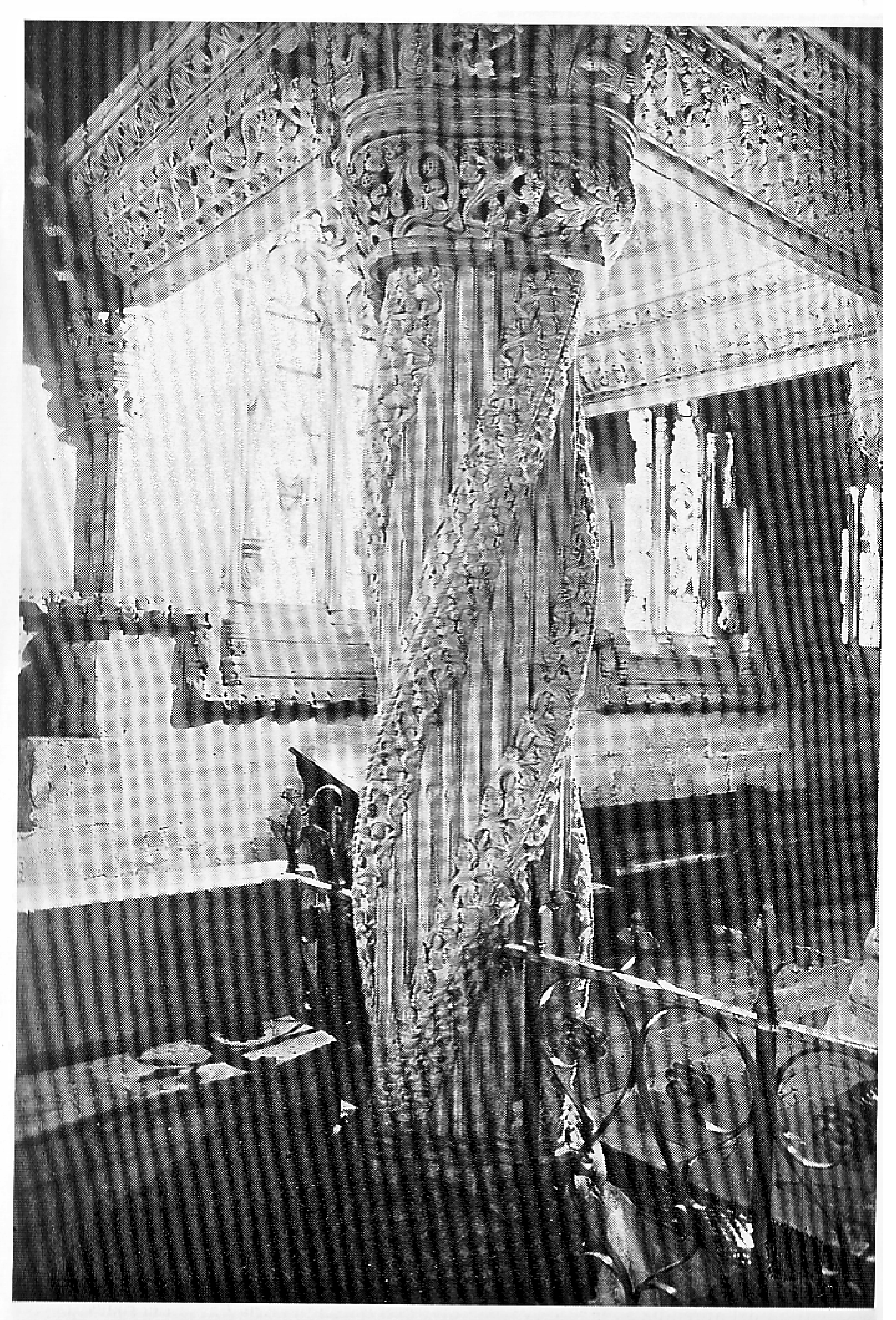
Los restos del castillo de Rosslyn, cerca de Edimburgo, hogar de los Saint-Clair (hoy Sinclair) desde el siglo XII. Fue destruido en 1650 por el general Monk.



La capilla de Rosslyn, destinada originalmente a ser la Capilla de la Virgen de una catedral mucho más grande. Los cimientos de la capilla se colocaron en 1446 y los trabajos continuaron a lo largo de cuarenta años. Sus bóvedas selladas contienen los cuerpos de todos los barones de Rosslyn, de los que se dice que fueron enterrados con sus armaduras y no dentro de ataúdes.

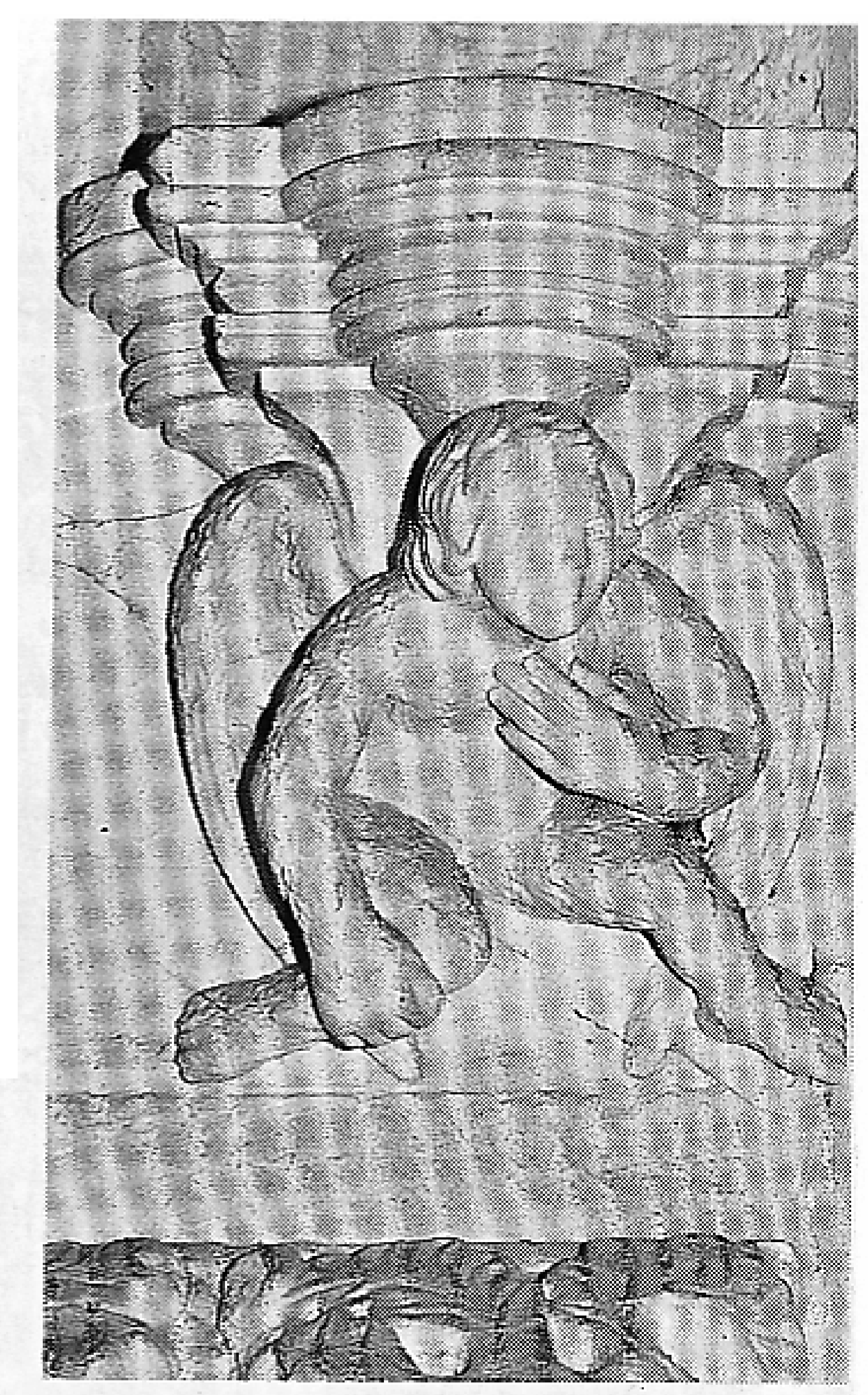


La cabeza del aprendiz asesinado, capilla de Rosslyn. La historia habla del maestro albañil, celoso de la habilidad del aprendiz al trabajar un pilar de piedra, que mató al joven albañil golpeándole en la frente. La historia presenta muchos paralelismos con la leyenda masónica de la muerte de Hiram Abiff, el constructor del Templo de Salomón.

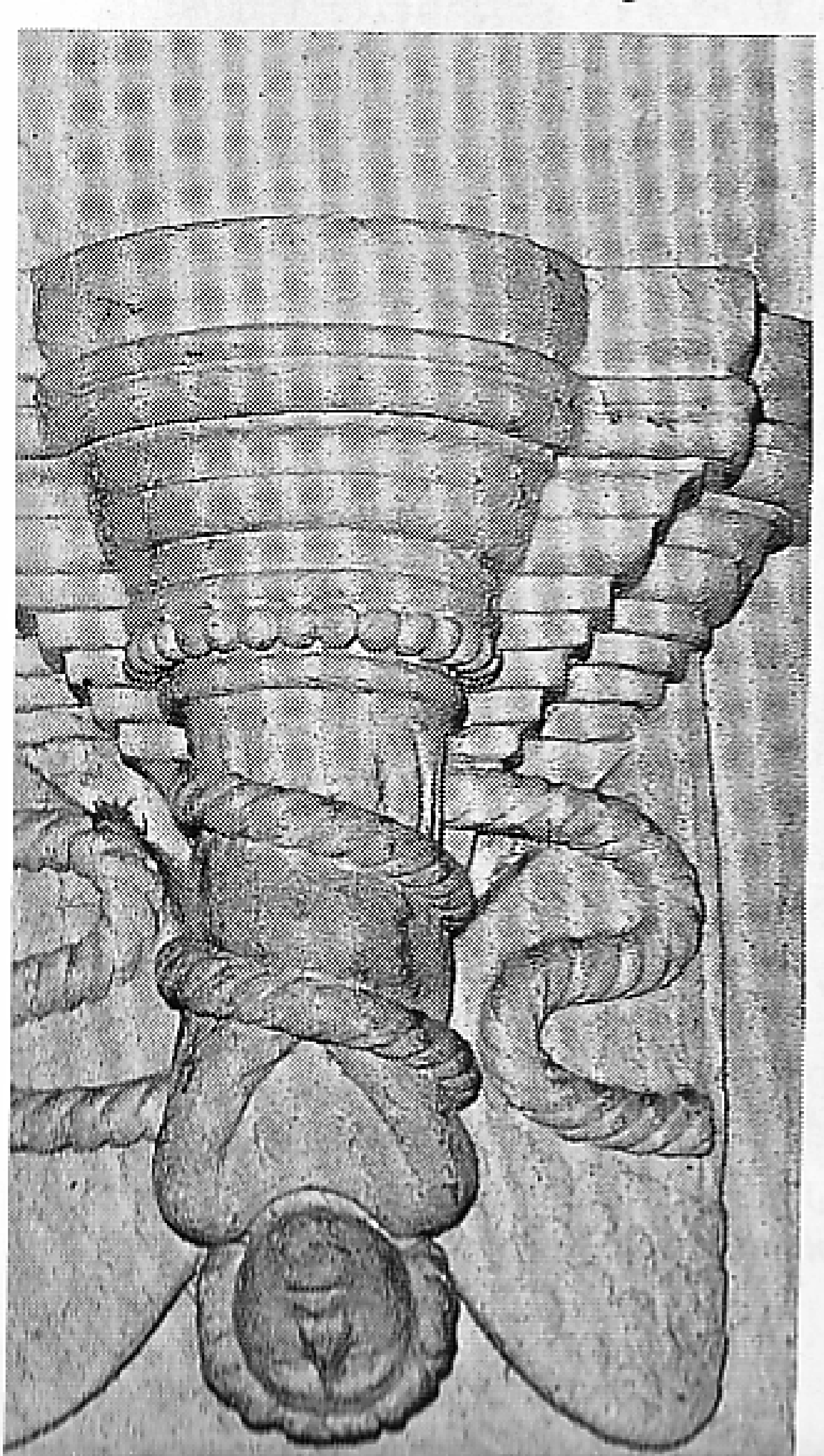


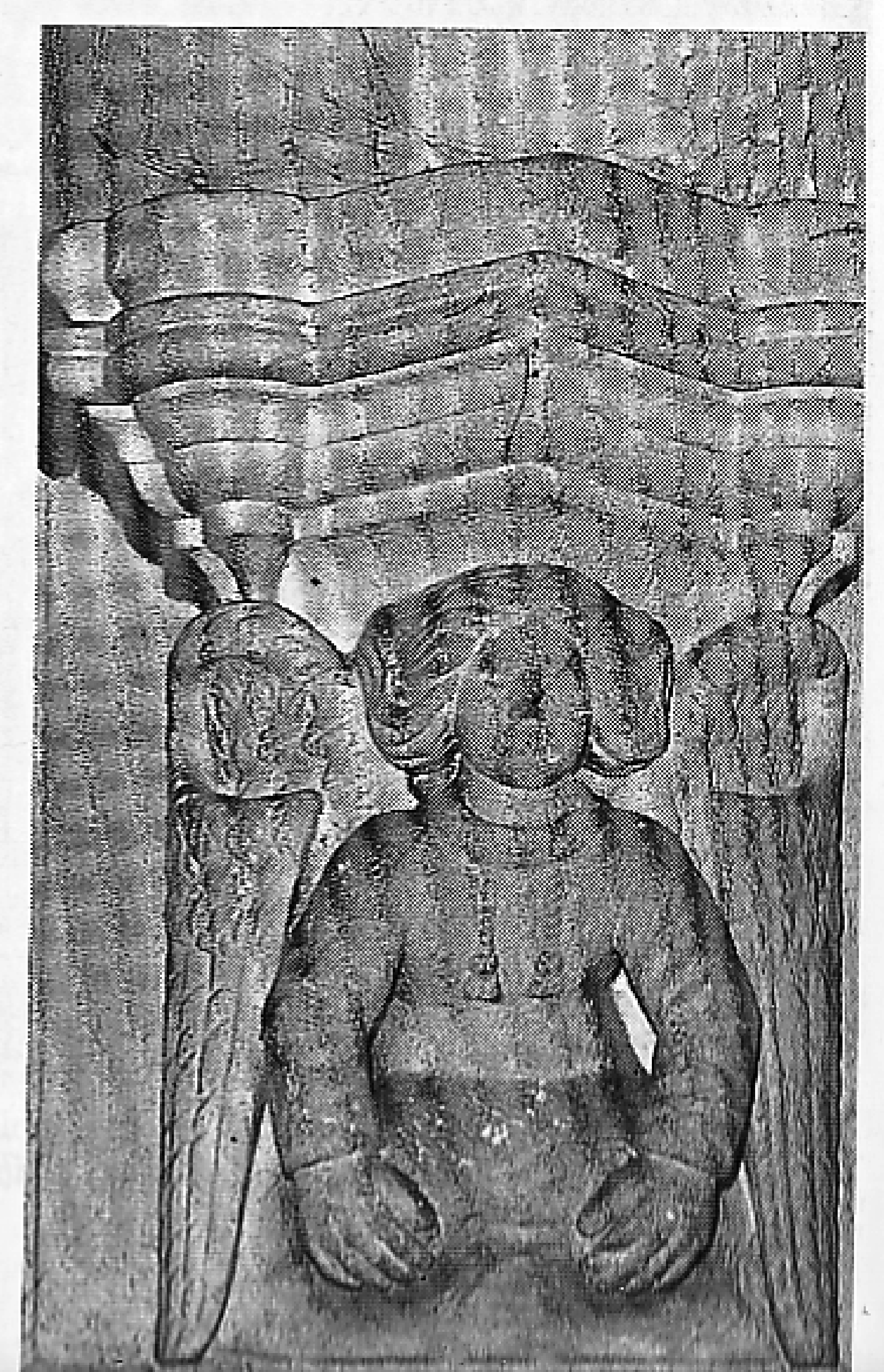
El Pilar del Aprendiz, capilla de Rosslyn, uno de los tres pilares en un lugar elevado y separado en la zona oriental de la capilla. Por haber construido este pilar el aprendiz fue asesinado, según cuenta la leyenda.

Capilla de Rosslyn. Ejemplos del dios de la vegetación celta, el «Hombre Verde», que invade toda la decoración secular y cristiana más convencional de la capilla.



Capilla de Rosslyn. Tres de una serie de figuras simbólicas en el extremo oriental de la capilla; la fotografía de la derecha muestra a un ángel indicando el pecho y la pantorrilla derecha, pertinentes al ritual masónico posterior.



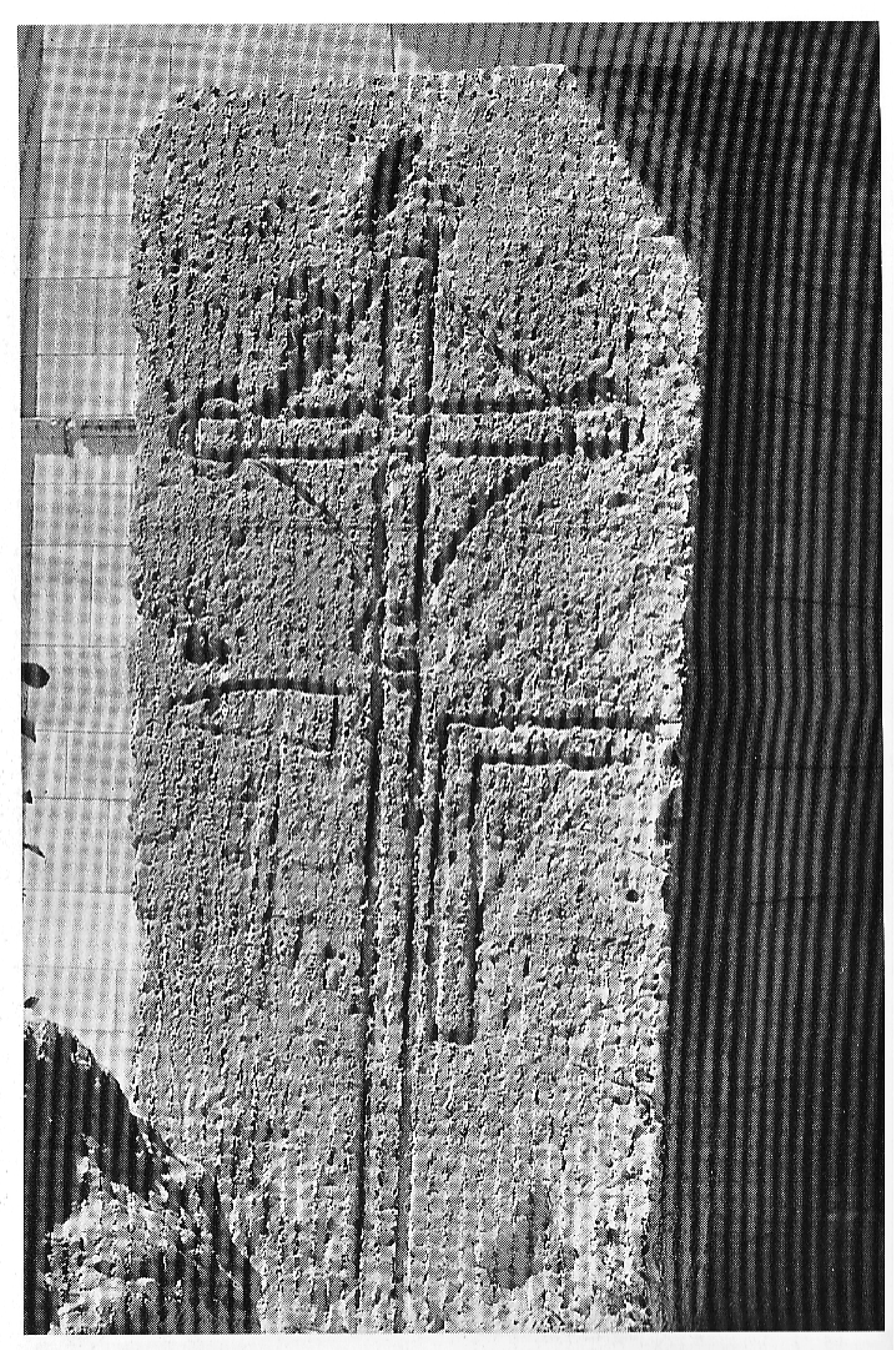




Cristo como el Divino Arquitecto. De la *Bible moralisée* de mediados del siglo XIII.



El Creador como Divino Arquitecto del Universo, tal como se describe en la *Holkham Bible* de principios del siglo XIV. Este concepto se origina en el *Timeo* de Platón.



Lápida de un masón templario en el castillo de los caballeros templarios en Athlit, Israel. La tumba debe ser anterior al abandono del castillo por parte de la orden en 1291.



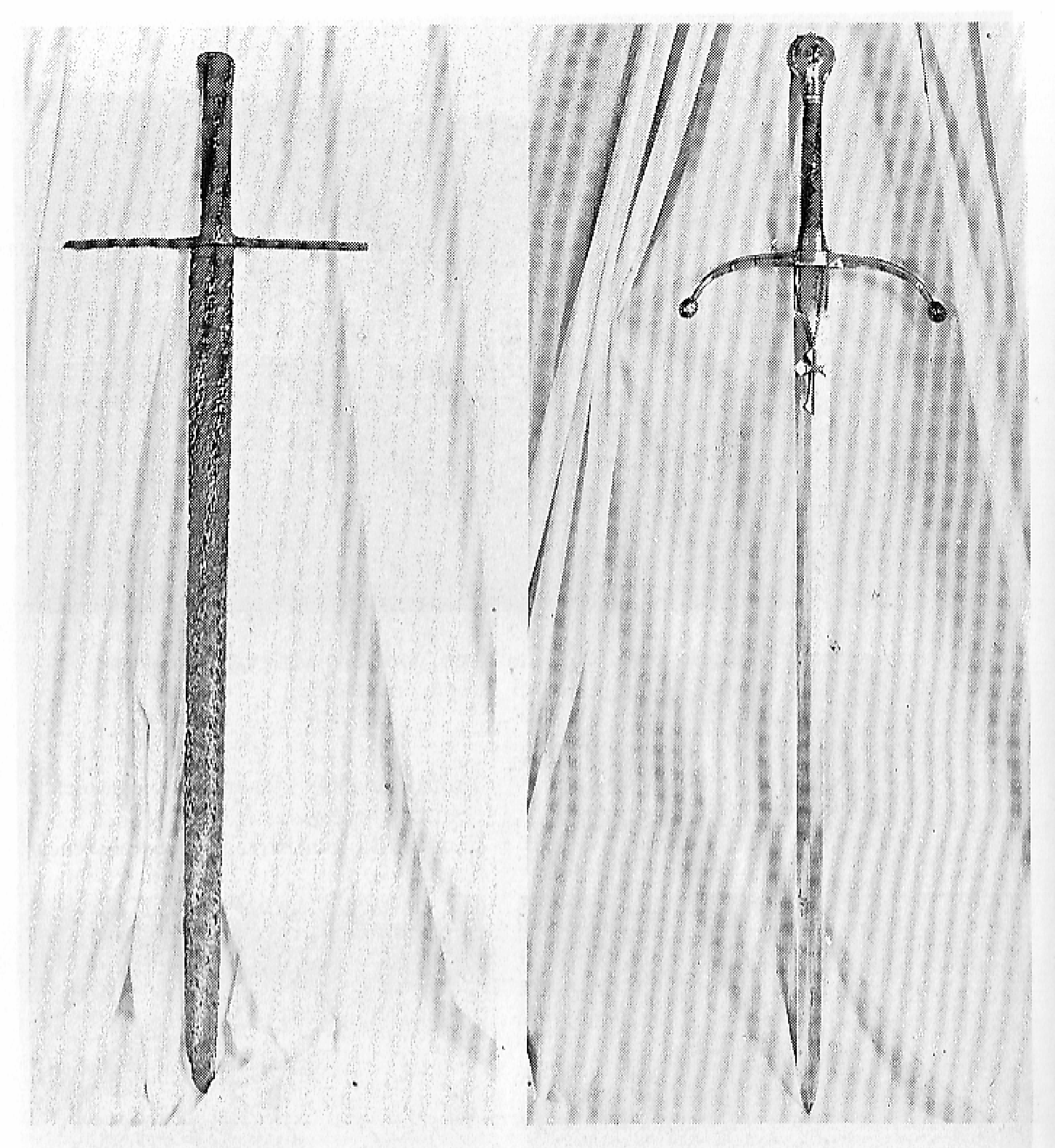
Ruinas de la iglesia del Temple, cerca de Edimburgo, conocida antiguamente como Balantrodoch, cuartel general de la Orden del Temple en Escocia.

Tumba del siglo XVII en Temple exhibiendo el compás y la escuadra masónicos.

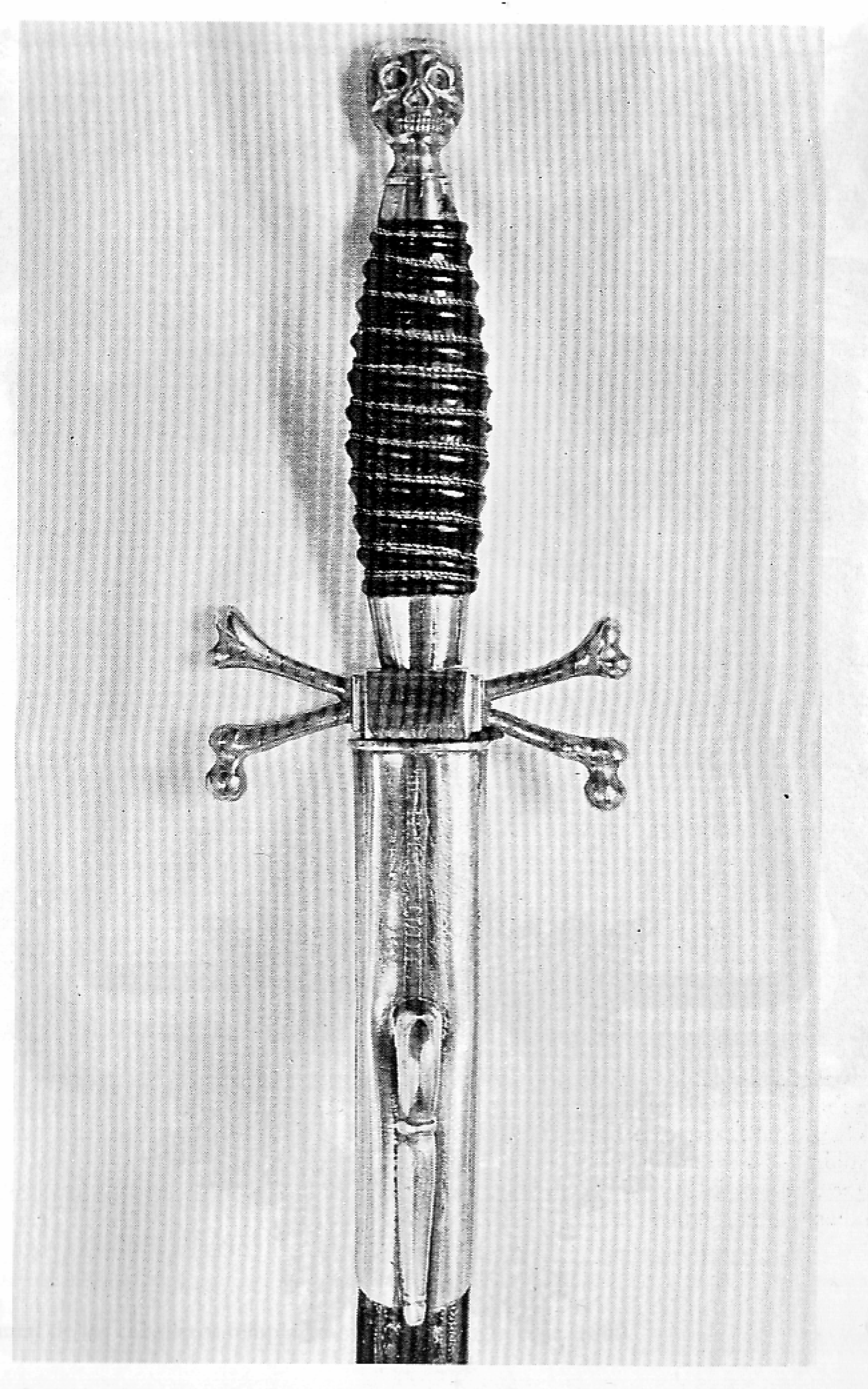


Tumba del siglo XVII en Temple con el cráneo y los huesos cruzados flanqueados por herramientas masónicas.

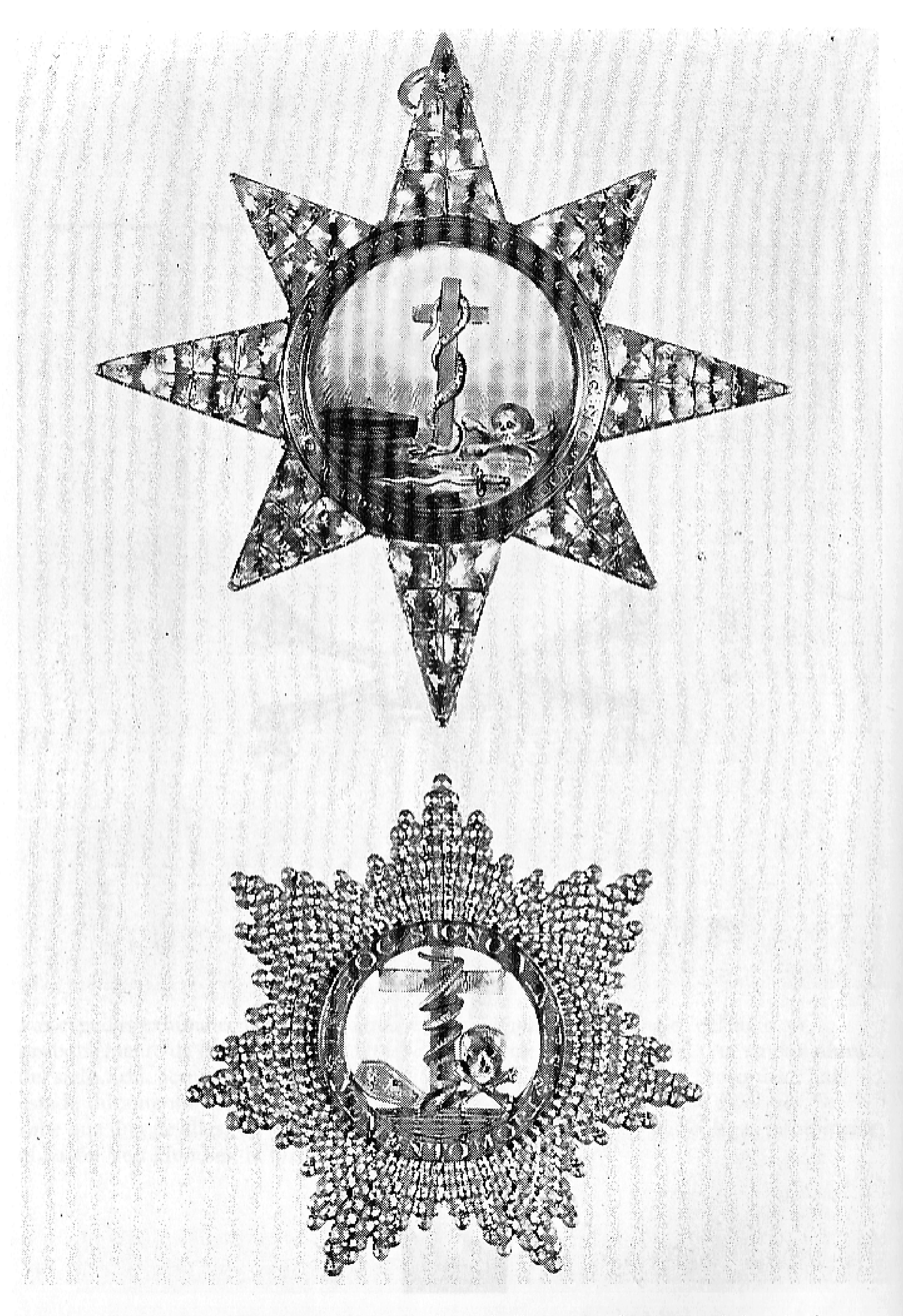




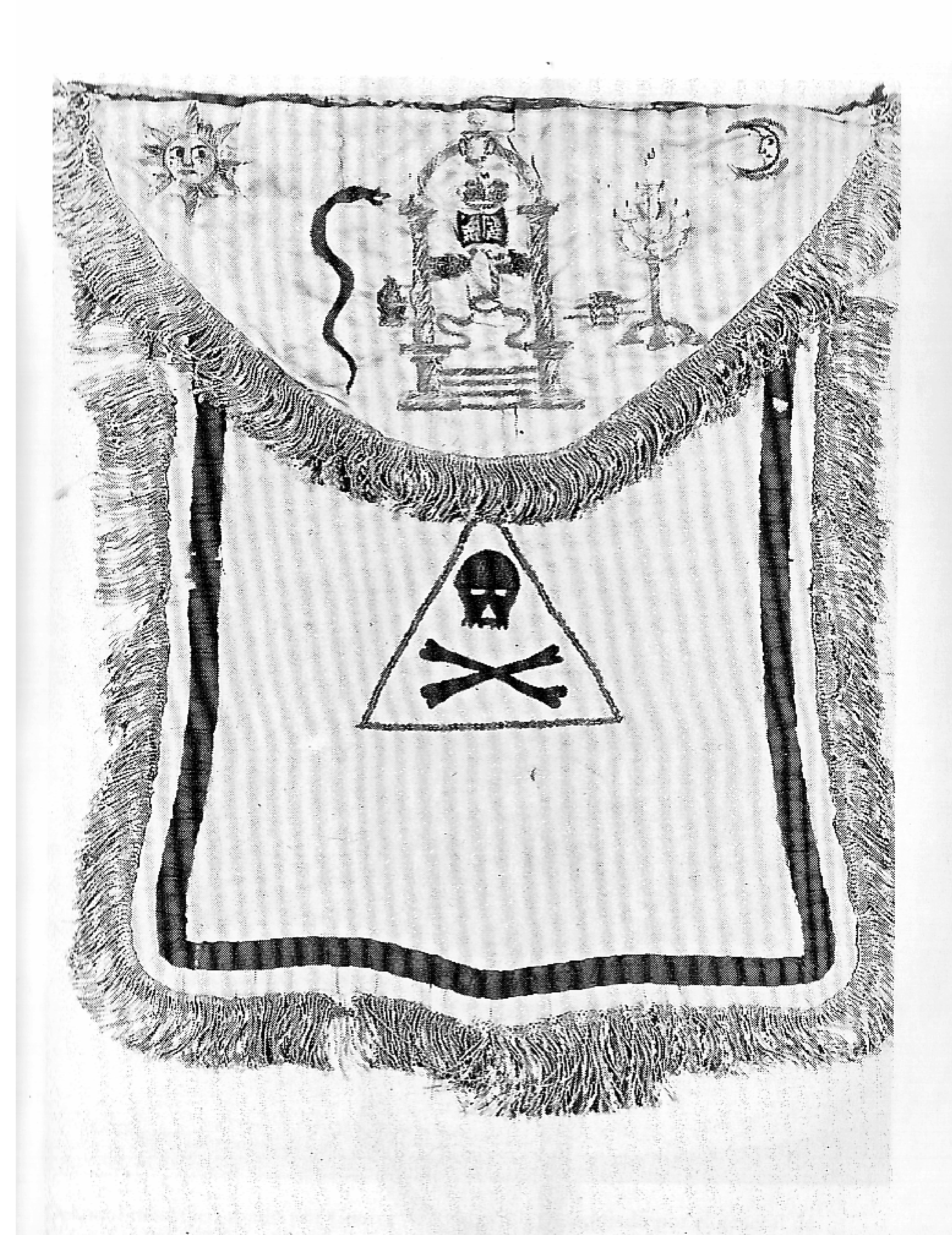
Las espadas exhibidas arriba (*izquierda* espada de mediados a finales del siglo XV, probablemente de origen alemán; *derecha* hoja de mediados del siglo XVII, empuñadura del siglo XIX), actualmente en una colección privada (Stella Templum Scotorum), han estado durante mucho tiempo en propiedad de los templarios jacobitas escoceses. Se sabe que una de ellas fue utilizada por el conde de Kilmarnock y sus colegas para iniciar al barón Von Hund en la Orden del Temple jacobita, 1743.



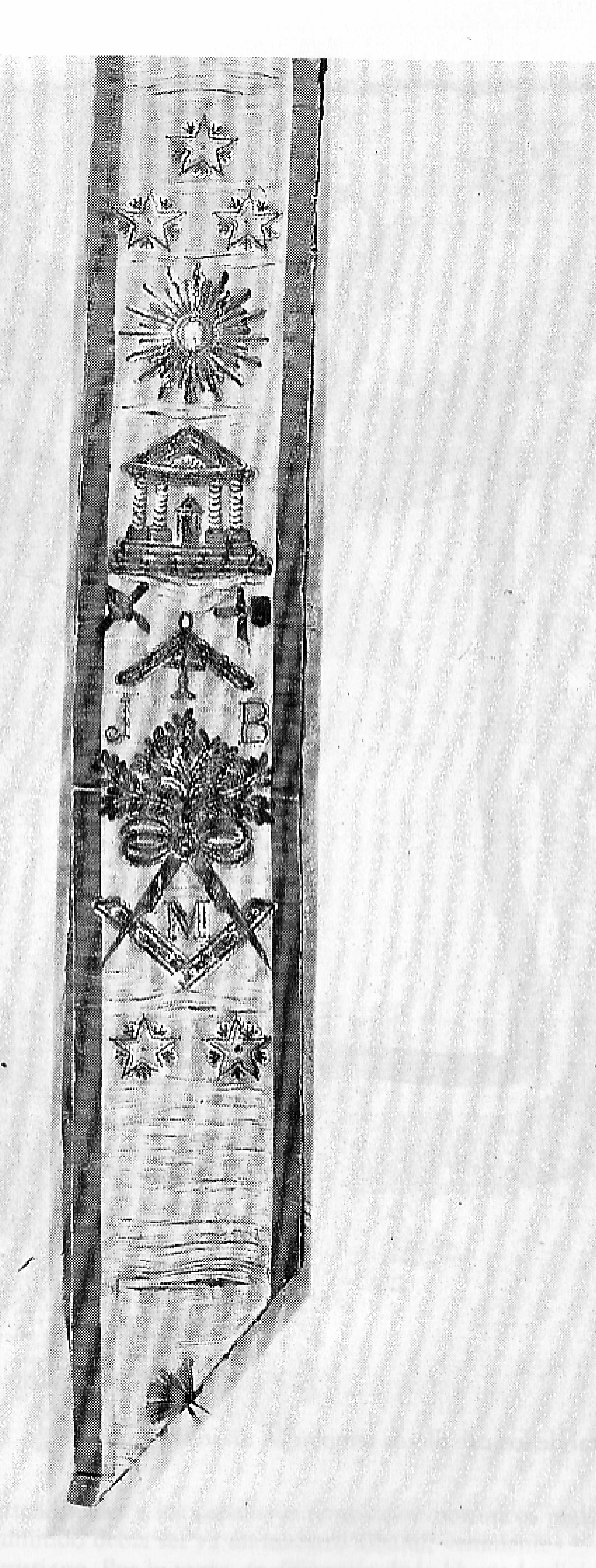
Espada ceremonial personal de Alexander Deuchar, maestre de los templarios escoceses (*Militia Templi Scotia*) desde 1810 hasta 1835. Deuchar reunió una amplia colección de objetos y documentación relacionados con los primeros tiempos de la masonería y el Temple en Escocia.



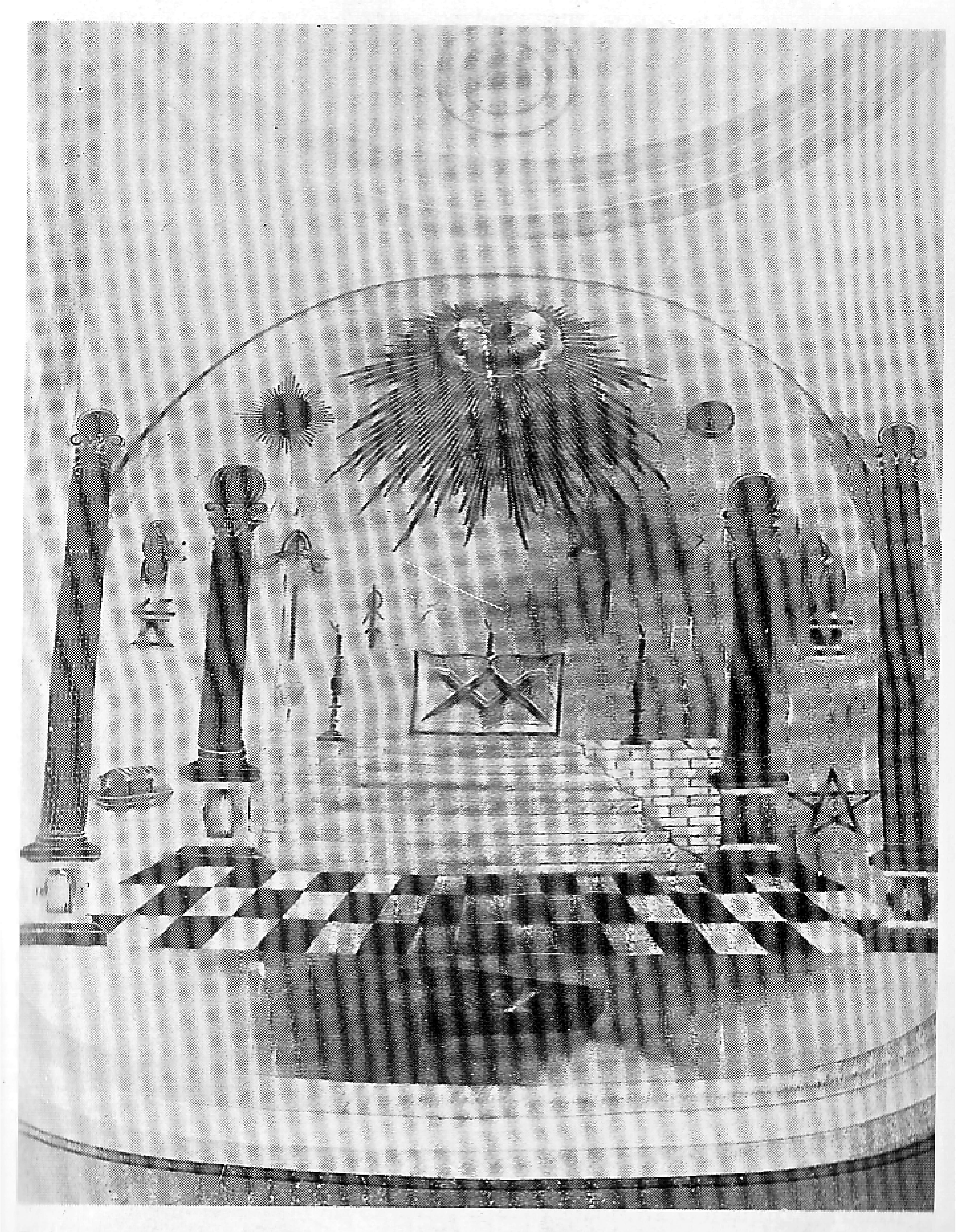
Joyas en forma de estrella pertenecientes a los caballeros templarios masónicos ingleses, *c.* 1830. El candidato a ser admitido debía ser ya un maestro albañil, «eminente» en el Royal Arch y también cristiano. Por lo tanto, se diferencia de la libertad religiosa permitida por la masonería tal como era promulgada por la Gran Logia Unida de Inglaterra.



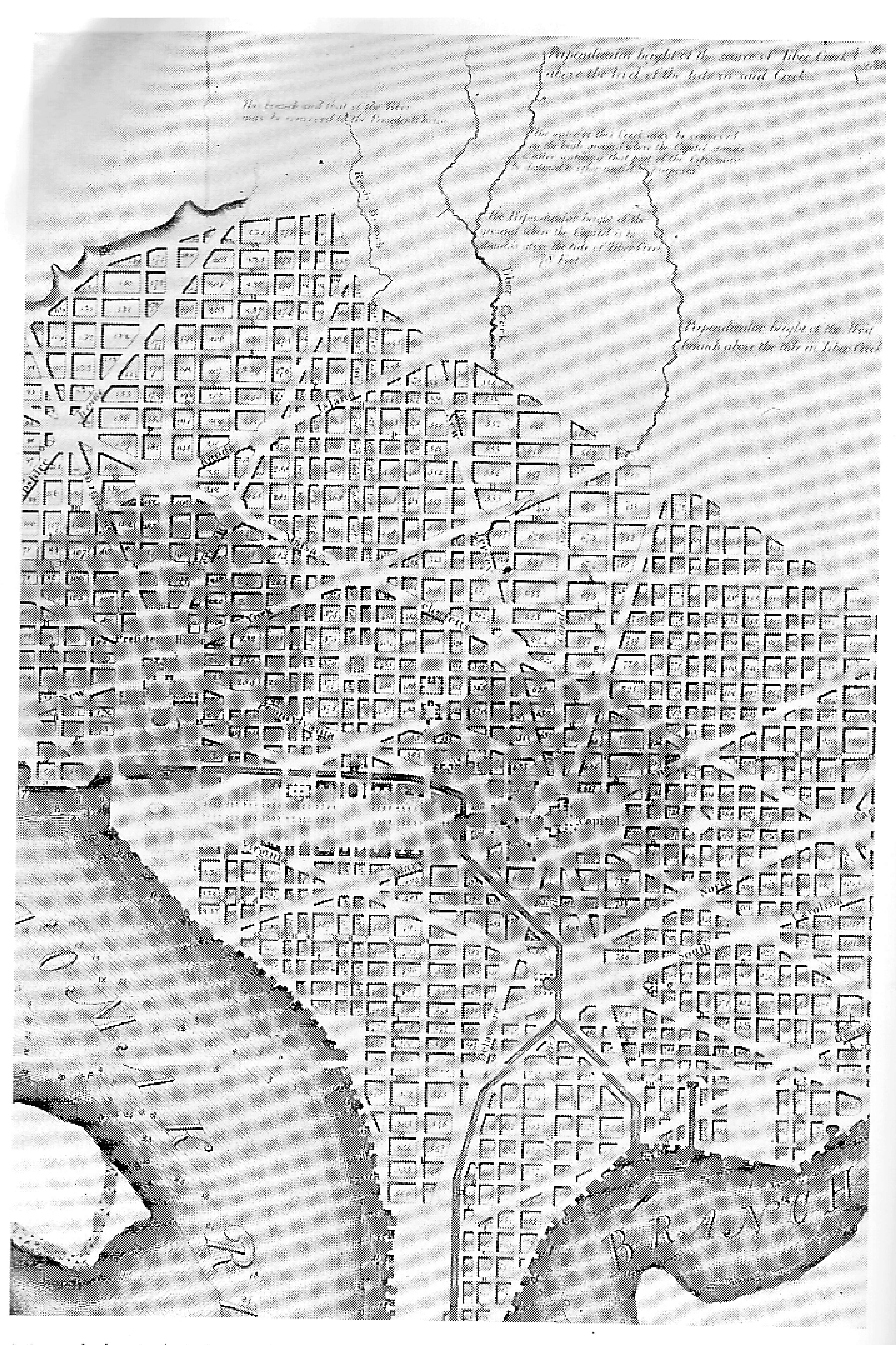
Delantal de los caballeros templarios masónicos ingleses, *c.* 1800.



Faja masónica usada por Benjamin Franklin como maestre de la logia francesa Neuf Soeurs en París, 1779-1781.



Delantal masónico usado por George Washington y obsequiado por el general de Lafayette, bordado por Madame de Lafayette en 1784.



Mapa de la ciudad de Washington, 1792, que incorpora modificaciones introducidas por Washington y Jefferson. Están indicados los modelos octogonales centrados en la Casa Blanca y el Capitolio.

entre las ciencias matemáticas».[20] Habló de Cristo como «nuestro Arquimaestro Celestial».[21] En ese prefacio se hacía eco del retrato hecho por Vitruvio del arquitecto como una especie de mago:

> Pienso que nadie puede llamarse justamente Arquitecto de repente. Sólo aquellos que, desde sus años jóvenes, ascendiendo por estos cuatro grados de conocimiento, siendo animados con la adquisición de muchas lenguas y Artes, han alcanzado el elevado tabernáculo de la Arquitectura...[22]

Y, en un pasaje de importancia fundamental para la masonería posterior, invocaba a Platón:

> Y el nombre de *Arquitectura* es de la principalidad que esta Ciencia tiene, por encima de todas las demás Artes. Y *Platón* afirmó, el *Arquitecto* es el *Maestro* sobre todos, que realiza cualquier trabajo...[23]

Durante la mayor parte de la vida de Dee, el pensamiento «esotérico» en Inglaterra, como hemos visto, se había mantenido en una esfera clandestina o bien había sido adoptado sólo por algunos círculos muy elevados. En Escocia había prosperado; pero debido a Marie de Guise y María reina de los Escoceses, todo lo escocés era sospechoso a los ojos ingleses. En consecuencia, Dee y otros partidarios de las prácticas esotéricas no pudieron forjar todavía el vínculo crucial con los acontecimientos producidos en Escocia.

Hacia comienzos del siglo XVII, sin embargo, la situación había cambiado de forma dramática. En 1558, la armada de Felipe II había sufrido una derrota decisiva y España era vista como una amenaza cada vez menos importante para la seguridad de Inglaterra. La posibilidad de que las familias de Guise y Lorena establecieran una posición firme en Gran Bretaña se había debilitado con la ejecución de María reina de los Escoceses. Y el asesinato, un año más tarde, del joven duque de Guise y su hermano había descabezado efectivamente a la familia, anulando sus ambiciones dinásticas y políticas. Hacia 1600 no era más que una fuerza exhausta y la Liga Santa también se estaba desmoronando.

El pensamiento «esotérico», asimismo, ya no era asociado de un modo tan exclusivo con las casas de Guise y Lorena, o incluso, en cuanto a eso, con los intereses católicos. Como hemos visto, uno de sus nuevos soberanos más importantes era el emperador Rodolfo II, quien declaró que no era católico ni protestante, sino cristiano;[24] nunca persiguió a los protestantes, se alejó cada vez más de Roma y, en su lecho de muerte, rechazó los últimos ritos de la Iglesia. Hacia 1600, de hecho, el pensamiento «esotérico» había comenzado a florecer de forma enérgica y con carácter público en los principados protestantes. En los Países Bajos, en el Palatinado del Rin, en los reinos de Würtemberg y

Bohemia, no tardaría en ser utilizado como un instrumento de propaganda contra Roma. De este modo, depurado de cualquier vestigio de las familias de Guise y Lorena, podía salir a la superficie sin peligro en Inglaterra.

En 1603, además, cuando las familias Guise y Lorena ya no eran capaces de explotar la situación, Jacobo VI de Escocia —un monarca Estuardo con sangre Guise-Lorena— se convirtió en Jacobo I de Inglaterra. En este punto, desde la perspectiva de la posteridad, se puede oír virtualmente un *click* cuando los componentes históricos indispensables encajan finalmente en su lugar. Con la unión de Inglaterra y Escocia bajo un único soberano, las familias nobles escocesas comenzaron a tener un papel importante en los asuntos ingleses, y dos de ellas —los Hamilton y los Montgomery— cruzaron el mar de Irlanda para establecer la Colonia Ulster. A través de esas familias, algo de la antigua mística templaria, y la de la Guardia Escocesa, comenzó a penetrar en Inglaterra e Irlanda. Y no debe olvidarse que el nuevo rey era un protector y, posiblemente, un miembro de los gremios de los albañiles «operativos». Trajo con él desde el norte sus tradiciones, además del legado «esotérico» de sus antepasados Guise-Lorena. Todos estos elementos, unidos a la obra de John Dee y sus discípulos, habrían de unirse en una masonería filosófica o «especulativa». Ahora todos estos elementos no sólo se habían vuelto legítimos y respetables, sino que también estaban asociados al trono. La vieja espada templaria y la trulla del maestro constructor se unirían, en efecto, a las armas de los Estuardo.

Antes de que la masonería cristalizara en su forma actual aún habría otra corriente de influencias. En el continente, como hemos observado, las enseñanzas «esotéricas» eran promovidas ahora por los príncipes protestantes, especialmente en Alemania, y se las empleaba como un instrumento de propaganda contra los bastiones gemelos del catolicismo: el papado y el Sacro Imperio romano. Para entonces ya había comenzado a llamarse «rosacrucismo», y Frances Yates había calificado como «la Ilustración rosacruz»[25] a esta fase de su propagación. En esa época comenzaron a aparecer panfletos anónimos, ensalzando a un «Colegio Invisible» o confraternidad clandestina supuestamente derivada de un fundador mítico, Christian Rosenkreuz. Estos panfletos atacaban enérgicamente al papa y al nuevo emperador del sacro imperio; ensalzaban el espectro del pensamiento «esotérico»; pronosticaban el inminente advenimiento de una nueva Edad de Oro, en la que todas las instituciones políticas y sociales serían regeneradas y se iniciaría una época de armonía utópica, libre de la tiranía, tanto secular como espiritual, del pasado.

En Inglaterra, el principal exponente del pensamiento rosacruz fue un discípulo de John Dee, Robert Fludd, quien, junto a Francis Bacon, formaba parte del cónclave de eruditos a quienes el rey Jacobo había encomendado la tarea de realizar una traducción de la Biblia al inglés.

Pero si bien es posible que Fludd respaldase las ideas rosacruces, éstas no se originaron en él, y tampoco se cree que haya tenido relación alguna con la autoría de los anónimos «Manifiestos rosacruces». Hoy se cree que esos manifiestos fueron redactados, en parte o bien en su totalidad, por un escritor alemán de Württemberg llamado Johann Valentin Andrea.[26] Y se cree, asimismo, que estaban relacionados fundamentalmente con la corte de Friedrich, conde palatino del Rin, en Heidelberg.

En 1613, Friedrich se casó con Isabel Estuardo, hija de Jacobo I de Inglaterra. Cuatro años más tarde, los nobles del reino de Bohemia ofrecieron a Friedrich la corona de su país, y la aceptación por parte de Friedrich precipitó la guerra de los Treinta Años, el conflicto más costoso y encarnizado que se libró en suelo europeo antes del siglo XX. En los primeros años de guerra, la mayor parte de Alemania fue arrollada por los ejércitos católicos y sobre el protestantismo alemán pesó la amenaza de la extinción. Miles de refugiados —entre ellos los filósofos, científicos y «esotericistas» que encarnaban la «Ilustración rosacruz»— huyeron a Flandes y los Países Bajos y, desde allí, a la seguridad que les ofrecía Inglaterra. Para facilitar la salida de estos fugitivos, Johann Valentin Andrea y sus colegas alemanes crearon los llamados «gremios cristianos».[27] Los gremios, que representaban una especie de sistema de logias, tenían como finalidad mantener intacto el cuerpo de la doctrina rosacruz, organizando a sus defensores en células y trasladándoles de forma clandestina a refugios seguros en el extranjero. De este modo, desde la década de 1620 en adelante, los refugiados alemanes comenzaron a llegar a Inglaterra, trayendo con ellos tanto el ideario rosacruz como la estructura organizativa de los gremios cristianos.

Como hemos visto, en la época de Jacobo I ya se había establecido un sistema de logias dentro de los gremios de albañiles «operativos» y había comenzado a proliferar en Escocia. Hacia el fin de la guerra de los Treinta Años, un sistema se había filtrado en Inglaterra. En su estructura general parece haber coincidido exitosamente con los gremios cristianos creados por Andrea en Alemania; y demostró estar más que dispuesto a incorporar la afluencia del pensamiento rosacruz. Por lo tanto, los refugiados alemanes encontraron un hogar espiritual entre los gremios de albañiles ingleses, y su aportación de ideas rosacruces fue el ingrediente final necesario para la aparición de la moderna masonería «especulativa».

En los años siguientes, los acontecimientos se desarrollaron en dos frentes. El sistema de logias se consolidó y proliferó aún más, de modo que la masonería se convirtió en una institución establecida y reconocida. Al mismo tiempo, algunos de los individuos más activos de la masonería se constituyeron en una versión inglesa del Colegio Invisible de los rosacruces, un grupo de científicos, filósofos y «esotericistas» que estaban a la vanguardia de las ideas progresistas.[28] Durante

la guerra civil inglesa y el Protectorado de Cromwell, el Colegio Invisible —que ahora incluía a luminarias como Robert Boyle y John Locke— permaneció invisible. En 1660, sin embargo, con la restauración de la monarquía, el Colegio Invisible se convirtió en la Sociedad Real bajo la protección de los Stuart. Durante los siguientes veintiocho años, el «rosacrucismo», la masonería y la Sociedad Real no sólo se superpondrían, sino que se volverían virtualmente indistinguibles unas de otras.

Tercera parte

Los orígenes de la masonería

10

Los primeros masones

En su forma actual, la masonería data específicamente del siglo XVII. De hecho, es un producto singular del pensamiento y las circunstancias del siglo XVII, una síntesis de las múltiples ideas y percepciones producidas por las convulsiones que tuvieron lugar en la religión, la filosofía, la ciencia, la cultura, la sociedad y la política occidentales. El siglo XVII fue un período de cambios radicales, y fue como respuesta a esta situación como cristalizó la masonería. La masonería actuaría como una especie de aglutinante, un agente de conexión que sirvió para mantener unidos, de un modo en que la iglesia católica ya era incapaz de conseguir, los diversos elementos y componentes de un mundo fragmentado y una visión del mundo también fragmentada.

Y es hacia el siglo XVII adonde vuelve la mirada la masonería en busca de sus orígenes o, en todo caso, busca las primeras señales de la aparición de la estructura que ha llegado hasta nosotros. Por lo tanto, los escritores e historiadores masones han investigado de forma exhaustiva en los asuntos del siglo XVII, esforzándose por seguir el rastro de la red de logias que se extendió progresivamente, por trazar el proceso a través del cual determinados ritos generaron otros ritos y varias personalidades ilustres se implicaron en el mismo. Nosotros, por necesidad, tendremos que recurrir, si bien de manera superficial, al mismo material. No es el propósito de este libro, sin embargo, intentar la elaboración de un catálogo. No tenemos ningún deseo de solapar aquello que puede encontrarse fácilmente en las abundantes historias acerca de la masonería y que, aunque pertinente para los propios masones, resulta irrelevante para los que no pertenecen a la masonería. Nuestro propósito debe ser intentar alguna clase de «visión general», investigar el «impulso principal», el espíritu y la energía generales de la masonería, tal como invadió y finalmente, demostraremos, transformó la sociedad inglesa.

Como hemos visto, la masonería, en los años previos a la guerra civil inglesa y el Protectorado de Oliver Cromwell, se asoció estrechamente con el «rosacrucismo». Ya hemos citado (pág. 138) un poema, escrito en 1638, por Henry Adamson de Perth. Si la calidad artística puede representar algún indicador, Adamson puede haber sido una pre encarnación de William McGonagall, reconocido maestro de la ignorancia. El poema de Adamson, extrañamente, también hace referencia al derrumbe de un puente sobre el Tay. Merece la pena reproducirlo aquí en todo detalle:

> Justo en esta época vemos el puente del Tay.
> Oh, una maravillosa vista sin duda era ese día;
> un puente tan majestuoso, con once grandes arcos,
> uniendo el norte y el sur, y un camino común es
> entre ambos, un puente de piedra cuadrada...
>
> ... y en el año setenta y tres
> el Puente sufrió su primera caída,
> con el derrumbe de tres arcos cerca de la ciudad,
> pero fueron reconstruidos. Y luego se derrumbaron
> cinco arcos en el año ochenta y dos...
>
> Por lo tanto reúno coraje y espero ver
> un puente construido, aunque yo ya sea viejo,
> más majestuoso, firme, más lujoso, y más hermoso,
> que con cualquier época anterior se pueda comparar:
> así la *Osadía* me aseguró que sería,
> y mi buen *Genio* lo sabe en verdad:
> porque lo que presagiamos no es en conjunto,
> porque nosotros la hermandad de los *Rosie Crosse*;
> tenemos la *palabra del Albañil*, y segunda vista,
> podemos adivinar la cosas que vendrán;
> y mostraremos a qué misterio nos referimos,
> en el bello acróstico CAROLUS REX puede verse...

En 1638, por lo tanto, Adamson y otros supuestos «hermanos de la Rosie Crosse» no dudaron en arrogarse «la palabra del Albañil y segunda vista», y no existe ningún indicio de que masón alguno objetase jamás esta afirmación. También conviene hacer notar de paso el estatus acordado por el poema a Carlos I.

Mientras la guerra de los Treinta Años sacudía el continente europeo, mientras la victoria católica amenazaba con extinguir el protestantismo continental, Gran Bretaña en general, y la monarquía de los Estuardo en particular, se erigía cada vez más como un bastión, una fortaleza, un refugio. Expulsado de su trono en Heidelberg, Friedrich, conde palatino del Rin, y su esposa Elizabeth, hija de Jacobo I, encon

traron refugio en La Haya. Allí establecieron una nueva corte en el exilio «rosacruz», adonde acudían los refugiados alemanes y desde donde eran enviados a Inglaterra, donde el padre y luego el hermano de su protectora Estuardo parecían reinar seguros, defendidos por el enorme foso del Canal de la Mancha.

Entonces en Inglaterra estalló la guerra civil, el Parlamento se alineó contra la monarquía, un rey fue ejecutado y se estableció el duro y austero Protectorado de Oliver Cromwell. Aunque no fue tan terrible como la guerra de los Treinta Años en el continente, el conflicto librado en Inglaterra (que puede ser considerado como una especie de vástago o tributario de la guerra de los Treinta Años) fue din duda enormemente traumático. Es posible que Inglaterra no fuese amenazada con una nueva imposición de una hegemonía católica, pero estaba sometida a otra forma de control religioso, tal vez incluso más fanático, sin duda más intolerante, austero e intransigente. En obras como *El paraíso perdido*, Milton pudo eludirlo con la ayuda de un velado neoplatonismo (aunque incluso él chocó repetidamente con el régimen). Pero en el clima del Protectorado, la masonería, con su espectro de heterodoxos intereses religiosos, filosóficos y científicos, mantuvo un comportamiento prudente y reservado. Y el Colegio Invisible permaneció, en efecto, invisible.

Los masones posteriores insisten con firmeza en la ausencia de cualquier interés o lealtad políticos por parte de sus predecesores. Se ha dicho repetidamente que la masonería ha sido una institución apolítica desde sus comienzos. Nosotros afirmamos que esta posición corresponde a un desarrollo posterior, y que la masonería del siglo XVII — y gran parte también de la del XVIII— estaba políticamente *engagé*. Sus raíces se encontraban en familias y gremios unidos a antiguas alianzas con los Estuardo y la monarquía Estuardo. Había encontrado su camino desde Escocia hasta Inglaterra bajo la protección de Jacobo I, un rey escocés que, supuestamente, era masón. Las antiguas «Cartas de Sinclair» reconocen de manera explícita el patrocinio y la protección de la corona. Y, en un manuscrito de mediados del siglo XVII, se exigía de los masones

> ... que seáis hombres leales al Rey sin ninguna traición ni falsedad y que si observaseis alguna traición o falsedad la enmendaréis o daréis noticia de ellas al Rey.[2]

A través de este mandato, los masones estaban obligados a mostrar lealtad a la monarquía.

La ausencia de cualesquiera declaraciones estridentes a favor de los Estuardo durante tres cuartas partes del siglo XVII difícilmente puede tomarse como prueba de apatía, indiferencia o neutralidad política por parte de la masonería. Antes de que estallara la guerra civil en Inglaterra, no había habido necesidad de ese tipo de manifestaciones: el dere

cho de los Estuardo al trono inglés parecía seguro, y la lealtad a la dinastía habría resultado demasiado manifiesta, demasiado dada por hecho, como para necesitar una declaración explícita. Durante el Protectorado, por otra parte, cualquier declaración formal de las lealtades de los Estuardo habría resultado demasiado peligrosa. Algunos individuos específicos, por supuesto, podían profesar su adhesión al monarca, siempre que no desafiaran con su actitud la autoridad del Parlamento o del régimen de Cromwell; pero merece escasa credibilidad que Cromwell hubiese aprobado una red de logias semi secreta para propagar concepciones políticas que él consideraba hostiles. La masonería ya se encontraba bajo un manto de sospecha debido al relajado, tolerante y ecléctico contraste que presentaba frente al austero puritanismo del gobierno. El hecho de haber declarado una lealtad a los Estuardo habría sido equivalente al suicidio institucional, y los miembros de la masonería hubiesen llamado la atención de los tristemente famosos generales cazadores de brujas. En consecuencia, la masonería, en la medida en que puede ser rastreada durante la época del Protectorado, es solícitamente, incluso tenazmente, reservada.

En resumen, por lo tanto, durante la guerra civil y el Protectorado, la masonería nunca repudió su adhesión a la monarquía de los Estuardo, sino que permaneció, simplemente, en un prudente silencio. Detrás de este silencio, las antiguas lealtades se mantuvieron firmemente intactas. Y difícilmente puede tratarse de una coincidencia que, en 1600, con la restauración de los Estuardo y la ocupación del trono por parte de Carlos II, la masonería — tanto por derecho propio y a través de la Sociedad Real — adquiriese merecida fama.

Pero si los masones permanecieron fieles a la monarquía Estuardo, seguían siendo capaces de protestar —por la fuerza de las armas si era necesario— contra los abusos cometidos por los Estuardo. En 1629, Carlos I había disuelto el Parlamento. En 1638, molestos por las consecuencias de la acción autocrática del monarca, los principales nobles, ministros y pequeños comerciantes de Escocia redactaron el «Acuerdo nacional». Este acuerdo protestaba contra el gobierno arbitrario del rey y reafirmaba las prerrogativas legislativas del Parlamento. Los firmantes se prometieron defensa mutua y comenzaron a formar un ejército. Entre los firmantes más insignes de este acuerdo se encontraba el conde de Rothes. En una entrada de su diario, fechada el 13 de octubre de 1637, figura la primera referencia conocida a «la palabra del Albañil».[3]

En agosto de 1639, un Parlamento controlado por los firmantes del acuerdo se reunió en Edimburgo. Provocado por este acto de abierto desafío, Carlos movilizó su ejército y se preparó para avanzar sobre Escocia. Antes de que pudiera hacerlo, sin embargo, el ejército escocés, al mando del conde de Montrose, se dirigió hacia el sur, derrotó a un contingente inglés y, en agosto de 1640, ocupó Newcastle. A continuación se estableció una tregua, pero los escoce

ses permanecieron en Newcastle hasta junio de 1641, cuando se firmó oficialmente la paz.

Con los acontecimientos producidos en 1641 como telón de fondo, mientras el ejército de los firmantes del acuerdo ocupaba Newcastle, se produjo lo que los masones consideran como un hito en su historia: la primera iniciación registrada en suelo inglés. El 20 de mayo de 1641, sir Robert Moray —«Señor el Justo Honorable Señor Robert Moray, Cuartel General del ejército de Escocia»— fue admitido, en o cerca de Newcastle, en la antigua logia de Edimburgo de la Capilla de María.[5] El hecho de que Moray fuese admitido en la logia implica, naturalmente, que la logia y, sin duda, alguna especie de sistema de logias, ya existía y era totalmente operativo. Como hemos visto, éste había sido el caso durante algún tiempo. El propio general Alexander Hamilton, quien estaba presente en la ceremonia de admisión de Moray, había sido admitido en la logia un año antes.[6] No obstante, a menudo Moray es considerado por estudiosos posteriores como «el primer masón completo». Pero si no era exactamente eso, no hay duda de que era lo bastante importante como para merecer la atención de los eruditos, y para sacar a la masonería de las sombras y llevarla hacia una luz cada vez más intensa.

Aunque se ignora la fecha exacta, Moray nació a comienzos del siglo XVII en el seno de una acomodada familia de Pertshire, y murió en 1673. En su juventud prestó servicio militar en Francia con una unidad escocesa —presuntamente la para entonces resucitada Guardia Escocesa— y ascendió al rango de teniente coronel. En 1643, un año y medio después de su iniciación masónica, fue nombrado caballero por Carlos I, luego regresó a Francia y reanudó su carrera militar, para alcanzar el grado de coronel en 1645. Aquel mismo año se convirtió en enviado secreto autorizado para negociar un tratado entre Francia y Escocia por el que Carlos I, depuesto en 1642, sería repuesto en el trono de Inglaterra. En 1646 participó en otra conspiración para asegurar la huida del rey de su custodia parlamentaria. Alrededor de 1647 se casó con Sophia, hija de David Lindsay, lord Balcarres. Al igual que los Sinclair, los Seton y los Montgomery, con quienes estaban asociados, los Lindsay se encontraban desde hacía mucho tiempo entre las familias nobles escocesas versadas en la tradición esotérica. El propio lord Balcarres era conocido como un hermeticista y practicante de la alquimia. Su esposa era hija de Alexander Seton, de la rama Seton-Montgomery de la familia, que desempeñaría un papel fundamental en la masonería posterior. Fue en este círculo donde entró Moray en virtud de su matrimonio, aunque merece la pena señalar que su ingreso en la masonería antecede en seis años a su matrimonio.

Después de la ejecución de Carlos I, Moray reanudó su carrera militar y diplomática en Francia. Era un estrecho confidente del futuro Carlos II y ocupó numerosos cargos oficiales bajo el monarca en el exilio. En 1654, él y su cuñado, Alexander Lindsay, quien había here-

dado el título de Balcarres, estaban con Carlos en París. Luego, entre 1657 y 1660, estuvo en el exilio en Maastricht, dedicando su tiempo principalmente, tal como escribió, «a búsquedas químicas».

Poco después de producida la Restauración, el hermano de Moray, sir William Moray de Dreghorn, se convirtió en maestro de obras —es decir, maestro de los albañiles «operativos»— del flamante rey. El propio Moray regresó a Londres y ocupó numerosos cargos judiciales, si bien nunca ocupó un lugar en la judicatura. En 1661 se convirtió en lord Exchequer* de Escocia y, en 1663, en Teniente-Secretario del país. Durante los siete años siguientes, el rey, el duque de Lauderdale y él gobernarían efectivamente Escocia por su cuenta, aunque Moray también mantenía estrechas relaciones con la rama escocesa de la familia Hamilton. Hasta el momento de su muerte siguió siendo uno de los más estrechos colaboradores del rey. «Carlos le profesaba una gran confianza y sus consejos siempre llamaban a la prudencia y la moderación».[7] El rey le visitaba a menudo de forma privada en su laboratorio de Whitehall y le describía como «jefe de su propia iglesia».[8] Entre sus socios de esa época, todos los cuales hablaban de él en términos elogiosos, se encontraban Evelyn, Huygens y Pepys. Según el *DNB*, «el desinterés y la elevación de sus metas eran universalmente reconocidos. Carecía de toda ambición; de hecho, como él mismo decía, "no tenía estómago para los empleos públicos"».[9]

Según el testimonio de otro de los contemporáneos de Moray, era un «renombrado químico, un gran defensor de los rosacruces y un excelente matemático».[10] Fue en calidad de tal como habría de hacer su mayor aportación a la posteridad. Porque Moray no era solamente uno de los fundadores de la Sociedad Real. También era su espíritu guía y, en palabras de Huygens, su «alma».[11] En palabras de Frances Yates, «Moray hizo más que, probablemente, cualquier otra persona para fomentar la fundación de la Sociedad Real y persuadir a Carlos II de que la estableciera a través de un patrocinio...».[12] Durante toda su vida, Moray consideraría la Sociedad Real quizás como su mayor logro, y «velaba asiduamente por sus intereses».

Considerando el hecho de que ha sobrevivido un número tan escaso de documentos del siglo XVII relacionados con la masonería, sólo podemos deducir cuáles eran sus intereses, actividades y orientación a través de los prominentes individuos asociados a ella. Moray es uno de los que aporta ese indicador. Él parece haber encarnado al masón típico y representativo de la masonería del siglo XVII. Si lo fue realmente, entonces la masonería de su tiempo puede ser caracterizada como una fusión de las tradiciones filtradas a través de la Guardia Escocesa y de familias nobles escocesas como los Lindsay

---

* Un cargo similar al de Presidente del Tribunal de Hacienda. *(N. del E.)*

y los Seton; de la «química» o alquimia y el rosacrucismo llegado desde el continente; y del amplio espectro de intereses científicos y filosóficos que prevalecieron en el Colegio Invisible y, más tarde, en la Sociedad Real.

Podría argumentarse, por supuesto, que Moray era una excepción, un individuo altamente ecléctico e idiosincrásico y no, en realidad, un representante típico de la masonería. Pero las crónicas de la masonería de la época citan a una figura verdaderamente prominente, que exhibe precisamente la misma gama de intereses, influencias y preocupaciones que Moray. Esta figura, conocida hoy principalmente quizás por el museo que lleva su nombre, era Elias Ashmole.

Ashmole nació en Lichfield en 1617. Durante la guerra civil se mostró muy activo en el bando realista y luego, en 1644, se retiró a su ciudad natal, donde el depuesto Carlos I le había nombrado comisionado de impuestos. Sus obligaciones oficiales le llevaban con frecuencia a Oxford. Allí cayó bajo la influencia del capitán (más tarde sir) George Wharton, quien le inculcó un fervor por la alquimia y la astrología que le acompañaría durante toda la vida. En 1646, Ashmole se movía en los círculos astrológicos de Londres, pero mantenía estrechos contactos con el Colegio invisible, que comenzó a reunirse en Oxford en 1648. En aquella época formaban parte de él Robert Boyle, Christopher Wren y el Dr. John Wilkins (otro de los miembros fundadores de la Sociedad Real).

Ashmole tenía entre sus posesiones al menos cinco manuscritos de John Dee y, en 1650, editó uno de ellos, un tratado sobre alquimia, publicado bajo el seudónimo anagramático de James Hasolle. A éste le siguieron otros trabajos herméticos y alquímicos, que influyeron a Boyle y más tarde a Newton, mientras que el propio Ashmole se convertía en un conocido frecuentador de los círculos de los rosacruces. En 1656, la traducción inglesa de un importante texto alemán de los rosacruces fue publicado con esta dedicatoria: «A... el único Filósofo de esta época... Elias Ashmole».[14]

Carlos II estaba profundamente interesado en la alquimia, y la obra de Ashmole sobre la materia le había impresionado. En el primer cargo del nuevo rey como monarca restaurado, Ashmole fue instalado en el puesto de portavoz de Windsor. Su favor dentro de la corte fue en aumento y le fueron asignados numerosos cargos. Y, antes de que transcurriese demasiado tiempo, también comenzó a recibir críticas elogiosas del extranjero. Desde 1655 había estado inmerso en su obra magna, una historia de la Orden de la Jarretera y, de paso, de todas las otras instituciones caballerescas de Occidente. Esta obra, considerada aún hoy como el texto definitivo en su campo, fue publicada en 1672, recibiendo una aclamación unánime no sólo en Inglaterra, sino también en el extranjero. En 1677, Ashmole donó a la Universidad de Oxford el museo de antigüedades que había heredado de un amigo, junto con sus propias aportaciones al mismo. Oxford, a cambio, estaba obligado

a albergar la colección, que, según una fuente contemporánea, consistía en una docena de carretadas. Ashmole murió en 1692, alabado y loado de forma excesiva y saludado como uno de los sabios de su época.

Ashmole había sido iniciado como masón en 1646, cinco años después de Moray. Éste acontecimiento quedó reflejado en su diario:

> 1646. 16 de octubre. 16.30 h. Fui nombrado masón en Warrington en Lancashire con Coll: Henry Mainwaring de Karincham en Cheshire. Los nombres de aquellos que pertenecían entonces a la logia, Sr. Rich. Penket, Warden, Sr. James Collier, Sr. Rich. Sankey, Henry Littler, John Ellam, Rich. Ellam y Hugh Brewer.[15]

Treinta y seis años más tarde, en 1682, el diario de Ashmole incluye otra reunión de la logia, en esta ocasión en Londres, en Mason's Hall, y la lista de los asistentes incluye a un número de prominentes caballeros de la ciudad.[16] Por lo tanto, el diario de Ashmole da fe de varios hechos; de su continuada lealtad a la masonería durante treinta y seis años, de la propagación de la masonería a través de Inglaterra y de la importancia de las personas asociadas a la logia hacia la década de 1680.

Frances Yates señala como un punto importante que «las dos personas de las que primero tenemos la certeza de su pertenencia a logias masónicas eran ambas miembros fundadores de la Sociedad Real».[17] Junto a Moray, Ashmole fue uno de los fundadores de la Sociedad Real. Durante la guerra civil inglesa y el Protectorado de Cromwell, fue, al igual que Moray, un ferviente realista, dedicado apasionadamente a la restauración de la monarquía de los Estuardo. Y de manera mucho más evidente que Moray, Ashmole mostró una gran preocupación por la caballería y las órdenes de caballería. En su historia de la Orden de la Jarretera investiga a los templarios, convirtiéndose en el primer escritor conocido que habló favorablemente de ellos desde la supresión de la orden. Es a través de Ashmole —afamado anticuario, experto en historia de la caballería, prominente masón, cofundador de la Sociedad Real— como uno puede vislumbrar lo que debió haber sido una actitud predominante hacia los templarios en el pensamiento masónico y rosacruz del siglo XVII. De hecho, es con Ashmole con quien comienza efectivamente la «rehabilitación» de los templarios, al menos en lo que atañe al público en general. Pero Ashmole no estaba solo.

En 1533, el mago, filósofo y alquimista alemán Heinrich Cornelius Agrippa von Nettesheim publicó su famosa obra *Of Occult Philosophy*. Esta obra es uno de los hitos de la literatura esotérica y consolidó la reputación de Agrippa como el «mago» más importante de su época, el auténtico prototipo, más que cualquier Georg o Johann Faustus históricos, para el personaje principal en la obra teatral de Mar

lowe y el poema dramático de Goethe. En la edición original en latín de su obra, Agrippa menciona de pasada a los templarios. Sus comentarios reflejan aquello que, en ausencia de cualquier otra evidencia o tradición en contrario en Alemania en aquella época, era la visión predominante de «la detestable herejía de los templarios».[18]

En 1651 se publicó la primera traducción inglesa de la obra de Agrippa. En ella se incluía un breve poema dedicatorio de alabanza del alquimista y «filósofo natural» Thomas Vaughan —amigo y discípulo de Moray, como veremos más adelante— y fue vendida en una librería en el patio de la iglesia de St. Paul. La referencia de Agrippa a los templarios, en el original en latín, había consistido en unas pocas palabras en un texto de más de quinientas páginas. Y, sin embargo, la traducción inglesa anónima se mostró lo suficientemente ofendida o desconcertada para cambiarlas. Por lo tanto, la edición inglesa se refiere a la «detestable herejía» no de los templarios sino de los «antiguos miembros de la Iglesia».[19] Está claro, por lo tanto, que en 1651, dos años después de la muerte de Carlos I, la «rehabilitación» de los templarios ya había comenzado. En Inglaterra había ciertos intereses, reflejados por el traductor de la obra de Agrippa y presumiblemente por su anticipada lectoría, que no estaban preparados para ver cómo los templarios eran denostados, ni siquiera de pasada, ni siquiera por una figura tan importante como el insigne mago de Nettesheim.

La Restauración de los Estuardo y la masonería

Si Moray fue el espíritu guía y el «alma» de la Sociedad Real, el Dr. John Wilkins fue su fuerza impulsora y su director organizativo. Wilkins estaba estrechamente vinculado a la corte «rosacruz» de Friedrich, conde palatino del Rin, e Isabel Estuardo. Más tarde sirvió como capellán de su hijo, quien fue enviado a Inglaterra para que continuase allí sus estudios. Finalmente, Wilkins se convirtió en obispo de Chester. En 1648 publicó su primera obra importante, *Mathematicall Magick*, que estaba influida notablemente por la obra de Robert Fludd y John Dee, a quienes ensalzó en el prefacio. Aquel mismo año, Wilkins empezó a organizar las reuniones en Oxford, en las que la propia Sociedad Real fija sus orígenes. Y fue también en Oxford, como ya hemos visto, donde Ashmole entró en contacto con el grupo.

Las reuniones en Oxford continuaron durante once años, hasta 1659, para trasladarse a continuación a Londres. En 1660, al producirse la Restauración monárquica, Moray se acercó al repuesto rey en busca de patrocinio real. La Sociedad Real se estableció formalmente en 1661, con el rey como su protector oficial, y también miembro. Moray fue el primer presidente de la organización. Entre el resto de sus miembros fundadores se encontraban Ashmole, Wilkins, Boyle, Wren, el diarista John Evelyn y dos refugiados rosacruces alemanes especialmen-

te importantes, Samuel Hartlib y Theodore Haak. En 1672, Isaac Newton se convirtió en miembro de la organización, en 1703 fue elegido presidente y permaneció en el cargo hasta su muerte en 1727.

Durante la presidencia de Newton, e inmediatamente después de la misma, la superposición entre la Sociedad Real y la masonería sería especialmente notable. La Sociedad Real de esa época contaba entre sus miembros al famoso caballero Ramsay, quien pronto ocupará un lugar prominente en nuestra historia. También incluía a James Hamilton, lord Paisley y al séptimo conde de Abercorn, coautor de la aclamada obra *Treatise on Harmony* y gran maestre de la masonería inglesa. Pero quizá el dato más importante fuese que incluía también a John Desaguliers, un íntimo amigo de Newton, quien se convirtió en miembro de la Sociedad Real en 1714 y posteriormente en Conservador. En 1719, Desaguliers se convirtió en el tercer gran maestre de la Gran Logia de Inglaterra y habría de permanecer como una de las figuras más importantes de la masonería inglesa durante los veinte años siguientes. En 1731 se encargó de admitir en la logia a Francisco, duque de Lorena, posteriormente esposo de la emperatriz María Teresa de Austria. En 1737 haría lo mismo con Frederick, príncipe de Gales, de quien fue capellán.[20]

Pero la Sociedad Real, en los años inmediatamente posteriores a la Restauración, fue solamente una vía para la masonería y el pensamiento masónico. El abanico de actividades desarrolladas por la masonería en el siglo XVII incluía ciencia, filosofía, matemáticas y geometría y pensamiento hermético, neoplatónico y rosacruz. Las mismas preocupaciones son evidentes en la obra de algunas de las figuras literarias más trascendentes de ese período, los hermanos gemelos Thomas y Henry Vaughan, por ejemplo, y los llamados «platónicos de Cambridge», Henry More y Ralph Cudworth. No ha sobrevivido ningún documento que confirme que estos individuos fuesen realmente miembros iniciados de logias específicas. Al mismo tiempo, no podían reflejar de un modo más exacto y preciso el impulso y la orientación de los intereses masónicos. El círculo de Henry More incluía al distinguido médico, científico y alquimista Francis van Helmont. Thomas Vaughan, célebre como alquimista y «filósofo natural», se convirtió en un estrecho amigo personal, discípulo y protegido de sir Robert Moray.

Antes, durante la guerra civil, Vaughan y su hermano habían sido miembros muy activos del bando realista. Bajo el Protectorado de Cromwell, Thomas Vaughan había traducido —con el seudónimo de Eugenius Philalethes— varias obras esotéricas y herméticas procedentes del continente, incluidos los famosos «Manifiestos rosacruces». La estrecha relación de Vaughan con Moray sugiere que, aun cuando él mismo no fuese masón, estaba muy próximo a la corriente principal del pensamiento masónico; y sus intereses eran los mismos de su hermano, quien, en cuanto atañe a la posteridad, demostró ser el portavoz más elocuente. La poesía de Henry Vaughan —que está al nivel

de la escrita por Andrew Marvell y George Herbert— puede considerarse como una suma de las corrientes e influencias que caracterizaban a la masonería del siglo XVII.

Pero mientras que More y los hermanos Vaughan crearon testamentos duraderos en el campo de la literatura, tal vez el monumento más impresionante a la masonería del siglo XVII perdura hoy en la arquitectura de Londres. En 1666, el terrible incendio que asoló Londres destruyó el ochenta por ciento de la antigua ciudad, incluidas ochenta y siete iglesias, y fue necesario emprender una reconstrucción casi total de la capital inglesa. Esto representó un esfuerzo prodigioso y concentrado por parte de los gremios de albañiles «operativos». La masonería «operativa», por lo tanto, fue catapultada al conocimiento público, con su obra manual y sus habilidades expuestas de un modo prominente y majestuoso en estructuras como la catedral de St. Paul, St. James, Picadilly y el Royal Exchange. A medida que la nueva ciudad iba tomando forma ante los ojos de la población, sus arquitectos y constructores acumularon un prestigio sin precedentes; y gran parte del mismo alcanzó a los partidarios de la masonería «especulativa», quienes se apresuraron a recalcar su afinidad con sus hermanos «operativos». La figura más importante dentro de este contexto fue, por supuesto, sir Christopher Wren. Como ya hemos visto, Wren era un *habitué* del Colegio Invisible que se reunía en Oxford y, posteriormente, se convirtió en miembro fundador de la Sociedad Real. En 1685, supuestamente, se convirtió en gran maestre de la masonería en Inglaterra.[21] Al mismo tiempo, Wren no era solamente un pensador, sino también un experto arquitecto. Por lo tanto, representaba un vínculo crucial —tal vez *el* vínculo crucial— entre la masonería «especulativa» y los gremios «operativos».

En los campos de la filosofía y la religión, entonces, en las artes, en las ciencias y, de forma más manifiesta, en el terreno de la arquitectura, la masonería, en el período inmediatamente posterior a la Restauración, comenzó sus días más prósperos. Pero, además de prosperar durante esta época, la masonería también ejerció una influencia beneficiosa y constructiva. De hecho, se puede afirmar que —con su creciente propagación y su naturaleza progresivamente más pública— contribuyó de forma notable a cicatrizar las heridas provocadas por la guerra civil.

Esto no significa, por supuesto, que no tuviese detractores. En 1676, por ejemplo, *Poor Robin's Intelligence*, un panfleto satírico de corta vida, llevaba impreso el siguiente anuncio burlesco:

> Por la presente se notifica que la Facción Moderna de la Cinta Verde, junto con la Antigua Hermandad de los Rosacruces; los Adeptos Herméticos y la Compañía de Masones Admitidos, tienen intención de cenar juntos el próximo 31 de noviembre en el *Flying-Bull* en Windmill-Crown Street...[22]

Pero esos libelos festivos difícilmente podían hacer algún daño a la masonería. Tal vez funcionaban a modo de las modernas columnas de cotilleos, estimulando el interés del público y, probablemente, aumentando el prestigio que pretendían devaluar. Esto también se aplicaba a la obra del Dr. Robert Plot, guardián del museo Ashmole en Oxford, quien, en 1686, publicó su *Natural History of Staffordshire*. Plot intentó en esta obra mofarse de la masonería, cuando no condenarla de hecho. En cambio, proporcionó a la masonería precisamente la clase de publicidad que más contribuía a su atractivo y, al mismo tiempo, suministró a la posteridad no sólo un valioso libro de consulta, sino también un testimonio de la influencia que había adquirido la institución:

> A éstos hay que añadir las *Costumbres* pertenecientes al *Condado*, de admitir Hombres en la *Sociedad de Masones*, que en los *páramos* del *Condado* parecen ser más solicitados que en cualquier otra parte, aunque yo encuentro que esta *Costumbre* se halla extendida más o menos por toda la *Nación*, porque aquí encontré a personas de la más eminente virtud, que no desdeñaron pertenecer a esta *Hermandad*. Y tampoco lo necesitaban, tratándose de personas de *Antigüedad* y *honor*, lo que se afirma en un gran *volumen escrito en pergamino* que tienen entre ellos, conteniendo la *Historia* y las *Reglas* del arte de la *albañilería*. Que se deduce no sólo de las *Sagradas Escrituras*, sino de la *historia profana*, particularmente la que fue traída a *Inglaterra* por *St. Amphibal*, y comunicada primero a *S. Alban*, quien estableció los *Cargos* de la *albañilería* y fue nombrado tesorero y gobernador de las *obras* del Rey, y les dio *cargos* y *modales* como *St. Amphibal* le había enseñado. Quienes fueron confirmados más tarde por el rey *Athelstan*, cuyo hijo pequeño *Edwyn* amaba la albañilería, quien asumió los *cargos* y aprendió los *modales*, y obtuvo para ellos de su padre una *Carta-libre*. Después de lo cual hizo que se reunieran en York, y trajeron todos los antiguos *Libros* de sus *oficios*, y de ellos ordenó tales *cargos* y *modales*, como entonces ellos pensaron que debía hacer: *cargos* que están en parte en el citado *Schrole* o *volumen en Pergamino*; y, de este modo, se estableció y confirmó en *Inglaterra* el *oficio* de la *albañilería*. Allí también se declara que estos *cargos* y *modales* fueron luego examinados y aprobados por el rey *Hen. 6* y su *consejo*, ambos en cuanto a *Maestros* y *Miembros* de este justo *oficio* Honorable.[23]

El Dr. Plot continúa, con considerable extensión, describiendo lo que él conoce de los rituales masónicos, las reuniones y los procedimientos de iniciación de la logia, como así también de la integridad con la que los albañiles «operativos» llevaban a cabo sus construcciones. Al final de su relato, en un fragmento de una oración inmensamente confusa, el Dr. Plot lanza su ataque:

> ... pero algunas otras [prácticas] que tienen (las que ellos *juran* a su manera), que no conoce nadie más que ellos, que yo tengo razones para

> sospechar que son mucho peores que éstas, quizás tan malas como esta *Historia* del propio *oficio*; y no hay nada con lo que yo me haya encontrado que sea más falso o incoherente.

Se trata de una forma inaceptable de dirigir un ataque. La mayoría de los lectores de Plot, no debe sorprender, ignoró (o nunca llegó a leer) su salida y empezó a simpatizar en cambio con todo aquello que había precedido a su ataque: el antiguo e ilustre origen reclamado por la masonería, la participación en ella de «personas de la más eminente virtud», los beneficios que les reportaba su pertenencia a la logia, el apoyo mutuo, las buenas obras, el prestigio unido a la construcción y la arquitectura. Después de todo esto, al final el castigo debió parecer un mero espasmo de petulancia y posiblemente de resentimiento de parte del Dr. Plot por no haber sido aceptado como masón.

Como hemos visto, entonces, la masonería, en el período entre 1660 y 1688, se complació en una especie de Edad de Oro. En esa época ya se había establecido, quizás incluso de un modo más eficazmente que la Iglesia anglicana, como una gran fuerza unificadora en la sociedad inglesa. Ya había comenzado a proporcionar un foro «democrático» donde «rey y plebeyo», aristócratas y artesanos, intelectuales y trabajadores, podían reunirse y, dentro del recinto sagrado de la logia, tratar cuestiones de interés mutuo. Pero esta situación no duraría mucho tiempo. En un cuarto de siglo, la masonería habría de experimentar las mismas divisiones traumáticas que la propia sociedad inglesa.

11

El vizconde Dundee

En 1668, aproximadamente, el hermano pequeño de Carlos II, Jacobo, duque de York, se convirtió al catolicismo. Lo hizo de una forma muy discreta, sin fanfarria alguna, de modo que no se plantearon objeciones importantes a su decisión. Pero en 1685, Carlos II murió y su hermano ascendió al trono como Jacobo II. El flamante monarca comenzó inmediatamente a hacer proselitismo en nombre de su nueva religión. Los jesuitas recibieron un trato de favor. Se ofrecieron importantes sumas de dinero a personas que ocupaban altos cargos si se convertían a la fe católica. Las instituciones civiles, militares y judiciales se llenaron de católicos. Como jefe de la Iglesia de Inglaterra, además, Jacobo tenía la potestad de nombrar a obispos pro católicos o, si así lo deseaba, dejar sus puestos vacantes.

Antes de 1688, Jacobo había tenido dos hijas, Mary y Anne, ambas criadas en la fe protestante. La creencia general era que una de ellas se convertiría en su heredera y que Inglaterra volvería a tener un soberano protestante. Con esta suposición como fundamento, el catolicismo de Jacobo fue aceptado como una fase transitoria, desagradable pero preferible a la clase de alzamiento cívico traumático que se había producido cuarenta años antes.

En 1688, sin embargo, Jacobo tuvo un hijo, quien, por derecho de sucesión, tendría prioridad sobre sus herederas femeninas: Inglaterra, por lo tanto, se vio enfrentada a la posibilidad de una dinastía católica. Tres años antes, además, en Francia, Luis XIV había revocado el Edicto de Nantes, que había garantizado hasta entonces la libertad religiosa a los protestantes. Los protestantes franceses, después de haber vivido en paz durante casi un siglo, se vieron súbitamente sometidos a una renovada persecución y a deportaciones en masa. Los protestantes ingleses, temiendo la posibilidad de correr una suerte similar, fueron incitados a la resistencia.

La fricción entre el rey y el Parlamento fue en aumento. Entonces Jacobo exigió que el clero anglicano leyese una declaración de tolerancia a los católicos y otros disidentes, pero siete obispos se negaron a cumplir la orden real. Los rebeldes fueron enjuiciados por su desobediencia a través de un decreto real, pero en una flagrante humillación a la autoridad del rey, los siete fueron absueltos. Aquel mismo día, el Parlamento ofreció el trono a Mary, la hija fervientemente anticatólica de Jacobo, y a su esposo, Guillermo, príncipe de Orange. El príncipe holandés aceptó la invitación. El 5 de noviembre de 1688 desembarcó en Torbay para convertirse en el nuevo rey de Inglaterra.

Los temores de una nueva y prolongada guerra civil en suelo inglés demostraron ser afortunadamente infundados. Jacobo decidió no luchar y, el 23 de diciembre, levantó el campamento de su ejército y se marchó al exilio a Francia. En marzo de 1689, sin embargo, desembarcó en Irlanda con tropas y asesores militares franceses. En Irlanda convocó a su propio parlamento y procedió a organizar un ejército con sus súbditos católicos irlandeses bajo el mando de Richard Talbot, conde de Tyrconnell.

A continuación se sucedieron algunos combates esporádicos. Las tropas católicas de Jacobo pusieron sitio a Londonderry el 19 de abril y lo mantuvieron hasta el 30 de julio, cuando fue levantado. Pero no fue hasta un año más tarde cuando los ejércitos de Jacobo y Guillermo se enfrentaron en una batalla campal. El 1 de julio de 1690, a orillas del río Boyne, Jacobo sufrió una derrota aplastante y se exilió definitivamente a Francia. Sus partidarios continuaron combatiendo aún durante un año, hasta el 12 de julio de 1691, cuando fueron derrotados nuevamente en la batalla de Aughrim. Las destrozadas fuerzas católicas se retiraron hacia Limerick, donde fueron sitiadas, y finalmente se rindieron. De este modo acabó la «Revolución gloriosa» de Inglaterra y, con ella, el dominio de la dinastía Estuardo. A través de los acontecimientos que le costaron el trono, Jacobo, según un historiador, «había exhibido una incapacidad política de proporciones casi heroicas».[1]

En la medida en que haya sido siquiera una «revolución», la de 1688 había sido razonablemente civilizada. En términos estrictos, fue menos una «revolución» que un *coup de état*, e incruento en cuanto a eso, al menos en lo que a la propia Inglaterra atañía. Sin embargo, desgarró a la sociedad británica de un modo tan dramático como lo había hecho antes la guerra civil en el mismo siglo. Por segunda vez en menos de cincuenta años, un monarca de la casa Estuardo había sido depuesto, y ello provocó un profundo examen de conciencia, tanto individual como colectivo. Cualesquiera que hayan sido las transgresiones de un determinado rey, en Inglaterra había muchos que pensaban que la monarquía Estuardo poseía una legitimidad, un linaje nativo, un «carácter británico» intrínseco, algo de lo que carecía la casa holandesa de Orange, el archienemigo de Gran Bretaña hacía solo

un cuarto de siglo. En Escocia, la lealtad a la antigua casa reinante tuvo prioridad sobre todas las afiliaciones religiosas. En Irlanda, por supuesto, el hecho de que Jacobo abrazase la fe católica le había congraciado con el pueblo. Las fisuras creadas en la sociedad inglesa fueron reflejadas por aquellas que se abrieron entre las familias nobles escocesas tan enraizadas en nuestra historia. En el sitio de Londonderry, por ejemplo, había miembros de la familia Hamilton en ambos bandos. Lord James Sinclair permaneció «leal a la corona», quienquiera que fuese el que la ciñese, mientras que su hermano estaba en prisión y su hijo, un oficial de la Guardia Escocesa, moría en la batalla del Boyne.

En Escocia, la causa de los Estuardo sería defendida fundamentalmente por John Grahame de Claverhouse, nombrado primer vizconde Dundee por Jacobo II en 1688. Como muchas otras casas nobles escocesas, los Grahame de Claverhouse podían afirmar tener lazos de sangre con los Estuardo y, por lo tanto, ser descendientes de Bruce: en 1413, sir William Grahame se había casado con la hermana de Jacobo I de Escocia, la tataranieta de Marjorie Bruce y Walter el Senescal. Más tarde, un miembro de la familia se casó con la hermana del cardenal Beaton, el gran conspirador en nombre de los intereses de las casas de Guise y Lorena. En su mayor parte, sin embargo, la historia de la familia careció de hechos relevantes, «una crónica de nulidades favorecida por la competencia».[7]

John Grahame de Claverhouse, vizconde Dundee, nació en 1648. Era un hombre instruido, graduado en la Universidad de St. Andrews en 1661. Posteriormente habría de estar al servicio tanto de Carlos II como de Jacobo II. Entre 1672 y 1674 marchó como voluntario a Francia con el duque de Monmouth y con John Churchill, más tarde duque de Marlborough. En 1683, estaba en la corte de Londres con Carlos II y, dos años más tarde, con Jacobo. En 1684, este último le confirió la propiedad de Dudhope Castle, y contrajo matrimonio con lady Jean Cochrane, hija de lord William Cochrane, un destacado masón. En 1686 fue ascendido a general de división de caballería. Entre sus amigos íntimos se encontraba Colin Lindsay, tercer conde de Balcarres, nieto del famoso alquimista.

En abril de 1689, precisamente cuando los ejércitos católicos en Irlanda estaban poniendo sitio a Londonderry, Claverhouse, habiendo reunido a fuerzas partidarias de los Estuardo en Escocia, levantó el estandarte del rey Jacobo en Dundee. El 27 de julio sus tropas se enfrentaron a las del comandante orangista, general de división Hugh Mackay, en el paso de Killiecrankie, a unos cincuenta kilómetros de Perth. Se produjeron numerosas maniobras preliminares, pero cuando finalmente se inició la batalla, solamente duró tres minutos. Los soldados de Mackay consiguieron lanzar una descarga antes de ser arrollados por la carga de Claverhouse. En el preciso momento en que la línea orangista se desintegraba, Claverhouse, quien galopaba vic-

torioso al frente de sus hombres, se cayó del caballo alcanzado por un disparo mortal en el ojo izquierdo, una curiosa repetición del golpe de lanza con el que Gabriel de Montgomery había acabado con la vida del rey Enrique II de Francia un siglo y cuarto antes. Con la muerte de Claverhouse, la causa Estuardo en Escocia se debilitó por falta de liderazgo. El ejército avanzó de forma dispersa hacia Dunkeld, donde fueron derrotados. En mayo del año siguiente, una segunda derrota en Cromdale acabó con la resistencia organizada en Escocia, al menos durante una generación.

«Existe», según un historiador, «una persistente tradición que dice que, en Killiencrankie, Dundee fue víctima de la traición».[3] Hay pruebas que sugieren que Claverhouse no murió «en batalla», sino que fue asesinado de forma deliberada, en medio de la confusión de la carga de las tropas católicas, por dos hombres que actuaban a las órdenes del rey Guillermo y que se habían infiltrado en su estado mayor después de unirse a su ejército. El hecho en sí no tendría nada de extraordinario. Al contrario, habría estado en consonancia con las convenciones de la época de asesinar a un enemigo peligroso. El dato relevante para nuestra investigación no es si Claverhouse murió en combate o a manos de un asesino, sino el hecho de que su cuerpo, cuando fue hallado en el campo de batalla, exhibiese aparentemente una cruz templaria.

¿Maestre de los templarios escoceses?

Según el historiador «esotérico» A. E. Waite:

> Se ha dicho que… Dom Calmet ha prestado la autoridad de su nombre a tres importantes declaraciones: (1) que John Claverhouse, vizconde Dundee, era gran maestre de la ORDEN DE LOS TEMPLARIOS en Escocia; (2) que, cuando cayó en Killiecrankie el 27 de julio de 1689, llevaba la Gran Cruz de la orden; (3) que esta cruz la había recibido Dom Calmet de su hermano. Si esta historia es verdadera, entonces estamos inmediatamente en presencia de una resurrección o restauración templaria que no debe nada a los sueños o realidades de Chevalier Ramsay… y nada… a la propia masonería… Sabemos que la prueba es deficiente en cada detalle para la supuesta perpetuación de la antigua orden templaria en conexión con la masonería y que las leyendas de esa perpetuación presentan todos los indicios de haber sido inventadas…Pero si una Gran Cruz del Temple fue realmente y probadamente encontrada en el cuerpo del vizconde Dundee, es seguro entonces que la ORDEN DEL TEMPLE había sobrevivido o revivido en 1689.[4]

Waite escribió estas palabras en 1921. Antes de que gran parte de las pruebas que hemos resumido aquí estuviesen disponibles. Waite, por

ejemplo, no tenía conocimiento de la Guardia Escocesa como un posible depositario de la tradiciones templarias. Tampoco se percató de la intrincada red de conexiones familiares a través de la cual pudieron ser conservadas esas mismas tradiciones. No obstante, el contenido de su declaración sigue siendo válido. Si Claverhouse llevaba una auténtica cruz templaria, que era anterior a 1307, ello habría constituido una prueba impresionante de que la orden aún estaba en activo, o había sido reconstituida, en Escocia en 1689. Lamentablemente, Waite no aporta ninguna fuente de la historia que cita. Para eso, uno debe buscar en otra parte.

En 1920, un año antes del relato de Waite, la referencia siguiente apareció en el diario del Quatuor Coronati, la principal logia de investigación masónica en el Reino Unido:

> En 1689 en la batalla de Killiecrankie... lord Dundee perdió la vida como líder del destacamento Estuardo escocés. Según el testimonio del abate Calmet, se dice que había sido gran maestre de la Orden del Temple en Escocia.[5]

Esta afirmación se puede encontrar anteriormente, cuando un estudioso de la masonería, John Yarker, escribe en 1872:

> ... y que lord Mar era gran maestre de los templarios escoceses en 1715, como sucesor del vizconde Dundee, quien fue asesinado en Killiecrankie en 1689, llevando la cruz de la orden, como fuimos informados por Dom Calmet.[6]

Antes de Yarker, la historia apareció en un folleto publicado en 1843. El autor es anónimo, pero puede haber sido el poeta y académico escocés, W. E. Aytoun:

> Sabemos, por el testimonio del abate Calmet, que él había recibido de David Grahame, vizconde titular de Dundee, la Gran Cruz de la orden que llevaba su valiente y desdichado hermano en la batalla de Killiecrankie. «Il étoit», dice el abate, «Grand Maitre de l'ordre des Templiers en Ecosse».[7]

Esta situación plantea tres preguntas cruciales. ¿Quién era lord Mar, sucesor de Claverhouse, según Yarker, como gran maestre de los templarios escoceses? ¿Quién era el abate Calmet, aparentemente la fuente fundamental de esta historia? ¿Quién era el esquivo hermano de Claverhouse, David, que supuestamente pasó la cruz del vizconde muerto al abate francés?

John Erskine, conde de Mar, era un conocido líder jacobita. Se convirtió en conde en 1689, el año de la batalla de Killiecrankie. Al principio, se opuso a la causa de los Estuardo y en 1705 estaba actuando

para la corona como secretario de Estado para Escocia. Durante los diez años siguientes cambió de bando con tanta frecuencia que se ganó el apodo de «Bobbing John». En 1715, sin embargo, se había comprometido finalmente con los Estuardo en el exilio y, ese año, tuvo un papel prominente en la rebelión en su nombre. Una vez sofocada la rebelión, perdió todas sus propiedades y marchó al exilio a Roma con Jacobo II. En 1721 fue designado «ministro jacobita en la corte francesa», o sea, el embajador de los Estuardo en Francia. En París entabló una estrecha amistad con Chevalier Ramsay, uno de los principales propagadores, como veremos, de la masonería en el siglo XVIII.

Dom Augustin Calmet fue uno de los eruditos e historiadores más famosos y respetados de su época, conocido particularmente por su versatilidad en los idiomas. Nacido en 1672, fue ordenado monje benedictino en 1688, cuando contaba dieciséis años. En 1704 ocupó un puesto importante en la abadía de Munster, en la orilla francesa del Rin. En 1718 se convirtió en abad de St. Léopold, en Nancy, y en 1728 en abad de Senones, donde murió en 1757. Sus obras ocuparon varios volúmenes. Incluían comentarios acerca de todos los libros del Antiguo y el Nuevo Testamento, una impresionante historia de la Biblia, una historia de la Iglesia en Lorena, una introducción a la prestigiosa *Histoire ecclesiastique* del cardenal Fleury y —en una digresión esporádica de esos trabajos excelsos— un texto estándar sobre vampiros. De las cartas publicadas de Calmet, resulta evidente que entre mayo de 1706 y julio de 1715 vivió en París y que se movía fundamentalmente en los círculos de los exiliados jacobitas.

David Grahame, el hermano menor de Claverhouse, es mucho más difícil de investigar. Se sabe que combatió en Killiecrankie y que consiguió sobrevivir a la batalla, sólo para caer prisionero tres meses más tarde. En 1690, sin embargo, consiguió huir de sus captores y aparece a continuación en Francia, donde Jacobo II le confiere el título de Dundee que antes había llevado su hermano. Como vizconde Dundee, es citado en la lista de un regimiento de la Brigada Escocesa que sirvió en Dunkerque en 1692, a las órdenes de los generales de división Buchan y Canon. Entre los otros oficiales que figuran en la lista se encuentran sir Alexander M'Lane, padre de sir Hector Maclean; John Fleming, sexto conde de Wigtoun; James Galloway, tercer barón Dunkeld; y James Seton, cuarto conde de Dunfermline. Este último había estado muy próximo a Claverhouse, había dirigido su caballería en Killiecrankie y fue uno de los miembros de la partida funeraria que alzó secretamente, y posiblemente enterró, el cuerpo del comandante muerto.

David Grahame aparece en otra lista del ejército francés de 1693. La última referencia conocida de él consta en un panfleto anti jacobita publicado en Londres en 1696. Según este panfleto, a otros prominentes exiliados y a él les habían otorgado importantes puestos en el ejército francés. Después de ello, David Grahame simplemente desa

parece de la historia. «Esto resulta muy curioso», observa un historiador, «ya que como tercer vizconde habría sido una persona importante».[9] Cuando nos pusimos en contacto con el Servicio Histórico del ejército francés, recibimos una respuesta del general Robert Bassac, quien nos informó de que no había encontrado ninguna referencia de ningún David Grahame. Sin embargo, sí encontró

> ... a cierto vizconde Graham de Dundee como oficial en el regimiento D'Oilvy [es decir, Ogilvie, conde de Airlie] en 1747. Este regimiento había sido reclutado por David, conde de Airley, y formado con los efectivos que habían quedado de los cuerpos derrotados en Culloden. Tal vez se trataba de un hijo o un sobrino.[10]

La Brigada Escocesa estacionada en Dunkerque en 1692 quizás puede proporcionar otra pista acerca de la suerte corrida por David Grahame. En mayo de aquel año

> ... los oficiales escoceses, considerando que debido a la pérdida de la flota francesa la restauración del rey Jacobo se retrasaría durante algún tiempo, y que estaban en deuda con el rey de Francia, ocupando plazas fuertes a paga completa sin cumplir ningún servicio... humildemente suplican al rey Jacobo que les rebaje a la condición de una compañía de centinelas privados, y elija oficiales entre ellos para que ejerzan su mando.[11]

La unidad fue reconstituida de conformidad con esta nueva situación. Su lista de oficiales incluía dos Ramsay, dos Sinclair, dos Montgomery y un Hamilton. Inicialmente fue transferida al sur de Francia y más tarde, en 1693, a Alsacia, cerca de la abadía de Munster. En 1697, estaba combatiendo nuevamente en las proximidades de esta abadía, donde, en 1704, Dom Calmet había sido designado en el puesto de *sous-prieur*. Por lo tanto, había dos contextos en los que Calmet podría haber entrado razonablemente en contacto con Grahame. El primero fue en Alsacia, entre 1693 y 1706. El segundo fue en París, después de mayo de 1706, cuando Calmet frecuentaba los círculos jacobitas de la capital francesa.

Sobre la base de esta información, conviene repasar nuevamente la historia. La secuencia de los acontecimientos es la siguiente:

1. John Claverhouse, vizconde Dundee, era «gran maestre» de alguna clase de organización templaria o neotemplaria en Escocia que había conseguido sobrevivir, de alguna forma coherente, al menos hasta 1689.

2. Después de la muerte de Claverhouse en Killiecrankie, fue sucedido en la «gran maestría» por el conde de Mar.

3. Cuando el cuerpo de Claverhouse fue recuperado del campo de batalla en Killiecrankie, se descubrió que usaba o llevaba alguna especie

de atavío templario original —es decir, anterior a 1307— al que se hacía referencia como «la Gran Cruz de la orden»;

4. Este emblema, habiendo pasado a manos de su hermano, David, fue luego confiado al abate Calmet.

Si la historia referida es verdadera, constituye entonces la prueba más importante de la presencia templaria en Escocia desde finales del siglo XVI, cuando el esquivo David Seton supuestamente reunió a la orden en torno a él después de que sir James Sandilands le despojase ilegalmente de sus tierras.

La historia, sin embargo, plantea ciertos interrogantes. Si los templarios escoceses apoyaban efectivamente la causa de los Estuardo, ¿por qué a Claverhouse le sucedió el conde de Mar como gran maestre, quien en aquella época parecía haber apoyado al Parlamento inglés y no haberse convertido en un jacobita convencido hasta 1715? ¿Y, por qué, si ese elemento templario era tan importante, no pasó a poder del siguiente gran maestre, quienquiera que fuese, en lugar de a un sacerdote francés, erudito e historiador? Para responder a estas preguntas debemos recurrir a la hipótesis y la especulación. Sin embargo, si la historia de la cruz templaria de Claverhouse fuese totalmente inventada, no incluiría, con toda probabilidad, las contradicciones que tiene. La imaginación y la invención son libres de desembarazarse de esas contradicciones, de un modo en que la historia no puede hacerlo.

En cualquier caso, y cualesquiera que sean los interrogantes que plantee la historia, es sin duda verosímil. Dom Calmet no habría tenido nada que ganar inventando esa historia, excepto quizá como un cuento del que poder sacar algún provecho; y si ese fuese el caso, hubiese sacado mucho más beneficio del que obtuvo. Calmet, además, es aceptado generalmente como un testigo impecablemente fiable. Si Claverhouse llevaba efectivamente una cruz o algún otro símbolo de origen templario, éste habría pasado con toda probabilidad a manos de su hermano; y su hermano, como hemos visto, hubiese tenido suficientes oportunidades de confiarlo al sacerdote francés. Que una pieza de la insignia templaria original haya conseguido sobrevivir no habría sido nada inusual. Nosotros hemos visto y tocado efectos similares, que han sido conservados con cuidado y amor en Escocia; hemos visto y tocado una regla original de la orden, cuyo origen es anterior a 1156. La mera existencia de estos objetos confirma de manera elocuente cuántos de ellos han eludido las investigaciones de los historiadores.

Pero hay otro fragmento de prueba crucial para apoyar la historia de la cruz templaria de Claverhouse. Como hemos visto, el patrimonio templario en Escocia logró sobrevivir intacto dentro de la Orden de San Juan hasta 1564, cuando sir James Sandilands, su administrador, se las ingenió para que pasara a formar parte de su propiedad secu-

lar. En el siglo XV, el antepasado de Claverhouse, Robert Grahame, se había casado con la hija del condestable de Dundee. A través de este matrimonio se convirtió en cuñado de John Sandilands, el abuelo de sir James. Existía, por lo tanto, un vínculo entre las familias Grahame y Sandilands; y un objeto conservado en fideicomiso por esta última podría haber encontrado fácilmente su camino hacia las manos de la primera.

12

La evolución de la gran logia

Es difícil afirmar con precisión cuánto debe la masonería, del modo en que evolucionó en Escocia, al antiguo legado templario y a las tradiciones templarias. A comienzos del siglo XVIII, cualquier vínculo que pudiera haber existido entre ambos hacía tiempo que se había perdido, y aún no se había forjado ningún vínculo de nuevo cuño. La masonería todavía no había intentado públicamente reclamar un origen templario para sí misma. Y aunque es muy probable que Claverhouse y su hermano hayan sido masones, no ha sobrevivido ninguna documentación que pueda confirmarlo. Si una cruz templaria pasó efectivamente de Claverhouse a su hermano y, de éste, al abate Calmet, ello puede atestiguar alguna especie de supervivencia templaria, aunque no representa ninguna conexión directa con la masonería. Cuando la mística templaria volvió a surgir, lo hizo principalmente en Francia, como ya hemos visto. La masonería, entretanto, había llegado a cumplir un papel mucho más dominante en los asuntos ingleses.

Bajo el reinado de Guillermo de Orange y Mary, el protestantismo recuperó su supremacía en Inglaterra. A través de una ley parlamentaria que aún rige en la actualidad, todos los católicos quedaban excluidos del trono, igual que cualquiera que estuviese casado con un católico. De este modo, por lo tanto, se impidió una repetición de las circunstancias que habían precipitado la revolución de 1688.

En 1702 murió Guillermo de Orange, ocho años después de que falleciera su esposa. Le sucedió en el trono la reina Anne, su cuñada e hija menor de Jacobo II. A ella, a su vez, la sucedió en 1714 Jorge I, nieto de Isabel Estuardo y Friedrich, conde palatino del Rin. Cuando Jorge murió en 1727, el trono pasó a su hijo, Jorge II, quien reinó hasta 1760. Después del acceso al trono de Guillermo de Orange en 1688, y durante sesenta años, los Estuardo exiliados se aferraron tenazmente a su sueño de recuperar el reino que habían perdido. El depuesto Jacobo II murió en 1701 y le sucedió su hijo, Jacobo III, llamado el

«Viejo Pretendiente». A éste, a su vez, le sucedió como pretendiente su hijo, el «Joven Pretendiente», Carlos Eduardo o el «bonito príncipe Charlie». Bajo estos tres monarcas en el exilio, los círculos jacobitas en el continente continuarían siendo un foco de conspiraciones e intrigas políticas. Y tampoco eran ineficaces. En 1708 se organizó una invasión de Escocia a cargo de fuerzas de los Estuardo, apoyadas por efectivos franceses y transportadas en barcos franceses. Inglaterra, con la mayor parte de sus tropas comprometidas en la guerra de Sucesión con España, estaba mal equipada para hacer frente a esta amenaza y la invasión probablemente habría sido coronada por el éxito si no hubiese sido por una combinación de mala suerte, vacilación jacobita y apatía francesa. Finalmente, todo el proyecto fracasó, pero, siete años más tarde, en 1715, Escocia se alzó en una rebelión a gran escala dirigida por el conde de Mar, quien, como hemos visto, había sucedido supuestamente a Claverhouse como gran maestre de los templarios de aquella época. A la rebelión se había unido también lord George Seton, conde de Winton, cuyo título fue confiscado como consecuencia de esta acción y él fue condenado a muerte. En 1716, sin embargo, consiguió escapar de la Torre de Londres y se unió en Francia a los pretendientes Estuardo exiliados. Seton permaneció activo en los asuntos jacobitas durante toda su vida y, en 1736, se convirtió en maestre de una importante logia masónica jacobita en Roma.[1] La rebelión fue sofocada, pero sólo a un coste considerable, y los Estuardo en el exilio seguirían representando una amenaza durante otros treinta años. Sólo después de la invasión y las operaciones militares a gran escala de 1745-1746 esta amenaza, finalmente, comenzaría a debilitarse.

La revolución de 1688 había introducido numerosas reformas modernas y necesarias, incluyendo una Declaración de Derechos. Al mismo tiempo, sin embargo, la sociedad británica había quedado gravemente dividida. No se trataba simplemente de una cuestión de aquellos partidarios de los Estuardo que huían del país en masa, dejándolo en manos de sus rivales. Al contrario, los intereses de los Estuardo continuaron estando muy bien representados en los asuntos ingleses. No todos los partidarios de los Estuardo estaban preparados para aprobar el uso de la fuerza. No todos estaban preparados para desafiar al Parlamento. Muchos de ellos, a pesar de sus lealtades, demostrarían ser escrupulosos funcionarios públicos bajo los reinados de Guillermo y Mary, Anne y los hanoverianos. Ése fue el caso, por ejemplo, de sir Isaac Newton. Pero si Guillermo y Mary, y Anne, fueron monarcas razonablemente populares, no ocurrió lo mismo con los reyes de la casa de Hannover; y en Inglaterra había muchos que de manera pública, descarada, sin caer en la traición oficial, despotricaban contra los detestados soberanos alemanes y reclamaban el regreso de los Estuardo, a quienes consideraban como la dinastía legítima del país.

Fue entre estos simpatizantes de los Estuardo donde se originó y alcanzó la mayoría de edad el Partido Tory (el Partido Conservador

actual). Los *tories* de principios del siglo XVIII habían surgido a finales de la década de 1670 en el seno de la vieja clase de caballeros anterior a la guerra civil. La mayoría de ellos eran fieles a la Alta Iglesia anglicana o anglocatólicos. La mayoría eran terratenientes y buscaban concentrar el poder en manos de la nobleza provinciana. Todos ellos, virtualmente, apreciaban la corona por encima del Parlamento e insistían en el derecho hereditario de los Estuardo al trono.

Sus oponentes, apodados *whigs* (miembros del Partido Liberal actual) también habían alcanzado un lugar prominente durante la década de 1670. Los *whigs* estaban constituidos en su mayor parte por las clases profesionales y mercantiles recientemente consolidadas, y se mostraban muy activos en el comercio, la industria, las finanzas, la banca y el ejército. Alentaban la diversidad religiosa e incluían entre sus filas a numerosos disidentes y librepensadores. Y privilegiaban el poder del Parlamento por encima del poder de la corona. Y, como dice Swift, ellos «preferían... el interés del dinero antes que el de la tierra».[2] Los *whigs*, suscribiendo de manera implícita o explícita, la «ética del trabajo puritana», representaban a la clase media emergente y victoriosa, cuyo liderazgo, primero en la revolución comercial y luego en la industrial, determinaría el curso de la historia británica y establecería el dinero como el árbitro supremo. No sentían ningún afecto particular por los monarcas de Hannover, pero estaban preparados para tolerar a los gobernantes alemanes como un precio por su floreciente éxito.

Las fisuras en la sociedad británica se reflejarían en la propia masonería. Según algunos documentos existentes, después de la revolución de 1688 la masonería continuó funcionando de manera ostensible como antes. Las logias no sólo continuaron celebrando sus reuniones, sino que también proliferaron. Es probable que muchas logias antiguas, o los miembros más antiguos de las nuevas logias, fuesen partidarios de los Estuardo o conservadores, pero no existe ninguna prueba que sugiera que la masonería, en este punto, sirviese realmente como un vehículo para el espionaje, la conspiración o la propaganda jacobitas. En la medida de lo posible, la mayoría de las logias en Inglaterra parecen haber permanecido —o intentado permanecer— alejadas de la política. Y, cuando aumentó el número de *whigs* que ocupaban cargos importantes en los asuntos sociales y comerciales del país, ellos encontraron el camino hacia el sistema de logias, poniendo su propio sello pro hanoveriano en la masonería.

Como hemos visto, no obstante, la masonería había estado unida a los Estuardo desde sus orígenes. En el siglo XVII, los masones no sólo debían «ser leales al rey», sino también, y de manera activa, descubrir a los conspiradores e informar contra ellos. De este modo se convirtieron efectivamente en parte del aparato y la organización administrativos de los Estuardo. Esas lealtades eran muy profundas. No debe sorprender, por lo tanto, que la línea principal de la masonería

permaneciera unida a los Estuardo, les acompañara al exilio y, desde el exterior, trabajase para ampliar sus intereses en Inglaterra. Durante el primer tercio del siglo XVIII, las logias masónicas debían ser *whigs* o *tories*, hanoverianas o jacobitas; pero eran los *tories* en Inglaterra y los jacobitas en el extranjero quienes poseían la mayor parte del legado y la historia de la institución. Ellos constituían la corriente principal, mientras que otras tendencias no eran sino marginales.

En Inglaterra, masones insignes como el duque de Wharton eran también jacobitas confesos. En el exterior, la mayoría de los líderes jacobitas —el general James Keith, por ejemplo, el conde de Winton (Alexander Seton) y los condes de Derwentwater (primero James y luego su hermano menor Charles, Radclyffe)— no sólo eran masones, sino que también fueron un instrumento para la propagación de la masonería a través de Europa. Después de la sofocación de la rebelión de 1745, varios masones famosos fueron sentenciados a muerte por su servicio a la causa jacobita: Derwentwater, quien había sido anteriormente gran maestre de la masonería francesa, y los condes de Kilmarnock y Cromarty, quienes habían sido grandes maestres de la masonería escocesa. Sólo el último consiguió eludir la ejecución en la Torre de Londres.

Según un historiador:

> No hay duda alguna de que los jacobitas tuvieron una influencia crucial en la evolución de la masonería, hasta el punto de que testigos posteriores llegan incluso a describir a la masonería como una gigantesca conspiración jacobita.[3]

Podríamos sostener que los jacobitas no sólo tuvieron una influencia crucial en la evolución de la masonería. Podríamos afirmar que fueron, al menos inicialmente, sus principales guardianes y propagadores. Y cuando se creó la gran logia en 1717 —que más tarde se convertiría en el principal depositario de la masonería inglesa— se creó en gran parte como un intento *whig* o hanoveriano de romper lo que hasta entonces había sido virtualmente un monopolio jacobita.

La centralización de la masonería inglesa

La Gran Logia de Inglaterra fue creada el 24 de junio de 1717, el día de san Juan, un día considerado sagrado por los antiguos templarios. Al principio había cuatro logias londinenses que, en un evidente movimiento hacia la centralización, decidieron unirse en una sola organización y elegir a un gran maestre como cuerpo gobernante. A partir de ese momento incorporaron a varias logias más y, hacia 1723, las cuatro logias originales habían aumentado su número hasta las cincuenta y dos.[4]

La explicación habitual a la unificación de la gran logia es sorprendentemente insípida, o falsa. Según un escritor, «nació con el propósito francamente social de proporcionar una oportunidad para que se pudieran reunir los miembros de unas pocas logias de Londres».[5] También se nos dice que ése era un período de entusiasmo general por los clubes y las sociedades, y que la diseminación y proliferación de la masonería inglesa fue una consecuencia de este entusiasmo. Y, sin embargo, no se advierte ningún movimiento comparable hacia la centralización entre los numerosos clubes privados en los que sus miembros se reunían a comer y beber, y tampoco entre las florecientes sociedades de anticuarios, bibliográficas y científicas. Es específicamente en la masonería donde el énfasis se coloca no sólo en su proliferación sino, de manera mucho más importante, en la centralización. Así, por ejemplo, de las cincuenta y dos logias que formaban parte de la gran logia en 1723, al menos veintiséis de ellas parecen haber *antedatado* la fundación de la gran logia en 1717. Su entrada en el registro histórico, en otras palabras, es la consecuencia no de su proliferación, sino de su disposición a centralizarse.

Un historiador masónico, J. R. Clarke, escribió en 1967: «Creo que en 1717 había una razón mucho más seria para la cooperación: fue necesaria por el estado político del país».[6] Clarke hace hincapié a continuación en las efusivas demostraciones de lealtad pro hanoveriana durante la reunión inaugural de la gran logia: la celebración de brindis de lealtad al rey Jorge y la entonación de canciones leales. Y concluye acertadamente que semejante exhibición de fervor patriótico debe considerarse como un intento de demostrar que los masones no eran jacobitas, una exhibición que difícilmente habría sido necesaria si no hubiese existido alguna razón para sospechar que lo eran.

Hoy los historiadores tienden a considerar la rebelión escocesa de 1715 y la fundación de la gran logia en 1717 como dos hechos diferentes, separados por dos años. De hecho, sin embargo, la rebelión de 1715 no fue sofocada por completo hasta la ejecución de lord Kenmuir y lord Derwentwater en febrero de 1716, y los planes para la unión que darían origen a la gran logia fueron hechos mucho tiempo antes, durante el verano o el otoño de 1716.[7] La rebelión escocesa y la fundación de la gran logia, por lo tanto, no fueron acontecimientos separados por dos años, sino por seis u ocho meses. Y parece haber existido, de manera manifiesta, una conexión causal entre ambos hechos. Es como si el *establishment* hanoveriano, envidioso de la red que la masonería proporcionaba a sus enemigos jacobitas, buscara crear deliberadamente una red propia, como si buscara competir con ellos, según el espíritu emprendedor de mercado libre de la Inglaterra georgiana. Y tampoco la gran logia estaba exenta de incorporar material de sus rivales a fin de aumentar su atractivo.

Esto resulta evidente en la controvertida, complicada e inquietante cuestión de los «grados» masónicos, o lo que podrían llamarse etapas

de iniciación. Actualmente la masonería se divide en tres grados del «oficio» y una serie de «grados elevados» «opcionales». Los tres grados del «oficio» —aprendiz, compañero y maestro albañil— quedan bajo la jurisdicción de la Gran Logia Unificada de Inglaterra. No sucede los mismo con los «grados elevados». Éstos quedan bajo la jurisdicción de otros cuerpos masónicos, como el Antiguo y Aceptado Consejo Supremo del Rito Escocés o el Gran Capítulo del Arco Real. La mayoría de los masones ingleses actuales trabajarán a través de los tres grados ofrecidos por la gran logia, luego continuarán según su elección entre los diferentes «grados elevados», más o menos del mismo modo en que un estudiante, con una licenciatura en literatura inglesa, podría trasladarse a otra universidad para cursar una licenciatura en literatura francesa o alemana. Desde comienzos hasta mediados del siglo XVIII, sin embargo, esto no estaba permitido. Un masón inglés de esa época, que no quería ver impugnada su lealtad a la corona, sólo tenía a su disposición los grados que le ofrecía la gran logia. No sucedía lo mismo con los «grados elevados», al ser una prerrogativa casi exclusivamente jacobita; y las autoridades masónicas que ofrecían esos «grados elevados» eran consideradas sospechosas en el mejor de los casos, y traidoras en el peor. Aún se producen discusiones acaloradas en torno a esta cuestión, pero hoy está ampliamente reconocido que aquello que ahora llamamos «grados elevados» no sólo se originó en la masonería jacobita, sino que, de hecho, ha estado allí todo el tiempo. En otras palabras, no parece tratarse de invenciones posteriores, sino que fueron incorporadas en un «Depósito de Leyenda, Tradición y Simbolismo de vasta extensión» del que la gran logia, en 1717, seleccionó sólo una porción.[8] Y, según un historiador masón,

> ... lo que nuestra Hermandad Jacobita hizo fue tomar aún otras porciones del mismo Depósito, adaptándolas de un modo que para ellos era perfectamente justificable para el servicio de esa Causa que para ellos era Sagrada... La Causa... ha muerto, pero, liberados de toda asociación política, muchos de los Grados aún permanecen.[9]

En otras palabras, los «grados elevados» parecen haber incluido aspectos del ritual, la tradición y la historia masónica que simplemente eran desconocidos por la gran logia o no estaban al alcance de ella, o que hubieran sido demasiado peligrosos de incorporar en términos políticos y que, por lo tanto, debían ser repudiados. Después de 1745, sin embargo, cuando los Estuardo dejaron de constituir definitivamente una amenaza y la posición de los Hannover en el trono inglés era segura, la gran logia, si bien de mala gana, comenzó a reconocer los «grados elevados». Y, de hecho, ciertos aspectos de los «grados elevados», expurgados ahora de cualesquiera elementos potencialmente controvertidos, fueron por fin apropiados e incorporados a extensiones

del propio sistema de la gran logia. De esta situación, que implicaba una fusión con una gran logia alternativa, rival y paralela, surgió finalmente en 1813 la Gran Logia Unificada.[10]

La mayor parte de la historia de la masonería inglesa hoy ha sido escrita por estudiosos que trabajan bajo el patrocinio de la Gran Logia Unificada. Ellos presentan a la masonería jacobita y la proliferación de «grados elevados» como heréticos y cismáticos, como desviaciones de la corriente principal de la que son representativos. De hecho, sin embargo, parece que esto es exactamente lo contrario de lo que en realidad ocurrió, con la masonería jacobita formando aparentemente la corriente principal original, y la gran logia la desviación que, debido a las circunstancias y vicisitudes históricas, acabó convertida en la corriente principal. A uno le viene a la memoria el origen de la cristiandad y el proceso por el cual el pensamiento paulino, originalmente una desviación císmica o herética de las propias enseñanzas de Jesús, suplantó esas enseñanzas para convertirse en la nueva ortodoxia, mientras que el pensamiento nazareno, el depositario original de la enseñanzas, fue calificado como una forma de herejía.

Al igual que el pensamiento paulino, la gran logia parece haber comenzado como una desviación de la corriente principal. Al igual que el pensamiento paulino, desplazó a la corriente principal y se convirtió ella misma en la corriente principal. Pero al igual que sucedería con el pensamiento paulino, su camino no siempre fue fácil y siguió siendo sospechosa a los ojos de la autoridad secular que buscaba aplacar. Como observa un historiador masónico: «Ser miembro de la fraternidad de los masones de aquel período era invitar a la sospecha de que uno también era jacobita...».[11]

La influencia de la masonería inglesa

El duque de Wharton, gran maestre de la gran logia en 1722, hizo muy poco para alentar la confianza pública o privada. No era solamente un furibundo jacobita sino que, tres años antes, había sido cofundador del famoso (o tristemente célebre) Hell Fire Club (Club del fuego del Infierno), cuyos miembros se reunían originalmente en la Greyhound Tavern, cerca de St. James. En esta empresa le acompañó otra figura que pronto alcanzaría un lugar prominente en la masonería, George Lee, conde de Lichfield, cuyo padre había muerto combatiendo por los Estuardo en la batalla del Boyne y cuya madre, Charlotte Fitzroy, era hija ilegítima de Carlos II. El propio Lee, por tanto, tenía sangre Estuardo y era primo de otros dos nietos ilegítimos de Carlos II, James y Charles Radclyffe, condes de Derwentwater. No debe sorprender entonces que él también desempeñase un papel activo en los asuntos jacobitas. En 1716, sus maquinaciones habían conseguido que Charles Radclyffe y otros trece prisioneros consiguieran

escapar de la prisión de Newgate, donde habían sido encarcelados por su participación en la rebelión de 1715. James Radclyffe ya había sido ejecutado.

Como era previsible, las autoridades iniciaron una dura represión de los elementos rebeldes. En 1721, se publicó un edicto contra «ciertos clubes o sociedades escandalosos». El Hell Fire Club fue cerrado temporalmente. Consciente de las sospechas que atraía sobre ella, la gran logia se sintió obligada a asegurar, o reasegurar, al gobierno que era «segura». En 1722,

> ... un selecto Cuerpo de la Sociedad de Masones visitó a..., el Señor vizconde Townsend [cuñado de Robert Walpole, el primer ministro]... para comunicarle a su Señoría, que estando obligados por sus Estatutos, a celebrar una Reunión General ahora, en el Solsticio de verano, según una Costumbre anual, esperaban que la Administración no se ofendiese por esa Convocatoria, ya que todos ellos eran fervorosamente afectos a la Persona y el Gobierno de Su Majestad. Su Señoría recibió esta Sugerencia de un modo muy afable, diciéndoles que creía que no había necesidad de mostrarse aprensivo de ninguna Importunidad por parte del Gobierno, siempre que ellos no hiciesen nada más peligroso que los antiguos secretos de la sociedad; que deben de ser de una Naturaleza muy inofensiva, porque, tanto como la humanidad ama el Mal, ningún Cuerpo nunca los ha traicionado.[12]

Y, sin embargo, fue durante esta convocatoria de 1722 —entre acusaciones de irregularidades— cuando Wharton se las ingenió para ser elegido gran maestre. Posteriormente fue acusado de intentar «secuestrar a la masonería para los jacobitas».[13] Al año siguiente fue sucedido en el cargo por el hanoveriano conde de Dalkeith y se marchó abruptamente, «sin ninguna ceremonia».[14] Si se levantaron actas durante su período o el de sus predecesores como gran maestre, éstas desaparecieron. Oficialmente, las actas de la gran logia comienzan el 25 de noviembre de 1722, cuando Dalkeith oficiaba como gran maestre.

En septiembre de 1722 se expuso una ambiciosa, aunque poco respaldada, conspiración jacobita: promover un alzamiento en Londres, capturar la Torre y mantenerla hasta que a los rebeldes se les uniese una fuerza invasora procedente de Francia. Entre los conspiradores implicados en esta conjura se encontraba el Dr. John Arbuthnot, un insigne masón y antiguo médico real de la reina Anne. El círculo de amigos íntimos de Arbuthnot estaba formado por otros distinguidos masones, Pope y Swift entre ellos, que si bien no participaron en el plan, sufrieron cierto grado de estigma por asociación. La conjura de septiembre afectó profundamente la credibilidad que la gran logia se había esforzado en crear a principios de ese año y dictó la necesidad de nuevas garantías.

En 1723, como si quisiera eliminar de una vez y para siempre cualquier sospecha de actividad política subversiva, aparecieron las famo-

sas *Constituciones* de James Anderson. Anderson, un ministro de la Iglesia escocesa en St. James y capellán del fiel hanoveriano conde de Buchan, era miembro de la poderosamente influyente Logia del Cuerno, que incluía entre sus miembros a pilares del *establishment* como el duque de Queensborough, el duque de Richmond, lord Paisley y, en 1725, al compañero de Newton, John Desaguliers.[15] Unas credenciales y conexiones de esa categoría colocaban a Anderson por encima de toda sospecha. En 1712, además, había publicado algunos sermones de un virulento anticatolicismo, alabando a la reina Anne e invocando a Dios:

> ... que él puede decepcionar las vanas esperanzas de nuestros comunes Adversarios prosiguiendo la reformada Religión Protestante entre nosotros, y asegurando además la Sucesión Protestante a la corona en la Línea y Casa de Hannover...[16]

Más tarde, en 1732, Anderson publicaría otra obra pro hanoveriana, *Royal Genealogies*. Entre sus suscriptores estaban el conde de Dalkeith, el conde de Abercorn, el coronel (más tarde general) sir John Ligonier, el coronel John Pitt, el Dr. John Arbuthnot, John Desaguliers y sir Robert Walpole.

Las *Constituciones* de Anderson se convirtieron, de hecho, en la biblia para la masonería inglesa. La obra enuncia aquello que se convertiría en algunos de los principios de la gran logia que ahora son familiares y básicos. El primer artículo, en su absoluta vaguedad, sigue siendo hasta hoy un tema de debate, interpretación y contención. En el pasado, los masones habían estado obligados a declarar su lealtad a Dios y la Iglesia de Inglaterra, pero, según escribe Anderson, «se cree ahora que es más útil sólo para complacer a esa religión en la que todos los hombres están de acuerdo, dejando para sí sus opiniones particulares...».[17] El segundo artículo establece de manera explícita: «Un masón... nunca debe participar en conjuras y conspiraciones contra la paz y el bienestar de la nación».[18] Según el sexto artículo, ninguna disputa concerniente a la religión o la política debe ser tolerada en la logia.

Las *Constituciones* no sirvieron para calmar completamente las sospechas. En 1737 apareció una larga carta en dos periódicos de Londres, advirtiendo de que la masonería era peligrosa para la sociedad inglesa porque servía secretamente a la causa de los Estuardo. Se vertían siniestras alusiones a ciertas logias «especiales» que disponían de información crucial y la ocultaban a los masones corrientes. Estas logias que «admiten... incluso a jacobitas, no juramentados y papistas», según se decía, estaban reclutando gente en nombre de los intereses de los Estuardo. El autor anónimo reconocía que muchos masones eran leales partidarios de la corona, pero luego preguntaba: «¿Cómo podemos estar seguros de que aquellas personas que se sabe que están comprometidas tienen acceso a todos sus misterios?».[19]

Para entonces, sin embargo, semejante muestra de paranoia se

había convertido en la excepción más que en la regla. Con las *Constituciones* de Anderson, la gran logia se volvió respetable, un adjunto social y cultural crecientemente irreprochable del régimen hanoveriano que se extendería, finalmente, hasta el trono. En Escocia, en Irlanda y en el continente, otras formas de masonería continuaban activas, como veremos más adelante. En Inglaterra, sin embargo, la gran logia estableció algo parecido a un monopolio; y su ortodoxia política nunca volvería a ponerse en duda. De hecho, la gran logia se había integrado de tal modo en la sociedad inglesa que su nomenclatura ya había empezado a impregnar el idioma y así permanece hasta hoy. Frases como «permanecer cuadrado», «recto», «tomar la medida del hombre», someter a una persona al «tercer grado» y muchas otras derivan sin duda de la masonería.

Hacia la década de 1730, la gran logia había comenzado a mostrar un creciente interés en Norteamérica y a «autorizar» el establecimiento de logias allí, es decir, a patrocinar logias como afiliadas de sí misma. En 1732, por ejemplo, el general James Oglethorpe fundó la colonia de Georgia y se convirtió, dos años más tarde, en maestre de la primera logia masónica de Georgia. Las propias lealtades políticas de Oglethorpe eran ambiguas. La mayor parte de los miembros de su familia eran activos jacobitas. Tres de sus hermanas eran militantes de la causa de los Estuardo, al igual que su hermano mayor, exiliado por haber desarrollado actividades sediciosas. Durante la rebelión de 1745, el propio Oglethorpe dirigió a las tropas británicas en campaña y exhibió tal apatía en sus operaciones que fue sometido a una corte marcial. Aunque le absolvieron de los cargos, existen pocas dudas de que compartía las simpatías de su familia. No obstante, su empresa en Georgia recibió la aprobación tanto del régimen hanoveriano como de la gran logia. Ésta última no sólo aprobó la logia que él había fundado sino que «recomendó encarecidamente» que sus miembros ingleses admitieran «una generosa colecta» en nombre de sus descendientes y afiliados de Georgia.[30]

Por lo tanto, hacia la tercera década del siglo XVIII, la masonería inglesa, bajo los auspicios de la gran logia, se había convertido en un bastión del *establishment* social y cultural, que incluía entre sus hermanos más ilustres a Desaguliers, Pope, Swift, Hogarth y Boswell, además de Francisco de Lorena, futuro esposo de la emperatriz austríaca María Teresa. Como hemos visto, la gran logia había comenzado como una desviación de la corriente principal, y luego —al menos en lo que a Inglaterra concierne— se convirtió en la corriente principal. En algunos aspectos, la masonería de la gran logia puede haber sido «menos completa» que la de los jacobitas, menos versada en los antiguos secretos, menos heredera de sus tradiciones originales. Y, a pesar de todo esto, o quizá precisamente debido a ello, la masonería de la gran logia desarrolló una función social y cultural que sus rivales continentales no realizaron.

La gran logia impregnó toda la sociedad inglesa e inculcó sus valores en el propio tejido del pensamiento inglés. Al insistir en una hermandad universal que trascendía las fronteras nacionales, la masonería ejercería una profunda influencia en los grandes reformistas del siglo XVIII, en David Hume, por ejemplo, en Voltaire, Diderot, Montesquieu y Rousseau en Francia, en sus discípulos en lo que llegaría a ser Estados Unidos. A la gran logia, y al clima filosófico general promovido por ella, se puede atribuir lo mejor de la historia inglesa de la época. Bajo la égida de la gran logia, todo el sistema de castas en Inglaterra se tornó menos rígido, más flexible, que en cualquier otro lugar del continente. La «movilidad ascendente», para emplear la jerga de los sociólogos, se volvió cada vez más factible. Las críticas severas contra los prejuicios religiosos y políticos servían no sólo para alentar la tolerancia, sino también la clase de espíritu igualitario que tanto impresionaba al viajero que llegaba desde el extranjero. Voltaire, por ejemplo, más tarde convertido él mismo en masón, estaba tan entusiasmado con la sociedad inglesa que la alabó como el modelo al que toda la civilización europea debía aspirar. El antisemitismo se volvió más desacreditado en Inglaterra que en cualquier otro país de Europa, con los judíos no sólo convirtiéndose en masones sino obteniendo acceso, negado hasta entonces, a la vida pública, política y social. La floreciente clase media tenía espacio y libertad para maniobrar y expandirse de una manera que no tenía parangón en otras partes, catapultando así a Gran Bretaña al primer plano del progreso comercial e industrial. Las obras de caridad, incluida la a menudo subrayada asistencia a viudas y huérfanos, extendieron un nuevo ideal de responsabilidad cívica y allanaron el camino a numerosos programas de bienestar social. Se podría afirmar incluso que la solidaridad de la logia, junto con su invocación de los gremios medievales, anticipó muchas de las características del sindicalismo posterior. Y, por último, el proceso por el cual eran elegidos los maestres y grandes maestres de la logia implantó en el pensamiento inglés una saludable distinción, que pronto habría de dar sus frutos en Estados Unidos, entre el hombre y el cargo.

En todos estos aspectos, la masonería inglesa constituyó una especie de aglutinador, que mantenía unido el tejido de la sociedad del siglo XVIII. Entre otras cosas, la masonería contribuyó a crear un clima más moderado que el que se vivía en el continente, donde los agravios y resentimientos culminarían primero en la Revolución francesa y, posteriormente, en los levantamientos de 1832 y 1848. Como veremos más adelante, este clima habría de extenderse a las colonias británicas en Norteamérica y desempeñaría un papel crucial en la fundación de Estados Unidos. En consecuencia, la forma de masonería promulgada por la gran logia suplantaría a sus propios orígenes. Y, al hacerlo, habría de surgir como el fenómeno más genuinamente importante e influyente del siglo, y uno cuyo significado ha sido marginado con demasiada frecuencia por los historiadores ortodoxos.

13

La causa masónica jacobita

Mientras la gran logia continuaba prosperando, las logias pro jacobitas en Inglaterra eran impulsadas a buscar refugio cada vez más en la clandestinidad. Algunas de ellas persistieron en sus actividades, especialmente en el noreste, alrededor de Newcastle y de las propiedades familiares de los Radclyffe en Derwentwater;[1] pero el clima imperante en Inglaterra les permitía un espacio muy escaso para la expansión o el desarrollo. La misma situación se daba en Escocia, donde muchas pruebas relacionadas con la masonería entre 1689 y 1745 se perdieron, de forma deliberada o por otros medios, en el fragor de los acontecimientos. Irlanda, sin embargo, era una cuestión diferente.

Ya en 1688, la masonería era muy conocida en Irlanda. Aquel año, un orador de Dublín, buscando concitar la atención de su público, se refirió a un hombre «convertido en masón a la nueva manera», implicando con ello, por supuesto, que también existía una «vieja manera».[2] En el mismo año se produjo un pequeño escándalo cuando un individuo de mala reputación llamado Ridley, conocido como espía e informador anticatólico, fue encontrado muerto y con lo que se dijo era una «marca de masón» en su cuerpo, si bien no existe indicio alguno de qué era esta marca, cómo se la habían infligido o impreso o si guardaba alguna relación con su muerte.[3]

La documentación que existe sobre los primeros tiempos de la historia de la masonería en Irlanda es desigual, habiéndose perdido todos los libros de actas anteriores a 1780 y todos los documentos anteriores a 1760. Toda la información que se puede obtener procede de fuentes externas, como informes de periódicos y cartas. El testimonio disponible indica que la Gran Logia irlandesa se formó en torno a 1723 o 1724, seis o siete años después de que lo hiciera su rival inglesa. El primer gran maestre fue el duque de Montague, quien, en 1721, había presidido la Gran Logia de Inglaterra. Montague era ahijado de Jorge I y un ferviente partidario de la casa de Hannover. No debe extra

nar que, considerando la profundidad y extensión de la lealtad a los Estuardo en Irlanda, Montague haya provocado numerosos incidentes, y la Gran Logia irlandesa se vio plagada de disputas internas. Entre 1725 y 1731 existe una enorme laguna en su historia, y estudiosos posteriores han llegado a la conclusión de que debió sufrir una irremediable división entre los jacobitas y los partidarios de la casa de Hannover.

En marzo de 1731 parece haberse producido cierta consolidación bajo el conde de Ross como gran maestre. Un mes más tarde, a Ross le sucedió James, lord Kingston. En 1728, también había presidido la Gran Logia de Inglaterra, pero después de 1730, cuando la Gran Logia inglesa ratificó ciertos cambios no especificados, «confinó su fervor a la masonería irlandesa».[4] Kingston personificaría la orientación de la Gran Logia irlandesa. Tenía un pasado jacobita y procedía de una familia jacobita. Su padre había sido cortesano de Jacobo II y había seguido al depuesto monarca en su viaje al exilio, regresando a Irlanda en 1693 para ser primero perdonado, luego arrestado y acusado de reclutar a personal militar para la causa de los Estuardo. En 1722 a Kingston le acusaron de los mismos cargos.[5]

La Gran Logia irlandesa, por lo tanto, permanecería como un depositario de aquellos aspectos de la masonería que la Gran Logia de Inglaterra repudiaba o negaba. Y fue a la masonería de la Gran Logia irlandesa a la que quedarían expuestos los numerosos regimientos británicos que atravesaban Irlanda o permanecían estacionados en el país en diversas guarniciones. Cuando la red de logias de campaña comenzaron a proliferar entre los regimientos del ejército británico, la mayoría de ellas, al menos al principio, estaban aprobadas por la Gran Logia irlandesa. Esto tendría una enorme importancia, pero sus efectos no serían evidentes hasta un cuarto de siglo más tarde.

Entretanto, la corriente principal de la masonería se había trasladado al continente junto a los exiliados Estuardo. Fue en Francia, en el periodo inmediatamente anterior a 1745, donde se producirían los acontecimientos más importantes. Y fue en Francia donde la masonería jacobita se integraría —o quizás volvería a integrarse— con el antiguo legado templario.

Las primeras logias

La masonería parece haber llegado a Francia entre 1688 y 1691 con los contingentes del derrotado ejército jacobita. Según una crónica del siglo XVIII, la primera logia creada en Francia data del 25 de marzo de 1688 y fue establecida por un regimiento de infantería, el Royal Irish, que había sido formado por Carlos II en 1661, le había acompañado a Inglaterra en su restauración y luego había vuelto al exilio con Jacobo II. Más tarde, en el siglo XVIII, esta unidad llegó a ser cono

cida como el «Regiment de Infantrie Walsh» por el nombre de su oficial en jefe.[6] Los Walsh eran una importante familia de armadores irlandeses exiliados. Un miembro de la familia, el capitán James Walsh, proporcionó el barco que llevó a Jacobo II a territorio seguro en Francia. Más tarde, Walsh y sus parientes fundaron un gran astillero en St. Mâlo, que se especializó en el suministro de barcos de guerra a la marina francesa. Al mismo tiempo, la familia siguió siendo fervientemente leal a la causa jacobita. Dos generaciones más tarde, el nieto de Walsh, Anthony Vincent Walsh, junto con Dominic O'Heguerty, otro influyente armador y comerciante, proporcionaría los barcos con los que Carlos Eduardo Estuardo lanzaría su invasión de Inglaterra. En reconocimiento de este servicio, Anthony Walsh fue nombrado conde por los Estuardo en el exilio y su título fue reconocido oficialmente por el gobierno francés.

En Francia, los militares irlandeses responsables del transplante de la masonería se movían, naturalmente, en los mismos círculos que los refugiados escoceses partidarios de los Estuardo, como David Grahame, el hermano de John Claverhouse, vizconde Dundee, a quien supuestamente se encontró con una cruz templaria después de la batalla de Killiecrankie. Si antes, y durante algún tiempo, la masonería había perdido el contacto con la tradición templaria, ese contacto fue restablecido en Francia durante el primer cuarto del siglo XVIII. Y Francia proporcionaría un suelo muy fértil para la mística templaria y masónica.

En muchos aspectos, había sido un francés, René Descartes, quien, a principios del siglo XVII, encarnó por primera vez lo que se convertiría en la mentalidad predominante del siglo XVIII. En Francia, sin embargo, las presiones combinadas de la Iglesia y el estado habían resultado hostiles, y el ímpetu del pensamiento cartesiano había llegado a Inglaterra, donde se manifestó a través de hombres como Locke, Boyle, Hume y Newton, y también a través de instituciones como la Sociedad Real y la propia masonería. Por lo tanto, fue en Inglaterra donde los pensadores franceses de mentalidad progresista, como Montesquieu y Voltaire, buscaron nuevas ideas. Ellos y sus compatriotas se mostrarían especialmente receptivos a la masonería.

Pero si la masonería apareció en Francia en 1688, habrían de pasar cerca de 35 años antes de que se estableciera la primera logia francesa nativa debidamente documentada. Esta logia fue fundada, según algunas fuentes, en 1725 y, según otras más fiables, en 1726.[7] Su principal fundador fue Charles Radclyffe, conde de Derwentwater, cuyo hermano mayor, James, había sido ejecutado por su participación en la rebelión de 1715. Entre los cofundadores se encontraban sir James Hector MacLean, jefe del clan MacLean; Dominic O'Heguerty, el acaudalado armador y comerciante expatriado que, junto con Anthony Walsh, proporcionó los barcos para la expedición de Carlos Eduardo Estuardo en 1745; y un hombre desconocido, que era aparentemente

un restaurador y cuyo nombre aparece en algunos documentos como «Hure» o «Hure». Un escritor ha afirmado convincentemente que podría tratarse de una deformación de «Hurry».[8] Sir John Hurry había sido decapitado en Edimburgo en 1650 por su lealtad a los Estuardo. Su familia había continuado siendo fervorosamente jacobita y Carlos II les había hecho nobles; y puede haber sido muy bien uno de sus hijos o nietos exiliados quien, junto a Radclyffe, MacLean y O'Heguerty, estableció la primera logia francesa.

Hacia 1729, las logias francesas ya habían comenzado a proliferar dentro de la red de la masonería específicamente jacobita. En aquel mismo año, para no ser derrotada por la «competencia», la Gran Logia de Inglaterra comenzó a establecer sus propias logias afiliadas en territorio francés. Durante algún tiempo, los dos sistemas separados de masonería prosiguieron cursos de desarrollo paralelos y enfrentados. Aunque nunca consiguió establecer un monopolio, el sistema jacobita obtuvo gradualmente una posición predominante. De él evolucionó finalmente, en 1773, la organización masónica más importante de Francia, el Gran Oriente.

Una de las logias jacobitas más destacadas de Francia era la Logia de Bussy. La calle donde estaba situada la sede de la logia, la Rue de Bussy (actualmente la Rue de Buci) discurría directamente hacia la plaza que se encuentra delante de St. Germain des Prés. La otra calle que llegaba hasta la plaza era la de Boucheries, donde se encontraba la sede de la logia fundada por Radclyffe. En otras palabras, ambas logias estaban separadas apenas por unas decenas de metros, y todo el barrio era efectivamente un enclave jacobita. Los jacobitas franceses no tardarían en lanzar sus redes más lejos. En septiembre de 1735, por ejemplo, la Logia de Bussy admitió a lord Chewton, hijo del conde de Waldegrave, embajador británico en Francia (y, él mismo, miembro de la Logia del Cuerno desde 1723) y al conde de St. Florentin, secretario de estado de Luis XV.[9] Entre los presentes en la ceremonia de iniciación se encontraban Desaguliers, Montesquieu y el primo de Radclyffe, el duque de Richmond.[10] Más tarde, aquel mismo año, el duque de Richmond estableció una logia propia en su castillo de Aubigny-sur-Nère.

Aunque Radclyffe había sido uno de los fundadores de la primera logia registrada en Francia, no era gran maestre. Según los documentos más antiguos que han conseguido sobrevivir de aquella época el primer gran maestre, designado en 1728, no fue otro que el anterior gran maestre de la Gran Logia de Inglaterra, el duque de Wharton.[11] Después de haber sido reemplazado en la gran logia, y cada vez más militante en sus simpatías jacobitas, Wharton había viajado a Viena con la esperanza de poder persuadir a los Habsburgo austriacos de que organizaran una invasión de Inglaterra en nombre de los Estuardo. Sus siguientes peregrinaciones le llevaron a Roma y luego a Madrid, donde fundó la primera logia en España.[12] Mientras estaba

en París, Wharton parece haber pasado algún tiempo con la familia Walsh. A su regreso a España, le sucedió como gran maestre de la masonería francesa sir James Hector MacLean, el colega de Radclyffe. En 1736, MacLean fue sucedido a su vez por Radclyffe, la eminencia gris de la logia, quien abandonó los bastidores para ocupar el centro del escenario.[13]

Radclyffe fue una de las dos principales figuras responsables de la diseminación de la masonería a través de Francia. La otra era un individuo ecléctico y peripatético llamado Andrew Michael Ramsay, nacido en Escocia en la década de 1680. En su juventud, se unió a una sociedad cuasi rosacruz llamada los Filadelfianos, y estudió con un íntimo amigo de Isaac Newton.[14] Más tarde, se asociaría con otros amigos de Newton, incluido John Desaguliers. También era un amigo particularmente íntimo de David Hume y ambos se influyeron mutuamente.

Hacia 1710 Ramsay se encontraba en Cambrai, estudiando con el hombre a quien consideraba como su mentor, el filósofo católico, místico y liberal, François Fénelon. Cuando Fénelon murió en 1715, Ramsay se trasladó a París. En la capital francesa se convirtió en amigo íntimo del regente, Felipe de Orleans, quien le introdujo en la Orden de San Lázaro, una orden neocaballeresca;[15] a partir de entonces a Ramsay se le conocería como «Chevalier» (caballero). No se sabe a ciencia cierta en qué momento conoció a Radclyffe, pero hacia 1720 estaba afiliado a la causa jacobita y, durante algún tiempo, sirvió como tutor del joven Carlos Eduardo Estuardo.

En 1729, a pesar de sus conexiones jacobitas, Ramsay regresó a Inglaterra. Aquí, a pesar de una evidente falta de calificaciones, fue admitido rápidamente en la Sociedad Real. También se convirtió en miembro de otra prestigiosa organización, el elegante Club de Caballeros de Spalding,, que incluía al duque de Montague, el conde de Abercorn, el conde de Dalkeith, Desaguliers, Pope, Newton y Francisco de Lorena. En 1730, regresó a Francia y se mostró cada vez más activo en la causa de la masonería, profundizando su relación con Charles Radclyffe.

El 26 de diciembre de 1737 —el día en que Radclyffe asumió la gran maestría de la masonería francesa— Ramsay pronunció un discurso que se convertiría en uno de los hitos más notables en la historia de la masonería, y una fuente de interminable controversia desde entonces.[16] Este discurso, que fue presentado nuevamente en una versión ligeramente modificada para el público general el 20 de marzo de 1737, llegó a ser conocido como la «Oración» de Ramsay.[17] Detrás de este discurso había una motivación política ulterior. En aquella época, Francia estaba gobernada por Luis XV, quien entonces contaba veintisiete años. El verdadero poder gobernante en el país, sin embargo, estaba en manos del principal consejero del rey, el cardenal André Hercule de Fleury, como había sucedido hacía un siglo con

Richelieu. Fleury, cansado de la guerra, estaba ansioso por establecer una paz duradera con Inglaterra. En consecuencia, se mostraba hostil al foco de conspiración anti hanoveriana en el que se había convertido la masonería jacobita en Francia. Los Estuardo, por su parte, esperaban poder disuadir a Fleury de su deseada distensión con Inglaterra y mantener a Francia, el defensor tradicional de la casa real escocesa, firmemente aliada a su sueño de recuperar el trono inglés. La «Oración» de Ramsay tenía la intención, en parte al menos, de moderar la antipatía de Fleury hacia la masonería y conseguir su apoyo, con el objetivo final de establecer la masonería en Francia bajo la protección real. Ramsay esperaba también incorporar a Luis XV a la logia. Por lo tanto, con la implicación del rey, la masonería constituiría un frente franco-escocés unido, y podría contemplarse la posibilidad de otra invasión de Inglaterra, otro intento de recuperar el trono inglés para los Estuardo. Estos objetivos impulsaron a Ramsay a revelar más de lo que había hecho nadie acerca de las actitudes y orientación de la masonería jacobita de principios del siglo XVIII; y, al mismo tiempo, a divulgar más de lo que nadie había hecho antes de su supuesta historia.

En una declaración tomada casi al pie de la letra de Fénelon, Ramsay dijo: «El mundo no es sino una enorme república de la que cada nación es una familia y cada individuo un hijo».[18] Esta declaración no impresionó demasiado a Fleury, un cardenal monárquico nacionalista que sentía aversión por Fénelon. Pero estas palabras ejercerían una poderosa influencia sobre los pensadores políticos posteriores, no sólo en Francia, no sólo en otros países de Europa, sino también en las colonias establecidas en Norteamérica. Ramsay continuó: «Los intereses de la Fraternidad se convertirán en los de toda la raza humana».[19] Y condenó a la Gran Logia, como así también a otras formas no jacobitas de la masonería, como «heréticas, apóstatas y republicanas».

Ramsay insistió en que los orígenes de la masonería se encontraban en las sectas y en las escuelas de misterios del mundo antiguo:

> La palabra Masón, por lo tanto, no debe tomarse en un sentido literal, simple y material, como si nuestros fundadores hubiesen sido simples trabajadores de la piedra, o genios meramente curiosos que deseaban perfeccionar su arte. No eran sólo hábiles arquitectos, deseosos de consagrar sus bienes y talentos a la construcción de templos materiales; sino también príncipes guerreros y religiosos que diseñaban para iluminar, edificar y proteger los templos vivientes del Más Alto.[20]

Pero aunque puedan haber sido descendientes de las escuelas de misterios de la antigüedad, ellos eran, afirmó Ramsay, fervientes cristianos. En la Francia católica de la época, obviamente, habría sido una imprudencia especificar el nombre de los templarios. Pero Ramsay

enfatizó que la masonería tenía sus orígenes en Tierra Santa, entre «los cruzados»:

En los tiempos de las Cruzadas en Palestina, muchos príncipes, señores y ciudadanos se unieron y juraron recuperar el templo de los cristianos en Tierra Santa, y ocuparse en devolver su arquitectura a su institución original. Todos ellos acordaron una serie de signos antiguos y palabras simbólicas extraídos del pozo de la religión a fin de reconocerse mutuamente entre los paganos y los sarracenos. Estos signos y palabras sólo eran comunicados a aquellos que prometían de forma solemne, y en ocasiones al pie del altar, que jamás los revelarían. Esta promesa sagrada, por lo tanto, no era un juramento execrable, como se lo ha llamado, sino un vínculo respetable destinado a unir a los cristianos de todas las nacionalidades en una única confraternidad. Algún tiempo después, nuestra orden formó una unión íntima con los caballeros de San Juan de Jerusalén. De aquella época nuestras logias tomaron el nombre de logias de San Juan.[21]

No es necesario decir que los caballeros de San Juan, tal como eran a principios del siglo XVIII, jamás reconocieron ninguna afiliación de esta naturaleza. Si hubieran conseguido sobrevivir como una institución pública aceptada, es posible que los caballeros templarios lo hubieran hecho. Ramsay, por su parte, trazando la supuesta historia de la masonería, se movió rápidamente de Tierra Santa a Escocia y al reino celta inmediatamente anterior a Bruce:

En la época de las últimas Cruzadas, muchas logias ya se habían constituido en Alemania, Italia, España y Francia. James, lord Steward de Escocia, era gran maestre de una logia establecida en Kilwinning, en el oeste de Inglaterra, MCCLXXXVI, poco después de la muerte de Alexander III, rey de Escocia, y un año antes de que John Balliol ascendiese al trono. Este señor recibió como masones en su logia a los condes de Gloucester y Ulster, uno inglés, el otro irlandés.[22]

Y, finalmente, en una inconfundible referencia a la Guardia Escocesa, Ramsay declaró que la masonería «conservaba su esplendor entre aquellos escoceses a quienes los reyes de Francia confiaron durante muchos siglos la protección de las personas reales».[23]

Las implicaciones e importancia de la «Oración» de Ramsay serán consideradas en breve. Por el momento es suficiente con señalar que el intento de ganarse la simpatía y el apoyo del cardenal Fleury produjo efectos contraproducentes. Dos años antes, en 1735, la policía había actuado contra la masonería en Holanda. En 1736 había hecho lo propio en Suecia. Ahora, a pocos días de que Ramsay pronunciara su segunda «Oración», Fleury ordenó que la policía hiciera lo mismo en Francia. A continuación, se ordenó una investigación inmediata de

la masonería. Cuatro meses más tarde, el 1 de agosto de 1737, la policía presentó su informe completo. La masonería fue declarada inocente de «indecencia», pero potencialmente peligrosa «en virtud de la indiferencia de la orden hacia las religiones».[24] El 2 de agosto, la masonería fue prohibida en Francia y se arrestó a su gran secretario.

En una serie de actuaciones policiales se confiscaron numerosos documentos y listas de miembros de la organización. Fleury y sus consejeros debieron sufrir una verdadera conmoción al ver la extraordinaria cantidad de nobles y sacerdotes importantes que eran masones. El capellán de la Garde du Corps, la guardia real, por ejemplo, resultó ser miembro de la Gran Logia Jacobita de Bussi-Aumont, como se llamaba entonces la antigua Logia de Bussy. Y también lo era el oficial del servicio de intendencia de la guardia real. De hecho, casi todos los miembros de la logia eran oficiales, funcionarios o allegados de la corte.[25]

Roma ya estaba alarmada por los acontecimientos y no hay duda de que Fleury ejerció presión sobre sus colegas y superiores eclesiásticos. Antes incluso de que se terminase la investigación en Francia, el papa Clemente XII decidió actuar. El 24 de abril de 1738, una bula papal, *In eminenti apostolatus specula*, prohibió a todos los católicos convertirse en masones bajo amenaza de excomunión. Dos años más tarde, en los Estados Pontificios, la pertenencia a una logia era castigada con la muerte.

Según una autoridad en la materia, la primera consecuencia de la bula promulgada por el papa Clemente XII puede haber sido la retirada forzosa de Radclyffe como gran maestre de la masonería francesa.[26]

Antes de cumplirse un año, fue reemplazado por un aristócrata francés, el duque de Antin. El duque, a su vez, fue sucedido en 1743 por el conde de Clermont, un príncipe de sangre. Está claro, por lo tanto, que la bula papal tuvo un efecto apenas perceptible en su propósito de disuadir a los católicos franceses de convertirse en masones. Al contrario, después de la promulgación de la bula algunos de los nombres más ilustres de Francia se incorporaron a la logia. Incluso el rey parece haber estado a punto de unirse a la logia.[27] El papa, aparentemente, no consiguió nada con su bula, salvo derribar a los jacobitas de su antigua posición de supremacía en los asuntos de la masonería francesa. Desde la etapa de la bula papal en adelante, los jacobitas tendrían un papel cada vez menos influyente en la masonería francesa y dejaron de afectar por completo a su evolución y desarrollo. Finalmente, como ya hemos visto, el Gran Oriente surgiría como el principal depositario de la masonería en Francia.

En algunos lugares, la actitud de la Iglesia debió haber parecido y aún debe parecer desconcertante. La mayoría de los líderes jacobitas, después de todo, habían nacido católicos o bien se habían convertido a esa fe. ¿Por qué, entonces, habría actuado el papa contra ellos,

especialmente cuando eso significaba que la masonería caía cada vez más bajo la influencia anticatólica de la Gran Logia inglesa? Retrospectivamente, la respuesta a esa pregunta es mucho más clara de lo que pudo haber sido para mucha gente —católicos, masones o ambos— en aquella época. La cuestión es que Roma temía, y no de del todo sin justificación, que la masonería, como institución internacional, mantenía una razonable posibilidad de ofrecer una alternativa filosófica, teológica y moral a la Iglesia.

Antes de la Reforma luterana, la Iglesia había proporcionado, con mayor o menor éxito, una especie de foro internacional. Soberanos y príncipes, aunque sus naciones pidieran estar en guerra entre ellos, seguían siendo nominalmente católicos y actuaban bajo el paraguas de la Iglesia; su pueblo podía pecar, pero pecaban según el contexto y la definición establecidos por Roma. En la medida en que el paraguas de la Iglesia se mantuviese en su sitio, aseguraba que los canales de comunicación se mantenían abiertos entre los bandos beligerantes y que, al menos en teoría, Roma podía actuar como árbitro. Con la Reforma, por supuesto, la Iglesia ya no podía desempeñar esa función, habiendo perdido ya su autoridad entre los estados protestantes del norte de Europa. Pero aún gozaba de una considerable aceptación en Italia, el sur de Alemania, Francia, España, Austria y los dominios del Sacro Imperio romano.

La masonería amenazaba con ofrecer la clase de foro internacional que Roma había proporcionado antes de la Reforma: para proveer un escenario para el diálogo, una red de comunicaciones, un programa detallado de acción para la unidad europea que trascendiese la esfera de influencia de la Iglesia y volviese irrelevante el papel de la Iglesia.

Es posible que la masonería no haya tenido más éxito que la Iglesia en su intento de promover la unidad, pero difícilmente podría haberlo conseguido. Pocos años después de la promulgación de la bula del papa Clemente, por ejemplo, Austria y Prusia estaban en guerra. Tanto Federico el Grande, rey de Prusia, y Francisco de Austria, eran masones. En virtud de este vínculo común, la logia ofrecía una oportunidad para el diálogo, y al menos una perspectiva de paz. Y fue en un esfuerzo —inútil, en este caso, e incluso contraproducente podría argumentarse— por impedir esos hechos por lo que Roma actuó contra la masonería. Los jacobitas, y la masonería jacobita en el continente, fueron víctimas accidentales de consideraciones más amplias. Y su pérdida de influencia fue probablemente, al final, más costosa para Roma de lo que hubiese sido dejar su estatus intacto.

Como hemos visto, la bula papal, cuyo objetivo era excluir a los católicos de la masonería, demostró ser absolutamente ineficaz. De hecho, fue precisamente en la esfera de influencia romana donde la

masonería, durante el siguiente medio siglo, se propagaría más vigorosamente y asumiría algunas de sus permutaciones más turbulentas, exóticas y extravagantes. Y fue amparada de manera más entusiasta por los soberanos católicos —Francisco de Austria, por ejemplo— que por cualquier otro. Y demostraría ser más influyente precisamente dentro de esos bastiones de la autoridad romana como Italia y España. Al presentar a la masonería como malvada, Roma, en realidad, la convirtió en un refugio y en un punto de reunión de sus propios adversarios.

En Inglaterra, la gran logia se alejó progresivamente tanto de la religión como de la política. Fomentó un espíritu de moderación, tolerancia y flexibilidad y, a menudo, trabajó junto con la Iglesia anglicana, muchos de cuyos sacerdotes eran masones y no tenían ningún conflicto de lealtad. En la Europa católica, por otra parte, la masonería se convirtió en un depositario de un sentimiento y una actividad fervorosamente anticlericales, anti *establishment* y, finalmente, revolucionarios. Es verdad, muchas logias continuaron siendo verdaderos bastiones del conservadurismo, incluso de la reacción. Pero muchas más desempeñaron un papel vital en los movimientos radicales. En Francia, por ejemplo, insignes masones como el marqués de Lafayette, Philippe Égalité, Danton y Sieyès, actuando según el ideario de la masonería, fueron protagonistas destacados en los acontecimientos de 1789 y en todo lo que se derivó de ellos. En Baviera, en España, en Austria, la masonería aportaría un foco de resistencia a los regímenes autoritarios, y tuvo un papel predominante en los movimientos que culminaron en las revoluciones de 1848. Toda la campaña que llevó a la unificación de Italia —desde los revolucionarios de finales del siglo XVIII, pasando por Mazzini, hasta Garibaldi— podría describirse como esencialmente masónica. Y de las filas de la masonería europea del siglo XIX surgiría una figura que proyectaría la sombra siniestra del terrorismo no sólo sobre su época, sino también sobre la nuestra, un hombre llamado Mijail Bakunin.

14

Masones y caballeros templarios

A pesar de las amonestaciones papales, la masonería jacobita prosiguió su propio curso, todavía alineada resueltamente con la causa de los Estuardo y el sueño de restaurar a los Estuardo en el trono británico. Los jacobitas, de un modo más explícito que nunca, comenzaron a utilizar la masonería, y la cada vez más extendida red de logias en el continente, primero para el reclutamiento y, luego, después de su derrota, para apoyar a los hermanos exiliados. En 1746, por ejemplo, un jacobita inglés llegó a Francia portando cartas que instaban a todos los masones a acudir en su ayuda.[1]

Pero si los jacobitas explotaron la masonería con propósitos políticos, ellos también se reintegraron públicamente en ella portando elementos de sus propios orígenes y legado, elementos que habían sido «seleccionados» por la gran logia. Bajo la influencia de Fénelon, Ramsay dotó a la masonería jacobita de un carácter místico. Y más importante aún, en su «Oración», reintrodujo una dimensión específicamente caballeresca, haciendo hincapié en el papel de los «cruzados». Más tarde, hablaría del empeño de restaurar la monarquía de los Estuardo nada menos que como de una «cruzada».[2] En algunas cartas intercambiadas entre logias de esta época se hablaba profusamente de «innovaciones introducidas... que apuntaban a la transformación de la fraternidad de una "Ordre de Société" a una "Orden de Chevalerie"».[3] Los panfletos e incluso los informes de la policía comenzaron a hablar de los «nuevos caballeros» y de su «orden de caballería».[4]

Si la gran logia se estaba convirtiendo en una suerte de aglutinador social, la masonería jacobita aspiraba a algo marcadamente más dramático, más romántico, más grandioso: una nueva generación de caballeros y guerreros místicos imbuidos de la sagrada misión de reclamar un reino y volver a sentar en su trono a un linaje sagrado. Los paralelismos con los templarios eran demasiado obvios como para

ignorarlos, y era sólo una cuestión de tiempo que fuesen invocados de una manera explícita como precursores de la masonería.

No está claro cuándo precisamente —dentro de la privacidad de unas logias cuyos documentos, si es que alguna vez existieron, se perdieron hace ya mucho tiempo— se hicieron explícitas por primera vez las conexiones entre la masonería y los templarios. Es muy probable que esto haya ocurrido ya en 1689, cuando David Claverhouse llegó a Francia supuestamente con la cruz templaria recuperada del cadáver de su hermano y entregada al abate Calmet. Pero aunque uno sólo puede especular acerca de este episodio, no hay duda de que, hacia la década de 1730, bajo los auspicios de Radclyffe y Ramsay se promulgó la herencia templaria. En 1738, poco después de la «Oración» de Ramsay, el marqués de Argens publicó un artículo sobre la masonería. En este trabajo habla de las logias jacobitas que intentaban arrogarse un linaje específicamente templario.[5] Y durante el curso de la década siguiente, los templarios —al menos en lo que concierne a todas las formas de la masonería menos la gran logia— se convirtieron en el centro de atención. En 1743, por ejemplo, se cree que fue introducido el grado «Venganza» o «Kadosh» en Lyon, una venganza que sería ejecutada por la masonería por la muerte del último gran maestre templario, Jacques de Molay.[6] Ya hemos visto cuán importante habría de ser este motivo.

El hombre responsable de divulgar el legado templario en el seno de la masonería fue un noble alemán, el barón Karl Gottlieb von Hund, un hombre de mundo que se movía ampliamente en los círculos masónicos. Entre diciembre de 1742 y septiembre de 1743 estuvo en París. A comienzos de la década de 1750 comenzó a divulgar una ostensible «nueva» forma de masonería que reclamaba, de manera específica, un origen templario. Cuando fue presionado para que se justificase, Hund declaró que durante su visita de nueve meses a París había sido introducido en la «masonería templaria». Hund llegó a París seis meses antes de la muerte de Ramsay y tres años antes de que se produjera la de Radclyffe. Dijo que había sido iniciado en los «grados elevados» y nombrado «caballero templario» por un «superior desconocido» que se identificó ante él sólo bajo el título de «Eques a Penna Rubra» o «Caballero de la Pluma Roja». Esta ceremonia, según su declaración, había sido celebrada en presencia de un tal lord Clifford (probablemente el joven lord Clifford de Chudleigh, emparentado con Radclyffe a través de su matrimonio) y el conde de Kilmarnock, entre otros. Poco después de su iniciación, dijo Hund, le fue presentado Carlos Eduardo Estuardo en persona, de quien creyó que se trataba de uno de los «superiores desconocidos», cuando no del propio gran maestre secreto de toda la masonería.[7]

La forma de la masonería en la que había sido introducido Hund llegaría a ser conocida más tarde con el nombre de «Estricta Observancia». Su nombre derivaba del juramento que exigía a sus miembros:

un juramento de obediencia permanente e incondicional a los misteriosos «superiores desconocidos». El principio básico de la Estricta Observancia era que descendía en línea directa de los caballeros templarios. Los miembros de la Estricta Observancia creían estar legítimamente autorizados a referirse a sí mismos como «caballeros del Temple».

Cuando presionaron a Hund para que aportase mayor información y pruebas de lo que declaraba, no fue capaz de respaldar sus afirmaciones. Como consecuencia, muchos de sus contemporáneos le tildaron de charlatán y le acusaron de haber inventado el relato de su iniciación, su reunión con «superiores desconocidos» y con Carlos Eduardo Estuardo y el mandato recibido para que propagase la Estricta Observancia. Ante estas acusaciones, Hund sólo pudo responder quejumbrosamente que sus «superiores desconocidos» le habían abandonado. Añadió entre protestas que habían prometido volver a ponerse en contacto con él para darle nuevas instrucciones, pero que nunca lo habían hecho. Hacia el final de su vida, Hund continuó afirmando su integridad, sosteniendo que había sido abandonado por sus patrocinadores originales.

Con el conocimiento que brinda la perspectiva histórica, hoy resulta claro que Hund fue una víctima no tanto de ninguna traición deliberada como de circunstancias que estaban más allá de cualquier control. Él había sido iniciado en 1742, cuando la influencia jacobita aún tenía peso, cuando los Estuardo disfrutaban de un considerable prestigio en el continente, cuando parecía existir una razonable perspectiva de restaurar a Carlos Eduardo en el trono británico. En tres años, sin embargo, todo eso cambiaría.

El 2 de agosto de 1745, el príncipe «Bonnie» Charlie, sin el apoyo francés que originalmente se le había prometido, desembarcó en Escocia. Durante la celebración de un consejo de guerra se decidió por sólo un voto avanzar hacia el sur, y las fuerzas jacobitas se embarcaron así en una marcha con destino a Londres. Poco después entraron en Manchester y, el 4 de diciembre, alcanzaron Derby. Pero sólo consiguieron reunir a unos pocos voluntarios —apenas 150 hombres en Manchester— y los levantamientos espontáneos que esperaban en su nombre nunca se produjeron. Después de permanecer dos días en Derby, se hizo dolorosamente obvio que la única opción que les quedaba era la retirada. Con las tropas hanoverianas pisándoles los talones, los jacobitas se replegaron, y su situación, durante los cuatro meses siguientes, continuó deteriorándose. Finalmente, el 16 de abril de 1746, fueron acorralados por el ejército del duque de Cumberland en Culloden y, en menos de treinta minutos, prácticamente aniquilados. Carlos Eduardo Estuardo volvió a huir nuevamente a un ignominioso exilio y pasó el resto de su vida en la oscuridad. De los insignes jacobitas que consiguieron sobrevivir a la batalla, muchos de ellos fueron deportados, proscritos o marcharon a un exilio voluntario. Algunos, incluido el conde de Kilmarnock, fueron ejecutados. Al igual que Charles

Radclyffe, apresado en un buque francés frente al Dogger Bank. El sueño jacobita de restaurar la monarquía de los Estuardo en el trono británico se había extinguido para siempre.

Por lo tanto, no debe sorprender que los «superiores desconocidos» de Hund, que eran todos prominentes jacobitas, no volviesen a ponerse en contacto con él. La mayoría de ellos estaban muertos, en prisión, en el exilio o escondidos. No había quedado ninguno con el prestigio suficiente para ayudarle a reivindicar sus afirmaciones y fue dejado solo para que promulgase la masonería de la Estricta Observancia. Pero no parece haber sido un charlatán y tampoco parece que haya inventado su relato acerca de su iniciación en la «masonería templaria». De hecho, sólo en tiempos recientes han aparecido algunas pruebas reveladoras en su favor.

La identidad del maestre oculto de Hund

Una parte de la prueba de Hund relativa al linaje de la Estricta Observancia consiste en una lista de grandes maestres de los caballeros templarios originales desde sus orígenes en 1118.[8] Hasta hace muy poco tiempo, ha habido muchas listas de ese tipo, ninguna de ellas coincide con las demás y todas han merecido la actitud recelosa de los académicos. Hasta 1982 nosotros no fuimos capaces de producir lo que hoy puede ser considerado como una lista definitiva de los primeros grandes maestres (hasta la pérdida de Jerusalén).[9] Esta lista fue recopilada con la ayuda de información y documentación que no estaban disponibles en la época de Hund, de modo que él no puede haber bebido en las mismas fuentes que nosotros. Y, sin embargo, excepto por la ortografía de un único apellido, Hund elaboró una lista, aparentemente recibida de manos de sus «superiores desconocidos», que coincide precisamente con la nuestra. La lista de Hund sólo puede haber provenido de «fuentes internas», de fuentes que tenían un conocimiento particular de la historia y/o los documentos templarios de un modo que no pudo haber tenido ningún «extraño» de la época.

Un segundo elemento de prueba, particularmente importante a favor de Hund, incluye la identidad del Caballero de la Pluma Roja, quien, afirmaba, le había nombrado caballero del Temple en 1742. Hasta hoy, la identidad de este individuo ha sido un misterio y, en algunos lugares, se lo ha considerado como una pura ficción. El propio Hund, como hemos visto, pensó al principio que el Caballero de la Pluma Roja era Carlos Eduardo Estuardo. Otros comentaristas han sugerido al conde de Kilmarnock, quien en aquel tiempo era el gran maestre de la masonería jacobita en Francia; sin embargo, al hacer esta sugerencia, han olvidado, o elegido ignorar, la afirmación hecha por Hund de que Kilmarnock estaba presente en la sala en el mismo momento que el anónimo individuo. Nosotros mismos, en una obra

anterior, sugerimos que el Caballero de la Pluma Roja podría haber sido Radclyffe, de quien Hund dijo que *no* estaba presente en aquel momento. Ahora, sin embargo, es posible establecer, casi de forma definitiva, quién era realmente el Caballero de la Pluma Roja.

En 1987 tuvimos acceso a los documentos de un grupo llamado Stella Templum que, durante doscientos años o más, había conservado un archivo de material templario jacobita.[10] En el mismo había una carta fechada el 30 de julio de 1846, diecinueve días antes del centenario de la ejecución del conde de Kilmarnock en la Torre de Londres, el 18 de agosto de 1746. La firma que aparece en la carta parece ser la de un tal H. Whyte y, debajo de ella, aparece un sello de cera con la forma de un cruz templaria. El destinatario es llamado simplemente «William». El texto se refiere a ciertos objetos especiales, incluyendo, aparentemente, la espada con la que Hund fue iniciado:

> Observad que la espada y otros artículos están ahora a vuestro cargo. El conde no pudo llevarlos con él. El señor Grills y yo pensamos que vuestra custodia es la mejor. El pobre Kilmarnock —Dios le bendiga— recibió la espada de manos de Alexander Seton/el Caballero de la Pluma Roja.
>
> No sé lo que sucederá ahora, Dios mediante y Gardner continuará 100 años.
>
> Recordad K. el 18 del mes próximo.[11]

Si esta carta es auténtica —y no existe ninguna razón para dudar de su autenticidad— el autor de la misma sabía que el Caballero de la Pluma Roja era un Alexander Seton.

Alexander Seton era más conocido generalmente como Alexander Montgomery, décimo conde de Eglinton. En 1600, Robert Seton fue nombrado primer conde de Winton. Se había casado con lady Margaret Montgomery, hija y heredera de Hugh Montgomery, tercer conde de Eglinton, y el título de Eglinton fue heredado por el menor de sus hijos, adoptando sus descendientes el apellido de Montgomery. Por lo tanto, el Alexander Seton en cuestión era, de hecho, Alexander Montgomery, quien se mostró particularmente activo en la masonería jacobita establecida en el continente. Cuando Chevalier Ramsay murió en 1743, por ejemplo, su certificado de defunción fue firmado por Alexander Montgomery (conde de Eglinton), Charles Radclyffe (conde de Dewentwater), Michael de Ramsay (primo del Chevalier), Alexander Home y George de Leslie.[12]

¿Por qué sería Alexander Montgomery (Seton), en lugar de Radclyffe, Ramsay, Kilmarnock, Carlos Eduardo Estuardo o cualquier otro quien nombrase al barón Von Hund «caballero del Temple»? Ello fue así, indudablemente, porque descendía de una familia en torno a la cual, en la persona del esquivo David Seton, se habían congregado los supervivientes originales de los templarios en Escocia cuando su

James Sandilands dispuso de sus tierras patrimoniales de forma ilícita en 1564. Y si la información que recibimos de un miembro contemporáneo de la familia es exacta, una «Orden del Temple» ha persistido entre algunos de los Montgomery hasta el presente.

Como consecuencia de la rebelión de 1745, la masonería jacobita como tal, con su orientación política específica y su lealtad al linaje de los Estuardo, dejó de existir. Algunas variaciones de la misma, sin embargo, consiguieron sobrevivir depuradas de todo contenido político e influidas por la moderación de la Gran Logia de Inglaterra. Estas variaciones sobrevivieron, en parte, a través de los llamados «grados elevados» ofrecidos por instituciones como la Gran Logia irlandesa. Y más importante, sin embargo, es el hecho de que consiguieran sobrevivir dentro de la Estricta Observancia promulgada por Hund, de la que el grado más elevado era el de «caballero templario». La Estricta Observancia se extendería por toda Europa. Y aún más importante es el hecho de que encontrase terreno abonado entre los colonos —muchos de ellos refugiados o deportados jacobitas— de lo que en el futuro sería Estados Unidos.

Cuarta parte

La masonería y la independencia de Estados Unidos

15

Los primeros masones estadounidenses

No debe sorprender, quizás, que haya más mitos, leyendas y rumores asociados con los orígenes de la masonería en tierras norteamericanas que hechos probados o información fiable. Según algunas tradiciones, una forma de masonería o protomasonería llegó al llamado Nuevo Mundo junto con la colonia de Jamestown de 1607 y se estableció en Virginia, donde trabajó para promover la clase de sociedad idealizada descrita veinte años más tarde por Francis Bacon en obras como *La nueva Atlántida.* Esta posibilidad no puede ser totalmente descartada. Los pensadores rosacruces de principios del siglo XVII eran obsesivamente conscientes de las oportunidades que ofrecía Norteamérica para los planes sociales idealizados que figuraban de forma destacada en sus obras. Y también lo eran los miembros del Colegio Invisible que finalmente se volvieron visibles en forma de la Sociedad Real. Habría sido realmente sorprendente si al menos algo de sus ideas no hubiese atravesado el Atlántico. En cualquier caso, los primeros trasplantes de masonería a Norteamérica, sea cual sea el momento y la forma en que se produjeran, habrían sido tan inevitables, tan rutinarios, tan previsibles y, al principio, tan desposeídos de consecuencias importantes como el trasplante de otras actitudes e instituciones inglesas. Nadie hubiera podido prever la importancia que adquirirían muy pronto estos trasplantes.

En lo que a la documentación fidedigna concierne, el primer masón conocido que se estableció en las colonias norteamericanas fue un tal John Skene. Skene se encuentra incluido en una lista de masones de una logia de Aberdeen en 1670 y, en 1682, emigró a Norteamérica.[1] Skene se estableció en Nueva Jersey, donde más tarde llegaría a ser teniente gobernador. Pero la masonería que trajo con él habría existido en el vacío en Nueva Jersey. No había ninguna hermandad con la que Skene pudiera haberse asociado, ninguna estructura masónica ya existente dentro de la que pudiese haber encajado. Y tampoco creó nin

guna estructura propia. En cualquier caso, no ha sobrevivido ningún documento que demuestre lo contrario.

Skene se había convertido en masón antes de emprender viaje a Norteamérica. El primer colono norteamericano que se convirtió en masón fue Jonathan Belcher, quien, durante una visita a Inglaterra en 1704, fue admitido en una logia inglesa.[2] Belcher regresó a las colonias un año más tarde, donde llegó a ser con el tiempo un próspero comerciante y finalmente, en 1730, gobernador de Massachusetts y New Hampshire. Para aquella época, la masonería comenzaba a establecerse de manera firme en las colonias y el hijo de Belcher sería un protagonista activo de esa propagación.

Debieron de existir muchos casos similares a los de Skene y Belcher, hombres que ya eran masones cuando decidieron embarcarse hacia el Nuevo Mundo, hombres ya establecidos en las nuevas colonias que, durante sus visitas a Inglaterra, fueron admitidos en diversas logias. Y en 1719 existe incluso un antecedente de un barco llamado *Freemason* que realizaba viajes comerciales por la costa norteamericana.[3] Pero no existe ningún documento que acredite la existencia de logias en territorio norteamericano antes de finales de la década de 1720. El 8 de diciembre de 1730, Benjamin Franklin publicó en su periódico, *The Pennsylvania Gazette*, la primera noticia documentada acerca de la masonería en Norteamérica. El artículo de Franklin, que consistía en una crónica general de la masonería, estaba precedido por la declaración de que «había varias logias de MASONES establecidas en esta Provincia...».[4]

El propio Franklin ingresó en la masonería en febrero de 1731[5], convirtiéndose en gran maestre provincial de Pennsylvania en 1734. Aquel mismo año entró en imprenta el primer libro masónico que se publicaría en Norteamérica, una edición de las *Constituciones* de Anderson. Mientras tanto, en Filadelfia se había fundado la primera logia norteamericana de la que se tenga referencia. Sus primeros documentos supervivientes, llamados su «segundo» libro de actas, datan de 1731, de modo que el primer libro, suponiendo que efectivamente haya existido uno, debió haber cubierto al menos el año anterior.[6]

Muchas de las primeras logias fundadas en Norteamérica —incluidas, muy posiblemente, algunas cuyos registros desaparecieron y de las que, por lo tanto, no sabemos nada— eran, según la propia terminología masónica, «irregulares». A fin de volverse «regular» o «regularizada», una logia tenía que ser «autorizada», tenía que recibir una carta de un cuerpo gobernante superior o, por decirlo de alguna manera, de una logia madre. Así, por ejemplo, la Gran Logia de Inglaterra concedió la autorización a sus propios vástagos, o nuevas logias, en las colonias norteamericanas. Pero estas autorizaciones también podían ser otorgadas por otros cuerpos, como la Gran Logia de Irlanda, que ofrecía los llamados «grados elevados» y otros rasgos característicos de la masonería jacobita que, después de 1745, habían sido desposeí

dos de su orientación específicamente política, específicamente pro Estuardo, reteniendo sin embargo su cualidad caballeresca original.

La primera logia autorizada o constituida por carta en territorio norteamericano es la Logia de St. John de Boston, fundada en 1733 y constituida por carta por la Gran Logia de Inglaterra.[7] En aquel mismo año, como hemos visto, la gran logia también estaba recaudando dinero para enviarlo a sus hermanos en la colonia de Oglethorpe establecida en Georgia, aunque no se dispone de datos de ninguna logia específica, autorizada o no, anterior a 1735, cuando una de ellas se estableció en Savannah. Entre tanto, en 1733, Massachusetts ya había autorizado el establecimiento de una gran logia provincial con Henry Price como gran maestre. El gran maestre asistente era Andrew Belcher, hijo de Jonathan Belcher, quien había sido iniciado en Inglaterra en 1704.[8] Entre 1733 y 1737, la Gran Logia de Inglaterra autorizó la creación de grandes logias en Massachusetts, Nueva York, Pennsylvania y Carolina del Sur. En Georgia, New Hampshire y otros futuros estados existían una o más logias locales, pero ninguna gran logia provincial. De Virginia no ha sobrevivido ningún documento, pero se supone que en ese estado hubo logias autorizadas no por la Gran Logia de Inglaterra sino por la cuasi jacobita Gran Logia de York.

Las logias militares

Al mismo tiempo que la masonería —casi exclusivamente bajo los auspicios de la Gran Logia de Inglaterra— se extendía a través de las colonias norteamericanas, se produjo otro acontecimiento que tendría un efecto mucho más profundo en la historia norteamericana. Desde 1732, la masonería también se había extendido a través del ejército británico en forma de logias de campaña entre los regimientos. Estas logias eran móviles, portaban sus propios emblemas y avíos en baúles junto con los estandartes del regimiento, la vajilla de plata y otra parafernalia puramente militar. A menudo, el coronel al mando presidía en calidad de maestre original de la logia y podía entonces ser sucedido por otros oficiales. Estas logias de campaña tendrían un profundo efecto en el conjunto del ejército. Ellas proporcionaban, como veremos, un canal de comunicación para remediar quejas y agravios. Y del mismo modo en que las logias civiles reunían a hombres procedentes de diversos medios sociales, las logias militares unían a oficiales y soldados rasos, subalternos y oficiales superiores. Una consecuencia de ello fue la creación de una atmósfera en la que los soldados jóvenes y dinámicos —como James Wolfe, por ejemplo— podían ascender independientemente de la casta.

La primera logia en el ejército británico fue creada en el 1.º Regimiento de Infantería, más tarde los Escoceses Reales, en 1732.[9] En 1734, ya había cinco de esas logias en los regimientos británicos. En 1755, el

número había ascendido a veintinueve. Entre los regimientos que poseían sus propias logias de campaña estaban aquellos que más tarde serían conocidos como los Fusileros Reales de Northumberland, los Fusileros Reales Escoceses, los Fusileros Reales de Inniskilling, el Regimiento de Gloucestershire, el Regimiento de Dorset, el Regimiento de Fronteras y el Regimiento del duque de Wellington (West Riding).

Un hecho especialmente importante es que estas logias *no* habían sido autorizadas por carta por la Gran Logia de Inglaterra. Al contrario, su autorización había emanado de la Gran Logia de Irlanda, que ofrecía los «grados elevados» característicos de la masonería jacobita. Además, estas logias fueron autorizadas antes de 1745, cuando los «grados elevados» comenzaron a ser depurados de su orientación jacobita.

Al mismo tiempo, por supuesto, la masonería también se había establecido en los escalones más altos del mando y la administración militares, e incluía a algunas de las figuras más prominentes de la época. El duque de Cumberland, por ejemplo, hijo menor del Jorge II, era masón. Y también lo era, aparentemente, el general sir John Ligonier, el comandante militar más importante de Gran Bretaña de la década de 1740. Durante la rebelión jacobita de 1745, Ligonier estaba al mando del ejército británico en las Midlands. Un año más tarde fue trasladado al continente, donde tuvo un papel fundamental en las operaciones llevadas a cabo durante la guerra de Sucesión austríaca. Las exactas afiliaciones masónicas de Ligonier no han quedado establecidas de manera definitiva, pero su nombre aparece, ya en 1732, en la lista de suscriptores de la obra de James Anderson, junto a insignes masones de la época como Desaguliers, el conde de Abercorn y el conde de Dalkeith, los tres ex grandes maestres de la gran logia.

Entre los subordinados de Ligonier estaba el hombre que surgiría quizás como el jefe militar británico más importante de la época, el futuro lord Jeffrey Amherst, quien figurará en un lugar prominente en esta narración. Amherst fue asignado al 1.° Regimiento de Guardias de Infantería (actualmente los Guardias Granaderos) bajo el mando de Ligonier, de quien se convirtió en ayudante de campo. Antes de acometer empresas más importantes en territorio norteamericano, Amherst sirvió a las órdenes de Ligonier en el continente durante la guerra de Sucesión austríaca. En 1756, alcanzó el grado de teniente coronel del 15.° Regimiento de Infantería (más tarde Regimiento de East Yorkshire), donde la logia de campaña, fundada dos años antes, continuó funcionando bajo sus auspicios.[10] Posteriormente se convertiría en coronel del 3.° Regimiento de Infantería (los Buffs o Regimiento de East Kent) y el 60.° de Infantería (conocido entonces como Americanos Reales, luego como Cuerpo de Fusileros Reales del Rey y actualmente como los Chaquetas Verdes Reales). En ambas unidades, las logias de campaña se establecieron bajo su protección.[11]

El protector de Ahmerst —el hombre que pagó su misión— había sido un amigo de la familia, Lionel Sackville, primer duque de Dorset, un compañero del duque de Wharton, junto con quien se convirtió en caballero de la Jarretera en 1741. Sackville tenía dos hijos. El mayor, Charles, conde de Middlesex, fundó una logia masónica en Florencia en 1733.[12] En compañía de sir Francis Dashwood fundó también la Sociedad de Diletantes, que contaba con un nutrido grupo de miembros masones. Hacia 1751, tanto Dashwood como él eran miembros de un prominente séquito de masones relacionados con la corte de Frederick, príncipe de Gales, quien también era masón.[13]

El hijo menor de Sackville, George, se mostró igualmente activo en cuestiones de la masonería. Hacia 1746, era coronel del 20.º Regimiento de Infantería (más tarde Regimiento de Fusileros de Lancashire) y mostró un especial interés en la logia de campaña del regimiento, llegando incluso a convertirse en su maestre oficial.[14] Uno de sus dos custodios era el teniente coronel Edward Cornwallis (hermano mellizo de un posterior arzobispo de Canterbury), quien en 1750 fue nombrado gobernador de Nueva Escocia y fundó allí la primera logia. Entre los subordinados de Cornwallis se encontraba el joven capitán James Wolfe, quien ya se había labrado una sólida reputación por su audacia y brillantez a las órdenes del duque de Cumberland y luego de sir John Ligonier en el continente. Más tarde, por supuesto, trabajando estrechamente con Amherst, Wolfe tendría un papel decisivo en el curso de la historia norteamericana.

En 1751, mientras tanto, el propio George Sackville se había convertido en gran maestre de la Gran Logia irlandesa.[15] Ocho años más tarde, durante la guerra de los Siete Años, sería acusado de cobardía en la batalla de Minden, sometido a consejo de guerra y expulsado del ejército. Su amistad con Jorge III, sin embargo, le permitió conservar su estatus en los cargos gubernamentales. Hacia 1775, bajo el título de lord Germain, ocupó el cargo de secretario colonial. Y fue en calidad de tal como actuó en la guerra de la Independencia norteamericana.

Las guerras contra los franceses y los indios

Los acontecimientos posteriores no tardarían en unir a la masonería norteamericana y a la masonería del ejército británico en una escala sin precedentes hasta ese momento. Importantes contingentes de soldados regulares británicos, tanto oficiales como tropa, no tardaron en trabajar estrechamente con los colonos, entrenándoles en procedimientos y operaciones militares y, en este proceso, transmitiéndoles también otras cosas, nada menos que el cuerpo de la masonería de «grado elevado» (antiguamente jacobita). Y esta masonería sería la encargada de proporcionar un vehículo ideal para la clase de relación

afectiva y sentido de fraternidad que tienden a desarrollarse generalmente entre los camaradas de armas.

Con anterioridad, obviamente, se habían llevado a cabo operaciones militares en Norteamérica, donde los intereses británicos y franceses habían estado chocando desde comienzos del siglo XVIII. Durante la guerra de Sucesión española (1701-1714), un ataque conjunto hispano-francés sobre Charleston, en Carolina del Sur, fue repelido con éxito. También se producían escaramuzas a pequeña escala entre colonos franceses y británicos cerca de la frontera con Canadá, donde el territorio francés llamado Acadia fue capturado y rebautizado como Nueva Escocia. Un cuarto de siglo más tarde, durante la guerra de Sucesión austríaca (1740-1748), se reprodujeron las operaciones militares en territorio norteamericano, en esta ocasión a una escala ligeramente superior. En 1745, colonos procedentes de Nueva Inglaterra capturaron la fortaleza de Louisbourg, en Cape Breton Island, que protegía la entrada al río San Lorenzo. Nuevamente, sin embargo, las operaciones militares en Norteamérica eran periféricas, simples notas a pie de página a las importantes campañas que se llevaban a cabo en Europa. Incluían a un número extremadamente bajo de tropas regulares, oficiales relativamente bisoños y apenas superaban la categoría de escaramuzas.

En 1756, no obstante, estalló en Europa la guerra de los Siete Años; y esta vez las operaciones militares y navales a gran escala se extendieron mucho más, no sólo hasta Norteamérica, sino también hasta la India. Las tropas británicas se verían implicadas nuevamente en campañas en el continente, pero en cantidades relativamente modestas comparadas con las fuerzas de Francia, Austria y Prusia. El principal teatro de operaciones del ejército británico sería Norteamérica, y los ríos y bosques del Nuevo Mundo serían testigos de los choques entre ejércitos europeos altamente entrenados y equipados a una escala que habría resultado inconcebible medio siglo antes.

Entre 1745 y 1753, la población inglesa de Norteamérica había crecido notablemente y no sólo debido a la llegada de exiliados o refugiados jacobitas. Ya en 1754, Benjamin Franklin propuso un plan para la unión de todas las colonias, que fue rechazado por el gobierno británico. Pero si bien no se aceptó la centralización política, la organización, las comunicaciones y el comercio se desarrollaron rápidamente, y la necesidad de expandirse hacia el oeste se volvió cada vez más apremiante. Cuando los colonos de Virginia comenzaron a trasladarse hacia el valle del Ohio, en el oeste de Pennsylvania, sin embargo, amenazaron el eslabón entre el territorio francés en Canadá, en el San Lorenzo, y el territorio del Mississippi; y cuando un contingente de la milicia colonial, al mando del joven George Washington, fue enviado a la región para construir un fuerte, se desató una lucha a gran escala. Los primeros cuatro años de guerra estuvieron marcados por los desastres militares, algunos de ellos lo bastante serios como para que el eco de la conmoción retumbara en Inglaterra. En abril de 1755,

una columna británica —formada por soldados regulares y por miembros de la milicia colonial— al mando del general Edward Braddock fue emboscada por tropas francesas y sus aliados indios cerca de Fort Duquesne. La columna resultó prácticamente aniquilada, Braddock quedó mortalmente herido y Washington, su ayudante de campo, consiguió escapar por los pelos. A este desastre continuó una sucesión de reveses similares. Uno tras otro, fueron cayendo los fuertes británicos levantados en lo que hoy es el norte del estado de Nueva York, y un ataque general, masivo, al estilo europeo, fue lanzado para reconquistar Fort Ticonderoga. El ataque fue repelido por los franceses con terribles bajas entre las filas británicas y coloniales. Entre ellas estaban la del propio comandante, general James Abercrombie, y la de lord George Howe, uno de los oficiales jóvenes más prometedores del ejército británico. Antes de su muerte, Howe había sido uno de los principales innovadores en la clase de guerra irregular que comenzaba a caracterizar las operaciones en Norteamérica. Junto con Amherst y Wolfe, Howe fue una pieza fundamental en la adaptación del ejército de las rígidas maniobras en los campos de batalla europeos a las tácticas más flexibles y modernas dictadas por los ríos y bosques de las regiones donde ahora debían combatir.

Según un destacado historiador militar:

> [Howe] se despojó de todo el entrenamiento y los prejuicios del patio del cuartel, se unió a los irregulares en sus patrullas de exploración… y adoptó la vestimenta de sus duros acompañantes y se convirtió en uno de ellos. Por lo tanto, después de haberse instruido, comenzó a impartir las lecciones que había aprendido… Eliminó las diferencias entre soldados y oficiales… se deshizo de todas las cargas inútiles: cortó los faldones de las chaquetas y el pelo de sus cabezas, oscureció los cañones de sus mosquetes, envolvió las piernas con polainas para protegerlas de la espesura y llenó los espacios vacíos de sus mochilas con 12 kilos de alimentos para que tuviesen autonomía durante varias semanas…[16]

La muerte de Howe en Ticonderoga privó al ejército británico de una de sus figuras más imaginativas, audaces e inteligentes, un hombre que exhibía el potencial de un gran comandante. Pero la derrota en Fort Ticonderoga sería el último revés serio que sufrirían las fuerzas británicas en la guerra. En Inglaterra, William Pitt, más tarde conde de Chatham, se había convertido en secretario de estado y embarcado en una masiva reorganización del ejército y la Marina Real. Los oficiales anticuados, doctrinarios y obstinados fueron dados de baja, degradados o ignorados, y los mandos fueron otorgados a un grupo de hombres más jóvenes, dinámicos, innovadores y flexibles. En Norteamérica, los más importantes de estos oficiales eran James Wolfe, que entonces contaba treinta y un años, y Amherst, diez años mayor, quien, por recomendación de su antiguo superior, sir John Ligonier, fue nom-

brado general de división y comandante en jefe. Entre los subordinados más destacados de Wolfe y Amherst estaban Thomas Desaguliers, hijo del distinguido masón, y William Howe, hermano menor de George y, más tarde, uno de los protagonistas de la guerra de la Independencia norteamericana.[17]

Como comandante en jefe, Amherst estaba mejor situado de lo que había estado lord George Howe para introducir nuevas técnicas y tácticas en el ejército. Amherst adoptó las innovaciones de Howe y creó otras: regimientos de fusileros o tiradores de primera vestidos de verde, unidades de comandos para operaciones de exploración y guerrilla, infantería ligera. Un regimiento de infantería ligera, destinado específicamente a patrullas de reconocimiento y ataques relámpago, vestía chaquetas marrones sin faldones, cordones o adornos de ninguna clase. Algunas tropas vestían incluso como los indios.

Un grupo de oficiales coloniales aprendieron su oficio con Amherst, oficiales que más tarde se distinguirían durante la guerra de la Independencia. Gracias a Amherst hombres como Charles Lee, Israel Putnam, Ethan Allen, Benedict Arnold y Philip John Schuyler adquirieron tanto la disciplina del soldado profesional como las tácticas adaptadas específicamente a la guerra que se libraba en Norteamérica. Y aunque para entonces Washington ya había renunciado a su cometido, él también conocía a Amherst y había sido profundamente influido por sus enseñanzas.

En julio de 1758, Amherst y su séquito de dotados y jóvenes subordinados reconquistaron Louisbourg, que había sido tomada inicialmente durante la guerra de Sucesión austríaca y luego perdida. Tres meses y medio más tarde, otra columna británica capturó Fort Duquesne, lo demolió hasta sus cimientos y luego lo reconstruyó como Fort Pitt, donde hoy está Pittsburgh. Durante el año siguiente, Amherst avanzó hacia el norte del estado de Nueva York, capturando un fuerte tras otro, incluido Ticonderoga. En septiembre de 1759, Wolfe, con William Howe al mando de la columna avanzada, realizó una de las proezas más audaces en la historia militar, remontando el río San Lorenzo en barco y escalando luego los escarpados riscos de los Altos de Abraham, en la parte exterior de la ciudadela de Quebec, con 4.000 hombres. En la batalla posterior, tanto Wolfe como el comandante francés, el marqués de Montcalm, perdieron la vida, pero ahora las tornas habían cambiado. Las operaciones esporádicas se prolongaron durante un año más; luego, en septiembre de 1760, Montreal, sitiada por Amherst y William Howe, capituló y Francia cedió a Gran Bretaña sus colonias en Norteamérica.

La afluencia de tropas regulares británicas a Norteamérica llegó acompañada de una afluencia de masonería, particularmente la clase de masonería de «grado elevado» aprobada por la Gran Logia irlandesa. De los diecinueve regimientos de línea bajo el mando de Amherst, al menos trece contaban con logias de campaña practican

tes.[18] El teniente coronel John Young —que mandaba un regimiento del 60.º de Infantería, uno de los regimientos que estaban bajo el coronelato personal de Amherst, tanto en Louisbourg como en Quebec— había sido nombrado en 1736 gran maestre asistente de la Gran Logia de Escocia por sir William St. Clair de Rosslyn.[19] En 1757 se había convertido en gran maestre provincial para todas las logias escocesas en Norteamérica y las Indias Occidentales. En 1761 a Young le sucedió en el 60.º de Infantería el teniente coronel (más tarde general de división) Augustine Prevost. Aquel mismo año, Prevost se convirtió en gran maestre de todas las logias en el ejército británico autorizadas por otro cuerpo masónico, el Antiguo y Aceptado Rito Escocés.[20]

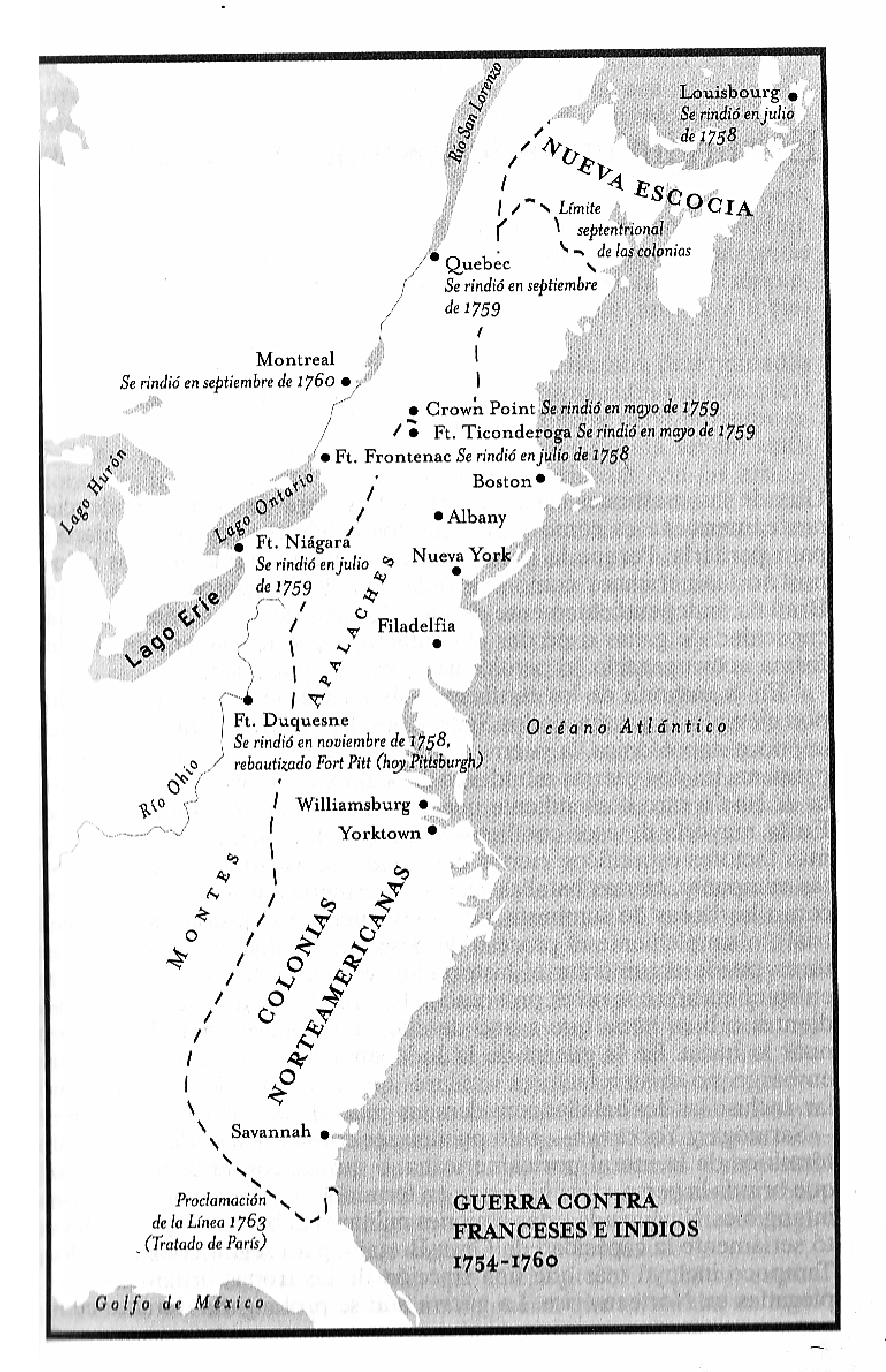
En 1756, un tal coronel Richard Gridley fue autorizado «a congregar a todos los masones libres y aceptados en la expedición contra Crown Point [más tarde capturado por Amherst] y formarlos en una o más logias».[21] Cuando Louisbourg cayó en 1758, Gridley formó allí otra logia. En noviembre de 1759, dos meses después de que Wolfe capturase Quebec, las seis logias de campaña de las tropas que ocupaban la ciudadela concertaron una reunión. Allí se decidió que considerando «que había tantas logias en la guarnición de Quebec», deberían constituirse en una gran logia y elegir un gran maestre.[22] En consecuencia, el teniente John Guinet del 47.º de Infantería (más tarde Regimiento de Lancashire) fue elegido gran maestre de la provincia de Quebec. Un año más tarde le sucedió en el cargo el coronel Simon Fraser, comandante del 78.º de Infantería, los Fraser Highlanders.[23] Fraser, cabe señalar como dato significativo, era el hijo de lord Lovat, quien, como prominente jacobita, había tenido una actuación relevante en la rebelión de 1745 y adquirido la dudosa distinción de ser el último hombre ejecutado en Tower Hill. En 1761, Simon Fraser fue reemplazado como gran maestre provincial de Quebec por Thomas Span del 17.º de Infantería. A Span le sucedió en 1762 el capitán Milborne West del mismo regimiento, y West se convirtió en 1746 en gran maestre provincial para todo Canadá.

Uno de los aspectos más interesantes de toda esta historia es el rango comparativamente inferior, los antecedentes sencillos y la oscuridad general de los hombres que ocupaban esos eminentes cargos. La mayoría de ellos no eran aristócratas, nunca alcanzaron puestos públicos de relevancia, nunca progresaron de manera sobresaliente en el ejército. Eran básicamente «soldados corrientes». A partir de las designaciones del teniente Guinet y el capitán West se puede descubrir algo acerca de la forma en que funcionaban las logias de campaña creadas en los regimientos británicos, cómo impregnaban toda la cadena de mando y por qué disfrutaban de ese elevado grado de popularidad. Un oficial subalterno como el teniente Guinet habría estado en contacto diario con la tropa, cuyos miembros, dentro del marco general de la logia, le habrían tratado como a un igual. Al mismo tiempo, como gran maestre provincial de Quebec, habría ejercido su autori

dad sobre oficiales que, dentro de la jerarquía militar, ocupaban un rango muy superior al suyo. Por lo tanto, las logias de campaña crearon una fluidez de relaciones interpersonales y comunicaciones que, dentro del contexto de la época, constituyó un fenómeno social extraordinario y probablemente único.

No es extraño que la masonería predominante en el ejército de Amherst se transmitiese a los oficiales coloniales y a las unidades que mandaban. Los comandantes y el personal norteamericanos aprovechaban cualquier oportunidad para convertirse no sólo en camaradas de armas, sino también en compañeros masones. De este modo, se forjaron vínculos fraternales entre las tropas regulares británicas y sus colegas coloniales. Las logias proliferaron, los rangos y títulos masónicos eran conferidos como medallas o como ascensos. Hombres como Israel Putnam, Benedict Arnold, Joseph Frye, Hugh Mercer, John Nixon, David Wooster y, por supuesto, el propio Washington no sólo consiguieron sus espuelas militares. También fueron iniciados en la masonería, si no eran ya miembros de la hermandad.[24] E incluso aquellos que no se convirtieron en masones practicantes estaban expuestos continuamente a la influencia de la masonería, que se volcó sobre el ejército británico para fundirse con las logias bisoñas que ya se habían establecido en las colonias. Por este medio, la masonería llegaría a impregnar toda la administración, la sociedad y la cultura coloniales.

Pero no fue sólo la masonería en sí misma y tampoco solamente sus ritos, ceremonias, tradiciones, oportunidades y beneficios. Fue también un ambiente, una mentalidad, una jerarquía de actitudes y valores para los que la masonería proporcionó un vehículo particularmente eficaz. La masonería de la época era un depositario de un idealismo potente e imaginativamente excitante, que era capaz de propagar de una manera absolutamente única. La mayoría de los colonos no había leído a Locke, Hume, Voltaire, Diderot o Rousseau, y otro tanto podía decirse de la mayoría de los soldados británicos. A través de las logias, sin embargo, las corrientes de pensamiento asociadas a esos filósofos se volvieron universalmente accesibles. Y fue fundamentalmente a través de estas logias como los colonos «corrientes» se enteraron de la existencia de esa excelsa premisa llamada «los derechos del hombre». Y fue a través de las logias como aprendieron el concepto de la perfectibilidad de la sociedad. Y el Nuevo Mundo parecía ofrecer una especie de tabula rasa, una especie de laboratorio en donde era posible llevar a cabo el experimento social y donde se podían aplicar en la práctica los principios venerados por la masonería.



Louisbourg
Se rindió en julio de 1758
Río San Lorenzo
NUEVA ESCOCIA
Límite septentrional de las colonias
Quebec
Se rindió en septiembre de 1759
Montreal
Se rindió en septiembre de 1760
Crown Point Se rindió en mayo de 1759
Ft. Ticonderoga Se rindió en mayo de 1759
Ft. Frontenac Se rindió en julio de 1758
Boston
Lago Hurón
Lago Ontario
Albany
Ft. Niágara
Se rindió en julio de 1759
Nueva York
Lago Erie
APALACHES
Filadelfia
Ft. Duquesne
Se rindió en noviembre de 1758, rebautizado Fort Pitt (hoy Pittsburgh)
Océano Atlántico
Río Ohio
Williamsburg
Yorktown
MONTES
COLONIAS NORTEAMERICANAS
Savannah
Proclamación de la Línea 1763 (Tratado de París)
GUERRA CONTRA FRANCESES E INDIOS 1754-1760
Golfo de México

16

El surgimiento de los líderes masónicos

Una de las cuestiones clave acerca de la guerra de la Independencia norteamericana es cómo y por qué los británicos se las ingeniaron para perderla. Porque la guerra no fue «ganada» tanto por los colonos norteamericanos como «perdida» por los británicos. Sólo Gran Bretaña, independientemente de los esfuerzos de los colonos, tenía la capacidad de ganar o perder el conflicto; y por no haber elegido de forma activa ganarlo, lo perdió más o menos por abandono.

En la mayoría de los conflictos —la guerra de Sucesión española, por ejemplo, la guerra de los Siete Años, las guerras libradas durante la época napoleónica, la guerra civil norteamericana, la guerra franco-prusiana, las dos guerras mundiales del siglo XX— la victoria o la derrota de uno u otro contendiente puede explicarse en términos militares. En la mayoría de esos conflictos, el historiador puede señalar uno o más factores específicos: ciertas decisiones tácticas o estratégicas, ciertas campañas, ciertas batallas, ciertas consideraciones logísticas (tales como las líneas de suministros o el volumen de la producción industrial), o simplemente el proceso de desgaste. Cualquiera de estos factores, puede argumentar el historiador, ya sea de forma individual o en combinación con otros, provocaba el derrumbe de uno de los contendientes o bien hacía que a uno de ellos le resultase imposible continuar la lucha. En la guerra de la Independencia norteamericana, sin embargo, no existen factores similares que el historiador pueda señalar. Incluso las dos batallas consideradas generalmente como «decisivas» —Saratoga y Yorktown— sólo pueden ser consideradas «decisivas» en términos de la moral norteamericana, o quizás, con el conocimiento que brinda la perspectiva histórica, en términos de «divisorias de aguas» intangibles. Ninguna de estas acciones militares debilitó o siquiera afectó seriamente la capacidad de Gran Bretaña para seguir combatiendo. Tampoco incluyó más que una fracción de las tropas británicas desplegadas en Norteamérica. La guerra aún se prolongaría durante cua-

tro años después de la batalla de Saratoga, un lapso durante el cual la derrota de las fuerzas británicas fue compensada por una serie de victorias. Y cuando Cornwallis se rindió en Yorktown, el grueso de las fuerzas británicas en Norteamérica aún estaba intacto, aún estaba bien situado para continuar las operaciones en otros lugares, aún disfrutaba de una posición ventajosa en términos de estrategia y número de efectivos. En la guerra de la Independencia norteamericana no se produjo ninguna victoria decisiva comparable a Waterloo, ningún «punto de inflexión» inevitable comparable a Gettysburg. Parece como si simplemente todos se hubiesen cansado, aburrido, perdido el interés y hubieran decidido liar el petate y regresar a casa.

En los libros de texto de historia norteamericanos, determinadas explicaciones estándares son presentadas de forma rutinaria como explicaciones militares para la derrota británica. Ello se debe, por supuesto, a que ninguna de esas explicaciones militares llega a ser un testimonio de la destreza de las fuerzas norteamericanas con las armas. Así, por ejemplo, a menudo se sugiere, cuando no se afirma de forma categórica, que toda la Norteamérica colonial se había levantado en armas, enfrentando a Gran Bretaña con un continente hostil formado contra ella; una situación similar a la de la invasión de Rusia por los ejércitos de Napoleón o Hitler, con todo un pueblo unido para repeler al agresor. Con mayor frecuencia aún, se afirma que el ejército británico se encontraba fuera de su elemento en las regiones salvajes de Norteamérica, no estaba entrenado para ello y no se adaptaba a la clase de lucha de guerrilla irregular empleada por los colonos y dictada por las características especiales del terreno. Y también se sostiene generalmente que los comandantes británicos eran incompetentes, ineptos, ociosos, corruptos, y que eran superados en su planificación y su capacidad de maniobra. Merece la pena estudiar cada una de estas afirmaciones de forma individual.

En realidad, el ejército británico no se vio enfrentado por un continente o un pueblo fervorosamente unido contra él. De los treinta y siete periódicos que se publicaban en las colonias en 1775, veintitrés estaban a favor de la rebelión, siete eran leales a Gran Bretaña y los siete restantes eran neutrales o imparciales. Si esta situación puede tomarse como reflejo de las actitudes del pueblo, un 38 por ciento no estaba preparado para apoyar la independencia de las colonias. De hecho, un número importante de colonos siguió vinculado activamente a lo que ellos consideraban como la madre patria. Estos colonos espiaban y proporcionaban información, alojamiento y suministros a las tropas británicas. Muchos de ellos cogieron las armas y sirvieron en campaña, junto a las unidades regulares británicas, contra sus vecinos colonos. En el curso de la guerra hubo no menos de catorce regimientos de «lealistas» alineados con el ejército británico.

Tampoco es defendible afirmar que el ejército británico no estaba preparado ni entrenado para la clase de guerra que se libraba en Nor

teamérica. En primer lugar, y contrariamente a las impresiones populares, la mayor parte de las campañas del conflicto no incluyeron combates irregulares. La mayoría de ellas estuvieron caracterizadas por batallas y sitios planificados precisamente de la manera en que se libraban en Europa, precisamente la clase en la que el ejército británico y los mercenarios alemanes enrolados en sus filas destacaban notablemente. Pero incluso cuando se hizo presente la guerra irregular, las tropas británicas no estuvieron en desventaja. Como ya hemos visto, Amherst, Wolfe y sus subordinados, sólo veinte años antes, habían empleado precisamente esa clase de guerra para arrebatar a Francia sus colonias en suelo norteamericano. De hecho, el ejército británico había sido pionero en la clase de lucha dictada a veces por ríos y bosques en los que las técnicas y las formaciones del campo de batalla europeo estaban completamente fuera de lugar. Es posible que las tropas de mercenarios alemanes hayan sido vulnerables a esas tácticas, pero unidades británicas como el 60.º de Infantería —el antiguo regimiento de fusileros de Amherst— podían superar (y a menudo superaron) a los colonos en su propio juego, un juego que, después de todo, la mayoría de los jefes militares coloniales habían aprendido de comandantes *británicos*.

Resta la acusación de incompetencia e ineptitud por parte de los comandantes británicos. En lo que concierne a uno de esos comandantes —sir John Burgoyne— la acusación es probablemente válida. Sin embargo, en cuanto a los tres comandantes principales —sir William Howe, sir Henry Clinton y lord Charles Cornwallis— la acusación es infundada. De hecho, Howe, Clinton y Cornwallis eran tan competentes como sus homólogos norteamericanos. Los tres sumaron más victorias que derrotas contra los colonos, y victorias mucho más importantes. Los tres ya habían demostrado previamente su destreza y tendrían ocasión de volver a hacerlo. Howe, en particular, había desempeñado un papel crucial en la guerra contra los franceses hacía veinte años; había aprendido las tácticas irregulares de su hermano muerto en Ticonderoga, había servido a las órdenes de Amherst en Louisburg y Montreal, había dirigido las tropas de Wolfe hacia los Altos de Abraham, en Quebec. Y, entre 1722 y 1774, fue responsable de la introducción de compañías de infantería ligera en los regimientos de línea. Clinton había nacido en Terranova, se había criado en Terranova y Nueva York, había servido en la milicia de Nueva York antes de unirse a la Guardia de Infantería y entrar en acción en el continente, donde su ascenso en la jerarquía militar ha sido descrito como «meteórico». Cornwallis también se distinguió durante la guerra de los Siete Años. Más tarde, durante la lucha librada en Mysore, conseguiría una serie de victorias que aseguraron a Gran Bretaña el control sobre el sur de la India y, en el proceso, actuaría como mentor del joven sir Arthur Wellesley, más tarde duque de Wellington. Y durante la rebelión de 1798 en

Irlanda. Cornwallis demostró ser no sólo un avezado estratega, sino también un hombre sabio y humanitario que debía estar controlando de forma permanente la excesiva brutalidad de sus subordinados. Estos hombres no eran precisamente comandantes ineptos o incompetentes.

Pero si el alto mando británico durante la guerra de la Independencia norteamericana no era incompetente o inepto, sí se mostró extrañamente dilatorio, apático, inconexo e incluso torpe hasta extremos que nunca han sido explicados satisfactoriamente por los historiadores. Se ignoraron algunas oportunidades que habrían sido aprovechadas por hombres mucho menos preparados y eficientes. Las operaciones se llevaron a cabo con un aire casi sonámbulo, indiferente. La guerra, en pocas palabras, no se desarrolló con la clase de crueldad que se requiere para alcanzar la victoria, la clase de crueldad exhibida por esos mismos comandantes cuando se enfrentaron a adversarios que no eran los colonos norteamericanos.

En realidad, Gran Bretaña no perdió la guerra en Norteamérica por razones militares en absoluto. La guerra se perdió a causa de factores completamente diferentes. Fue una guerra profundamente impopular, muy parecida a la guerra que libraría Estados Unidos en Vietnam dos siglos más tarde. Fue impopular para la opinión pública británica, para la mayor parte del gobierno británico y para, prácticamente, todo el personal militar británico directamente involucrado en ella: soldados, oficiales y comandantes. Tanto Clinton como Cornwallis lucharon bajo coacción y con extremada desgana. Howe se mostró incluso más obstinado, expresando en numerosas ocasiones su ira, su infortunio y su frustración por el mando que le habían cargado. Su hermano, el almirante Howe, se sentía de la misma manera. Los colonos, declaró, eran «el pueblo más oprimido y miserable de la tierra».[2]

La posición de Amherst era todavía más agresiva. Cuando estallaron las hostilidades, Amherst tenía cincuenta y nueve años, o sea, quince años más que Washington, doce años más que Howe, pero aún era perfectamente capaz de dirigir las operaciones militares. Después de los éxitos conseguidos en la guerra de los Siete Años, había sido nombrado gobernador de Virginia y había continuado desarrollando sus habilidades en la guerra irregular durante la rebelión india encabezada por el jefe Pontiac. Cuando se inició la guerra por la Independencia norteamericana, era comandante en jefe del ejército británico y había estado luchando contra la burocracia y el aburrimiento de su «trabajo de escritorio». Si Amherst hubiese asumido el mando en Norteamérica, y (junto con su antiguo subordinado, Howe) combatido con el mismo vigor que había demostrado contra los franceses veinte años antes, los acontecimientos habrían tenido un resultado completamente diferente. Pero Amherst exhibía el mismo desagrado que aquellos que comenzaban a regañadientes las campañas militares de la guerra:

y su rango superior le permitía el lujo de la negativa. El primer ofrecimiento se produjo en 1776 y Amherst lo rechazó. En enero de 1778 fue tentado nuevamente. En esta ocasión, ni siquiera se dignó a responder. El rey, Jorge III, de hecho, le nombró comandante en jefe en Norteamérica y le ordenó que tomase las riendas de la guerra que se estaba librando en las colonias. Amenazando con dimitir, Amherst desobedeció la orden directa del rey. Los intentos realizados por miembros del gobierno para disuadirle de su actitud resultaron igualmente vanos.

Para Amherst, para Howe, para la mayoría del resto de los comandantes británicos, igual que para la opinión pública británica, la guerra de la Independencia norteamericana era una especie de guerra civil. En efecto, los comandantes británicos se encontraron, para su propia frustración, enfrentados a unos adversarios a los que sólo podían ver como compatriotas ingleses, unidos a ellos a menudo no sólo por lengua, herencia, costumbres y actitudes, sino también, en muchos casos, por auténticos lazos familiares. Pero había incluso mucho más que eso. Como hemos visto, en la Inglaterra del siglo XVIII la masonería era una red que invadía todos los ámbitos de la sociedad y, particularmente, a las clases instruidas: los profesionales, los funcionarios y administradores públicos, los educadores, los hombres que conformaban y determinaban la opinión pública. También engendró un clima cultural y psicológico general, una atmósfera que impregnó la mentalidad de la época. Y este fenómeno fue especialmente evidente en la esfera militar, donde las logias de campaña constituían una estructura cohesiva que unía a los hombres con sus unidades, con sus comandantes y entre ellos. Y fue incluso más evidente entre los «soldados corrientes», quienes carecían de los lazos de clase y familia que caracterizaban a la clase de los oficiales. Durante la guerra de la Independencia norteamericana, la mayor parte del personal militar implicado en la lucha, comandantes y soldados de ambos bandos, eran masones practicantes o bien estaban versados en los valores y actitudes de la masonería. La absoluta preeminencia de las logias de campaña aseguraba que incluso aquellos que no eran masones estuviesen expuestos permanentemente a los ideales de la institución. No podía dejar de ser evidente que muchos de esos ideales estaban encarnados por aquello por lo que luchaban los colonos. Los principios en nombre de los cuales los colonos declararon y luego lucharon por la independencia eran —incidentalmente, quizás, pero firmemente— masónicos. Y, en consecuencia, para el alto mando británico, como así también para la tropa, ellos no solamente estaban embarcados en una guerra contra sus compañeros ingleses, sino también contra sus hermanos masones. En esas circunstancias, a menudo resultaba muy difícil mostrar crueldad. Esto no significa sugerir, por supuesto, que los comandantes británicos fuesen culpables de traición. Después de todo, eran soldados profesionales y estaban preparados, no importa con qué desgana, para

cumplir con su deber. Pero se afanaban por definir su deber lo más estrechamente que les fuese posible, y por no hacer nada más.

La influencia de las logias de campaña

No existen, lamentablemente, registros, listas de miembros u otras formas de documentación para establecer de manera definitiva quiénes eran masones practicantes entre los componentes del alto mando británico. Por regla general, la mayoría de los militares eran iniciados en las logias de campaña y éstas eran célebres por su escasa tendencia a conservar registros y a devolver esos registros a su logia madre. Una vez aprobada o autorizada por carta, una logia de campaña tendía habitualmente a perder contacto con su cuerpo patrocinador. Esto era especialmente cierto en el caso de las logias autorizadas por la Gran Logia irlandesa, que ya tenía suficientes problemas con sus propios documentos; y fue la Gran Logia irlandesa, como hemos visto, la que autorizó el establecimiento de las primeras logias de campaña. En algunos casos, asimismo, las logias de campaña autorizaron la creación de otras logias similares, y la logia madre original nunca era informada de este hecho. Y cuando los regimientos eran disueltos o se unían con otros, las logias de campaña emigraban, cambiaban o se trasplantaban, obteniendo en algunas ocasiones nuevas autorizaciones de parte de diferentes cuerpos patrocinadores. Incluso fuera de la esfera militar, la documentación era con frecuencia notablemente escasa. Se sabe que los tres hermanos de Jorge III, por ejemplo, eran masones; uno de ellos, el duque de Cumberland, finalmente llegó a ser gran maestre de la Gran Logia inglesa. No obstante, sólo existen documentos sobre la iniciación del duque de Gloucester, el 16 de febrero de 1766.[2] No hay ningún indicio de cuándo, dónde o por quién el duque de York, quien a la sazón ya era masón, fue iniciado, aunque un historiador dice simplemente que fue «iniciado en el extranjero».[3] Si los datos son tan azarosos y erráticos en el caso de un príncipe, mucho más en el caso de los comandantes militares.

Por lo tanto, no debe sorprendernos que no pueda determinarse si Howe, Cornwallis y Clinton eran realmente masones practicantes. Hay, no obstante, abundantes razones para concluir que lo eran. De los cuatro regimientos en los que sirvió Howe antes de llegar a ser oficial general, tres tenían logias de campaña; y, ya como coronel, habría tenido que tolerar, cuando no presidir, sus actividades. Además, como ya hemos visto, Howe sirvió a las órdenes de Amherst y Wolfe en las filas de un ejército donde la masonería estaba extendida por todas partes. Durante la guerra de la Independencia norteamericana, sus declaraciones y actitudes coincidían precisamente con las expresadas por conocidos masones. Y de los treinta y un regimientos de línea bajo su mando en Norteamérica, veintinueve de ellos tenían logias de campa-

ña.[4] Aun cuando el propio Howe no fuese masón, no habría tenido más alternativa que absorber algo del ideario de la masonería.

Y lo mismo se puede aplicar en el caso de Cornwallis, quien tenía una estrecha relación con Howe. Cornwallis sirvió en dos regimientos antes de ascender a oficial general y fue coronel de uno de ellos. Ambos tenían logias de campaña. Como hemos visto, el tío de Cornwallis, Edward, quien posteriormente sería teniente general, había sido designado gobernador de Nueva Escocia y, en 1750, fundó allí una logia. Y, de hecho, durante los siglos XVIII y XIX toda la familia Cornwallis fue una de las más importantes dentro de la masonería inglesa.

En el caso de Clinton, las evidencias resultan un tanto más ambiguas. Antes de alcanzar el grado de oficial general no sirvió en ningún regimiento de línea, sino en la Guardia de Infantería, un cuerpo que no tuvo logias de campaña hasta un tiempo más tarde. Por otra parte, durante la guerra de los Siete Años fue ayudante de campo de Ferdinand, duque de Brunswick, uno de los masones más activos e influyentes de la época. Ferdinand había sido iniciado en Berlín en 1740. En 1770 se convirtió en gran maestre provincial, bajo los auspicios de la Gran Logia inglesa, para el ducado de Brunswick. Un año más tarde se unió a la Estricta Observancia. En 1776, junto con el príncipe Karl de Hesse, fundó una prestigiosa logia en Hamburgo. En 1782, promovió el Convento de Wilhelmsbad, un importante congreso de toda la masonería europea. Como ayudante de campo de Ferdinand, Clinton habría estado sin duda expuesto a la masonería y sus ideales. Existe, además, un documento referido a un festival del «día de san Juan» celebrado por el maestre y la hermandad de la Logia N.º 210 el 25 de junio de 1781, cuando el ejército británico ocupaba Nueva York. Según este documento, se hicieron diversos brindis:

> Por el rey y la masonería,
> la reina… con las esposas de los masones
> sir Henry Clinton y todos los masones leales
> el almirante Arbuthnot… y todos los masones afligidos
> los generales Knyphausen y Reidesel… y los hermanos visitantes
> lord Cornwallis y Rawdon… con la Antigua Fraternidad.[5]

En consecuencia, la masonería invadió tanto el ejército británico como las colonias rebeldes del Nuevo Mundo. En este punto debemos hacer hincapié, sin embargo, en que la prueba que reseñamos a continuación *no* da testimonio de ninguna clase de «conspiración masónica» organizada y coherente. La mayoría de los historiadores de la guerra de la Independencia norteamericana, en lo que a la masonería se refiere, han tendido a caer en uno de los dos campos. Algunos escritores marginales, por ejemplo, han procurado describir la guerra exclusivamente como un «acontecimiento masónico», un movimiento impulsado, orquestado y dirigido por facciones de masones de acuerdo con

un gran designio cuidadosamente calculado. Esos escritores citan a menudo largas listas de masones, lo que sólo demuestra que disponen de largas listas de masones que citar y, de hecho, no hay escasez precisamente de esa clase de listas. Por otra parte, la mayoría de los historiadores convencionales evitan por completo el aspecto masónico del conflicto. Filósofos como Hume, Locke, Adam Smith y los *philosophes* franceses son citados con regularidad; pero se descuida el ambiente masónico que allanó el camino para esos pensadores, que actuó como una suerte de líquido amniótico para sus ideas y que dotó a esas ideas de su aceptación popular.

De hecho, no existió ninguna conspiración masónica. De los cincuenta y seis signatarios de la Declaración de Independencia, sólo nueve de ellos pueden ser identificados definitivamente como masones, aunque es posible que otros diez también lo hayan sido. De los oficiales generales en las filas del Ejército Continental había treinta y tres masones de un total de setenta y cuatro, según lo que se desprende de la documentación disponible.[6] Los masones conocidos fueron, por regla general, más destacados, más útiles para conformar el curso de los acontecimientos que sus colegas no afiliados a la masonería. Pero ni siquiera ellos estaban trabajando en ninguna especie de acuerdo en función de ninguna clase de gran conspiración concertada previamente. Para ellos, tal cosa habría resultado prácticamente imposible. El movimiento que culminó en la independencia norteamericana fue, en efecto, un ejercicio de improvisación progresivo y constante, y se llevó a cabo dentro de lo que hoy se llamaría una especie de «control de daños» *ad hoc*. Los *faits accomplis* inesperados tuvieron que ser afrontados, aceptados, contenidos y aprovechados paso a paso, hasta que el siguiente *fait accompli* dictase una nueva secuencia de adaptaciones y ajustes improvisados. En este proceso, la masonería tendió, en líneas generales, a actuar como una influencia moderadora y restringente. En 1775, por ejemplo, un grupo de militantes radicales ya estaban promoviendo una ruptura total de los lazos con Gran Bretaña. Como masón, sin embargo, el general Joseph Warren, que posteriormente sería comandante de las tropas coloniales en Bunker Hill, hacía declaraciones que anticipaban las que hoy hacen los unionistas del Ulster, que él desafiaba al Parlamento, pero permanecía fiel a la corona. Washington mantenía precisamente la misma posición; e incluso en diciembre de 1777, un año *después* de la Declaración de la Independencia, Franklin estaba dispuesto a renunciar a todas las ideas de independencia si se solucionaba la penosa situación que había precipitado la guerra.[7] Por lo tanto, resulta tan absurdo hablar de «conspiraciones masónicas» como descartar por completo la participación de la masonería. Por último, las corrientes de pensamiento propagadas por la masonería demostrarían ser más cruciales e influyentes que la propia masonería. La república que surgió de la guerra no era, en ningún sentido literal, una «república masónica», es decir, no era en abso-

luto una república creada por masones, para masones y según los ideales masónicos. Pero incluía estos ideales; estaba profundamente influida por estos ideales; y le debía a esos ideales mucho más de lo que generalmente se acepta o se reconoce. Como ha escrito un historiador masón,

> ... la masonería ha ejercido una influencia en el establecimiento y el desarrollo de este [el norteamericano] gobierno mayor que cualquier otra institución. Ni los historiadores generales ni los miembros de la fraternidad desde los días de las primeras convenciones constitucionales han comprendido cuánto le debe Estados Unidos a la masonería, y qué papel tan importante cumplió en el nacimiento de la nación y en el establecimiento de los hitos de esa civilización...[8]

17

La resistencia a Gran Bretaña

Como hemos visto, la forma «ortodoxa» u «oficial» de masonería inglesa, ejemplificada por la gran logia, ofrecía a lo sumo solamente los tres primeros grados del «oficio». Los llamados «grados elevados», en la medida en que pueden ser determinados, fueron inicialmente privativos de la antigua masonería jacobita. La masonería de «grado elevado» no se extinguió después de la rebelión de 1745. Simplemente perdió su orientación específicamente jacobita y política y continuó funcionando. Depurada de su afiliación a los Estuardo, dejó de ser percibida como subversiva por la gran logia, que comenzó a asignar un reconocimiento oficial a los «grados elevados», si bien con reticencias. Pronto se volvió cada vez más respetable para los ingleses leales, honrados y con conciencia cívica —a través de un estudio especializado— el hecho de trabajar para «grados elevados» como el Mark Degree, el Royal Arch o el Royal Ark Mariner. Y lo hacían bajo una amplia variedad de auspicios, incluyendo la Gran Logia de Irlanda, la Gran Logia de Escocia y la Estricta Observancia creada por el barón von Hund. Como hemos visto, fue Hund quien, por primera vez, al menos en lo que a los documentos públicos se refiere, reclamó para la masonería una herencia templaria.

Antes de la guerra de los Siete Años (o guerra franco-india), la mayor parte de la masonería radicada en Norteamérica era ortodoxa y pro hanoveriana, autorizada por la gran logia. Durante la guerra de los Siete Años, sin embargo, la masonería de «grado elevado», a través de las logias de campaña creadas en los regimientos del ejército británico, fue trasplantada a gran escala a las colonias establecidas en Norteamérica, donde echaron raíces rápidamente. Boston —el suelo del que brotaría la revolución norteamericana— ejemplifica el proceso de trasplante y las fricciones que a veces se derivaron del mismo.

La Logia de St. Andrew de Boston

La masonería había iniciado su camino en Massachusetts en 1733, cuando Henry Price, actuando con la autoridad que le confería la Gran Logia de Inglaterra, se convirtió en gran maestre de la propia Gran Logia Provincial de Massachusetts, la de St. John. Su gran maestre asistente, como hemos visto, era Andrew Belcher, hijo del gobernador provincial. Hacia 1750, había otras dos logias establecidas en Boston. Las dos y su logia madre, St. John, se reunían en una taberna llamada *Bunch of Grapes*,* en la esquina de lo que hoy son las calles de State y Kilby; y los regimientos británicos con autorizaciones de la gran logia también se reunían en ese local. Con posterioridad, St. John autorizaría la creación de más de cuarenta logias bajo su protección. Entretanto, en 1743, la Gran Logia de Inglaterra había nombrado a un distinguido comerciante de Boston, un tal Thomas Oxnard, gran maestre provincial de Norteamérica.[1] Por lo tanto, Boston se convirtió, efectivamente, en la capital masónica de las colonias transatlánticas de Gran Bretaña.

Pero en 1752 se descubrió que una logia «irregular», que no contaba con una autorización oficial, estaba operando en otra taberna, el *Green Dragon*, rebautizada en 1764 como *Freemason's Hall*. Cuando los escandalizados miembros de St. John se quejaron, la logia «irregular» solicitó la autorización correspondiente, pero no de la Gran Logia de Inglaterra, sino de la Gran Logia de Escocia, que ofrecía «grados elevados». La autorización no se haría efectiva hasta 1756, cuando tropas británicas y sus logias de campaña, autorizadas por carta tanto por la Gran Logia escocesa como irlandesa, comenzaron a llegar a Norteamérica. La logia «irregular» fue autorizada entonces bajo el nombre de St. Andrew.[2] Pronto, sin embargo, comenzó a autorizar la fundación de nuevas logias por su cuenta y reclamó para ella el estatus de una gran logia provincial, bajo la autoridad de la Gran Logia de Escocia.

Por lo tanto, en Boston había dos grandes logias provinciales rivales: la de St. John, bajo el amparo de la Gran Logia de Inglaterra, y la de St. Andrew, bajo la protección de la Gran Logia de Escocia. No debe sorprender, entonces, que el ambiente se volviera tenso, los ánimos se encresparan y se desarrollase una situación de «ellos» y «nosotros», produciéndose así una guerra civil en miniatura de agravios masónicos. La Logia de St. John miraba con desconfianza a la de St. Andrew y, con pasión vengativa, «aprobaba repetidamente resoluciones contra ella». Estas resoluciones, cualquiera que haya sido su contenido, no produjeron ningún efecto en St. Andrew y la Logia de St. John continuó

* Racimo de uvas. *(N. del T.)*

resentida, prohibiendo a sus miembros que visitaran la logia rival. Algunos de los más destacados ciudadanos de Boston gastaban tiempo, energía y pasión considerables en disputas de esta naturaleza.

Los miembros de la Logia de St. Andrew, ignorando las críticas contra ella, continuaron reuniéndose y consiguiendo nuevos adeptos, en algunos casos quitándoselos a St. John. El 28 de agosto de 1769, la Logia de St. Andrew concedió un nuevo grado masónico, llamado específicamente el grado de caballero templario.[3] No está claro de dónde procedía exactamente este grado. Aunque no existe ninguna documentación definitiva, se cree que fue llevado a Boston por el 29.º de Infantería, más tarde 1.º Batallón del Regimiento de Worcestershire, cuya logia de campaña había sido autorizada por la Gran Logia de Irlanda diez años antes. La primera referencia conocida de este grado se encuentra en los estatutos de la logia de Old Stirling en 1745. En cualquier caso, el linaje templario que se arrogaron los jacobitas, y que fue promulgado por Hund, comenzaba ahora a ganar partidarios más allá de sus ritos particulares.

Pero la concesión del primer grado de caballero templario conocido no sería la única reclamación de distinción de la Logia de St. Andrew. En 1773 había asumido una posición a la vanguardia de lo que ahora era ya una vertiginosa escalada de acontecimientos. En aquella época, su gran maestre era Joseph Warren, a quien la Gran Logia de Escocia había designado gran maestre para toda Norteamérica. Entre otros miembros de la logia se encontraban John Hancock y Paul Revere.[4]

Durante cerca de ocho años antes de 1773, las fricciones entre Gran Bretaña y sus colonias norteamericanas habían ido adquiriendo proporciones cada vez más graves. Gran Bretaña, sumida prácticamente en la bancarrota como consecuencia de la guerra de los Siete Años, había buscado llenar nuevamente sus arcas a expensas de las colonias, imponiéndoles una serie de impuestos más rigurosos aún. Cada una de esas nuevas medidas, naturalmente, había provocado una nueva resistencia y una airada oposición en las colonias. En 1769, la Asamblea de Virginia, impulsada por Patrick Henry y Richard Henry Lee (ambos supuestos masones), había condenado formalmente al gobierno británico y había sido disuelta por el gobernador provincial. En 1770 se había producido la famosa «masacre de Boston», cuando un centinela británico y sus compañeros, rodeados por una muchedumbre hostil, dispararon una andanada y mataron a cinco personas. En 1771, un levantamiento en Carolina del Norte tuvo que ser sofocado por las tropas británicas y trece rebeldes fueron colgados por traición. En 1772, dos insignes masones, John Brown y Abraham Whipple, habían atacado y quemado un barco aduanero frente a la costa de Rhode Island.

La situación llegó a su punto culminante con la Ley del Te, aprobada para salvar de la bancarrota a la Compañía de las Indias Orientales. En virtud de esta ley, la Compañía de las Indias Orientales esta

ba autorizada a descargar una enorme cantidad de sus excedentes de té en las colonias libre de impuestos. Esto le permitía vender más barato que los legítimos comerciantes de té y los contrabandistas de las colonias y, por lo tanto, monopolizar el comercio del té. En efecto, los colonos se vieron forzados a comprar solamente el té de la Compañía de las Indias Orientales y en cantidades superiores a las que querían o realmente necesitaban.

El 27 de noviembre de 1773, el primero de tres barcos mercantes de la Compañía de las Indias Orientales, el *Dartmouth*, llegó al puerto de Boston llevando en sus bodegas una enorme carga de té. El 29 y el 30 de noviembre se produjeron masivas manifestaciones de protesta y el *Dartmouth* no pudo descargar su mercancía. El barco permaneció varado en el puerto durante más de quince días. Entonces, en la noche del 16 de diciembre, un grupo de colonos (las fuentes varían su número entre sesenta y doscientos) disfrazados de manera torpe y provocadora como indios *mohawk* abordaron el barco y lanzaron toda su carga —342 cajas de té valoradas en 10.000 libras esterlinas— a las aguas del puerto de Boston. Éste fue el famoso «Té de Boston». La acción fue más una travesura dañina que un acto revolucionario. Y fue una acción que, en sí misma, no implicó ni precipitó violencia alguna. Durante catorce meses no se produciría ningún enfrentamiento serio con armas de fuego. No obstante, el «Té de Boston» marca efectivamente el inicio de la guerra de la Independencia norteamericana.

En la época del «Té de Boston», la Logia de St. Andrew se reunía regularmente en lo que se llamaba el «Gran Salón» del *Freemason's Hall*, anteriormente la taberna *Green Dragon*. La logia compartía este salón, y gran parte de sus miembros, con un floreciente número de sociedades secretas de orientación política y fraternidades clandestinas cuasi masónicas dedicadas a ejercer la oposición a la legislación fiscal británica. Entre las organizaciones que se reunían en el «Gran Salón» estaban el «Club del Gran Salón» (que incluía entre sus miembros al gran maestre de St. Andrew, Joseph Warren), el «Comité de Correspondencia» (que incluía a Warren y Paul Revere y sincronizaba la oposición local con la oposición en otras ciudades norteamericanas, como Filadelfia y Nueva York) y la «Junta del Extremo Norte» (que incluía a un buen número de hermanos masones, incluido Warren).[6] Otra organización, incluso más combativa, era «Hijos de la Libertad», y su núcleo interno, los llamados «Nueve Leales», quienes preconizaban la violencia y habían estado promoviendo altercados, manifestaciones y otras formas de desobediencia civil desde 1765. Entre los miembros destacados de Hijos de la Libertad se encontraba Samuel Adams, de quien no se sabe si era masón. Tampoco se sabe si Hijos de la Libertad se reunía en el Gran Salón del *Freemason's Hall*. Nuevamente, sin embargo, la lista de sus miembros coincide con la de St. Andrew. Paul Revere, por ejemplo,

era un miembro particularmente activo de Hijos de la Libertad. Al menos tres de los Nueve Leales eran también hermanos masones de St. Andrew.[7]

El registro de las reuniones de la Logia de St. Andrew celebradas inmediatamente antes del incidente del «Té de Boston» resulta revelador. El 30 de noviembre de 1773, por ejemplo, el segundo día de la protesta masiva por la llegada del *Dartmouth*, la logia se reunió, pero sólo estuvieron presentes siete de sus miembros. Según el Libro de Actas, «se propuso y fue aceptado que la sesión de la logia se pospusiera hasta el próximo jueves por la noche, debido al escaso número de hermanos presentes. N.B. Los consignatarios del Té ocuparon el tiempo de la hermandad».[8]

El jueves estipulado en el acta, 2 de diciembre, quince miembros y un visitante asistieron a la sesión de la logia y fueron elegidos los oficiales para el año siguiente. Una semana más tarde, el 9 de diciembre, la fecha acordada para la celebración de la reunión mensual regular, catorce miembros y diez visitantes estuvieron presentes, pero los asuntos oficiales se pospusieron hasta la semana siguiente, el 16 de diciembre. Aquélla fue la noche del «Té de Boston». A la reunión de la logia asistieron sólo cinco de sus miembros. Debajo de sus nombres en el Libro de Actas, decía: «Logia cerrada (debido al escaso número de miembros presentes) hasta mañana por la noche».[9]

Frente a lo que sostienen afirmaciones y leyendas posteriores, el «Té de Boston» no parece haber sido una acción planeada en la Logia de St. Andrew. En realidad, todo parece indicar que fue planeada por Samuel Adams y otros miembros de Hijos de la Libertad. Pero no hay duda de que, al menos doce miembros de la logia, estuvieron implicados en el incidente de té. Y no sólo eso. Otros doce participantes se convirtieron luego en miembros de la Logia de St. Andrew.[10]

El incidente del «Té de Boston», además, no podría haberse producido sin la connivencia activa de dos destacamentos de la milicia colonial que, supuestamente, debían estar protegiendo la carga del *Dartmouth*. De estos hombres, el capitán del primer destacamento, Edward Proctor, había sido miembro de la Logia de St. Andrew desde 1763.[11] Tres de sus hombres —Stephen Bruce, Thomas Knox y Paul Revere— también eran miembros de la logia, y otros tres hombres militaban en los Nueve Leales. En el segundo destacamento de la milicia colonial había otros tres hombres que eran miembros de la Logia de St. Andrew. En total, diecinueve miembros de los cuarenta y ocho que componían ambos destacamentos de la milicia colonial se sabe que colaboraron en el lanzamiento de la carga de té del *Dartmouth* al mar. De esos diecinueve, seis de ellos, incluyendo al comandante del destacamento, eran miembros de la Logia de St. Andrew y otros tres eran miembros de los Nueve Leales.[12]

El Ejército Continental

El día siguiente al incidente del «Té de Boston», Paul Revere viajó a Nueva York, donde se publicó la noticia de lo sucedido y se extendió jubilosamente al resto de las colonias. Cuando la noticia llegó a Londres tres meses más tarde, la respuesta fue inmediata y erróneamente drástica. El Parlamento aprobó una ley, la Boston Port Bill, que establecía un embargo sobre todo el comercio con Boston y el puerto fue cerrado. La ciudad —y, por extensión, todo Massachusetts— dejó de estar controlada por la administración civil y quedó bajo la ley marcial. Un militar, el general Thomas Gage, fue designado gobernador de Massachusetts. Un año más tarde, en 1775, Gage recibió importantes refuerzos de tropas regulares británicas al mando de sir William Howe.

La lentitud de las comunicaciones transatlánticas seguía dificultando el desarrollo de los acontecimientos, pero éstos ya habían adquirido un impulso propio. El 5 de septiembre de 1774 fue convocado el Primer Congreso Continental en Filadelfia bajo la presidencia de Peyton Randolph, un destacado abogado y gran maestre provincial de Virginia.[13] Los delegados de Boston incluían a Samuel Adams de Hijos de la Libertad y a Paul Revere. Pero, a diferencia de la tradición posterior, no hubo unanimidad de pareceres u objetivos. En aquel momento, muy pocos representantes deseaban, o siquiera contemplaban, la independencia de Gran Bretaña. Las medidas aprobadas por el Congreso fueron esencialmente económicas, no políticas. Y también eran extremadamente provisionales, una combinación de recurso momentáneo y engaño. Así, por ejemplo, se formó la llamada Asociación Continental, en teoría destinada a acabar o controlar a todo el comercio con Gran Bretaña y el resto del mundo, sellar la economía colonial y convertirla en autosuficiente. Pero ese proyecto difícilmente podía ser llevado a la práctica, aunque podía esperarse que su sólo enunciado galvanizara al Parlamento.

El Parlamento, sin embargo, situado a casi 6.000 kilómetros de distancia y con escaso conocimiento o interés por las realidades de la situación, respondió invariablemente al desafío de la manera equivocada y adoptando las medidas erróneas. La situación continuó deteriorándose y cuando el Congreso Provincial de Massachusetts se reunió en febrero de 1775, anunció planes para la resistencia armada. El Parlamento respondió declarando a Massachusetts en estado de rebelión. Entre la creciente retórica beligerante que siguió a estos acontecimientos, Patrick Henry, en un discurso ante la Asamblea Provincial de Virginia, pronunció su famosa declaración: «Dadme la libertad o dadme la muerte».[14]

Pero la crisis ya estaba superando el dominio de la retórica, e incluso el de la acción cívica o económica. El 18 de abril de 1775, setecientos soldados británicos fueron enviados a capturar un depósito de

armas de la milicia colonial en Concord, a las afueras de Boston. Paul Revere se embarcó en su famoso viaje para advertir del avance de las fuerzas británicas, a las que hicieron frente en Lexington 77 colonos armados. A continuación se produjo un tiroteo —«el disparo que se oyó en todo el mundo»— y ocho colonos resultaron muertos mientras que otros ocho quedaron heridos. En el camino de regreso a Boston con el cargamento de armas confiscadas, la columna británica fue hostigada por alrededor de 4.000 tiradores coloniales, sufriendo 273 bajas entre muertos y heridos. Los colonos perdieron a noventa hombres.

El 22 de abril se reunió el Tercer Congreso Provincial de Massachusetts bajo la presidencia de Joseph Warren, el gran maestre para Norteamérica de la Gran Logia de Escocia. Warren autorizó la movilización de 30.000 hombres. Al mismo tiempo escribió en su «Discurso a Gran Bretaña»:

> Las hostilidades han comenzado al fin en esta colonia por parte de las tropas al mando del general Gage... Éstas, hermanos, son señales de la venganza administrativa contra esta colonia por haberse negado, junto a sus colonias hermanas, a someterse a la esclavitud; pero aún no han conseguido apartarnos de nuestra soberanía real. Profesamos ser sus leales y obedientes súbditos... sin embargo, no nos someteremos dócilmente a la persecución y la tiranía de su cruel administración.[25]

La mayoría de los no masones entre los colonos rebeldes —hombres como John y Samuel Adams— ya estaban exigiendo que se tomasen medidas más radicales. Como ya hemos visto, sin embargo, Warren, al declarar su lealtad a la corona, aunque no al Parlamento, expresaba la posición defendida por la mayoría de los masones. Y fue esta posición la que prevaleció cuando, el 10 de mayo de 1775, se reunió el Segundo Congreso Continental —primero bajo la presidencia de Peyton Randolph y, cuando éste falleció, bajo John Hancock de la Logia de St. Andrew— y autorizó la creación de un ejército completo. George Washington, un destacado masón cuando Randolph era gran maestre de Virginia, fue nombrado comandante en jefe. Al menos un historiador ha sugerido que Washington debió este nombramiento a sus conexiones masónicas.[26] De hecho, había hombres que contaban con mayor experiencia que él, aunque prácticamente todos ellos también eran masones. En realidad, durante los primeros compases de la guerra, el alto mando del Ejército Continental estuvo dominado por masones. Merece la pena hacer aquí una digresión, aunque de forma breve, para considerar algunas de sus biografías.

Entre aquellos hombres que podrían haber sido designados como comandantes supremos en lugar de Washington estaba el general Richard Montgomery. Montgomery había nacido en Irlanda, cerca de Dublín. Durante la guerra franco-india sirvió como oficial regular en

el ejército británico a las órdenes de Amherst. En el sitio de Louisburg sirvió en las filas del 17.º de Infantería, convertido luego en el Regimiento de Leicestershire, que formaba parte de la brigada de Wolfe. Una vez acabada la guerra, Montgomery se estableció en las colonias, se casó con la hija de Robert R. Livingston, quien, en 1784, se convertiría en gran maestre de la Gran Logia Provincial de Nueva York y quien, en 1789, tomó el juramento por el cual George Washington se convirtió en el primer presidente de Estados Unidos. Se cree que Montgomery fue iniciado en la logia de campaña del 17.º de Infantería durante la campaña de Louisburg. De hecho, su estatus como masón era bien conocido entre sus contemporáneos. «¡Warren, Montgomery y Wooster!» era un frecuente brindis masónico, conmemorando a tres distinguidos hermanos que estuvieron entre los primeros en morir en el conflicto.[17]

El general David Wooster había sido coronel, y luego general de brigada, durante la guerra franco-india. Sirvió al mando de Amherst en Louisburg y se cree que allí se unió a una logia de campaña con lord Blayney, que posteriormente sería gran maestre de la Gran Logia inglesa. Ya en 1750, Wooster había organizado la Logia Hiram N.º 1 en New Haven y se convirtió en su primer maestre.[18]

El general Hugh Mercer había servido como ayudante de cirujano en las filas del ejército jacobita rebelde de Carlos Eduardo Estuardo. Después de la derrota de Culloden huyó a Filadelfia donde, diez años más tarde, sirvió a las órdenes de Braddock y fue herido en Duquesne. Un año más tarde formaba parte del sólidamente masónico 60.º de Infantería. Cuando Fort Duquesne fue reconstruido como Fort Pitt, Mercer fue puesto al mando del fuerte con el rango de coronel. Masón de larga data, pertenecía a la misma logia de Fredericksburg que Washington.[19]

El general Arthur St. Clair había nacido en Caithness y descendía de sir William Sinclair, el constructor de la capilla de Rosslyn. Al igual que Montgomery, St. Clair se unió al ejército británico, sirvió en el 60.º de Infantería durante 1756-1757, luego con la brigada de Wolfe bajo el mando de Amherst en Louisburg. En 1762, renunció al servicio y se estableció en las colonias. Se sabe que fue masón, aunque no ha sobrevivido ningún documento donde conste su incorporación o afiliación a una logia.[20]

El general Horatio Gates también había prestado servicios como oficial regular en el ejército británico. Él también había combatido a las órdenes de Amherst en Louisburg. Era uno de los amigos más íntimos de Washington y estaba casado con la hija del gran maestre provincial de Nueva Escocia. No se conocen con exactitud sus afiliaciones masónicas, pero sí se sabe que fue un *habitué* de la Gran Logia Provincial de Massachusetts.[21]

El general Israel Putnam había servido a las órdenes de lord George Howe y estaba con él cuando Howe murió en el desastroso ata

que frontal contra Fort Ticonderoga. Posteriormente sirvió a las órdenes de Amherst. Había sido masón desde 1758, cuando se unió a una logia de campaña en Crown Point, poco antes de que Amherst conquistara el fuerte.[22]

El general John Stark había entrado en acción, junto a lord George Howe, en la unidad de guerrilla irregular conocida como «los Rangers de Rogers». Más tarde estuvo con Howe, luego con Amherst. Es posible que se haya convertido en masón en esa época, pero no existe ninguna prueba concluyente de su afiliación anterior a 1778.[23]

Esto es una muestra de lo que viene a ser algo así como una letanía. Esta lista podría ser extendida fácilmente. El general John Nixon estaba con lord George Howe en Ticonderoga, luego con Amherst en Louisburg, igual que el general Joseph Frye. El general William Maxwell estaba con George Howe en Ticonderoga, luego con Wolfe en Quebec, al igual que el general Elias Dayton. Todos ellos eran masones.

Un hombre que se sintió profundamente agraviado por el nombramiento de Washington —al extremo de que finalmente le llevó a cometer traïción— fue Benedict Arnold. Él también había servido a las órdenes de Amherst y se cree que fue en esa época cuando ingresó en la masonería. En 1765, se unió a la Logia Hiram N.° 1 de David Wooster en New Haven.[24] El amigo de Arnold, el coronel Ethan Allen, había servido con George Howe en Ticonderoga, luego con Amherst. En julio de 1777, recibió el primer grado, o «aprendiz», de una logia establecida en Vermont, pero no parece haber progresado mucho más.[25]

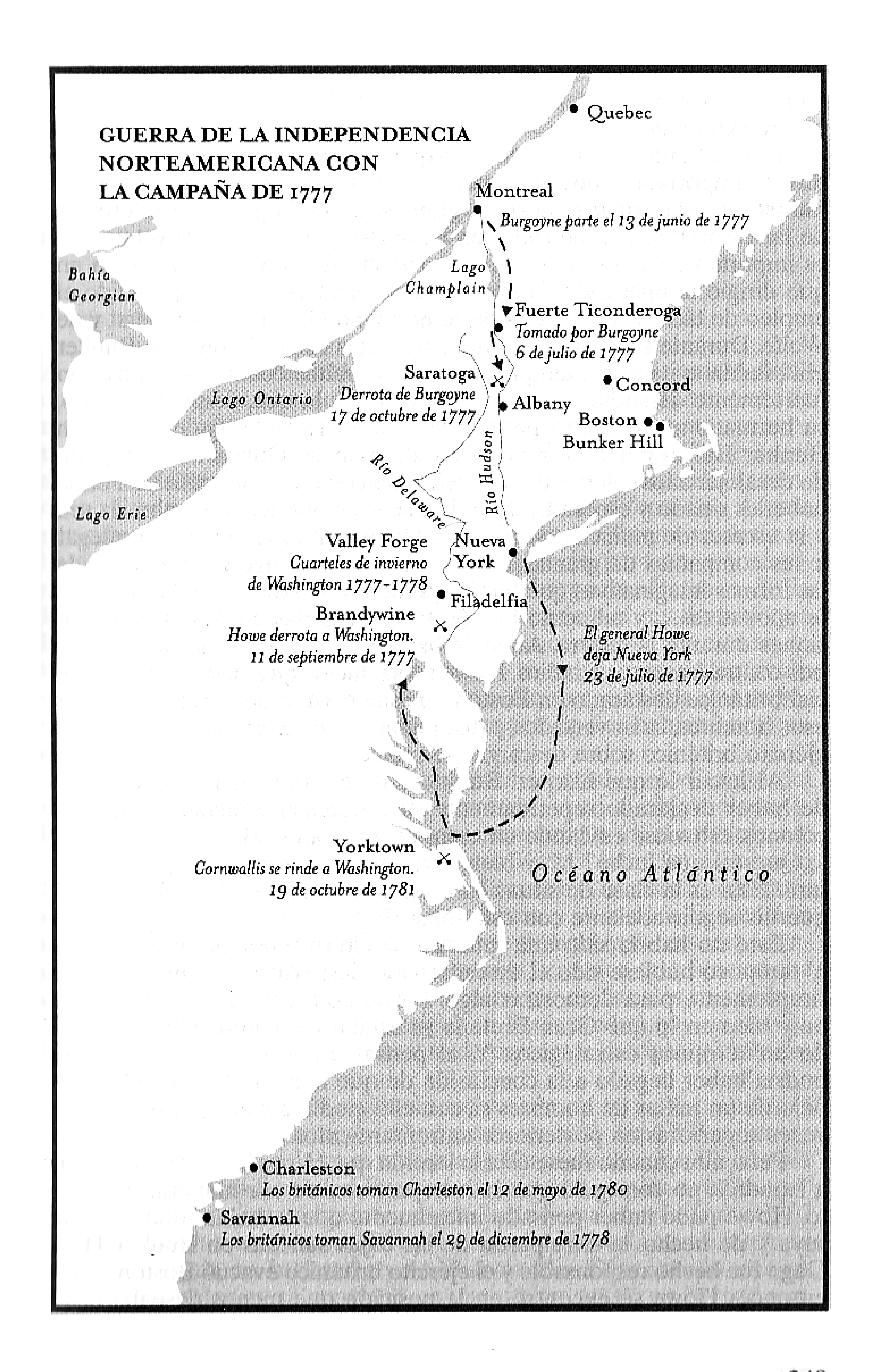
18

La guerra de la Independencia

El mismo día en que se convocó el Segundo Congreso Continental, Ethan Allen, junto con Arnold, que entonces era su teniente, lanzó un ataque por sorpresa contra Fort Ticonderoga, el fuerte tan amargamente disputado una generación anterior. Como resultado de esta acción se capturaron grandes cantidades de municiones y armas, incluidas piezas de artillería. Cinco semanas más tarde, los colonos, trabajando secretamente por la noche, se anticiparon a los planes británicos de fortificar Boston erigiendo sus propios emplazamientos en dos colinas que dominaban la ciudad, Breede s Hill y Bunker Hill. Su comandante nominal era el general de brigada Artemus Ward, otro veterano de la guerra contra los franceses y los indios, aunque su espíritu guía era Joseph Warren, de la Logia de St. Andrew.

El general Thomas Gage sería culpado más tarde de lo que sucedería a continuación, pero la responsabilidad real recaía en sir William Howe, que era el comandante en campaña. Era Howe quien tenía la autoridad, una vez que la verdadera naturaleza de la situación resultó evidente, de revocar el plan de batalla o de adherirse a él y sufrir los inevitables costes del mismo. Para tratarse de un veterano subordinado de Amherst y Wolfe, el comportamiento de Howe fue muy extraño.

A pesar del sofocante calor, Howe ordenó que sus tropas avanzaran, en formación cerrada, cargando un equipo que pesaba más de 45 kilos por hombre, directamente hacia el fuego de los colonos y que tomaran por asalto sus posiciones a bayoneta calada. El fuego de los colonos, disparado en andanadas bien disciplinadas aprendidas del propio ejército británico durante la guerra contra los franceses y los indios, provocó estragos entre las filas británicas, y los soldados de Howe necesitaron cuatro asaltos para conquistar la posición enemiga. Cuando lo hicieron —habiendo sufrido más de doscientos muertos y casi ochocientos heridos de una fuerza compuesta por 2.500 hombres— no estaban dispuestos a mostrarse benévolos. Warren murió atravesado por


GUERRA DE LA INDEPENDENCIA NORTEAMERICANA CON LA CAMPAÑA DE 1777
Quebec
Montreal
Burgoyne parte el 13 de junio de 1777
Lago Champlain
Bahía Georgian
Fuerte Ticonderoga
Tomado por Burgoyne 6 de julio de 1777
Saratoga
Derrota de Burgoyne 17 de octubre de 1777
Lago Ontario
Concord
Albany
Boston
Bunker Hill
Río Hudson
Río Delaware
Lago Erie
Valley Forge
Cuarteles de invierno de Washington 1777-1778
Nueva York
Filadelfia
Brandywine
Howe derrota a Washington. 11 de septiembre de 1777
El general Howe deja Nueva York 23 de julio de 1777
Yorktown
Cornwallis se rinde a Washington. 19 de octubre de 1781
Océano Atlántico
Charleston
Los británicos toman Charleston el 12 de mayo de 1780
Savannah
Los británicos toman Savannah el 29 de diciembre de 1778

una bayoneta británica y los colonos que no consiguieron escapar fueron aniquilados. Las bajas entre las filas de los colonos superaron los cuatrocientos hombres.

Bunker Hill es importante porque fue la primera confrontación directa importante entre los colonos y las fuerzas regulares británicas. también fue la primera batalla a gran escala de la guerra, a diferencia de las escaramuzas producidas en Lexington y Concord. Pero también es importante debido a la curiosa conducta de Howe y a la forma en que dirigió la operación. Howe, no debe olvidarse, había aprendido el empleo de tácticas irregulares de su hermano George, de Amherst y de Wolfe. Durante su carrera militar, tanto antes como después de Bunker Hill, había evitado los ataques costosos e inútiles contra una posición fuertemente defendida, la clase de ataque en la que, después de todo, su hermano mayor había perdido la vida en Ticonderoga en 1758. En Bunker Hill disponía de numerosas alternativas. Quizás hubiese podido desalojar a los colonos de sus posiciones con fuego de artillería. Podría haberles sitiado y esperado, dejando que sucumbiesen al hambre, la sed y la escasez de municiones. Es probable que hubiese podido desplegar a sus compañías de granaderos y a su infantería ligera en algunas de las formas imaginativas que había aprendido de Amherst y Wolfe veinte años antes... y tal como habría de desplegarlas en posteriores ocasiones durante la guerra. Además, habiendo luchado junto a los colonos contra franceses e indios, Howe sabía, mejor que cualquier otro oficial británico destacado en Boston en esa época, cuán duros podían ser esos hombres, cuán versados y disciplinados en las propias técnicas del ejército británico sobre descargas cerradas.

Al hacer lo que hizo en Bunker Hill, es como si Howe, después de haber declarado repetidamente su renuencia a luchar contra los colonos, estuviese enviando un mensaje a sus autoridades en Londres: «¿Queréis que luche? Muy bien, lucharé. Pero esto es lo que os costará. Ésta es la clase de situación en la que nos meteréis. ¿Realmente queréis seguir adelante con esta locura?».

Esto no habría sido una muestra de cinismo por parte de Howe. Y tampoco hubiese sido el desenfrenado desperdicio de mil hombres simplemente para demostrar algo. Por el contrario, Howe, sabiendo muy bien en lo que Gran Bretaña se estaba metiendo, habría pensado en términos estratégicos. Y, al pensar en términos estratégicos, podría haber llegado a la conclusión de que merecía la pena el sacrificio de un millar de hombres si, con ello, podía evitar pérdidas varias veces superiores en posteriores enfrentamientos.

Pero, aun cuando fuese ésta la lección que Howe buscara transmitir a Londres, no consiguió que la interpretasen de esa manera. Es cierto, Howe pudo haber pensado inicialmente que se había salido con la suya y de hecho, le exculparon de las bajas sufridas en Bunker Hill; Gage fue hecho responsable y el ejército británico evacuó Boston. Pero entonces Howe se encontró en la posición que menos deseaba ocu-

par: reemplazando a Gage, cargado con las responsabilidades del comandante en jefe y obligado a continuar las operaciones contra los colonos rebeldes. Nunca más malgastaría sus tropas como lo había hecho en Bunker Hill. Al contrario, en las campañas posteriores, Howe haría repetidamente esfuerzos extraordinarios para salvar vidas, no sólo las de sus hombres, sino también las de los colonos. Pero su conducta no sería menos equívoca, menos ambigua.

La red de espías británica

A pesar del derramamiento de sangre en Bunker Hill, o quizás debido precisamente a ello, los colonos, guiados principalmente por los masones que había entre sus filas, siguieron evitando provocar una ruptura total con Gran Bretaña. El 5 de julio, el Congreso Continental adoptó la llamada «Petición de la Rama de Olivo» a Jorge III, haciendo un llamamiento a una solución pacífica de las diferencias. A esta petición siguió, al día siguiente, otra resolución, en la que se declaraba que las colonias no deseaban la independencia, pero no «consentirían la esclavitud». El 23 de agosto, sin embargo, la «Petición de la Rama de Olivo» fue rechazada de forma sumaria y el rey declaró que las colonias británicas en Norteamérica se encontraban en estado de franca rebelión. Los acontecimientos, por lo tanto, habían adquirido un impulso propio y estaban experimentando una escalada que superaba con creces lo que todas las facciones principales habían anticipado o deseado.

El 9 de noviembre se formó un comité especial —el «Comité del Congreso para la Correspondencia Secreta»— con el objeto de establecer una red de contactos entre «nuestros amigos en el extranjero». Este comité estaba integrado por Robert Morris, John Jay, Benjamin Harrison, John Dickinson y Benjamin Franklin.[1] El comité operaría extensamente a través de canales masónicos y llevaría a la creación de una elaborada red de espías. Al mismo tiempo, y de manera coincidente, se superpondría a la red de espías británica que funcionaba en paralelo a ella y operaba también a través de canales masónicos. Ambas redes tenían su base principal en París, ciudad que se convirtió en el centro de una amplia trama de espionaje, intrigas y lealtades que cambiaban de bando.

Franklin, como hemos visto, era un masón de larga data, habiendo sido iniciado casi cincuenta años antes, en 1731. En 1734 y nuevamente en 1749 había sido gran maestre de Pennsylvania. En 1756 había sido admitido en la Sociedad Real, una institución que en aquella época todavía estaba firmemente orientada hacia la masonería. Entre 1757 y 1762, y nuevamente entre 1764 y 1775, había pasado mucho tiempo en el extranjero, en Inglaterra y en Francia. En 1776, cuando el conflicto en las colonias se convirtió en una guerra total por la indepen-

dencia, Franklin se convirtió en el embajador norteamericano en Francia y habría de ocupar ese cargo hasta 1785. En 1778, en París, se convirtió en miembro de una logia francesa particularmente importante, «Neuf Soeurs» o «Nueve Hermanas», que también incluía entre sus miembros a destacados personajes como John Paul Jones (iniciado en Escocia en 1770) y Voltaire. Un año más tarde, el 21 de mayo de 1779, Franklin se convirtió en maestre de Neuf Soeurs, un cargo para el que fue reelegido en 1780.[2] En 1782 se convirtió en miembro de un cónclave masónico más esquivo y misterioso, la «Royale Loge des Commandeurs du Temple a l'Ouest de Carcassonne» («Logia Real de Comandantes del Temple al Oeste de Carcassonne»).[3]

Desde la década de 1750 hasta 1775, Franklin fue director general de Correos asistente para las colonias norteamericanas. Durante el ejercicio de este cargo estableció una buena amistad con sus homólogos en el bando contrario, los directores generales de Correos conjuntos británicos, sir Francis Dashwood y el conde de Sandwich. Las afiliaciones masónicas de Dashwood no están claras. Es probable que fuese miembro de la logia fundada en Florencia en 1733 por su gran amigo, Charles Sackville, conde de Middlesex. Tanto él como Sackville también era miembros del círculo de masones unidos a Frederick, príncipe de Gales. Posteriormente crearía lo que venía a ser una logia masónica privada.[4]

En 1732, Dashwood había sido cofundador de una sociedad cuasi masónica, los Dilettanti. Mientras viajaba por el extranjero entre 1739 y 1741, se había movido en los círculos jacobitas, convirtiéndose en íntimo amigo y, durante algún tiempo, ferviente partidario de Carlos Eduardo Estuardo. Esta relación le puso en contacto en Inglaterra con prominentes jacobitas de la época, como George Lee, conde de Lichfield, quien había ayudado a su primo, Charles Radclyffe, a escapar de la prisión de Newgate y quien, junto con el duque de Wharton, otro ferviente jacobita e influyente masón, había fundado el Hell Fire Club original. En 1746, Dashwood creó, con el conde de Sandwich y otras dos personas, la irónicamente llamada «Orden de Saint Francis», que desde entonces ha sido conocida, tanto popularmente como por historiadores posteriores, por el mismo nombre que la primera organización fundada por Wharton y Lichfield. De hecho, ahora es a Dashwood a quien se asocia generalmente, de manera errónea, con el Hell Fire Club, aunque sus «franciscanos» *estaban* implicados en la misma clase de actividades orgiásticas neopaganas.

En 1761, Dashwood se convirtió en miembro del Parlamento por Weymouth y Melcombe Regis. En 1762, fue ministro de Hacienda bajo el conde de Bute. Un año más tarde se convirtió en lord le Despencer y lord teniente de Buckinghamshire, y comandante de la milicia de Buckinghamshire, en la que uno de sus subordinados era otro disidente y destacado miembro del Parlamento, John Wilkes. En 1766, fue nombrado director general. Su primer colega en este puesto fue

Willis Hill, lord Hillsborough, fundador, junto al duque de Wharton y el conde de Lichfield, del Hell Fire Club original. Más tarde a Hill le sucedió el conde de Sandwich.

Sandwich había conocido a Dashwood en 1740 y ambos se convertirían en amigos para toda la vida. No debe extrañar, por lo tanto, que Sandwich se convirtiese en miembro primero de los Dilettanti de Dashwood y, posteriormente, de la Orden de Saint Francis. Conservó su cargo de director general hasta 1771, cuando fue nombrado primer lord del Almirantazgo, un puesto que ocupó durante la mayor parte de la guerra de la Independencia. Y lo hizo con llamativa ineptitud, mereciendo incluso de una fuente tan prudente y contenida como la Enciclopedia Británica este comentario: «Por corrupción e incapacidad, la administración de Sandwich es única en la historia de la armada británica».[5]

Durante los veranos de 1772, 1773 y 1774, Franklin se alojó en la casa de Dashwood en West Wycombe.[6] Ambos colaboraron en un compendio del Libro de Oraciones de la Iglesia Anglicana:

> El Prefacio y Servicios fueron obra de Dashwood corregidos por Franklin, el Catecismo y los Salmos fueron obra de Franklin y corregidos por Dashwood. El texto acabado fue impreso a expensas de Dashwood...[7]

Y Franklin —ese «hombrecillo de color rapé», como le llamó D. H. Lawrence, autor mojigato del *Almanaque del buen Ricardo*, defensor de la templanza, la frugalidad, la industria, la moderación y la pulcritud, al tiempo que exhortaba escrupulosamente a sus lectores para que no «practicasen el acto carnal»— se convirtió en miembro de los «franciscanos» de Dashwood. Franklin, un paradigma de rectitud moral en su país, aparentemente se habría mostrado más laxo en sus principios durante su estancia en Inglaterra, y las cuevas que había debajo de la propiedad de Dashwood en West Wycombe se convirtieron en un salón íntimo para los juegos amorosos del libidinoso director general.

A juzgar por una carta enviada por Sandwich a Dashwood en septiembre de 1769, no tenían mucho más que hacer:

> Casi me avergüenza escribirte acerca del tema de la Oficina de Correos habiendo estado tan ocioso durante todo el verano; pero, en realidad, hay tan pocas cuestiones que requieran nuestra atención, y tenemos la buena fortuna de coincidir tan perfectamente en todo aquello que requiere una opinión, que apenas si hay ocasión en la que debamos molestarnos para acudir personalmente.[8]

De hecho, sin embargo, había mucho más que eso. Como tenía medios para acceder a casi todas las cartas y todas las comunicaciones, el puesto del director general de Correos era también, tradicionalmente, el de espía.

En su doble papel de espía y embajador colonial en Francia, Franklin estableció su centro de operaciones en París. En la capital francesa estuvo acompañado de otras dos personas designadas por el Comité del Congreso para la Correspondencia Secreta, Silas Deane y Arthur Lee. El hermano de Lee estaba en Londres. Y en la capital inglesa también estaba la hermana de Franklin, de la que se cree que estaba comprometida en acciones de espionaje. Ella mantenía una vieja amistad con el hermano de Howe, el almirante lord Richard Howe, comandante de operaciones navales en el teatro de operaciones de las colonias norteamericanas. En 1774 había reunido a Franklin y al almirante, con la excusa de que disputasen una partida de ajedrez, y ambos discutían con frecuencia las penurias que sufrían los colonos.[9] En 1781, un tal «Cicerón» publicó una carta abierta en la que acusaba a los hermanos Howe de pertenecer a una «facción» que conspiró para facilitar el movimiento de los colonos hacia la independencia. «La conducta de Washington», acusaba «Cicerón», «... demostró una seguridad que sólo podía surgir de cierto conocimiento de la situación».[10] Acusaba explícitamente al almirante Howe de «tener intrigas secretas con el doctor Franklin».[11] El almirante replicó a estas acusaciones también a través de las páginas de un periódico, declarando que «Cicerón» «está perfectamente en lo cierto en cuanto al hecho, aunque un poco engañado en cuanto a sus inferencias».[12] Al mismo tiempo, sin embargo, Howe admitió que *no* había informado al alto mando naval de sus reuniones con Franklin, lo que sugiere que realmente podría haber tenido alguna cosa que ocultar.

Uno de los agentes más importantes de los colonos en Inglaterra era el antiguo amigo de Dashwood, compañero en el Parlamento y miembro asociado del club, John Wilkes. Wilkes se había convertido en un masón activo en 1769 y, hacia 1774, era alcalde de Londres. Desde este cargo se mostró públicamente partidario de la causa de los colonos. Pero desde finales de la década de 1760 también había sido el representante británico secreto de la organización Hijos de la Libertad con base en Boston, que tuvo un papel tan importante en el famoso incidente del «Té de Boston».[13] Durante toda la guerra, Wilkes recaudó dinero de forma clandestina para el Ejército Continental y lo enviaba a Franklin en París. Desde París, el dinero viajaba a Norteamérica o bien se empleaba para comprar armas y material bélico. Extrañamente, una carta de 1777 sugiere que, si bien la red de Wilkes había sido penetrada, nunca se hizo nada con ella.[14]

La red de espías británica, dirigida también desde París, se encontraba oficialmente patrocinada por William Eden, lord Auckland, otro hombre distinguido cuya historia masónica ha escapado a la atención de los investigadores. En 1770 se había convertido en gran administrador de la gran logia, pero no existen detalles acerca de cuándo, dónde o a través de quién fue iniciado en la masonería.[15]

La red de Auckland operaba en gran parte a través de capitanes de la marina mercante que realizaban travesías entre Francia y Norteamérica, e incluía a aquellos que llevaban despachos entre Franklin y el Congreso. El 10 de diciembre de 1777, uno de esos capitanes, un hombre de Maryland llamado Hynson, informó a Auckland de que Franklin había dicho que «cuando quiera que Gran Bretaña mostrase una disposición hacia la paz, él sería el primero en renunciar a esta independencia».[16] Según Franklin, Silas Deane era del mismo parecer. Hynson dijo que, no obstante, Franklin tenía dudas acerca de Arthur Lee, quien «vivía en una posición más acomodada de la que jamás había tenido y era muy orgulloso».[17] Lee no habría deseado perder su posición y estaba contento al ver que la guerra continuaba.

Aparte de sus agentes marítimos, lord Auckland tenía un espía especialmente importante en París. Era el doctor Edward Bancroft, un distinguido químico y naturalista. Antes de la guerra, Bancroft había sido amigo de Franklin; en 1773, Franklin había patrocinado su nombramiento como miembro de la Sociedad Real. También mantenía una estrecha amistad con Silas Deane. Cuando Deane llegó a París, ignorando que Bancroft era un agente británico, envió a buscarle. Bancroft o sus jefes inventaron una historia por la que Bancroft parecía haberse visto obligado a «huir» de Inglaterra a fin de unirse con Deane en Francia. En París no sólo se convirtió en el confidente de Deane, sino también de Franklin.[18] ¡En 1777, incluso se había convertido en el secretario privado de Franklin! Y, en 1779, se convirtió en miembro de la prestigiosa logia Neuf Soeurs, de la que Franklin era maestre en aquel año.[19]

A través de Bancroft, el gobierno británico se mantenía informado no sólo de las actividades desarrolladas por los colonos, sino también de los planes franceses para entrar en la guerra. Por lo tanto, en teoría al menos, Gran Bretaña podría haber anticipado y frustrado hechos tales como la contribución francesa a la victoria de los colonos en Yorktown. Pero con lord Sandwich como primer lord del Almirantazgo, y con el almirante lord Richard Howe al mando de la flota británica en aguas norteamericanas, la Royal Navy exhibió la misma conducta dilatoria que el alto mando del ejército.

En un análisis retrospectivo, resulta evidente que los datos de inteligencia suministrados por Bancroft eran exactos. En 1785, el Parlamento le recompensaría concediéndole un período de monopolio sobre la importación de ciertas tinturas vegetales utilizadas para teñir el percal, un proceso del que había sido pionero. Sin embargo, el rey, quien leía personalmente todos los informes de inteligencia, no confiaba en él y sospechaba que era un agente doble de los colonos.[20] Una misión clandestina llevada a cabo por Bancroft en Irlanda en 1779 fue especialmente cuestionable. En marzo de 1780, lord Stormont, el embajador británico en Francia, le escribió al rey diciéndole que una delega-

ción secreta irlandesa, integrada por una alianza de católicos e independientes, había llegado a París en diciembre y se había reunido con Luis XVI. Según Stormont:

> ... ellos proponen que Irlanda sea un reino independiente, que haya una especie de Parlamento, pero no un rey, que la religión protestante sea la religión establecida... pero que los católicos romanos dispongan de la máxima tolerancia. Los delegados están estrechamente relacionados con Franklin, y mi informante cree que mantienen a través de él, una correspondencia con la hermana de Franklin, una tal señora Johnstone que ahora está en Londres y posee un pequeño hospedaje en Fountain Court en el Strand.[21]

De estas semillas brotaría casi veinte años más tarde una nueva organización cuasi masónica, la Sociedad de Irlandeses Unidos, bajo la protección de hombres como lord Edward Fitzgerald y Wolfe Tone. Las actividades de esta organización culminarían con las rebeliones irlandesas de 1798 y 1803.

Entre tanto, la red de espías británica bajo la dirección de lord Auckland continuaba penetrando la red de los colonos, aunque sin explotarla. En este proceso, sir Francis Dashwood, como director general de Correos, tuvo una importancia crucial. Una y otra vez, Dashwood interceptaba la correspondencia y los comunicados de los colonos y se los pasaba a Auckland. Pero lo que resulta más extraordinario es que, durante todo este tiempo, Dashwood y Franklin parecen haber mantenido un contacto personal a través de sus propios canales de comunicación secretos. Así, por ejemplo, uno de los agentes de la red de Dashwood, un tal John Norris, informa en una carta fechada el 3 de junio de 1778: «Comunicada información de inteligencia por heliógrafo del Dr. Franklin en París a Wycombe». A partir de este dato, al menos un comentarista ha inferido que Franklin era, en realidad, ¡un agente británico![22] Si ése fuese el caso, sin embargo, algo de los contactos mantenidos entre Franklin y Dashwood habría aparecido sin duda entre los documentos de lord Auckland, o en los de alguna otra autoridad británica, o incluso entre los documentos del rey. El hecho de que no sea así sugiere que esos contactos no estaban aprobados, o no eran conocidos, por la inteligencia británica. Con toda probabilidad, Dashwood y Franklin —quienes, después de todo, eran viejos amigos y colegas— estaban practicando un juego inofensivo personal, intercambiando cotilleos, habladurías irrelevantes y/o simple desinformación. Aunque Dashwood se oponía a la guerra, no hay ningún dato que sugiera que estuviese implicado en actividades de traición. Por el contrario, parece haber cumplido con sus obligaciones —aunque fuese en el grado mínimo exigido— de manera suficientemente responsable. En este aspecto, su conducta es llamativamente similar a la exhibida por los comandantes navales y militares.

La Declaración

En Norteamérica, el impulso de los acontecimientos se había acelerado de forma dramática. Para cuando se constituyó el Comité del Congreso para la Correspondencia Secreta, los colonos ya estaban embarcados en una ofensiva ambiciosa y equivocada. Una importante fuerza militar al mando del general Richard Montgomery intentó invadir Canadá. El 13 de noviembre de 1775 consiguieron capturar Montreal. Pero Montgomery, a pesar de haber servido a las órdenes de Wolfe y Amherst, cometió luego el error de intentar tomar Quebec por asalto. El ataque de las fuerzas coloniales fue repelido con fuertes bajas, el contingente quedó diezmado y el propio Montgomery perdió la vida en esa acción. Pero el comandante británico en Canadá, sir Guy Carleton, era íntimo amigo de Howe y compartía la opinión de éste en relación con la guerra. Carleton no sólo no se molestó en perseguir a las destrozadas fuerzas coloniales, sino que también dejó en libertad a los prisioneros que había capturado.

A comienzos de 1776, seguían predominando las facciones de tendencia masónica más moderadas dentro del Ejército Continental. Su posición había sido enunciada nuevamente en diciembre, cuando el Congreso volvió a desafiar al Parlamento, pero afirmando su lealtad a la corona. Ahora, sin embargo, el ambiente había empezado a cambiar y los elementos más radicales comenzaron a tener un influjo creciente. El panfleto de Thomas Paine, *Sentido común*, contribuyó de manera notable a polarizar las actitudes y a convertir al principio de la independencia de la madre patria a muchos de los colonos que hasta entonces se habían mostrado leales a la corona. El 7 de junio, el hermano de Arthur Lee, Richard Henry Lee, propuso oficialmente que las colonias se convirtiesen en «estados libres e independientes». Para entonces, asimismo, la embajada de Franklin había empezado a dar sus frutos. Luis XVI de Francia había prometido un millón de libras de municiones y un compromiso similar se consiguió por parte de España, el otro gran rival continental de Gran Bretaña. Estas contribuciones mantendrían durante casi dos años al ejército colonial.

El 11 de junio, el Congreso designó un comité para que redactara un borrador de declaración de independencia. De los cinco hombres que formaban el flamante comité, dos de ellos —Franklin y Robert Livingston, el suegro de Richard Montgomery— eran masones, y se cree que otro, Roger Sherman, también lo era, si bien este dato no ha sido confirmado.[23] Los otros dos —Thomas Jefferson y John Adams— no lo eran, a pesar de posteriores afirmaciones en sentido contrario. El texto de la declaración fue redactado por Jefferson, enviado al Congreso y aprobado el 4 de julio de 1776. Los nueve signatarios que ahora pueden ser presentados como masones probados, y los diez que posiblemente lo eran, incluían a personajes tan influyentes como Washington, Franklin y, por supuesto, el presidente del Congreso, John

Hancock.[24] El ejército, además, permanecía casi por completo en manos de los masones. Como hemos visto, los masones en el Congreso y los militares se resistieron inicialmente a proclamar una independencia total de Gran Bretaña. Una vez que la suerte estuvo echada, sin embargo, se dedicaron a incorporar sus propios ideales a las instituciones de la emergente república. Como veremos más adelante, es en la Constitución donde la influencia de la masonería es más visible.

Cuando se promulgó la Declaración de Independencia, debió parecer sin duda tanto un gesto quijotesco como una empresa desesperada. De hecho, la situación de los colonos en aquel momento estaba muy lejos de ser prometedora y muy pronto habría de volverse aún más sombría. En marzo, Howe había evacuado Boston, pero sólo para desembarcar el 22 de agosto en Nueva York. En la batalla de Brooklyn (llamada a veces la batalla de Long Island), perdió 65 hombres y otros 255 quedaron heridos, mientras que sus fuerzas infligieron más de 2.000 bajas al enemigo. Sin embargo, en lugar de lanzarse en persecución de los colonos derrotados, Howe permitió que escaparan. En la campaña posterior exhibió la misma lasitud. En Harlem Heights, por ejemplo, frente a lo que es hoy la Universidad de Columbia, demoró cuatro semanas antes de ordenar el asalto a las posiciones que ocupaban los colonos. Cuando Fort Washington fue capturado, las tropas de Hesse comenzaron a matar a los prisioneros con sus bayonetas y Howe perdió los estribos con los mercenarios alemanes.

Pero ni siquiera la conducta caballerosa de Howe pudo evitar al Ejército Continental lo que sucedería a continuación. Washington, obligado a evacuar Brooklyn, se retiró hacia Manhattan, sólo para ser desalojado también de esa isla y, el 15 de septiembre, Howe y sus tropas ocuparon Nueva York. Los sucesivos enfrentamientos con el enemigo forzaron a Washington a retirarse a través de Nueva Jersey y luego a Pennsylvania atravesando el Delaware. Para entonces, el Ejército Continental había visto reducidos sus efectivos de 13.000 a 3.000 hombres. Solamente en Fort Lee se habían perdido 140 cañones. Nuevamente, sin embargo, Howe exhibió una curiosa displicencia, dedicándose a demorar las acciones y permitiendo de este modo que su presa pudiese escapar. Resulta significativo que durante el año siguiente —el año en que Washington sufrió sus peores derrotas— fuese él, y no Howe, quien mantuviese la ofensiva. Howe no le buscó; fue Washington quien buscó a Howe. Y, cuando lo hizo, Howe reaccionó de manera superficial, casi como un hombre que espanta a una mosca y se vuelve a dormir.

Por lo tanto, el 26 de diciembre de 1776, Washington llevó a cabo su famoso cruce del río Delaware para atacar por sorpresa a un destacamento de mercenarios alemanes en Trenton. A continuación, el 3 de enero de 1777, eludiendo al grueso de las fuerzas británicas al mando del general Cornwallis, consiguió una segunda victoria en Princeton contra un pequeño contingente enemigo. Sin embargo,

en lugar de responder, Howe, cuyo ejército era notablemente superior tanto en efectivos como en suministros, abandonó simplemente Nueva Jersey y se trasladó a Pennsylvania. El 11 de septiembre desbarató el ataque de Washington en Brandywine. En lugar de lanzarse en persecución del enemigo derrotado, sin embargo, Howe procedió a ocupar Filadelfia —ciudad de la que el Ejército Continental había huido precipitadamente— y estableció allí sus cuarteles de invierno. Tres semanas más tarde, el 4 de octubre, Washington volvió a atacar en Germantown. Howe volvió a repeler el ataque, en esta ocasión infligiendo al ejército colonial graves bajas. Con su ejército asolado por las enfermedades, las deserciones, la baja moral y la falta de suministros, Washington se replegó a sus propios cuarteles de invierno en Valley Forge. Con caballerosa deportividad, Howe le dejó en paz para que restañase sus heridas y recompusiera su destrozado ejército.

En este proceso de reconstrucción del Ejército Continental, la masonería desempeñaría un papel especialmente importante. Atraídos por los sueños que la masonería había contribuido a inculcar, los soldados profesionales procedentes del extranjero cruzaron el Atlántico y se unieron a la causa de los colonos. Entre ellos estaba, por ejemplo, el barón Friedrich von Steuben, un veterano prusiano reclutado por Franklin y Deane, quien llegó a ser el instructor militar de Washington. Steuben, provisto de la disciplina y el profesionalismo del ejército de Federico el Grande, y casi sin ayuda, convirtió a los inexpertos reclutas coloniales en una eficaz fuerza de combate. También estaba el francés Johann de Kalb, otro veterano de los campos de batalla europeos, quien habría de convertirse quizás en el más competente y fiable de los comandantes de Washington. Estaba Casimir Pulaski, un polaco apasionadamente comprometido con la causa colonial y que perdería la vida a causa de las heridas recibidas durante el sitio de Savannah. De Polonia había llegado también Tadeusz Kosciuszko, quien construyó las elaboradas fortificaciones para West Point y se convirtió en el principal arquitecto e ingeniero militar de los colonos. Finalmente, por supuesto, estaba el joven marqués de Lafayette, quien entonces contaba con poco más de veinte años, cuya posición social y su carismática personalidad compensaban con creces su falta de experiencia militar y tuvieron un notable efecto sobre la moral de los hombres, al tiempo que su actividad diplomática sería crucial. De hecho, es probable que el marqués de Lafayette haya sido más responsable que cualquier otro de hacer que Francia entrase en la guerra, y esta circunstancia, a su vez, hizo posible la victoria final en Yorktown. Con la excepción de Kosciuszko, de quien no ha sobrevivido ninguna información importante, todos estos hombres eran masones o probables masones. Lafayette y Steuben, en particular, se veían a sí mismos como contribuyendo a la fundación de la república masónica ideal.

La debacle de Saratoga

Con las derrotas sufridas en Brandywine y Germantown, y el penoso invierno en Valley Forge, 1777 fue un año especialmente desastroso para Washington. Al norte de su campo de operaciones, sin embargo, se produjo lo que sería, con el conocimiento que da la percepción retrospectiva de los hechos, el enfrentamiento más crítico de la guerra. Washington no tomó parte directa en el mismo. Y tampoco Howe. Pero Howe, en virtud de ese mismo hecho, demostró una vez más la curiosa apatía y lasitud tan características de él durante el conflicto. De hecho, las pruebas sugieren que, en este caso, podría haber estado demostrando algo más.

Como hemos visto, la guerra era extremadamente impopular. Era impopular entre los jefes militares británicos en Norteamérica —los hermanos Howe, Clinton y Cornwallis— y era impopular entre los miembros de ambos partidos en Inglaterra. Edmund Burke, por ejemplo, se pronunciaba públicamente contra la represión en las colonias. Y también lo hacía Charles Fox. William Pitt, conde de Chatham, quien había dirigido la conquista de las colonias francesas en Norteamérica hacía veinte años, pronunció una serie de encendidos discursos en el Parlamento llamando a la reconciliación y murió al acabar uno de ellos. El hijo de Pitt, quien en esa época servía como edecán de sir Guy Carleton en Canadá, había recibido órdenes de su padre de renunciar a su puesto antes de luchar contra los colonos. El conde de Effingham también dimitió. El almirante Augustus Keppel, quien sucedió a lord Sandwich como primer lord del Almirantazgo, declaró públicamente que no llevaría a cabo operaciones militares contra hombres a quienes consideraba sus compatriotas. Que se sepa, ninguna de esas declaraciones públicas fue hecha por George Rodney, el comandante naval más famoso de la época: pero está claro que Rodney sentía lo mismo, evitando cuidadosamente cualquier acción en aguas norteamericanas hasta que la guerra se hubo decidido, y trasladándose sólo entonces a aguas del Caribe para infligir una dramática derrota a la flota francesa. Y, como hemos visto, Amherst, comandante en jefe del ejército y reconocido experto en las campañas militares en suelo norteamericano, se negó igualmente a empezar una campaña contra los colonos. En Canadá, sir Guy Carleton compartía la lasitud de su amigo, sir William Howe. Entre los escalones superiores del *establishment* británico, la resistencia militar, naval y civil a la guerra era virtualmente unánime, como lo era la antipatía que suscitaba su principal defensor en Inglaterra, lord George Germain. Había una única y notable excepción, un hombre que se congraciaba con Germain y abogaba por una represión implacable de los colonos: sir John («Gentleman Johnny») Burgoyne.

Burgoyne, un dandi y dramaturgo menor en Inglaterra, no había prestado servicio previamente en Norteamerica antes del inicio de las

hostilidades en 1775. Era el único, entre los comandantes británicos, para quien Norteamérica era un mundo extraño. Durante la guerra de los Siete Años había permanecido en Inglaterra, participando en una serie de incursiones sin importancia en la costa francesa. Más tarde había formado su propio regimiento de caballería ligera y llevado a sus hombres a Portugal, donde lucharon como voluntarios en el conflicto que ese país mantenía con la vecina España. Después de derrotar a las fuerzas españolas en Villa Velha en 1762, Burgoyne regresó a Inglaterra acompañado de una reputación de hombre de ingenio y brío. Nunca fue masón.

En la época de Bunker Hill servía a las órdenes de Howe en Boston. Más tarde, en febrero de 1776, fue designado segundo en el mando con sir Guy Carleton en Quebec y entró en acción en Canadá durante la frustrada invasión de Richard Montgomery. Burgoyne desaprobaba vigorosamente la manifiesta «indecisión» con la que Carleton, al igual que hacía Howe en el sur, llevaba a cabo las operaciones contra los rebeldes. Como hemos visto, Carleton dejó en libertad a los prisioneros capturados en el ataque contra Quebec. En otra ocasión, dejó en libertad a otros 110 prisioneros, incluyendo a un general, les proporcionó alimentos y calzado y permitió que regresaran a casa. En al menos otro caso, también impartió órdenes expresas que permitieron que los colonos que se retiraban pudiesen escapar. Para Burgoyne esa conducta resultaba inexcusable. Despreciaba a todos y todo lo que fuese «extranjero» y, sólo entre los comandantes británicos, aplicaba ese adjetivo a los colonos. Él les consideraba como algo entre un bribón y un niño malcriado que necesita con urgencia lo que en épocas posteriores se llamaría un «capote». Altivamente indiferente a sus penurias, no tenía ningún escrúpulo a la hora de reprimirles tan cruelmente como las circunstancias lo permitieran. En lo que a él concernía, los colonos no se merecían el trato caballeroso que les brindaban Carleton y Howe.

En noviembre de 1776, Burgoyne regresó a Inglaterra, donde continuó trabajando a favor de la causa de su amigo y protector, lord George Germain. A través de los buenos oficios de Germain llegó a ser confidente personal del rey. Esta posición le permitió actuar a espaldas de sus superiores en Norteamérica y vender su propio y ambicioso plan para acabar la guerra de un plumazo. Él se encargaría personalmente de aplicar el plan y cosechar la gloria que resultara de esa acción.

El plan exigía una orquestación, coreografía y oportunidad cuidadosas. Debía contar con una nutrida columna británica al mando del propio Burgoyne que atacase hacia el sur desde Canadá, avanzando en dirección a Albany a través de los viejos fuertes de Ticonderoga y Crown Point, el terreno montañoso y de densos bosques a través del cual se había abierto camino Amherst y Wolfe veinte años antes, pero en el cual Burgoyne no tenía ninguna experiencia. A Howe, entre tan

to, se le privaría de un mando independiente. Él dirigiría sus fuerzas, entonces estacionadas alrededor de Manhattan, hacia el norte para unirse a las de Burgoyne en Albany. De esta manera:

> ... dos ejércitos, uno procedente del norte desde Canadá y otro desde el sur, marcharían hasta encontrarse, cortando a las colonias en dos secciones separadas, después de lo cual esas secciones serían conquistadas individualmente.[25]

En efecto, toda Nueva Inglaterra habría quedado separada de las colonias del sur. Según un comentarista, Burgoyne confiaba en «poder conquistar... gloria, posición, honor y un lugar privilegiado en la historia».[26]

El plan de Burgoyne era sin duda ambicioso. Sería cuestionable afirmar que en manos más experimentadas podría haber tenido éxito; y aun cuando hubiese tenido éxito, el valor de los resultados podría haber sido insignificante, ya que en 1777 los principales teatros de operaciones se habían desplazado hacia el sur, y Nueva Inglaterra se había convertido en una zona irrelevante en términos estratégicos. No obstante, Germain y el rey aprobaron la idea. Sir Guy Carleton sería reemplazado por Burgoyne como comandante en jefe en Canadá y así se le notificó oficialmente en marzo de 1777. Carleton dimitió de inmediato, pero permaneció en Quebec el tiempo suficiente para pertrechar a las fuerzas de Burgoyne. Éste, después de las disputas que habían mantenido, se mostró sorprendido por la celeridad con la que Carleton le brindó su cooperación. Sir Guy, escribió Burgoyne, «no podría haber mostrado... más celo para complacer mis demandas y deseos».[27] En realidad, Carleton sólo quería perder a Burgoyne de vista y eximirse de todo ese asunto. Pero Carleton también reconocía, como veremos, que cuanto más deprisa se embarcara Burgoyne en su marcha, más seguramente avanzaría hacia su destrucción. Sabiendo muy bien lo que sucedería, Carleton estaba acelerando no el éxito de la empresa de Burgoyne, sino su inevitable fracaso.

El éxito del plan trazado por Burgoyne dependía finalmente de la cooperación de Howe, quien, en ese momento, estaba dedicado a operaciones alrededor de Manhattan. A fin de que el plan tuviese éxito, Howe tenía que llevar a cabo su parte avanzando hacia el norte con su ejército para reunirse con Burgoyne en Albany. Burgoyne suponía que lord Germain, su amigo y protector en Inglaterra, impartiría las órdenes correspondientes para obligar a Howe a que acatase el plan a pesar de sus objeciones. No había duda de que esa responsabilidad recaía sobre los hombros de Germain; y es Germain, por lo tanto, a quien se culpa habitualmente por todo lo que sucedió después.

Germain, sin duda, *fue* parcialmente responsable, parcialmente culpable de negligencia. La historia aceptada generalmente es que estaba ansioso por marcharse de vacaciones. Entonces firmó rápidamente las órdenes para Burgoyne porque no quería tener a su carruaje espe-

rando en el camino; pero como las órdenes de Howe no habían sido copiadas adecuadamente, simplemente las ignoró. Eso, en cualquier caso, escribió el conde de Shelburne, en lo que se ha convertido en una de las acusaciones tipo contra Germain;

> Entre muchas peculiaridades, sentía una aversión particular a que le apartasen de su camino en cualquier ocasión; había decidido viajar a Kent o Northamptonshire a una hora determinada, y detenerse de camino en el ministerio para firmar los despachos, todos los cuales habían sido preparados, para ambos generales. Por algún error, los del general Howe no estaban debidamente copiados y, ante su creciente impaciencia, en el ministerio, donde eran muy indolentes, le dijeron que le enviarían los documentos al campo, mientras despachaban el resto al general Burgoyne, esperando que los otros pudiesen ser expedidos antes de que el paquebote zarpase con los primeros. Éste, sin embargo, por algún error zarpó sin ellos, y el viento retrasó el barco que se dispuso para llevar el resto. En consecuencia, ello desencadenó la derrota del general Burgoyne, la declaración francesa y la pérdida de trece colonias. Podría parecer increíble si su propio secretario y las personas más respetables de su despacho no me hubiesen dado pruebas de este hecho; lo que lo corrobora es que no puede ser explicado de ninguna otra manera.[28]

Lord Shelburne, en este relato, no es del todo preciso. Lo que sucedió *puede* ser explicado de otra manera o, en cualquier caso, de una forma que añade una dimensión complementaria a la versión de Shelburne. Porque si bien es posible que Germain haya pasado por alto la firma personal de las órdenes indispensables, éstas *fueron* firmadas de todos modos y enviadas a Howe. Las órdenes llevaban la firma de un hombre llamado D'Oyley, un subsecretario en el Ministerio de Guerra. Se sabe que Howe recibió los documentos el 24 de mayo de 1777.[29] Que no llevasen la firma de Germain no viene al caso. Aun así, Howe, en teoría, debería haber estado obligado a actuar según las órdenes.

Y más aún, Howe *ya sabía* lo que se suponía que debía hacer:

> Dado que lord George era un hombre difícil de apreciar y respetar, su inexcusable negligencia en no asegurarse de que sus órdenes llegasen a manos de sir William en Nueva York es, sin embargo, sólo una parte del calamitoso error... En la otra parte estaba el conocimiento cierto del general Howe de que, mientras Burgoyne marchaba hacia el sur, los norteamericanos le estaban rodeando.[30]

En realidad, tan cierto era el conocimiento de Howe que incluso proporcionó a Burgoyne datos de inteligencia en ese sentido. Howe

> ... le dijo a Burgoyne que el ejército norteamericano del norte estaba a punto de ser reforzado con 2.500 hombres. Howe sabía también...

que el general rebelde Israel Putnam, con otros 4.000 hombres, se encontraba en Peekskill, entre Clinton en la ciudad de Nueva York, y Burgoyne en Fort Edward.[31]

Un breve repaso a la secuencia exacta de los acontecimientos revela la forma en que Howe y Carleton actuaron conjuntamente para asegurar el fracaso de Burgoyne y, a través del inesperado favor añadido de la negligencia de Germain, para que toda culpa recayese sobre él. A comienzos de 1777, Howe, como ya hemos visto, decidió abandonar Nueva Jersey a las fuerzas de Washington y marchar a la capital colonial de Filadelfia. Notificó a Germain sus intenciones y éste las aprobó el 3 de marzo.[31] El 26 de marzo, sin embargo, se produjo el contratiempo descrito más arriba. Germain impartió órdenes oficiales a Burgoyne para que marchase hacia el sur y para que Howe se reuniese con él en Albany. Estas órdenes fueron despachadas, con la firma de Germain, a Burgoyne. Fueron despachadas, según el Ministerio de Guerra, con la firma de D'Oyley, a Howe, quien las recibió el 24 de mayo.[32] Pero siete semanas antes, el 2 de abril, Howe ya le había escrito a Carleton a Canadá que él no sería capaz de ofrecerle demasiada ayuda a Burgoyne «ya que probablemente me encuentre en Pennsylvania».[33] En otras palabras, Howe, siete semanas antes de recibir sus órdenes, *ya* sabía lo que se esperaría que hiciera y *ya* había decidido que no lo haría. Carleton recibió la carta de Howe *antes* de que Burgoyne iniciara su marcha hacia el sur desde Quebec el 13 de junio. No obstante, Carleton no sólo no advirtió a Burgoyne, sino que incluso le apremió para que se pusiera en marcha, con un «celo» que el complacido Burgoyne encontró sorprendente. Por lo tanto, resulta evidente que Howe y Carleton, aprovechándose de la lentitud de las comunicaciones y de la vaguedad general de las órdenes, se las ingeniaron para exculparse a sí mismos al tiempo que permitían que Burgoyne se dirigiese hacia una derrota que era un resultado inevitable. Y Germain, por su parte, continuando con su vaguedad, les ayudó involuntariamente en su posterior autoexoneración.

El 18 de mayo, Germain escribió a Howe. En la carta, extrañamente, respaldó al avance de Howe a Filadelfia, «confiando, no obstante, que, cualquier cosa que podáis planear, será ejecutada a tiempo para que cooperéis con el ejército que he ordenado que proceda desde Canadá...».[34] Resulta extraordinario que Germain se haya mostrado tan ingenuo como para pensar que Howe pudiera avanzar hacia el sur en dirección a Pennsylvania *y* luego se las arreglase para marchar hacia el norte para reunirse a tiempo con Burgoyne. Howe no era tan ingenuo. Él ni siquiera simuló darse prisa. Por el contrario, se movió de un modo claramente pausado. Cuando la carta de Germain llegó a sus manos el 16 de agosto, se encontraba a bordo de un barco en aguas de la bahía de Chesapeake con rumbo a Filadelfia. Aquel mismo día, los mercenarios alemanes que marchaban a la vanguardia de

la columna de Burgoyne tuvieron un enfrentamiento con los colonos en Bennington y fueron aniquilados:

> Cuando Howe decidió abandonar a Burgoyne... resulta difícil imaginar cómo esperaba que Burgoyne llegase a Albany... no hay duda de que, con o sin las órdenes de Germain, sir William Howe debió tener alguna sospecha de que Burgoyne se estaba dirigiendo hacia problemas muy serios y, sin embargo, no hizo nada para asegurarse de que Burgoyne no resultase gravemente, incluso fatalmente, afectado.[35]

El 30 de julio, Burgoyne, que avanzaba a través de la región densamente boscosa del norte del estado de Nueva York, había enviado una carta a Germain en la que se quejaba de que no tenía idea de cuáles eran las intenciones de Howe. Éste parece haber sido su primer indicio del peligro que le acechaba. El 20 de agosto, cuatro días después de la derrota en Bennington, envió una segunda carta. Para entonces, Howe ya marchaba con sus fuerzas hacia Pennsylvania. El 30 de agosto, Howe le escribió una carta contundente a Germain en la que le decía que «no tenía la más mínima intención de ayudar a Burgoyne».[36] El 11 de septiembre, como ya hemos visto, derrotó a Washington en Brandywine. El 27 de septiembre ocupó Filadelfia y, una semana más tarde, el 4 de octubre, volvió a derrotar de forma aplastante a Washington, en Germantown. Burgoyne, mientras tanto, se hundía cada vez más profundamente en la ciénaga de su propia creación. El 7 de octubre, tres días después de Germantown, su columna se topó con la fuerza colonial principal al mando del general Horatio Gates. Su ataque fue repelido y, tras sufrir fuertes bajas, Burgoyne se replegó a su campamento en Saratoga, sólo para ser desalojado de allí por el contraataque de Gates. Por fin, el 17 de octubre, completamente rodeado, con todas las rutas de retirada cortadas y ninguna esperanza de ayuda o relevo, Burgoyne se rindió con aproximadamente 6.000 hombres. Cinco días más tarde, Howe, protegido en sus cuarteles de invierno en Filadelfia, le escribió a Germain, haciendo referencia a su carta del 2 de abril (y tomándose cierta libertad retrospectiva en su fraseología): «Yo mencioné que el ejército del sur no podía ofrecer ninguna ayuda directa».[37]

A partir de esta secuencia de acontecimientos, está claro que Howe, ya en marzo, había tomado la decisión de no acudir en ayuda de Burgoyne. Incluso así lo expresó en la carta que enviara a Carleton. Sin embargo, ninguno de los dos hombres, aunque sabían perfectamente cuáles serían casi con toda seguridad las consecuencias de su actitud, hizo nada para evitarlas. Howe, quien obviamente se oponía a la expedición planeada por Burgoyne, nunca intentó reconvenir a sus jefes en Londres, nunca hizo valer su autoridad como comandante en jefe para afirmar que ese plan era un error. Y Carleton, al apremiar a Burgoyne para que iniciara la marcha, incluso precipitó el desenlace.

Ambos fueron capaces de exculparse a sí mismos aprovechándose de la extremada lentitud de las comunicaciones y de la reconocida incompetencia de Germain; y también respondiendo a la involuntaria vaguedad de las órdenes que se les impartieron con una deliberada vaguedad de su parte.

Seguramente hubo otro protagonista en este drama a quien los historiadores posteriores han descuidado por completo. Amherst, no debe olvidarse, era comandante en jefe del ejército en aquella época. Era un veterano del terreno a través del cual Burgoyne se proponía avanzar hacia el sur; podía evaluar rápidamente tanto los peligros como la inexperiencia de Burgoyne. No sólo era el antiguo comandante de Howe en campaña, sino también un viejo amigo que habría recibido complacido cualquier queja que éste le presentase. Todas las órdenes, en teoría, deberían haber pasado por las manos de Amherst. De hecho, hablando en términos estrictos, las órdenes deberían haber sido impartidas a través de él, y no a través de Germain. Al menos habría estado enterado de lo que estaba ocurriendo. Y Amherst, sin embargo, durante toda la secuencia de acontecimientos que culminaron en Saratoga, parece haberse esfumado. No existe ningún documento donde conste una queja de Howe y tampoco se sabe que hayan intercambiado cartas de ninguna naturaleza. No hay ningún registro donde conste que hiciera un solo comentario, una sola sugerencia, donde pronunciara una sola palabra de advertencia. Y tampoco que haya impartido ninguna clase de órdenes. Su absoluta invisibilidad resulta muy elocuente. Si hubo realmente un acuerdo tácito de Howe y Carleton para que Burgoyne fracasara, Amherst también debió estar implicado y, como mínimo, haber dado su aprobación.

En cualquier caso, y cualquiera que haya sido o dejado de ser el papel de Amherst, las conclusiones resultan inevitables. Existen pocas dudas en cuanto al hecho de que Howe y Carleton *querían* que Burgoyne fracasara. La verdadera pregunta es por qué. ¿Era simplemente animosidad personal hacia Burgoyne, un deseo malicioso de verle desacreditado? Eso es bastante improbable. Sin duda, tanto Howe como Carleton sentían una intensa y probablemente justificada aversión por Burgoyne. Pero resulta difícilmente concebible que ambos hubiesen aprobado la destrucción de todo un ejército sólo para satisfacer una animosidad personal, especialmente si ese sacrificio serviría sólo para dificultad aún más sus tareas. Cualesquiera que hayan sido sus sentimientos personales hacia Burgoyne, ellos no le habrían abandonado a su suerte *a menos que tuviese sentido hacerlo en términos más amplios*, que tuviese sentido según determinada perspectiva política general sobre la guerra. Y considerando la perspectiva de Howe y Carleton con respecto a la guerra, tenía precisamente ese sentido. Los historiadores han tendido a ver el abandono de Burgoyne por parte de Howe como un error monstruoso resultante de señales cruzadas o bien como un acto de atroz y desconcertante negli-

gencia. De hecho, sin embargo —y éste es un punto crucial—, era perfectamente coherente con la forma en que Howe (y Carleton y Cornwallis) había dirigido, y dirigiría, las operaciones en el curso del conflicto.

El desastre de Burgoyne también dio a Howe la oportunidad que buscaba desde hacía tiempo, una excusa para renunciar al mando sin que ello significara ningún estigma personal. Y así lo hizo un mes después de la batalla de Saratoga. Y, un mes más tarde, su hermano, el almirante Richard Howe, siguió su ejemplo.

En términos puramente militares, Saratoga, como hemos visto no fue una batalla decisiva en sí misma. No afectó notablemente el esfuerzo bélico británico. No mermó los efectivos disponibles en los principales campos de operaciones de la guerra. No dificultó la capacidad de continuar con sus campañas de otros comandantes británicos. Por el contrario, las fuerzas de Howe aún estaban intactas y la posición estratégica general no era peor de lo que había sido antes. Si Howe lo hubiera deseado, podría haber aplastado a Washington.

Pero en términos no militares, Saratoga fue realmente decisiva y marcó de hecho el verdadero punto de inflexión en la guerra de la Independencia norteamericana. En primer lugar, proporcionó a los colonos una importante inyección de moral precisamente en el momento en que esa transfusión se necesitaba más desesperadamente. En segundo lugar, instó a Francia no sólo a reconocer a las colonias rebeldes como una república independiente, sino también a entrar en la guerra en su bando. Y este hecho marcaría una notable diferencia estratégica. Las tropas regulares francesas llegarían a Norteamérica. La Royal Navy tendría que enfrentarse a una flota de fuerza comparable en aguas norteamericanas y, de ese modo, aunque sólo fuese temporalmente, se desafiaría el bloqueo naval impuesto por Gran Bretaña. A través del amplio espectro de operaciones desarrolladas en el continente europeo, mantendría a un número considerable de tropas retenidas en Inglaterra, unos efectivos que, en teoría al menos, podrían haber sido enviados a las colonias. La intervención de Francia obligaría a Gran Bretaña a desplegarse hasta puntos tan remotos como Gibraltar, Menorca y la India. En resumen, los nuevos acontecimientos tensarían los recursos británicos —militares, navales y económicos— de un modo que haría que la guerra se volviese cada vez más contraproducente.

Estas consecuencias, sin embargo, tardaron en hacerse evidentes. Hasta entonces, el conflicto continuó su curso. De hecho, continuó durante otros cuatro años. El 8 de enero de 1778, Franklin, Silas Deane y Arthur Lee negociaron en París un tratado formal de alianza con Francia. Pero en Norteamérica, la situación de los colonos seguía siendo desesperada. En Mayo, Howe fue sustituido por sir Henry Clin

ton, con lord Cornwallis técnicamente a sus órdenes, pero ejerciendo a menudo un mando independiente. El ejército de Washington se convirtió, en realidad, en un cuerpo inútil. Habría de sufrir dos inviernos más tan crudos como el que había tenido que soportar en Valley Forge y se vería plagado por motines que lo debilitaban aún más. No obstante, ni Clinton ni Cornwallis hicieron ningún intento de obtener ventaja de la situación. Entre tanto, el foco de las operaciones se trasladó al sur.

En diciembre de 1778 las fuerzas británicas tomaron Savannah y, en octubre del año siguiente, defendieron la ciudad contra un decidido asalto de los colonos. Durante la mayor parte de 1779, las operaciones fueron insignificantes, pero en mayo de 1780 Clinton capturó Charleston, en Carolina del Sur, infligiendo a los colonos su peor derrota en la guerra. Al mismo tiempo, Benedict Arnold inició negociaciones secretas con Clinton para entregar West Point y el valle del Hudson a los británicos. El 16 de agosto de 1780, Cornwallis se enfrentó a Horatio Gates, el vencedor de Saratoga, en Camden, al sur de Nueva Jersey. Los colonos volvieron a ser derrotados y el barón de Kalb —el segundo en el mando de Gates— murió en la batalla. El propio Gates huyó del campo de batalla y, desde entonces, nunca pudo superar la ignominia. Las campañas se volvieron cada vez más esporádicas. Con la excepción de una nueva victoria británica en Guildford Courthouse el 15 de marzo de 1781, la guerra degeneró en una serie de escaramuzas guerrilleras. Finalmente, el 7 de agosto de 1781, Cornwallis, que había estado realizando operaciones en Virginia, estableció su base en Yorktown y permitió que sus tropas quedasen inmovilizadas allí. El 30 de agosto, una flota francesa se hizo brevemente con el control de los aproches y desembarcó fuerzas al mando de Lafayette y el barón von Steuben. Alrededor de tres semanas más tarde llegó el ejército de Washington, y Cornwallis, con 6.000 hombres bajo su mando, se encontró sitiado por 7.000 colonos y cerca de 9.000 soldados franceses. Consiguió resistir el asedio hasta el 18 de octubre y luego se rindió, aunque Clinton, con 7.000 refuerzos, se encontraba a menos de una semana de marcha. Es obvio que, para entonces, el alto mando británico había perdido todo interés en la guerra.

Al igual que había sucedido con la batalla de Saratoga, Yorktown no fue en sí misma decisiva en términos militares. El ejército de Clinton estaba intacto, y en abril de 1782, el almirante Rodney arrinconó a la flota francesa en las Antillas y la destruyó por completo. Si Gran Bretaña hubiese querido continuar la guerra, habría podido eliminar cualquier ayuda posterior de los franceses a las colonias norteamericanas. Pero el 27 de febrero, el Parlamento ya había rechazado cualquier nueva acción contra los colonos y se iniciaron las negociaciones de paz. Éstas llevaron casi un año, tiempo durante el cual se suspendieron todas las operaciones, excepto contra los restos de la flota fran

cesa en el mar. Por último, el 4 de febrero de 1783, el nuevo gobierno británico proclamó un fin formal de las hostilidades. El 3 de septiembre se firmó el Tratado de París, por el que las colonias rebeldes eran reconocidas como una república independiente, los Estados Unidos. En noviembre, los últimos contingentes del ejército británico se habían retirado del suelo de la nueva nación y el Ejército Continental había sido licenciado. El 23 de diciembre, Washington dimitió de su puesto como comandante en jefe.

Intervalo

Las lealtades masónicas

La influencia de la masonería en el curso de la guerra de la Independencia norteamericana fue a la vez directa e indirecta, general y particular. En algunos casos sirvió como vehículo para el desarrollo de actividades políticas e incluso de naturaleza revolucionaria. Así, por ejemplo, la Logia de St. Andrew, en Boston, desempeñó un papel muy importante en el incidente del «Té de Boston» y también, en la persona de John Hancock, aportó un presidente al Congreso Continental. La masonería impartió sus valores y actitudes al recién formado Ejército Continental y es posible que haya tenido alguna relación con la designación de Washington como comandante en jefe. Y constituía, asimismo, un vínculo fraternal con los voluntarios procedentes del extranjero, como fue el caso de Steuben y Lafayette.

De una manera menos directa y cuantificable, la masonería contribuyó a crear una atmósfera general, un clima o ambiente psicológico que ayudó a conformar el pensamiento no solamente de hermanos activos como Franklin y Hancock, sino también de personas que no eran masones. Sin la masonería del siglo XVIII, los principios arraigados en el mismo corazón del conflicto —libertad, igualdad, hermandad, tolerancia, los «derechos del hombre»— no habrían tenido la influencia que tuvieron. Es verdad que esos principios le debían mucho a Locke, Hume, Adam Smith y *les philosophes* en Francia. Pero la mayoría de esos pensadores, si no todos, eran masones, se movían en círculos masones o estaban influidos por la masonería.

Ahora bien, la masonería también se filtró hasta el nivel de los habitantes de las zonas rurales. No sólo dio forma a los ideales que sustentaron la guerra de la Independencia norteamericana; no sólo afectó al pensamiento de los políticos y los gobernantes, los planificadores de alto nivel y los que tomaban las decisiones; no sólo influyó en las actitudes de hombres como Howe, Carleton, Cornwallis, Washington.

Lafayette y Steuben, también impregnó a la tropa en la guerra, a los «soldados corrientes», que encontraron en ella un vínculo unificador y un principio de solidaridad. Ello fue particularmente cierto en el caso del Ejército Continental, donde, en ausencia de tradiciones propias de los regimientos, la masonería formó la base para el *élan vital* y el *sprit de corps*. En el ejército británico, también, la masonería forjó vínculos no sólo entre los soldados rasos y sus oficiales. Así, por ejemplo, la logia de campaña del 29.º de Infantería, posteriormente el Regimiento de Worcestershire, incluía a dos tenientes coroneles, dos tenientes y ocho soldados rasos.[1] La logia del 59.º de Infantería, posteriormente el Regimiento de East Lancashire, incluía a un teniente coronel, un mayor, dos tenientes, un cirujano, un profesor de música, tres sargentos, dos cabos y tres soldados rasos.[2]

La influencia ejercida por la masonería no quedó confinada tampoco al personal que formaba parte de cada uno de los ejércitos implicados en el conflicto. También alcanzó a sus adversarios. La guerra de la Independencia norteamericana está llena de anécdotas que dan fe de la manera en que las lealtades masónicas condicionaron, y en algunas ocasiones incluso trascendieron, a todas las demás.

Entre los aliados indios más estrechos del ejército británico durante la guerra estaban los *mohawk*, dirigidos por su famoso jefe Joseph Brant. La hermana de Brant, antes del conflicto, se había casado con sir William Johnson, gran maestre provincial de Nueva York y compañero de Amherst. Durante una visita realizada a Londres en 1776, Brant fue iniciado como masón. Ese mismo año, durante la frustrada invasión colonial a Canadá, un tal capitán McKinstry fue hecho prisionero por algunos miembros de la tribu de Brant, atado a un árbol y rodeado de leña seca que los indios se dispusieron a encender. Cuando McKinstry hizo un «llamado masónico», Brant lo reconoció y ordenó que le dejasen en libertad. Más tarde, fue devuelto a una logia británica instalada en Quebec y repatriado a Inglaterra.[3]

Entre los prisioneros de guerra capturados durante la toma de Nueva York por parte de las fuerzas de Howe, había un masón llamado Joseph Burnham. Burnham consiguió escapar y, huyendo a pie, buscó refugio una noche entre las vigas de madera que formaban parte del techo de una logia local. Las vigas, que no estaban aseguradas con clavos, cedieron bajo su peso y Burnham aterrizó estrepitosamente en medio de una reunión de asombrados oficiales británicos. Se intercambiaron signos de reconocimiento y los oficiales británicos «realizaron una generosa contribución al hermano Burnham, quien luego fue trasladado en secreto hasta la costa de Jersey».[4]

En otra ocasión, Joseph Clement, un masón británico del 8.º de Infantería (posteriormente el Regimiento de Liverpool), estaba sirviendo en un destacamento de tropas de asalto cuando, después de un tiroteo, vio que un indio se disponía a arrancarle la cabellera a un colono prisionero. El prisionero apeló a la protección de Clement

haciendo una señal masónica. Clement le ordenó al indio que se marchara, luego hizo que el prisionero fuese trasladado a una granja cercana, donde recibió los cuidados necesarios hasta que estuvo en condiciones para regresar a su casa. Algunos meses más tarde, en el norte del estado de Nueva York, Clement fue apresado y encerrado en un calabozo en una cárcel local. Su guardián resultó ser el mismo hombre a quien él había salvado, y aquella noche «llegó un amigo y le dijo que, al amanecer, el cerrojo de la puerta de la celda estaría abierto y que fuera le estaría esperando un caballo para que pudiese escapar hacia la frontera».[5]

Si esta clase de relación afectiva existía entre oficiales y soldados rasos, también existía entre los comandantes. El 16 de agosto de 1780, Cornwallis, como hemos visto, se enfrentó a las fuerzas coloniales al mando del general Horatio Gates y del barón de Kalb en la batalla de Camden. Cuando las posiciones de los colonos se derrumbaron, Gates escapó del campo de batalla, dejando atrás a sus tropas en su huida. Kalb, considerado tradicionalmente un masón, resultó mortalmente herido. Kalb fue encontrado por el segundo en el mando de Cornwallis, Francis Rawdon, conde de Moira, quien, una década más tarde, se convirtió en gran maestre de la Gran Logia de Inglaterra. Kalb fue llevado a la tienda de Moira, donde éste le cuidó personalmente durante tres días. Cuando Kalb murió, Moira dispuso que se le hiciera un funeral masón.[6]

En el seno de ambos ejércitos, la masonería funcionaba como una especie de tribunal de apelaciones para favores y reparación de agravios. Para tomar un ejemplo de después de la guerra, en 1793 la logia de campaña del 14.º de Dragones presentó una petición por la que solicitaba que su logia madre, la Gran Logia de Irlanda, «intercediese ante el virrey y gobernador de Irlanda o el comandante en jefe» en nombre de un tal J. Stoddart, el oficial del servicio de Intendencia del regimiento. La petición fue enviada al coronel Cradock, comandante del regimiento y compañero masón, «con la solicitud de esta gran logia... de que utilizara generosamente su amistosa y fraternal influencia en nombre del citado hermano Stoddart».[7]

Durante la guerra de la Independencia norteamericana se produjeron numerosos episodios de autorizaciones e insignias de las logias de campaña capturadas por el otro bando y debidamente devueltas. En una ocasión, las insignias del 46.º de Infantería —posteriormente el 2.º Batallón de Infantería Ligera del duque de Cornwall— fueron capturadas por tropas coloniales. Siguiendo las instrucciones de George Washington, las insignias fueron devueltas, bajo una bandera de tregua, acompañadas del mensaje de que él y sus hombres «no hacían la guerra con instituciones de caridad».[8] En otra ocasión, fueron capturados los certificados del 17.º de Infantería, posteriormente el Regimiento de Leicestershire. También fueron devueltos acompañados de una carta del general Samuel Parsons. Esta carta es una muestra elocuente

mente típica del espíritu alentado por la masonería en ambos ejércitos y entre todos los rangos:

> Hermanos:
>
> Cuando la ambición de los monarcas, o los intereses encontrados de los Estados en conflicto, convocan a sus súbditos a la guerra, como masones estamos desarmados de ese resentimiento que aviva la desolación indistinguible, y, aunque nuestros sentimientos políticos puedan impulsarnos hacia la disputa pública, aún somos hermanos, y (nuestro deber profesional aparte) deberíamos promover la felicidad y el bienestar de cada uno.
>
> Aceptad, por lo tanto, de manos de un hermano, la Constitución de la logia «Unidad N.º 18» del 17.º Regimiento Británico, que vuestras últimas desgracias pusieron en mi poder para que os la retornase.
>
> Soy vuestro hermano y obediente servidor.
>
> SAMUEL H. PARSONS[9]

19

La república

En noviembre de 1977, poco después de la batalla de Saratoga, el Congreso Continental había acordado, al menos de una manera general, la forma de gobierno que adoptaría la flamante e inexperta república. Esta forma sería una federación de estados, cada uno de los cuales tenía que ratificar formalmente los Artículos de la Confederación propuestos. Las disputas acerca de las fronteras demoraron el proceso y los Artículos de la Confederación no fueron ratificados por las trece colonias hasta comienzos de marzo de 1781, siete meses antes de la rendición de los británicos en Yorktown. Pero aún tendrían que transcurrir seis años antes de que la situación progresara de un modo significativo.

Entre 1783 y 1787 se produjo una laguna, como si los colonos, aturdidos por lo que habían conseguido, exigieran una pausa para recobrar el aliento y evaluar la situación. Su población tenía alrededor de 211.000 habitantes menos que antes de la guerra. La mayor parte de esta merma debía atribuirse al hecho de que los colonos leales a la corona huyeron de regreso a Inglaterra o, con más frecuencia, a Canadá.

Finalmente, el 25 de mayo de 1787, la Convención Constitucional inició sus sesiones en Filadelfia y emprendió los esfuerzos para crear la organización del gobierno para la nueva nación. La primera voz en hacerse oír de una manera significativamente influyente fue una característicamente masónica, la de Edmund Randolph. La mayor parte de la familia de Randolph había permanecido leal a la corona y regresado a Inglaterra en 1775. El propio Randolph, sin embargo, miembro de la Logia de Williamsburg, se había convertido en ayudante de campo de Washington. Posteriormente llegaría a ser procurador general, gobernador de Virginia y gran maestre de la Gran Logia de Virginia.[1] Durante la presidencia de Washington, Randolph ocuparía el cargo de primer procurador general de Estados Unidos y luego primer ministro de Relaciones Exteriores.

Durante la Convención Constitucional, Washington, aunque elegido para presidirla, no tomó parte en los debates, y es probable que Randolph, en cierta medida al menos, actuase como su portavoz o delegado. Randolph propuso que la convención no sólo repasara o revisara o modificara los Artículos de la Confederación que, hasta entonces, había mantenido unidas a las colonias recién independizadas. Propuso que se estableciera una nueva base para el gobierno central. Esta propuesta fue adoptada y se iniciaron los trabajos para convertir en una única nación a la débil confederación de las antiguas provincias.

La historia, por supuesto, ya había visto repúblicas antes. De hecho, el concepto de república se remontaba a la época clásica, desde la antigua Grecia y desde Roma en el período anterior al imperio. Pero, tal como los delegados a la Convención Constitucional eran dolorosamente conscientes, todas esas repúblicas anteriores habían estado sometidas a problemas tan crónicos como los que habían asolado a las monarquías. El principal de estos problemas, tal vez, era la propensión de los gobiernos republicanos a caer en manos de individuos o dinastías dictatoriales, que luego se volvían tan tiránicos como cualquier casa real o soberana, en ocasiones incluso peores. Debido a esta propensión, el propio concepto de república se había desacreditado gravemente entre los filósofos sociales del siglo XVIII. Incluso entre los pensadores más iluminados de la época, existían profundas dudas acerca de si el republicanismo era una forma viable de gobierno. Hume, por ejemplo, la había despreciado como una «novedad peligrosa».[2] Para él, con todo lo odiosa que pudiera ser la monarquía, seguía siendo preferible.[3] Los delegados a la Convención Constitucional se abocaron ahora a la solución de estos problemas. Y lo hicieron elaborando y enfatizando dos principios que, tomados juntos, constituían un acontecimiento único en las instituciones políticas de la época.

El primero de estos principios era que el poder recaería en el cargo, no en el hombre, y que el hombre debía ser reemplazado en su cargo a intervalos regulares y mediante el voto. Un individuo podía ocupar un puesto político o gubernamental, podía eximirse de las responsabilidades concomitantes, pero no podía volverse inseparable del mismo. Nuevamente, sin embargo, y aunque pudiera sonar deseable en teoría, había resultado tan denostado en la práctica como para quedar desacreditado. En cuestiones de gobierno especialmente, la separación teórica de hombre y cargo también había sido traicionada en demasiadas ocasiones, de manera monstruosa, como para inspirar otra cosa que fuese cinismo. Hombres como Locke, Hume y Adam Smith ni siquiera se dignaban a mencionarlo. Y, sin embargo, la masonería era una de las escasas instituciones del siglo XVIII en la que el principio *sí* funcionaba eficazmente y disfrutaba de cierto grado de respetabilidad. Maestres y grandes maestres eran elegidos entre y por sus pares por un período previamente establecido. No ejercían un poder autocrático. Al contrario, podían ser hechos responsables y, a menu

do, así era. Y cuando se consideraba que no eran dignos del cargo para el que habían sido elegidos, podían ser impugnados o depuestos, no a través de una revolución, un golpe palaciego o algún otro medio violento, sino por una organización administrativa perfectamente establecida.

A fin de asegurar la separación de hombre y cargo, la Convención Constitucional elaboró el segundo de sus principios fundamentales, y el que representó una contribución original a la historia política de la época. Según un sistema de llamados «controles y equilibrios», el poder quedaría distribuido en partes iguales entre dos cuerpos gubernamentales diferentes y autónomos: el Ejecutivo, en la forma de la Presidencia; y la Legislatura, en la forma de las dos cámaras del Congreso. En virtud de su autonomía, cada uno de estos cuerpos podría impedir cualquier concentración excesiva de poder en manos del otro. Y la separación de hombre y cargo quedaría garantizada en ambos mediante la celebración de elecciones regulares y legalmente obligatorias similares a aquellas que se realizaban en el sistema de logias. En el siglo XVIII, dichas elecciones no eran inusuales en otras partes, pero solamente se aplicaban a la rama legislativa del gobierno, que a menudo carecía de poder y actuaba principalmente como un cuerpo que se limitaba a aprobar lo que dictaba el ejecutivo. En la nueva república norteamericana, sin embargo, este principio recayó también en el ejecutivo, en el jefe de estado. En este caso, también resulta manifiesta la influencia de la masonería.

No hay duda de que la masonería contribuyó a las estructuras y a la organización del nuevo gobierno norteamericano. De hecho, esas estructuras son marcadamente diagramáticas, marcadamente geométricas en su diseño, evocativas de los ingeniosos modelos mecánicos producidos por el Colegio Invisible y la Sociedad Real. También reflejan una aplicación en el ámbito de la política de principios específicamente arquitectónicos. Pero si la masonería influyó en las estructuras del gobierno norteamericano, su influencia fue incluso mayor en la *forma* general de ese gobierno. Según un comentarista:

> Aunque libres, aún no estábamos unidos. Los vagos Artículos de la Confederación no proporcionaban un gobierno nacional fuerte, una moneda común o un sistema judicial consistente. Hombres visionarios comprendieron que era necesario dar otro paso si queríamos que la débil Confederación de Estados Americanos se convirtiese en una nación fuerte y unida. Nuevamente fue la masonería la que fijó el modelo en cuanto a ideología y forma. Puesto que el sistema de organización federal masónico era el único modelo para una organización eficaz que operase en cada una de las trece colonias originales, era natural que el intento de la hermandad patriótica de fortalecer a la bisoña nación se volviese hacia la base de la organización de la masonería como modelo. Al margen de otras fuerzas que influyeron en la elaboración de la Constitución durante la Con

> vención Constitucional en 1787, sigue siendo un hecho que el federalismo establecido en el gobierno civil creado por la Constitución es idéntico al federalismo del sistema de gran logia de gobierno masónico creado en las *Constituciones* de Anderson de 1723.[5]

Esta declaración es obra de un escritor masónico norteamericano y está, a la vez, exagerando y simplificando excesivamente el caso. La realidad era mucho menos definida, mucho más complicada y surgió sólo de un modo gradual después de acalorados debates. Y, sin embargo, sigue siendo válida la sustancia general de la afirmación. La masonería *sí* aportó un sistema de trabajo fluido de un sistema federal eficaz y, tal vez, el único modelo de esas características de la época. Ese hecho resultó mucho más evidente para los delegados a la Convención Constitucional que para nosotros en la actualidad, cuando los sistemas federales poseen una serie de instituciones y se los da por sentado. En el siglo XVIII, la masonería ofrecía un dramático testimonio en el sentido de que un sistema federal *podía* funcionar. Aportaba un precedente que se necesitaba con desesperación. Si ese sistema se demostraba viable en la masonería, existía al menos un prototipo para su aplicación al gobierno.

La influencia masónica en la Constitución

Como hemos visto, los primeros acontecimientos que tuvieron lugar en la guerra de la Independencia norteamericana —los acontecimientos, digamos, desde el incidente del «Té de Boston» hasta la Declaración de Independencia— tuvieron un impulso propio. Los hombres se encontraban enfrentados casi diariamente con *faits accomplis*, de los que tenían que aprovechar lo mejor y sobre los cuales se veían obligados a construir. Esto había necesitado una improvisación permanente, en la que estuvieron implicadas numerosas organizaciones, no sólo la masonería sino también fraternidades como la radical Hijos de la Libertad. Y entre los individuos que desempeñaron un papel fundamental en aquella época, sólo un pequeño porcentaje eran masones. La masonería había ejercido una moderada influencia; pero no fue la única influencia en juego y carecía tanto de la autoridad como de la libertad para moldear las cosas enteramente según sus propios ideales. Excepto en parte de su retórica y su fraseología, la Declaración de Independencia, por ejemplo, no podría ser calificada como un documento masónico.

La Constitución de los Estados Unidos, por otra parte, en un sentido muy concreto, sí puede ser calificada de esa manera. Cuando la convención se reunió para elaborar la constitución, la influencia masónica ya era inequívocamente predominante. Otras organizaciones, como Hijos de la Libertad, después de haber servido a sus proposi

tos, habían sido disueltas. Para cuando se reunió la Convención Constitucional, la masonería no era solamente la única organización que había «mantenido el rumbo». También era el único aparato organizado de cualquier clase que operaba a través de las fronteras estatales, en todas las colonias recién independizadas.

En su forma final, por supuesto, la Constitución de los Estados Unidos era un producto de muchas mentes y muchas manos, no todas ellas masónicas. La prosa del documento era obra de Thomas Jefferson y, si bien se ha afirmado en ocasiones que era masón, probablemente no lo era. Pero, finalmente, hubo cinco espíritus dominantes detrás de la Constitución: Washington, Franklin, Randolph, Jefferson y John Adams. De ellos, los tres primeros no sólo eran masones activos, sino hombres que se tomaban su masonería con extremada seriedad, hombres que suscribían fervientemente sus ideales, cuya orientación total había sido moldeada y condicionada por ella. Y la posición de Adams, aunque no se sabe a ciencia cierta que haya sido masón, era virtualmente idéntica a la de sus compañeros. Además, cuando alcanzó la presidencia, nombró a un destacado masón, John Marshall, como primer presidente de la Corte Suprema de los Estados Unidos.[6] Fue Marshall quien estableció posteriormente a la corte en un pie de igualdad con el Congreso y la presidencia.

En el transcurso de los debates y discusiones que finalmente culminaron en la Constitución, Adams —aunque no estaba presente en aquel momento— se mostró de acuerdo con las posiciones de Washington, Franklin y Randolph. Sólo Jefferson «quedó fuera». Y fue Jefferson quien, finalmente, cedió y se alineó con las tesis de los masones. La nueva república, cuando surgió provista ya de una constitución, se amoldaba a su imagen ideal, y esa imagen reflejaba los ideales de la masonería.

El liderazgo masónico de Washington

El 17 de septiembre de 1787, el borrador de la Constitución fue aceptado, aprobado y firmado por treinta y nueve de los cuarenta y dos delegados presentes. Entre el 7 de diciembre y el 25 de junio del año siguiente, cada uno de los estados la ratificó individualmente. Maryland cedió quince kilómetros cuadrados de su territorio al Congreso, como estaba especificado en la Constitución, y estas tierras —el Distrito de Columbia— se convirtieron en el emplazamiento de la nueva capital federal.

El 4 de febrero de 1789, Washington fue elegido primer presidente de los Estados Unidos y John Adams su vicepresidente. La inauguración se produjo el 30 de abril. El encargado de tomar juramento al presidente fue Robert Livingston, gran maestre de la Gran Logia de Nueva York y suegro del difunto general Richard Montgomery. Aquel día

el maestro de ceremonias fue otro masón, el general Jacob Morton. Y otro masón, el general Morgan Lewis, fue el escolta de Washington.[7] La Biblia utilizada en la ceremonia de toma de juramento era la de la logia N.º 1 de St. John de Nueva York. El propio Washington era, en aquel momento, maestre de la logia N.º 22 de Alexandria, Virginia.[8]

Trece días antes de la inauguración, Franklin había muerto y la mitad de Filadelfia asistió a su funeral. Cinco días después de la inauguración, los Estados Generales franceses se reunieron en Versalles y, el 17 de junio, constituyeron una Asamblea Nacional, declarando que eran ellos, y no el rey, los auténticos representantes del pueblo francés. El 14 de julio, una turba revolucionaria parisina tomó la Bastilla. El 14 de diciembre, Alexander Hamilton presentó una propuesta para la creación de un banco nacional. Jefferson se opuso, pero Washington dio su aprobación. En el billete de un dólar norteamericano se imprimió el «Gran Sello» de los Estados Unidos. Se trata de un signo inequívocamente masónico: un ojo que todo lo ve insertado en un triángulo y encima de una pirámide de cuatro lados y trece escalones, debajo de la cual hay un rollo de pergamino que proclama la llegada de un «nuevo orden secular», uno de los sueños más viejos de la masonería.

El 18 de septiembre de 1793 se colocó oficialmente la piedra angular del edificio del Capitolio. La ceremonia estuvo presidida por la Gran Logia de Maryland y se le pidió a Washington que actuase en calidad de maestre. Las logias afiliadas bajo la jurisdicción de la Gran Logia de Maryland estaban todas presentes, al igual que la logia de la cual Washington era miembro, la de Alexandria, en Virginia. Se organizó una gran procesión en la que participó una compañía de artillería. Luego desfiló una banda, seguida del propio Washington, acompañado de todos los oficiales y miembros de las logias luciendo sus insignias.

Cuando llegó al foso en donde se había colocado la piedra angular sudeste, Washington recibió una placa de plata que conmemoraba el acontecimiento y que llevaba inscritos los nombres de las logias presentes en el acto. La artillería disparó una salva. Washington descendió luego al interior del foso y colocó la placa sobre la piedra. Alrededor de la piedra colocó recipientes con maíz, vino y aceite, todos aprestos simbólicos típicos del ritual masónico. Todos los presentes se unieron en plegarias y cantos masónicos y la artillería disparó otra salva.

Washington y su séquito se trasladaron luego a la parte este de la piedra basal, donde el presidente, de pie en una tribuna de tres escalones tradicionalmente masónica, pronunció una oración. A continuación se entonaron más cánticos masónicos y la artillería disparó una última salva de cañonazos.[9]

El mazo, la trulla de plata, la escuadra y el nivel utilizados por Washington para la ceremonia se encuentran hoy en posesión de la logia N.º 5 Potomac del Distrito de Columbia. El delantal y la faja

que llevaba en aquel momento se conservan en su propia logia, Alexandria N.º 22.

Más tarde, el Capitolio y la Casa Blanca se convertirían ambas en los puntos focales de una elaborada geometría que dictó el trazado de la capital de la nación. Esta geometría, originalmente diseñada por un arquitecto llamado Pierre l'Enfant, fue modificada posteriormente por Washington y Jefferson con el objeto de producir específicamente modelos octogonales, incorporando la cruz particular empleada como artilugio por los masónicos templarios.

Seis años y tres meses más tarde, en diciembre de 1799, Washington murió. Fue enterrado en su casa de Mount Vernon, con todos los honores masónicos, por la logia N.º 22 Alexandria, cuyos miembros fueron los encargados de portar el féretro.

Epílogo

En la guerra de la Independencia norteamericana, la masonería fue básicamente apolítica, o sólo incidentalmente política. Había masones en ambos bandos. Había masones entre las facciones radicales y conservadoras en ambos bandos. En general, la masonería representaba una voz que llamaba a la templanza y la moderación, pero algunos individuos masones eran fervorosamente revolucionarios, mientras que otros eran firmemente reaccionarios. Esta clase de distribución se mantendría durante todo el siglo XVIII y el XIX. Pero en las mentes de muchas personas, la masonería se había convertido en una organización tan estrechamente asociada a la revolución y la independencia norteamericanas que, poco a poco, comenzó a adquirir una imagen radical. Esa imagen, huelga decirlo, se vería reforzada por la Revolución francesa.

La masonería, efectivamente, desempeñó un papel importante en los acontecimientos que tuvieron lugar en Francia en aquella época. Lafayette, para entonces un masón de larga data y que ocupaba una posición prominente en la organización, estaba ansioso por importar a su propio país los ideales que había visto hechos realidad en Norteamérica. Muchos de los principales jacobinos —Danton, por ejemplo, Sieyès y Camille Desmoulins— eran activos masones. En vísperas de la Revolución, la masonería proporcionó en toda Francia conspiradores combativos con una valiosa red de inteligencia, reclutamiento, comunicaciones y organización. Hasta tal punto que ya se estaba convirtiendo en un depositario ideal para la paranoia.

En 1797, un prelado francés ultraconservador, el abate Augustin de Barruel, publicó un libro, *Mémoires pour servir a l'histoire du jacobinisme*, que se convertiría en un hito perverso en la historia del pensamiento político y social occidental. El libro de Barruel, en efecto, atribuye toda la Revolución francesa a una conspiración masónica dirigida tanto a la autoridad secular establecida como a la Igle

sia. Esta obra dispararía una oleada de histeria, generaría un cuerpo de literatura similar y se convertiría en una auténtica biblia para los partidarios de las teorías de la conspiración. Del texto rabiosamente paranoico de Barruel se derivó la imagen tópica del siglo XIX, todavía proclamada hoy, de la masonería como una vasta conspiración internacional, revolucionaria y activamente anticlerical, dedicada a derrocar las instituciones existentes y establecer un «nuevo orden mundial». Como consecuencia de la obra de Barruel, miedos nebulosos y neuróticos se proyectarían no sólo sobre la masonería sino sobre las sociedades secretas en general, durante el siglo XIX y bien entrado el siglo XX. A causa de Barruel, la sociedad secreta se convirtió en un fantasma que acechaba las mentes y amenazaba con socavar los cimientos de la sociedad civilizada, un hombre del saco de una estatura similar a la que se asigna hoy, con más justificación, al terrorismo internacional.

No debe extrañar, quizás, que la obra de Barruel se convirtiese, de vez en cuando, en una especie de profecía autorrealizada. Atraídos por el encanto y el romanticismo de la extravagante imaginación de Barruel, algunos individuos —Charles Nodier en Francia, por ejemplo, y el conspirador Filippo Buonarroti— se dedicaron a inventar, luego redactar, hablar y difundir información acerca de sociedades secretas totalmente ficticias. Con fervor inquisitorial, las autoridades respondieron en consecuencia, y personas absolutamente inocentes fueron hostigadas y perseguidas por su supuesta pertenencia a estas organizaciones clandestinas inexistentes. Como medida defensiva, las desventuradas víctimas se organizaron en una sociedad secreta real que se amoldaba a las características de la ficticia. De este modo nació un grupo de cuadros revolucionarios encubiertos, algunos de ellos masónicos o cuasi masónicos. Por lo tanto, una vez más, el mito engendró la «historia».

No hay duda de que la masonería, o ramas colaterales de la masonería, contribuyeron efectivamente a la formación de numerosos movimientos revolucionarios en la Europa del siglo XIX. Tanto Mazzini como Garibaldi, por ejemplo, eran masones activos, y la masonería —principalmente a través de la llamada *Carbonaria*— desempeñó un papel incluso más importante en la unificación de Italia que en los cimientos de los Estados Unidos. En Rusia, también la masonería fue considerada subversiva, y en ocasiones lo fue. Pushkin, por ejemplo, escribe sobre su pertenencia a una logia en Kishinev, cuyas actividades en la conjura decembrista de 1835 provocaron la prohibición de todas las logias en el país. Huelga decir que esta prohibición no pudo aplicarse, pero obligó a muchos rusos radicales a marchar al exilio, donde se implicaron profundamente en las actividades de la masonería extranjera. Dostoievski narra este proceso en su novela *Los endemoniados*. El equivalente en la «vida real» de los revolucionarios de Dostoievski era, naturalmente, Bakunin.

Finalmente, sin embargo, la realidad de la situación era más compleja y menos claramente definible. Si los masones se mostraban activos en los movimientos revolucionarios europeos del siglo XIX, eran igualmente activos en regímenes como los de Metternich en Austria, por ejemplo, o en la Prusia de Federico Guillermo III y IV. Aquí la masonería estaba tan imbricada en el *establishment* como lo estaba en Gran Bretaña, donde la gran logia seguía ejemplificando las virtudes victorianas de sobriedad, templanza y moderación. Incluso en Francia había tantos masones conservadores como radicales y revolucionarios.

Una lista de los masones europeos del siglo XIX es reveladora simplemente en virtud de su falta de coherencia. Por una parte, incluye a figuras de la talla de Mazzini, Garibaldi, Bakunin, el joven Alexander Kerenski en Rusia, Daniel O'Connell y Henry Grattan en Irlanda. Por otra parte, también incluye a dos reyes prusianos del siglo XIX, tres presidentes franceses (Doumer, Faure y Gambetta) y a esa némesis de la inquietud política, Talleyrand. En Gran Bretaña, la lista de los masones del siglo XIX incluye a Jorge IV, Guillermo IV, Eduardo, príncipe de Gales (posteriormente Eduardo VII), Canning, lord Randolph Churchill, el marqués de Salisbury y Cecil Rhodes. La mayoría de los mariscales de Napoleón eran masones; pero también lo eran sus adversarios más notables: Nelson, Wellington y sir John Moore en Gran Bretaña, Kutuzov en Rusia, Blücher en Prusia, como así también Scharnhorst y Gneisenau, los fundadores del Estado Mayor prusiano. En el terreno de las artes, la masonería británica incluía a sir Walter Scott, Edgard Rider Haggard, Bulwer Lytton, sir Arthur Conan Doyle, Trollope, Rudyard Kipiling y Oscar Wilde. En el continente, la masonería radical de Pushkin en Rusia fue compensada por la alemana del archiconservador Johann Wolfgang von Goethe.

Esta lista es necesariamente selectiva y, de ninguna manera, definitiva. No obstante, sirve para ilustrar la imposibilidad de atribuir a la masonería ninguna orientación política, o incluso una coherencia política. Y lo que se aplica a Europa se aplica también a otros lugares. En Latinoamérica, por ejemplo, como en España, Italia y otros países católicos, la masonería ofrecía un foco de oposición al dominio absoluto ejercido por la Iglesia. En consecuencia, la mayoría de las figuras asociadas a la independencia latinoamericana, como Simón Bolívar, José de San Martín y, más tarde, Benito Juárez, eran masones activos. Pero también lo eran los virreyes, aristócratas y terratenientes españoles de manos de quienes conquistaron sus flamantes repúblicas, modeladas con frecuencia según el modelo de Estados Unidos. En Brasil, tanto el imperio de Pedro II como la república que lo reemplazó estaban dominados por la masonería.

En el norte, se tiene constancia de que al menos una docena de presidentes norteamericanos, aparte de Washington, eran masones: Monroe, Andrew Jackson, Polk, Buchanan, Andrew Johnson, Garfield,

Theodore Roosevelt, Taft, Harding, Franklin D. Roosevelt, Truman y Ford. La guerra de Texas por conseguir su independencia de México fue dirigida por masones reconocidos como Sam Houston. Davy Crockett, Jim Bowie y los demás defensores de El Álamo eran miembros de la misma logia de la Estricta Observancia. Durante la guerra civil norteamericana, la masonería prevalecía en ambos bandos, pero cumplió un papel particularmente importante en las instituciones, y especialmente el ejército, de la Confederación. Utilizar todo eso, sin embargo, para acuñar un clisé, es otra historia. También lo son los orígenes masónicos del Ku Klux Klan, que, inicialmente, no era la malvada organización en la que se convertiría más tarde, sino una organización benéfica destinada a proteger a viudas y huérfanos de los saqueos perpetrados por los aventureros del norte.

Es en Norteamérica donde nuestra historia completa el círculo, porque es allí donde los caballeros templarios han recibido el homenaje público más empalagoso que en cualquier otro lugar del mundo. Este homenaje asume la forma de una organización juvenil patrocinada por la masonería, la Orden de DeMolay. La Orden de DeMolay fue establecida en Kansas City, Missouri, en 1919, por un tal Frank S. Land, y

> ... toma el nombre de Jacques DeMolay, el último gran maestre de los caballeros templarios medievales, quien fue quemado en la hoguera en una isla del Sena, cerca de la catedral de Notre Dame, el 18 de marzo de 1314 por su fidelidad e integridad a los miembros de su orden.

La Orden de DeMolay incluye cerca de ochenta y cinco organizaciones locales en Estados Unidos, en el Distrito de Columbia y en doce países. Desde su cuartel general en Kansas City está gobernada por un Consejo Supremo Internacional que opera bajo los auspicios de la Gran Logia de Florida y está compuesto por 250 «eminentes masones de todo el mundo». Cada organización local debe estar patrocinada por un cuerpo masónico, y el cuerpo dirigente, o Consejo Asesor, de cada organización local debe estar compuesto por maestres masones. Los miembros de la orden son varones con edades comprendidas entre los catorce y los veintiún años.

> DeMolay, a través de la iniciación, enseña siete virtudes, que son: Amor Filial (amor a los padres), Respeto (respeto por las cosas sagradas), Cortesía, Camaradería, Fidelidad, Limpieza (limpieza de pensamiento, palabra y acto), y Patriotismo.[2]

Uno no puede menos que preguntarse qué les enseñan a los chicos de la orden acerca de Jacques de Molay, acerca de los templarios y de las particulares transgresiones de las que se les acusaron. Según nuestros datos, no se hace mención alguna a esos aspectos en la literatura de la orden. Esa literatura, sin embargo, aunque con algu

nas imperfecciones sintácticas, se explaya sobre los objetivos de la orden:

> La Orden de DeMolay trata de complementar las enseñanzas del hogar, la iglesia y la escuela. Preparando mejor de este modo al joven para las obligaciones de la ciudadanía, que es su legítimo legado. DeMolay se opone inalterablemente a que una iglesia, una escuela y la sede de un gobierno civil se alojen bajo el mismo techo. Cree que estas tres Libertades son la causa de la grandeza de nuestro País y deben basarse en sus propios fundamentos y bajo techos separados.[3]

Que nosotros sepamos, no hay nada pernicioso en ningún sentido acerca de la Orden de DeMolay. Al contrario, realiza una obra bastante loable, y probablemente ofrece un correctivo más o menos sano para algunos de los males a los que Norteamérica es propensa, como el fundamentalismo agresivo. Pero todo está bastante remoto de los místicos guerreros cubiertos con capas blancas que intentaron tomar el cielo por asalto con sus espadas hace setecientos años. Y existe quizá cierta característica garciamarquesiana en la propia existencia de esta organización. emergiendo del corazón de la región central de Estados Unidos, dedicada a fomentar las virtudes personales y cívicas en generaciones de jóvenes norteamericanos y, sin embargo, bautizada con el nombre de un caballero medieval francés que fue ejecutado en la hoguera acusado de blasfemia, herejía, sodomía, brujería y otra variada colección de inmoralidades que habrían mortificado incluso a los Ewing de Dallas, los Carrington de Denver y todos los depravados residentes de Peyton Place. Uno se siente tentado de imaginar al barbado gran maestre templario bajando —o alzando— la vista para contemplar a la organización que hoy lleva su nombre. ¿Se sentiría conmovido, halagado, divertido o, simplemente, desconcertado?

Apéndice 1

Logias de campaña masónicas en los regimientos de línea al mando del general de división Amherst: Norteamérica, 1758[1]

Regimiento	Logia
1.º Infantería	N.º 11, Gran Logia irlandesa
15.º Infantería	N.º 245, Gran Logia irlandesa
17.º Infantería	N.º 136, Gran Logia irlandesa
22.º Infantería	*Ninguna logia* (más tarde, en 1767, Logia N.º 132, Gran Logia escocesa)
27.º Infantería	N.º 24, Gran Logia irlandesa
28.º Infantería	N.º 35, Gran Logia irlandesa (capitán Span, noviembre 1760, gran maestre, Quebec)
35.º Infantería	N.º 205, Gran Logia irlandesa
40.º Infantería	N.º 42, Gran Logia Antiguos
42.º Infantería	N.º 195, Gran Logia irlandesa
43.º Infantería	*Ninguna logia* (más tarde, en 1769, Logia N.º 156, Gran Logia escocesa)
44.º Infantería	*Ninguna logia* (más tarde, en 1784, Logia N.º 467, Gran Logia inglesa)
45.º Infantería	*Ninguna logia* (más tarde, en 1766, Logia N.º 445, Gran Logia irlandesa)
46.º Infantería	N.º 227, Gran Logia irlandesa
47.º Infantería	N.º 192, Gran Logia irlandesa (1759, teniente Guinet, gran maestre, Quebec)
48.º Infantería	N.º 218, Gran Logia irlandesa

[1] Fuentes: Gould, *The History of Freemasonry*, vol. VI, pp. 400-403; Milborne, «The Lodge in the 78th Regiment», pp. 23-24; Fortescue, *A History of the British Army*, vol. VII, pp. 296, 300, 316, nota 2, 323, 325, 361.

55.º Infantería	1.ª Logia militar escocesa; ningún número de registro
58.º Infantería	*Ninguna logia* (más tarde, en 1769, Logia N.º 446, Gran Logia irlandesa)
60.º Infantería	*Ninguna logia* (más tarde, en 1764, Logia N.º 448, Gran Logia inglesa)
Highlanders de Fraser (más tarde 78.º de Infantería)	Logia N.º desconocido pero, en julio de 1760, el coronel Fraser fue designado gran maestre de Quebec

Apéndice 2

Logias de campaña masónicas en regimientos en Norteamérica, 1775-1777 (excluyendo Canadá)[1]

Al mando estaba sir William Howe, quien tenía como miembro de su estado mayor al general de brigada Augustine Prevost quien, desde *circa* 1761, había sido el director del Antiguo y Aceptado Rito Escocés para el ejército británico.

Regimiento	Comandante	Logia
16.º Dragones	Cor. John Burgoyne	*Ninguna*
17.º Dragones	Cor. John Preston	N.º 478, Gran Logia de Irlanda
4.º de Infantería	Cor. S. Hodgson	N.º 147, Gran Logia de Escocia
5.º de Infantería	Cor. Earl Percy	N.º 86, Gran Logia de Irlanda
7.º de Infantería	Cor. R. Prescott	N.º 231, Gran Logia de Irlanda
10.º de Infantería	Cor. E. Stanford	N.º 299, Gran Logia de Irlanda
		N.º 378, Gran Logia de Irlanda
18.º de Infantería	Cor. conde de Cavan	N.º 245, Gran Logia de Irlanda
16.º de Infantería	Cor. J. Gisborne	N.º 293, Gran Logia de Irlanda
17.º de Infantería	Cor. R. Monckton	N.º 136, Gran Logia de Irlanda
22.º de Infantería	Cor. T. Gage	N.º 251, Gran Logia de Irlanda
23.º de Infantería	Cor. sir W. Howe	N.º 137, Gran Logia de Escocia
26.º de Infantería	Cor. lord Gordon	N.º 309, Gran Logia de Irlanda
27.º de Infantería	Cor. E. Massey	N.º 205, Gran Logia de Irlanda

[1] Fuentes: *A List of the General and Staff Officers and of the Officers in the Several Regiments Serving in North America* (Nueva York, 1778); Gould, *The History of Freemasonry*, vol. VI, pp. 400-403; Milborne, «British Military Lodges in the American War of Independence», en *Transactions of the American Lodge of Research*, vol. X, n.º 1, pp. 22-85.

28.º de Infantería	Cor. C. Grey	N.º 35, Gran Logia de Irlanda
33.º de Infantería	Cor. conde Cornwallis	N.º 90, Gran Logia Antiguos
35.º de Infantería	Cor. H. F. Campbell	*Ninguna*
37.º de Infantería	Cor. sir E. Coote	N.º 52, Gran Logia Antiguos
38.º de Infantería	Cor. R. Pigot	N.º 441, Gran Logia de Irlanda
40.º de Infantería	Cor. R. Hamilton	N.º 42, Gran Logia Antiguos
42.º de Infantería	Cor. lord J. Murray	N.º 195, Gran Logia de Irlanda
43.º de Infantería	Cor. G. Cary	N.º 156, Gran Logia de Escocia
44.º de Infantería	Cor. J. Abercrombie	N.º 14, Gran Logia Provincial de Quebec[2]
45.º de Infantería	Cor. W. Haviland	N.º 445, Gran Logia de Irlanda
46.º de Infantería	Cor. J. Vaughan	N.º 227, Gran Logia de Irlanda
49.º de Infantería	Cor. A. Maitland	N.º 354, Gran Logia de Irlanda
52.º de Infantería	Cor. J. Clavering	N.º 370, Gran Logia de Irlanda N.º 226, Gran Logia de Inglaterra
54.º de Infantería	Cor. M. Frederick	*Ninguna*
55.º de Infantería	Cor. J. Grant	N.º 7, Gran Logia de Nueva York
57.º de Infantería	Cor. sir J. Irwin	N.º 41, Gran Logia Antiguos
60.º de Infantería (3 Bat)	Cor. Dalling	*Ninguna*
60.º de Infantería (4 Bat)	Cor. A. Prevost	*Ninguna conocida*, pero tal vez A y A Rito Escocés[3]
63.º de Infantería	Cor. F. Grant	N.º 512, Gran Logia de Irlanda
64.º de Infantería	Cor. J. Pomeroy	N.º 106, Gran Logia de Escocia
71.º de Infantería	Cor. S. Fraser	N.º 92, Gran Logia de Escocia

[2] 44.º de Infantería: logia fundada en 1760 en Quebec y restaurada como N.º 18 en 1784. Su estatus en 1775-1777 es incierto.

[3] 60.º de Infantería, 1.º Batallón, tenía la Logia N.º 448, Gran Logia de Inglaterra.

Notas y referencias

Nota: Los detalles bibliográficos completos que no se citen en esta sección se encontrarán en la Bibliografía.

Prólogo

1. Carta, 2 de noviembre de 1978.

2. Stuart, *Sculptured Stones of Scotland*; Drummond, *Sculptured Monuments in Iona and the West Highlands*; Steer y Bannerman, *Late Medieval Monumental Sculpture in the West Highlands*; *The Royal Commission on the Ancient and Historical Monuments of Scotland: Argyll 1871-84*.

3. Cuando el Temple fue suprimido y sus propiedades cedidas a los caballeros de San Juan, la iglesia templaria circular en Garway había sido derribada, mientras que las tumbas de la orden habían sido desfiguradas y profanadas de forma deliberada. (La Orden de San Juan había destruido igualmente la iglesia circular de los templarios en Bristol, construyendo en su lugar, como habían hecho en Garway, una capilla convencional de planta rectangular). Una losa, sin embargo, exhibiendo la espada recta anónima, había sido arrancada de la tierra y empotrada en el marco de la ventana de la estructura que reemplazó a la iglesia original. De este modo consiguió sobrevivir, escapando a la destrucción —por el tiempo, la mano del hombre o ambos— que era el destino habitual de las tumbas templarias.

4. Ronen y Olami, *Atlit Map*. La tumba mejor conservada del Albañil templario se exhibe hoy en el Museo Rockefeller, Jerusalén.

Capítulo 1. Bruce y su lucha por el poder

1. Duncan, *Scotland: The Making of the Kingdom*, p. 111.

2. Platts, *Scottish Hazard*, pp. 139-143.

3. La inscripción fue registrada en latín como: «*Ni fallat vatum Scoti hunc quo*

cunque locatum/Invenient lapidem, regnare tenentur ibidem». («A menos que los profetas se equivoquen, el Reino de los Escoceses permanecerá dondequiera que encuentren colocada esta piedra».) Ver Dart, *Westmonasterium*, III, Cap. I, p. 12.

4. El propio Edward fue acusado de brujería por los escoceses:

Los hombres dijeron que él criaba a escondidas
un espíritu que daba respuesta
a cualquier pregunta que él quisiera.

Ver Barbour. *The Bruce*, p. 113.

5. Barrow, *Robert the Bruce*, p. 184.

6. Ibíd., p. 208, citando *The Chronicle of Walter of Guisborough*, p. 367.

7. Barbour. op. cit., p. 66.

Y, sin embargo, hay hombres que dicen
que el conflicto fue de otra manera.
Pero comoquiera que haya sido
él murió de tal modo, yo lo sé muy bien.

8. Barbour, op. cit., p. 210, nota 3.

9. Mackay, *Robert Bruce*, p. 93.

10. Ibíd., p. 102.

11. Barrow, op. cit., p. 229.

12. 14 de enero de 1310, Berwick. Ver *Calendar of Documents Relating to Scotland*, vol. III, p. 190.

13. Barrow, op. cit., p. 293.

14. Barbour, op. cit., p. 269.

15. MacDonald, *The History of Argyll*, p. 141.

16. Barrow, op. cit., p. 428, citando un ejemplar publicado en 1688.

17. Barbour, op. cit., p. 468.

18. Informe de Henry Jardine en *Transactions of the Society of Antiquaries of Scotland*, vol. II (1822), pp. 442-443.

Capítulo 2. Monjes militares: los caballeros templarios

1. Aparentemente existían ya en 1114, año en el que el obispo de Chartres escribió acerca de la «milice du Christ», la unión a la cual implicaba castidad, a Hugues, conde de Champagne, antes de su partida hacia Tierra Santa. Hugues aparece como miembro de la Orden en 1124, después de su fundación oficial. Ver Baigent, Leigh, Lincoln, *The Holy Blood and the Holy Grail*, pp. 57-62.

2. Seward, *The Monks of War*, p. 37.

3. *The Anglo-Saxon Chronicle,* AD 1128 (p. 202).

4. Ver Melville, *La vie des templiers*, pp. 93-96.

5. Knowles y Hadcock, *Medieval Religious Houses: England and Wales*, pp. 292-297. Ésta es una lista estándar, pero es incompleta; por ejemplo, no incluye Bristol. La suma citada también es engañosa, ya que proporciona el valor otorgado por St. John en 1338 y muchas propiedades ya habían sufrido un grave deterioro para entonces.

6. *Close Rolls of Henry III*, vol. I, p. 368 (1230) y p. 477 (1231).

7. Knowles y Hadcock, op. cit. Los templarios poseían al menos once preceptorí

as en Yorkshire, y otras dos fincas. Todas ellas tenían muchas propiedades adicionales. Temple Newsom, por ejemplo, incluía la propiedad de casi cuatro pueblos y al menos seis iglesias. Ver también Martin, «The Templars in Yorkshire».

8. Gwynn y Hadcock. *Medieval Religious Houses. Ireland*, pp. 327-331. Aunque ésta es una lista de propiedades estándar, no puede considerarse definitiva.

9. Easson. *Medieval Religious Houses: Scotland*, pp. 131-132. Nuevamente, aunque se trata de la lista estándar, no está completa.

10. Ferris, «The Financial Relations of the Knights Templars to the English Crown», pp. 15-16.

11. Ibíd., 16, nota 1, citando a Rymer, *Foedera*, vol. I, p. 514. Esto está relacionado con el reembolso en 1274 de un préstamo hecho a Eduardo I en Tierra Santa.

12. Ibíd., p. 10

13. Addison, *The History of the Knights Templars*

14. Seward, op. cit., p. 213.

Capítulo 3. Arrestos y torturas

1. Mazières, «La venue et le séjour de templiers du Rousillon», pp. 235, 245.

2. Hugues de Châlons, Pierre de Modies y Falco de Milly, quienes estaban relacionados entre ellos. Hugues de Châlons, y probablemente Pierre de Modies, eran sobrinos del tesorero templario de París, Hugues de Pairaud. Ver Barber. *The Trial of the Templars*, pp. 66, 266, nota 8.

3. Barber, op. cit. p. 101, citando de Finke, *Papsttum und Untergang des Templerordens*, vol. II, p. 339. En este testimonio, el preceptor templario afirma que Hugues de Châlons había escapado con todo el «tesoro» de Hugues de Pairaud.

4. Baigent, Leigh. Lincoln. *The Holy Blood and the Holy Grail*, pp. 45 y ss.

5. Addison, *The History of the Knights Templars*. p. 206.

6. Ibid.

7. *Calendar of Close Rolls 1307-1313*. 20 de diciembre de 1307, p. 14.

8. Ibíd., pp. 179, 181.

9. Ibíd., p. 189.

10. Ibíd., p. 206.

11. Ibíd., p. 295.

12. Addison, op. cit., p. 263; ver también Barber, op. cit., p. 200.

13. Baigent, Leigh, Lincoln, op. cit., pp. 44-45.

14. Oursel, *Le procès des templiers*, p. 28.

15. Barber, op. cit., p. 202.

16. Ibíd.

17. Por ejemplo, había un hospital destinado a atender a los templarios mayores y enfermos en la preceptoría de Denney en Cambridgeshire. En 1308, diez o más templarios fueron arrestados en ese lugar.

18. Addison, op. cit., p. 274.

19. Brevemente, nuestra composición de lugar es ésta: como los arrestos que se producían en Francia, a diferencia de los que se realizaban en Inglaterra, eran súbitos, suponemos que la proporción relativa de templarios de los diferentes ran

gos arrestados reflejaría la proporción correspondiente generalmente a la orden. De los templarios incluidos en los informes franceses, el 11 por ciento eran caballeros, el 29 por ciento eran sargentos y el 12 por ciento eran capellanes. La proporción de tres sargentos por cada caballero refleja exactamente la que existía en los ejércitos medievales. En Inglaterra, por supuesto, hubo tiempo más que suficiente para que los templarios en activo pudiesen escapar, y así, mientras la proporción de un 11 por ciento de capellanes arrestados era similar a la de Francia, las correspondientes a los caballeros y los sargentos era mucho menor. Sin embargo, es evidente que muchos de ellos *sí* consiguieron escapar: en Inglaterra había, al menos, setenta y cuatro propiedades y preceptorías importantes de la orden, aunque sólo catorce preceptores fueron arrestados y sólo uno de ellos era caballero. Ningún preceptor fue capturado en el gran centro de reclutamiento de Faxfleet on the Humber y tampoco en Willoughton en Lincolnshire, una de las bases más grandes en Inglaterra. Tampoco se encontró ninguno en Wetherby, Temple Breuer o Foulbridge, por nombrar sólo a unos pocos. Todas estas bases habrían tenido como residentes al menos a dos hermanos, pero con toda probabilidad a más de una docena de ellos. Es evidente que nuestra estimación máxima de un total de noventa y tres templarios militarmente activos después de los arrestos en Inglaterra debe ser considerada como conservadora.

A modo de guía podemos señalar que *MS* Waterman incluye, para 1338, al menos a cincuenta y cinco y posiblemente sesenta caballeros y sargentos de la Orden de San Juan en Inglaterra, y no debemos olvidar que la de San Juan era una orden más pequeña que el Temple. No resulta verosímil que los templarios hubiesen tenido una cantidad inferior, y así los cálculos habituales que señalan la presencia en Inglaterra de diez a veinte templarios militares pueden ser ignorados.

Capítulo 4. La desaparición de la flota templaria

1. Wood, «The Templars in Ireland», p. 348.

2. Bain, *Calendar of Documents Relating to Scotland*, p. 103.

3. Wilkins, *Concilia magnae britanniae*, vol. II: Testimonio de Walter de Clifton, pp. 380-381, y de William de Middleton, p. 381.

4. Seward, *The Monks of War*, p. 50.

5. Addison, *The History of the Knights Templars*, p. 213.

6. Aitken, «The Knights Templars in Scotland», p. 34.

7. Seward, op. cit., p. 205.

8. Haye, *The Persecution of the Knights Templars*, p. 114.

9. Bothwell-Gosse, *The Knights Templars*, p. 105.

10. El mejor estudio acerca de Von Hund y el sistema de la «Estricta Observancia» se encuentra en la obra de Le Forestier, *La franc-maçonnerie templière et occultiste*, vol. I, pp. 103-238. La leyenda de «Mull» está en pp. 160-161. La lista de grandes maestres de los templarios confeccionada por Von Hund se encuentra en la obra de Thory, *Acta latomorum*, vol. I, pp. 282-283.

11. La Historia de la Carta de «Larmenius», junto a una transcripción y una traducción, se encuentra en la obra de Crowe, «The 'Charta Transmissionis' of Larme

nitus». Los llamados Estatutos de 1705 fueron publicados en Bruselas en 1840 como *Status des chevaliers de l'ordre du temple*, por el Convent-Général de Versalles.

12. Crowe, op. cit., p. 189.

Capítulo 5. La Escocia celta y las leyendas del Grial

1. Baigent, Leigh y Lincoln, *The Holy Blood and the Holy Grail*, pp. 245-276.

2. Ibíd., p. 256.

3. Oursel, *Le procès des templiers*, p. 208. El informe original de la Inquisición decía que la leyenda se refería a la «cabeza de una de las Once Mil Vírgenes». Ello sugiere enfáticamente que la «m» era, en realidad, el signo astrológico correspondiente a Virgo, cuya apariencia es muy similar.

4. Barber, *The Trial of the Templars*, p. 249.

5. Ver Roach en su edición de Chrétien de Troyes, *Le conte de Graal*, p. 306, y Ritchie, *Chrétien de Troyes and Scotland*, p. 18.

6. Ritchie, op. cit., p. 10.

7. Ibíd., p. 23.

8. Duncan, *Scotland: The Making of the Kingdom*, p. 141.

9. Platts, *Scottish Hazard*, pp. 127-177.

Capítulo 6. La herencia templaria en Escocia

1. Addison, *The History of the Knights Templars*, pp. 285-286.

2. Cowan, Mackay y Macquarrie, *The Knights of St John of Jerusalem in Scotland*, pp. 47-48.

3. Larking, *The Knights Hospitallers in England*, p. 201.

4. Robertson, *An Index drawn up about the year 1629*, p. 11.

5. Ibíd., p. xxvi.

6. Ibíd., p. xxx.

7. Maidment, *Abstract of the Charters and Other Papers*, enumera tres propiedades señoriales previamente templarias y otras 514.

Durante dos siglos el patrimonio independiente de «Terrae Templariae» fue conservado y administrado por la Orden de San Juan, o la combinación de ambas órdenes. Las propiedades eran arrendadas y un funcionario previamente designado actuaba como supervisor y se encargaba de cobrar las rentas. Este funcionario recibía habitualmente el nombre de «concejal del Temple». Aparentemente cada región de Escocia disponía de uno de estos funcionarios, quien comparecía ante el prior de San Juan en Torphichen. Así, por ejemplo, un tal Alexander Spens es nombrado como «concejal del Temple» para Fife en 1490. Otros individuos, nombrados como «concejales de las tierras del Temple», son citados por Lennox, Angus y Gowrie, Berwick y Ayr. Ver Cowan, Mackay y Macquarrie, op. cit., p. lxviii.

8. Ver, por ejemplo, Maidment, *Templaria*, «Charter granted by King James IV of Scotland». El tratamiento es «*Fratibus Hospitalis Hierosolimitani, Militibus Templi Solomonis* ...». Curiosamente, en esta carta que data de 1488, Jacobo IV *reafirmo* todos los anti

guos derechos y privilegios no sólo de la Orden de San Juan sino también de los templarios. Esto demuestra que los templarios tuvieron alguna existencia legal hasta el siglo xv.

9. Oficina del Registro de Escocia, RH6/114 y 115. La última está publicada en Cowan, Mackay y Macquarrie, op. cit., pp. 51-53.

10. Maidment, *Abstract of the Charters*, pp. 8-9. Las seis baronías que figuraban en la lista en manos de la Orden de San Juan eran: Torphichen, Thankerton, Denny, Auldliston, Ballintrado (Balantrodoch) y Maryculter. La primera, Torphichen, era la única preceptoría de la Orden de San Juan conservada en Escocia antes de la supresión de los templarios, mientras que las últimas tres eran propiedad de los templarios. Por lo tanto, resulta razonable suponer que las dos restantes también formaban parte del patrimonio de los templarios en Escocia.

11. Maidment, *A Rental of all the annual rents and Temple lands*.

12. Seton, *A History of the Family of Seton*, vol. II, p. 751.

13. Cowan, Mackay y Macquarrie, op. cit., p. liv y pp. 184-185. El pariente, John James Sandilands, finalmente se encontró en un grave problema: hacia 1564, cuando ya había sido desposeído de su hábito y expulsado de la orden, él y dos compañeros robaron y fundieron un cáliz, un relicario, un crucifijo y otras piezas de una iglesia. Sandilands confesó bajo tortura y, aparentemente, fue ejecutado ese mismo año. Ver ibíd., p. 190.

14. Maidment, *Templaria*, «Information for John Lord Torphichen», p. 3.

15. Ibíd., p. 5.

16. Cowan, Mackay y Macquarrie, quienes han documentado a todos los miembros escoceses conocidos de la Orden de San Juan, no mencionan a David Seton. Tampoco existe ningún indicio de su existencia en los archivos del monasterio de Ratisbon (Ver Dilworth, *The Scots in Franconia*). Los archivos malteses publicados por J. Mizzi tampoco mencionan su nombre.

No obstante, parece haber consenso en que el poema merece el beneficio de la duda. Nadie ha sugerido que el poema sea una falsificación o una fantasía, y el doctor Macquarrie, en la correspondencia mantenida con nosotros (14 de febrero de 1988) dijo que, durante algún tiempo, había estado intrigado por el poema y la mención de David Seton. Macquarrie concluye sugiriendo que podría existir algo de verdad en la historia, pero no ha sido capaz de profundizar en ello. Recibió con satisfacción información adicional.

17. Seton, op. cit., vol. II, p. 751.

18. Porter, *A History of the Knights of Malta*, vol. II, pp. 303-304.

19. Ibíd.

20. *Statutes of the religious and military Orden of the Temple*, p. xv. La búsqueda realizada en los archivos de la Biblioteca Nacional de Escocia, en la Biblioteca de la Universidad de Aberdeen, en la Biblioteca de la Universidad de Edimburgo y en el Departamento de Manuscritos de la Biblioteca Británica no ha conseguido, hasta el momento, dar con una copia de este poema.

Capítulo 7. La Guardia Escocesa

1. Forbes-Leith, *The Scots Men-at-Arms and Life-Guards in France*, vol. I, pp. 35-46.

2. Daniel, *Histoire de la milice françoise*, vol. II, p. 170.

3. Forbes-Leith, op. cit., vol. II, p. 156.

4. Ibíd., vol. II, p. 52. El agrupamiento de trece era importante en muchas organizaciones caballerescas y religiosas, siendo quizás los Caballeros de la Jarretera la más conocida entre las primeras. En la Guardia Escocesa, los veinticinco hombres más el comandante suman dos grupos de trece miembros cada uno. Los setenta y siete hombres de la «guardia» más el comandante forman seis grupos de trece hombres cada uno. Había también un capitán general de la guardia, conformando un contingente total de 105 hombres. Esta disposición se mantuvo hasta 1568, año en el que comenzaron a aparecer nuevamente pequeñas variaciones.

5. Ibíd., vol. II, p. 27. El coste anual de toda la guardia para la corona francesa era de 25.691 *livres*, una suma realmente enorme. Ver ibíd., vol. II, p. 30.

6. Comunicación personal, 2 de diciembre de 1987.

7. Forbes-Leith, op. cit., vol. I, pp. 101-102.

8. Laver, *Nostradamus*, pp. 45-48. Ver también Cimber, *Archives curieuses de l'histoire de France*, 1 ser. Tomo 3, p. 295. El 5 de febrero de 1556 llegó un despacho procedente de Roma que contenía un horóscopo del rey elaborado por Luca Gaurico; el horóscopo había aparecido previamente en su libro publicado en 1552, pero no fue tomado en serio hasta que se produjo el accidente.

9. En 1555, Nostradamus publicó las primeras tres de sus «centurias» y una parte de la cuarta. El cuarteto que se toma para referirse a la muerte de Enrique II es *Century* I:35. Hutin (*Les prophéties des Nostradamus*, p. 124) cita la rara edición de 1558, cuyo texto hemos seguido.

10. Baigent, Leigh, Lincoln, *The Holy Blood and the Holy Grail*, pp. 139, 417, nota 6.

11. Forbes-Leith, op. cit., vol. II, p. 189.

Capítulo 8. Rosslyn

1. Philo-Roskelysnis, *An Account of the Chapel of Roslin*, p. 28.

2. Ver el reciente estudio de este material realizado por Michael Bradley, *Holy Grail Across the Atlantic*. Otros estudios acerca de este material son: Major, *The Voyages of the Venetian Brothers Zeno to the Northern Seas in the Fourtheenth Century*, y Pohl, *Prince Henry Sinclair*.

3. El confidente de Sinclair, un pescador, declaró que alrededor de veintiséis años antes había naufragado en una isla en el «Nuevo Mundo». Durante el curso de varios años de cautiverio fue llevado al sur, donde existía una gran civilización: «... Son cada vez más civilizados hacia el sudoeste, donde el clima es más templado, y tienen ciudades y templos para sus ídolos, donde sacrifican hombres y luego se los comen. En aquellos lugares conocen el oro y la plata». (Major, op. cit., p. 14). Sinclair intentó que este pescador le acompañase en su viaje a través del Atlántico. Lamentablemente, el pescador murió antes de que se iniciara la travesía.

4. Hay, *Genealogie of the Saintclaires of Rosslyn*, p. 27

5. Ibíd.

6. Waite, *A New Encyclopaedia of Freemasonry*, vol. II, p. 28. Ver también ibíd., p. v.

7. Hay, op. cit., p. 27.

8. Ibíd., pp. 157-158. Esta carta está datada c. 1600-1601. Ver también Thory, *Acta latomorum*, vol. II, pp. 15-17.

9. *The Manuscripts of his Grace the Duke of Portland*. vol. II, p. 56. Esta carta carece de firma y fecha, pero Rylands, «The Mason Word: the Earls of Roslin and Freemasonry», sostiene la fecha de 1678.

10. Pick y Knight, *The Pocket History of Freemasonry*, pp. 178-179.

11. Ibíd., p. 179. Para una biografía de Schaw y otros masones de la corona, ver McBean, *«The Master Mason to the Crown of Scotland»*. Ver también Stevenson, *The Origins of Freemasonry*, pp. 26-51.

12. Hay, op. cit., pp. 157-158.

13. Hay, ibíd., op. cit., pp. 159-163; Thory, op. cit., vol. II, pp. 18-22.

14. Lyon, *History of the Lodge at Edinburgh*, p. 98.

15. MacRitchie, *Scottish Gypsies under the Stewarts*, p. 56.

16. Ibíd., p. 63.

17. Hay, op. cit., pp. 135-136.

18. MacRitchie, op. cit., pp. 57-58.

19. Adamson, *The Muses Threnodie*, p. 32.

20. MacRitchie, op. cit., p. 57.

21. Barker Cryer, *Drama and Craft*. Este texto fue ofrecido como «Prestonian Lecture» en 1974 y publicado privadamente en el mismo año.

22. Ibíd., pp. 26, 33.

23. Ibíd., pp. 35-37.

24. Parece probable que la representación de la muerte de Juan el Bautista fuese un factor que contribuyó al drama final que tuvo como protagonista a Hiram Abiff. Ver ibíd., p. 32.

Capítulo 9. Masonería: geometría sagrada

1. Todas las citas bíblicas proceden de *The Jerusalem Bible*, publicada por el Padre Roland de Vaux. Edición inglesa publicada por Alexander Jones (Londres, 1966).

2. *El cantar de los cantares* (La canción de Salomón), IV, 8.

3. Los rituales, contraseñas, apretones de manos, signos y otros aspectos de la práctica masónica se ofrecen en al menos tres libros, dos actualmente (1988) publicados: Carlile, *Manual of Freemasonry*; Hannah, *Darkness Visible*; Dewar, *The Unlocked Secret*. Carlile es la primera y fue aparentemente la fuente básica de los dos trabajos posteriores.

4. El «Manuscrito de Cooke». Ver Gould, *The history of Freemasonry*, vol. I, p. 84.

5. El «Manuscrito N.º 1 de la Gran Logia», reproducido en el libro de Sadler, *Masonic Facts & Fictions*, pp. 199-208. En el MS se dice que el arquitecto es el hijo de Hiram, rey de Tiro. Se le da el nombre de *Aynone*, considerado como una mala traducción del hebreo *Adonai* e indica que la referencia es a Adoniram, con quien se confundía a menudo a Hiram.

6. Extractos seleccionados publicados en inglés como *Journey to the Orient*, 1972. La historia del asesinato de Hiram (llamado Adoniram por Nerval) lleva por título «Makbenash» en las pp. 204-209.

7. Vitruvio, *De architectura*, IV. c. IX.

8. Ibíd., I.c.I, 3.

9. Ibíd., III. c.I, 9.

10. James, *Chartres*, p. 49.

11. Ibíd., p. 111.

12. Reseña de libros, *New York Times*, abril de 1974.

13. Aitken, «The Knights Templars in Scotland», p. 20. Las actividades comerciales realizadas por los templarios en Escocia habían alcanzado un punto tal que amenazaban el bienestar de los miembros del gremio de comerciantes. Entonces se aprobó una ley para asegurar que «ningún templario podrá participar en la compra o venta de bienes pertenecientes al gremio a menos que sea miembro del gremio». Como los templarios no redujeron sus actividades comerciales, es posible que algunos de ellos se hayan unido a los gremios pertinentes.

14. La mejor crónica de estos acontecimientos y el fondo «hermético» del arte renacentista se encuentra en Frances Yates, *Giordano Bruno and the Hermetic Tradition*, Londres, 1964, y reeditado en numerosas ocasiones. En la obra, la autora explica, por ejemplo, que los maestros renacentistas estaban «tratando de influir en "en mundo" mediante arreglos favorables de imágenes celestiales, con el objeto de incluir influencias favorables y excluir aquellas que no lo fuesen» (edición de 1978, p. 75), y que muchos ejemplos de arte renacentista creados por esas razones eminentemente prácticas eran «talismanes complejos»: «... la *Primavera* de Botticelli es seguramente uno de esos objetos, concebido con ese propósito» (edición de 1978, p. 77).

15. Platón, *Timeo*, p. 179.

16. Carta fechada el 3 de junio de 1546. Ver Hay, op. cit., p. 134.

17. Varios de los trabajos de Frances Yates se refieren a este período, particularmente *The Occult Philosophy in the Elizabethan Age, The Art of Memory, Astraea* y *Giordano Bruno and the Hermetic Tradition*.

18. Ver Durkan, «Alexander Dickson and S. T. C. 6823», y Yates, *The Art of Memory*, pp. 260-278.

19. Yates, *The Art of Memory*, p. 274. De hecho, Dickson fue uno de los más asiduos propagadores de la obra de Bruno. Cuando Bruno visitó Inglaterra en 1584 se reunió con dos de los amigos más íntimos de Dickson, Fulke Greville, lord Brooke, y sir Philip Sidney. Es casi seguro que Dickson también estuvo presente.

20. Yates, *Theatre of the World*, p. xi.

21. Ibíd., p. 192.

22. Ibíd., p. 194

23. Ibíd., p. 196.

24. Evans, *Rudolf II and His World*, p. 84.

25. La mejor exploración de este período se encuentra nuevamente en la obra de Frances Yates, bajo esta frase como título: *The Rosicrucian Enlightenment*.

26. Ibíd., p. 58.

27. Ibíd., pp. 179-196.

28. Ibíd., p. 224

Capítulo 10. Los primeros masones

1. Adamson. *The Muses Threnodie*, p. 32.

2. «El Manuscrito de Buchanan». Ver Gould, *The History of Freemansonry*, vol. I, p. 98.

3. Rothes. *A Relation of Proceedings Concerning the Affairs of the Kirk of Scotland from August 1637 to July 1638*, p. 30.

4. Ocho años más tarde, después de la ejecución de Carlos I, Carlos II fue proclamado rey de Escocia. Llegó al país en 1650, *aceptó el Acuerdo* y, en 1651, fue coronado formalmente en Scone. Su ejército, sin embargo, fue derrotado por Cromwell y marchó al exilio a Francia hasta la Restauración en 1660.

5. Pick y Knight, *The Pocket History of Freemasonry*, p. 44.

6. El general Hamilton (hermano del conde de Haddington) fue iniciado en la Logia de la Capilla de María, Edimburgo, el 20 de mayo de 1640. Ver Lyon, *History of the Lodge of Edinburgh*, p. 86.

7. Ver *Dictionary of National Biography*, entrada bajo MURRAY.

8. Ibíd. Ver Stevenson, *The Origins of Freemasonry*, pp. 166-189.

9. Ibíd.

10. Ibíd., citando a Wood en *Athenae Oxon.*, ed. Bliss, vol. II, p. 725.

11. Ibíd., citando a Birch en *History of the Royal Society*, vol. I, pp. 508, 510.

12. Yates, *The Rosicrucian Enlightenment*, p. 254.

13. Ibíd., p. 226.

14. Maier. *Themis Aurea: The Laws of the Fraternity of the Rosie Crosse*. Esta dedicatoria está firmada por N. L., T. S. y H. S.

15. Pick y Knight, op. cit., p. 45, citado del diario de Ashmole.

16. Ibíd.

17. Yates. *The Rosicrucian Enlightenment*, p. 254. Ella también expresa su conclusión de que «tenemos... una cadena de tradiciones que llevan desde el movimiento Rosacruz hasta los antecedentes de la Sociedad Real» (p. 224).

18. Agrippa. *De occulta philosophia libri tres*, c. XXXIX.

19. Agrippa (trad. J. F.) *Three Books of Occult Philosophy*, cap. XXXIX (p. 77).

20. Pick y Knight. op. cit., pp. 73-74.

21. Anderson, *New Book of Constitutions of the Freemasons*, p. 106. La afirmación debe considerarse no demostrada. En el año de la muerte de Wren (1723), Anderson publicó su primer *Book of Constitutions*. En él mencionó en dos ocasiones a sir Christopher Wren pero en ningún momento afirmó que fuese masón. Sin embargo, en el «Nuevo» *Book of Constitutions* de 1738, Anderson afirma que Wren era gran maestre de la fraternidad. Parece imposible eludir la conclusión de que esa afirmación no fue hecha en 1723 porque los colegas de Wren, aún vivos, la hubieran desmentido. Sin embargo, parece posible que Wren haya sido miembro de la fraternidad. Existe una nota manuscrita de John Aubrey (un amigo de Ashmole) en el reverso del folio 72 del manuscrito de su *History of Wiltshire*, que afirma que en el día de la redacción de la nota, 18 de mayo de 1691, se celebraría una importante reunión de masones en St. Paul para iniciar a Wren como miembro. Ver Hamill, *The Craft*, p. 36.

22. Hamill, op. cit., pp. 34-35.

23. Plot, *The Natural History of Staffordshire*, pp. 316-318. La legendaria historia

de la masonería y el rey Athelstan ha sido profusamente investigada por Alex Horne en su *The York Legend in the Old Charges*. Él llega a la conclusión de que existe muy poca verdad histórica en la historia.

Capítulo 11. Vizconde Dundee

1. Lenman, *The Jacobite Cause*, p. 29.
2. Terry, *John Grahame of Claverhouse*, p. 2.
3. Ibíd., pp. 352-354.
4. Waite, *A New Encyclopaedia of Freemasonry*, vol. II, p. 223.
5. Tuckett, «Dr Begeman and the alleged Templar Chapter at Edinburgh in 1745», p. 46, citando a Begeman.
6. Yarker, *Notes on the Scientific and Religious Mysteries of Antiquity*, p. 124.
7. *Statutes of the Religious and Military Order of the Temple*, p. xv. Se ha argumentado que el autor de este «anuncio histórico» fue W. E. Aytoun, profesor de Retórica y Literatura en la Universidad de Edimburgo. Ver Chetwode Crawley, «the Templar Legends in Freemasonry», p. 232. Aytoun aparece en la obra antes citada como gran prelado de la Orden del Temple escocesa. Él tuvo acceso a los primeros documentos de la masonería y el templarismo escoceses a través de su relación con Alexander Deuchar, quien reformó la orden en Escocia a finales del siglo XVIII. Aytoun compró las cartas de «Saint Clair» de principios del siglo XVII, que habían estado en manos de Alexander Deuchar, y las entregó a la Gran Logia de Escocia, donde permanecen hasta el día de hoy.
8. Maggiolo, «Mémoire sur la correspondence inédite de dom Calmet...».
9. Barrington, *Grahame of Claverhouse, Viscount Dundee*, p. 409.
10. Carta fechada el 14 de agosto de 1987.
11. *Memoirs of the Lord Viscount Dundee*, pp. 52-53.

Capítulo 12. La evolución de la gran logia

1. Seton, *A History of the Family of Seton*, vol. I, p. 274; ver también Hughan, *The Jacobite Lodge at Rome 1735-37*, para tener más detalles de esta logia. George Seton, conde de Winton, fue elegido gran maestre el 23 de abril de 1736; ver ibíd., p. 23.
2. Trevelyan, *England under the Stuarts*, p. 471, citando a Swift.
3. McLynn, *The Jacobites*, p. 140.
4. «The Minutes of Grand Lodge», pp. 5 y ss.
5. Gran Logia Unida de Inglaterra, *Grand Lodge 1717-1967*, p. 50.
6. Clarke, «The Establishment of the Premier Grand Lodge», p. 5.
7. Pick y Knight, *The Pocket History of Freemasonry*, pp. 68-69; Anderson, *New Book of Constitutions of the Freemasons*, p. 109.
8. Tuckett, «The Origin of Additional Degrees», p. 5.
9. Ibíd., p. 25.
10. En 1751 una gran logia rival, formada por masones pertenecientes principalmente a la denominación de la Gran Logia irlandesa, exigió actuar bajo las reglas y

prácticas antiguas. A esta logia se la llamó los «Antiguos», y la gran logia de 1717 fue llamada los «Modernos». A diferencia de los «Modernos», los «Antiguos» utilizaban los grados elevados, en especial la Royal Arch. En 1813, los dos sistemas fueron conciliados y se fusionaron para formar la Gran Logia Unida de Inglaterra, que continúa hasta el presente.

11. Waples, «An Introduction to the Harodim», p. 120.

12. Robbins, «The Earliest Years of English Organised Freemasonry», pp. 70-71, citando el *London Journal* del 16 de junio de 1722.

13. Wharton fue acusado públicamente de ser el jefe de los jacobitas y, de hecho, se unió a la causa jacobita después de abandonar Inglaterra.

14. Gould, *The History of Freemasonry*, vol. IV, p. 375.

15. «The Minutes of Grand Lodge», pp. 5-6.

16. Anderson, *A Sermon Preached in Swallow-street*, p. 15. Parece probable que incluso antes de 1717, Anderson fuese masón: un ataque contra él en *No King-Sellers* le menciona como «maestro del oficio» (p. 10) y añade que sus «hermanos en el Ministerio, como él les llama, tienen más de una oficina de Inteligencia en el Exchange donde a menudo se reúnen» (p. 14). El Exchange era la sede de al menos otras dos logias masónicas: la Crown Tavern Lodge estaba detrás del Exchange en la lista de logias de 1723, como lo estaba la Ship Tavern Lodge.

17. Anderson, *The Constitutions of the Freemasons*, p. 50.

18. Ibíd.

19. Tuckett, «The Origin of Additional Degrees», p. 20.

20. «The Minutes of Grand Lodge», p. 235 (13 de diciembre de 1733).

Capítulo 13. La causa masónica jacobita

1. Ver los dos artículos relativos al curioso grado «Harodim» por Waples; ver también Barker Cryer, «A Fresh Look at the Harodim».

2. 11 de julio de 1688; ver Tuckett, «The French-Irish Family of Walsh», p. 190.

3. Ibíd.

4. Lepper y Crossle, *History of the Grand Lodge of Free and Accepted Masons of Ireland*, vol. I, p. 147.

5. Ibíd., p. 147, nota 1.

6. Ver Tuckett, op. cit., y Lepper, «The Poor Common Soldier», pp. 151-153. En 1772 la logia militar activa en este regimiento del ejército francés presentó una solicitud ante el Gran Oriente francés para ser reconocida como la logia «más antigua» de Francia. Aparentemente la reclamación estuvo acompañada de suficientes pruebas, ya que fue aprobada por decisión del Gran Oriente en 1777. La reclamación sostenía que la logia había estado en el regimiento desde el 25 de marzo de 1688. Ver Tuckett, p. 195; Lepper, p. 152.

7. La primera historia escrita acerca de los orígenes de la masonería en Francia es la del astrónomo Joseph Jerome Lefrançais de Lalande, quien en 1773 escribió que la primera logia fue fundada en París en 1725 por el conde de Derwentwater, o sea, Charles Radclyffe, quien hasta la muerte de su joven sobrino no ostentó realmente el título. Ver Gould, *The History of Freemasonry*, vol. V, pp. 136-137; Thory, *Acta lato*

morum, vol, I, pp. 21-22, repite estos datos. Chevallier, en *Histoire de la franc-maçonnerie française*, vol. I, p. 5, escrito en 1974, indica la posibilidad de la formación de la Logia de St. Thomas de Radclyffe (aparentemente por Thomas Becket) como fundada el 12 de junio de 1726. Él admite, sin embargo, que sin una documentación adicional la verdad no puede conocerse.

8. Moss, «Freemasonry in France in 1725-1735», Parte 2, p. 91.

9. «The Minutes of Grand Lodge», p. 6.

10. Tunbridge, «The Climate of European Freemasonry 1730-1750», p. 97.

11. Chevallier, op. cit., vol. I, p. 7.

12. Pick y Knight, *The Pocket History of Freemasonry*, pp. 84. Ellos dan 1728 como la fecha de su fundación.

13. Chevallier, op. cit., vol. I, p. 7.

14. Henderson, *Chevallier Ramsay*, p. 20. Los Philadelphians había sido fundada por el Dr. Francis Lee en 1696 y estaba interesada en las «especulaciones neo bohemias».

15. Es el regente, Felipe de Orleans, quien en 1705 dirigió una reconstitución de la Orden del Temple e hizo elaborar los nuevos estatutos de la orden, los que actualmente utiliza la Antigua y Soberana Orden Militar del Templo de Jerusalén. Ver p. 75 de *The Temple and the Lodge*.

16. Chevallier, op. cit., vol. I, p. 18.

17. Esta segunda versión está traducida en Gould, op. cit., vol. V, pp. 84-89.

18. Ibíd., p. 85.

19. Ibíd.

20. Ibíd., p. 87.

21. Ibíd., pp. 87-88

22. Ibíd., p. 88.

23. Ibíd., p. 88.

24. Chevallier, op. cit., vol. I, p. 25.

25. Ibíd., pp. 11-13.

26. Ibíd., p. 38.

27. El 30 de diciembre de 1739 se menciona por primera vez a nuevos hermanos que son iniciados en la «Logia del Rey»; ver Chevallier, ibíd., p. 41. Los miembros de esta logia son desconocidos, pero Chevallier señala que en una recepción celebrada ese mismo mes en el Hôtel de Bussy estuvieron presentes Radclyffe, Maurice de Saxe, el duque de Antin y nueve personas más, incluyendo otros dos duques. Chevallier se pregunta si se trata de los miembros de la «Logia del Rey» y señala (pp. 42-43) que de los trece familiares de Luis XV que cenaron con él, ocho eran conocidos masones, uno posiblemente lo era y otro, el conde de Noailles, era maestre de una logia en Versalles hacia 1744. De estos familiares y compañeros de mesa, tres estaban presentes en la reunión celebrada con Radclyffe en el Hôtel de Bussy.

Está claro que Luis XV pudo haber caído fácilmente bajo suficiente influencia masónica como para hacerle pensar seriamente en unirse a la orden. Parece evidente que no lo hizo, pero parece estar igualmente claro que en más de una ocasión expresó el deseo de hacerlo, incluso de convertirse en gran maestre de los masones franceses. Ver Chevallier, ibíd., pp. 43, 100-106.

Capítulo 14. Masones y caballeros templarios

1. Chevallier, *Histoire de la franc-maçonnerie française*, vol. I, p. 70.

2. «Una nueva cruzada para restablecer la verdadera monarquía de Gran Bretaña» (ibíd., p. 23).

3. Ibíd., p. 14. Se dice que la fuente de estos cambios fue Charles Radclyffe.

4. Ibíd., p. 15.

5. Tuckett. «The Origin of Additional Degrees», p. 10.

6. Thory, *Acta latomorum*, vol. I, p. 52.

7. Le Forestier. *La franc-maçonnerie templière*, pp. 109, 135-136.

8. Von Hund consiguió producir muy pocos documentos «originales». Uno fue esta lista, elaborada durante la convención celebrada en Wilhelmsbad. Está publicada en Thory, op. cit., vol. I, p. 282.

9. Baigent, Leigh, Lincoln, *The Holy Blood and the Holy Grail*, pp. 413-414, nota 20. Esta lista llega hasta la muerte de Riderfort en 1190. El resto de la lista de Von Hund también difiere notablemente de las que se encuentran normalmente, y naturalmente insiste también en la continuidad de la orden a través de Escocia. Nada podemos decir acerca de la validez de estas últimas secciones, excepto que si están basadas en una información históricamente válida, resulta evidente que ha sido tergiversada y traducida de manera errónea.

10. Este grupo, Stella Templum, se remonta a finales del siglo XVIII, cuando Alexander Deuchar organizó una resurrección de los templarios escoceses. Deuchar, no obstante, tuvo acceso a gran parte de lo que quedaba del antiguo material perteneciente tanto a los templarios jacobitas como a la masonería escocesa. Las «Cartas de Saint Clair», por ejemplo, estaban en su poder. Y es en manos de la orden de Deuchar donde aparece por primera vez el poema de David Seton, aunque para entonces el grupo había sido incorporado por la masonería y a Deuchar le habían obligado a abandonar su dirección.

El objetivo de Stella Templum era, y sigue siendo, reunir y preservar todo el material relacionado con las corrientes ocultas de la cultura y el legado escoceses. En consecuencia, ellos han reunido con perseverancia todos los escritos, insignias, artefactos, cartas e historias orales con la convicción de que si no lo hacían, estos aspectos «esotéricos» quedarían sepultados por la cultura inglesa dominante.

11. Archivos de Stella Templum.

12. Henderson, *Chevallier Ramsay*, p. 197.

Capítulo 15. Los primeros masones norteamericanos

1. Cerza, en Cook. *Colonial Freemasonry*, p. 106.

2. Ibíd., p. 107.

3. *The Boston Newsletter*, 5 de enero de 1719; ver *Transactions of the American Lodge of Research*, vol. IV (1942-1947), p. 130.

4. Heaton, en Cook. op. cit., p. 153.

5. Lafontaine, «Benjamin Franklin», p. 5.

6. Heaton, en Cook, op. cit., p. 156.

7. Cerza, «Colonial Freemasonry in the United States of America», pp. 224-225; ver también Sherman y Sanford en Cook, op. cit., pp. 72-74.

8. Sherman y Sanford en Cook, op. cit., p. 74.

9. Gould, *The History of Freemasonry*, vol. VI, p. 401. Ésta era la logia N.º 11 en la lista de la Gran Logia irlandesa, autorizada el 7 de noviembre de 1732 y tachada con la devolución de la autorización por el coronel Maunsell en abril de 1847; ver Crossle, *Irish Masonic Records*, p. 22.

10. Logia N.º 245, Registro irlandés, autorizada en 1754, ver Gould, op. cit., vol. VI, p. 401.

11. Logia N.º 170, Gran Logia Antiguos, establecida en el 3.º de Infantería en 1771; y Logia N.º 448, Gran Logia inglesa, establecida en el 60.º de Infantería en 1764; ver Gould, ibíd., pp. 401-402.

12. Ver Lepper, «The Earl of Middlesex and the English Lodge in florence», p. 6.

13. Los masones en la corte de Frederick eran: Robert Nugent, Contable Mayor de la Familia, gran custodio menor, Gran Logia de Irlanda en 1732; Arthur St. Leger, vizconde Doneraile, gran maestre Gran Logia de Irlanda en 1740; Charles Sackville, conde de Middlesex, fundador de la logia en Florencia en 1733, presumible conexión con la Gran Logia irlandesa; Joseph Sirr, ayuda de cámara, más tarde, en 1773 y 1774 respectivamente gran custodio menor y gran custodio mayor en la Gran Logia de Irlanda; Henry Brydges, marqués de Carnarvon, caballero de la Cámara Real, en 1737 gran maestre de la Gran Logia de Inglaterra; y el capellán de Frederick en 1727, el ubicuo Dr. John Desaguliers, quien en 1719 había sido gran maestre de la Gran Logia de Inglaterra y más tarde había ocupado una serie de cargos de importancia en la orden. Fue Desaguliers quien inició al propio Frederick en 1737.

14. La formación de una logia fue autorizada por primera vez en el 20.º de Infantería entre noviembre de 1736 y febrero de 1737. Esta autorización, sin embargo, parece haber sido extraviada, ya que a lord George Sackville le fue asignada en diciembre de 1748 una «Autorización de Confirmación» para la Logia N.º 63 (Gran Logia irlandesa). Sus dos custodios eran el teniente coronel Edward Cornwallis y el capitán Milburne; ver Rogers, «Lancashire Military Lodges», p. 106.

15. Lepper, *History of the Grand Lodge of Free and Accepted Masons of Ireland*, pp. 182-183.

16. Fortescue, *A History of the British Army*, vol. II, p. 323. Howe era coronel del 55.º de Infantería que, en 1743, tuvo la primera logia militar autorizada por la Gran Logia de Escocia; ver Gould, op. cit., p. 402.

17. Thomas Desaguliers sirvió a las órdenes de Wolfe en Louisburg como coronel del 3.º Batallón, Artillería Real, y ascendió a teniente general en la Artillería Real y ayuda de cámara de Jorge III. Aunque se sabe que fue un activo masón, no se tienen datos acerca de su carrera en la masonería; ver Gould, op. cit., vol. IV, p. 350, quien considera que probablemente fuese iniciado en la Logia del Cuerno. De hecho, en 1738 aparece como masón en la segunda edición de las *Constituciones* (p. 229) de Anderson.

18. Ver Apéndice I.

19. Gould, op. cit., vol. V, p. 51.

20. Ibíd., pp. 59-60.

21. Ibíd., vol. VI, p. 410. El coronel Richard Gridley era el hermano menor de Jeremy Gridley, gran maestre provincial de Norteamerica desde 1788, con sede en Boston

Richard Gridley fue promovido a maestre masón el 4 de abril de 1746, en la Logia de St. John, Boston. En 1769 era gran maestre asistente en la Gran Logia de St. John. Acabó su carrera militar como general de división de artillería en el Ejército Continental.

22. Rogers, op. cit., p. 108.

23. Para tener más detalles de la Gran Logia de Quebec, ver Rogers, ibíd., y Milborne, «The Lodge in the 78th Regiment (Highlanders de Fraser)».

24. Los siguientes eran masones antes, durante o justo después de la guerra franco-india, y alcanzaron el grado de general en el Ejército Continental: general Benedict Arnold, antes de 1765; general Joseph Frye, antes de 1760; general Richard Gridley, antes de 1746; general Hugh Mercer, 1761; general John Nixon, antes de 1762; general Israel Putnam, 1758; general George Washington, 1752; general Richard Montgomery, aceptado en 1775, incorporado presumiblemente a la Logia en el 17.º de Infantería durante la guerra franco-india, pero no ha sobrevivido ningún documento; general David Wooster, maestre de la Logia Hiram N.º 1, New Haven, 1750, pero se ignora la fecha de su incorporación. Ver Heaton, *Masonic Membership of the Founding Fathers* y Denslow, *10.000 Famous Freemasons*.

Capítulo 16. El surgimiento de los líderes masónicos

1. *A letter from Cicero, the Right Hon. Lord Viscount H-E* (Londres, c. 1781), p. 19.

2. Gould, *The History of Freemasonry*, vol. IV, p. 344.

3. Ibíd., p. 344, nota 2. El tercer hermano real, el duque de Cumberland, fue iniciado el 9 de febrero de 1767; ver ibíd., p. 344, nota 4.

4. Ver Apéndice 2.

5. LaFontaine, «Benjamin Franklin», p. 31, citando *Gaine's Mercury*, 2 de julio de 1781.

6. Heaton, *Masonic Membership of the Founding Fathers*, p. xvi.

7. En los documentos de William Eden, lord Auckland —quien dirigió una red de espionaje para Jorge III— hay un informe de un agente inglés, el capitán Hynson, quien dice: «... se sorprenderá al saber que el doctor Franklin dice que cuando Gran Bretaña muestre una disposición para la paz, él sería el primero en renunciar a esta independencia. El señor Dean, dijo, ha hecho la misma declaración. Pero el doctor Franklin dijo que sabía que ellos no tenían intención de hacer la paz, dijo, el señor Lee disfrutaba en una posición más acomodada que la que jamás había tenido y era muy orgulloso, se atrevería a decir que desearía continuar de ese modo, por lo tanto era el único que se mostraría contrario a renunciar a la independencia, pero declaró que renunciaría de inmediato a ella si Inglaterra mostraba una disposición por la *paz...*» (carta, 10 de diciembre de 1777. Bibiloteca Británica. Add. Mss. 34414, f. 406).

8. Heaton, op. cit., p. iv.

Capítulo 17. La resistencia a Gran Bretaña

1. Sherman y Sanford, en Cook, *Colonial Freemasonry*, p. 75.

2. Ibíd., p. 77.

3. Cameron, «On the Origin and Progress of Chivalric Freemasonry in the British Isles», p. 157. Ver también Cameron, «Notes on the Earliest References to the Masonic Knight Templars Degree», p. 79, que menciona que la Logia N.º 296, registro de la Gran Logia irlandesa, fue autorizada en 1758. El grado de caballero templario es mencionado en sus estatutos, que lamentablemente carecen de fecha; es posible que el grado existiese ya en 1758. La Logia quedó inactiva en 1791.

4. Una lista completa de los miembros de la Logia de St. Andrew desde 1756 hasta 1906 puede encontrarse en *The One Hundred and Fiftieth Anniversary of the Lodge of St Andrew*, pp. 273-301. Paul Revere fue iniciado en la logia el 4 de septiembre de 1760; John Hancock en Quebec antes de 1762.

5. Abbot, en Cook, op. cit., p. 169.

6. Ver Labaree, *The boston Tea Party*, pp. 141-142, para Joseph Warren, Griswold, *The Boston Tea Party*, p. 61, para Paul Revere, y Jaynes, «The Boston Tea Party», en Bassler, *Military Masonic Hall of Fame*, p. 222, para la «Junta del Extremo Norte».

7. Una lista de los «Nueve Leales» aparece en Griswold, op. cit., p. 19. Los tres miembros de la Logia de St. Andrews, Boston, eran: Thomas Chase, iniciado en 1767; Thomas Crafts, iniciado en 1761; Henry Welles, iniciado en 1760.

8. Cerza, «The Boston Tea Party and Freemasonry», p. 208.

9. Ibíd.

10. No existe ninguna lista definitiva de los participantes en el «Té de Boston». En el incidente estuvieron implicadas más de doscientas personas. Se han realizado estudios de los documentos familiares y, en 1835, siete participantes supervivientes ayudaron a elaborar la lista. El resultado fueron 110 nombres; ver Griswold, op. cit., pp. 141-143. Podemos añadir a esta lista los nombres de los «Nueve Leales» que, casi con toda probabilidad, habrían participado en el incidente. La fuente relativa a los miembros de la Logia de St. Andrew es la nota 4, arriba. Warren Webb y Hancock están añadidos en Bassler, op. cit., p. 222.

PARTICIPANTES EN EL «TÉ DE BOSTON»
QUE TAMBIÉN ERAN MIEMBROS DE LA LOGIA DE ST. ANDREW

Stephen Bruce	masón desde 1767
Thomas Chase	masón desde 1767
Adam Collson	masón desde 1762
Thomas Crafts	masón desde 1761
John Hancock	masón desde 1762
Samuel Peck	masón desde 1756
Edward Proctor	masón desde 1763
Paul Revere	masón desde 1760
Thomas Urann	masón desde 1760
Joseph Warren	masón desde 1761
Joseph Webb	masón desde 1760
Henry Wells	masón desde 1760

Participantes en el «Té de Boston»
que se unieron más tarde a la Logia de St. Andrew

David Bradlee	se unió en 1777
Samuel Cooper	se unió en 1795
Robert Davis	se unió en 1777
Samuel Gore	se unió en 1778
Abraham Hunt	se unió en 1777
Daniel Ingersoll	se unió en 1782
Amos Lincoln	se unió en 1777
Eliphalet Newell	se unió en 1777
Henry Purkitt	se unió en 1795
William Russell	se unió en 1777
James Swan	se unió en 1777
Nathaniel Willis	se unió en 1779

11. *The One Hundred and Fiftieth Anniversary of the Lodge of St Andrew*, p. 293.

12. La lista de la guardia correspondiente a la noche del 29 de noviembre y la mañana del 30 de noviembre se puede encontrar en Griswold, op. cit., p. 114. Los hombres que participaron en los hechos del 16 de diciembre de 1773 están debidamente indicados. Un miembro de la Logia de St. Andrew y de la guardia de la milicia, Thomas Knox, no parece haber intervenido en el incidente del té.

13. Heaton, op. cit., p. 57.

14. *Webster's Guide to American History*, p. 56.

15. Ibíd., p. 57.

16. Mansfield Hobbs, *The Contribution of Free Masonry and Free Masons to the Success of the American Revolution*, p. 17.

17. Heaton, op. cit., p. 45.

18. Ibíd., p. 79.

19. Ibíd., p. 44.

20. Ibíd., pp. 59-60.

21. Ibíd., pp. 85-86.

22. Ibíd., pp. 53-54.

23. Ibíd., pp. 61-62.

24. Ibíd., pp. 2-3.

25. Van Gorden, *Modern Historical Characters in Freemasonry*, p. 320. Van Gorden señala que el hermano de Ethan era masón, miembro de la Logia N.º 1 de Vermont.

Capítulo 18. La guerra de la Independencia

1. Einstein, *Divided Loyalties*, p. 3.

2. Amiable, *Une loge maçonnique d'avant 1789, la R. L. Les Neuf Soeurs*, pp. 136, 145.

3. LaFontaine, «Benjamin Franklin», p. 17.

4. Towers, *Dashwood: The Man and the Myth*, pp. 157-160. Esto se refiere a la

Sala de la Capilla en la abadía de Medmenham de Dashwood y a los ritos que se celebraban en ella.

5. *Encyclopaedia britannica* (Chicago, 1947), vol. XIX, p. 940, artículo sobre John Montagu, cuarto conde de Sandwich.

6. McCormick, *The Hell Fire Club*, p. 107.

7. Towers, *Dashwood: The Man and the Myth*, p. 220.

8. Kemp, «Some letters of Sir Francis Dashwood», p. 219, carta fechada el 28 de septiembre de 1769.

9. Gruber, *The Howe Brothers and the American Revolution*, p. 54.

10. *A letter from Cicero to the Right Hon. Lord Viscount Howe* (Londres, 1781), p. 26.

11. Ibíd., p. 5.

12. Ibíd., p. 6, citando al *Morning Post*.

13. Wilkes era, en efecto, su representante en Londres. En 1775 y 1776 estuvo en estrecho contacto con Arthur Lee (hermano de Richard Henry Lee), que estaba en Londres. Lee se reunió más tarde con Franklin y Deane en París. Wilkes estaba enviando dinero al dramaturgo Beaumarchais, quien, a su vez, lo enviaba a las colonias norteamericanas; ver Maier, *From Resistance to Revolution*, p. 256.

14. Carta del reverendo John Vardill a William Eden, 14 de diciembre de 1777: «El señor Lupton y el Dr. Bancroft están en Londres. El señor Lupton y el señor Petré pasaron la tarde de ayer con el señor Wilkes, Hartley, etc., etc.» (ver Biblioteca Británica, *Add. Mss.* 34414, f. 427).

15. Documentos archivados en la Gran Logia Unida de Inglaterra, Londres.

16. Ver Capítulo 16, nota 7, arriba.

17. Ibíd.

18. Para un resumen de Bancroft, ver Einstein, op. cit., pp. 4-15.

19. Amiable, op. cit., p. 253. Aparte de Franklin y Bancroft, muy pocos no franceses eran miembros de la logia en esa época. Los portavoces ingleses eran George Forster, el naturalista que acompañó al capitán Cook, un escocés llamado Campbell, de quien no se tienen más datos, y el navegante escocés que luchaba con los colonos norteamericanos, John Paul Jones. Además hay un Bingley, desconocido por otra parte, que es presumiblemente inglés o norteamericano. Otras nacionalidades estaban representadas por seis italianos, dos españoles, un ruso, un polaco, un sueco y un alemán.

20. Jorge III, en una carta a lord North, dice que está convencido de que Bancroft es «totalmente norteamericano y que cada palabra que empleó en la última ocasión fue para engañar...»; ver *The Correspondence of King George the Third*, vol. III, p. 532, carta N.º 2132, 31 de diciembre de 1777.

21. Ibíd., vol. V, p. 24, carta N.º 2952, 1 de marzo de 1780, lord Stormont a Jorge III.

22. Deacon, *A History of the British Secret Service*, pp. 112-113

23. Heaton, *Masonic Membership of the Founding Fathers*, pp. 100-101.

24. Ibíd., p. xvi.

25. Paine, *Gentleman Johnny*, p. 75.

26. Ibíd., p. 85.

27. Ibíd., p. 84.

28. Fitzmaurice, *Life of William Earl of Shelburne*, vol. I, pp. 247-248

29. Adams, *The Papers of Lord George Germain*, p. 29. En esta fecha, Howe reci

bió una copia de la orden por la que se impartían instrucciones a Burgoyne para que se dirigiera hacia el sur y se reuniese con Howe en Albany. No se sabe si este despacho contenía también una orden explícita a Howe para que se dirigiese hacia el norte y se reuniese con Burgoyne. Lo que está fuera de toda duda es que Howe sabía que, en lo que Burgoyne y Germain concernía, se *suponía* que él debía marchar hacia el norte. Howe afirmó que él no había recibido las órdenes. El Ministerio de Guerra afirmó que ellos las habían enviado, pero ni Germain ni D'Oyley pudieron presentar ninguna copia de las mismas y, por lo tanto, nunca pudieron probar que las órdenes habían sido enviadas. Fuesen o no enviadas, Howe, o bien otra parte interesada, se las ingenió para eliminar la copia del Ministerio de Guerra antes de cualquier investigación.

30. Paine, op. cit., p. 118.

31. Fortescue, *A History of the British Army*, vol. III, p. 207.

32. Ver nota 29, arriba.

33. Robertson, *England under the Hanoverians*, p. 513.

34. Ibíd.

35. Paine, op. cit., p. 119.

36. Adams, op. cit., p. 31.

37. Robertson, op. cit., p. 514.

Intervalo

1. Milborne, «British Military Lodges in the American War of Independence», p. 50.

2. Ibíd., p. 67.

3. Pick y Knight, *The Pocket History of Freemasonry*, p. 251, y Gould, vol. VI, p. 415.

4. Gould, «Military Masonry», pp. 47-48.

5. Milborne, «British Military Lodges in the American War of Independence», pp. 31-32.

6. Green, en Cook, *Colonial Freemasonry*, p. 53. Se supone que De Kalb fue miembro de la Logia N.º 29 del Ejército Continental, que se formó en 1780; no se dispone, sin embargo, de una prueba concluyente. Ver Heaton, *Masonic Membership of the Founding Fathers*, pp. 84-85, y Mackey, *Encyclopaedia of Freemasonry*, vol I, pp. 514-515. Moira, en aquella época, es improbable que haya sido masón; ver Hamill, «The Earl of Moira», p. 32.

7. Lepper, «The Poor Common Soldier», p. 156, citando las Actas de la Gran Logia de Irlanda, 5 de septiembre de 1793.

8. Milborne, «British Military Lodges in the American War of Independence», p. 61, y Chetwode Crawley, «General George Washington and Lodge No. 227 (I.C.)», p. 96.

9. Milborne, op. cit., pp. 37-38.

Capítulo 19. La república

1. Heaton, *Masonic Membership of the Founding Fathers*, p. 56.

2. Hume. «Of the first Principles of Government», en Watkins, ed., *Theory of Politics*, p. 152.

3. Hume, «Whether the British Government Inclines More to Absolute Monarchy or to a Republic», en ibíd., p. 167.

4. Mientras que Anderson en 1738 no ve razón alguna para tener una regla específica en este caso, es evidente que avanzado el siglo los miembros de la logia eran capaces de impugnar a su maestre y deponerle de su cargo. En esos casos, el custodio mayor actuaba en su lugar hasta que se celebraba la siguiente elección el día de san Juan.

5. Clausen, *Masons Who Helped Shape our Nation*, p. 82.

6. Marshall era miembro de la Logia n.º 31 en Richmond, Virginia. Desde el 28 de octubre de 1793 fue gran maestre suplente y actuó brevemente como gran maestre. Ver Mackey, *Encyclopaedia of Freemasonry*, vol. II, p. 267.

7. Morgan Lewis, cuñado tanto de Robert Livingston como del general Richard Montgomery, fue gran maestre de la Gran Logia de Nueva York desde 1830 hasta 1843. Era masón desde 1777. Ver Case, *Roll of American Union Lodge*, p. 380. Jacob Morton fue maestre de la Logia N.º 1 de St. John, Nueva York, en 1788 y sustituyó a Livingston como gran maestre de la Gran logia de Nueva York en 1801, conservando su cargo hasta 1805. Ver Denslow, *10.000 Famous Freemason*.

8. Cerza, «Colonial Freemasonry in the United States of America», p. 227.

9. Denslow, *Freemasonry and the Presidency*, pp. 18-20, citando al *Mirror* de Columbia y al *Gazette* de Alexandria, 23 de septiembre de 1793.

Epílogo

1. Hollis, *Allied Masonic Groups and Rites*, p. 19.

2. Ibíd., p. 20.

3. Ibíd., pp. 19-20.

Ilustraciones

El autor y los editores desean expresar su agradecimiento a las siguientes instituciones y personas por su colaboración en el aporte de fotografías para la obra: Bodleian Library, Oxford (23); British Library, London (24, 36); Grand Lodge of Free and Accepted Masons of Pennsylvania (34, 35); Jack MacDonald, de Visual Impact Portobello (29, 30, 31); el Museo de la United Grand Lodge of England (32, 33); el Temple Local History Group (13). Las demás fotografías fueron realizadas por Michael Baigent.

Mapas y gráficos

Bibliografía

Abstract of the Charters and ither papers recorded in the Chartulary of Torphichen from 1581 to 1596, ed. James Maidment (Edimburgo, 1830).
ADAMS, R. G., *The Papers of Lord George Germain* (San Marino, 1928).
ADAMSON, H., *The Muses Threnodie* (Edimburgo, 1638).
ADDISON, C. G., *The History of the Knights Templars* (Londres, 1842).
AGRIPPA, H. C., *Three Books of Occult Philosophy* (Londres, 1651).
AITKEN, R., «The Knights Templars in Scotland», *The Scottish Review*, vol. XXXII (1898), pp. 1 y ss.
ALLEN, C. M., *Memoir of General Montgomery* (Filadelfia, 1912).
AMIABLE, L., *Une loge maçonnique d'avant 1789: la R... L... Neuf Soeurs* (París, 1897).
ANDERSON, A. O., *Early Sources of Scottish History*, 2 vols. (Londres, 1992).
ANDERSON, J. A., *Sermon Preached in Swallow-street, St James, on Wednesday Jan 16, 1711/12 being the National Fast-Day* (Londres, 1712).
—, *The Constitutions of the Freemasons* (Londres, 1723).
—, *Royal Genealogies* (Londres, 1732).
—, *New Book of Constitutions of the Freemasons* (Londres, 1912).
The Anglo-Saxon Chronicle, trad. James Ingram (Londres, 1912).
BAIGENT, M., LEIGH, R., y LINCOLN, H., *The Holy Blood and the Holy Grail* (Londres, 1982).
BANNERMAN, J., *Studies in the History of Dalriada* (Edimburgo, 1974).
BARBER, R., *The Knight and Chivalry*, 2.ª ed. (Ipswich, 1974).
BARBOUR, J., *The Bruce*, trad. y ed. Archibald A. H. Douglas (Glasgow, 1964).
BARKER CRYER, N., «A Fresh Look at the Harodim», *Ars quatuor coronatorum*, vol. XCI (1978) pp. 116 y ss.
—, *Drama and Craft* (Londres, 1974) (Una versión abreviada publicada en *Ars quatuor coronatorum*, vol. LXXXVII (1974), pp. 74 y ss.
BARRINGTON, M. J., *Grahame of Claverhouse, Viscount Dundee* (Londres, 1911).

BARROW, G. W. S., *Robert Bruce and the Community of the Realm of Scotland* (Londres, 1965).
—, *Robert the Bruce and the Scottish Identity* (Edimburgo, 1984).
BASSLER, R. E., *Military Masonic Hall of Fame* (n.p.p., 1975).
BATHAM, C. N., «A Famous French Lodge (Le Neuf Soeurs)», *Ars quatuor coronatorum*, vol. LXXXVI (1973), pp. 312 y ss.
BEDFORD, W. K. R., y HOLBECHE, R., *The Order of the Hospital of St John of Jerusalem* (Londres, 1902).
BELLOT, H. H. L., *The Inner and Middle Temple* (Londres, 1902).
BLACKETTFORD, M., *Hell Fire Duke* (Windsor Forest, 1982).
BOTHWELL-GOSSE, A., *The Knights Templars* (Londres, 1912).
BRADLEY, M., *Holy Grail Across the Atlantic* (Willowdale, 1988).
BRITTON, J., *The Architectural Antiquities of Great Bretain*, 5 vols. (Londres, 1807).
BRYANT, A., *The Age of Chivalry* (Londres, 1963).
BURNES, J., *Sketch of the History of the Knights Templars* (Edimburgo, 1840).
BYRNE, F. J., *Irish King and High Kings* (Londres, 1987).
Calendar of the Close Rolls Preserved in the Public Record Office: Edward II, AD 1307-1313 (Londres, 1892).
Calendar of Documents Relating to Scotland, ed. Joseph Bain, 4 vols. (Edimburgo, 1881-1888).
CAMERON, A. I., *The Scottish Correspondence of Mary of Lorraine* (Edimburgo, 1927).
CAMERON, C. A., «On the Origin and Progress of Chivalric Freemasonry in the British Isles», *Ars quatuor coronatorum*, vol. XIII (1900), pp. 156 y ss.
—, «Notes on the Earliest References to the Masonic Knights Templars Degree», *Ars quatuor coronatorum*, vol. XVI (1903), pp. 79 y ss.
CAMPBELL, M., *Mid Argyll, a Handbook of History* (Oban, 1974).
CARDINALE, H. E., *Orders of Knighthood, Awards and the Holy See*, ed. y rev. Peter Bander van Duren (Gerrards Cross, 1985).
CARLILE, R., *Manual of Freemasonry* (Londres, n.d.).
CARR, H., *Mother kilwinning, Lodge No. 0* (Londres, 1961).
—, (ed.), *The Early French Exposures* (Londres, 1971).
CASE, J. R., «Roll of the American Union Lodge», *Transactions of the American Lodge of Research*, vol. VI (1952-1956), pp. 356 y ss.
—, *Fifty Early American Military Freemasons* (Bethel, 1955).
CERZA, A., «The Boston Tea Party», *Colonial Freemasonry*, ed. Lewis C. Wes. Cook (Missouri, 1973-1974) (vol. 30 de *Transactions of the Missouri Lodge of Research*).
—, «The Boston Tea Party and Freemasonry», *Ars quatuor coronatorum*, vol. XCVIII (1985), pp. 207 y ss.
—, «Colonial Freemasonry in the United States of America», *Ars quatuor coronatorum*, vol. XC (1977), pp. 218 y ss.

—, «The American War of Independence and Freemasonry», *Ars quatuor coronatorum*, vol. LXXXIX (1976), pp. 169 y ss.
CHANNING, E., *A History of the United States*, 6 vols. (Nueva York, 1977).
CHARPENTIER, J., *L'ordre des templiers* (París, 1977).
CHETWODE CRAWLEY, W. J., «General George Washington and Lodge No. 227 (I.C.)», *Ars quatuor coronatorum*, vol. XXIII (1910), pp. 95 y ss.
—, «The Templar Legends in Freemasonry», *Ars quatuor coronatorum*, vol. XXVI (1913), pp. 45 y ss., 146 y ss., 221 y ss.
—, «The Sackville Medal: The Earl of Middlesex and Irish Freemasonry, 1733», *Ars quatuor coronatorum*, vol. XIII (1900), pp. 142 y ss.
CHEVALLIER, P., *La première profanation du temple maçónnique* (París, 1968).
—, *Les ducs sous l'acacia* (París, 1964).
—, *Histoire de la franc-maçonnerie française*, 3 vols. (París, 1974).
CHRÉTIEN DE TROYES, *Le conte du Graal*, trad. William Roach (París, 1959).
—, *The Story of the Grail*, trad. R. W. Linker, 2.ª ed. (Chapel Hill, 1952).
The Chronicle of Walter of Guisborough, ed. Harry Rothwell (Londres, 1957).
CLARK, G. N., *The Later Stuarts 1660-1714* (Oxford, 1934).
CLARKE, J. R., «The Establishment of the Premier Grand Lodge», *Ars quatuor coronatorum*, vol. LXXXI (1968), pp. 1 y ss.
CLARKE, W., *Bicentenary History of the Grand Lodge of Ireland* (Dublín, 1925).
CLAUSEN, H. C., *Mason Who Helped Shape Our Nation* (Washington, 1976).
Close Rolls of the Reign of Henry III preserved in the Public Record Office (Londres, 1902).
The Complete Peerage, por G. E. C., 13 vols. (Londres, 1910-1959).
COOK, L. C. W., *Colonial Freemasonry* (Missouri, 1973-1974).
The Correspondence of King George the Third, ed. John Fortescue, 6 vols. (Londres, 1928).
COUNTRYMAN, E., *The American Revolution* (Londres, 1986).
COWAN, I. B., MACKAY, P. H. R., y MACQUARRIE, A., *The Knights of St John of Jerusalem in Scotland* (Edimburgo, 1983).
CROSSLE, P., *Irish Masonic Records* (Dublín, 1973).
CROWE, F. J. W., «The 'Charta Transmissions' of Larmenius», *Ars quatuor coronatorum*, vol. XXIV (1911), pp. 185 y ss.
CURTIS, E. E., *The Organization of the British Army in the American Revolution* (New Haven, 1926).
DAILLIEZ, L., *Les Templiers: ces inconnus* (París, 1972).
DANIEL, G., *Histoire de la milice françoise*, 2 vols. (Londres, 1723).
DART, J., *Westmonasterium or the History of Antiquities of the Abbey church of St Peters, Westminster*, 2 vols. (Londres, 1723).
DEACON, R. A., *A History of British Secret Service* (St Albans, 1980).

DENNISTOUN, J., *Memoires of Sir Robert Strange*, 2 vols. (Londres, 1855).
DENSLOW, R. V., *Freemasonry and the Presidency*, (n.p.p., 1952).
DENSLOW, W. R., *10.000 Famous Freemasons*, 4 vols. (Missouri, 1959).
DEWAR, J., *The Unlocked Secret* (Londres, 1966).
Dictionary of National Biography, ed. Leslie Stephen y Sidney Lee, 63 vols. (Londres, 1885-1900).
DILWORTH, M., *The Scots in Franconia* (Edimburgo, 1974).
DONALDSON, G., *Scotland: James V— James VII* (Edimburgo, 1987).
DORAN, J., *London in the Jacobite Times*, 2 vols. (Londres, 1877).
DRUMMOND, J., *Sculptured Monuments in Iona and the West Highlands* (Edimburgo, 1881).
DUNCAN, A. A. AM., *Scotland: The Making of the Kingdom* (Edimburgo, 1975).
DURKAN, J., «Alexander Dickson and S. T. C. 6823», *The Bibliotheck*, vol. III, n.º 5 (1962), pp. 183 y ss.
EASSON, D. E., *Medieval Religious Houses: Scotland* (Londres, 1957).
EDGE, J. H., «A Short Sketch of the Rise and Progress of Irish Freemasonry», *Ars quatuor coronatorum*, vol. XXVI (1913), pp. 131 y ss.
EDWARDS, J., «Rent-Rolls of the Knights of St John of Jerusalem in Scotland», *Scottish Historical Review*, vol. XIX, parte 3 (1922), pp. 202 y ss.
EDWARDS, L., «Three early Grand Masters», *Ars quatuor coronatorum*, vol. LVIII (1947), pp. 226 y ss.
EINSTEIN, L., *Divided Loyalties* (Londres, 1933).
EVANS, R. J. W., *Rudolf II and His World* (Oxford, 1984).
FERRIS, E., «The Financial Relations of the Knights Templars to the English Crown», *The American Historical Review*, vol. VIII (1903), pp. 1 y ss.
FINKE, H., *Papsttum und Untergang des Templeordens*, 2 vols. (Münster, 1907).
FITZMAURICE, LORD, *Life of William, Earl of Shelburne*, 2 vols. (Londres, 1912).
FLEMING, A., *The Four Maries* (Glasgow, 1951).
FORBES-LEITH, W., *The Scots Men-at-Arms and Life-Guards in France* (Edimburgo, 1882).
FORREST- HAMILTON, J., *The Order of St John* (Glasgow, 1950).
FORTESCUE, J. W., *A History of the British Army*, 13 vols. (Londres, 1899-1930).
FRAZER, J. G., *The Golden Bough*, ed. abreviada (Londres, 1976).
FULLER, R., *Hell-Fire Francis* (Londres, 1939).
GORDEN, J. H. van, *Modern Historical Characters in Freemasonry* (Lexington, 1985).
GOULD, R. F., «Military Masonry», *Ars quatuor coronatorum*, vol. XIV (1901), pp. 42 y ss.
—, *The History of Freemasonry*, 6 vols. (Londres, n.d.).
GRAN LOGIA UNIDA DE INGLATERRA, *Grand Lodge 1717-1967* (Oxford, 1967).

GREENHILL, F. A., *Incised Effigial Slabs in Latin christendom*, 2 vols. (Londres, 1976).
GREEVES, R., «The Galloway Lands in Ulster», *Transactions of the Dumfriesshire and Galloway Natural History and Antiquarian Society*, 3.ª ser. Vol. XXXVI (1959), pp. 115 y ss.
GRISWOLD, W. S., *The Boston Tea Party* (Tunbridge Wells, 1973).
GROOME, F. H., *Ordance Gazetter of Scotland: A survey of Scottish Topography*, nueva ed., 6 vols. (Londres, 1894-1985).
GRUBER, I., *The Howe Brothers and the American Revolution* (Williamsburg, 1972).
GUYOT [CHEVALIER], *Manual of the Knights of the Order of the Temple,* nueva ed., (Liverpool, 1830).
GWYNN, A., y HADCOCK, R. N., *Medieval Religious Houses: Ireland* (Londres, 1970).
HAMILL, J., «The Earl of Moira, Acting Grand Master 1790-1813», *Ars quatour coronatorum*, vol. XCIII (1980), pp. 31 y ss.
—, *The Craft* (Wellingborough, 1986).
HANNAH, W., *Darkness Visible* (Chulmleigh, 1984).
HARRIS, R. B., *History of the Supreme Council, 33°* (Washington, 1964).
HAY, R.A., *Genealogie of the Saintclaires of Rosslyn* (Edimburgo, 1865).
HAYE, A. O., *The Persecution of the Knights Templars* (Edimburgo, 1865).
HEATON, R. E., *Masonic Membership of the Founding Fathers* (Silver Spring, 1974).
HENDERSON, G. D., *Chevalier Ramsay* (Londres, 1952).
HEXTALL, W. B., «The 'Lord Harnouester' of 1736–1738», *Ars quatour coronatorum*, vol. XXVI (1913), pp. 22 y ss.
HOLLIS, W. M., *Allied Masonic Groups and Rites* (n.p.p., 1966).
HORNE, A., *The York Legend in the Old Charges* (Shepperton, 1978).
HUGHAN, W. J., «Origin of Masonic Knight Templary in the United Kingdom», *Ars quatour coronatorum*, vol. XVIII (1905), pp. 91 y ss.
—, *The Jacobite Lodge at Rome* (Torquay, 1910).
HUME, D., ed. Frederick Watkins, *Theory of Politics* (McGill University, Montreal, 1951).
HUTIN, S., *Les prophéties de Nostradamus* (París, 1981).
JACKSON, J., *Historical Tales of Roslin Castle* (Penicuik, 1837).
JAMES, J., *Chartres: The Masons Who Built a Legend* (Londres, 1985).
JAYNES, H. H., «The Boston Tea Party — December 16, 1773», *Military Masonic Hall of Fame,* ed. R. E. Bassler (n.p.p., 1975).
JOHNSON, M. M., *Freemasonry in America prior to 1750* (n.p.p., 1917).
JOINVILLE, J., *Life of St Louis* (Harmondsworth, 1976).
KEMP, B., «Some Letters of Sir Francis Dashwood, Baron Le Despencer, as Joint Post-Master General, 1766-81», *Bulletin of the John Rylands Library*, vol. XXX-VII, n.º 1 (septiembre 1954), pp. 204 y ss.
—, *Sir Francis Dashwood* (Londres, 1967).

KNOWLES, D., y HADCOCK, R. N., *Medieval Religious Houses: England and Wales* (Londres, 1953).
LARABEE, B. W., *The Boston Tea Party* (Oxford, 1964).
LAFONTAINE, H. T. C., DE, «Benjamin Franklin», *Ars quatour coronatorum*, vol. XLI (1929), pp. 3 y ss.
LARKING, L. B., *The Knights Hospitallers in England* (Londres, 1857).
LAVER, J., *Nostradamus* (Londres, 1942).
LEES, B. A., *Records of the Templars in England in the Twelfth Century* (Londres, 1935).
LE FORESTIER, R., *La franc-maçonnerie templière et occultiste aux XVIIIe et XIXe siècles*, 2.ª ed., 2 vols. (París, 1987).
LENMAN, B., *The Jacobite Cause* (Glasgow, 1986).
LEPPER, J. H., « 'The Poor Common Soldier', A Study of Irish Ambulatory Warrants», *Ars quatour coronatorum*, vol. XXXVIII (1925), pp. 149 y ss.
—, «The Earl of Middlesex and the English Lodge in Florence», *Ars quatour coronatorum*, vol. LVIII (1947), pp. 4 y ss.
—, y CROSSLE, P., *History of the Grand Lodge of Free and Accepted Masons of Ireland*, 2 vols. (Dublín, 1925).
LESLIE, N. B., *The Succession of Colonels of the British Army from 1660 to the Present Day* (Londres, 1974).
LEWIS, S., *Topographical Dictionary of England*, 7.ª ed., 4 vols. (Londres, 1974).
—, *A Topographical Dictionary of Ireland*, 2 vols. (Londres, 1837).
A List of the General and Staff Officers and of the Officers in the several Regiments serving in North America (Nueva York, 1778).
LYON, D. M., *History of the Lodge of Edinburgh* (Edimburgo, 1900).
The Mabinogion, trad. Jeffrey Gantz (Harmondsworth, 1976).
MACBEAN, E., «The Master Masons to the Crown of Scotland», *Ars quatour coronatorum*, vol. VII (1894), pp. 101 y ss.
MCCORMICK, D., *The Hell Fire Club* (Londres, 1958).
MACDONALD, C. M., *The History of Argyll* (Glasgow, 1951).
MACDONALD, M., *The Land of Knapdale* (Oban, 1986).
—, *Loch Awe and its Environs* (Oban, 1987).
MACKAY, J. A., *Robert Bruce, King of Scots* (Londres, 1974).
MACKENZIE, W. M., *The Battle of Bannockburn* (Glasgow, 1913).
—, *The Bannockburn Myth* (Edimburgo, 1932).
MACKEY, A. G., *Encyclopaedia of Freemasonry*, ed. rev., 2 vols. (Chicago, 1929).
MACKIE, J. D., *A History of Scotland* (Harmondsworth, 1964).
MCLYNN, F., *The Jacobites* (Londres, 1985).
MACPHERSON, D., *Rotuli Scotiae in Turri Londinensi et in Domo Capitulari Westmonasteriensi asservati*, 2 vols. (Londres, 1814-1819).
MACRITCHIE, D., *Scottish Gypsies under the Stuarts* (Edimburgo, 1894).
MAGGIOLO, M., «Memoire sur la correspondence inédite de dom Calmet, abbé de Senones, extrait du journal de son sejour à Paris, mai

1706 à juillet 1715», *Memoires lus à la Sorbonne* (París, 1863), pp. 101 y ss.
MAIDMENT, J., *A Rental of all the annual rents and Temple lands founded throughout the whole Kingdom of Scotland beginning from the Boundaries towards England and so descending through the whole Kingdom from the said Boundaries all the way to the Orkneys*, Ms, c. 1823, 1839 y sin fecha, Biblioteca Nacional de Escocia, n.º acc. 8090.
—, *Templaria* (Edimburgo, 1828-1830).
MAIER, M., *Themis Aurea: The Laws of the House of the Fraternity of the Rosie Crosse* (Londres, 1656).
MAIER, P. R., *From Resistance to Revolution* (Londres, 1973).
MAITLAND, R., *The History of the House of Seytoun* (Glasgow, 1824).
MAJOR, R. H., *The Voyages of the Venetian brothers Zeno to the Northern Seas in the Fourteenth Century* (Boston, 1875).
The Manuscripts of his Grace the Duke of Portland: The Historical Manuscripts Commission, Informe 13, Apéndice, Parte II (Londres, 1893).
MARTIN, E. J., «The Templars in Yorkshire», *The Yorkshire Archaeological Journal*, vol. XXIX (1929), pp. 366 y ss.
MAZIÈRES, M-R., «La venue et le séjour de templiers du Rousillon à la fin du XIIIme siècle et au début du XIVme dans la vallée du Bézu (Aude)», *Mémoires de la societé des arts et des sciences de Carcasonne*, 4.ª serie, tomo III (1957-9), pp. 229 y ss.
MEEKREN, R. J., «Grand Lodge», *Ars quatour coronatorum*, vol. LXIX (1957), pp. 87 y ss.
MELVILLE, M., *La vie des templiers* (París, 1974).
MENZIES, G., *Who are the Scots?* (Londres, 1971).
MILBORNE, A. J. B., «British Military Lodges in the American War of Independence», *Transactions of the American Lodge of Research*, vol. X, N.º 1 (1966), pp. 22 y ss.
—, «The Lodge in the 78th Regiment (Fraser's Highlanders)», *Ars quatour coronatorum*, vol. LXV (1953), pp. 19 y ss.
«The Minutes of Grand Lodge», *Quatour coronatorum antigrapha*, ed. W. J. Songhurst, vol. X (1913).
MIZZI, J., *Catalogue of the Records of the Order of St John of Jerusalem in the National Library of Malta* (Malta, 1964).
MORISON, S. E., COMMAGER, H. S., y LEUCHTENBURG, W. E., *The Growth of the American Republic*, 2 vols. (Oxford, 1980).
MORRIS, J. E., *Bannockburn* (Cambridge, 1914).
Morte Arthure and Le Morte Arthur, ed. Brian Stone (Harmondsworth, 1988).
MOSS, W. E., «Freemasonry in France in 1725-1735», *Ars quatour coronatorum*, vol. XLVII (1938), pp. 47 y ss.
NEILL, E.D., *The Fairfaxes of England and America* (Albany, 1868)
NERVAL, G. DE, *Journey to the Orient* (Londres, 1972).

NICHOLSON, R., *Scotland: The Later Middle Ages* (Edimburgo, 1878).
No King-Sellers: Or, a brief Detection of the Vanity and Villany in a Sermon entitul'd, No King-Killers (Londres, 1715).
ONAHAN, W. J., «Scotland's services to France», *The American Catholic Quarterly Review*, vol. XXI (Enero-Octubre, 1896), pp. 321 y ss.
The One Hundred and Fiftieth Anniversary of the Lodge of St Andrew 1756-1906 (Boston, 1907).
OURSEL, R., *Le procès des templiers* (París, 1959).
PAINE, L., *Gentleman Johnny: The Life of General John Burgoyne* (Londres, 1973).
PARKER, T. W., *The Knights Templars in England* (Tucson, 1963).
PARTNER, P., *The Murdered Magicians* (Oxford, 1982).
PERKINS, C., «The Trial of the Knights Templars in England», *The English Historical Review*, vol. XXIV (1909), pp. 432 y ss.
—, «The Knights Templars in the British Isles», *The English Historical Review*, vol. XXV (1910), pp. 209 y ss.
PHILO-ROSKELYNSIS, *An Account of the Chapel of Roslin* (Edimburgo, 1774).
PICK, F. L., y KNIGHT, G. N., *The Pocket History of Freemasonry*, ed. rev. (Londres, 1983).
PIQUET, J., *Des banquiers au moyen age: les templiers* (París, 1939).
PLATÓN, *Timeo*, trad. R. G. Bury (Londres, 1929).
PLATTS, B., *Scottish Hazard* (Londres, 1985).
PLOT, R., *The Natural History of Staffordshire* (Oxford, 1686).
POHL, F., *Prince Henry Sinclair* (Londres, 1974).
POLLARD, R. J., *One Nation Under God* (Washington, 1972).
PORTER, W., *A History of the Knights of Malta*, 2 vols. (Londres, 1858).
PRESTON, W., *Illustrations of Masonry* (facsímil de la edición de 1804) (Wellingborough, 1986).
Proceedings of the Grand Lodge of Massachusetts 1733-1792 (Boston, 1895).
REANEY, P. H., *The Origin of English Place Names* (Londres, 1969).
RICHESON, C., «The Aftermath of Revolution», *A Tug of Loyalties*, ed. Esmond Wright (Londres, 1975).
RITCHIE, R. L. G., *Chrétien de Troyes and Scotland* (Oxford, 1952).
ROBBINS, A. F., «The Earliest Years of English Organised Freemasonry», *Ars quatour coronatorum*, vol. XXII (1909), pp. 67 y ss.
ROBERTSON, C. G., *England Under the Hanoverians* (Londres, 1949).
ROBERTSON, W., *An Index drawn up about the year 1629, of many records of charters granted by the different sovereigns of Scotland between the years 1309 and 1413…* (Edimburgo, 1798).
ROGERS, N., «Lancashire Military Lodges», *Ars quatour coronatorum*, vol. LXXVI (1963), pp. 101 y ss.
ROLLESTON, T. W., *Myths and Legends of the Celtic Race*, 2.ª ed. (Londres, 1922).
RONEN, A., y OLAMI, Y., *Atlit Map* (Jerusalén, 1978).

ROSSLYN, conde de, *Rosslyn* (Kirkaldy, n.d.).
ROTHES, JOHN, conde de, *A Relation of Proceedings Concerning the Affairs of the Kirk of Scotland from August 1637 to July 1638* (Edimburgo, 1830).
ROWAN, A., *Northwest Ulster* (Harmondsworth, 1979).
The Royal Commission on the Ancient and Historical Monuments of Scotland: Argyll, 5 vols. (Glasgow, 1971-1984).
RUVIGNY y RAINEVAL, marqués de, *The Jacobite Peerage* (Edimburgo, 1904).
RYLANDS, W. H., «The Mason Word: the Earls of Roslin and Freemasonry», *Ars quatour coronatorum*, vol. VII (1894).
SAINT CLAIR, L-A de, *Histoire généalogique de la famille de Saint Clair* (París, 1905).
SANDRET, L., «Recueil historique des chevaliers de l'ordre de Saint-Michel», *Revue historique, nobiliaire et biographique*, 3.ª serie, tomo IV (París, 1879), pp. 193 y ss., 344 y ss., 466 y ss., 505 y ss., vol. V (París, 1880), pp. 67 y ss., 257 y ss., 334 y ss.
The Scots Peerage, ed. J. Balfour Paul, 9 vols. (Edimburgo, 1904-1911).
SCOTT, S. D., *The British Army* (Londres, 1880).
SETON, G., *History of the Family of Seton*, 2 vols. (Edimburgo, 1896).
SEWARD, D., *The Monks of War* (St Albans, 1974).
SHELBY, L. R., «Medieval Mason's Templates», *Journal of the Society of Architectural Historians*, vol. XXX, n.º 2 (1971).
SKENE, W.F., *The Coronation Stone* (Edimburgo, 1869).
SLEZER, J., *Theatrum scotiae* (Londres, 1693).
Statutes des chevaliers de l'ordre du temple (Bruselas, 1840).
Statutes of the religious and military Order of the Temple as established in Scotland with an historical notice of the Order (Edimburgo, 1843).
STEER, K. A., y BANNERMAN, J. W. M., *Late Medieval Monumental Sculpture in the West Highlands* (Edimburgo, 1977).
STEVENSON, D., *The Origins of Freemansonry* (Cambridge, 1988).
STOKES, J., «Life of John Theophilus Desaguliers», *Ars quatour coronatorum*, vol. XXXVIII (1925), pp. 285 y ss.
STUART, J., *Sculptured Stones of Scotland*, 2 vols. (Aberdeen, 1856).
TAYLER, A. N., y H., *John Graham of Claverhouse* (Londres, 1939).
TERRY, C. S., *John Graham of Claverhouse* (Londres, 1905).
THORP, J. T., «The Rev. James Anderson and the Earls of Buchan», *Ars quatuor coronatorum*, vol. XVIII (1905), pp. 9 y ss.
THORY, C. A., *Acta latomorum ou chronologie de l'histoire de la franche-maçonnerie française et étrangère*, 2 vols. (París, 1815).
TOWERS, E., *Dashwood: The Man and the Myth* (Wellingborough, 1986).
TREVELYAN, G. M., *England under the Stuarts* (Londres, 1938).
TRIMEN, R., *The Regiments of the British Army* (Londres, 1878).
TUCKETT, J. E. S., «The Origin of Additional Degrees», *Ars quatuor coronatorum*, vol. XXXII (1919), pp. 5 y ss.

—, «Dr. Begemann and the Alleged Templar Chapter at Edinburgh in 1745», *Ars quatuor coronatorum*, vol. XXXIII (1920), pp. 40 y ss.
—, «The French-Irish Family of Walsh and the Lodge in the French-Irish Regiment of Walsh», *Ars quatuor coronatorum*, vol. XXXVIII (1925), pp. 189 y ss.
TUNBRIDGE, P., «The Climate of European Freemasonry 1730 to 1750», *Ars quatuor coronatorum*, vol. LXXXI (1968), pp. 88 y ss.
VITRUVIO, *De architectura*, trad. Frank Granger, 2 vols. (Londres, 1970).
WAITE, A. E., *A New Encyclopaedia of Freemasonry*, ed. rev., 2 vols. (Nueva York, 1970).
WALKER, D. P., *The Ancient Theology* (Londres, 1972).
WALLACE, J., *Scottish Swords and Dirks* (Londres, 1970).
WAPLES, W., «An Introduction to the Harodim», *Ars quatuor coronatorum*, vol. LX (1950), pp. 118 y ss.
—, «The Swalwell Lodge», *Ars quatuor coronatorum*, vol. LXII (1951), pp. 80 y ss.
WARD, E., «Early Masters' Lodges and their Relation to Degrees», *Ars quatuor coronatorum*, vol. LXXV (1962), pp. 124 y ss.
WARD, J. S. M., *Who was Hiram Abiff?* (Shepperton, 1978).
WATERTON, E., *Roll of the English and Irish Knights Hospitallers Copied from MS by Edmund Waterton circa 1860* (Londres, 1903).
Webster's Guide to American History, ed. Charles van Doren y Robert McHenry (Springfield, 1971).
WILKINS, D., *Concilia magnae britanniae et hiberniae*, 4 vols. (Londres, 1737).
WILLIS, P., y LEA-JONES, J., «The Legacy of the Knights Templar and the Knights Hospitaller (The Order of St John) in Bristol», *Temple Local History Group Newsletter*, vol. III (1987), pp. 15 y ss.
WOOD, H., «The Templars in Ireland», *Proceedings of the Royal Irish Academy*, vol. XXVI (1906-1907), pp. 327 y ss.
YARKER, J., *Notes on the Scientific and Religious Mysteries of Antiquity* (Londres, 1872).
YATES, F., *The Rosicrucian Enlightenment* (St Albans, 1975).
—, *Astraea* (Harmondsworth, 1977).
—, *The Art of Memory* (Harmondsworth, 1978).
—, *Giordano Bruno and the Hermetic Tradition* (Londres, 1978).
—, *The Occult Philosophy in the Elizabethan Age* (Londres, 1979).
—, *Lull and Bruno* (Londres, 1982).
—, *Renaissance and Reform: The Italian Contribution* (Londres, 1983).
—, *Ideas and Ideals in the North European Renaissance* (Londres, 1984).
—, *Theatre of the World* (Londres, 1987).

Índice